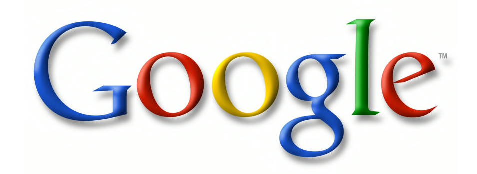




OBRAS PÓSTUMAS

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS PÓSTUMAS

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,

PUBLICADAS DE ÓRDEN Y Á EXPENSAS

DEL GOBIERNO DE S. M.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1867

ADVERTENCIA.

Don Leandro Fernandez de Moratin, como se verá por la copia de su testamento, inserta en el tomo III de estas Obras póstumas, legó sus manuscritos al Sr. D. Manuel Silvela, su gran amigo, autor de la excelente *Biografía* que se reimprime á continuacion de la *Advertencia* presente. Del Excmo. Sr. D. Francisco Agustin Silvela, hijo del D. Manuel, los adquirió el Gobierno de S. M. aumentados con muchas cartas; y una Real órden, expedida por el Ministerio de Fomento á 10 de Marzo de 1866, confirió al Director de la Biblioteca Nacional el encargo de publicar los escritos del dramático insigne todavía inéditos, que son los que forman la Coleccion ahora ofrecida al público, y alguno más, de poca ya ó ninguna importancia. Lo decimos principalmente por un *Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España durante el siglo* XVII, catálogo que disfrutaron, ampliaron y corrigieron los Sres. D. Ramon de Mesonero Romanos

y don Cayetano Alberto de la Barrera: éste en el suyo (impreso tambien por el Gobierno, como obra premiada por la Biblioteca Nacional), y aquél en los preliminares á los tomos XLV y XLIX de la *Biblioteca de Autores Españoles*, dada á luz por D. Manuel Rivadeneyra. Tampoco se ha impreso alguna carta, sobradamente familiar ó insignificante, de Moratin; y por la misma razon se ha omitido tal cual palabra ó trozo en algunas; y de un como Diario, escrito en abreviaturas y en singular lenguaje, únicamente se da un extracto.

Ocupan, pues, los tres volúmenes de OBRAS PÓSTUMAS DE MORATIN, las siguientes:

1.° Unas notas curiosísimas á la comedia titulada *El Viejo y la Niña*, y otras á *La comedia nueva*, mucho más importantes y extensas, tan bien escritas como la misma *Comedia nueva*, ó mejor.

2.° Un *Viaje* por *Inglaterra y* por *Italia*, delicioso en las descripciones, dignísimo de atencion en las miras y los dictámenes, admirable á veces en el estilo, que, ligero por lo comun, se eleva tal vez á lo más alto de la elocuencia. La pintura de una erupcion del Vesubio es de lo mejor que tenemos en nuestro idioma.

3.° Más de trescientas cartas, acerca de las cuales conviene copiar lo que el mencionado Sr. don Manuel Silvela estampó en un prospecto que vino

á España desde París cuando se propuso imprimir allí estos manuscritos. En él, refiriéndose á la correspondencia de Moratin con varios literatos, y á su correspondencia tambien con diversos amigos, dice: «En la primera, muestra su sólido juicio y vasta erudicion, y en la segunda, aquel chorro inagotable de gracia y chiste, en que (aparte el que con tanta justicia llamó el estudiante de Esquivias *el regocijo de las Musas*) no tiene acaso competidor.» Elogio tan grande como verdadero. Para saborear en castellano gracejo fácil, decente, y sobre todo comprensible, hay que pasar de Cervántes á Moratin.

4.° Se agregan algunas composiciones en verso, ya publicadas, aunque fuera de la edicion hecha por la Real Academia de la Historia, las cuales ofrecen variantes y aumentos; *la Leccion Poética*, segun la premió con el *accessit* la Real Academia Española, texto que algunos admiradores de Moratin han solicitado; y unos apuntes de su amigo D. Juan Melon, que sirven como de pruebas y complemento á la biografía escrita por D. Manuel Silvela. Va casi al fin del tomo III un artículo de D. Ramon de Mesonero Romanos, que, si le hubiese ofrecido su autor más á tiempo, hubiera ocupado mejor lugar en este primer volúmen, incluso despues de la *Biografía*.

Y aquí es el lugar de decir que la Sra. D.ª Ra-

mona Idígoras, viuda del Dr. D. Dionisio Solís, hijo del otro D. Dionisio, poeta, se ha servido facilitarnos, para enriquecer estas OBRAS, cuatro cartas de Moratin á Solís, el padre; que el señor D. Pascual Asensio nos ha prestado una buena copia del *Viaje por Inglaterra*, donde subsisten largos trozos, que borró Moratin en su original, mucho despues de haber sido hecha la copia; y en fin, que el mismo Sr. D. Ramon de Mesonero nos ha regalado segunda copia del propio *Viaje*, algunas poesías y otros varios papeles. La Biblioteca Nacional consigna aquí su cordial agradecimiento á la generosidad de sus tres favorecedores.

Con estas OBRAS PÓSTUMAS, unidas á la edicion de la Real Academia de la Historia, se tienen las obras casi completas de Moratin. Algunas cartas, algun opúsculo suyo más, aparecerán tal vez con el tiempo, y darán lustre á las ediciones futuras de un autor, destinado á vivir lo que la lengua que aprendió de su ilustre padre. Los principios literarios y artísticos de Moratin, sus opiniones con respecto á personas y cosas, podrán controvertirse, y quizá desecharse en algunos casos; el ingenio y la gracia que tan abundantemente vertió su pluma, guiada por el buen gusto, siempre causarán dulce, honesto deleite al lector desapasionado, siempre le obligarán á profundo y agradecido respeto.

VIDA

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,

ESCRITA

POR DON MANUEL SILVELA (1).

Este brevísimo resúmen de la vida de mi amigo, ni satisface la deuda de la amistad, ni corresponde al tamaño de su objeto. Entre los escritores, la vida de aquellos que tal vez honraron su siglo con producciones estimables, pero que no saliendo de los caminos trillados, no adelantaron la ciencia, ni ejercieron sobre ella otra influencia que la de aumentar el número de los buenos ejemplos, puede sin grave pérdida reducirse á la más ó ménos sencilla ó exornada narracion de los sucesos principales del hombre, que ó en el retiro de su gabinete, en la familiaridad del trato con sus amigos, ó al frente de los destinos que desempeñó, llenan el período de su duracion, siempre interesante y digno de la memoria grata de la posteridad, sobre tòdo cuando la virtud realzó los dotes del talento. Mas las vidas de aquellos escritores que, por la superioridad de su ingenio, por la fuerza de sus doctrinas y de sus ejemplos, ejercieron sobre

(1) Se publicó en el tomo II de las *Obras póstumas* del D. Manuel (Madrid, 1845). Las demas notas á esta *Vida* son del editor de las citadas *Obras* del Sr. Silvela.

sus contemporáneos una especie de magisterio, extendieron los dominios de la ciencia, ó la restablecieron á sus verdaderos límites, de que la despojaran injustas usurpaciones, confundiéndose con la historia de la ciencia misma, deben considerarse como una parte integrante de ella; y los que las escriben no llenan su objeto cuando, contentándose con referir los hechos del hombre, olvidan, por decirlo así, la influencia del escritor. Continuadores de aquella historia, más bien que biógrafos, otras son sus obligaciones; otra la extension del plano que deben trazar; otra la importancia, el interes, la viveza y el colorido del cuadro que deben pintar. Poco le importa á la posteridad, por perfecto que sea, el retrato del individuo; lo que le interesa, lo que reclama, es la fisonomía del escritor. Estos ingenios superiores son, por decirlo así, el último producto de su siglo; ellos los que le representan, ellos los que en el juicio de residencia de las generaciones venideras, comparecen en nombre de todas aquellas que los precedieron; ellos los que transmiten á las inmediatas la herencia santa de nuestros mayores, y los que conservan títulos justos á la memoria y al reconocimiento de una posteridad sin fin. Los trofeos que gana cada siglo combatiendo errores funestos, y extendiendo y consolidando el imperio de la razon, adornan exclusivamente el carro de su triunfo. Del incontable número de generaciones que precedieron á Homero, él solo existe; del millar de millones que hoy oprimimos la tierra con nuestro inútil peso, una fraccion casi imperceptible de hombres eminentes transmitirá su nombre y su saber á las futuras edades: ellos solos viven, los demas vegetamos; su historia es la de la especie entera. ¿Por qué las leyes de la modestia, compañera inseparable del mérito distinguido, se oponen á que ellos mismos sean sus propios historiadores? Así la historia se elevaria á la altura de su objeto, y satisfaria completamente á las condiciones de tanto empeño. *Facta dictis exæquarentur, et par gloria scriptorem et auctores sequeretur* (1).

---

(1) Salustio, *De bello Catilinario.*

Si la idolatría de la amistad no me ciega, mi amigo pertenece á este reducido número de hombres privilegiados. La celebridad europea de que gozan sus obras, y la primacía que en su línea, y dentro de su nacion al ménos, ninguno le disputa, parecen estarle ya designando como uno de aquellos pocos á quienes la generacion actual se propone legar la honrosa mision de representarla en los futuros siglos. Su vida es para mí como un reinado poético, que abraza casi media centuria, que pide un exámen detenido de la otra mitad que la precedió, y debe contener lo más importante de la historia de la literatura durante este período: de propósito y con toda amplitud en el ramo en que sobresalió; por incidencia y afinidad en todos aquellos adonde alcanzó su influjo. Tal es el plan que yo me he formado, y bajo el cual me propongo escribirla; mas su ejecucion pide mucho tiempo, reunion copiosa de materiales, exámen crítico de todos ellos, meditacion detenida y constante laboriosidad, y ¡pluguiese al cielo que no pidiera ademas órganos privilegiados para sentir y comparar, aquella sensibilidad exquisita, que cuando refluye sobre el juicio, toma el nombre de perspicacia, aquel ingenio superior que se necesita para elevarse á las bellezas de los grandes modelos, y que la naturaleza, espléndida en todo lo demas, reparte con mano avara entre sus favoritos! No me se oculta, pues, que la obra, igual sólo á mis deseos, es muy superior á la posibilidad de mis medios. Tal vez hubiera debido confiarla á quien, con otra riqueza de erudicion, con otros talentos, hubiese sabido desempeñarla así concebida; mas en esta lucha entre el sentimiento justo de mi debilidad, y mi amistad y mi gratitud, la primera no ha podido oponer ni áun una resistencia sensible á la accion enérgica y combinada de las segundas. Sin ser, por desgracia mia, discípulo de Moratin; sin adoptar en todo el rigor de sus doctrinas, fuí tan amigo suyo, lo soy y lo seré tanto hasta el último suspiro de mi vida, que si, semejante al héroe de Cervántes por la presuncion, acometo tamaña aventura, igual á él en mi delirio, ni me curo de los molinos de viento, ni de los palos de los yangüe-

ses, ni de los muchos ejemplos que nos dejó su castigada temeridad. Estoy, pues, resignado á todas las consecuencias de mi atrevimiento. Que la posteridad diga de mí enhorabuena: *Si no hizo todo lo que quiso, quiso todo lo que debia querer;* pero que nunca pueda decir: *El nombre de Moratin te salvó del olvido; mas no vivirás en mi memoria sino con la sospecha de ingrato.*

No pudiendo pues realizar por ahora mi proyecto tal cual le he concebido; deseoso de contentar un tanto, y de la manera que por de pronto me es posible, la curiosidad, la justa impaciencia de los admiradores de mi amigo, no sólo en la Península y en el dilatado hemisferio de Colon, donde se habla la hermosa lengua que con tal maestría manejó, sino en todos los vastos dominios de la Europa culta; y no queriendo ni debiendo, en fin, retardar por más tiempo la publicacion de las obras que componen esta coleccion (1), de no ménos instruccion que recreo, me he decidido á componer, como por via de *interim*, un breve resúmen de los principales acontecimientos de su vida, ó más bien una noticia biográfica, que los indulgentes leerán acaso con benignidad, con severidad harto excusable los que no lo son, pero que á ninguno dejará más que desear que á su propio autor.

Como áun no soy el historiador de Moratin, mi estilo se desvía de lo que en tal caso pediria la majestad de la historia. Dejo correr la pluma al grado de los afectos que me guian; y sin cuidarme de elegir un modelo, no será necesario que diga á los lectores de alguna instruccion que no imito ni á César ni á Salustio, á Livio ni á Tácito. Escribo la vida de mi amigo, lo repito; y lo que yo amé fué el hombre, no inferior al escritor, con ser el escritor tan grande. En cuanto á éste, me contento por ahora con pagarle el tributo comun de admiracion y aprecio con que le honraron sus contemporáneos. Si un dia llego á escribir, no su vida, sino su historia, mi situacion será muy diferente, y

(1) Dice *de esta coleccion*, porque escribió esta *Vida de Moratin*, para ponerla al frente de sus *Obras póstumas*, que iba á publicar.

en todo lo que va del hombre que siente mucho, al que no sufre las influencias de ninguna pasion, ó debe hacer esfuerzos para someterlas todas. Dicho se está que en este caso, diverso ha de ser el tono y el colorido de la composicion.

Don Leandro Fernandez de Moratin, descendiente de una familia noble de Astúrias, nació en Madrid, el 10 de Marzo de 1760. Él mismo, en un fragmento de su *Vida*, que habia comenzado, y va por documento al fin de éste resúmen (1), da razon de todas las personas de su familia que conoció: dice que sus abuelos paternos fueron don Diego Fernandez de Moratin, natural de Madrid, y doña Ines Gonzalez Cordon, natural de Pastrana, de honrada familia de labradores, propietarios en la misma villa. Tuvieron éstos por hijos á don Nicolas, don Miguel, don Manuel y doña Ana, de los cuales, el segundo se dedicó al comercio; el tercero, por su achacosa salud, vivió á expensas de su familia, y la cuarta casó con don Víctor Galeoti. El primero, que era D. Nicólas, sobresalió entre sus hermanos por el ingenio, y fué destinado á la carrera literaria por el padre, que era jefe de guarda-joyas de la Reina doña Isabel de Farnesio. Con aquel objeto pasó á Valladolid, donde cursó jurisprudencia; y concluida ésta, regresó á San Ildefonso, donde casó con doña Isidora Cabo Conde, natural de Aldea Seca, cerca de Arévalo; habiendo sido nombrado inmediatamente ayuda de guarda-joyas. Cuando, por muerte de don Fernando VI, vino aquella señora á Madrid (en calidad de Gobernadora, hasta que llegase su hijo Cárlos III) del Real Sitio de San Ildefonso, donde habia habitado desde la muerte de Felipe V, se trasladaron á la Córte, con las demas personas de la Real servidumbre, los padres de don Leandro, llevando ya la madre en su seno este hijo, que fué bautizado en la parroquia de San Sebastian, el 12 de Marzo de 1760, con los nombres de Leandro, Antonio, Eulogio, Meliton, habiendo sido su madrina doña Ana Fernandez, su tia, que no tenía entónces

(1) Se omite, dejándolo para cuando se publiquen las *Obras póstumas de D. Leandro Fernandez de Moratin.*

sino solós doce años. Fueron fruto de este matrimonio otros tres hijos, Miguel, María y Facunda; mas todos ellos murieron en tan temprana edad, que apénas don Leandro se acordaba de haberlos conocido. Por la muerte de éstos vino á concentrarse en él el cariño de toda su familia: cariño que sostenian y avivaban sus gracias infantiles, el talento que anunciaba ya, y hasta la hermosura de sus facciones, segun él dice. A los cuatro años de su edad, le dieron unas viruelas de tal malignidad, que estuvo á la muerte. Las pasó en casa de sus abuelos, donde casi habitualmente vivia. «A los cuidados de mi santa abuela, dice él mismo, hablando de este suceso, debe nuestro teatro *La comedia nueva*, *La Mogigata* y *El sí de las niñas.*» El estrago que este azote de la infancia hizo en su fisonomía no fué menor que el que causó en su índole. Alteróse notablemente su condicion, y siendo ántes amable, dulce, festivo con todos, suelto de lengua, vivo é impetuoso, se volvió lloron, impaciente, disputador, tímido y reservado. Afortunadamente las viruelas respetaron el talento, y la energía de su razon corrigió con el tiempo estos defectos, ya que no pudo dar á su rostro las antiguas gracias. Sin embargo, le quedó desde entónces un rasgo característico, que él refiere á esta enfermedad, y que le acompañó hasta el sepulcro. «Desapareció, dice, desde entónces la seguridad de mis opiniones, y sucedió á ella un temor de errar en lo que discurria, que me hizo silencioso y taciturno»; y si bien en su casa y entre los suyos volvió á ser alegre y sencillo, «al presentarse, continúa el mismo, persona poco íntima, hallaba en mí un muchacho reservado y poco social.» Tal fué, con efecto, durante el resto de su vida. Chorro inagotable de gracias cuando, rodeado de un pequeño número de amigos, se abandonaba sin reserva á cuanto le sugeria la riqueza cómica de su imaginacion, ó como yo le decia, cuando se soltaba la vena de los delirios, la presencia de una persona, no nueva y extraña, sino de aquellas con quienes no tenía esta ilimitada familiaridad, bastaba á reducirle á un silencio tan absoluto, que hasta parecia un estúpido. Así es que sólo pueden de-

cir que han conocido á Moratin los que vivieron en su intimidad. Sus obras mismas, con ser lo que son, están muy distantes de ofrecer la medida de su talento cómico.

Restablecido de las viruelas, aprendió á leer, por la cuenta, en tan temprana edad, que no se acordaba cómo ni con quién; y en seguida su padre, que creyó que la excesiva ternura de su madre y abuelos era un obstáculo á sus progresos, le puso en la escuela de un tal don Santiago Lopez, que debia vivir en la calle de Santa Isabel, adonde sus padres se habian mudado desde la de San Juan, en que ántes moraban.

« Salí de la escuela, dice él mismo, sin haber adquirido vicio ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos; ni supe jugar al trompo, ni á la rayuela, ni á las aleluyas. Acabadas las horas del estudio, recogia mi cartera, y desde la escuela, de cuya puerta se veia mi casa, me ponia en ella de un salto.»

»Allí veia los amigos de mi padre, oia sus conversaciones literarias, y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leia á *Don Quijote*, el *Lazarillo*, las *Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí, la *Historia* de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales habia en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupacion, y la de ir á ver á mi pobre abuelo, á quien ya reducian los achaques y los largos años á salir muy poco de su casa, me entretenian el tiempo, y así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.»

Por este tiempo empezaron á anunciarse en él el talento poético y las aficiones tiernas. A mí me recitó algunas veces una composicioncilla en versos cortos, que si bien tenian el sello de la infancia, indicaban ya desde léjos el ingenio del poeta que más adelante debia ilustrar el Parnaso español.

Mudáronse sus padres á la calle de la Puebla, número 30, junto á Doña María de Aragon, á la misma casa en donde vivia don Ignacio Bernascone, íntimo amigo de su padre. Una hija de éste, fueron, á la edad de 10 años, sus primeros

é inocentes amores, y á ella se dirigieron sus primeros ensayos en el género erótico y las primicias de su culto á Cupido y á las Musas.

Ni él me dijo nunca, ni yo he podido descubrir, dónde y con qué maestro estudió la lengua latina. Sólo sé, por habérmelo repetido muchas veces, que admirando varios amigos de su padre sus felices disposiciones, le instaban á que le enviase á seguir estudios mayores en la Universidad de Alcalá; y que aquel, que conocia los viciosos métodos de enseñanza que en todas éstas se seguian, y por desgracia en parte se conservan aún, les respondia: «Yo estoy contento con el muchacho; no quiero enviarle á ninguna parte, á que me lo echen á perder.» Dominado por esta idea, temiendo que adulterasen su gusto la bárbara latinidad y pedantería de la escuela; su índole, el horrísono ergoteo que en ellas retumbaba, y su razon, las extravagantes argucias del escolasticismo, no quiso que siguiese ninguna de las carreras literarias que exigian de necesidad aquel sacrificio. Huyendo de todas, se propuso, á lo que parece, dedicarle á las bellas artes. Para esto le hizo aprender el dibujo, en que anunció sobresalir; y más adelante tuvo el proyecto de enviarle á Roma, al lado de Mengs: plan que sin la oposicion de su madre, que no pudo resolverse á desprenderse de este hijo, única delicia de toda su familia, se habria realizado probablemente, con no ménos provecho del arte de la pintura, á que tuvo singular aficion, que el que de su talento poético han recibido las musas castellanas; y sin dejar de ser poeta, habria sido ciertamente digno discípulo de aquel gran maestro, y tal vez el primer pintor de su siglo. Ya que aquello no le fué posible á su padre; ántes que consentir en que perdiese su tiempo en el *Barbara, Celarent*, y que adquiriese necedad y vicios, arrastrando la fúnebre sotana, se resolvió á ponerle á trabajar en la joyería, procurándole así, si no una situacion proporcionada á la esfera de su capacidad é ingenio, un oficio independiente, que por desgracia, y por la temprana muerte de su padre, vino á ser poco tiempo despues la tabla de salvacion en tan lamentable naufragio.

Murió don Nicolas en 11 de Mayo de 780, á los cuarenta y dos años de edad; y su hijo disfrutó del indecible placer de sostener á su afligida madre con diez y ocho reales que ganaba en la joyería, en la cual se distinguió particularmente por la felicidad de la invencion, perfeccion y delicadeza de los dibujos que hacia para las joyas, y que codiciaban don Víctor Galeoti, joyero, casado con su tia Anita, y Mr. Supin, diamantista de la reina María Luisa, entónces princesa de Astúrias.

No murió su padre sin llevar al sepulcro testimonio ya harto satisfactorio del ingenio, del talento superior de su hijo, sin embargo de haber éste llorado su muerte apénas cumplido el cuarto lustro. Mas ya para este tiempo, sin contar otras várias composiciones de menor monta, pero cuya perfeccion le habia hecho decir muchas veces, aludiendo á su tragedia de *Guzmán el Bueno*,

Es Guzmán y es hijo mio,

tuvo el placer de verle áun ménos coronado de lo que debiera, pero coronado al fin, por mano de la Academia, que le adjudicó el segundo premio ó *accessit* de poesía, en el año de 79, por su canto épico de *La toma de Granada:* triunfo para este amante padre tanto más glorioso, cuanto la sorpresa le hizo más grato. Muchas veces me contó don Leandro este suceso, y siempre con tal emocion, que no me queda duda de que éste era el recuerdo más plácido de su juventud, como habia sido el más delicioso momento de su vida. No teniendo aún sino diez y ocho años, arrastrado por su pasion á la poesía, ansioso entónces de celebridad y de gloria, pero combatido al mismo tiempo por aquella timidez y modestia, compañera inseparable del verdadero talento, concibió el proyecto de concurrir al premio; pero sin atreverse á confiárselo ni áun á su padre, receloso del éxito, y decidido á devorar en secreto el desaire con que contaba. A hurtadillas, y con mil sustos de verse sorprendido, concluyó su trabajo; le puso en limpio, y le dirigió al secreta-

rio de la Academia, bajo el nombre supuesto de don *Efren de Lardnaz y Morante*.

Llegó en fin el dia en que la Academia pronunció su juicio. A su vuelta de paseo, estando en conversacion con su padre, á quien puede perdonarse que mirara con cierto desden y desconfianza los dictámenes de aquel Cuerpo, se entabló entre los dos el siguiente diálogo.

EL PADRE.

Ya parece que la Academia ha adjudicado el premio.

EL HIJO. (*Muy sobresaltado.*)

¿A quién, padre? ¿lo sabe usted?

EL PADRE.

El primero, á su poeta favorito, don José María Vaca de Guzmán; y el *accessit* á un poeta cordobes, de un nombre en verdad harto estrambótico y raro, hombre hasta aquí desconocido, y tanto, que en la vida he oido hablar de él. No será la primera vez que la Academia comete una injusticia. Se llama, si mal no me acuerdo, Lardnaz y Morante.

EL HIJO. (*Lleno de agitacion y rebosando en júbilo, con mal formadas palabras, y como temiendo todavía revelar su secreto.*) Pues ese poeta no le es á usted tan desconocido como usted dice, padre.

EL PADRE.

Pues ¿acaso le conoces tú?

EL HIJO. (*Temblando aún*).

Sí, señor: bastante.

EL PADRE.

Pues ¿quién es?

EL HIJO.

Padre, yo....

EL PADRE.

¡Tú!... . Pues, muchacho, ¿cómo!..... ¿cuándo?..... Véte por el manuscrito..... tráemele.

Quien no sea padre, que renuncie á sentir las delicias de una sorpresa semejante.

Salió en efecto don Leandro á buscar el original de la copia remitida á la Academia; se le entregó á su padre, todavía trémulo por la alegría, pero ansioso de juzgar por sí mismo. Tomó en sus manos el manuscrito: le leia, devorándole; seguíale su hijo en todos sus movimientos, áun más dudoso de obtener la aprobacion de su padre, que confiado en el juicio de la Academia; mas el gozo de éste, que hallaba dentro de él capacidad muy reducida, filtraba por todos sus poros, y la expresion del contento se pintaba en su semblante de tal modo, que desvanecido al fin todo recelo, no le quedó duda ni de la aprobacion, ni del indecible placer que le causaba la lectura del poema. Durante muchos dias, ni pensaba, ni hablaba con sus amigos de otra cosa; —« y comparados los dos poemas premiados, preferia, como era natural, el de su hijo», añadia éste, concluyendo su relacion, y mostrando en sus ojos la tierna conmocion que excitaba en su alma este recuerdo.

Muerto su padre, continuó Moratin trabajando en la joyería, y alternando las ocupaciones mecánicas del obrador con los trabajos literarios y con las entretenidas é instructivas conversaciones de varios amigos. Fué entre éstos el más antiguo, como el más íntimo, el honrado y respetable don Juan Antonio Melon, cuyo conocimiento empezó en el Prado un dia que éste se paseaba con el poeta don Leon de Arroyal, y en que se les incorporaron dos jóvenes escolapios, el padre Estala y el padre Navarrete, en cuya compañía venia Moratin. La conveniencia de inclinaciones y de edades hizo que los paseos se repitiesen, y lo que habia empezado por un encuentro casual, acabó por una relacion estrecha, y en cuanto á Melon y Moratin, por una tierna amistad y de toda la vida. Reuníanse, pues, en la celda del padre Estala, todos los dias, Moratin, Melon y el padre Navarrete, y allí pasaban agradablemente su tiempo hasta la hora en que cerraban el convento. Largo sería referir las gratas conversaciones, los proyectos literarios que allí se concibieron, y no se realizaron, pero que no por eso carecieron de utilidad, por las conversaciones y discusiones ins-

tructivas á que daban motivo. En esta reunion, aumentada despues por la concurrencia de don Pablo Forner, cada uno de estos amigos adelantaba sus conocimientos por la comunicacion recíproca, y hasta sus diversiones servian para ejercitar su ingenio. Cuándo se proponian improvisar una tragedia, en que Estala se encargaba del segundo acto y asesinaba á todos los actores, dejando á Moratin la dificultad de continuar el tercero; cuándo un sainete con el título de *La Batalla de Lepanto;* y cuándo una égloga con el de *La Bucólica del Abroñigal*, en que todos los pastores se conjuraban contra Mirtilo, que era el nombre de Moratin, para ponerle en situaciones apuradas, que no servian sino para que luciese la fecundidad de sus recursos, y para obligarle á soltar el torrente de sus gracias y felices ocurrencias.

Interrumpiéronse estos gratos pasatiempos por la muerte de la madre de Moratin, á quien amaba tiernamente; y en esta ocasion, como en todas las demas desgracias de su vida, contribuyeron á tranquilizar su espíritu y enjugar sus lágrimas, la amistad fina, la contínua compañía y los discretos consejos de su amigo Melon. Habiéndose quedado solo, pasó á vivir con su tio don Miguel, que tambien trabajaba en la joyería del Rey, calle de las Veneras. Durante la vida de su madre no podia hacérsele ni insoportable ni ingrata una ocupacion que proporcionaba á este excelente hijo el dulce placer de mantenerla, de vivir en su compañía, y de consolarla en su viudez. Mas muerta aquella señora, su situacion, que sólo el amor filial habia hecho hasta entónces llevadera, empezó á parecerle lo que no podia ménos. Cuando nadie se lo hubiera dicho; cuando la Academia, coronando por segunda vez, en el año de 82, al autor de la *Leccion poética*, no le hubiese dado á entender lo que efectivamente valia, él mismo, al entrar en la fuerza de la juventud, no podia ménos de sentir su propia superioridad. En los hombres grandes aquellas determinaciones instintivas que llamamos vocacion, producto de su organizacion privilegiada, y que el poeta del Ponto describe con tan hermosa imágen, diciendo *Est Deus in nobis*, son con efecto

una fuerza, un impulso irresistible y sobrenatural, que les atormenta si su posicion les obliga á contenerle. Un obrador no era ciertamente el teatro de Moratin. No habia venido al mundo para servir de instrumento á los caprichos de la vanidad, para consumir su ingenio en idear los modos de contentar á un estúpido opulento, haciendo brillar sus suaves, sus almidonadas manos con sortijas y cintillos, ni para ornar la frente altiva de una petimetra con piochas ó diademas. Talía le habia cedido su máscara, y Momo su cascabel, no para que sirviese, sino para que corrigiese los defectos y vicios de su edad, para ejercer un magisterio harto más noble y útil. Ardiendo en su pecho el fuego de la divina poesía, lleno de sus sublimes inspiraciones, pero rico sólo en esto, y pobre en todo lo demas, no podia ménos de aspirar á una situacion que conciliase sus necesidades físicas con el ocio dulce que pide el comercio de las Musas; y como los empleos en España, al ménos por entónces, no eran una ocupacion, aspiró á obtener uno, que le pusiese en estado, no de pasear su inutilidad por tiendas y plazas, sino de abandonarse con gloria de su nacion á los trabajos útiles á que le llamaba su ingenio. Inútiles fueron sus esfuerzos durante algun tiempo; mas, como sus composiciones le habian dado ya celebridad entre los que en aquella época brillaban, uno de los primeros, el ilustre Jovellanos, si no consiguió, se propuso proporcionarle una salida, que, á no haberse cambiado el viento de la fortuna, próspero entónces á sus protectores, habria venido á tener el resultado que Moratin deseaba. El Conde de Cabarrús, encargado de una mision importante en París, pidió á Jovellanos que le indicase un jóven de talento que en calidad de secretario quisiese acompañarle, y éste designó á Moratin.

Aceptó la proposicion, aunque un tanto á disgusto de su tio don Miguel, sin cuyo consentimiento nada quiso hacer; pero, vencida esta resistencia por Melon, partió para París, en compañía de Cabarrús, como á fines de 86 ó principios de 87. Era este ministro demasiado ilustrado para que tardase en conocer el tesoro que poseia, y sobradamente bueno

para que las pretensiones pueriles del amor propio triunfasen de los sentimientos del hombre honrado y de luces. Así es que, á muy poco, el secretario dejó de ser su dependiente, y empezó á ser uno de sus íntimos amigos. Este viaje, ya que no produjo el resultado que se habia propuesto, fué, sin embargo, para Moratin de muchísimo provecho, como aparece de un borrador de su correspondencia, que obra en mi poder, con los señores Cean y Bermudez, Forner, Jovellanos, don Eugenio Llaguno, Signorelli, Conti y otros. No correspondió por este tiempo con el primero de sus amigos, porque por la misma época Melon vino tambien á París, donde vivieron juntos en la calle de Vivienne, *hôtel de la Cour de France*, hoy *des Étrangers*; y de aquí se separaron, continuando este último sus viajes por Inglaterra y Holanda. De la coleccion de aquellas cartas resulta que en Enero de 87, y con un tiempo malísimo, atravesaron el Aragon; que desde allí pasaron á Barcelona, donde por primera vez vió Moratin el mar, «espectáculo, segun él dice, interesante y maravilloso.» Allí permaneció ocho dias, y por el Rosellon entró en Francia, hallándose en Montpellier el 20 de Marzo. Dicho se está que su viaje fué un estudio constante, que extendió y engrandeció la esfera de sus ideas. Así es que en sus cartas describia á Cean los monumentos de las artes, á Forner le daba consejos no inútiles para reprimir su fogosidad y dirigir su ingenio, á Jovellanos, Llaguno, Signorelli y Conti les hablaba de literatura. Segun el itinerario que ofrece esta correspondencia, de Montpellier pasó á Marsella entre el 23 y 30 de Marzo; de aquí á Avignon, donde se hallaba el 13 de Abril, y de aquí á Paris, desde donde escribe ya el 29. En esta capital permaneció como hasta mediados de Julio. En ella conoció y trató al célebre Goldoni. De su correspondencia resulta cómo, y de su relacion el placer que tuvo en conocerle. «Hallé á Iberti en casa del Conde de Aranda, dice en carta á don Eugenio Llaguno; nos abrazamos, nos dimos cuenta recíprocamente del estado de nuestra salud, y lo primero que le pregunté fué si vivia Goldoni.— Vive y está bueno.— Y ¿dónde está?— En Pa-

rís.—¿En qué calle? ¿En qué casa?—Cuando usted quiera verle, iremos juntos.—¿Cuándo puede usted llevarme?—Mañana.—¿A qué hora?—A las once.—Y ¿en dónde nos veremos?—En el Boulevard, junto á la calle de Richelieu.—Pues allí estaré.—Pues no haré falta.—Llegó el dia y la hora señalada; fuimos allí, y vi á mi buen Goldoni, viejo, amable, respetable, alegre, gracioso, cortés... No me hartaba de mirarle..... ¡Cuánto me agradeció la visita!.... Hablamos largamente de teatro, y se complació infinito cuando le dije que en los de Madrid se representaban con frecuencia y aplauso *La Esposa persiana*, *La Mujer prudente*, *El Enemigo de las mujeres*, *La Enferma fingida*, *El Criado de los amos*, *Mal genio y buen corazon*, *El Hablador*, *La Suegra y la Nuera* y otras producciones estimables de su *demasiado* abundante vena. Me habló de la ingrata patria, que le obligaba á vivir ausente de ella, atenido á una pension que le daba esta Córte, con el título de lector de la Reina; y al recordarlo, se le bañaban los ojos de lágrimas. *Yo le acompañé tambien, porque en efecto es cosa cruel que el mérito de hombres tan extraordinarios, honor de su nacion y de su siglo, se desconozca y se desprecie con tal extremo, que la soberbia república de Venecia permita que Goldoni viva á merced de un gobierno extranjero, y que otra nacion haya de dar sepulcro á un hijo suyo, que tanto ha contribuido á su ilustracion, á sus placeres y á su gloria.*»

Cabarrús, concluidos los asuntos de su viaje, ó más bien, convencido de la inutilidad de éste y de su residencia en aquella Córte, dispuso verificar su regreso á Madrid por Barcelona; mas en Tolosa le alcanzó un pliego del gobierno frances, que le obligó á volver á París. Quedóse Moratin en Tolosa, de donde escribia á Cean el 24 de Julio. Allí volvió á reunirse con él Cabarrús; y por lo que aparece, entraron en España, estuvieron en Bilbao y Vitoria, llegaron hasta Pancorvo, y desde allí, deshaciendo el camino, volvieron á entrar en Francia, recorrieron á Pau, Montauban, Auch, y regresaron por segunda vez á Tolosa, desde donde, con fecha de 7 de Diciembre, escribe á Forner. El 8 de Enero

de 788 ya estaban de vuelta en Madrid, desde donde con esta fecha escribe Moratin á Conti. Continuó en compañía de Cabarrús, y éste en favor por algun tiempo; mas á poco se levantó contra él aquella tempestad que suscitó la envidia de los necios á quienes ofendia su mérito, y de los ambiciosos que, segun su inveterada costumbre, no valiendo nada por sí mismos, ni saben fundar su fortuna, ni pueden extender su influencia, sino sobre la ruina de los hombres de provecho. Vióse Cabarrús aprisionado, ocupáronle sus papeles, tuvo por sus acusadores y por jueces á sus mayores enemigos, y esta horrible borrasca alcanzó á cuantos habian merecido su estimacion. Lerena no pudo perdonarle la grave injuria de haber hecho el elogio de su predecesor, y áun mucho ménos el crímen irremisible de haberse mostrado por sus talentos digno de sucederle. Moratin padeció con este motivo las mayores amarguras, no ménos por la persecucion injusta de su favorecedor, que por las consecuencias que eran de esperar contra su secretario y amigo. Envuelto en su desgracia, temió verse aprisionado como él; y por de contado vió desvanecerse las esperanzas que fundaba en su influencia, en una situacion que su pobreza hacia desesperada. Afortunadamente halló, en esta ocasion como en todas, en su honrado tio don Miguel afectos de padre. Desde el gabinete de un estadista volvió á la pacífica morada de las artes, y tal vez le pesó entónces haber abandonado su antigua ocupacion. Sin embargo, no por eso volvió á ella. El que, sin haber salido de los áridos contornos de Madrid, no pudo resistir la vehemencia de su inspiracion, ¿cómo podria ni sujetarla, ni extinguirla, ni reducirse á la sequedad de un arte mecánica, al manejo de una lima, el taladro ó el martillo, despues de haber visto dilatados mares, fértiles rios, campiñas pobladas y amenas; despues de haber recorrido de Oriente á Occidente los floridos valles, los encumbrados riscos del Pirene; y despues de haber admirado en naciones extrañas los monumentos grandiosos de las artes, la riqueza de su literatura, los frutos, en fin, de su cultura y civilizacion; despues de haber cargado, por de-

cirlo así, y tan abundantemente, su imaginacion de electricidad poética? Dado, pues, al estudio, y ocupado de su arte, pasó en el modesto albergue que su tio le procuraba, el tiempo que fué necesario para que calmasen un tanto las pasiones, que excitadas contra Cabarrús, alejaban de toda pretension á cuantos habian merecido su confianza y amistad. Por esta época volvió á examinar y corregir *El Viejo y la Niña*, ya concluida desde el año de 86, y que en 88 volvió á dar, y por segunda vez tuvo que retirar de las manos de los cómicos, gracias al Vicario eclesiástico de Madrid, que rehusó conceder la licencia para que se representase. Por este mismo tiempo compuso, y en el año de 89 se publicó, en la imprenta de Benito Cano, *La Derrota de los pedantes*, sátira llena de gracia y verdades. Mas, como su situacion era tan incierta, y su delicadeza no le permitia vivir á expensas de nadie, deseaba con ánsia fijarla y mejorarla. Instaba á su amigo Melon, el único acaso con quien se atrevia á tener esta confianza, á que usando de sus mayores relaciones, le proporcionase un empleillo cualquiera. Hacíalo éste con la mayor eficacia, pero con ningun fruto; y entre tanto el tiempo pasaba y su inquietud crecia. El autor de *La toma de Granada*, de *La leccion poética*, y del *Viejo y la Niña*, aunque nunca representada ni impresa, ya de muchos conocida, un jóven que por sus talentos habia fijado la atencion y merecido el aprecio y la amistad de los primeros literatos, no sólo no halló una plaza en la Biblioteca, sino que ni áun se le creyó digno de un empleo de copista en Rentas, Propios y Arbitrios, las Bulas ó el Papel sellado; porque, como su objeto era el de proporcionarse, en pocas horas de trabajo, lo estrictamente necesario para mantener la vida, y poder dedicar el resto segun sus inclinaciones, su vocacion en materia de empleos era universal, ó más bien, considerados todos ellos como medios de satisfacer la única que tenía, cualquiera era bueno. Mas, despues de haber llamado en vano á todas las puertas, á la vuelta de algun tiempo se le ocurrió una idea, que produjo algun resultado, si bien fué tan mezquino, que más es para referido como

escarmiento de pretendientes, que para gloria de protectores. Llegó á saber Moratin que un músico de la Capilla Real, llamado Marcolini (si la memoria del señor Melon no le es infiel), componia versos ridículos y bufonescos, que agradaban mucho al Conde de Floridablanca, por otra parte tan digno y respetable; y discurrió que, pues los malos de este poeta espurio y maldecido de Apolo entretenian los ocios del Ministro, otros que no lo fuesen tanto, pero que siendo del mismo género, se acomodasen al paladar de su excelencia, cuyo gusto no le era dado formar de nuevo, deberian complacerle más. Compuso, pues, un romanzon de aquellos que no le costaban sino el precio del papel, y por decirlo así, el trabajo material de escribirlos, y se le remitió. ¡Cuál fué su sorpresa cuando supo que el Ministro habia juzgado sus versos harto más benignamente que su autor, que los habia hecho leer á la mesa, y lo que es más, que se los habia dado al oficial mayor de la secretaría, don Sebastian Piñuela, con órden que se le premiase con un beneficio simple! Llamóle Piñuela, dióle tan grata noticia, le alabó sus versos; en secreto le dijo que él tambien los hacia, y le despidió muy contento, creyendo que al fin habia arribado á puerto de salvacion. Se equivocó en verdad, porque la generosidad del señor Piñuela, que hacia versos secretos y dignos sin duda de un sigilo de confesion, ó la del señor Conde, que estimaba y celebraba los de Marcolini, ó la de entrambos, como es de suponer no pasó de conferirle un préstamo en el arzobispado de Búrgos, de trescientos ducados, con los cuales quedaba, poco más ó ménos, tan en *potentia propinqua* de morirse de hambre como ántes de este rasgo de la liberalidad de sus Mecénas. Se ve que, ó eran de aquellos que adoptando un error tan general hasta aquí entre cortesanos y palaciegos, como funesto á los buenos ingenios, creian que el método dietético era muy á propósito para formar excelentes escritores, ó no quisieron exponer á su protegido á que en un éxtasis de gratitud dijese una blasfemia, como Virgilio:

Deus nobis hæc otia fecit.

No obstante, este beneficio le sirvió como de título para ordenarse de primera tonsura, el 9 de Octubre de 789, por mano del obispo de Tagaste; preparándose así á mayores ascensos en su nueva carrera, pues que al fin la provision de otro beneficio ofrecia ya por resulta una prestamera.

Ya por este tiempo empezaba á obtener favor don Manuel Godoy, guardia de corps, compañero de cuartel y amigo de otro, llamado don Francisco Bernabeu, sujeto honradísimo y muy aficionado á los literatos. Conocíanse casualmente este último, Moratin, Forner y Melon. Bernabeu, que con frecuencia tenia ocasion de admirar el talento de aquellos, y que vió que sobrándoles mérito, les faltaba proteccion, los presentó á don Luis Godoy, guardia tambien; y éste, prendado de ellos, los recomendó á su hermano, que ya en el año de 90 gozaba de la más alta influencia. Fueron Moratin y Forner presentados por Bernabeu á don Manuel Godoy, á quien no pudieron ménos de parecer entrambos lo que efectivamente eran, y desde este momento se declaró su protector. Forner fué nombrado fiscal de la audiencia de Sevilla, y á Moratin se le confirió, el 3 de Octubre del mismo año, un beneficio en la iglesia parroquial de la villa de Montoro, que le ofrecia una subsistencia desahogada, unido á una pension de 600 ducados sobre la mitra de Oviedo, que cobró religiosamente hasta que obtuvo este obispado el Reverendo Obispo actual (1), quien dando á sus ovejas este ejemplo de escandalosa insubordinacion á la suprema autoridad del Estado, de ingratitud á quien debe su nombramiento con los gravámenes que pudo y tuvo á bien imponerle, y de irritante infraccion á los preceptos de la moral de todo hombre honrado, y á los del Evangelio que no excusa á los obispos de pagar á sus acreedores, sin haber querido satisfacer más pensiones que las de los años de 1815 y 16, debe á Moratin, que murió sin perdonárselos, setenta y nueve mil y tantos reales.

Cuando obtuvo esta gracia, se habia, en fin, representado

(1) Se refiere el autor al año de 1828.

ya, el 22 de Mayo de aquel año (merced á la influencia del mismo protector), *El Viejo y la Niña*. Fué Moratin, entre los de su tiempo, el poeta predilecto de don Manuel Godoy; y en verdad que si el acierto que tuvo en esta eleccion le hubiese tenido en todo, la posteridad, en lugar de murmuraciones, no tendria que tributarle sino elogios. Rígidos censores han acusado á Moratin de que se mostró agradecido; mas los que en aquella época le estudiaron con imparcialidad, no encontraron sino motivos de admirar sus estimables prendas, y más que todo, una solidez de juicio dado á pocos á la edad de treinta años. Otro que no hubiera sido él, se habria dejado llevar del viento de la fortuna; y por poco, en verdad, que hubiese querido renunciar á la inflexibilidad de sus principios, el distinguido aprecio con que le trató el Duque de la Alcudia, el Príncipe de la Paz, que más de una vez, para buscar á Moratin, que se escondia entre los últimos, rompia la fila de los grandes personajes que asistian á su córte, autoriza sobradamente la presuncion de que habria sido admitido á su intimidad, y con ella, á la influencia, al mando y á las adoraciones de cuantos están dispuestos á inclinar su rodilla ante el ídolo del poder. Si todos los que rodearon á este privado hubiesen mostrado la misma circunspeccion en no aprobar lo que no merecia aprobacion, la misma sobriedad en los elogios, tal vez este hombre, cuya razon contribuyó no poco á trastornar el incienso de viles aduladores, tendria hoy en su retiro ménos debilidades que llorar. Moratin ni aduló á sus concubinas, ni á los ministros de sus placeres, ni á sus cocineros, sus pinches, sus caballos y sus perros, como hicieron tantos, que el dia de su desgracia, de repente, recobraron toda la austeridad de sus virtudes, y sin cuidarse de lo violento de la transicion, se pasaron de la escuela de Epicuro á la de los Catones y los Brutos. Ni le corrompió en la prosperidad, ni le insultó en la desgracia. Creyó que habiendo recibido sus favores, y debiéndole cuanto fué, habia perdido el derecho de decir mal de su bienhechor. Tales son los principios, los sentimientos de pechos nobles. Como no todo lo que hizo su

protector fué malo, alabó en él lo que sin rubor podia ser alabado, ó le dirigió composiciones festivas, que no contenian ni aplauso ni vituperio. Mas, no pudiendo ménos de juzgarle interiormente, luchando entre la evidencia de su razon y la gratitud, adoptó el único partido que podia conciliar su honor y su virtud con la prenda de agradecido. Ni trató bajamente de adivinarle todos sus pensamientos, ni suscribió á todos los deseos que le adivinó; y si recibió sus beneficios; se alejó cuanto pudo de su intimidad. Falta saber si los censores rígidos podrán acusarle ó de las necesidades que le obligaron á buscar proteccion, y de no haberla hallado sino en Godoy, ó del poder y la autoridad que éste ejerció.

Consiguiente á aquella idea de alejarse de su protector cuanto pudiese, sin parecer ni ser ingrato, de no ponerse en el peligro de adquirir una influencia que no codiciaba, ya que no podia serle dado lisonjearse con la esperanza de dirigir segun su corazon y sus luces la que su Mecénas ejercia; léjos de fatigarle con su presencia y sus visitas, frecuentaba su córte lo ménos que podia, y estudiaba mil pretextos para alejarse. A poco de haber obtenido el beneficio de Montoro, se retiró á la Alcarria; y segun resulta de una carta de Signorelli, de 26 de Marzo de 92, respondiendo á otra de Moratin, este destierro voluntario valió *La comedia nueva*, que fué representada en el mismo año. Fiel á sus designios su inimitable autor, sustrayéndose á los aplausos de la escena, que tanto le agradaban, por alejarse de los peligros de una Córte cuyo poeta cesáreo no queria ser, inventó nuevo pretexto, no ya para retirarse por poco tiempo á una provincia, sino para salir de España por algunos años; y miéntras que tantos, de cerca y de léjos, apuraban todos los medios de la intriga, y fatigaban su ingenio para introducirse en las antecámaras de los criados de los criados del dispensador de las gracias, atormentaba Moratin el suyo para no verse, á su pesar, introducido en su gabinete. Expuso á su protector la necesidad que tenía de viajar para instruirse; y bien que así lo creyese, sin llevar más adelante sus sospe-

chas, bien que vislumbrando otra cosa, respetase sus verdaderas intenciones, no sólo le concedió el permiso que deseaba, sino que le auxilió con treinta mil reales para sus viajes.

Salió de Madrid, vino á Francia. El aspecto de su revolucion en todos sus horrores le estremeció. Pertenecia á su siglo por sus luces, deseaba las reformas útiles y posibles; pero, como no habia recibido de la naturaleza las inclinaciones de los tigres y de los leones, no estuvo sujeto á aquella fiebre patriótica, á aquellos éxtasis heroicos de amor á la humanidad de los que, para anticipar la felicidad de las razas futuras, que no conocen, empiezan por exterminar la generacion que con ellos vive. Así fué que los deliquios amorosos á que se abandonaba el pueblo soberano con la cabeza, el corazon, y los pechos de la hermosa, dulce y benéfica princesa de Lamballe, fueron para él espectáculos de horror, que le hicieron dejar con espanto y aversion un país donde el crímen parecia haber erigido su trono, y donde, con la máscara de libertad, invocando sacrílegamente la razon y la filosofía, que no fueron nunca sus auxiliares ni sus cómplices, obtenia un culto tan antifilosófico y cruento. Moratin vivió y murió perteneciendo á aquel pequeño número de hombres ilustrados y de corazon sano y justo, que así desechan los errores envejecidos como las novedades desastrosas.

Salió de Francia aterrorizado, y pasó á Inglaterra. Allí estudió las costumbres, la legislacion, la administracion de esta nacion célebre; pero, más que todo, los monumentos de las artes y la literatura; y con ésta y la lengua, adquirió los conocimientos que necesitaba para traducir, y los que mostró comentando, admirando, censurando y traduciendo el *Hamlet* de Shakespeare, que se imprimió en Madrid, en 798, y que tanto irritó la bílis del bueno de don C. C. (1). De todo juzgó con aquella severa imparcialidad de su recta razon, dirigida por buenos estudios, segun resulta de las apun-

(1) Tal vez alude á don Cristóbal Cladera.

taciones de su viaje. Como no habia salido de España para admirar ó deprimir por pasion cuanto fuese extranjero, ni le agradó la intemperancia ni el orgullo de los ingleses, ni sus combates á puñádas, ni el olor del carbon de piedra; ni dejó de alabar la actividad de este pueblo laborioso, la limpieza de sus casas, la hermosura de sus caminos, la facilidad de sus comunicaciones, la perfeccion de sus máquinas, sus adelantos en la agricultura, las artes y el comercio; ni de suspirar cuantas veces el término de comparacion le excitaba la memoria de su patria, donde echaba de ménos lo que allí veia, y en donde la naturaleza quiso que hubiese de sobra, no sólo esto, sino lo que allí no podia haber. Tampoco se enamoró de la iglesia de Enrique VIII, ni de los presbiterianos, anabaptistas, metodistas, socinianos y cuácaros. Aplaudia que no se persiguiesen, que vivieran juntos, que se tratasen como hermanos, y áun habria deseado que la tolerancia inglesa, semejante á la suya, no hubiera tenido límites ni exclusiones. En cuanto á su organizacion social, amigo de la libertad moderada y urbana, ni aprobaba las discusiones furibundas de taberna, las opiniones anárquicas de sus *Lewallers*, ni le parecia mal que sus leyes garantizasen la seguridad pública contra las invasiones del poder. Últimamente, con respecto á sus teatros, el que habia recibido de Talía la mision de combatir los monstruos que produjo la imaginacion alegre de Lope de Vega, no podia enamorarse de los espectros hórridos de Shakespeare, ni aprobar en los extranjeros las extravagancias que condenaba entre los suyos. Fiel á sus principios, tributando á los poetas célebres de nuestro Parnaso, y sobre todo á Lope de Vega, una especie de culto en su corazon, ni con su doctrina, ni con su ejemplo quiso consagrar sus errores; y restaurador entre nosotros de la escuela clásica, de la escuela de la razon, víctima, por decirlo así, de su propia severidad, ¿cómo podria aplaudir en la fábula las inverosimilitudes, los delirios, y en el estilo la mezcla ridícula de hinchazon y trivialidad del poeta inglés, cuyo desarreglo sostiene y quiere restablecer una nueva secta? Con nadie

podia dejar de ser austero y justo el que á su padre (cuya memoria idolatraba y de quien repetidas veces decia «mi padre fué poeta; yo no lo soy») juzga de esta manera, hablando de *La Petimetra*: «Esta obra, impresa en el año de 762, carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion de estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla.» Mas ¿con quién en este punto podia ser indulgente el que consigo mismo fué tan severo? Doscientas piezas de teatro, diez ó doce volúmenes de versos, habrian bastado apénas á desahogar la copiosa vena de Moratin, si la austeridad de sus principios no hubiese reprimido, y hasta casi extinguido, la fecundidad de su imaginacion. Si se hubiera dejado llevar de su inagotable facilidad; si no hubiese querido someterlo todo á la pesada lima, á que se debe que la mayor parte de sus composiciones en todos géneros sean otros tantos modelos del arte, habria dejado á la posteridad tantos versos, cuantos hubiese podido escribir un amanuense de rápida mano. Apelo al testimonio de sus íntimos amigos. ¿Cuántas veces, en aquellos momentos de dulce y grata amistad, cuya privacion ha dejado en mi alma un vacío eterno, y cuyo recuerdo en este momento humedece mis párpados, se ponia á imitar tal ó cual poeta, ó trazando el plan de una comedia, empezaba á poner en accion sus personajes, les hacia hablar, sin que le faltasen, ni las ideas, ni los versos, ni sobre todo las sales cómicas, hasta que apuradas las fuerzas con la violencia de la risa, era menester pedirle un descanso, como por capitulacion?

Permaneció en Inglaterra como cosa de un año, al cabo de cuyo tiempo, y como por el mes de Agosto de 93, emprendió su viaje á Italia, embarcándose en Dower, desembarcando en Ostende, y despues de haber pasado por Bruséla, Colonia, Francfort, Fribourg, Schaffausen, Zurich y Lucerna, entró en Italia por el monte San Gotardo. Inútil

sería referir aquí las particularidades de su viaje, habiéndole creido digno de insertarse en la coleccion de sus obras, por el interes que inspiran las descripciones que hace de todas las ciudades que recorrió, de los monumentos de las artes que fué encontrando, las observaciones que iba haciendo, y más de una vez, por las ocurrencias felices con que, de cuando en cuando, alegra y ameniza este género de narracion, de suyo seco y duro. Por ahora habrá de contentarse el lector con saber que estuvo en Milan, Parma, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles, Ferrara, Verona, Vicenza, Padua y Venecia; que Bolonia fué como su cuartel general, de donde partia, adonde regresaba de sus expediciones, y en donde residió más largo tiempo. Permaneció en la hermosa Italia, objeto de su preferencia por la bondad de su clima, como país clásico de recuerdos históricos, por la dulzura de su lengua, la riqueza de su literatura, y por su profusion en los modelos de las artes, hasta el Setiembre de 96. El 11 de este mes salió de Bolonia para Génova; llegó á Niza el 23, y en el pequeño puerto de Villafranca, inmediato á esta ciudad, se embarcó el 18 de Octubre, á bordo de la fragata española *La Venganza*. Su navegacion fué tan aciaga, que decia que cuantas veces se acordaba de la situacion en que se vió, no podia ménos de estremecerse; estuvo para arrojarse al agua, prefiriendo acortar los momentos de una vida que todos contaban por perdida, á prolongarla en medio de tantos lamentos, horror y espanto. «Salimos (dice en la relacion de su viaje) el 18 de Octubre. Vientos furiosos, corrientes encontradas, balances, golpes, confusion, terror. El corazon se me oprime al recordar aquellos infaustos dias. Rompióse la caña del timon, se quebrantó el bauprés, corrimos de una parte á otra, adonde los aires y la mar quisieron llevarnos. Avistamos por dos veces una escuadra, que creimos inglesa; y entre el temor de perder la vida ó la libertad, vacilamos inciertos, hasta que logramos fondear en la isla de San Pedro, situada en la punta meridional de Cerdeña..... Salí de esta isla el 16 de Noviembre; y á pocas horas arreció el viento, se alteró el mar, y

entre borrascas, lluvias y huracanes, llegamos á Mahon..... Salimos de Mahon el dia 7 de Diciembre para Cartagena. Calmas en los dos primeros dias: apénas hacíamos dos millas por hora. El dia 9 se levantó un viento fresco, que despues arreció con lluvias y nieblas; por no estrellarnos en las costas, que la oscuridad no nos dejó descubrir, fué necesario apartarse de ellas: avistamos el cabo de Gata; pero la violencia de los vientos, que nos habian estorbado la entrada en Cartagena, nos impidió tambien que tomásemos el puerto de Malaga. Seguimos, pues, la noche del dia 10 caminando nueve millas por hora á palo seco, y entramos en la bahía de Algeciras al dia siguiente, arrastrados de las ondas y de los vientos, y á medio tiro de la escuadra inglesa, fondeada en Gibraltar. Los conflictos de este viaje, los peligros de este arribo, los horrores de que me vi cercado, exceden á toda ponderacion.»

Durante este viaje murió en Madrid Samaniego, secretario de la Interpretacion de lenguas. Melon, que sabía la estimacion particular que de Moratin hacia el Príncipe de la Paz, entónces Duque de la Alcudia, y pensando que nada podia convenir mejor á Moratin que este destino; aunque no conocia al Duque, como apoderado de su amigo, le dirigió un memorial, pidiéndoselo para él. No se necesitó más para que se le diese; y el agraciado, sin tener ningun antecedente, cuando desembarcó, se halló con la agradable nueva de haber sido nombrado secretario de la Interpretacion de lenguas, con honores de secretario de S. M., el 4 de Octubre de 796.

Empleó el mes de Enero de 97 en ver á Cádiz, Córdoba, Sevilla, etc., etc. Llegó á principios de Febrero al Sitio de Aranjuez, donde su protector le recibió con singular agrado, y distinciones que le dieron de repente muchos amigos, que perdió á pocos dias, porque se le supuso en desgracia, no sin alguna sombra de motivo. Como que nadie le excedia en reconocimiento, á ninguno le habria sido más grato el poder complacer en todo á aquel á quien todo lo debia; mas la lira es delicada, pulsada, sobre todo, por la mano de un

hombre que no quiere serlo ménos que la lira. El arte ha fijado á cada género sus asuntos propios; y como ni la poesía ni la prosa pueden hacer otra cosa que adornar el trono de la razon, no deben ser sino el eco de la moral. Cuanto ésta aprueba y ensalza, puede servir de asunto á la oda ó al panegírico; mas lo que ésta resiste, áun cuando no salga de la esfera de las debilidades humanas, no puede prestarse sino á la sátira ó al silencio, y no es posible faltar á estos principios sin que queden deshonrados el poeta y el arte. Si el protector de Moratin tuvo un momento de mal humor, ménos injusto de lo que le suponian sus aduladores, no dió realizados sus pronósticos; y sin que pasase de aquí la desgracia, pasó Moratin á Madrid; se ocupó de arreglar su secretaría y despachar los negocios de ella, alternando las traducciones del tudesco y del árabe, del latin y el holandes, con la del *Hamlet*, con algunas otras composiciones originales, que corren en sus poesías sueltas y pertenecen á esta época, con otras muchas que desechó la severidad de su crítica, y que rasgó, inexorable sólo en esto al ruego de sus amigos, y con un pequeño número de otras, que parecen haberse salvado, como á su pesar, de su furia exterminadora, y que se han hallado entre sus borradores, unas en papeles volantes y al respaldo de un sobre ó de una receta, otras en dos libretas de pergamino como de cuentas y de correa larga, de que apénas han quedado sino los forros, muy pocas hojas, y los vestigios de haber arrancado todas las demas. Sin embargo, aunque en este estado no anunciaban desease su autor que viesen la luz pública, se insertarán en la coleccion de sus obras, sin que me atormente escrúpulo alguno de conciencia por no haber en ello consultado acaso el rigor de su voluntad; decidido á multiplicar en este punto las infracciones, extendiéndolas á cuanto en prosa poseo, y á cuanto en verso y prosa pueda adquirir, y se halle en manos de alguno de sus amigos. Autorizado con un ejemplo grande de la antigüedad, me proponia, como Augusto, la cuestion: *Solvetur littera dives?* Y aunque,

como á él, me asaltaba el *sed legum servanda fides*, etc., etc., he venido á resolverla de la misma manera:

Frangatur potius legum veneranda potestas,
Quam tot congestos noctesque diesque labores
Hauserit una dies.....

Aunque el número de estas composiciones no es grande por desgracia, son todas ellas muy dignas de su autor. Algunos sonetos, tal cual epigrama, *La Sombra de Nelson*, ya conocida, y sobre todo, tres composiciones en aquel género festivo, en que Moratin es inimitable; *El Aguinaldo poético*, con el título de *Epístola á un ministro*; una sátira contra un importuno que tenía ciertos ribetes de malignidad, y cuyo asunto tiene más de pasaje histórico que de fabuloso; y otra con el título de *Epístola á una dama*, que le pedia algunos versos, con cuya ocasion habla y satiriza á muchos de los malos poetas de aquel tiempo, citándolos por sus mismos nombres, motivo por el cual esta composicion no fué nunca conocida sino de un cortísimo número de amigos (tal vez no llegaron á cuatro), á quienes nos la recitaba de memoria. Yo le pedí mil veces que me dejase copiarla; sin duda para librarse de mis importunidades, me hizo creer que no la tenía escrita, ni sabía de ella sino fragmentos, como de tantas otras que igualmente recitaba, y con efecto destruyó desgraciadamente. Sin embargo, fué tanto lo que yo le rogué la conservacion de ésta, por ser una especie de documento histórico de aquellos tiempos, que no extrañaria que á mi intercesion, y al mucho cariño que me profesaba, se deba el haberla salvado, contra su voluntad, del fuego, en que tantas otras perecieron. Apreciaba á Ovidio; pero no aspiraba sino á la gloria de Catulo: poco y bueno.

Habiéndose tratado de reforma del teatro, fué Moratin por este tiempo nombrado por S. M. individuo de una junta que se formó, y cuya presidencia fué cometida al Gobernador del Consejo, personaje que hace largo tiempo está en

posesion de entender de todo, y á quien, como por juro de heredad, pertenecen en la Córte todas las presidencias. Éralo entónces el General Cuesta, hombre estimable, excelente militar; mas su carácter se resentia un tanto de la dureza de su profesion: muy capaz de trazar un plan de campaña; pero hijo tan favorecido de Marte como ignorado de Apolo y de las Musas. Así es que en las juntas no era posible que estuviesen de acuerdo el general y el poeta. Viendo, pues, el segundo este estado de oposicion contínua, y habiéndole, sobre todo, el señor Gobernador mostrado en cierta ocasion cuán dispuesto estaba á confundir una junta deliberativa con un campo de batalla, una discusion literaria con el fuego de una batería enemiga, y cuán propenso á rechazar los ataques de la primera por medios análogos á los que exige la segunda, tanto, que segun se puso de irritado y fuera de sí, decia Moratin, temió que le tirase el tintero; para evitar este conflicto de opiniones, en que no era posible que el que sabía más sacrificase las suyas al que juzgaba de lo que no entendia, y que por consecuencia, no se prestaba á ningun género de transaccion, tomó el partido de renunciar y de retirarse de tal encargo; viniendo así á faltar en la junta tal vez el único individuo capaz de ilustrar sus discusiones, y de indicar los males de que el teatro adolecia, y los remedios que pedia su reforma. Fué por aquellos tiempos muy frecuente entre nosotros, por la influencia de las rutinas, que los mejores proyectos se perdiesen en la impericia de los hombres á quienes se confiaba su ejecucion. Los abusos de la autoridad judicial ¿piden una reforma? No hay sino dar á los cuerpos togados un general por presidente. ¿Se siente la necesidad de organizar cuerpos literarios? Pues no hay sino apresurarse á llenar su lista con muchas excelencias y señorías, y tal cual literato como por via de muestra. ¿Se desea una reforma en los teatros? Pues vengan togados y capitanes generales, y vaya Moratin á ver si puede empezar su educacion, ó trasmitirles, como por gracia infusa, la ciencia que le dieron muchas vigilias y larga constancia de observaciones contínuas. No podia ménos de des-

graciarse todo en la incoherencia de tales medios con el fin.

No será necesario que digamos al lector que la tal junta nada hizo, y que, despues de la salida de Moratin, nada podia hacer. La superioridad lo notó; el Rey, animado de las mejores intenciones, creyó haber hallado el remedio, nombrando á Moratin director de los teatros, por una Real órden, comunicada por el ministro Caballero. Mas si Moratin creia que una reunion de hombres, compuesta de elementos heterogéneos y áun discordantes, era poco á propósito para acertar con los medios de la reforma, tambien pensaba, y con harta razon, que un hombre solo, investido de una autoridad nueva, desconocida, mal definida, no podia bastar para luchar con todos los obstáculos que opondrian necesariamente la tenacidad de los antiguos hábitos, envejecidos errores de todas clases, religiosos, políticos, administrativos, el orgullo de protectores y la intriga de los protegidos. Para todo esto se necesitaban las fuerzas de un Hércules, y él tenía demasiada modestia para esperar tanto de las suyas. Renunció, pues, á esta nueva distincion, agradeciéndola; y áun, preguntado á quién podria conferirse este encargo, respondió que en la reducida esfera de sus relaciones, no debia extrañarse que no conociese persona á quien designar.

Entre tanto, y alternando las ocupaciones de su secretaría con la sociedad de sus amigos (particularmente la que tenian en casa del honrado y erudito don Juan Tineo, reunion á que Moratin dió el nombre de sociedad de los Acalófilos), y con algunos otros viajes á Pastrana, donde habia comprado una casa, é iba á pasar algunas temporadas de recreo; en refundir *El Baron*, convirtiéndole de zarzuela en comedia, y en corregir la *Mogigata*, corrieron los años de 97 á 803.

En uno de estos viajes á Pastrana compuso un poema con el nombre de *La Huerteida*. Era Huerta, á lo que parece, hombre de un carácter fogoso, que por adolecer un tanto de achaque de amor propio, no estaba muy dispuesto á apreciar debidamente el mérito ajeno. Sin violencia se concibe que el que, como poeta trágico, miró á Voltaire con despre-

cio, despreciase tambien á Jovellanos, Moratin, Iriarte, Forner y otros ingenios de su tiempo. Forner, tambien de sangre viva y ardiente, sostuvo con él batallas campales; mas Moratin, que con el arma de la ironía hubiera reducido al silencio á todos sus enemigos, miró siempre como un pecado poético toda personalidad, y se contentó con reirse de los desprecios de Huerta. Sin embargo, en Pastrana compuso este poema burlesco, para espantar el tedio de la soledad, y á lo sumo para excitar la risa de tres ó cuatro amigos; pero, decidido á no permitir copia alguna, ni áun dejó subsistir el original. Aprendió de memoria su composicion, la rasgó, y nunca pasó de recitarla á Melon, á Tineo y á Forner, é instigado por el primero, vencida su resistencia con mucha dificultad, se la recitó una vez á don Eugenio Llaguno. No obstante tantos y tan estudiados medios para que de *La Huerteida* no sobreviviese ni un solo verso, Melon, á fuerza de hacérsela repetir, y de oirle con sumo cuidado para retener algunos, ha podido conservar en su memoria buena parte de ellos.

En sólo esta ocasion, y en la composicion que arriba indicamos, fué personal la sátira de Moratin; mas en entrambos casos fué su intencion, y áun su resolucion bien pronunciada, que estos dos juguetes de su festiva pluma no viesen jamas la luz pública. Hoy, que no existen ni el crítico ni las personas sobre quienes recae la censura, ésta, si se publicase (como su defensa, si alguno lo intentara), pertenecen á la historia y deben conservarse. En las demas composiciones de este género, bien criticase las costumbres, bien el mal gusto que le precedió, ó los delirios y extravagancias de su siglo, no se propuso sino los progresos, la perfeccion del arte. Como que no inventó, ni era conveniente que inventase, tomó de la naturaleza los módelos: cuantos crean reconocerlos, no hacen sino confesar el mérito de la copia; mas se equivocan si piensan que Moratin se propuso murmurar ó desacreditar individuos determinados, ni por interes, ni por ambicion, ni por envidia. Cuantos han tratado á Moratin han tenido frecuentes ocasiones

de observar que era harto más candoroso que maligno, harto más indulgente que mordaz. Por serlo en demasía, jamas pudo amar de corazon á un hombre á quien trató por muchos años. Su crítica, no sólo no subia, como por desgracia es tan frecuente, del corazon á la cabeza, sino que ni áun bajaba de la cabeza al corazon. Severo en su gusto en materias literarias, con nadie lo era más que con sus amigos..

Llegó en fin el año de 803, en que se representó la comedia de *El Baron*, que en forma de zarzuela habia compuesto Moratin doce años ántes. Hacia largo tiempo que la ponzoñosa envidia acechaba una ocasion de vengarse de un hombre, de quien no podia triunfar de otra manera. Los que adolecian de aquella grave enfermedad buscaron su remedio en la cooperacion de gentes poderosas é influyentes, protectores decididos de la compañía de los Caños del Peral; y especulando sobre todo género de debilidades, les presentaron como un desaire el que hubiese cedido Moratin su nueva composicion á la compañía de la Cruz. Como se sabía que la comedia de *El Baron* era, en el fondo de la fábula, la antigua zarzuela tan conocida, creyeron que impedirian la representacion de aquella si hallaban un poeta que sobre el mismo asunto hilvanase de pronto una comedia ántes que pudiese representarse la de Moratin; y cuando esto no se lograse, siempre convenia tener una pieza que palmear para justificar, con alguna sombra de motivo, los silbidos y chilladiza con que se proponian desterrar del teatro la de aquel; y en todo caso se daba á la faccion una insignia para su bandera, y así adornada, se podia despues tremolar esta especie de lábaro ú oriflama. En grande y en pequeño, el espíritu de faccion ha empleado siempre los mismos medios. El toque estaba en encontrar un rival que oponer á Moratin sobre la escena; y esto ni era fácil entónces, ni, por desgracia del teatro español, lo será acaso en largo tiempo. Como la necedad empieza por no conocer el peligro, es de suyo poco aprensiva, es harto confiada, y á todo se atreve: ya que no era posible hallar un rival al autor del *Viejo y la*

Niña y de *La comedia nueva*, no habia cosa más fácil que encontrar un coplero que se creyese superior á él, y que en cuatro dias zurciese un embrollo sobre poco más ó ménos. Prestóse á ello un tal don Andrés de Mendoza, hombre que podia tener más de santo varon que de poeta cómico, y que no conoció que le habria sido más fácil (y harto más interesante) subir á los altares que á la cumbre del Parnaso. Puso manos á la obra, y en pocos dias presentó á los amigos, y ofreció al teatro, *La Lugareña orgullosa*, pobre niña, que como no era de tiempo, nació ya condenada á morir pronto, sin que alcanzasen á prolongar su vida cuantos celebraron tan fausto alumbramiento, como ni bastaron á acortar la del bien constituido y robusto *Baron*, con aquella especie de arañoncillo que consiguieron darle los conspiradores, á su primera representacion. Uno de ellos, amigo despues de Moratin y de sus amigos, y que áun vive (1), jóven entónces, y dispuesto, por el aturdimiento de la edad, á juzgar, con ménos madurez que despues, de la importancia de una intriga de esta especie, que aburriendo á un autor, hubiera podido privar al teatro de *La Mogigata*, de *El sí de las Niñas*, de *La escuela de los maridos* y del *Médico á palos*, ha expiado sobradamente su ligereza, confesando á Moratin la parte que tuvo en la intriga y descubriéndola; y áun esta revelacion, repetida por él mismo en nuestras conversaciones, ha servido de distraccion á los que la hemos escuchado. Lo inconcebible en esta ocurrencia es que el tal don Andres Mendoza fuese hombre tan sandio y de poca memoria, que habiendo tomado de la zarzuela de Moratin no ménos que la fábula, los caracteres, las situaciones, los pensamientos, muchos versos, los nombres de los personajes, y hasta el lugar de la escena, llegase á creer de buena fe, á lo que parece, que su comedia era *original*, y que nada tenía que ver con la composicion de Moratin. Existen en mi poder dos cartas suyas á éste, de las cuales, en la una dice: «Mañana, lúnes, 27, á las diez de ella, leeré mi comedia á los

(1) No vive ya. Fué el apreciable don Dámaso de la Torre.

actores en la contaduría del coliseo de los Caños, lo que noticio á usted por si gusta oirla: si se toma usted la molestia de concurrir, *ebidenciará por sí mismo* que nuestras comedias *sólo tienen de comun* el fondo del argumento, y que ni un verso ni una idea he tomado de la de usted.» (Es copia fiel, hasta en la ortografía.) Cierto es que la lectura no se verificó ni el 27 ni en los dias sucesivos, porque en otra del 2 de Enero de 803 le dice que ha sucedido lo que él recelaba; que no podia leérsela porque al dia siguiente tenía que ir con precision á casa de S. E., y que no le suplicaba que le señalase otro dia y hora, porque la comedia iba á darse muy pronto. Mas ¿cómo decia este hombre que nada, nada habia tomado de Moratin, y que su comedia era original! Ello es verdad que añadió muchas cosas, y ¡ojalá que hubiesen sido buenas! Por de contado la mudó el nombre, el sexo, y áun el linaje, pues á un baron de ilustre prosapia, descendiente de Pero Nuñez de Vargas, le convirtió en una aldeana pechera y del estado llano, y tan llano, que la puso al nivel del inmenso vulgo de comedias y producciones insípidas en que abundó aquella época, fecundísima en refundiciones que estropeaban los originales, en dramas histórico-sentimentales, traducciones del francés, en que tan bien conservado estaba el genio de la lengua original, que parecian hechas á propósito y como para el uso de las dos naciones, en melodramas, *dramasmelos*, y en una multitud, en fin, de fábulas disparatadas é insulsas, que ni áun podian llamarse, como las de nuestros antiguos cómicos, *nugæ canoræ*.

Al año siguiente ofreció Moratin á sus émulos nueva ocasion de que se luciesen los ingenios que entónces atormentaban las prensas. En el mes de Mayo se representó en la Cruz *La Mogigata;* mas en esta ocasion, perdida la esperanza de hacerla silbar en el teatro, todo se redujo á críticas, unas bien intencionadas y urbanas, otras en las que se echaba de ménos, ó entrambas, ó alguna de estas calidades. Despues que Moratin vió, con ocasion del *Viejo y la Niña*, el efecto que venian á producir las defensas, formó el proyecto de no volver á tomar la pluma para responder á sus censo-

res, y áun le pesó no poco de haberla tomado una vez; y así fué que de los principios que adoptó en este punto, hizo su profesion de fe en una carta, que dirigió á los editores de *Las Variedades* (1), y en que, despues de agradecer los buenos deseos de un autor anónimo, que habia tomado sobre sí el empeño de defender *La Mogigata* contra la crítica que de ella se habia hecho en el mismo periódico, no queriendo que de él se sospechase que era de aquellos que apelan á la superchería, tan comun y poco feliz, como él la llama, de responder á los críticos, suponiendo la existencia de una persona caritativa, que favorece y defiende al autor, continúa del modo siguiente: «Yo no respondo nunca á las censuras que se hacen de mis obras. Siempre las agradezco; porque si están bien escritas, me enseñan, me aprovecho de sus advertencias, y callo; si son absurdas, contribuyen indirectamente á mi celebridad; me rio de ellas y de sus autores y del espíritu que las dicta, y callo tambien.» En prueba de cuán religiosamente se conformaba con sus principios, y de cuán antiguos eran en él, existe en mi poder un borrador de una carta, dirigida al impresor del *Diario*, don Juan Fernandez de Rojas, rogándole encarecidamente, no imprima ninguna defensa suya contra las críticas de Cladera y otros sobre su traduccion de *Hamlet*, encargándole la reserva de su súplica, y la respuesta original de éste, prometiéndolo así, con fecha del 10 de Abril de 1800. Una y otra se insertarán en la coleccion, en su correspondencia.

No obstante, á pesar de su propósito de reirse de las censuras que contra su obra dictaba la necedad, no le fué posible hacerlo con las que sugirió á algunos malvados el deseo de la venganza ó su intolerante fanatismo, cuando en 1806 se representó *El sí de las Niñas*. Las intrigas contra Moratin siguieron una progresion, que podria excitar la sospecha de si fueron conducidas, con tenacidad poco plausible, por una misma mano. Se oyó *El Viejo y la Niña* con quietud é imparcialidad, como obra de autor novel que la envidia

1) Núm. XVII, pág. 306.

no habia creido todavía objeto digno de sus tiros. Mostróse el autor gran maestro al primer paso, y empezaron las críticas. Se trató de silbarle ya en la segunda; pero los conjurados no habian concertado bien su plan, y el público hizo justicia. Silbaron al fin la tercera, y el público se obstinó en no ser de su parecer; tiraron á aburrirle, abrumándole en la cuarta con una lluvia de críticas; y viendo por la quinta que no lo habian conseguido, le delataron á la Inquisicion. Por este medio consiguieron al fin su objeto; porque Moratin desde entónces verdaderamente se despidió del teatro. La tempestad, como él mismo dice, «se desvaneció con la presencia del Príncipe de la Paz»; mas juró aquel en su corazon no exponerse á que se excitase la segunda. Admiraba el heroismo de Sócrates; pero no tenía vocacion de mártir, y decia, como Aristóteles: «Evitemos que se cometa un crímen más contra la filosofía»; ni por comedia más ó ménos era cosa de verse encerrado y ensambenitado. Dió, pues, de mano á toda composicion original, y abandonó varios planes que tenía pendientes; y la escena española, escasa de modelos, quedó privada de cinco ó seis comedias más, que lo habrian sido, como todas las suyas. Así me lo dijo él mismo en una de nuestras conversaciones amistosas. Solia yo con frecuencia chancearme, llamándole perezoso, echándole en cara el corto número de sus composiciones de teatro, y diciéndole que se engañaba si creia que cinco miserables comedias y dos malas traducciones bastaban ni áun para obtener el grado de bachiller en la carrera cómica; que esto era, poco más ó ménos, no haber pasado de las *Súmulas*; que para merecer este título era preciso presentar un surtido regular y variado de comedias, tragedias, óperas y tonadillas; que Moncin y Zavala no habian pasado de licenciados por no haber compuesto sino treinta el primero, y cuarenta y cinco el segundo; y que sólo Comella y Valladares, que habian compuesto el uno ochenta, y el otro ciento y trece, habian obtenido la borla de doctor. Respondia, segun su costumbre, con mil chanzonetas graciosas; mas en una de estas ocasiones, lleno de enfado, me contestó: «El teatro español ten-

dria, por lo ménos cinco, ó seis comedias más, si no me hubiesen hostigado tanto»; y entónces me refirió que para cuando se representó *El sí de las Niñas* tenía ya en el telar la trama de cuatro ó cinco composiciones, que se proponia ir arreglando y publicando sucesivamente, y que, para no caer en semejante tentacion, rasgó los apuntes. Moratin, hombre del carácter más dulce y pacífico, no habia venido al mundo para reñir pendencias de ninguna especie. ¿Qué tiene de particular que se aburriese y renunciase á todo quien se veia, por *El sí de las Niñas*, acusado ante el Tribunal de la fe, amenazado por un ministro necio y malo, y por añadidura, requebrado con cartitas semejantes á la que conservo entre sus papeles y copio á continuacion? «Muy señor mio: Ayer vi representar su comedia titulada *El sí de las Niñas*. Amigo, se puede poner como el verbi-gracia de la pesadez, como el ejemplo de la insustancialidad, y como un prototipo de ineptitud. Es hija legítima, y de legítimo matrimonio, del autor de *La Sombra endiablada* del hombre más digno que ha poseido Albion; hanme dicho que pagó usted mucha turba gárrula para que la palmoteasen, que es cuanta debilidad puede cometer el tonto más tonto. Al cabo de dos ó tres años, ¡ha salido usted con buena sandez! Vaya, amigo, que es usted muy majadero. Es mi estilo. No ser necio, no rebuznar, y abur.—Antonio Nicolas de Solavide.—*Palacio del Buen Retiro, 25 de Enero de 1806.* —Señor don Leandro Moratin.»—Si el que escribió esta carta hubiese sabido que las desvergüenzas prueban que su autor es un desvergonzado, y no más, tal vez habria abandonado el que llama *su estilo*, y que ¡ojalá hubiese sido tan suyo, que con él hubiese desaparecido para siempre de entre los hombres! Habrian ganado en ello no poco la moral pública, las ciencias y la sociedad entera, á quien hace flaquísimo servicio el que la ofrece estos modelos de elocuencia popular, si ya no es para inspirar el desprecio y la aversion que merecen.

Corrieron los años de 806 y 807 en aquella dulce paz, término de los deseos de un hombre como Moratin, frugal en

su mesa, sobrio en los placeres, no atormentado de la codicia ni de la ambicion, y que cansado, más bien que ansioso de celebridad, habia decidido no ofrecer á la envidia nuevo alimento ni pretextos. Su casita de la calle de Fuencarral, núm. 6, entre la del Desengaño y la de San Onofre; su jardin de la calle de San Juan, en donde cultivaba sus flores por su mano; pocos, pero buenos amigos; su secretaría y sus libros; sus investigaciones literarias acerca de los oscuros y primeros tiempos de nuestro teatro, con que iba recogiendo los materiales de la obra de los *Orígenes del Teatro Español*, hé aquí las ocupaciones útiles é inocentes en que pasaba su tiempo este insigne literato.

Llegó el belicoso y turbulento año de 808, si fecundo en virtudes de noble patriotismo, tal vez manchado á la par con crímenes horrendos. Tal es el cuadro que constantemente presentan en la historia las convulsiones políticas. En la disolucion de los elementos del órden público, la desconfianza se apodera de todos los corazones; la calumnia, especulando vilmente sobre esta disposicion de los ánimos, derrama su ponzoña, hace todas las reputaciones dudosas, y la venganza, tomando la máscara de la virtud, aguza sus puñales, segura de que la justicia, ahuyentada por el grito horrísono de las pasiones, no halla lugar donde erigir su trono y pronunciar con imparcialidad sus decisiones. En esta situacion, en que triunfan generalmente los más audaces, y en que se salvan aquellos á quienes hizo inviolables su propia nulidad, corren mucho riesgo los que han tenido la desgracia, ó de ocupar puestos que otros codiciaron, ó de adquirir por sus talentos una celebridad funesta. Moratin ni amaba ni conocia á los Bonapartes; amaba sí á los Borbones, á cuya servidumbre habian pertenecido sus padres, sus abuelos; él mismo debia á Cárlos IV aquella dorada medianía, en que vivia contento y feliz. Mas Moratin era el primer poeta cómico de su época, el restaurador de la escena, el literato que por sus doctrinas, como por sus ejemplos, habia contribuido más á la resurreccion del buen gusto en todos los géneros; para esto habia sido necesario dar lec-

ciones magistrales, combatir no ménos los monstruos que produjo entre los antiguos el desarreglo de la imaginacion que los errores de su tiempo; y nada de esto se consigue, por desgracia, sin irritar la delicada fibra de los hijos espurios de Apolo. Era Moratin, sobre todo, hechura de Godoy; y el ódio público, preparado sin discernimiento á envolver en su ruina á todos los que de cualquier modo habian merecido su aprecio, estaba convidando con anchos desahogos á cuantos enemigos debia tener Moratin; y claro está que no desaprovecharon tan buena ocasion los que en mejores tiempos habian apelado ya, para perseguirle, á los medios más viles.

Por otra parte, el espectáculo de la revolucion sangrienta de Francia, donde fué testigo de escenas espantosas en el año de 92, le habia dejado impresiones terribles sobre el modo con que el populacho ejerce la soberanía cuando de ella se apodera, cualquiera que sea el motivo ó el pretexto con que viene á sacudir el yugo de las leyes; y el más prevenido, el ménos imparcial, habrá de confesar hoy que en aquellas primeras asonadas ó tumultos empezó entre nosotros á *soberanizar* de una manera horrible en las personas del Capitan General Borja, el Marqués del Socorro, el Conde de Torrefresno, don Santiago Guzmán y Villoria, el General Filangieri, los Mariscales de Campo Ceballos, Trujillo, el Conde del Águila y el Baron de Albalá. En la turbulenta noche del dia de San José, cerrado en su casa, oyó repetidas veces el grito de algunos amotinados, que excitados por una furia de su vecindad, le hicieron temer verse acometido y arrastrado.

Bastaban estos motivos á justificar cualquiera resolucion. Sabida la victoria de Bailén, el ejército francés evacuó á Madrid, y Moratin se retiró á Vitoria, acompañado de su amigo Conde, no á buscar honores ni ascensos, que á ménos costa habia tenido en su mano y no habia querido, sino á buscar *seguridad*. Todo lo demas fué ya consecuencia necesaria de este primer paso. Volvió á Madrid cuando el ejército francés le ocupó de nuevo, y siguió desempeñando su

secretaría. Lloraba, como todos los hombres honrados, las desgracias de su patria, la devastacion de sus campiñas, la ruina de sus ciudades, la sangre de sus hijos derramada: respetaba los nobles sentimientos que animaron la resistencia; pero la creyó inútil: y si esta opinion fué equivocada, como el éxito ha probado, jamas en política se ha presentado ni se presentará otra más autorizada por ilustres testimonios.

En estas aciagas circunstancias empezaron nuestras relaciones, que la familiaridad y la convivencia elevaron al fin á ún cariño verdaderamente fraternal, á toda la idolatría de la amistad, si bien por mi parte con aquella mezcla de veneracion y de respeto que se debia á sus años y á la superioridad de sus talentos. El vínculo que nos unió fué la simpatía de sentimientos, y la ocasion que empezó á darnos intimidad, tan noble que no puedo resistir al deseo de publicarla. Nos habíamos conocido por casualidad en el Prado; y aunque Moratin era hombre tardo en conceder su estimacion, bastaron para que me honrase con la suya pocas conversaciones, reunidas, como me refirió despues, á la opinion de humano, con que en la efervescencia de las pasiones me distinguió el vecindario de Madrid.

Ejercia yo las funciones de Alcalde de Córte y de individuo de la Junta Criminal, tribunal monstruoso, á juzgar por la bárbara ley de su organizacion; pero que, sin embargo, en aquellos tiempos de calamidad, fué una transaccion necesaria y utilísima, que sustrajo al furor militar un sinnúmero de víctimas, viniéndose á perder la ferocidad de la ley (á excepcion de una que otra aciaga combinacion) en la suavidad de las manos que la aplicaron. Moratin, que no fué nunca á casa de un ministro á pedirle nada, vino á la mia diferentes veces para interesarse por los desgraciados, que sus opiniones habian comprometido. Con este motivo, yo leí en su corazon, él leyó en el mio, y fuimos amigos. ¡Cuántas veces, en nuestras conversaciones, discurriendo sobre el estado de los negocios públicos, deplorando juntos la suerte de los pueblos, los desórdenes y males de la rapacidad mi-

litar, las funestas consecuencias de la ambicion, vi sus ojos arrasados de lágrimas! Los que me conocen creerán sin violencia que no lloraba solo, y que esta conformidad de sentimientos y de principios fué el orígen plausible de una amistad que es para mí un título de gloria, á que yo vinculo la esperanza de salvar mi nombre de la injuria del tiempo...... No tan gratuitamente, que no me cueste muchas lágrimas..... Moratin, como todos los escritores célebres, deja en sus obras su retrato...... Tal vez un dia la posteridad dirá : «El primer amigo de Moratin no pudo ser sino un hombre de bien.»

En 1811, sin que lo solicitase, fué nombrado Bibliotecario Mayor de la Biblioteca Real. Admitió este destino, el único que le confirió el gobierno de José Bonaparte, y el único que no hubiese resistido, porque por la naturaleza del cargo, tan conforme á sus gustos é inclinaciones, áun le alejaba más de toda intervencion en los negocios públicos. Secretario de la Interpretacion de lenguas, no podia romper sus relaciones con los ministerios y los tribunales; Bibliotecario Mayor, podia entregarse exclusivamente á las investigaciones literarias, que eran ya las delicias de su vida, al mismo tiempo que se proponia desenterrar, organizar y utilizar, para sí y para todos, las preciosidades inmensas, y tal vez algunas desconocidas, que contiene este rico almacen de los conocimientos humanos, y que debian aumentarse por las agregaciones que se le habian hecho y áun se pensaban hacer.

Llegó el año de 812, y Moratin, que mucho tiempo ántes tenía resuelto despedirse de la escena, ofreciendo, como él decia, al gran maestro del arte, al inimitable Molière, un tributo de su admiracion y respeto; á instancias de todos sus amigos, á quienes nos la habia leido, consintió en dar al teatro *La escuela de los Maridos*, ya preparada desde el año de 808. El éxito fué el que se esperaba y debia esperarse del mérito de la obra, y de la celebridad del traductor, si éste solo nombre es el que puede convenir al que *desnacionalizó* y mejoró el original que tradujo.

A poco de este nuevo triunfo, empezó para Moratin la serie de desgracias que le afligió hasta que el Rey don Fernando VII mandó alzar el secuestro de sus bienes, poniéndole en posesion de éstos y de sus rentas.

Cuando, el 10 de Agosto de 1812, la derrota de los Arapiles obligó al ejército francés á evacuar la Capital y retirarse sobre Valencia, se hallaba Moratin enfermo, precisado, á su pesar, como todos, á buscar en las bayonetas que aborrecia, la seguridad que no podia esperar de las leyes que amaba, y sin ningun recurso para anticipar los preparativos que el viaje pedia, ni para subsistir despues. Auxiliado, sin embargo, por sus amigos, le hizo al cabo, aunque con mil penalidades. Vivió en Valencia en estrécheces y angustias, hasta que llegado el caso de evacuarla, salió en un mal calesin, acompañado de Doña Teresa Iraburu. Volcó el calesin en el camino, y la señora se rompió una clavícula; fué necesario encerrarse en Peñíscola, donde permaneció durante su sitio por espacio de once meses. Uno de los artículos de su capitulacion autorizaba á los españoles refugiados en la plaza, á salir en un carro cubierto, incorporados con las tropas francesas. Moratin, que con Séneca en la mano, rodeando por las costas del Mediterráneo, habia visto repetidas veces cerca de sí la muerte, aterrorizado por los horrores de un sitio, no quiso continuar por más tiempo entre bayonetas y cañones, y siempre en situaciones tan contrarias al temple de su alma; y resuelto á arrostrar las prisiones, la muerte y la ignominia (pero seguro de no merecerlas), salió de la plaza solo y á pié, y se dirigió á la trinchera. Alborotóse el centinela con quien tropezó; éste llamó al cabo, y el cabo al sargento; afortunadamente el oficial que mandaba el puesto y alguno de sus jefes no eran de aquellos en quienes la saña de los combates parece extinguir los sentimientos de humanidad; y respetando en él al poeta que honraba su siglo, hicieron la vista larga y le dejaron pasar. Volvióse á Valencia, á buscar un asilo entre sus amigos; creyeron éstos indispensable que se presentase al General Elío; lo hizo, en efecto, y éste..... (conciliemos

el respeto que se debe á los muertos con lo que estrictamente puede exigir la severidad de la historia) le recibió como no creyeron los engañados amigos de Moratin, y como podia esperarse de la violencia de su carácter. En un arrebato de cólera echó mano al puño de su espada; y si bien mostró en esto su irascibilidad, absteniéndose de consumar su amenaza, él mismo reconoció su demasía, y se ve que en el exceso de su furor, la voz secreta del honor le hizo entender que un general no era un asesino, ni un magistrado un verdugo, y que sólo al más bajo de los mortales podia serle dado manchar sus manos con la sangre de un hombre indefenso, y ¡qué hombre! Un Moratin, honor de su nacion, si acreedor á la estimacion pública como escritor, por la hermosura de su prosa y de sus versos, áun más digno del respeto de todos por la hermosura de su alma, dulce, candorosa, y donde nunca se abrigó pensamiento que no fuese honrado y noble.

A poco más que no matarle por su mano se extendió la generosidad del fogoso Elío: despues de haberle insultado en su desgracia, y medio muerto con sus amenazas, le hizo conducir preso á la ciudadela; y pasados algunos dias, sin cargos, sin audiencia, por un rasgo de su soberana voluntad, le impuso la pena de extrañamiento; le embarcó en un falucho endeble, que por su mal estado hubo de arribar á Barcelona, donde encontró ya Moratin, por fortuna suya, hombres y jueces. Allí la Providencia parecia haberle deparado al noble Baron de Eroles y Marqués de Casacagigal, á los justos y humanos Capitanes Generales Castaños y Campo Sagrado. Desde allí reclamó la justicia del Soberano, y la encontró. Se le abrió un juicio de purificacion: veinte testigos, diez en la Córte y diez en Valencia, depusieron de lo que era público y notorio; y S. M., por lo resultante de esta justificacion, resolvió, por Real órden de 13 de Octubre de 814, que Moratin no estaba comprendido en el artículo primero del decreto de 30 de Mayo; y al año siguiente; en fin, con fecha del 12 de este mismo mes, que se le alzase el secuestro de sus bienes, y se le entregasen cuantos, como tales, admi-

nistraba la Junta del Crédito Público: en los cuales se declaró mas adelante, en 16 de Noviembre de 816, hallarse comprendidas su casa y huerta de Pastrana, sobre lo cual ignoro por qué razon se hubo de formar una especie de artículo aparte.

Restablecido Moratin en el goce de sus bienes, su suerte empezó á ser ménos ingrata. Mas durante todo este intervalo se vió en las situaciones más horribles. Con ser sus necesidades tan pocas, tanta su resignacion y casi inagotable su paciencia, una providencia especial puso en salvo sus dias del funesto proyecto que habia concebido, contrario á sus principios de moralidad, y arrancado sólo por el despecho de su situacion, por la exaltacion de su pundonor: en moral, como en poesía, *decipimur specie recti*. No le quedaban sino tres ó cuatro duros, y no podia pedir prestado, porque nada tenía sobre que poder fundar la probabilidad del pago; su delicadeza no le permitia continuar siendo gravoso á los que hasta entónces le habian favorecido; se sentia con más fuerza para sufrir la muerte que para presentar la mano en una esquina á la conmiseracion de los transeuntes, y resolvió dejarse morir de hambre: muerte que en aquellos momentos de la debilidad de su razon, no la consideraba como un suicidio, sino como una resignacion con los decretos de la suerte, que le negaba los medios de prolongar su existencia. Para ejecutar su proyecto buscó un cuarto fuera de la ciudad y en casa de unos pobres, á quienes pensaba dejar, con una carta, el premio del arriendo ya convenido. Felizmente el dia que precedió á la ejecucion de tan funesta idea, que, sin hacer honor á su memoria, habria cubierto de oprobio á su patria, llegaron á sus manos las cartas que le anunciaban la justicia del Soberano, que no participando, ni del furor de los autores del secuestro, ni de las pasiones bajas que fermentaban en el corazon de los que de léjos profanaban su nombre para ser injustos y crueles, ó de cerca le excitaban á serlo, le restituyó sus bienes, y con ellos los medios de una existencia cual bastaba á contentar sus reducidos deseos.

No faltará quien extrañe que Moratin, tan repetidas veces presentado como modelo de sobriedad, habiendo disfrutado por tantos años de su beneficio de Montoro, de su pension sobre la mitra de Oviedo, y de la renta y productos eventuales de la secretaría de la Interpretacion, se hallase en 1812, como de repente, en la escasez de medios en que se le supone. ¿En qué vicios se malgastaron las rentas pingües de que disfrutó? preguntará la maligna envidia. Si el historiador no satisface á esta objecion, cantará aquella un triunfo insolente, creyendo haber manchado con una sola pincelada la vida de Moratin; miéntras que sería hasta una crueldad dejar á los hombres buenos atormentados por la duda, y mucha torpeza perder tan buena ocasion de realzar con algunos rasgos el cuadro de sus virtudes.

Con el producto de sus economías aumentó Moratin con abundante coleccion de preciosos libros la biblioteca de su padre, y entrambas corrieron la suerte que él ha indicado en sus obras. De sus economías salieron los fondos con que se fueron imprimiendo sueltas sus comedias, que nada le valieron, enriqueciéndose impresores y empresarios, verdaderos señores del dominio útil de sus producciones, de que su autor no tuvo nunca sino la nuda propiedad. ¿Cuándo cesará en España esta injusticia! ¿Cuándo se reconocerá que las obras del ingenio son una propiedad, tanto más digna de la proteccion de las leyes, cuanto mayor es la influencia que ejercen sobre la prosperidad pública! Con el producto de sus economías compró la casa y huerta de Pastrana, que le costaron diez y siete mil reales, en donde gastó más de cien mil, y que por escritura de 11 de Enero de 1826 cedió al Real Establecimiento de Niños Expósitos de la Córte. Con ellas hizo frente, y pudo generosamente perdonar á un dependiente de su secretaría, ciento diez y seis mil cuatrocientos catorce reales que le defraudó, cuyo alcance reconoció él mismo en 4 de Marzo de 1804, y le fué remitido el 6, segun consta del documento original, que obra en mi poder. Con sus economías anticipó á varios de sus parientes ciento diez y ocho mil novecientos y sesenta reales, que les per-

donó en 31 de Marzo de 809, segun resulta de liquidacion, asimismo original, que se conserva entre sus papeles. Fruto eran de sus economías cincuenta y ocho mil y tantos reales de que hace mencion en su testamento, que en calidad de préstamo fueron entregados por su apoderado en Córdoba á la Junta Suprema Gubernativa, con fecha 17 de Julio y 5 de Diciembre de 1809, cuyo reintegro no se ha podido conseguir hasta ahora, y no en verdad por falta de voluntad de parte del acreedor, sino porque, por la cuenta, el préstamo, contra las reglas comunes del derecho, era voluntario á voluntad del deudor: idea ingeniosa y descubrimiento importantísimo en la moral, como que podria hacer inviolable y hasta inútil el séptimo mandamiento, pues es claro que ninguno pensaria en robar, teniendo en su mano el pedir con la escopeta á la cara un préstamo pagadero á su voluntad. Con el resto de estas mismas economías, suplió al atraso en las pagas durante los años de la ocupacion francesa; y ántes habia comprado la casa de la calle de Fuencarral y el jardin de la de San Juan, en los cuales gastó cantidades considerables: únicas existencias que, con el producto de algunos cuadros y los destrozados restos de su librería, produjeron, vendidos, el capitalito á que ha debido su subsistencia en el último tercio de la vida. Empleó en los fondos de Francia el importe de estos bienes, rebajados unos setenta y ocho mil y tantos reales por que le comprendió en su quiebra la casa de Grassot de Barcelona, en cuyo poder, sin embargo, no fué su intencion poner su dinero, sino para que le pasase á sus manos, y que tuvo el arte de retenerle contra su voluntad, hasta que quebró, segun resulta de carta que dirigió al jefe de dicha casa, con fecha 17 de Diciembre de 1819. Adquirió primero una inscripcion de dos mil ochocientos francos, cuya propiedad cedió al señor don Julian Aquilino Perez, por un vitalicio de mil cien francos, que constituyó éste en su favor. Consultóme, por los años 22 ó 23, qué deberia hacer con el último dinero que habia reunido de la enajenacion de sus bienes; y despues de haberme asegurado que no tenía sobre

la tierra obligaciones que cumplir, y sí la voluntad decidida de no agraciar con sus bienes á sus parientes, le aconsejé en esta hipótesis, y como mejor medio de utilizar aquel dinero en provecho suyo, que lo pusiese á fondo perdido en la Compañía general de Seguros; imposicion, ó más bien cesion, que realizada le producia dos mil y tantos francos, con que venía á reunir cerca de seis mil francos de renta; y como que no gastaba por año sino la mitad de esta suma, del producto de estas nuevas economías, en los pocos que han mediado, habia reunido lo necesario para comprar una inscripcion de cuatrocientos francos, que es en lo que consiste la herencia de mi nietecita, á quien ha dejado por heredera: título cuyo precio no hubiera aumentado para mí la fortuna más cuantiosa.

Este estado, cuyo cargo, calculadas sus partidas por aproximacion, ofrece desde 96 á 808, único tiempo en que pudo ahorrar, unas economías proporcionadas á sus rentas y al trato decoroso que debia darse un hombre que ocupaba su posicion, no deja duda de que fué sobrio en su modo de vivir. Várias de las partidas que componen su descargo prueban sus virtudes, y cómo en 1813 podia ser, y fué con efecto, que no tuviese más fortuna que la que representaban sus libros, sus cuadros y sus bienes inmuebles, es decir, lo que consigo no podia llevar y le fué secuestrado. Si su haber en 815, en que S. M. se lo mandó restituir por entero, se vió reducido á mucho ménos de la mitad, esto se explica fácilmente por las averías consiguientes á los secuestros y embargos judiciales, por las doctrinas y epiqueyas del Reverendo Obispo de Oviedo, por la conciencia meticulosa del Crédito Público, que, receloso sin duda de pagar más de lo que debe, para evitar arriesgadas probabilidades, elige por más seguro, ó no liquidar nunca, ó no pagar jamas lo liquidado, y por las malogradas combinaciones y malos temporales con que las casas de comercio envuelven en su ruina á aquellos á quienes se obstinan en asociar á sus ganancias contra su voluntad, y que les dejan sus fondos cuando una vez se apoderaron de ellos, por no podérselos arrancar.

Contento con su nueva suerte, aunque muy distante de la anterior, habria Moratin continuado viviendo en Barcelona, cuyo clima le era gratísimo, donde habia encontrado generosa proteccion, donde habia dos teatros, elemento de vida necesario para él, donde se representaban con aplauso todas sus comedias; donde por primera vez se representó *El Médico á palos*, en 1814, el dia del beneficio de Felipe Blanco, á quien debió mil atenciones en su desgracia; y donde se esmeraban con él, como para consolarle de la injusticia del hado, todos los actores, que hicieron lo que hasta entónces á ninguno de ellos se le habia ocurrido: le concedieron la entrada gratuita, favor para Moratin inapreciable en aquellas circunstancias, favor que en otros países, al ménos en cuanto á las comedias propias, se considera como un derecho de sus autores.

Sospechas harto fundadas vinieron á alterar, como á mediados de 817, el sosiego de que disfrutaba. No faltó quien le inspirase á tiempo terrores saludables. Pidió y obtuvo su pasaporte para Francia, para curarse, no de males que tuviera, sino de los que le amenazaban; y fué en verdad curarse en sana salud, y de enfermedad tan grave, que si no la hubiese cortado por un febrífugo tan poderoso, tal vez habria perecido de ella en las deliciosas mansiones en que alojaba la Santa Inquisicion á aquellos de cuya conversion se encargaba. Vínose á Montpellier, y allí pasó la primavera de 1818, en que se trasladó á París, y se reunió y vivió con su amigo Melon, hasta que, disponiéndose éste, en 819, para volver á Madrid, Moratin, subsistiendo para volver á España la misma causa que le habia hecho salir, resolvió ir á establecerse en Bolonia, en compañía de su antiguo amigo, el señor don José de Robles Moñino. No fué larga su permanencia en Bolonia, porque, extinguido en 820 el tribunal de la Inquisicion, desapareció la causa que contra su voluntad le retenia fuera de su patria. Volvió, pues, á Barcelona, y allí vivió en compañía de su amigo el señor don Manuel García de la Prada, hasta que los anuncios de la peste, que ya empezaba á cundir, les obligaron á salir

precipitadamente por donde mejor pudieron. Vinieron á parar á Bayona, desde donde me escribió Moratin á Burdeos, consultándome lo que haria, manifestándose decidido á no ir á Madrid, centro entónces de discusiones políticas, á que nunca tuvo aficion, y que en sus últimos años apénas podia sufrir; y mostrándose dudoso entre Bilbao y Burdeos, ciudad que le agradaba mucho, y que reunia la ventaja de ser la de mi residencia. Yo le contesté lo que era de esperar de mi amistad, y lo que, por otra parte, me pareció debia convenirle. Le dije que pues que no necesitaba sino de un amigo y de sosiego, Burdeos satisfaria completamente á estas dos condiciones, miéntras que Bilbao no le convidaba con ninguna de ellas; pues ni allí tenía el amigo, ni podia esperar que en las ciudades de provincia dejasen de refluir las agitaciones de la capital. En vista de mi contestacion, se vino inmediatamente á Burdeos. Vivió los primeros meses en un cuarto de la calle que le llaman *Fossés de l'Intendance;* mas á poco, posponiendo las ventajas de vivir en una situacion central y á corta distancia del teatro, al gusto de vivir conmigo, se trasladó á mi casa en *Les Allées des Noyers, Hôtel Barada*, donde tenía yo el establecimiento ó casa de educacion para españoles, tabla de mi naufragio. Allí vivimos hasta que en 823 me mudé á la calle de *Porte Dijaux, Hôtel du Gouvernement*, calle situada en el centro de la ciudad y á corta distancia del teatro, que era, por decirlo así, su única necesidad. Su modo de vivir, uniforme é inalterable, era el siguiente. Se levantaba á las ocho ú ocho y media; tomaba dos onzas de chocolate y un par de vasos de agua; leia un periódico á que siempre estuvimos suscritos, y continuaba en su cuarto leyendo ó escribiendo hasta las doce, si el tiempo estaba bueno y convidaba á dar un paseo, en cuyo caso duraba éste hasta la una y media; si el tiempo era malo, continuaba en su cuarto hasta la una, y salia á la salita, donde estaban las señoras, y allí pasaba en grata conversacion hasta las dos, hora en que comíamos. Despues de la comida no tomaba un papel, no leia una carta. Se echaba su siesta, y volvia de nuevo á la sala de reunion hasta la

hora de irse al teatro, donde, constantemente juntos, en dos lunetas de números seguidos veíamos la representacion. Yo me retiraba á las nueve, por exigirlo así mi género de vida, y él se quedaba hasta el fin. Allí, en los entreactos, nos reíamos de las composiciones disparatadas, como habíamos hecho en Madrid en el teatro de la Cruz en 811 y 12; y allí continuaba nuestra eterna y amistosa discusion sobre los principios y reglas del arte dramática, como que la amistad entre nosotros no era un obstáculo á la libertad de las opiniones. Argüíale yo de lo que llamaba, y llamo todavía, *concinismo dramatúrgico;* porque, en mi opinion, en esta materia, como en muchas, se han exagerado los principios, y la nimia austeridad de las reglas ha esclavizado el ingenio, reduciendo á estrechísimos límites sus desahogos. Decíale yo que él mismo era la mayor prueba de esta verdad, pues siendo el suyo tan fecundo, que si se hubiese abandonado á la licencia de los antiguos, habria sido un Lope, el número de sus producciones originales no pasaba de cinco; que en literatura, como en moral, debia evitarse el pecado sin incidir en escrúpulos de monja, con la sola diferencia que si en aquella era mejor ser nimiamente devoto y tímido que impío é inmoral, en las artes de imitacion era al reves, porque los pecados verdaderamente irremisibles en ellas eran la frialdad, la insipidez, la falta de accion y de interes, á que conducia una excesiva regularidad; que los rígidos críticos habian tirado á dar á la máscara risueña de Talía una seriedad diplomática, á una comedia la importancia de un congreso, á los actores la tediosa gravedad y mesura de un encargado de negocios, y al estilo la sequedad y precision de un tratado; y que era necesario conceder una regular ampliacion á la tácita convencion que no podia ménos de existir entre el poeta y los espectadores. Respondíame él, unas veces con un torrente de chanzonetas y gracias, que no es dado transcribir á mi desmayada pluma, y otras con el lleno de doctrina que poseia en su arte, y que en parte contiene el hermosísimo prólogo de sus *Obras poéticas*, publicadas en París, y escrito, decia él con tono festivo, para oponer un

dique á las opiniones laxas y casi de herética pravedad que contenia mi discurso preliminar de la *Biblioteca selecta;* añadiendo que yo era un Escobar, que á fuerza de epiqueyas, tiraba á viciar con máximas corruptoras la moral dramática. Era esto acaso la única cosa en que disentíamos, y es cierto que en particular el párrafo *Creyó en efecto Moratin*, página XXVI de su prólogo, está escrito para servir como de impugnacion á mis opiniones indicadas en el párrafo *En cuanto al desarreglo*, página XCII de mi discurso (1). A medida que iba componiendo dicho prólogo, me lo iba leyendo. ¡Con cuánto placer no me leyó el indicado párrafo de la página XXVI el dia que le acabó! ¡Con cuánto gusto no le oí yo! Renovóse nuestra discusion, y yo me salí de su cuarto, diciéndole; «No te faltará respuesta, pícaro viejo»; y él se quedó riyendo. *Mi viejecito* era la expresion cariñosa de que yo usaba para hablarle á él, y áun ahora necesito hacer un esfuerzo para designarle por su nombre. ¡Ojalá hubiera vivido bastante para que hubiese yo podido consultar con él su propia impugnacion en mi *Poética*, donde me propongo examinar detenidamente esta cuestion, y de que no pudo leer sino los dos primeros capítulos, en que estaba trazado el plan de la obra!

En este género de vida retirado y pacífico vivia tan contento, que con una especie de fruicion, que aparecia en su semblante, repetia muchas veces: «He llegado á la vejez sin sentir todavía ninguno de sus achaques, y no cambiaria mi feliz independencia, mi plácida soledad, ni por la más opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono.» Por desgracia esta felicidad no fué de tan larga duracion como parecia prometer su robusta salud. A fines del año 25, la naturaleza anunció sus funestos designios. Un dia del mes de Diciembre, de sobremesa, donde yo le dejaba con el resto de mi familia, le asaltó un amago de apoplejía. Estando yo en mi estudio, vino uno de mis hijos á avisarme de la no-

---

(1) Cita la edicion de Burdeos de la *Biblioteca selecta.*

vedad que en él se observaba. Salí sobresaltado, me dirigí á la sala, donde le hallé de pié á la chimenea, haciendo esfuerzos para ocultarse á sí mismo y ocultarnos á todos su mal. Mas ¡cuál fué mi dolor al verle con la boca torcida, la lengua trabada y balbuciente, y lo que era peor, con cierto desórden en sus ideas! La sangre se me cuajó en las venas; mas, como conocia su carácter, disimulé cuanto me fué dable mi sobresalto; salí, dí órden á uno de mis hijos que fuese inmediatamente á llamar al médico, previniéndole viniese como por visita de amistad: cosa que no podia extrañar Moratin, pues que sin otra causa nos las hacia con mucha frecuencia. Aun llegó el médico á tiempo de verle con los síntomas del accidente; mas, sin darse por entendido, con arreglo á mis órdenes, tomó parte en la conversacion general, esperando que él dijese algo que le autorizase á pulsarle, entrar en materia y disponerle remedios. Hora y media se estuvo sin que se quejase, ni le diese la mas pequeña ocasion para verificarlo. Moratin, semejante á Molière, su modelo, pecaba de incrédulo en medicina, y confiaba más de la naturaleza que de los facultativos. Afortunadamente en este tiempo cesó la perturbacion en sus juicios; recobró el uso libre y expedito de la palabra, quedándole sólo la boca un tanto ladeada. Y viendo yo que se obstinaba en no decir nada, manifesté al médico que mi viejecito se habia sentido algo desazonado despues de comer. Con esta indicacion, se apoderó de su pulso, en el que no halló novedad particular, dispuso lo que le pareció, y lo que el paciente no quiso hacer. Con todo el ascendiente que yo tenía sobre él, todo mi triunfo se redujo á que consintiese en tomar un baño de piés y en que uno de mis hijos se quedase á dormir en su cuarto. Pasó la noche muy sosegado, y todo nuestro cuidado se desvaneció por entónces; mas quince ó veinte dias despues, ya en Enero de 826, se le declaró una irritacion hemorroidal violentísima, que le duró mes y medio, siendo necesario curarle todos los dias dos veces. Arrojó lo que parecia increible, y no quedó duda de que ésta habia sido la crísis de aquel amago, y el medio con que su natu-

raleza próvida indicaba el desahogo que deseaba. El médico, prudente, queria seguir su indicacion; mas ni sus discursos, ni mis riñas, ni mis ruegos, nada bastó para vencer su obstinacion. Se empeñó en combatir las hemorroides hasta exterminar esta evacuacion saludable, que, á expensas de alguna incomodidad, podia acaso ser la única que prolongase sus dias. Toda mi familia y yo quedamos por largo tiempo con gran sobresalto, temiendo nuevo ataque á período determinado, como suele suceder en este género de accidentes; tanto más, cuanto que observamos notable novedad, no diré en su carácter, pero sí en la disposicion habitual de su ánimo. Perdió mucho de la antigua alegría, sin que por eso se hiciese ni raro ni melancólico; mas, como pasó todo el año de 26 y el de 27 sin ninguna novedad, llegaron á disiparse nuestros temores, no quedándonos otro recelo que el que nos excitaba aquel excesivo apoltronamiento, aquel estado de inmovilidad casi absoluta en que vivió desde esta época en adelante. A pesar de todos mis esfuerzos, no me era posible hacerle salir de casa. Dió en levantarse más tarde, en acostarse más temprano; el resto del dia le pasaba sentado; hasta pereceaba el ir al teatro, sobre todo si el termómetro no pasaba de ocho á diez grados, y nada se diga de visitas y reuniones. A medida que por la convivencia se fué encariñando con todos nosotros, sus afectos se concentraban más; llegó á mirar mi familia como la suya, y nosotros todos le amábamos y le venerábamos cual si la naturaleza nos le hubiese dado por padre. Lisonjeaba mi corazon esta preferencia, lo confieso; mas, por el interes de su salud, habria deseado que esta concentracion no hubiera sido tan exclusiva; que aparte un pequeñísimo número de amigos antiguos que tenia en España, el resto del universo le era indiferente, de la manera que puede serlo á un hombre sensible y bondadoso. No odiaba á los hombres; pero le estorbaban.

Llegó al fin el momento de que apareciese todo el amor que nos tenía. Diferentes personas me propusieron la traslacion de mi establecimiento á París. Miré al principio esta

propuesta como un sueño; insistieron, y yo continué rehusando largo tiempo, hasta acabar por negarme enteramente. A los tres ó cuatro meses volvieron á insistir mis amigos y favorecedores, atacándome por cuantos puntos débiles ofrecen fácil entrada en mi mal defendido corazon. Una fortuna para mis hijos; el interes de las luces en países cuya primera y más imperiosa necesidad es la educacion; la noble empresa de fundar bajo un plan grandioso un establecimiento en que la enseñanza fuese adaptada á cuantos hablan la lengua hermosa de Alonso el Sabio y de Cervántes, y respetan aún las leyes de aquel célebre legislador, y que fuese al mismo tiempo como un centro de fraternidad y de concordia, un contrapeso á la indiferencia ó el ódio que produce una educacion que empieza por la apostasía de la lengua de nuestros padres, de la de nuestras leyes, y por solo esto trastorna de un solo golpe todas nuestras simpatías; la idea lisonjera de trasmitir á mis hijos un nombre honrado por útiles trabajos, y si se quiere, por una cierta celebridad virtuosa, á que no es indiferente ningun padre; la certidumbre, no sólo de no ofender sino de conciliar los intereses de los que con ménos fortuna me habian precedido en esta misma empresa: hé aquí los medios que empleó para arrastrarme la lógica seductora de mis amigos, y á que no supe resistir. Respondí, pues, que por mi parte estaba resuelto; pero que el proyecto podria aún tropezar con un obstáculo que fuese insuperable: que era más que probable que mi viejecito no quisiera salir de Burdeos, y que la primera de todas mis resoluciones era la de no separarme de él; que sobre amarle cual á un padre, como hombre amante de las luces, le miraba como un depósito santo, como una reliquia que una casualidad feliz habia puesto en mis manos; que iba á proponérselo, y que su determinacion produciria, ó mi viaje para tratar de cerca el negocio, ó mi decision de permanecer en Burdeos. Lo hice así con efecto, y jamas saldrá de mi memoria, como tantas otras, esta escena interesante y tierna. Con la timidez de un hijo que propone, pero que no exige un sacrificio violento, y con la generosidad de un pa-

dre que renuncia á los hábitos más caros de su vida, á todos los placeres de su futura existencia, por contribuir ó no desconcertar sus esperanzas, así empezó y terminó entre nosotros esta conversacion, en que los ojos hablaron más que la lengua. Para preparar nuestra traslacion vinimos primero mi mujer y yo á París. Salimos de Burdeos á las siete de la mañana del dia 12 de Agosto de 827, dejándole aún en la cama, y sin despedirnos de él. Con esta fecha, y á luégo de nuestra partida, está escrita su última voluntad. A todas las demas pruebas de su cariño quiso añadir esta circunstancia más, que demuestra hasta dónde llegaban sus previsiones y su delicadeza para conmigo. No se contentó con nombrar á mi nieta por su heredera, con legarle sus libros y sus manuscritos; quiso legarme defensas contra la malignidad, que nada respeta. ¡Cómo podrá el tiempo ni borrar ni atenuar el sentimiento de pérdida tan dolorosa!

Llegó en fin el año 828, para mí tan funesto, y en que parece que la Providencia quiso probar mi resignacion. En Enero me acometió una pulmonía, que puso mi vida en riesgo, y á mi familia en la mayor consternacion. En Febrero recaí; en Abril, apénas convalecido, dos veces lloré por muerto á mi hijo Francisco, recien casado, en la flor de su juventud, mi brazo derecho en las penosas fatigas de la enseñanza, depositario de todas mis ilusiones. Mi amigo, aterrorizado con tanto cúmulo de males, despedazado por el espectáculo de una familia desolada y que amaba tan tiernamente, me ofrecia sus lágrimas por consuelo. ¡Ah! ¿quién sabe si tan repetidas pesadumbres abreviaron el curso de sus cansados años! La inexorable muerte exigia de mi casa una víctima, y la Providencia un sacrificio de mi corazon: conservó mis dias á mi familia, perdonó á la juventud de mi hijo; mas apénas enjugadas mis lágrimas, desapareció del cuadro de mi felicidad el amigo, dejando en mi alma un vacío, que sólo sabrán apreciar aquellos que hayan disfrutado y perdido un tesoro semejante..... un amigo, y un amigo como Moratin. En la atareada vida á que mi situacion me reduce tantos años há, ni necesitaba,

ni codiciaba otro desahogo que el de su grata conversacion. Los cortos intervalos de mi descanso, empleados en este dulce comercio del corazon, entre sus chanzas y sus lecciones, eran como una especie de bálsamo, que parecia reparar mis fuerzas, despejar mi cabeza, y comunicar una nueva energía á mis facultades intelectuales. ¡Cuántas veces, al salir de su cuarto para volver á mis trabajos, recordaba aquel dicho célebre de un árabe, que la sequedad filosófica de ciertos espíritus fuertes calificará de abultada hipérbole del oriente! «La vista de un amigo, semejante al rocío de la mañana, refresca y vivifica.»

El 22 ó 21 de Mayo sintió la primera invasion de su última enfermedad. Se levantó por la mañana; nos dijo que durante la noche habia provocado la comida; pero que ya no sentia novedad particular. A la más pequeña indisposicion, era su costumbre reducirse á una dieta moderada. Hízolo así durante tres ó cuatro dias. Estos primeros vómitos, como los últimos, se hacian sin desazon ni esfuerzo, y eran, más bien que un vómito, una especie de regurgitacion. Yo le tomaba el pulso con frecuencia, y no apareciendo en él ni sombra de la más ligera alteracion, no manifestando él ni la más pequeña inquietud, aunque repetidas veces le propuse que se dejase ver del médico, no me esforcé á vencer su acostumbrada repugnancia. Por desgracia, los primeros vómitos le acometieron estando él solo, y uno que otro que le asaltó estando en compañía de mi familia le sintió anticipadamente, y se retiró á depositarle, como lo habia hecho siempre, en el vaso, sin duda para que mezclándose con otras aguas, no se pudiese distinguir lo que arrojaba. Mas el dia 25 le sorprendió uno que no le dió tiempo para su estudiada fuga; mi hija, que notó la novedad, le siguió, y vió que lo que echaba era una materia negra, que no pudo ménos de asustarla, igual, segun él mismo confesó despues, á la que desde el principio habia arrojado constantemente. Con esta noticia, que me inquietó sobremanera, traté de vencer su resistencia, y consintió en que viniese el médico, como se verificó el 26. Previno

éste el régimen que tuvo por conveniente, con éxito feliz, y tanto, que por espacio de tres dias se suspendieron los vómitos, digeria sus caldos, y todos empezamos á creer que la irritacion gástrica iba á desvanecerse, con tanta más razon, cuanto que ni habia fiebre, ni calor extraño, ni dolor, ni áun desazon. Mas ¡ ay ! la causa del mal tenía raíces profundas, incurables, y la mejoría no fué sino una tregua pérfida del mal, para asaltar de nuevo con mayor violencia. Creia el paciente sentir cierta debilidad, que se explicaba de suyo por los dias de dieta, muchos de ellos completa y rigurosa, que llevaba ; insistió en que se le diese cosa de más nutricion que los caldos , y como el chocolate era para él un alimento tan grato y habitual, consintió el médico en que tomase una pequeña porcion, pero muy claro. A poco de haberle tomado, le lanzó ; y desde entónces, sin ninguna intermision , empezó á arrojar cuanto tomaba. Apuró el facultativo cuantos medios conoce el arte para calmar este género de males cuando son procedentes de una irritacion que se hace crónica, partiendo del principio de que en caso de proceder de lesion orgánica, la ciencia no conoce medios de detener sus progresos ni de evitar sus funestas consecuencias ; vista la rebeldía del mal, se tuvieron diferentes consultas entre el médico de cabecera y varios de los más célebres de esta capital ; y probando la inutilidad de los remedios la superioridad del mal, los facultativos sospecharon la existencia de aquel á que en esta víscera no alcanzan los remedios, es decir, el de una lesion orgánica. El estado del enfermo fué empeorando, el hipo acompañó á los vómitos, éstos se hicieron más frecuentes; el pulso, regular hasta entónces, empezó á alterarse ; suprimiéronse las secreciones de la orina, y con este nuevo síntoma de desorganizacion, quedó ya poca duda de la desgracia que amenazaba, y que se consumó entre una y dos de la mañana del 21 de Julio. Conservó el uso de sus facultades intelectuales hasta el fin. Cinco horas ántes de morir dejó de sentir. Ni su enfermedad ni su muerte fueron acompañadas de agitaciones de una agonía dolorosa. Su vida habia sido

pura como su alma; vió acercarse el término de sus dias con aquella dulce resignacion que caracteriza los últimos momentos del justo: su muerte fué un sueño pacífico, y al cerrar sus párpados, pareció decir, como Teofrasto: «La puerta del sepulcro está abierta; entremos á descansar.»

Las bondades de la Providencia me permiten aún disfrutar y saborear los afectos más dulces del corazon. Tengo aún la dicha de poseer á mi anciana madre, una esposa que apénas el mejor alcanzaria á merecerla, hijos que jamas han acibarado con pesadumbres, ni áun el más leve disgusto, los dias de mi existencia afortunada, nietos cuyas inocentes gracias son hoy las delicias de mi vida, y que me lisonjean con una posteridad venturosa, pues que será honrada..... Soy, como pocos, feliz sobre la tierra..... Sin embargo, por mucho que se prolongue el curso de mis años, raro será el dia en que mis ojos dejen de pagar á la imágen de mi amigo, viva en mi alma, y tal cual la dejó en el lecho de la muerte, tal cual le vi cuando por la última vez empleó en estrechar mi mano su último esfuerzo, el tributo de algunas lágrimas..... El que en este momento le pago es áun más copioso..... escribo sobre ellas.

OBRAS PÓSTUMAS

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

ADVERTENCIA Y NOTAS

Á LA COMEDIA INTITULADA

EL VIEJO Y LA NIÑA. (1)

ADVERTENCIA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la Compañía de Manuel Martinez, y los galanes de ella fueron de opinion que tal vez el público no la sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fábula, tan poco semejante á las que entónces aplaudia la multitud; pero se determinaron, á pesar de este recelo, á estudiarla, persuadidos de que ya era tiempo de exponerse á todo (2), y presentar algunas obras escritas con inteligencia del arte. Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y sólo pudo

---

(1) La Advertencia fué publicada en la edicion que el mismo D. Leandro Fernandez de Moratin hizo de sus obras el año 1825 (París, por Augusto Bobée), y se halla tambien en la que dió á luz la Real Academia de la Historia (Madrid, 1830). Se reimprime aquí siguiendo el autógrafo de Moratin, que ofrece algunas variantes, y diferente el último párrafo.

(2) En el autógrafo están borradas, aunque legibles, las palabras *exponerse á todo*, y escritas encima, no de letra de Moratin, las que se leen en la *Advertencia* impresa: *justificarse á los ojos del público.*

conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin órden. A esta desgracia sucedió otra, no ménos sensible. La segunda dama de la compañía (que frisaba ya en los cuarenta) no quiso reducirse á hacer el papel de Doña Beatriz, á fin de conservar, siquiera en el teatro, su inalterable juventud. La comedia volvió á poder de su autor, y desistió por entónces de la idea de hacerla representar.

Dos años despues, creyendo que las circunstancias eran más favorables, se la dió (1) á la compañía de Eusebio Ribera, bien ajeno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aplauso público en algunas ciudades de Andalucía y en los Sitios Reales, mujer de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entónces de sobresalienta en aquella compañía; leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personaje de Doña Isabel. Podia muy bien aquella estimable cómica desempeñar los papeles de Semíramis, Athalía, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una jóven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian desengañado todavía. Si la Compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caracteres de la edad madura,

(1) Borradas en el autógrafo las palabras *más favorables, se la*, y encima, escritas de otra letra, las que se leen en la *Advertencia* impresa: *restableció el manuscrito, y se le.*

tampoco la Compañía de Ribera debia representarla miéntras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña. Pero entre tanto la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiera sobrevenido á disipar sus temores. Fué necesario restablecer de nuevo el manuscrito y solicitar la aprobacion superior; pero no se pudo obtener (1): el autor recogió su obra, y agradeció (2) la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

En el año 1790 (3) todo se halló fácil para que esta comedia viese la luz pública. Los censores aplaudieron el (4) objeto moral, el artificio poético, la imitacion de los caracteres (5), el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Así varían las opiniones acerca del mérito de una obra; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un ejemplo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *El Viejo y la Niña,* representada por la Compañía de Eusebio Ribera, en el teatro del Príncipe, el dia 22 de Mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fábula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

---

(1) Todo lo que desde el punto precede á este número está borrado en el autógrafo, donde se lee de otra letra: *El Vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se necesitaba para su representacion.*

(2) Borradas las palabras *y agradeció*, y sustituidas con el gerundio *agradeciendo*, escrito de otra letra.

(3) Borrado: escrito de otra mano encima: *Pasaron otros dos años y.*

(4) Borrado el artículo *el:* y añadido de otra letra esto: *la regularidad de la fábula, el.*

(5) Añadido de otra letra: *la gracia cómica.*

Juana García desempeñó el papel de Doña Isabel, supliendo con sus pocos años, su agradable voz, la expresion modesta del semblante y la compostura de sus acciones, otras cualidades que exigen los inteligentes en el difícil arte de imitar los caracteres y los afectos. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entónces florecian, mereció general aplauso en el papel de Don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que puede (1) quitar al más atrevido la presuncion de competirle (2).

En la coleccion dramática, que se publica en Venecia con el título de *Anno Teatrale Veneto* (3), se hallará una traduccion que hizo de esta comedia Don Pedro Napoli-Signorelli, actual secretario del Ministerio de la Marina de Nápoles (4), insigne literato italiano, autor de la *Historia crítica* (5) *de los teatros* y de otras obras de historia, crítica (6) y erudicion, que juntamente con las (7) composiciones dramáticas que ha dado (8) á luz, le han adquirido (9) la estimacion de los inteligentes.

---

(1) Corregido por otra mano: *pudo*.

(2) Entre éste párrafo y el siguiente hay este otro en el original autógrafo, borrado, quizás por incompleto: «Esta comedia se ha repetido en los teatros de Madrid, y ha producido hasta ahora á las Compañías...»

(3) Borrado, y de otra letra: *Teatro applaudito*.

(4) Borradas las nueve palabras que siguen al apellido *Signorelli*.

(5) Borrada esta palabra.

(6) Borrada la *historia*.

(7) Borrado el *las*, y sustituido con *algunas*, de letra diferente.

(8) Borrado el verbo: sustituido con el pretérito simple *dió*, escrito de otra mano.

(9) Borrado el pretérito, y sustituido con el simple *adquirieron*, escrito por otro que el autor.

NOTAS.

Act. 1.° (1), *pág.* 1.ª

Comunmente se dice que hay tres clases de fábulas cómicas, á saber: de enredo, de carácter y mixtas. Es comedia de enredo la que abunda en accidentes inopinados, que varían la suerte de los personajes, sostienen el movimiento de la accion, y la desatan. Comedia de carácter es aquella en que todos los interlocutores, obrando segun el carácter conveniente que les dió el poeta, segun las pasiones é intereses que son verisímiles en ellos, causan la accion, su progreso, nudo y catástrofe. Ambos géneros necesitan accion (porque sin ella no hay drama); la diferencia está en que la del primero se apoya en casualidades imprevistas, y la del segundo en los afectos y opiniones humanas.

¿Estriba el artificio de la fábula en el error de un nombre, en el hallazgo de un retrato, de un papel, en una semejanza de semblante, de traje, de estado? Llámese comedia de enredo, porque los incidentes de que se forma la accion son efectos inesperados de la casualidad. Pero si es un criado astuto, una criada embustera, un chismoso, un hipócrita, una dama desenfadada y libre, un amante atrevido, los que intervienen para urdir la maraña cómica, valiéndose de disfraces, escondites, cartas, imposturas y otros ardides aco-

(1) El acto 1.° de *El Viejo y la Niña* principia en la página señalada con este número 1 en la primera edicion (Madrid, oficina de D. Benito Cano, año de 1790), y en la segunda (Madrid, en la Imprenta Real, 1795). A esta edicion se refieren las notas que se imprimen ahora por primera vez. En la que hizo la Academia Real de la Historia, este acto 1.° principia en la página 7 del tomo II, parte primera.

modados á su intento; aunque la fábula resulte muy artificiosa, no dejará de ser una comedia de carácter, por cuanto el de estos personajes produce la accion, la complica y la desenlaza.

Sin caracteres puede haber comedia de enredo; pero comedias de carácter, sin él, no pueden existir; entendiéndose por enredo la ficcion de un suceso posible, que interese al auditorio y le mantenga en suspension y en duda hasta que el drama se finaliza. De aquí es que no parece necesario extender á tres clases la fábula cómica, pues la que llaman *mixta* viene á ser lo propio que la de carácter, suponiendo que en ésta debe unirse, á la disposicion artificiosa de un caso verisímil, la pintura del genio, los afectos y expresion peculiar de los personajes que se introducen. Por este doble estudio se hace más difícil la comedia de carácter, y nadie ha dudado hasta ahora que es preferible á la de solo enredo.

Calderon y los que le imitaron, atentos á complicar sus fábulas por medio de incidentes mil y mil veces repetidos, ingeniosos, inopinados, convenientes y cuasi nunca verisímiles, dieron á la comedia de enredo el mayor grado de perfeccion que pudo admitir; pero esto mismo les apartó del conocimiento é imitacion de los caracteres. Las figuras que pusieron en el teatro, todas tienen movimiento, es verdad; pero todas carecen de fisonomía. Así era preciso que sucediese: y los que han creido que sea posible juntar en una obra las prendas sobresalientes de Calderon y de Molière manifiestan demasiada ignorancia del arte. «Los buenos »poetas (dice Luzán, en su *Poética*) han compuesto muy po»cas obras dramáticas, y éstas con mucho estudio y trabajo, »contentándose con un pequeño enredo, y absteniéndose de »sucesos muy largos y muy intrincados, por no faltar á la »verisimilitud; y al contrario, los malos é ignorantes poetas,

»libres de este yugo y de otros á que la observancia de es»tas reglas obliga, han dado á los teatros centenares de co»medias.»

La de *El Viejo y la Niña,* y las demas que componen esta coleccion, no son de enredo, sino de carácter, y es perder el tiempo juzgarlas bajo de otros principios. El autor eligió, de las dos clases de fábula, precisamente la más difícil, la que han practicado los mejores maestros, la más conforme á la verdad de la naturaleza, la más conducente á desempeñar el objeto de la poesía dramática: instruir deleitando.

Pero ¿tienen estas comedias toda la accion que basta, ó carecen de ella? Existe un error demasiado comun, sostenido por los que, resumiendo en sí la autoridad censoria de las obras dramáticas, quieren que su decision sea más poderosa, más segura que la del numeroso auditorio que las juzga en la escena. Con una *Poética* en la mano (que se aprende de memoria en pocos dias, y con muchísima dificultad se entiende), examina un literato el mérito de cualquiera comedia; y si falla en el supremo tribunal de su melancólico entendimiento que la pieza no tiene accion, en vano es decirle que su opinion es temeraria porque todo el público la contradice. No importa: él es un sabio, él ha leido la obra, no necesita verla; en su cuarto, no en el teatro, mide y tasa las perfecciones y defectos de una composicion que se hizo precisamente para el teatro, y no para su angosto estudio; para muchos, y no para él. Pues él solo tiene razon, y los otros yerran: hacen muy mal en irla á ver, y peor en aplaudirla; si lloran ó se rien con ella, manifiestan su indocta sensibilidad; y si hubiese en ellos una sola partícula de los sublimes conocimientos que á él le adornan, se guardarian muy bien de aplaudirla, de llorar ni reir.

En la representacion de un drama no se perciben muchas faltas, que la lectura y la meditacion descubren; pero hay

otras cosas, que al lector se le figuran leves, y en la óptica del teatro aparecen enormes. Tal es la falta de accion; y sobre este requisito del arte podrá muy bien equivocarse el hombre más docto alguna vez; pero el concurso que asiste á la representacion, nunca se engaña. Para saber si un drama tiene demasiada accion, debe consultarse el dictámen de los inteligentes; para saber si tiene la que necesita, sólo el voto del público. No hay defecto más intolerable en el teatro que la frialdad, resulta necesaria de una accion débil. Si no se excita la curiosidad del auditorio, si no se aumenta, si no espera, ni teme, ni duda, luégo se distrae, se fastidia, se duerme, se va, ó confunde con gritos de indignacion al ingenio estéril que le citó para engañarle. Y no se diga que el buen lenguaje, la sonora versificacion, la gracia y viveza del estilo pueden hacer que el público aplauda una pieza en que no haya suficiente accion, porque esto no es verdad. El mejor diálogo de Luciano, los que Cervántes escribió con pluma de oro en sus inimitables obras, si se pusieran en el teatro, no podrian sostenerse: el público silbaria en él, con sobrada razon, el dulce lamentar de Nemoroso y de Salicio, porque sus querellas y sus amores no pasan de un excelente diálogo, en que no hay enredo ni solucion.

El público ha juzgado ya que la comedia de *El Viejo y la Niña* tiene toda la accion que basta para excitar su atencion, y que está conducida y desatada (como las demas del autor) con la inteligencia necesaria para merecer su aplauso. Ridícula tarea emprenderá el sabio preceptista que se obstine en probar que el público ha podido equivocarse en esto.

Página 14 (1).

Muñoz anuncia que va á salir Doña Beatriz; pero este aviso, que puede hacerse alguna vez oportunamente, sería inútil y ridículo, si hubiera de repetirse á cada escena.

Algunos autores, temiendo que el auditorio ha de asustarse si no le avisan con anticipacion de que va á salir un nuevo personaje, han usado de esta precaucion en sus dramas con nimiedad pueril. Dos tragedias modernas ofrecen abundantes ejemplos de esta vana observancia. En una (2): *Mas aquí llega Crísias en busca mia.—Aquí viene Apirina.—Mas ¡qué veo! Aquí viene Cleonte.—Pero Crísias aquí viene.—Mas aquí viene Crísias.—Mas ella sale aquí con Apirina.—Cleonte viene.—Aquí con Apirina se dirige.—Mas Apirina viene.—Apirina y la Princesa son.* En otra (3): *Pero mi padre Huáscar.—Pero Quizquiz.—Pero Atahualpa.—Mas Varcay llega.—Pero Atahualpa vuelve.—Pero Varcay.—Mas Coya-Cuji.—Atahualpa hácia aquí viene.—Pero Varcay.—Vuestra hija sale á buscaros.—Pero Almagro.—¡Qué veo! ¡Chalcuchima preso!*— Basta de inepcias.

Conviene que haya un motivo para que los personajes entren y salgan, ó por mejor decir, es necesario que su presencia sea conveniente en el teatro. Si la aparicion de las figuras en cualquiera escena no ha tenido una razon verisímil (expresa ó tácita); si de lo que han hecho y hablado en ella no resulta nada que aumente el progreso de

---

(1) De la segunda edicion, Madrid, Imprenta Real, 1795.—Edicion de la Acad., pág. 20.—Fin de la primera escena.

Allí viene vuestra hermana,
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.

(2) *Oréstes en Sciro*, tragedia de D. José Ortiz y Sanz.—Madrid, 1790.
(3) *Atahualpa*, tragedia de D. Cristóbal María Cortés.—Madrid, 1784.

la accion, ó le prepare para despues; en tal caso, con razon se culpará al poeta de haber perdido el tiempo, engañando al auditorio con diálogos inútiles.

No es absolutamente preciso que el personaje que sale al teatro salga movido del interes directo que tenga en la accion; basta que su salida no sea inverisímil, y que de lo que habla y trata con los demas, resulte utilidad al enredo dramático. Véase un ejemplo tomado de la comedia de Molière, intitulada *Le Mariage forcé*. Sganarelle, á los cincuenta y tres años de su edad, determina casarse; pero le ocurren despues ciertas dudas, que resuelve consultar con su vecino Jerónimo, hombre de muy buena razon. El teatro representa una plaza pública. Sale de su casa Sganarelle y se encamina á la de Jerónimo, á tiempo que éste, saliendo tambien de la suya, le encuentra á mitad de camino. El primero tiene un motivo, inherente á la accion, para presentarse en el teatro; pero el segundo no. Jerónimo sale casualmente de su casa, por una razon que el auditorio ignora, y ni entónces ni despues se expresa; pero no es inverisímil que salga, y eso le basta al poeta para los fines que se propone. De la salida casual de Jerónimo, y su encuentro con Sganarelle, resulta: la exposicion de la fábula, la del carácter principal, la de los accesorios, la del vicio ridículo, que trata el poeta de combatir, y la accion empieza á adquirir interes y movimiento. Nadie dirá que Molière equivocó la disposicion de esta escena.

Página 38 (1).

El poeta dramático escribe para todas las clases de la sociedad, reunidas en el teatro; pero no todos los indivi-

(1) Edicion de la Acad., tomo II, parte 1.ª, pág. 46 (acto I, escena VIII):

DON ROQUE.

Sí, señor, muy hacendosa,
Continuamente aplicada

duos de que se compone el concurso perciben igualmente el mérito que puede haber en la disposicion de la fábula, en la expresion de caracteres y afectos, en las gracias de lenguaje y estilo con que se adorna y enriquece su ficcion. Del voto comun resulta el aplauso; pero éste recae sobre la perfeccion general de la obra, puesto que cada parte de ella tiene allí un juez privativo, á quien lo restante del auditorio no puede disputar el derecho de censurarla.

Bien conocerá un hombre instruido que esta escena está escrita con particular estudio; pero sólo en la cazuela se percibe todo su mérito: allí produce los efectos que se propuso el autor; allí se comprende toda la fuerza de la situacion; allí saben lo que Doña Isabel padece, y estiman en todo lo que valen las impertinencias, la necedad, las malicias de D. Roque, á quien interrumpen frecuentemente con execraciones y dicterios, *Et c'est là qu'on entend le cri de la nature.*

Página 40 (1).

La duracion que el autor supone en esta comedia excede muy poco al tiempo verdadero que se emplea en su representacion, y este exceso se carga en los entreactos, dando principio la fábula á las ocho y media de la mañana, y concluyéndose ántes de las doce.

A la labor, eso sí:
Y las otras dos, la Paca
Y la Manolita, todas
Fueron á cuál más honradas.
A su marido y no mas.
¡Ya se ve! buenas cristianas.

(1) Acad., tomo II, parte 1.ª, pág. 49 (acto I, escena IX):

BLASA.

..... Sólo extrañaba
Que habiendo llegado ayer,
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

Acto II, página 53 (1).

Véanse las expresiones que un célebre autor frances pone en boca del jefe de los eunucos de un serrallo de Persia, acerca del peligro en que se halla un criado, si por complacer á su amo debe exponerse á que la señora de la casa, tarde ó presto, le desacredite y le pierda.

«Elles savent bien feindre des maladies, des défaillan»ces, des frayeurs..... Ce n'est pas tout; je ne suis jamais »sûr d'être un instant dans la faveur de mon maître; j'ai »autant d'ennemies dans son cœur, qui ne songent qu'à »me perdre; elles ont des quarts-d'heure où je ne suis »point écouté, des quarts-d'heure où l'on ne refuse rien, »des quarts-d'heure où j'ai toujours tort. Je mène dans le »lit de mon maître des femmes irritées; crois-tu que l'on »y travaille pour moi, et que mon parti soit le plus fort? »J'ai tout à craindre de leurs larmes, de leurs soupirs, de »leurs embrassemens, et de leurs plaisirs même; elles sont »dans le lieu de leurs triomphes; leurs charmes me de»viennent terribles; les services présens effacent dans un »moment tous mes services passés; et rien ne peut me »répondre d'un maître qui n'est plus à lui-même.»

El mismo fondo de ideas se halla en lo que dice el eunuco y lo que responde Muñoz á D. Roque; pero en la comedia española se presta á las reflexiones del autor frances la expresion propia del personaje que las dice, desnudas del estilo culto que tienen en su original, y disfrazadas con los ornatos que pertenecen al género cómico. El eunuco, escribiendo á un amigo suyo, discurre tran-

---

(1) Segunda edicion.—Acad., tomo II, parte 1.ª, pág. 62:

MUÑOZ.

Pues ¡cierto que las mujeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor!

quilo acerca de los inconvenientes de su empleo: en lo cual no hay diálogo, no hay accion, ni calor de afectos, ni es una situacion dramática. Muñoz, instado de su amo á que le sirva de espía y observe cuanto sucede en casa, se resiste á hacerlo, de lo cual se ofende D. Roque: su criado entónces se ve en la precision de manifestarle las causas que tiene para no admitir tan peligroso encargo. Esto pone á D. Roque en una situacion desesperada, y el diálogo y la escena adquieren progresivamente variedad, movimiento é interes.

Sólo en tales términos es lícito imitar: ó por mejor decir, si se altera, se acomoda, se embellece el original imitado, huyendo de él á las veces, y otras acercándose, procediendo en esto con la libertad y la inteligencia que son menester; entónces, cuanto la imitacion es más difícil, tanto mayor estimacion y alabanza merece.

Molière dejó en sus obras muchos y admirables ejemplos de este recurso del arte. Baste citar una sola escena de la comedia intitulada *Le Bourgeois gentil-homme*, precedida del diálogo que le sirvió de original; y no sea molesto al lector estudioso observar de qué manera se atrevió Molière á imitar á Cervántes, y cómo supo competirle, si no excederle.

SANCHO (1).

A buena fe, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría.

TERESA.

Eso no, Sancho: casadla con su igual, que es lo más acertado: que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña Tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada

(1) *Don Quijote*, 2.ª parte, cap. v.

paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

SANCHO.

Calla, boba; que todo será usarlo dos ó tres años; que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde: y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

TERESA.

Medíos, Sancho, con vuestro estado; no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa.» Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas. No en mis dias, marido: ¡para eso, por cierto, he criado yo á mi hija! Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo; que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda.

SANCHO.

Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría?... Sanchica ha de ser condesa, aunque tu más digas.

TERESA.

¿Veis cuánto decís, marido? Pues con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas ni arrequives de dones ni donas; Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza; que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes; y con este nombre me contento, sin que

me le pongan un don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar. Y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luégo dirán: Mirad ¡qué entonada va la pazpuerca! Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa, cubierta la cabeza con la falda de la saya, en lugar de manto; y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos», etc.

Sigue ahora la imitacion que hizo Molière (1).

MR. JOURDAIN.

Touchez-là, monsieur; ma fille n'est pas pour vous.

CLEONTE.

Comment?

MR. JOURDAIN.

Vous n'êtes point gentilhomme, vous n'aurez pas ma fille..... Je n'ai besoin que d'honneurs, et je la veux faire marquise.

MAD. JOURDAIN.

Marquise?

MR. JOURDAIN.

Oui, marquise.

MAD. JOURDAIN.

Hélas! Dieu m'en garde!

MR. JOURDAIN.

C'est une chose que j'ai résolue.

MAD. JOURDAIN.

C'est une chose, moi, où je ne consentirai point. Les alliances avec plus grand que soi, sont sujettes toujours à de fâcheux inconvénients. Je ne veux point qu'un gendre puisse à ma fille reprocher ses parents, et qu'elle ait des enfans qui aient honte de m'appeler leur grand'maman. S'il falloit qu'elle me vînt visiter en équipage

(1) *Le Bourgeois gentilhomme*, acte III, scène XII.

de grande dame, et qu'elle manquât, par mégarde, à saluer quelqu'un du quartier, on ne manqueroit pas aussitôt de dire cent sottises. Voyez-vous, diroit-on, cette madame la marquise qui fait tant la glorieuse? C'est la fille de Mr. Jourdain, qui étoit trop heureuse, étant petite, de jouer à la madame avec nous. Elle n'à pas toujours été si relevée que la voilà, et ses deux grands-pères vendoient du drap, auprès de la porte Saint-Innocent. Ils ont amassé du bien à leurs enfans, qu'ils payent maintenant peut-être bien cher en l'autre monde; et l'on ne devient guère si riches à être honnêtes gens. Je ne veux point tous ces caquets, et je veux un homme, en un mot, qui m'ait obligation de ma fille, et à qui je puisse dire: Mettez-vous-là, mon gendre, et dînez avec moi.

MR. JOURDAIN.

Voilà bien les sentimens d'un petit esprit, de vouloir demeurer toujours dans la bassesse. Ne me répliquez pas davantage : ma fille sera marquise en dépit de tout le monde; et si vous me mettez en colère, je la ferai duchesse.

Pág 77 (1).

Un mal crítico observó, pocos años há, que en esta comedia desde el principio al fin dicen y hacen cuasi una misma cosa los dos viejos y los dos amantes : observacion tan nueva, tan recóndita, que hasta que él la imprimió nadie sospechaba que tal hubiese. El público ignora todavía este descubrimiento, y desde la primera vez que se vió esta comedia hasta la época presente áun no ha cesado de aplaudirla. Don Roque, Muñoz y Blasa, le hacen reir, D.ª Beatriz, D. Juan y D.ª Isabel, excitan su atencion y sus lágrimas; y sin advertir que de los siete personajes de ella, los cuatro principales (segun el crítico) dicen y hacen cuasi una misma cosa desde empezar hasta concluir, sigue creyendo que esta comedia es una de las mejores del teatro español.

(1) Principia en ella la escena VI del acto II, hablada toda por D. Roque y Muñoz.—Acad., pág. 88.

Pág. 97 (1).

Napoli-Signorelli en su *Historia crítica de los teatros* tradujo en italiano gran parte de esta escena, en la forma siguiente:

DONNA ISABELLA.

Vien gente..... oimè! Desso e che viene! Io vado.....
Misera! che faró? Veder nol voglio.

DON GIOVANNI.

Isabella!.....

DONNA ISABELLA.

Se amore o gentilezza
Quì vi scorge, o signor, per congedarvi,
Il ciel vi guardi e vi conduca... aimè!

DON GIOVANNI.

A dirti io vengo sol.....

DONNA ISABELLA.

Sì, che ten vai.
Lo so, va pur: te lo consiglio ío stessa.
Vanne, crudel, se hai tu valor bastante
Per eseguirlo, anch'io se pria non l'ebbi,
Tanto or ne avrò per affretar co' prieghi
L'infausto istante.

DON GIOVANNI.

Ah! che non sai qual pena.....

DONNA ISABELLA.

Eh! sì, quanto io ti debba io non ignoro.
So..... Parti, fuggi.... Lasciami morire.....
Ma infin ten vai? Ma certo è dunque? E certo?
Dopo un si fido amor, dopo tant'anni,
Dopo tante speranze, ecco qual premio
Ci preparò la sorte! Ah! l'amor mio
Ciò meritò?

(1) En ella principia la escena XI del acto II, en la que son interlocutores D.ª Isabel y D. Juan. —Acad., pág. 112.

DON GIOVANNI.

L'ho meritato io forse?
Ingrata donna, e che facesti mai?
Per te, per te..... Tu la cagion, tu sei,
D'ogni tormento mio! Qual fu la tua
Facilità crudel! Dunque ha potuto
In breve ora un rispetto, una violenza,
Astringerti à disciorre il più bel nodo
Fatto per man d'amor, dal tempo stretto?
Oh! tempo! Oh! lieti dì! Te ne rammenti,
Tu rammenti, Isabella.....

DONNA ISABELLA.

Io vengo meno.....

DON GIOVANNI.

Quando di nostra sorte appien contenti,
D'un innocente amor dulci gustammo
I teneri momenti. La strettezza,
Il concorde voler, l'etade, il genio,
Gli scherzi, i finti sdegni.....

DONNA ISABELLA.

Ah! tu m'uccidi!

DON GIOVANNI.

Un motto, un guardo tuo, qualche sospiro,
Era de'voti miei gloria e misura.
Tutto è finito! S'io t'amai, se un tempo
Ci amammo, un'ombra or ne rimane, un sogno.
D'un vil cedesti agli artifizj indegni:
Vana illusione e gelosia fallace
In te si armaro, del mio amore à danno.
Fralezza femminile!

DONNA ISABELLA.

Il cor mi scoppia. &.

Pág. 100 (1).

Es imitacion de la estancia XXI del canto VII de la *Jerusalen* del Tasso:

Forse avverrà, se l' ciel benigno ascolta
Affettuoso alcun prego mortale,
Che venga in queste selve anco tal volta
Quegli, a cui di me forse or nulla cale;
E rivolgendo gli occhi, ove sepolta
Giacerà questa spoglia inferma e frale,
Tardo premio conceda a' miei martiri
Di poche lagrimette e di sospiri.

Pág. 105 (2).

Aquí se quebranta voluntariamente una ley dramática, muy recomendada por los modernos, en la cual se previene que ni por un breve instante quede solo el teatro, y ántes de que alguno de los personajes se retire, venga otro ú otros, que se vayan sucesivamente relevando. «Todo á fin (dice Luzán) de que se prosiga sin interrupcion el hilo del asunto, y tener siempre atento al auditorio: lo que no se lograria con las scenas desasidas, porque en éstas, como queda solo el tablado algunos ratos, y se interrumpe la representacion, los oyentes tienen motivo y tiempo para distraerse en otros pensamientos.» Mucho pudiera convenir

(1) Primera y segunda edicion:

DON JUAN.

. . . .
Quiéreme bien, piensa en mí.
Quizá hallará mi tormento
Alivio, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo,
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.

Edicion de la Acad., pág. 115:
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine, etc.

(2) Escena XII del acto II — Acad., pág. 118.

que el mismo que prescribe las reglas, tratase de practicarlas alguna vez : sólo por este medio se llega á conocer la importancia de ellas, hasta qué punto y en cuáles casos deben observarse, y qué excepciones admiten.

Existe un precepto, que enseña en la formacion de tales composiciones á no apartarse nunca de lo que es verisímil, conveniente á la fábula y capaz de producir en el teatro los efectos que se necesitan ; á él deben ajustarse todos los medios de que se vale el poeta para producir la ilusion y el placer : en la observancia de este solo precepto va inclusa la de todas las demas reglas, que le están sumisas, y tal vez para no quebrantarle, es útil y conveniente atropellarlas.

Cuando la distribucion del drama y el órden y calidad de las situaciones lo sufre, guárdese enhorabuena esta sucesiva presentacion de figuras en el teatro; pero si la misma economía de la fábula exige que se interrumpa, ¿por qué no ha de hacerse? ¿Por qué ha de existir un cánon dramático que, observado sin restriccion alguna, léjos de producir bellezas, será un estorbo para que el poeta las encuentre, y léjos de aumentar la ilusion, la debilite? ¿Quién podrá culpar á Calderon porque en la última jornada de *El Tetrarca de Jerusalen* dejó solo el cuarto de Mariene? Aquella interrupcion, aquella soledad, aquel silencio; la salida del Tetrarca, su agitacion, sus dudas, la sorpresa que le causa ver esparcidos por el suelo los adornos, *las arrastradas pompas* de su esposa infeliz, y entre ellas un puñal, que le anuncia estragos y muerte; todo prepara la catástrofe horrenda que va á suceder dentro de muy pocos instantes. Para enfriar bien este desenlace, y despojarle de todas sus bellezas, no hay más que llenar aquel vacío de scena que las motivó; y observando escrupulosamente lo que la regla manda, todo se echará á perder. Solo queda el aposento de Lucigüela en la segunda jornada de *El Hechizado por fuer-*

za, y sin esta interrupcion no podria verificarse la salida de D. Claudio, que acompañado de Picatoste, va á burlar los esfuerzos de la supuesta hechicera, añadiendo aceite á la lamparilla fatal. El buen ingenio de Zamora halló por este medio una situacion cómica, verisímil, oportuna, desempeñada con el chiste que tanto abunda en aquella celebrada comedia.

En la de *El Viejo y la Niña* se prepara tan de antemano el escondite de Muñoz, que el espectador desea por instantes ver solo el teatro, para que se pueda verificar. El vacío de la scena, léjos de distraer su atencion, la excita, y queda desvanecido el temor de los que han querido establecer una ley absoluta, cuya observancia no siempre es laudable. Cuando el poeta halle un motivo de conveniencia y verisimilitud, prescinda de ella. Los preceptos deben ilustrar y dirigir al talento, no esterilizarle ni oprimirle.

Acto III, *pág*. 132 (1).

Un crítico, poco atinado en sus decisiones, asegura que la situacion que se prepara en esta scena para la siguiente no es cómica, porque en ella se interesa demasiado el personaje de D.ª Isabel, y que es muy superior la otra del acto II, en que Muñoz trata de esconderse debajo del canapé. De estas pocas palabras resultan dos aforismos tan absurdos, que sólo con ellos pudiera aprender la juventud el arte de no hacer comedias.

1.° *Toda situacion que no sea ridícula no es cómica.* Se infiere de aquí que en la comedia todo ha de ser ridiculez, y en el momento en que cesa de hacer reir, allí deja de ser comedia. Por este principio, *El Soldado fanfaron* de Plauto será mejor que *Andria* y *La Hecyra* de Terencio; *Porceau-*

(1) Escena IX del tercer acto. — Acad., pág. 148 y siguientes.

gnac y *Scapin*, preferibles á *Tartuffe* y al *Misántropo*, y *El Señorito mimado* no valdrá cosa en comparacion de *El Licenciado Farfulla*.

2.° *Para que una situacion sea cómica, es conveniente que no tenga demasiado interes*. Que es decir: las citadas *Andria* y *Hecyra* de Terencio, *La Putta onorata*, *La Pamela*, *La buona Moglie* de Goldoni, *El Hijo pródigo*, *Nanina* y *La Escocesa* de Voltaire, *La Eugenia* de Beaumarchais, *La Reconciliacion* y *La Misantropía* de Kotzebue, todas éstas serán muy malas comedias, porque en ellas hay situaciones y afectos tan interesantes, que obligan á verter muchas lágrimas á quien las vea representadas en el teatro.

Lo que hay es esto. Pertenecen á la tragedia la afliccion y el llanto, por las grandes pasiones, los atroces delitos, los funestos acaecimientos que en ella se pintan; y siendo víctimas de tales afectos, y de tan crueles golpes de la fortuna, los más elevados personajes del mundo, no se da en ella ocasion á la risa ni á la alegría; todo es lágrimas, todo compasion y terror.

La comedia, imitando los vicios y errores más comunes, y haciendo que el espectador se ria de las extravagancias en que incurren sus semejantes, le da una leccion agradable y útil, para que no se precipite en ellas. Pero las ridiculeces, que tanto abundan en la vida civil, no siempre son inocentes, ó por mejor decir, no siempre causan una ligera molestia, ni siempre son bastantes para su correccion el desprecio y la burla. Muchas veces las preocupaciones de la ignorancia ó de la falsa sabiduría, los extravíos del amor propio, los resabios de la mala educacion, que hacen ridículo á quien los tiene, causan funestos desórdenes en las familias, y el que no es más que un personaje grotesco á los ojos de quien le ve desde cierta distancia, para los que tienen relacion inmediata con él es un ente odioso y aborrecible. De

aquí resulta la mezcla de risa y llanto, que es propia de la buena comedia; de ambos medios se vale para formar una pintura fiel de las acciones de los hombres; comprendiendo en ella las causas y los efectos: sólo así la imitacion será conforme á la verdad y agradable, y la doctrina moral, sólida y extensa.

Basta que se contenga la comedia en sus propios límites; que en lo ridículo no descienda á rozarse con la grosería ó la obscenidad, y en lo afectuoso no se eleve tanto, que usurpe á la tragedia sus acciones heroicas, sus pasiones, sus catástrofes, la pompa y grandilocuencia de su estilo.

La aplicacion de estos principios á la comedia de *El Viejo y la Niña* es tan obvia, que el lector ménos instruido la puede hacer por sí. Verá que el argumento de esta fábula pedia que el autor expresara con toda la energía que el arte enseña los efectos lamentables de una union violenta y desigual, y que para ello no bastaba lo ridículo si no se añadia lo interesante y afectuoso. Verá que si son convenientes y verisímiles las situaciones con que D. Roque y Muñoz alegran el teatro, no lo son ménos las de D.ª Isabel y D. Juan, ni ménos oportuno el desenlace, triste en verdad, pero contenido en los términos que pide la templanza cómica, y el más conducente á manifestar cuál puede ser la suerte de los que mal unidos en lazo tan indisoluble, conocen tarde el precipicio adonde su imprudencia ó su timidez inocente los arrastró. Verá, en fin, que si la vida humana presenta una serie de errores, locuras, desgracias y escarmientos á quien la observa, la comedia, su imitadora fiel, repite en la scena aquellas situaciones de risa y llanto que son más eficaces para persuadir y deleitarla, exponiendo unas veces á la burla y general desprecio los defectos y preocupaciones sociales, y otras moviendo suavemente los ánimos con el gemido de la virtud, ó las lágrimas que derraman la amistad y el amor.

Pág. 134 (1).

Han creido algunos que esta situacion es copia de la scena VI del acto segundo de *El Británico.* No negará el autor la semejanza que se advierte en ambos pasajes, por más que los antecedentes, los medios y los efectos sean distintos; pero tambien puede asegurar, sin recelo de que nadie le desmienta, que si ha imitado en sus obras, no ha copiado jamás. Lo que se llama inventar en las artes no es otra cosa que imitar lo que existe en la naturaleza, ó en las producciones de los hombres, que la imitaron ya. El que se proponga no coincidir nunca en lo mismo que otros hicieron, se propone un método equivocado y absurdo, y el que huya de acomodar en sus obras las perfecciones de otro artífice, pudiendo hacerlo con oportunidad, voluntariamente yerra. Terencio dijo en uno de sus prólogos:

Nullum est jam dictum quod non dictum sit prius:
Quare æquum est vos cognoscere atque ignoscere
Quæ veteres factitarunt, si faciant novi.

El que no estudia por buenos principios la razon de las artes, nada de esto entiende; y luégo que halla en cualquiera obra alguna pasaje que tenga semejanza con otro, eso le basta para llamar plagio, copia, robo execrable, lo que es tal vez una prueba de talento, de profunda meditacion.

Las tragedias griegas se compusieron con los relieves de los banquetes de Homero; sus comedias abundan en felices imitaciones, sacadas de las opiniones y sentencias de los filósofos, de los discursos de los oradores, de los más ingeniosos conceptos de los poetas líricos. El teatro cómico de los latinos debió la mayor parte de sus bellezas á los griegos

(1) Escena X del acto III.

Archippo, Demofilo, Apolodoro, Difilo, Aléxis, Possidio, Filemon y Menandro. Las naciones modernas, despues de la restauracion de las letras, buscaron en los autores antiguos los modelos que necesitaron para encaminarse á la perfeccion en este arte difícil, que la barbarie de tantos siglos habia hecho desaparecer; y si ya ha llegado á tan alto punto de esplendor, y admiramos el mérito de Corneille, Molière, Racine, Voltaire, Goldoni, Metastasio y Alfieri, á su inteligencia y atrevimiento en imitar debemos la mayor parte de sus excelentes obras.

En las de Molière no hay una sola que pueda llamarse enteramente original, porque en todas ellas imitó cuanto le pareció conveniente, sin detenerse nunca en el vano escrúpulo de no decir lo que otros habian ya dicho, estando seguro de que en sus manos todo adquiria novedad y perfeccion.

De los latinos imitó á Plauto, Terencio, Lucrecio y Horacio; de los italianos á Barbieri, Cicognini, Bocaccio, Secchi, Straparola y Ariosto; de los españoles á Barbadillo, Lope de Vega, Cervántes, Tirso de Molina, Moreto y Calderon; de los franceses á Regnier, Chappuzeau, La Tessonière, Devisé, Douville, Rabelais, Chevalier, Boisrobert, Bouchet, Dorimond, Maleville, Boursault, La Fontaine, Villiers, Quinault, Montaigne, Bergerac, Corneille, Charron, Racine y Rotrou. Esto hizo el gran Molière, el mejor poeta cómico que ha existido jamas; de estos medios supo valerse para adquirir una celebridad tan justa, que no perecerá miéntras dure en los hombres el amor á las letras.

Pág. 143 (1).

Blasa no parece en esta scena ni en lo restante de la co-

(1) Escena XII del acto III.—Acad., tomo II, parte 1.ª, pág. 162.

DOÑA BEATRIZ.
Qué te da, hermana? ¡No alienta!
¡Isabel!.... ¡Válgame Dios!

media hasta su conclusion: la razon verisímil de no venir estriba en que probablemente se hallará distante de la sala en que están D.ª Isabel y D.ª Beatriz: la hora en que esto sucede es de las más ocupadas para quien tiene que preparar la comida y la mesa, y estos afanes domésticos se entretienen por lo comun en alegres cantares. Doña Beatriz la llama una vez no más (1), y es creible que la voz que da no sea muy fuerte, si se atiende al estado de afliccion y susto en que se halla. Por estas causas es verisímil que Blasa no la oiga y no venga. La razon de conveniencia es no presentar en la scena personajes inútiles. En esta situacion y en las siguientes sería inoportuna y embarazosa la asistencia de Blasa, que no teniendo un interes directo en lo que resta de la accion, no podria decir ni hacer cosa de importancia. Lo que es inútil en la economía dramática, es conocidamente perjudicial.

Pág. 159 (2).

Los que no tienen particular interes en desacreditar cuanto se escribe de montes acá, y ven sin envidia la celebridad que otros han podido adquirir en la carrera de las letras, no juzgarán fuera de propósito que se inserten aquí las opiniones de dos eruditos extranjeros, á quienes debió la comedia de *El Viejo y la Niña* el mismo favorable concepto que ha merecido al público español.

El ya citado Napoli-Signorelli, en carta particular, dirigida al autor desde Nápoles, con fecha de 9 de Noviembre

No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique..... Blasa.
Estas resultas esperan
Tales casamientos. Blasa.....
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. ¡Isabel!

(1) De aquí se infiere que la segunda vez que Doña Beatriz nombra á Blasa, no es llamándola.

(2) Escena última de *El Viejo y la Niña*.

de 1788, le dijo: «Leí la comedia manuscrita de *el Viejo y »la Niña*. Me parece obra estimable, de un ingenio que va por »el camino del verdadero gusto. La moralidad que de ella »resulta, pintando al vivo los inconvenientes de union tan »desigual como la de un viejo que con su boda hace infeliz »á una jóven, es digna de un filósofo cómico. La sencillez »de la accion anuncia la fecundidad del pintor que no hubo »menester representar el juicio universal, ni el incendio de »Troya, ni la guerra de los gigantes, para manifestar el pri»mor de su pincel. Los caracteres de D. Roque y Muñoz »están coloridos con suma felicidad y conocimiento del arte. »La regularidad, prenda ya comun en otros climas, en el de »V. debe ponderarse y apreciarse mucho. Los episodios son »muy apacibles y se dejan leer con interes. Con mucha razon »me complazco al ver que V. ha sabido hermanar á la gra»cia cómica toda la naturalidad y pureza del lenguaje de »Calderon y la fluidez de la versificacion de Lope, sin parti»cipar de ninguna de sus extravagancias. Esta comedia po»drá hacer época gloriosa en el teatro español, si tiene imi»tadores, como lo merece.»

El mismo, en el tomo VI de su *Historia crítica de los teatros antiguos y modernos*, publicada en Nápoles, en el año de 1790, dice: «Questa commedia è nel buon genere tenero, »ed insinua l'avversione alle nozze disuguali di una fanciul»la di quindici a venti anni con un vecchio che ne ha »scorsi più di settanta. Il giudizio, la regolarità, la morale, »la delicatezza delle dipinture, la versificazione e la locuzio»ne eccellente ne formano i pregi principali. Merita ben di »essere dagli esteri conosciuta, singolarmente per le seguen»ti cose. Per le piacevoli scene di D. Rocco col tuo domesti»co Muñoz, per quelle d'Isabella col suo amante, e spezial»mente per la XII dell'atto primo e la XI del secondo: per »l'angustia d'Isabella, astretta dal vecchio a parlare all'

»amante, mentre egli da parte ascolta ed osserva, che ben»chè non nuova, produce tutto l'effetto; per quella in cui »Isabella ode il tiro di leva del vascello nel quale è imbar»cato l'amante, e finalmente per l'aringa eccellente d'Isa»bella in cui svela i secreti del suo core al marito, detesta »l'inganno del tutore, assegna le ragioni di non aver ella »parlato chiaro, rifondendone la cagione all'educazione che »si dà alle donne, onde si avvezzano alla disimulazione,» etc.

Mr. Florian, estimable poeta y novelista frances, cuyas obras han sido justamente aplaudidas entre nosotros, así por las prendas de ingenio y buen gusto que en ellas manifestó, como por los no vulgares conocimientos que anuncian de nuestra lengua, nuestra literatura, historia y costumbres, favoreció al autor de esta comedia, escribiéndole desde París, el dia 11 de Noviembre de 1790, el aprecio partícular que de ella hizo.

«J'ai lu, Monsieur (dice en su carta), avec autant d'atten»tion que plaisir votre ouvrage dramatique. D'après le suc»cès qu'il a eu à Madrid, vous devez attacher peu de prix »aux suffrages d'un étranger, qui malgré l'étude particu»lier qu'il a fait de votre belle langue, ne peut en sentir »toutes les fineses, ni juger dignement du mérite de votre »dialogue. Mais je n'ai pas besoin de cette connoissance »intime des secrets de votre idiome pour trouver que vo»tre sujet est intéressant et moral; pour être vivement ému »de la chaleur avec laquelle vous avez écrit vos principa»les scènes; pour admirer, en fin, la noblesse touchante du »rôle d'Isabelle, la generosité passionnée du rôle de Don »Jouan, et la raison indulgente de celui de Béatrix. Vous »avez, ce me semble, Monsieur, evité avec beaucoup d'a»dresse un écueil que j'avois redouté pour vous dès les »premières pages de votre comédie: c'étoit de mettre sur la »scène une femme mariée, ayant un amant. Votre talent

»a trouvé moyen de intéresser vivement pour cette épouse »malhereuse, de peindre avec des couleurs tendres et fortes »les transports de son premier amour, de la placer sur le »théâtre tête à tête avec celui qu'elle aime, en l'absence de »son époux, sans que jamais la pudeur, la décence, la mo»rale la plus sévère soient blessées un seul instant. C'est un »grand mérite à mes yeux, et je ne puis trop vous féliciter, »Monsieur, d'un succès aussi honorable pour votre cœur »que pour votre esprit», etc.

ADVERTENCIA Y NOTAS

Á

LA COMEDIA NUEVA,

LLAMADA COMUNMENTE EL CAFÉ.

ADVERTENCIA (1).

Se escribió esta comedia en el año de 1791, y luégo que en el siguiente se la leyó el autor (2) á la Compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la Compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun, creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto, se hicieron reclamaciones al Gobierno, para que no permitiera su publicacion. Intervino en su exámen la autoridad del Presidente de Castilla, la del Corregidor de Madrid, la del Vicario eclesiástico; sufrió cinco censu-

---

(1) Ofrece variantes con la *Advertencia* que se lee en las diversas ediciones de *La Comedia nueva*.

(2) Tachado con una raya lo que precede, y escrito encima, no de letra de Moratin; *Luégo que el autor leyó esta comedia.....*

ras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro; que á nadie podia ofender individualmente, y que los hombres honrados y de buen juicio aplaudirian el celo patriótico del autor, que empleaba sus tareas en ilustrar al público, uniendo á la doctrina el ejemplo. La estudiaron los cómicos con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla; los que habian dicho ántes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en la primera representacion, que se hizo en el teatro del Príncipe, el dia 7 de Febrero de 1792.

Es difícil que un partido, por muy acalorado y rabioso que esté, consiga atropellar la opinion de todo el concurso que asiste al teatro, y va dispuesto á apreciar el mérito de cualquiera obra con la imparcialidad que generalmente le caracteriza. Así fué que al paso que la representacion de esta comedia iba adelantándose, la aprobacion del auditorio era mayor; los que habian de silbarla, no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al extremo cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace D. Serapio de la ignorante plebe, que en aquel tiempo aplaudia ó desacreditaba con frenética licencia el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien más se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la leccion áspera que se le daba, con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; pero lo restante del concurso logró imponer silencio á aquella desenfrenada muchedumbre, y los cómicos siguieron más animados desde entónces, y con más seguridad del éxito. Al decir D. Eleuterio, en la scena VII, del acto II: *¡Picarones! ¿Cuándo han*

visto ellos comedia mejor?, supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresion tan oportuna y enérgica, que el auditorio, aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo, interrumpió con aplausos la representacion; la turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y la general estimacion que obtuvo en aquel dia esta comedia no pudo ser más conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de D. Pedro, dándole toda la nobleza y expresion que pide. Juana García, reuniendo la juventud, la gracia, la belleza, el amable candor en el de Doña Mariquita, mereció los elogios del público, y dió á las tareas de los artífices asunto digno. Polonia Rochel representó la presuncion necia de Doña Agustina con toda la inteligencia que era de esperar en aquella celebrada actriz. Mariano Querol hizo en D. Hermógenes el pedante más completo que es posible hallarse entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra llenó los deseos del público en su papel de D. Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan propio y acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

Se han hecho hasta el presente..... representaciones de esta comedia en los teatros de la Corte, y ha producido á las Compañías..... (1)

La imprimió en Parma, en el año de 1796, el insigne Bodoni, y aquella edicion es la más estimada de cuantas se han hecho de esta obra dentro y fuera del Reino (2).

En el año de 1795 se publicó en Nápoles la traduccion que hizo de ella en idioma italiano Napoli-Signorelli.

---

(1) Tachado con una raya este párrafo en el MS. autógrafo.
(2) Tachado tambien este párrafo con una raya.

En el de 1800 la reimprimió en Dresde D. Manuel Ojamar (1), acompañándola con una version en aleman.

Hay ademas dos traducciones francesas; la primera con el texto original, se incluyó en la obra intitulada: *Éléments de la conversation espagnole et française*, impresa en París, en el año de 1803; la segunda, impresa el año siguiente, en la misma ciudad, la hizo el Sr. Dumaniant, con las alteraciones que le parecieron convenientes, y se representó en el teatro de la Puerta de San Martin (2).

NOTAS.

Acto I, pág. 9 (3).

«Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual »de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); »pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará »nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en »cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el ori»ginal. Procuró el autor, así en la formacion de la fábula,

---

(1) Anagrama de *Ramajo*.

(2) Este párrafo, tachadas várias líneas, y sustituidas con otras, no escritas de mano de Moratin, resulta de este modo: «En París se reimprimió, con una traduccion demasiado literal, por apéndice á la obra intitulada: *Éléments de la conversation espagnole et française*, en el año de 1803. En el siguiente publicó el Sr. Dumaniant una version libre de la misma comedia, con las alteraciones», etc.

(3) De la primera edicion (Madrid, en la oficina de Benito Cano, año de 1792). Al fin de la plana ó página 9, se lee: «*Comedia nueva, intitulada: El gran Cerco de Viena.*» En la edicion de las obras de Moratin, dada á luz por la Real Academia de la Historia, corresponden las palabras citadas al tomo II, parte 1.ª, pág. 188.

»como en la eleccion de los caracteres, imitar la naturaleza »en lo universal, formando de muchos un solo individuo.»

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice:

«De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra »scena de comedias desatinadas, sainetes groseros, tonadillas »necias y escandalosas, formó un D. Eleuterio; de muchas »mujeres sabidillas y fastidiosas, una Doña Agustina; de »muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo »todo, un D. Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, »llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, ham- »bre calagurritana, revistas de ejércitos, batallas, tempes- »tades, bombazos y humo, formó *El gran Cerco de Viena;* »pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen.»

D. Eleuterio es, en efecto, el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribian en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las extravagancias que se representaban entónces. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, de Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse ni defenderse. Esta reflexion indica el plan que debe seguirse en las notas de la presente comedia. Se citarán los ejemplos que tuvo presentes el autor, buscándolos con preferencia en las composiciones dramáticas de aquel tiempo; y no se omitirá la explicacion de muchas alusiones que ya empiezan á ser obscuras, por la alteracion que han padecido las costumbres, y la que han tenido el gobierno y economía de los teatros.

Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta obra, deben ya necesariamente hacerla perder mucha parte de su mérito á los ojos del público, por haber desaparecido ú alterádose los originales que imitó; pero el transcurso mismo del tiempo la hará más estimable á los

que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la scena, que en el género cómico sólo sufre la pintura de los vicios y errores actuales; pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez, de la estimacion de los doctos.

Pág. 9 (1).

La conquista de un reino, una batalla, el sitio de una ciudad, no son argumentos proporcionados para la comedia. Pertenecen á la epopeya exclusivamente, y la tragedia misma no los admite, sino apartándolos de la scena y usando de ellos en relacion, como de incidentes que motivan la fábula ó contribuyen á sostenerla. El sitio de Tarifa no es una accion trágica; pero sí lo es la fidelidad constante de Guzmán, que sacrifica un hijo por la seguridad de la patria. En suma, no son materia conveniente para el teatro las empresas militares, sino los afectos heroicos; y si la tragedia se vale de tales acaecimientos como secundarios, como causales, ó resultados de la accion, y no como objeto principal suyo, ¿quién dudará que la comedia jamas puede admitirlos? Son, pues, unos monstruos dramáticos todas aquellas comedias que ofrecen á los ojos del espectador el conflicto de una batalla, la ruina de una ciudad, ó la invasion y trastorno de un imperio. No pertenecen al género cómico, ni al trágico ni al épico, las que tuvo presentes D. Eleuterio para escribir la suya. Tales fueron por ejemplo: *La Conquista de Madrid; La toma de Oczakow; Defensa de Barcelona por la más fuerte*

(1) De la primera edicion.—«¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre!»—V. en la edicion de la Acad. de la Hist. las páginas 188 y 189, tomo II, parte 1.ª

Amazona; El Sitio de Calahorra; A España dieron blason las Astúrias y Leon, y triunfos de D. Pelayo; Por ser leal y ser noble, dar puñal contra su sangre, y la toma de Milan; La Restauracion de Astorga; Saber del mayor peligro triunfar sola una mujer; el castellano Adalid y toma de Sepúlveda; Hernan Cortés en Tabasco; Exceder en heroismo la mujer al héroe mismo; Cárlos Quinto sobre Dura; la restauracion de Madrid; El valor de las Murcianas contra las lunas africanas; Sitio y toma de Breslau; La más heroica Espartana; El sitio de Calés; Jerusalen conquistada; Triunfos de valor y ardid; La destruccion de Sagunto; La conquista de Stralsundo; El sitio de Toro; Aragon restaurado por el valor de sus hijos; La toma de San Felipe por las armas españolas; El sitio de Pultova; Troya abrasada.

No es mucho que el autor que se propuso imitar á sus contemporáneos, reuniese en la comedia de *El gran Cerco de Viena* cuantos desaciertos halló esparcidos en las que se acaban de citar; ni podia elegir otro método un escritor, á quien se supone tan falto de instruccion como de talento. La pobreza absoluta de su ingenio le hace más cómico, y el no hallarse nada en su obra que no esté copiado de las demas, añade á la censura toda la fuerza de la verdad y de la razon.

Pág. 11 (1).

Las cómicas iban al teatro en sillas de manos, lo cual proporcionaba á la turba alegre de los apasionados frecuente ocasion de manifestarlas el aprecio que hacian de sus gracias y su habilidad. Otras veces, ni las cortinas, ni

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo I, parte 1.ª, pág. 191.—«Ese es aquel bulle bulle, que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla.» (*Act.* I, *scena* 1.ª)

el rebozo de los capotes, ni la celeridad con que los gallegos las conducian, bastaban á libertarlas de los insultos más soeces. El Gobierno puso término á estos abusos, substituyendo coches de alqniler á las sillas antiguas; y desde entónces van y vienen con seguridad, sin que la juventud imprudente y libre las incomode.

Pág. 11 (1).

Dar cuchillada es frase muy sabida de los que frecuentan los teatros de Madrid. En la traduccion francesa de esta comedia, impresa en 1803, se entendió mal esta expresion, diciendo : *C'est cet hurlu-berlu..... qui va tous les jours savoir qui s'est querellé.*

La traduccion de una comedia es cosa muy difícil. Cualquiera extranjero instruido en nuestro idioma podrá hacer con más acierto una version de la *Guerra de Granada*, escrita por Mendoza, que de *El Lazarillo de Tórmes* del mismo autor; ántes emprehenderá trasladar á su lengua una oda de Herrera que una scena de Moreto ó Rojas.

Pág. 11 (2).

Se llaman *partes de por medio* los actores y actrices de segunda clase, que además de la asignacion diaria, participan, como los primeros, de las utilidades de la Compañía; á diferencia de los que llaman *racionistas*, que son los últimos de ella y perciben un sueldo fijo, sin opcion alguna á los repartimientos.

Si esta explicacion pareciese inoportuna á quien sepa el

(1) «Y va todos los dias á saber quién *dió cuchillada.*»—V. la nota anterior.

(2) «Desde que se levanta hasta que se acuesta, no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las *partes de por medio.*» —V. la nota anterior á la que precede.

significado de la expresion mencionada, considere que le ignoran muchos; que obras de esta naturaleza, para todos se escriben, y que cuando en ellas hay mérito bastante que las haga salir del paraje en que se publicaron, y asegure su duracion para más allá de la generacion presente, no es inútil fatiga el ilustrarlas y procurar que las entiendan los que gusten de su lectura, en otros países y en otra edad.

Pág. 13 (1).

No fué D. Eleuterio el único poeta á quien le ocurrió la idea de ajustarse con los cómicos por una cantidad diaria, obligándose á darles el surtido de comedias nuevas que hubiesen menester. Por aquel tiempo se verificaron proposiciones iguales á ésta; pero las rebajas que se hacian los ingenios unos á otros, las protecciones y empeños que se atravesaron, los chismes y envidias á que dió lugar esta solicitud, fueron motivo de que los autores de las compañías no se determinasen á entrar en ajuste. ¡No parece que puede llegar á mayor extremo el abatimiento del arte!

Pág. 13 (2).

Pipí se explica como todos los ignorantes, que no conciben la dificultad que lleva en sí la composicion de una buena comedia. Como es cosa que hace reir, les parece tal vez que será un juguete el escribirla. Si se les dice que es el último esfuerzo del entendimiento, lo toman á exageracion.

Lope de Vega, dotado de maravilloso talento poético, hizo

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, páginas 194 y 195.—«Lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entónces.....» (*Acto* I, *scena* 1.ª)

(2) «¡Qué! Todos los meses sacaria dos ó tres comedias.» (En la misma primera escena, en las páginas ántes citadas.)

mil y ochocientas fábulas dramáticas, y él mismo confiesa que entre todas ellas sólo habia seis ajustadas á los preceptos del arte; y no dijo cuáles fuesen, ni asegura nadie haberlas visto, ni han llegado ni llegarán á noticia nuestra. Doscientas (1) compuso Calderon; y la mejor de ellas no puede resistir al exámen de una crítica justa. Escribir mucho significa lo mismo que escribir mal.

Cuando el buen Goldoni, hostigado de las inicuas murmuraciones de los pedantes de Venecia, y del mal éxito que acababa de tener una pieza suya, hizo que saliera la primera dama á prometer en su nombre al público que aquel poeta, cuyo ingenio decian que se iba esterilizando ya, daria en la temporada siguiente diez y ocho comedias nuevas (como en efecto lo verificó), tomó sobre sí un empeño temerario, que le puso á peligro de perder la vida, y debilitó para siempre su robustez.

Con una excelente comedia que hubiera escrito en el tiempo que gastó en atropellar diez y ocho, hubiera hecho lo que nunca podria hacer la ruin caterva de sus enemigos, y hubiera complacido á cuantos conocen el arte y son apreciadores justos de quien le cultiva con acierto.

No se proponga jamas el autor dramático abastecer de composiciones nuevas un teatro, que es empresa de muchos, ni dar gusto á la insaciable curiosidad de sus apasionados, ni acallar (que es imposible) con la fecundidad culpable de su pluma el grito de la envidia. Cuide sólo de estudiar la naturaleza y los preceptos que ha dictado la sana razon;

---

(1) Unas doscientas veinte comedias atribuyó Moratin á Calderon en el catálogo MS., hecho por el mismo D. Leandro, de las obras dramáticas españolas escritas en el siglo XVII. En el original de esta nota se lee *ochocientas*, que sin duda fué equivocacion de pluma, como lo fué de otro género la de mezclar con las de Calderon cien obras de otros autores.

aprovechе para componer, aquellos pocos, breves y felices momentos en que la disposicion del ánimo lo consiente; sea él mismo el juez más rígido de sus obras. Y ¿cuántas, haciendo esto, necesitará publicar para merecer el concepto de insigne poeta? Una, si es buena; y diga lo que quiera Pipí.

Páginas 15 *y* 16 (1).

A las antiguas jácaras y bailes cantados, que duraron hasta más de la mitad del siglo anterior, sucedieron las tonadillas, nuevo género de composicion, más variado y artificioso que los romances que se acompañaban con la guitarra, y ménos complicado que los bailes, sin la danza y movimientos pantomímicos que se usaban en ellos, sin personajes alegóricos ni ficciones absurdas. En las tonadillas *á solo* se trató de imitar un monólogo narrativo ú afectuoso, y en las de dos ó más interlocutores una accion dramática.

---

(1) De la edicion primera.—Acad. de la Hist., tomo II, p. 1.ª, páginas 198 y 199.

«DON ELEUTERIO.

»Si se lo he dicho á V. ya: la tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar; y quiero concluir ésta mia, para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

»¡Mañana! ¿Con que mañana se ha de cantar, y áun no están hechas ni letra ni música!

DON ELEUTERIO.

»Y áun esta tarde pudieran cantarla, si Vd. me apura. ¿Qué dificultad! Ocho ú diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal; cuatro equivoquillos, etc.; y luégo se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música, ya se sabe cuál ha de ser, la que se pone en todas: se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.» (*Acto* I, *escena* 3.ª)

Si en los principios de esta revolucion plausible no se consiguió toda la perfeccion que era de esperar, á lo ménos se puso término á muchos desaciertos; y desde luégo se conoció cuánta regularidad y belleza podian adquirir aquellos breves poemas destinados al canto. Los poetas se aplicaron con algun esmero á estas composiciones; y no reñidas todavía (como hoy lo están) la poesía y la música, la primera daba ocasiones de lucimiento á la segunda; y ésta, dejando el más sobresaliente lugar á su hermana, sabía contentarse con aprovechar y embellecer sus motivos, imitando entrambas la sencillez de la naturaleza.

Sencillas eran entónces estas obras, y no faltaba en ellas gracia, novedad é interes, como es sencillo el Apolo del Belvedere, la Santa Cecilia de Bolonia, la columna Trajana; y no por eso dejan de ser modelos admirables de belleza artística.

Pero hay profesores en todas las facultades, que no se persuaden de esta verdad elemental; y por desgracia son tantos los que en la música prefieren lo difícil á lo sencillo, lo brillante á lo verosímil, que no es mucho se apartasen los compositores del teatro de aquella única senda que debe seguirse en las artes de imitacion, para que á un tiempo reciban placer el entendimiento, el corazon y la fantasía.

Parece que poetas y músicos hicieron particular empeño en corromper, por todos los medios posibles, un género que habian cultivado sus antecesores con aprobacion del público. Los poetas, siempre atrasados y famélicos, hicieron barato en la composicion de las letras de tonadillas; una con otra, chica con grande, á doblon se pagaba; y segun ellas eran, se les daba mucho dinero de más. Hasta mujeres en extremo ignorantes se aplicaron á este ejercicio, y escribian en ruines coplas cuantos disparates se pueden cantar en veinte minutos: acabada su obra, hacian entrega del

manuscrito, tomaban su doblon, y volvian á casa á calzarse el dedal y á freir los calabacines.

De estas letras habla D. Eleuterio, y tales eran como é las pinta : necias, groseras, obscenas, sin gracia y sin arte. Si las que se han escrito despues tienen más mérito que aquéllas, los que conocen el teatro sabrán decirlo. Baste asegurar que frecuentemente se ve salir á un D. Cristóbal, casado con una D.ª Ruperta, y, él paseándose, y ella sentada al tocador, cantan un par de coplas triviales é insignificantes, que acaban con aquello de

No se puede tolerar,
No lo puedo tolerar;

y, esto dicho y repetido diez ó catorce ó veinte veces, callan de repente los instrumentos sin saber por qué, y empieza entre marido y mujer lo que llaman *parola*, transicion intempestiva, absurda, discordante con lo que ha precedido y lo que debe seguir :

C. Mira, Ruperta, que tienes
Un genio de los demonios.
R. ¿De véras?
C. Mira que estoy
Sofocado hasta los codos.
R. Ya lo huelo.
C. Si me apuras,
Al instante me divorcio.
R. Eso estoy yo deseando,
Porque eres muy fastidioso.

A lo mejor de este diálogo, se apodera de ellos otra vez el demonio armónico, y les hace prorumpir en unas seguidillas boleras, acompañadas de toda la orquestra, en las cuales dicen, poco más ó ménos :

¡Ay que mi mujercita.....
¡Ay que mi maridito

Me va apurando,
Y tendremos jarana,
Si es que me enfado!
Que no se pueden
Sufrir las sinrazones
De este imprudente.....
De esta imprudente.

Luégo, mediante otro batacazo músico y poético vienen á parar en unas letrillas satíricas, en las cuales, si no hay chiste, ni ingenio, ni gramática, no faltan á lo ménos chocarrerías y desvergüenzas. Se cansan de esto, y viene un recitado patético, y despues un duo, en que se aplica tal vez la música compuesta para expresar los afectos del ánimo atroz de Caton ó los amores de Lícidas y Argénis, á la ridícula disputa del oficinista y de su digna esposa, que altercan sobre si la basquiña ha de tener flecos, ó si los puntos de las medias de D. Cristóbal han de coserse ó no. Se acaba el duo y dan otro salto, y empieza una polaquita alegre y bulliciosa, destinada á concluir la fiesta y recomendar al auditorio una máxima moral, ó por mejor decir, una verdad de Pedro Grullo, ó un concepto en que no hay sentido:

Y esto sirva de ejemplo
Á todos los casados,
Para que, escarmentados,
Usen de precaucion.

Mirad en este caso,
Mujeres y maridos,
Que debeis advertidos
En todo proceder.

Este capricho enseña
Que en lances tan urgentes
Excesos imprudentes
Se deben evitar.

Los inteligentes en la música dirán si es cierto que en

las composiciones modernas, léjos de prestar los instrumentos energía y adorno á las palabras, de tal manera las ahogan y confunden, que es indiferente que el cantor cante ó lo deje de hacer, puesto que no hay voz humana que pueda sobrepujar á tanto estrépito. Dirán si es cierto que la parte instrumental excede sus límites cuando interrumpe la expresion poética y dramática con sus preludios y ritornelos, resfriando la accion, quitando á las figuras teatrales el movimiento y voz, y destruyendo por este medio todos los conatos del poeta y de los actores, la verosimilitud y el interes, para que la garrulidad pedantesca del músico lo luzca exclusivamente. Dirán si al poner en música aquellas palabras ó expresiones, en que no hay imágenes ni afectos, será conveniente hacinar notas, dando importancia á lo que no la tiene, y apurando las combinaciones más delicadas de la armonía para decir :

Esta carta me ha entregado
El lacayo de don Blas.
¿Cuánto va que se ha marchado
Á los baños de el Molar?

Ya son las cuatro :
Quiero salir.
Abre esa puerta.
— Ya voy á abrir.

Dirán si es una regla, ó un error apoyado en la más crasa ignorancia, el acomodar la expresion música, no al sentido general del pensamiento, sino al significado particular de cada voz, como, por ejemplo, cuando en el psalmo 50 dice David : *Auditui meo dabis gaudium et lætitiam, et exultabunt ossa humiliata*, en donde el compositor, olvidándose de que está hablando un pecador arrepentido, humillado ante la presencia del Señor, á quien pide con gemidos y lá-

grimas el perdon de su culpa, y que de esto, no de otra cosa, se trata en todo aquel cántico de dolor, que repite la Iglesia, animada de los mismos afectos, se vuelve loco sin más motivo que por ver allí las palabras *gaudium* y *lætitiam* y *exultabunt*, y esto le da ocasion para convertir el *Miserere* en una contradanza; y recalcándose en *gaudium* y *lætitiam* y *exultabunt*, donde apura toda la clamorosa alegría de los sonidos halagüeños, cae despues con los bajos, fagotes y trompas, como si de repente se precipitase á los abismos, para dar expresion lúgubre y horrísona á las palabras *ossa humiliata*. Esta especie de frenesí es tan general, que, desde la basílica toledana á las academias y los teatros, se ve repetido con tal frecuencia, que hace dudar á quien no sea un profesor, si acaso será posible que el desatino se haya convertido en precepto, autorizado únicamente por una costumbre bárbara y á despecho de la sana razon. Lo cierto es, que si viéramos en la scena á un actor que, en un período de pocas palabras, al decir unas esforzaba la voz con gritos alegres, alzaba los hombros, estregaba una con otra las palmas de las manos, mudaba de lugar, levantaba los piés alternativamente y daba saltos de placer, y á la palabra que seguia despues empezase á llorar y gemir, bajase la cabeza, abandonase los brazos y pronunciase entre sollozos profundos cuanto le faltaba que decir, todos convendrian en que aquel buen hombre habia perdido el entendimiento.

Si es la música un arte de imitacion, cuyo original existe en la misma naturaleza, ¿qué razon podrá dispensarla de el precepto de la unidad, ni cómo será lícito pasar por medio de transiciones intempestivas y violentas de una pastorela á una marcha militar, de un minuet á unas seguidillas, de un rondó gracioso y brillante á un recitado insípido, á quien de rato en rato sostiene el bajo como de limosna, re-

sultando un género neutro, que ni es canto ni declamacion, inferior mil veces á la declamacion y al canto, y de allí á una aria magnífica, artificiosa, llena de gorjeos y escapadas de voz, bien recargada de acompañamiento y ruido y repeticiones, y trastorno y confusion de las palabras y conceptos que dictó el poeta? El que guste de ver realizado el monstruo que Horacio describió, en la composicion poética y música de nuestras tonadillas podrá encontrarle.

Es evidente que este género, léjos de adquirir perfeccion, de cada vez se ha ido apartando más de ella; que los primeros que le cultivaron lo hicieron con no poca inteligencia y acierto; que de treinta años á esta parte, á fuerza de saquear á italianos, alemanes y franceses, y hacinar en una tonadilla cuanto se les viene á las manos, han conseguido algunos de nuestros músicos ir desterrando las composiciones antiguas, porque si alguna vez aparecen, el público las aprecia demasisdo, y confunde con los aplausos que las da la ignorancia de quien sólo acierta á disimular lo que le falta con lo que usurpa y roba.

Una tonadilla es un melodrama, y debe escribirse con sujecion á las reglas de toda imitacion teatral: unidad de accion, de lugar y tiempo, expresion conveniente de caracteres y de pasiones, una fábula, un interes, nudo y solucion, propiedad, correccion, cultura en el lenguaje y en el estilo, facilidad en la versificacion, ligereza, armonía. No se limita á un solo género; todos los admite, del más humilde al más levantado y heroico. Un paso de Lope de Rueda, un idilio de Géssner, un cuento de La Fontaine, una oda de Horacio, un episodio de Cervántes, una heroida de Ovidio, pueden ser materia conveniente para esta clase de composiciones, si sabe hacerse con inteligencia y gusto. La eleccion del argumento decidirá la del género; la de la fábula, la de los personajes; la de los afectos, la del estilo; la

de los versos, la de la música. El poeta que se niegue á la importancia de estas observaciones, sólo escribirá disparates.

El músico, si conoce bien el arte que practica, sabrá que toda composicion armónica debe guardar un carácter conocido y constante, y que las variaciones con que ha de animarla no deben ser tales que le alteren y desmientan.

Sed non ut placidis coeant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.

Sabrá tambien que la eleccion de este carácter no está en su arbitrio: el poeta le fijó ántes que él, y no es posible evitar esta dependencia sin exponerse á desatinar. El canto empieza donde acaba la declamacion, y el conocimiento de este arte es tan necesario al músico, como lo es el dibujo al que se propone pintar un cuadro. Si quiere expresar en música los afectos celosos de un héroe, los ímpetus más feroces de la venganza, observe cómo los finge Isidoro Maiquez en los personajes de Otelo, de Orosman y Oréstes. Si intenta dar á su composicion el tono, la gracia, la viveza cómica que pertenece á las acciones comunes y populares, la excelente actriz Gertrúdis Torre sabrá indicársela. Mariano Querol puede enseñarle la expresion maliciosa de un rústico, la sencilla grosería de sus amores, su mal disimulado temor, las impertinencias de la vejez, su áspera condicion, su debilidad, sus vicios ridículos.

Sin mucho conocimiento del corazon humano y de la manera con que se manifiestan naturalmente sus afectos en los varios estados y situaciones de la vida, sin un tino feliz que le enseñe hasta dónde llega la verosimilitud en la declamacion, y hasta dónde puede extenderse en la música, ¿cómo sabrá el compositor aplicar el canto á las palabras, ni ayudar á la voz con el ornato de los instrumentos? Ta-

lento, sensibilidad, gusto, discernimiento exacto de lo que es natural, oportuno y bello, alma armónica, fantasía fecundísima, que á su voluntad la modere ó la encienda, eso necesita el músico que haya de componer. Si esto le falta, sabrá amontonar notas y atropellar sonidos, y nada más; sabrá hurtar y unir, sin conocimiento ni razon, lo que otros inventaron; formará un todo irregular y deforme, compuesto de partes excelentes; pero no diga jamas que es músico, ni que cultiva un arte tan difícil y tan bella.

Pág. 20 (1).

Ha ocupado muchas veces la atencion de los que han tenido á su cargo el gobierno de los teatros, el empeño de establecer premios decorosos y correspondientes al mérito de los poetas dramáticos, lo cual hasta ahora no ha llegado á verificarse.

Unos quieren que se dén medallas de oro, y que una academia se ocupe en examinar las piezas presentadas, para coronar la más digna, y remitirla al teatro despues; pero es de recelar que ninguna de nuestras academias se atreva á decidir del mérito absoluto ni relativo de tales obras, exponiéndose tal vez á que el público, unido en el teatro, opine de manera distinta. Y áun suponiendo que hubiese un cuerpo literario que tomara sobre sí tan arriesgada decision; suponiendo tambien que los espectadores no silbaran en la escena lo que aprobaron los académicos en la sala de juntas, una medalla sólo puede considerarse como un premio de honor; y en verdad que el poeta capaz de escribir obras

(1) De la primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo I, parte 1.ª, página 206.—«Un Gobierno ilustrado como el nuestro..... no dejará sin premio á cualquier hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.» (*Acto* I, *escena* 3.ª)

que merezcan el aplauso público, ningun otro honor puede recibir que se iguale con éste.

Muchos han creido, en fuerza de esta reflexion, que el premio debe ser de utilidad directa, dando por seguro que segun sea el mérito de la obra, así serán la aprobacion, la concurrencia y las ganancias que dé al teatro, y por consiguiente, la recompensa que recibirá el autor, si le asignan un tanto por ciento de las entradas.

Esta disposicion, que parece á primera vista muy bien meditada, lleva consigo no pequeños inconvenientes, que se harán perceptibles con un ejemplo. Supóngase que un escritor de conocido ingenio da al teatro por primera vez una comedia intitulada: *La Dama duende.*

¿Se representa en el mes de Julio? Durará tres dias, y no producirá nueve mil reales de entrada. ¿Se representa en el de Enero, y llueve? Durará diez dias, y pasarán las utilidades que produzca, de siete mil pesos. ¿No llueve? Al quinto dia será necesario dejarla, y la ganancia será mucho menor. ¿La desempeñan bien los actores? Se llenará el teatro de gente. ¿Se equivoca la eleccion de papeles, no se estudia, no se ensaya, no se adorna con decoro ni propiedad? El teatro quedará desierto. ¿Se representa en concurrencia de *Cárlos Quinto sobre Túnez?* El vulgo acudirá en tropel adonde le ofrecen aquel desatino, y será muy corto el auditorio que prefiera el enredo cómico de Calderon á las puñadas y coces del capitan Ripalda y los moros de paja que se precipitan mal heridos desde las almenas al foso. Pero áun hay más. ¿Se da en otro teatro una tragedia lánguida, narcótica, en lenguaje de conjuro, mal sostenida en los zancos de Marmontel, y erizada de ayes y gemidos, y disertaciones político-morales, insufrible á hombres, mujeres y niños, á nobles y plebeyos? Acudirá, no obstante, un gran concurso, que dormirá en paz miéntras dure la funeral angustia, y

despertará para ver algun baile voluptuoso, ligero, alegre, frances en fin, ó escuchar alguna pieza en música de ingenioso artífice, en que la destreza de los actores y la de la orquestra produzcan sensaciones deleitosas para el oido y el corazon. De todo esto resulta que el premio destinado al autor de *La Dama duende* no tendrá relacion ninguna con la bondad intrínseca de aquella obra; dependerá únicamente de circunstancias accesorias é inconexas; será desproporcionado, eventual é injusto.

La recompensa de gloria que sigue al mérito de un buen poeta dramático, él solo se la adquiere; ni la Córte, ni el Gobierno, ni los cuerpos literarios, ni los críticos pueden dársela. Pero esto no basta para el que ha de vivir en sociedad, y ha de atender á las necesidades verdaderas y facticias que en ella abundan. Si llega á sobresalir en un arte tan agradable, tan útil y en que son tan pocos los profesores eminentes, el Gobierno (y sólo el Gobierno), escuchando para ello la voz pública, sabrá darle un premio decoroso, que en vano se busca por otros medios.

Se le dará, porque tiene un derecho á recibirle el que dedicó su talento y su vida á tan dificiles estudios; porque, llevado del amor á las letras, abandonó voluntariamente aquellas sendas que dirigen á la opulencia con arbitrios tan comunes y tan seguros, que en algunas basta sólo un entendimiento limitado y una conciencia sórdida para llegar á conseguirla. Se le dará, porque interesa en ello la moral pública, la ilustracion y la gloria nacional. Porque la posteridad, siempre justa, no ha perdonado todavía á la Córte insensible que dejó perecer en un hospital á Camóens, y á la que supo, y no quiso, aliviar la no merecida pobreza de Cervántes.

Pág. 21 (1).

Esta ficcion se verificó en Madrid, con todas sus circunstancias, algunos años despues de la publicacion de *La Comedia nueva;* y en verdad que Inarco Celenio nunca tuvo espíritu de profecía. El que imite de la naturaleza universal, con el debido acierto, los caracteres y las acciones que pone en el teatro, hará sospechar muchas veces á las gentes de poca instruccion que retrata individualmente ó que adivina.

Algunos creen que existieron en Cádiz un D. Roque, una D.ª Isabel, un D. Juan, y que entre ellos sucedió lo que en la comedia de *El Viejo y la Niña* quiso fingir su autor. Otros aseguran que conocen los originales de D. Hermógenes, D. Eleuterio, y del adusto y generoso D. Pedro de Aguilar. Hay quien supone que pasando por Illéscas, hallará sentada á la puerta de su casa á la tia Mónica, olvidada ya de su ridícula ambicion, y contenta con el cariño de su buen hermano, de sus hijos y de sus nietos. Si llega á Toledo, mucho será que alguna vez no tropiece en los soportales de Zocodover con el pobre tio Juan ó el botarate de D. Claudio. ¿Cuántos en Alcalá de Henares buscan

(1) Primera edicion.— Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 267. «Pues mire usted: áun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la Compañía; pero hay muchas envidias: unos favorecen á éste, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que..... ¡vaya! Luégo..... ¡ya se ve! como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas..... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, sainetes..... ¿qué sé yo cuánta ensalada trae allí!..... y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales, una con otra.» (*Acto* I, *scena* 3.ª)

la posada en que suponen que sucedió al pié de la letra lo que leyeron en *El Sí de las Niñas*, y dan por seguro que si volviesen á Madrid, podrian ver todavía, en la calle del Lobo, á la sensible Paquita, ya esposa y madre! Esta ilusion solo puede verificarse cuando el poeta cómico inventa con verosimilitud; y los errores vulgares que acerca de ello se propagan, son acaso el elogio más lisonjero á que puede aspirar.

Pág. 24 (1).

Don Antonio se admiraba de poco. Otras entradas mucho más soberbias que la de *El gran Cerco de Viena* pudieran sorprenderle; y es necesario convenir en que D. Eleuterio, como poeta principiante, imitó con excesiva timidez los grandes originales que tuvo á la vista. Séanos lícito, entre los muchos que se pudieran hacinar, elegir estos pocos de autores diferentes.

Catalina II, Emperatriz de Rusia.—(Acto I.) Gran Plaza de Petersburgo con arco triunfal á la derecha. Por el arco irán saliendo las tropas, mandadas por el Príncipe de Potemkin, las cuales traerán banderas otomanas arrastrando, una de ellas mayor que las demas, y cañones de campaña, para que puedan tirarse á brazo. Los capitanes, sargentos y soldados que se han distinguido vienen coronados de laurel, y entre ellos el capitan Weymar, el sargento Nicolas y un tambor; pero irán en sus respectivas formaciones. Dan vuelta, y forman un cuadro con tres filas, no dejando más lugar que la entrada del arco. Despues de acabada la formacion..... sale, precedida de damas, cortesanos y demas comitiva, Catalina II, á caballo, con el uniforme de sus guardias; Sofía y el capitan Weymar se miran con la mayor ternura; la Emperatriz examina con el mayor agrado sus tropas, y luégo dice, etc.

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 211. «*Salen el Emperador Leopoldo, el Rey de Polonia y Federico, senescal, vestidos de gala con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.*—¡Soberbia entrada!» (*Acto* I, *scena* 3.ª)

La Emilia.—(Jornada II.) Al compas de una agradable marcha de instrumentos, sale la comparsa de soldados. En medio de ellos, varios romanos prisioneros de guerra. Unos de los triunfantes traerán levantadas las armas y banderas de Spartaco, y arrastrando las de Roma. Seguirán algunos carros y otros despojos de batalla, como elefantes, picas, lanzas, etc., etc.

Triunfos de valor y ardid.—(Acto III.) Plaza de Moscou, con gentes en los balcones; arcos triunfales, por debajo de los cuales, al continuado rumor de campanas, tambores, timbales, trompetas y otros instrumentos, acompañados de vivas, irán saliendo por el foro mujeres moscovitas, enramando el suelo de yerbas olorosas, con trofeos de guerra; y suecos presos, entre los cuales irá Cárlos á caballo y Piper á un estribo, y un oficial sueco al otro. Suecos prisioneros tirarán de un carro triunfal, en que irán, en los asientos superiores Pedro y Augusto, y en los inferiores la Czarina á Isabela, y á pié, á los lados, Mencicoff y Renchild. Dando vuelta por debajo de los arcos, ocúltase todo por la izquierda del foro, y óyese dentro rumor de guerra.

Si el lector se fatiga de tanta pompa magnífica, de tanto estrépito militar, que en el retablo de maese Pedro no le hubo mayor, vuelva los ojos á otra escena de aparato rústico, tan digna de su risa como cualquiera de las antecedentes. En la primera jornada de *El Católico Recaredo* la encontrará, y dice ni más ni ménos de esta manera:

Deliciosa vista de la ribera del caudaloso Tajo, el cual girará por la profunda surtida que forman las várias rocas y montecillos que le sujetan. La ciudad de Toledo se verá al foro, en el lado izquierdo, con descenso al principal puente, que será transitable y de figura oblicua mirado desde el patio, de suerte que saliendo las aguas por el ojo de él, vayan á morir al lado derecho de los bastidores. Sobre la roca que corresponde á la ciudad habrá una gran casería, desde la que bajarán al teatro algunas personas á su tiempo. El sol estará á una altura proporcionada; pero será luminoso, sin que figure un rostro humano, por ser esto sólo propio de los almanaques, pero no donde imite al natural. Sus luces serán vivísimas, sin intermision en su movimiento. Las riberas del rio, cimas y descensos de las rocas y montes, como tambien el piso del teatro junto á los bastidores, ocuparán varios ganados, así vacunos y de cerda, como lanar y ca-

brío, con algunos pastores que representen á los del Nacimiento, siendo de movimiento algunas de estas figuras, tanto racionales como irracionales. Pasarán por el puente dos jumentillos con sus cántaros, á los que dirigirá Espárrago, vestido de aguador, á las corrientes del rio, donde, fingiendo que los llena, los pone en su sitio. Junto á las aguas se figurará una hoguera, y sobre ella, pendiente de tres palos, habrá una caldera, en la que se supone están las migas, que figurarán comer á su tiempo. Al descubrirse la decoracion, bajarán Rayo, Centella y Relámpago, y todos los pastores, desde los montecillos, en dos alas, con sonajas, ginebras y zambombas, que acompañen el cuadro que sigue, y entre todos formarán una vistosa danza pastoril.

Pág. 24 (1).

La tragedia de *Numancia destruida* dió motivo á muy malas copias. Muchos poetas se atropellaron á describir los

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 211.

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el Turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas más relevantes
De nuestros invictos pechos.
. . . .
Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.

Nota de Moratin.—Véase la graciosa traduccion que hizo de estos y los siguientes versos el erudito Napoli-Signorelli.—Nota del editor.—Los versos siguientes á éstos son los que se copian en la nota de la página 118.

Sapete, o miei vasalli,
Che da due mesi il Turco
Co' suoi fanti e cavalli
Assedia Trabisonda;
E che con ogni impegno
Noi gli facciamo fronte,
Per farlo stare a segno,
Con carabine e bombe.
. . . .
La fame, amici miei,

horrores de una plaza sitiada y sin víveres, en monstruosos dramas, que llamaron comedias, haciéndolo con tan ridiculas ideas y en tan ruin estilo, que no hay más que pedir en el género trivial, arrastrado y mezquino. Véase, ántes de todo, de qué manera se pinta el hambre de Numancia en la expresada tragedia:

Ya su noble recinto muestra sólo
Calles desiertas, pueblo arruinado,
Vestigios de que fué, sitios cubiertos
De horribles huesos; ya sólo escuchamos
Lastimosos quejidos del que muere,
Ó súplicas feroces de los raros
Moribundos vivientes, que amedrentan
Con su pálido aspecto.....
¿Á quién no asombra

E' quella che ci affanna,
E siam costretti, oh Dei!
A cibarci di topi,
Di rospi, ed altre insetti,
Sporchi, schiffosi, e inetti.
. . . .

IMPERATORE.
E mentre i miei timori.....

VISIR.
E mentre i miei contenti.....

SINISCALE.
E finchè i miei nemici.....

IMPERATORE.
Accerti.....

VISIR.
Ottenga.....

SINISCALE.
Estingua.....

IMPERATORE.
Rancori, favoritemi.....

VISIR.
Toleranza, soccorrimi.....

SINISCALE.
Miei spirti, risvegliatevi.....

TUTTI.
E vegga Trabisonda
La più tremenda astuzia,
Più orrenda e furibonda.

Ese implacable azote de los hados,
Esa rabiosa hambre que insaciable,
Todo mantenimiento devorando
De los hombres, convierte las raíces,
Yerbas, hojas, broqueles y caballos
En gustoso alimento? El cielo ha visto
Con horror á tus gentes en el campo
Inquirir vigilantes dónde encuentren
Cadáveres horribles de contrarios,
Para saciar su furia: el niño tierno,
Su triste madre, jóvenes y ancianos,
Despiden entre lánguidos suspiros
El fatigado aliento. El inhumano
Soldado que gustó la carne humana,
Feroz la busca, y sin horror ni espanto,
Mata, y con el cadáver se alimenta.
Todo es furor.....

Compárese con la descripcion antecedente la que se hace de la hambre calagurritana, en la comedia intitulada: *La Constancia española*:

Un corto número de hombres,
Que carecen de alimento,
Débiles y fatigados,
Tanto, que horribles espectros
Parecen, más que personas.....

Desiertas están las casas;
Horrorosos esqueletos
Cubren las calles; de carne
Humana nos mantenemos.....

No sólo han comido cuantas
Bestias inmundas servian,
Ya al deleite, ya á la carga,
Sino hasta los mismos cueros
Que sus rodelas ornaban.
Y en fin..... ¡pensarlo horroriza!
En su mismo sér cebada
Su necesidad, los cuerpos
Que en las refriegas quedaban

Exánimes, pasto han sido
De sus famélicas ánsias.

Véase otra descripcion de *ánsias famélicas* en la comedia de *La destruccion de Sagunto:*

. . . . Aníbal
Nos oprime, y el peligro
En que la hambre nos ha puesto.
¿Sabeis que hemos consumido
Los víveres, y que no hubo
Animal que, por nocivo
Ó inmundo, no fuese luégo
Manjar el más exquisito
Para nosotros? Y en fin,
¿Que no queda más arbitrio
Á nuestra calamidad,
Que ser hoy nosotros mismos
Nuestro alimento?.....
Cuando la hambre es solamente
Nuestro cruel enemigo,
Y sin víveres estamos,
Ni medios para adquirirlos.....

Pues no era menor el hambre que tenian los vecinos de Calés, cercada por Eduardo III de Inglaterra, ni se explicaban con más elegancia que los calagurritanos y saguntinos, como puede verse por lo que dice Margarita en la comedia intitulada *El Sitio de Calés.*

Bien conozco que las fieras
Fatalidades de un cerco
Dilatado; que el afan
De manejar el acero
Y el escudo; que el dolor
Que padecen vuestros pechos,
Cuando al rigor de la lanza,
Cuando de la hambre al esfuerzo
Veis morir en vuestros brazos
Al padre, al marido, al deudo;

Que el ver que há más de tres meses
Que es vuestro único alimento
El desabrido caballo,
El can, el inmundo insecto,
Y que há dos dias que estais
De este alivio careciendo;
Vuestra terneza y constancia,
Vuestro brío y sufrimiento
Se habrán del todo apurado :
Lo conozco muy bien; pero.....

Esta madama Margarita, aunque no sabía sintáxis castellana, era una mujer muy prudente, y se hacia cargo de que tiene demasiada razon de renegar de su fortuna el que en tres meses no ha comido más que caballo desabrido y carne de can y de insectos inmundos; pero en verdad que Pedro el Grande no era tan compasivo, ni consolaba con tanta dulzura á los que tenian ganas de comer. En la comedia de *El Sitio de Pultowa* sale furioso, con la espada en la mano, en ademan de degollar á sus soldados, á los cuales llama *cobardes*, *villanos*, *infames*, *viles pechos*, *esclavos*, *almas débiles*, *cobardes almas*, *débiles moscovitas*, *flacos moscovitas* y *bastardos moscovitas*. Y toda esta cólera nace de que los soldados querian que se entregase la plaza, á causa de que en tres dias no habian comido; lo cual escandaliza tanto al bueno del Emperador, que apénas puede persuadirse de que sea verdad; porque, en efecto, ¿qué quiere decir no haber comido en tres dias, ni que motivo es éste para que un soldado se desanime?

. . . . . Porque á sus cuerpos viles
Falta el regalo..... ¡tiemblo al repetirlo!
¡Tres dias solos!.....
¡Tres dias solos de hambre!..... ¡qué ignominia!
Bastaron á postraros, á rendiros!

Así exclama el Czar, y les dice qué se vayan; que no

puede sufrirlos ; que él se quedará con los valientes que le quieran acompañar, á los cuales dará á comer yeguas y caballos infinitos, y animales inmundos, y duros troncos y piedras ; y luégo que no haya piedras, se comerán unos á otros, y él por su parte ofrece comerse un brazo.

Don Eleuterio no llegó á tanto. Imitó como pudo el hambre numantina, y la puso en coplas de ciego, ni más ni ménos que los otros lo hacian ; dispuso que en Viena comieran sucios insectos, creyendo que era ya uso establecido y corriente ; pero no trató de insultar á nadie, ni pensó en degollar á los que manifestasen buen apetito, ni les propuso que se merendasen un brazo, ni que almorzaran pedernales. No era hombre de eso.

Pág. 26 (1).

Este diálogo entre dos ó tres ó más personajes, que hablan y se interrumpen alternativamente, concluyendo todos

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, páginas 214 y 215.

EMPERADOR.
Y en tanto que mis recelos.....
VISIR.
Y miéntras mis esperanzas.....
SENESCAL.
Y hasta que mis enemigos.....
EMPERADOR.
Averiguo.....
VISIR.
Logre.....
SENESCAL.
Caigan.....
EMPERADOR.
Rencores, dadme favor.
VISIR.
No me dejes, tolerancia.
SENESCAL.
Denuedo, asiste á mi brazo.

con una expresion que viene bien al concepto de cada uno de ellos, era el golpe más brillante con que se daba fin á las jornadas, ó se adornaban los lances de mayor interes.

En la comedia de *Hernan-Cortés en Tabasco* (Acto II):

TELER.
Altimocin.....

TEUTILE.
Cierra el labio.

TELER.
Cortés.....

TEUTILE.
Inútil desvío.

TELER.
¡Sacras deidades!.....

TEUTILE.
No te oyen.

TELER.
¡Cielos!.....

TEUTILE.
Los has ofendido.

TELER.
Pues mi dolor.....

TEUTILE.
Pues mi halago.....

TELER.
Siempre acerbo.....

TEUTILE.
Siempre fino.....

LOS DOS.
Oigan, escuchen y atiendan
Cielos, deidades y abismos.

TODOS.
Para que admire la patria
El más generoso ardid
Y la más tremenda hazaña.
(*Acto* I, *escena* 3.ª)

En la de *El Sol de España en su oriente* (Acto III):

FABILA.
Pues á la lid.
LUZ.
A la empresa.
FABILA.
A la palestra.
LUZ.
Al combate.
FABILA.
¡Muera el traidor!
LUZ.
¡Viva el Duque!
FABILA.
Adios.....
LUZ.
Adios.....
LOS DOS.
Y Él te guarde.
LUZ.
¡Oh! ¡qué triste.....
FABILA.
¡Oh! ¡qué feliz....
LOS DOS.
Despedida en dos amantes!

En *La Mayor piedad de Leopoldo el Grande* (Acto I):

MARGARITA.
Vamos, amor.....
NADASTI.
Odio.....
ZRIN.
Duda.....
CÁRLOS.
Honor......
ALBURQUERQUE.
Confusion.....

ULRICA.

Martirio.....

LOS SEIS.

Vamos á esperar que el tiempo
Diga lo que tú no has dicho.

En *Las Vivanderas ilustres* (Acto I):

JACINTO.

Y en suerte tan infeliz.....

GETRUDIS.

Y en tan tirano tormento.....

CORONEL.

En injuria tan atroz.....

JACINTO.

Juro.....

GETRUDIS.

Aseguro.....

CORONEL.

Prometo.....

JACINTO.

Que sea eterna mi fe.

GETRUDIS.

Que sea mi amor eterno.

CORONEL.

Y mi venganza horrorosa.

JACINTO.

Porque fiel.....

GETRUDIS.

Fina.....

CORONEL.

Y sangriento.....

LOS TRES.

No pueda la misma muerte
Olvidar lo que deseo.

En la comedia intitulada *Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño* (Acto II):

ELENA.

Porque en este sacrificio.....

FAUSTA.

Porque mi cólera altiva.....

PRINCESA.

Porque con este consuelo.....

ELENA.

Si ha triunfado la malicia,
Obre ahora la clemencia.

FAUSTA.

A infames alevosías
Las dé horroroso castigo.

PRINCESA.

De pena tan excesiva
Se mitigue el sentimiento.

LAS TRES.

Por si en pena tan crecida.....

ELENA.

El llanto.....

FAUSTA.

El rencor.....

PRINCESA.

El cielo.....

LAS TRES.

Tantos pesares alivia.

Sufra el lector que se citen más ejemplos de los que serian necesarios para persuadirle de lo desatinado de tal invencion. Agradezca los que se omiten; y al ver en cinco piezas de distintos autores repetido el mismo desacierto, inferirá que en *La Comedia nueva* se censuraron los errores comunes del teatro, y no los particulares de uno ú otro escritor.

Pág. 29 (1).

Cuando se representó *La Comedia nueva*, fueron muchos los que aspiraron á pasar por originales del personaje cómi-

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 218. «Digo, me parece que el Sr. D. Hermógenes será juez muy abonado

co de D. Hermógenes, suponiendo cada uno de ellos que el autor habia tratado de copiarle á él solo, sin acordarse de el mérito de los demas. La malignidad pública, ya se fijaba en uno ya en otro, segun veia resplandecer en él aquellas prendas ridículas que aplaudió en la scena; pero llegaron á disiparse enteramente las esperanzas de hallar el modelo verdadero y legítimo, donde habia tantos que lo podian ser. No basta, para que un retrato sea perfecto, que en él se imite una ú otra faccion; necesario es que todas las copie, y en verdad que el pedante incapaz de probar inteligencia en las lenguas cultas, antiguas y modernas, que no sea jurisconsulto, ni académico, ni opositor á cátedras; que no haya tenido actos literarios, ni escrito disertaciones greco-latinas, ni publicado obras periódicas, ni manifestado jamas la erudicion profana de D. Hermógenes; en vano aspira á que se le confunda con él, por más que sea entremetido, audaz, ridículo, maldiciente, calumniador, envidioso, hablador insensato, embustero, estafador y petardista.

Pág. 34 (1).

La villa de Pioz está situada tres leguas al oriente de Alcalá de Henares. Hasta pocos años há hubo en ella una cátedra de latinidad, célebre en toda aquella tierra, y muy

---

para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del frances, sus actos literarios; y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas.» (*Acto* I, *scena* 1.ª)

(1) Edicion primera.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 226.

DON HERMÓGENES.

«Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.» (*Acto* I, *scena* 6.ª)

frecuentada de discípulos. La regentaba siempre algun eclesiástico virtuoso y erudito, que no sólo instruia á sus alumnos en los sólidos principios, la inteligencia y buen gusto de aquel idioma, sino que sabía imprimir en sus tiernos ánimos, con la persuasion y el ejemplo, las máximas de una moral cristiana y la práctica de las buenas costumbres.

Los que han creido que, por hacerse mencion de esta escuela en boca de D. Hermógenes, pensó el autor en satirizarla, no lo entienden. Los que han dicho que en *La Mojigata* se burla el poeta de los médicos, porque censura el pedantismo de tres doctores ignorantes, tampoco lo entienden. Los que aseguran que en *El Sí de las Niñas* se desprecia el mérito de Calderon, sólo porque allí se le nombra, no saben leer.

Pág. 38 (1).

La duracion aparente de la accion de esta comedia es la misma que necesita su representacion, suponiéndose que da principio á las tres y media de la tarde, y acaba á las cinco y cuarto.

En aquel tiempo se empezaba la comedia á las cuatro, y debe entenderse que á esa hora se alzó el telon para representar la de *El gran Cerco de Viena*. Don Eleuterio, llena la cabeza de proyectos y de lisonjeras esperanzas, temiendo que la tonadilla de aquel dia no estrague el mérito de su obra, se baja á la sala del café para escribir una que pueda cantarse al dia siguiente. Allí se entretiene y distrae con las

---

(1) Edicion primera.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 2.ª, pág. 233.

D. SERAPIO.

«Serán..... Deje usted..... Podrán ser ahora.....

D. HERMÓGENES.

«Aquí está mi reloj, que es puntualísimo. Tres y media cabales.»

altercaciones y pláticas que ocurren, y se olvida de la hora en que vive. Al acabarse el primer acto sube en busca de su familia, ocupada todavía en apurar los últimos frasquillos que D. Serapio encargó á Pipí. En ajustar la cuenta y pagarla, fumar una punta y acomodar en un cucurucho los amarguillos y los merengues, se pasa el entreacto; pero á este tiempo ya se estaba representando en el teatro la malaventurada comedia del nuevo autor. Ocurre despues la equivocacion de D. Hermógenes, que satisfecho de la infalibilidad de su reloj, asegura que son las tres y media, lo cual da motivo á que las mujeres y el pedante se sienten, miéntras D. Eleuterio va á la librería, y vuelve poco satisfecho del despacho que tiene su obra. La venida de D. Antonio y el nuevo exámen que se hace del reloj de D. Hermógenes les pone á todos en movimiento; se van al teatro; hallan empezado el acto segundo y alborotado el pueblo; ven la ruina y precipicio del drama heroico; se angustia la mujer del poeta, y la conducen á toda prisa al café, por hallarse tan inmediato, para desahogarla un poco y darla los auxilios que en aquella ocasion necesita. De todas estas circunstancias, indicadas oportunamente en *La Comedia nueva*, resulta la verosimilitud de su artificio y la distribucion del tiempo, que en esta fábula es de mayor importancia que en otras muchas.

Pág. 39 (1).

Aunque las providencias que tomó el Gobierno para arreglar la policía de los teatros habian corregido muchos abusos y desórdenes, duraba todavía en el año de 1792 el nombre y la parcialidad de los *Chorizos* y *Polacos*. Los primeros,

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 234. «Hoy los *Chorizos* se mueren de frio y de miedo» (*Acto* II, *escena* 1.ª)

que sostenian á la Compañía de Manuel Martinez, eran sin duda los más formidables, así por el número, como por la calidad de su gente: tenian caudillo conocido, que dirigia en el patio sus ataques, calmaba sus ímpetus, y les hacia gritar ó callar, silbar ó aplaudir, segun le parecia oportuno. Era éste un maestro de herrero, hombre de humor, de acalorada fantasía, alto, tiznado como Estérope, intrépido, expresivo en su gesticulacion y movimientos, dotado de verbosa y fácil elocuencia, vecino honrado y de sanísimas intenciones; llamábanle *Tusa*, y era conocido y respetado con este nombre desde la Ribera de Curtidores hasta los yunques de las Maravillas. Él y su gente aplaudian y preconizaban cuantos disparates tenía á bien representar el tio Martinez (que este cariñoso dictado le daba el vulgo); y nada se hacia en la Compañía de Eusebio Ribera, que en su opinion fuese tolerable. Esta no carecia tampoco de frenéticos apasionados, capaces de oponerse al torrente amenazador, que muchas veces venia á turbar y alborotar su patio: preciábanse de tener más inteligencia y delicado gusto que los *Chorizos;* pero en verdad que unos y otros tenian igual motivo para tan osada presuncion.

Unas veces el amoroso Vicente Merino, á quien llamaban *el Abogado*, la gran Figueras, Gabriel Lopez, gracioso inimitable, la Polonia y el aplaudido Josef Espejo, que hasta ahora no ha tenido en su género competidor, hacian prosperar su compañía y llenaban de insolente orgullo á sus fieles *Polacos*. Otras se humillaban y confundian al ver que el auditorio abandonaba su teatro, para gozar en el otro los chistes populares de Miguel Garrido, los tonos lúbricos y expresion gitanesca de María Fernandez, álias *la Caramba;* el decoro y compostura de voz y accion de Antonio Robles, la enérgica y exagerada declamacion de María del Rosario, conocida con el nombre de *la Tirana*, su gentil ademan, la

hermosura de sus ojos elocuentes, la riqueza y pompa de su traje y adornos.

Como estos partidos usurpaban frecuentemente los derechos del público, y lo que á ellos no era agradable caia sin remedio, á fuerza de silbidos crueles, entre las oleadas del patio, que hacian crujir y tal vez rompian *el degolladero* (viga robusta que dividia á los mosqueteros de la luneta pacífica), los cómicos procuraban aumentar el número de sus parciales y tenerlos muy en su favor, á lo ménos para evitar su cólera, ya que no les mereciesen aplauso.

Una cómica, que por nueva en la Córte, ó por el temor que la inspiraba el mérito de las demas, deseaba acreditarse en el teatro, se veia en la dura precision de captarse la benevolencia de los apasionados, á fuerza de expresiones cariñosas y de finezas oportunamente distribuidas, si queria silencio en sus tonadillas y relaciones, y aprobacion segura y palmadas y vítores en cualquiera cosa que hiciese. Retirábase á las siete de la noche en su gran silla de manos, conducida por dos robustos mozos, de los cuales el que iba delante llevaba un farolillo. En cada esquina, á cada paso distinguia apénas el bulto de tres ó cuatro arrimones (y éstos eran los más contenidos y vergonzosos), que al atravesar junto á ellos, la decian: «¡Vaya V. con Dios, señora Pepita! ¡Viva la sal de España!» Ella entónces, apartando una de las cortinas, saludaba al monton, y les decia con voz halagüeña y suave: «Adios, caballeros, hasta mañana; voy muy agradecida, mucho.» Y ellos: «Señora, mande V. lo que guste; que ya sabe V. lo que la queremos.» Y esto dicho, se apartaban de allí, los más alegres y felices mortales de la tierra.

Llegaba á su casa. En el portal, en la escalera, en el recibimiento hallaba el mismo obsequio: á todos hacia cortesía, sin detenerse, y les pedia licencia para retirarse á

desnudar. Entre tanto sonaba por aquellas piezas oscuras un rumor confuso, parecido al de un enjambre de abejas laboriosas, y sólo templaba el horror de las tinieblas la escasa luz de los cigarros, que sin cesar ardian. Salia despues la criada con un velon por la puerta de la sala, y les decia si gustaban de pasar adelante, lo cual hacian ellos de muy buena voluntad. Adornaban la sala unas cortinas de damasco de lana encarnada, una sillería de lo mismo, seis cornucopias, un retrato de la señora Pepita, vestida á la antigua española, obra tal vez de algun dorador granadino, tal mal pintor como desesperado amante del bello original; una guitarra portuguesa, con su gran lazo de verde celedon, en uno de los ángulos del estrado; un clave á los piés de la sala, y sobre él, mezclados desordenadamente, papeles de música, comedias sueltas, estropeadas en los pérfidos tórculos de Barcelona, sainetes y tonadillas manuscritas, una estampa del Cristo de Rivas, la lista del mes, un cartel de toros y un collarcito de plata con cascabeles y un letrero, en el que decia *Viva mi dueño.*

Presentábase, en fin, la señora y ocupaba sola el estrado; los concurrentes se acomodaban en las dos hileras laterales de los taburetes; y si sobraban algunos, se quedaban de pié junto á la puerta del recibimiento. La conversacion era muy breve y á pausas. Tratábase de lo que habia llovido aquella tarde, de la ronquera del segundo gracioso, de la entrada infeliz que habian tenido *los de allá*, de la altercacion ocurrida en el cubillo con un ebanista viejo de la calle de Silva, que hizo empeño de no quitarse el gorro, y habia llamado *gato* al alguacil; de los preparativos que se hacian para la próxima comedia de mágia, y de las garruchas que Avecilla tenía ya corrientes para hacer volar en un navío á el galan y la dama hasta el número siete de los palcos segundos.

Duraba todo esto un cuarto de hora ó poco más; salia la criada por la alcoba, y ella y su ama se hablaban en secreto. De allí á un instante se levantaba Pepita, y á su ejemplo toda la congregacion. «Amigos, VV. se irán ahora á divertir, y yo ¡pobrecilla! me quedo á estudiar. Cinco pliegos tengo en el teatro que vamos á hacer el viérnes..... La pérdida de Jazminito me ha causado tal pesadumbre, que yo pensé volverme loca..... Con que, señores, buenas noches. Mañana echan allá la tonadilla nueva de *Cibéles y Apolo:* con que, supongo que no tendré yo el gusto de ver á mis apasionados.»—Todos á una voz la prometen y juran solemnemente que el perro ha de parecer, si las entrañas de la tierra le ocultasen; que apasionados más finos nunca los hubo ni los habrá; que aunque los otros hiciesen cantar la *Tirana* á todas las fuentes de Aranjuez, no atravesarian ellos las puertas de su Corral, miéntras viva la señora Pepita, y salga á las tablas á ser el hechizo del mundo. Con esto, desaparecia aquella atolondrada juventud, y dejaba desembarazado el sitio, que ocupaban despues la opulencia, el ingenio, y tal vez el amor.

Ya nada de esto existe. Ni los autores dramáticos, ni los que representan sus obras, mendigan hoy la proteccion del vulgo, ni fomentan ni adulan su inconsiderada parcialidad. El público aprecia y aplaude sus aciertos; y si alguna vez manifiesta desaprobacion, lo hace en los términos que son lícitos en un teatro, sin desvergüenza, sin encono. Una actriz, por muy estimada que sea, no recibe anticipados los aplausos; pero así que los merece, se los dan. No queda ya disculpa, ni á los poetas ni á los cómicos, para escribir ni representar desatinos. El actor que hoy quisiera renovar la olvidada escuela del manoteo y los desplantes, y se pusiera á pintar las astas del ciervo, el galope de los caballos ó la lucha de la serpiente, recibiria en silbidos el castigo de

su locura. No hay ya ni *Polacos* ni *Chorizos* que sostengan el abandono del arte; y los *mosqueteritos*, tan temidos, tan mimados en otra edad, en la presente siguen el impulso del público, forman una pequeña parte de él, y no tiranizan el voto comun, reducidos, por la nueva distribucion de los teatros, á más estrechos límites.

Intraque præscriptum Gelonos
Exiguis equitare campis.

Acto II, pág. 43 (1).

Son muy poderosas las razones que hay para elegir los héroes de la tragedia en épocas y regiones distantes de nosotros, y muy conocida la perfeccion que añade á tales poemas el practicarlo así; sin que por eso el espectador desconozca el mérito de la semejanza. La historia es comun lectura de todas las naciones; los héroes y los grandes acontecimientos de que hace mencion, generalmente son conocidos; los excesos de la ambicion, de la tiranía, del amor, de la envidia, del fanatismo, del orgullo, en todas las córtes proceden por los mismos medios y se dirigen á iguales fines. No dejará de percibir el auditorio español todas las bellezas de una tragedia en que se represente la conjuracion de Bruto contra el primero de los Césares, los amores infelices de Ines de Castro, el suplicio de María Stuarda, la política atroz de Mahomet, los furores de Athalía, el llanto de Hécuba: pasiones grandes, acaecimientos que la fama y la historia recuerdan, que en iguales circunstancias se ven repetidos á diferentes épocas, y que no puede ménos el pue-

---

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 240. «Manoseando continuamente Gacetas y Mercurios para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaben en *of* y en *graf*.» (*Acto* II, *escena* 1.ª)

blo de reconocerlos, por más que la tragedia se los presente muy apartados de su país y de su siglo. En la comedia todo es diferente: acciones domésticas, caracteres comunes, privados intereses, ridiculeces, errores, defectos incómodos en una determinada sociedad: eso pinta, de estos materiales compone sus fábulas. Expone á los ojos del espectador las costumbres populares que hoy existen, no las que pasaron ya; las nacionales, no las extranjeras; y de esta imitacion, dispuesta con inteligencia, resultan necesariamente la instruccion y el placer. Pero es muy grande la dificultad de pintar las costumbres del dia con la gracia, la semejanza, la delicadeza, el arte y atinada eleccion que se necesitan para el acierto; y el juez ante quien debe presentarse un remedo de tal especie, como tiene perfecto conocimiento del original, echa de ver inmediatamente los defectos en que ha podido incurrir el artífice. Huyendo de este riguroso exámen, han discurrido los malos poetas el único arbitrio que puede sugerir la ignorancia. Hacen á los personajes de sus dramas, irlandeses, rusos, escandinavos, ulanos ó válacos; suponen la scena en Schaffhausen, en Hansgeorgenstadt, en Sichartskirchen, en Plaffenhofen ó en Schwabenmunchen; pero ¿á quién podrán engañar con este artificio? ¿para qué pueblo escriben? ¿á quién persuadirán que no atreviéndose á imitar los caracteres, usos y preocupaciones de su patria misma, sabrán pintar las extranjeras, que ni ellos ni su auditorio conocen? Y si fuera posible que lo hiciesen bien, cuanto más acertaran en la copia de tales originales, mayor sería su desatino. ¿Quién no ha de reirse viendo erizadas sus fábulas de nombres tan exóticos, de tan áspera construccion, que ni el idioma nuestro los puede admitir sin violencia, ni la lengua sabe pronunciarlos, ni el oido los sufre, acostumbrado, con la frase de Lope, á mayor armonía!

Drunch, Apragin, Grothau, Patcul, Morosow, Mencicoff, Mollendorff, Meknoff, Ramanuff, Mirowitz, Kultenoff, Fiedfel, Deiforf, Eschulemburg, Kruger, Kulmen, Kenverhuller, Dening, Dunang, Neuperg, Rosling, Reychel, Renchild, Stoffel, Torfen, Strambol, Strugaw, Stronow, Vakerbat, Harcolth, Newmark, Zastrow, Brank, Goerts, Keit, Roht, Zrin : éstos eran los interlocutores de las comedias que imitaba D. Eleuterio. ¿Quién negará que D.ª Mariquita tenía sobrada razon en burlarse de la jerigonza bárbara que resulta de tales nombres?

Pág. 47 (1).

Todo cuanto dice en este pasaje D.ª Agustina no es más que una ficcion verisímil, si bien la ignorancia y la malignidad aplicaron á determinados sujetos una pintura que, aunque imitaba la verdad, no era la verdad misma. Supuesto el carácter de D. Eleuterio, sus necesidades domésticas, su ridícula manía de escribir, la precision en que se hallaba de captarse la benevolencia de los cómicos, y asegurar por este medio el buen despacho de sus obras, ¿cómo no habia de echar alpiste al canario de una primera dama, hacer cuantos mandados le encargase, y espumar el puchero siempre que fuera menester? Pero ¿cuál fué, en efecto, el poeta dramático tan mañero y servicial, que se prestó á tales obsequios? Ninguno; pero suponiendo en muchos las mismas circunstancias que concurrian en el triste D. Eleuterio, es verisímil que muchos lo hiciesen, y eso basta para la imitacion.

Cuando se trata de una comedia escrita con el debido

---

(1) Edicion primera.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 246. «La dama de allá le quiere mucho..... y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido.» (*Acto* II, *scena* 1.ª)

conocimiento del arte, es un absurdo suponer que el poeta quiso, ni pudo hallar en un solo individuo, los rasgos que necesitó para caracterizar sus figuras. Molière, gran maestro en esta profesion, así lo sentia, y con sobrada razon se indignaba cuando por este medio aspiraban á desacreditarle. Véase cómo responde en la comedia de *L'Impromptu de Versailles* á las calumnias que suscitaban contra él sus émulos :

«Vous êtes fous tous deux, de vouloir vous appliquer ces »sortes de choses ; et voilà de quoi j'ouïs l'autre jour se »plaindre Molière, parlant à des personnes qui le char»geaient de même chose que vous. Il disait que rien ne lui »donnait du déplaisir, comme d'être accusé de regarder »quelqu'un dans les portraits qu'il fait ; que son dessein est »de peindre les mœurs, sans vouloir toucher aux person»nes, et que tous les personnages qu'il représente sont des »personnages en l'air et des fantômes, proprement, qu'il »habille à sa fantaisie pour réjouir les spectateurs ; qu'il »serait bien fâché d'y avoir jamais marqué qui que ce soit; »et que, si quelque chose était capable de le dégoûter de »faire des comédies, c'étaient les ressemblances qu'on y vou»loit toujours trouver, dont ses ennemis tâchaient mali»cieusement d'appuyer la pensée, pour lui rendre de mau»vais offices auprès de certaines personnes à qui il n'a ja»mais pensé..... Comme l'affaire de la comédie est de re»présenter en général tous les défauts des hommes, et »principalement des hommes de notre siècle, il est impos»sible à Molière de faire aucun caractère qui ne rencontre »quelqu'un dans le monde; et s'il faut qu'on l'accuse d'avoir »songé toutes les personnes où l'on peut trouver les défauts »qu'il peint, il faut, sans doute, qu'il ne fasse plus de comé»dies.»

Pág. 47 (1).

En el café del teatro del Príncipe se conserva tradicion constante de que una tarde, en la tercera fila de las lunetas, al acabarse la comedia, y ántes de empezar la tonadilla, ocurrió entre dos espectadores, que se hallaban hombro con hombro, el diálogo siguiente:

D. A.—Pero ¿no ve V. cómo nos han llenado la casa de humo! Apénas se puede respirar.

D. B.—En estas comedias así, siempre hay mucho de eso.

D. A.—Ya; pero si esto no es comedia, ni.....

D. B.—Sí, señor: es comedia heroica.

D. A.—No: perdone V. La comedia, por su naturaleza, no puede ser *heroica*. ¿Qué acciones heroicas se han verificado jamas en su familia de V., ni en la mia, ni en la de nuestros vecinos? Pues de lo que pensamos y de lo que hacemos, y de lo que ordinariamente sucede en nuestras casas, saca un buen ingenio los materiales de la comedia, y nos imita para corregirnos. Ese es el objeto de estas composiciones; y llamar á una comedia *heroica*, es incurrir en una contradiccion absurda. ¿Qué diria V. si en el anuncio de una fiesta leyese que tal dia se predicaba en tal iglesia un sermon burlesco? ¿No sospecharia V. desde luégo que era un disparate del impresor? Y ¿por qué? Porque la explicacion del dogma católico y la moral del Evangelio no admite burlas ni chocarrerías, y es necesario hacerla, y se hace, con todo el celo que inspira la religion, y todo el arte de la lógica y de la elocuencia. Y si por casualidad oyera V. que un orador cristiano empezaba á decir chufletas en el púlpito, bien podia V. asegurar que estaba loco: á la tercera bufonada que dijese, le echarian el órgano, y á los ocho dias ya estaria recogido en la casa del Nuncio. Pues, mire V.: no es más cuerdo el escritor que introduce en una comedia reyes, príncipes, archiduques, pontífices y emperadores, y asaltos y con-

(1) Primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, páginas 246 y 247.

«Figúrese V. una comedia heroica, como ésta, con más de nueve lances que tiene: un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado.» (*Acto* II, *scena* 2.ª)

quistas; porque tan ajenas son de la buena comedia estas figuras y estos sucesos, como de un buen sermon los chistes y los cuentecillos alegres. Toda composicion tiene sus límites conocidos, de los cuales no puede exceder, sin degenerar en monstruosidades y desatinos.

D. B.—Sí, ya comprendo que esto de escribir para el teatro tendrá sus reglas precisamente; pero me acuerdo ahora de que en el título de esta pieza la llaman *drama heroico*, y entónces, ya ve V. que.....

D. A.—Toda composicion teatral es drama. El entremes de los *Pajes golosos* es un drama, la comedia de *El lindo Don Diego* es un drama, y la tragedia de *Sancho García* es un drama tambien. La diferencia está en que el primero pertenece á la farsa, ó al ínfimo género cómico; el segundo á la buena comedia, graciosa, moderada y decente, y el tercero á lo más sublime de la dramática. Pero un mal poeta, á quien acusa la conciencia de haber hecho un embrollo que no merece nombre de comedia, ni de tragedia ni de entremes, aunque de todo participe, salta por enmedio, le llama *drama heroico*, y piensa con esta pueril astucia haber ocurrido á cuantos reparos puedan oponerle.

D. B.—Pues de todo lo que V. acaba de decir, infiero yo que la fiesta de hoy, si no es drama heroico, á lo ménos será una tragedia. Y en efecto, ahí hemos visto que se ha tomado una ciudad por asalto, han volado tres minas, han pasado á cuchillo á la guarnicion; y entre unos y otros ¡por vida mia! que sus treinta ó cuarenta mil hombres bien habrán caido. Con que, es tragedia.

D. A.—No, señor; es un entremes.

D. B.—Calle V. por Dios, y no se burle; que yo hablo de véras.

D. A.—Y yo tambien. ¿No dice V. que es tragedia, porque ha visto salir ahí una emperatriz, y un archidapífero, y un hospodar, y tres cardenales, y cuatro vaibodas, y dos ejércitos, y ha concluido toda esa barahunda con una matanza horrible? Pues yo le digo á V. que es entremes, porque he visto salir al ranchero con la espuerta de las coles; le he visto comprar cascos y livianos, y tomar el aguardiente en compañía del tambor, que ya estaba borracho, y fumaba, y echaba el humo á las vivanderas; he oido sin perder palabra cuanto han hablado en lenguaje de figon el cabo y los cumplidos, y el pito y el quinto. He visto enseñar el ejercicio á los reclutas, con aquello de *uno, dos; uno, dos; uno, dos;* y como nada de esto me ha parecido cosa heroica, saco por consecuencia que es un entremes lo que acaba de representarse.

D. B.—Vaya, se conoce que está V. de muy buen humor; pero

no puedo ménos de decirle que esta comedia, ó drama, ó lo que fuere (que ni el autor ni yo lo sabemos), gusta mucho; el teatro se llena todos los dias, y en los que llevan hasta ahora les ha valido á los cómicos gentiles cuartos.

D. A.—Yo no he dicho que no venia gente; dije sólo que era una composicion disparatada y necia.

D. B.—Enhorabuena; pero el pueblo se entretiene con esa soldadesca y ese arcabuceado; los relámpagos de pez, el agua que cae á chorros desde las bambalinas, el puente que se rompe, el paspié de los turcos, el consejo de guerra, y la metralla, y las bombas, y la estopa que arde, todo le admira, le suspende y le hace pasar dos horas fuera de sí. ¿Quién podrá negarle al poeta el aplauso que merece, por haber hecho una comedia que así embelesa á la multitud?

D. A.—Cualquiera que reflexione que ninguna de las cosas que V. ha citado pertenecen al poeta. ¿Qué tiene que ver el poeta con los uniformes que hizo el sastre, ni la formacion que dirigió el sargento de inválidos, ni los cartuchos que atacó el polvorista, ni el canelon que taladró el hojalatero? Ni esto, ni la música suiza, ni el baile en máscara con el hombre de dos cabezas y el ganso que mueve las alas y grazna, ni todo cuanto ha servido para embobar al patio, es mérito del poeta; y no sé con cuál fundamento reclamará un aplauso, que de justicia pertenece á los demas. ¿No ha visto V. pararse la gente en los portales de la Plaza Mayor á ver cómo llueve? ¿No ha visto V. llenarse de pueblo la calle de Toledo y la plazuela de la Cebada el dia de ahorcado? ¿No ha observado V. cuán aficionada es la juventud madrileña á todo baile de guitarrilla, de violines ó de trompas? ¿No ha visto V. ese mismo tamboron y esos platillos en la Puerta del Sol, y esas evoluciones y ese estrépito de fusilería y cañonazos en los ejercicios y en los entierros militares, y á nuestro vulgo correr ansioso para gozar de tal espectáculo? Y en verdad que allí no hay comedia, ni poeta, ni poesía. Pues ¿qué mucho será que venga á ver en el teatro lo mismo que le divierte en las casas particulares, en la Plaza, en las calles, en los altos de Chamberí y en la pradera del Canal! Pero llamar á esto comedia, ni poeta al chapucero que tal compuso, sería un error en que sólo puede incurrir el que ignore los principios más conocidos de las artes, ó se obstine en no hacer uso de su razon.....

Dícese que á este tiempo se alzó el telon para empezar la tonadilla, y por consiguiente dió fin el diálogo.

Pág. 51 (1).

La distribucion que se observaba veinte años hace en las representaciones, era ésta. Empezábase la comedia; y al concluir la primera jornada, se echaba un entremes; seguia una tonadilla, despues la segunda jornada, luégo un sainete, otra tonadilla, y por último, la tercera jornada de la comedia. No hay para qué decir la distraccion, la discordancia, la falta de unidad é interes que resultaba de esta mezcla exótica, porque fácilmente puede inferirse; pero á estos inconvenientes se añadian otros, que no acertarian á presumir los que no alcanzaron aquel tiempo. Eran disformes los peinados que usaban entónces las mujeres, y no menor el artificio con que los hombres se desfiguraban las cabezas á fuerza de batidos, erizones, rizos, pomadas, sebo y polvos: ni los peluqueros ni los actores se paraban á considerar jamas si aquel ornato convenia á la comedia ó no; ni habia más tiempo, para desnudarse de un traje y ponerse otro, que el que podia permitir una corta sinfonía que tocaba la orquestra. Resultaba de todo esto que en el entremes ó en el sainete se presentaba el alcalde de Polvoranca peinado en ala de pichon, con montera de paño, chupa parda, guirindola de feston y coturnos griegos; á el sacristan de Escopete se le descubria un pedazo de toga consular, que le arrastraba por debajo de la sotanilla; y la tia Chincha salia con su guardapiés de estameña azul, medias de trama de Persia, ricos zapatos con hebillas de Francia, mandil negro, peinado magnífico, adornado de brillantes, plumas y flores, dengue colorado, pañuelo de coton, y casaca de tisú con sus vuelos angelicales.

---

(1) Edicion primera.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, pág. 253: «Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla.....» (*Acto* II, *scena* 5.ª)

Pág. 55 (1).

La ignorancia con que disponian sus fábulas dramáticas los poetas contemporáneos de D. Eleuterio, no la disimulaban con las prendas de estilo, lenguaje y versificacion; todo era de igual mérito; y el que lea, no una, sino muchas docenas de aquellos monstruosos dramas, hallará con cuánta moderacion se censuraron en la *Comedia nueva* sus desaciertos. Pero el vulgo de los lectores no suele prestarse fácilmente á este trabajo ímprobo, y es más cómodo asegurar que el autor de esta obra exageró y áun fingió vicios que no existian, que suspender la decision y no condenarle sin averiguarlo primero. A éstos (y perdonen los demas) es conveniente ponerles á los ojos las pruebas que ellos no quieren buscar, y manifestarles que el que delató en el teatro las composiciones dramáticas de aquel tiempo, nada ponderó, no mintió en nada; y lleno de amor á las letras y al decoro de su nacion, lo hizo.

¿Quieren verse ejemplos del estilo vulgar, incorrecto, chabacano y ridículo con que los mencionados poetas hicieron hablar á los héroes más célebres, antiguos y modernos? Aquí están.

---

(1) Primera edicion.

«Allí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica..... ¡Y *el estilo!*»

En la edicion de la Acad. de la Hist., tomo II de las *Obras de Moratin*, parte 1.ª, pág. 259, sigue D. Pedro así:

«No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral; no hay lenguaje, *ni estilo*, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala, y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.»

Este trozo sustituye á otro más largo, que se lee en la primera edicion; la enmienda se hizo ántes, en la edicion de París de 1825.

«*En una palabra.—En efecto, hemos vivido engañados hasta aquí.— Pero me parece que oigo ruido en aquel lado.—Estoy algo indispuesto.—¿A quién he de creer? —Yo procuraré saberlo.—Me siento desazonado.—¡Bendita sea tu boca!*» Así habla el gran Recaredo.

Veamos si la Emperatriz María Teresa de Austria se explica mejor : «*Y créete que.....—Algun fin lleva escondido la cautela que gasta.—Sin embargo.—¿Por qué motivo pides limosna?—¿Querrás creer que me pesa en el alma que?.....— Anda, y dile á tu mujer que venga.— Habla claro: ¿qué te sucede?— Dime quién es este Estanislao.—Ahora caigo en muchas cosas que.....—Haz que traigan pan.—Dame el bolsillo. —Aquello que te entregué, ¿dónde lo tienes?—Está muy bien. — ¿No puedes comer el pan con corteza? Toma miga.*»

Vaya otra emperatriz : «*Bajo del supuesto de que.....—En este supuesto, quiero que conozcas de los autos.—Sin duda tú serás el quinto por quien pidió la licencia.— Siento mucho tu reserva.—Pero es en la inteligencia de que.....—Y esa mujer, ¿qué clase de mujer era?*» ¿Quién reconocerá por este lenguaje de esquina á la Semíramis del Norte, á la insigne Catalina II?

Otros faltan; hagamos que hablen : «*Una vez que S. M. se ha servido poner hoy á nuestro cargo esta accion, y hemos salido de otras con honra y provecho, ánimo, amigos, y no lo echemos á perder á lo mejor, ¡por Jesucristo! —El peligro no es poco; pero si hubiéramos aprendido todos otro oficio, no nos viéramos en estos pasos.—Quedito, y sigamos la jornada sin miedo.—Cuenta, y nunca os separeis, aunque un chaparron de enemigos venga sobre todos.— El juicio me vuelven estas cosas.*» El juicio tenía al reves el que puso tales palabras en boca de el señor Antonio de Leyva, el famoso caudillo de Cárlos V.

Otro se acerca; veamos si por lo que dice se puede adi-

vinar quién es : «*Rodrigo será hoy vuestro, si queda vivo en la próxima batalla que hemos de dar; mas si muriese, buscad otro marido, y paciencia.—Aunque la plaza se halla fortalecida, si hoy la asaltaran, no sé lo que enredaria el diablo. —No creí que el buen Ripalda supiera tambien de chicoleos.*» ¿No parece que este personaje es un cabo de escuadra, harto de coles, habichuelas y raeduras de tocino? Pues no es sino D. Fernando Dávalos, Marqués de Pescara, vencedor de Francisco I, honor de Italia y de las armas españolas.

«*Ademas de estas razones tengo otra.—No hagas tal.—No es eso lo que yo digo.—Ya me aguardo, amada prenda.—Mis ascensos.....—Bastante he sufrido.—¡Hola! ¿qué es esto? —Yo haré que se vuelvan á sus trincheras mis tropas, interin que me avisas tú que estás puesto en defensa.—Pero, ¿qué contiene esa carta?—No te aflijas tanto.—Yo fuera un insensato, si hiciera un concepto tan bajo de personas tan.....—Y ¿deberemos fiarnos de ese hombre?—Aunque cause extrañeza ver que me mezcle en la concurrencia sin ser convidado.....*» Este es Julio César.

«*Yo vine á poner á esta dama en libertad, y no me vuelvo sin ella.—¿Qué he de traer?— Con todo, porque conozcas cuanto aprecio la belleza de.....—¿Si me fiaré de este traidor?—Yo sólo moví esta guerra por ver si.....*» Este es Aníbal.

«*Y mando que me hagan un estandarte.—No hay amigo para amigo, porque atendiendo todos tan sólo á salvar la vida, cada uno cuidaba sólo de sí mismo.—Sin que un instante me distraiga del cuidado el descuido, quiero empezar á cumplir con el cargo de mi empleo, oyendo yo por mí mismo en justicia á todos cuantos la vengan á pedir.—Que lleven preso al proviso á ése.— No os entiendo; habladme claro.—De modo que.....*» Este es Constantino el Grande.

Pero vaya el último: «*Y bien, ¿de dónde vienes?—Dícenme*

que la mujer de mi enemigo es un portento de hermosura; y si sabe que llego á hablarla, no quisiera darle el pesar de que crea que, á más de quitarle el reino, le quito la mujer.—Sí por cierto.—¿Qué opinas tú de esto?—¿Qué votas tú?—Mira; diles que cuando acabemos de.....—Dias hace que hubiéramos salido de este pantano.—Bien marcha.—Empeñado está en quererme hacer rico.—Verás cómo comemos mañana en el fuerte.—¡Pobre viejo!—Vé á cobrar el libramiento, y despues vuelve á verme.—No seas tacaño.» Pues éste es un príncipe el más famoso de la antigüedad, un héroe, un semidios: Alejandro.

Bien es verdad que no siempre los personajes de aquellas desventuradas comedias hablaban en este lenguaje tabernario; tambien sabian algo de tropos y figuras y culteranismo; y aunque á las veces decian lo contrario de lo que intentaban decir, ó faltaban á la propiedad de los vocablos, ó á la gramática ó al sentido comun, siempre es laudable la buena voluntad. Veamos una muestra de este estilo afeitado, remilgado y pulcro.

«Doña Luz es rémora de mi albedrío.—El clarin ha sido rémora de mi respuesta.—Sus rubios cabellos derraman el néctar, y destila ambrosía en abundancia su blanca frente.—Corazon, ¿por qué te estremeces tanto? Descansa. ¿No eres mio?—Pues ¿qué temes?—Este sitio me será más compasivo, por más obscuro.—Aparta, bárbara sombra del vicio.—Mi nombre se derrama en vano á las memorias posteriores.—La indigna mácula de traidor.—El enorme designio de cultivar su puericia en la secta, que ofusca depravada sus fantasías.—El encono, el furor y la ojeriza prestaban sus pasiones á los aceros.—Puedes decirlo sencillamente, y no producir engaños de estilos pueriles.—Voy en hombros del regocijo.—Rasga ese papel infame, y sea despues combustible despojo de la llama.—Las barras de Aragon en rojos tafetanes que se anegan en

golfos de oro.—Los trinos de militares sirenas.—¿Fué Cantabria, provincia ilustre de España, la causa de mi rojo humor? —Así es cierto.—Estatua viva soy de hielo.—Los negros frios vapores que exhala en humos la tierra, y eleva en suspiros el viento, no imprimen en el sol.....—Tarde ó nunca las cristianas cóleras romperán las africanas coyundas, bien que imaginen enmendar los desastres de Rodrigo en el hemisferio de Astúrias y en aqueste con furias extintas.—Jamas se vieron los teatros de la guerra surtidos de scenas más plausibles. —Iras, paciencia.—Temores, ¿qué será?—Rabia, suframos. —Odio, no desmayemos.—Alerta, ciudadanos.—Desdichas, ¿qué oigo?—Dudas, ¿qué escucho?—Recelos viles, despacio. —Furores, ¿qué es esto?—Cólera, ¿qué es lo que miro?—Rencor, finjamos.—Encono, no disimulemos.—Cautelas, favorecedme.—Afuera, afuera cuidados; que harto tiempo habrá para cumplir con vosotros.—Osadía, ésta es la hora de vengar mis ultrajes.—Desvaríos, mucho llevais que comunicar conmigo este dia.—Vanidad, ¿qué nos sucede?—Ojeriza, ya llegué al muro.»

A estos ejemplos de estilo tenebroso, metafórico y enigmático, será bien añadir algunos de incorreccion en las ideas ó en el modo bárbaro de explicarlas: *«¿Quién te parece oportuno para que ocupe esa plaza?—Si vienes á procurar trato, forma tu embajada.—Consigues ser aclamada de todos generalmente, siguiendo la noble pauta de Elena.—No mancheis las dignas cuchillas.—¿Alcanzas cómo pudo escaparse anoche de la mazmorra el despecho de Ayub? —Pero parece que descansa en el regazo de un plátano.—Pues ¿por qué os he de negar que os amo? ¿Están conjurados acaso los estruendos de Marte con las delicias de Vénus? —Y á no ser que pone freno á mi dominio la piedad.—Vuestra compasion será eterna entre los siglos.—En mi pecho no caben bajas ideas.—Al enemigo, espero en Dios que le venza*

mi brazo.—Ya declina Apolo entre trasuntos débiles.—¿Qué argumentos no convence, qué discursos no equivale una tierna mirada?—¡Vivo yo mismo!.....—Tus amantes huellas.—Cosecha de insidias.—Mi infelice planta.—Mis invictos piés.—Destino destemplado.—Brazo rencoroso.—Coyunda profunda.—Incito vuestro orgullo á que desvíe su terror pánico.—Los gozos que resaltan en mi corazon.—Porque muriendo yo heredes los arbitrios de mi suerte.—¿Hasta cuándo, hado severo, has de ser impío?—Furias, dadme sufrimiento.—Os convoco donde reflecteis unidos si la perfidia bárbara puede adquirir disculpas contra el cargo.—Afanar glorias.—Suavizar el gravámen del hado.—Archivar sangre.—Castigar máquinas.—Cultivar oblaciones.—Escalar cetros.»

Pág. 56 (1).

Se dijo ya en el prólogo (2) que habiéndose persuadido el Gobierno de la urgente necesidad de reformar el Teatro, aprobó, en el año de 1799, un plan que se le presentó, en que se contenian ideas muy justas y conducentes para verificar este comun deseo; pero que se malogró la ejecucion, y quedaron defraudadas las esperanzas de la Córte y del público. Las causas que influyeron en esta desgracia fueron muchas; pero pueden reducirse á dos muy principales: primera, que los medios elegidos para llevar á efecto la proyectada reforma no fueron los más convenientes; segunda, que los que debieron realizar las miras del Gobierno prometieron lo que no acertaron á ejecutar.

(1) Primera edicion.
«Ello es cierto que nuestro Teatro está perdido: ni hay hombre de buena razon que lo ignore: su reforma es urgente y fácil.» (*Acto* II, *escena* 5.ª)
En la edicion de la Acad. de la Hist. no se leen estas expresiones.
(2) En el prólogo de Moratin á sus *Obras*.

Se formó una Junta de Direccion y Reforma de los teatros, compuesta de el Gobernador del Consejo, como Juez protector de ellos, de un director, un censor, un corrector y un secretario. La autoridad residia exclusivamente en el Juez Protector, y la instruccion en la Junta: division funesta en todo establecimiento científico, y tan frecuentemente repetida en los de mayor importancia, que es de admirar no se hayan echado de ver todavía los males que produce.

El más consumado jurisconsulto, si se le saca de los estrados y se le encarga el gobierno de un jardin botánico ó de una fundicion de cañones, no es más que un ignorante, puesto en aquel destino, para dirigir lo que no entiende, para estorbar que otros lo hagan, para arruinar con su autoridad ciega lo que en manos de un facultativo deberia prosperar. Donde quiera que se incurra en la equivocacion de reducir las funciones de un profesor á meditar y proponer, para que otro, ignorando lo mismo que dirige, contradiga, resuelva y ejecute á su voluntad, se verán repetidos absurdos. Si á un insigne escultor no se le da jamas el mando de una provincia, si á ningun excelente músico se le fia una escuadra, ¿por qué ha de ponerse en manos de un jefe militar la direccion del Teatro, empresa tan distante de su profesion y tan superior á sus conocimientos? (1).

Dividida así la autoridad y la inteligencia, resulta necesariamente uno de dos males: ó una discordia intestina, y funesta usurpacion recíproca del mando, cuestiones interminables, resoluciones atropelladas, desórden y contradiccion en todo cuanto se determina, si los que entienden la facultad de que se trata quieren oponerse á la ignorancia de quien los preside, ó si no tienen valor para retirarse y

---

(1) Véase lo que se lee en la *Vida de Moratin*, pág. 28 y siguientes.

dejarle que lo yerre él solo, una abatida sumision, indigna por cierto de quien estima en algo su propio honor, y respeta la opinion pública. Uno de estos dos inconvenientes se verificó en la Junta de Direccion de los teatros.

Los de Madrid están oprimidos de tal manera con excesivas contribuciones, que sin quitárselas primero, siempre saldrá ilusorio el empeño de mejorarlos. Así como es justo que se mantengan con las utilidades que ellos mismos produzcan, lo es tambien que no se les agrave y empobrezca con exacciones, destinadas á la conservacion de otros establecimientos. La primera diligencia que debió hacerse cuando se intentó la reforma, es la de libertarlos de tan pesada carga: no se hizo, y salió, por consiguiente, equivocado todo el cálculo relativo á la parte económica. Aumentáronse los empleos, se fijaron asignaciones cuantiosas, se contrajo la obligacion de mayores dispendios, hasta entónces no conocidos, y permaneció la de contribuir, como siempre, con las limosnas forzosas á hospicios, colegios y hospitales, y pago de censos. Para ocurrir á todos estos gastos, que constituian una carga enorme y cierta, se contó con un fondo eventual, cual es el producto de las entradas, y con los ahorros y economías propuestas en el plan, que cuando llegó el caso de verificarlas, ó se hallaron impracticables, ó insuficientes.

Ofreció la Junta de Direccion por edictos públicos, distribuir seis premios anuales en otras tantas medallas de oro, que debian adjudicarse á los autores de tragedias y comedias originales que aspirasen á esta distincion; prometióles, ademas, el tres por ciento de las entradas que produjesen las representaciones de aquellas piezas por espacio de diez años en todos los teatros del reino; ofreció tambien una coleccion de las citadas obras con el título de *Teatro español laureado;* pero no llegó el caso de hacer tal exá-

men, ni de dar tales premios, ni de pagar el tres por ciento á nadie, ni de acuñarse las medallas, ni de imprimirse las obras.

Anunció la misma Junta que formaria una coleccion de las piezas nuevas que se representasen, ilustrándola con el juicio crítico de todas ellas, y las notas y advertencias que pareciesen oportunas. En efecto, se publicaron sucesivamente seis tomos con el título de *Teatro nuevo español*, que contenian hasta unas veintiocho piezas, todas ellas representadas en los teatros de la Córte, tres ó cuatro originales, y las restantes, traducciones que necesitan traduccion. Prescindió la Junta en la coleccion de estas obras del voto de el público, y no tuvo reparo en imprimir algunas, que en la ejecucion no se habian podido sufrir. En cuanto á el exámen crítico de cada una de ellas, no hay para qué buscarle, ni las anotaciones que esperaban con ánsia los curiosos: la Direccion no creyó necesario cumplir lo que tan liberalmente habia prometido.

A principios de el año 1800 se fijaron carteles llamando con término de cuarenta dias á los que aspirasen á obtener por concurso público el magisterio de declamacion que la Junta se proponia establecer; y para que ninguno procediese con ignorancia, expresó en el aviso convocatorio el método y distribucion de los exámenes á que debian sujetarse. Presentáronse varios opositores, cumplióse el término; pero la Junta de Direccion habia ya mudado de parecer: los exámenes no se hicieron; y como era necesario que hubiese alguno á quien poder llamar maestro de declamacion, se dió este empleo, como si fuese el de portero, guardalmacen ó vista de una aduana, al primer hombre honrado que se presentó.

Por consiguiente, las ponderadas reformas en el arte de la declamacion no llegaron á efectuarse, y cuanto se habia

dicho en el plan acerca de que el facultativo que la Junta eligiese por más benemérito dispondria los ensayos de todas las piezas, instruiria á los actores en lo relativo al decoro y propiedad de la voz, del gesto y expresion teatral, y corregiria los vicios que advirtiese en ellos, formando una escuela metódica en que se aprendiese por sólidos principios esta difícil profesion, todo se quedó en promesa, y se desvaneció como sombra y humo.

En el prólogo que precede á la coleccion ya mencionada, dijo la Direccion, repitiendo lo que ántes se habia expuesto en el plan de reforma, que debiendo ser los teatros españoles una escuela pública de racionalidad y buen gusto, sólo se veian en ellos *sitios de plazas, batallas campales, luchas con fieras, truhanes, traidores, soldados fanfarrones, generales y reyes sin carácter ni decoro, acciones increibles, costumbres nunca vistas, tramoyas, máquinas y otros abortos de una fantasía exaltada. Y ¿cómo podia ser otra cosa* (añade el mismo prólogo), *si los actores estaban en posesion de elegir las piezas, y los poetas en la necesidad de lisonjearles, componiéndolas á su gusto?* Determinó el Gobierno que hubiera una Direccion de los teatros; que no se representara pieza ninguna sin que ella lo mandase; y á consecuencia de esto, imprimió la Junta de Direccion y Reforma una larga lista de las comedias que habia hecho recoger, prohibiendo su representacion en la Córte y en toda la Península. Y ¿quién dirá que, á pesar de tales antecedentes, y olvidándose de los mismos principios que establecia, y de cuanto el Soberano y el público esperaban de ella, presentase pocos meses despues, en los teatros de Madrid, las piezas más desatinadas y absurdas que pudieron hallarse, con el fin de sacar dinero y dilatar su existencia tan á costa de su opinion!

Entónces se vieron en las tablas dramas monstruosos,

que en muchos años nadie se habia atrevido á poner en ellas, que estaban prohibidos por el Consejo, por el Juez de teatros, por el tribunal del Santo Oficio, y por la misma Direccion que los mandaba representar.

Los que habian acusado la ignorancia y la codicia de los cómicos, les hicieron echar *El Príncipe perseguido*, *Las máscaras de Amiens*, *La noche de Troya*, *Temístocles en Persia*, *Federico II*, *Catalina II*, *El Feudo de las cien doncellas*, *Las Amazonas de Scytia*, y otras composiciones de esta clase, en que se hallan todos los defectos que tan severamente habian reprendido.

Los mismos que habian exagerado el peligro de poner en espectáculo los pasajes de la Escritura y las virtudes y milagros de los santos, por la irreverencia que de ello resulta, se olvidaron presto de lo que habian dicho, y vió el público á Sanson, acompañado de un bufon chocarrero, magullando á golpes los ejércitos de Filistin; al Rico Avariento tragando como un bruto y diciendo blasfemias; á Loth y Abraham y al Rey de Sodoma en conversacion con la Lisonja y la Idolatría; á Job limpiándose las llagas con una teja y ensartando epigramas; á Tobías acalorado en disputas teológicas con Senaquerib; y á Santa Isabel, Reina de Hungría, disipando las rentas de la corona entre jorobados y tuertos, potrosos, contrahechos y patistevados, canalla viciosa y desvergonzada, de hortera y puñal; y el diablo metiéndose en todas partes, muy diligente y muy tonto; y angelitos en abundancia, bajando por las troneras de las arañas, espetados en vigas, colgados con maromas, ó dando vueltas en una gran rueda, con sus zapatitos encarnados, entre nubes y flores y estrellas y resplandores de oropel.

Los que habian impreso que *las composiciones dramáticas arregladas son el objeto principal de la reforma del teatro*, hicieron representar *El Mágico del Mogol*, *El Mágico afri-*

cano, *El Mágico de Astracan*, *Armida y Reinaldo*, en que la hechicera vuela por el aire, en un carro tirado de dragones que arrojan fuego por las narices; *Lisidante y Rodomira*, llena de diabluras, transformaciones y hundimientos; *Eurídice y Orfeo*, con la barca de Caronte y el Cerbero y el dios Cupido, Vénus, Pluton, las Gracias, y una contradanza de furias; *El Diablo predicador*, en que el leguito Fray Antolin hizo el juego de la cesta, animando los alegres diálogos con la viuda muy á satisfaccion del patio; en que salió el demonio con su corona de sacerdote, vestido de religioso de San Francisco, y vieron bajar sentada en un trono de nubes, con pantalon de color de carne, á..... Pero la pluma no acierta á repetir tan escandalosa profanacion.

Al cabo de dos años largos, conoció la superioridad que el Teatro no se administraba bien; que en vez de perfeccionarse, iba adquiriendo un carácter de barbarie y desarreglo intolerable en la edad presente. Una mano poderosa deshizo la Junta de Direccion, y el público imparcial aplaudió su ruina.

Pág. 67 (1).

Don Eleuterio es hombre honrado y poeta necio y extravagante: estas dos últimas circunstancias le hacen ridículo, y por eso es personaje digno de la férula cómica.

C'est un fort galant homme, excellent caractère,
Bon ami, bon mari, bon citoyen, bon père;
Mais à l'humanité, si parfait que l'on fût,
Toujours par quelque faible on paye le tribut.
Le sien est de vouloir rimer malgré Minerve.

---

(1) De la primera edicion.—Acad. de la Hist., tomo II, parte 1.ª, página 276.
«Yo, señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien.» (*Acto* II, *escena* 8.ª)

Los que á pesar de Minerva toman la investidura de críticos, y se afanan por hallar defectos que no existen, han pronunciado desde su trípode fatídico que no es buena la moral de esta comedia, porque recae la censura sobre *un hombre honrado, que llevado de la necesidad é inducido de un pedante perverso, se arroja á escribir una comedia para socorro de su familia.*

Los más célebres dramáticos antiguos y modernos, extranjeros y nacionales, han tropezado en el mismo error. Todos creyeron hasta ahora que la comedia debia proponerse por objeto, *no los crímenes horrendos de los hombres, sino sus locuras y sus vicios, y aquellos defectos que exponen á los que los tienen á la censura y risa de los demas. Creian que el fin del poeta cómico es el de corregir á los hombres de sus impropiedades y extravagancias*; y apoyado en estos principios, censuró el autor de *La Comedia nueva* la extravagancia, la impropiedad, la locura risible de un poeta necio y vanaglorioso, que sin talento ni instruccion se pone á escribir. Censuró este vicio culpable, porque en aquella época, no uno, sino muchos versificadores ignorantes abastecian la scena española de farsas, compuestas sin conocimiento del arte, sin ingenio, sin asomo de sentido comun. Censuró este abuso intolerable, porque admite correccion y enmienda, porque es un defecto ridículo, que haciendo despreciable á quien le tiene, trastorna los principios de las artes, las mantiene en un estado de rudeza bárbara, y estorba y dilata los progresos de la ilustracion; porque un mal poeta dramático desautoriza en el teatro cuanto en las aulas, en las academias, en los tribunales y el púlpito se recomienda y se establece; corrompe las costumbres públicas, acrece la ignorancia del vulgo, adula sus errores, le da ideas equivocadas de lo verdadero, de lo honesto, de lo bello; desacredita á la nacion que le tolera, y al Gobierno que no le manda callar.

Le hizo hombre de bien, porque sin esta circunstancia desaparecerian todas las bellezas de aquella figura cómica, y todo el interes y el placer que excita. El que se atreva á tomar la pluma y mezcle un poco de malignidad en el carácter de D. Eleuterio, conseguirá destruir con media docena de expresiones la verosimilitud, el artificio y el objeto moral de la fábula.

Pero los procuradores de D. Eleuterio dicen que no debió el autor poner en ridículo á un poeta ridículo, en atencion á que su manía no fué espontánea, sino causada, por una parte, de la seduccion de D. Hermógenes, y por otra, de la necesidad de mantener á su familia.— Eso mismo dice un salteador de caminos cuando le llevan á ahorcar. «¡Ay, señor secretario! ¡qué muerte tan injusta voy á padecer! Es verdad que no pasaba coche, ni carromato, ni arriero, ni caminante en mula por esa tierra de Villacastin, á quienes yo no asaltara y despojase de cuanto traian. Pero, ¿le parece á usted que yo nací ladron? No por cierto: si me puse á este oficio, la culpa tuvo un picaron de un gallego, con quien hice amistad (que ¡nunca yo le conociera!), el cual tanto me dijo y me predicó, y tan buena traza le pareció que yo tenía para esto de aligerar maletas, que logró persuadirme; y yo, ¡inocente! me fuí con él y..... Vamos; en la causa queda escrito lo que hicimos juntos y separados por esas encrucijadas á boca de noche: no hay para qué repetirlo. Pues, como iba diciendo, señor secretario, no piense usted que yo era ladron por entretener el tiempo, ni que el dinero que me hallaba en las pretinas de los maragatos le tirase al rio; no, señor: á mi casa me lo llevaba, y con él vestia y calzaba y mantenia á la pobrecita de mi mujer y á mis hijitos. Y por tener buen corazon, y atender como era regular á las urgencias de mi familia, me veo de esta manera..... Y el señor teniente, que lo sabe, que se lo he dicho

mil veces; y con todo y con eso, dale bola en que me ha de ahorcar..... Y la última vez que hablé de ello á su señoría, me dijo..... ¿Qué le parece á usted que me dijo? Que no me colgaba por las picardías del gallego, sino porque yo habia sido ladron; ni por haber dado de comer á mi mujer y á mis criaturas, sino por haber elegido el ejercicio de ladron para mantenerlas; ni por haberme gustado mucho el dinero, sino por haberle adquirido siendo ladron, por medios ilícitos y perjudiciales á los demas..... Mire usted ¡qué respuesta y qué salida de..... Vaya, si.....»—Y le ahorcan.

Don Eleuterio sufre la irrision pública, no porque don Hermógenes sea un malvado, sino porque él es un necio, ignorante y presuntuoso; no por cumplir con las obligaciones de padre de familia, sino por ser un menguado poeta, que sólo escribe desaciertos; no por haberse aplicado á un ejercicio en que pudiese adquirir dinero, sino por haber elegido una tarea superior á sus fuerzas, teniendo tantos medios de ganar la vida sin volverse loco ni ser molesto á la sociedad en que vive. En una palabra, no por hombre honrado, sino por insensato, presumido y ridículo, se le castiga.

Lector habrá que imagine perdido el tiempo que se ocupa en responder á tan impertinente acusacion; pero no lo es, si se considera que los más celebrados críticos de nuestros dias no gastan ya otra lógica, ni conocen mejores principios. Que manifiestan demasiado un empeño particular en desacreditar precisamente aquellas obras antiguas y modernas que más estimacion alcanzan. Que, en tratándose de examinar el mérito de quien no los venera por infalibles oráculos del saber, se atropellan, se contradicen, y se olvidan en sus mal atinados raciocinios (que ellos llaman razonamientos) de cuanto se halla establecido con genera aprobacion por los hombres más doctos en materias de buen

gusto, y cuanto se ha practicado por los más aplaudidos ingenios.

Pequeño mal sería que tales desaciertos salieran á la pública luz, si no penetrasen hasta las aulas en donde la estudiosa juventud, que desea y merece sólida instruccion, aprenda en ellos lecciones de superficialidad y pedantismo, adquiera ideas equivocadas que la descaminen, y salga de allí presumiendo que sabe algo y despreciando todo lo que ignora.

PRÓLOGO (1).

Esta comedia ha corrido igual fortuna que la de *El Baron*. Desde que llegó á deslizarse de las manos de su autor, que estaba muy léjos de creerla digna de que nadie la viese, empezaron á multiplicarse pérfidas copias, para satisfacer cuanto ántes la atropellada curiosidad de los que gustan de leer las obras y celebrarlas, á despecho de quien las hizo. No tardaron los cómicos en apoderarse de ella y representarla en las principales ciudades del Reino; miéntras, no bien satisfechos todavía los apasionados del autor, la repetian á su modo en teatrillos domésticos, y lograban aquella aprobacion que nunca suele negar un auditorio indulgente y cortés.

Pero, como no es justo alabar á ningun escritor por lo que no ha escrito, ha parecido ya conveniente publicar esta obra, despojándola de los muchos errores que la ignorancia de los copiantes introdujo en ella, y de las adiciones y correcciones con que trataron de mejorarla los que no haciendo nada jamas, porque su excesiva modestia se lo impide, pierden las horas en perfeccionar con áurea pluma lo que otros hicieron. Los descuidos y los aciertos (si alguno tiene) son ya del autor, que en la mejor forma que le ha sido posible la ofrece al público, de quien mereció estimacion áun cuando estaba más defectuosa, y á los críticos de oficio, que si fuera muchas veces más perfecta, no dejarian de ejercer sobre ella su docta censura, dando lecciones, ya que

(1) Segun advirtió el Sr. D. Manuel Silvela, Moratin habia escrito este prólogo para su comedia titulada *La Mojigata*, que salió sin él.

no ejemplo, á los que desean adelantar en una carrera en que los precipicios son tan frecuentes.

Léjos está de considerarla su autor como una composicion de particular mérito, íntimamente persuadido de que su capacidad no es la que basta para formar en este género excelentes obras; pero no pretende renunciar á la estimacion que merezca el que en esta edad, tan poco feliz para las musas dramáticas, contribuye con los escasos frutos de su talento á un teatro abandonado ya de los que deberian enriquecerle y restituirle, cuando más no hicieran, á su primitivo esplendor.

Pero en él nada se presenta todavía que anuncie para en adelante el cumplimiento de los deseos públicos; y en la pobreza absoluta á que le ha reducido el silencio de los buenos ingenios de la nacion, los que hoy le administran, apuran arbitrios á fin de procurarle aquella novedad contínua, sin la cual ningun teatro puede sostenerse.

Unos ofrecen al público, traducidas aprisa y mal, cuantas frioleras modernas abastecen los teatros de París, perdiendo en la version española nada ménos que las gracias de lenguaje, estilo y versificacion, y las que resultan de la conocida imitacion de las costumbres, caracteres, preocupaciones y vicios nacionales. Talía, disgustada, á lo que parece, de la basquiña y la mantilla (cuyo adorno, á nuestros ojos, la hace tan bella), ha dado en el capricho de disfrazarse con una gorreta de dormir; y arrastrando la cola de la bata, metidas las manos en los bolsillos del devantal, da carrerillas y brincos por la scena, afectando ademan peregrino. De todo se burla con filosófica licencia; la fatuidad es en ella donaire; habla siempre de virtud, y siempre es desenvuelta y libre; gruñe monótona en chisposo diálogo, animado de indecentes chistes, ó aúlla sus afectos, á son de baile, en insípida prosa y bárbara.

Otros, en el polvo de las bibliotecas, buscan á porfía las ya olvidadas composiciones de nuestros antiguos dramáticos; y despues de tanto afanarse en repetir fastidiosamente cuanto ya está dicho y sabido desde Aristóteles acá, de tal empeño en traducir, para que no se entiendan, cuantos opúsculos filosófico-didácticos se imprimen del otro lado del Pirineo, en que se desmenuza el arte de componer con exquisita delicadeza y gusto; Lope, despreciador atrevido de todas las reglas, tiraniza el teatro segunda vez, y se presentan como nuevos al auditorio, los abortos ménos informes de su prodigiosa fecundidad. Sus fábulas, sin objeto moral, ni oportunidad, ni expresion de caracteres, ni enredo verosímil, confundidas en episodios inconexos, ataviadas con la brillante pompa de imágenes y metáforas atrevidas, conceptos falsos, doctrina pedantesca y enigmática, retruécanos, equívocos, glosas, descripciones, bajeza tabernaria, sublimidad épica, elegancia lírica, fáciles, sonoros versos, pura diccion, suplen la falta de otras mejores.

Y en tanto la inexorable crítica (es decir, la que hoy se llama crítica entre nosotros) nada tolera en las pocas obras originales que salen á luz, si descubre en ellas algun asomo de la ignorancia humana. ¡Triste de aquel que anuncie alguna inteligencia del arte, estudio de las obras clásicas, felicidad en la imitacion de caracteres y costumbres, pureza y cultura en el idioma y el estilo, y se atreva á poner en el teatro piezas no traducidas del frances, en que tales requisitos abunden! El aplauso público es la señal de guerra contra el temerario escritor; su celebridad es su delito.

Cualquiera hombre prudente, que no profesa las letras humanas, ni ha adquirido el gusto, la erudicion y conocimientos que son necesarios para hablar con seguridad en tales materias, si le precisan á dar su dictámen, se contenta con decir si la pieza de que se trata le gusta ó no, y no dice

más; respeta el arte, y no recomienda ni deprime lo que no entiende.

Pero, si esto hiciera, ¿cómo podria lucirlo en las conversaciones un jóven evaporado y leve, que escapó á toda prisa del colegio, huyendo de los nominativos, que aprendió con un emigrado de Limoges su poco de frances, y lleva en la faltriquera el cepillo, el espejo y el diccionario portátil, para salir de cuantos apuros ocurran; que abrasado del ánsia de instruirse, ha leido un prólogo de Bails y un cuaderno de la *Historia universal;* que asistió quince dias al laboratorio de química, un viérnes á la Academia de Derecho Civil, dos tardes á la cátedra de botánica, y ha presenciado, sin desmayarse, una diseccion anatómica; que sabe de memoria tres cavatinas y cuatro rondóes, y hace tejidos de pelo y punto de malla, y ha empezado á traducir á ratos perdidos *una noche* de Young, y *un beso* de Dorat? ¿No sería vergüenza que este mancebo, tan despejado y estudioso, confesara con ingenuidad á la Vizcondesita que, aunque va todos los dias á la luneta, no entiende palabra de teatro; que es difícil cosa hablar en esto, sin exponerse á decir locuras; y que el dinero que pagó á la puerta, aunque le dió el derecho de sentarse en primera fila y usar del anteojo, no se le dió para juzgar decisivamente del mérito de la comedia, porque no es lo mismo haberle á él parecido bien ó mal, que ser ella excelente ó detestable! ¿No sería esto desacreditar en un minuto la instruccion enciclopédica que ha adquirido en una edad tan corta, y quedar voluntariamente desairado á los ojos de quien bien le quiere! La sinceridad es una virtud funesta; y en tales casos, harto sabe el que sabe atropellar dificultades, echar por enmedio, y decir cuatro desatinos con un tono de satisfaccion, que si no persuade, sorprende. Donde falta verdadera sabiduría, suplen por ella el descaro y el atrevimiento.

Ni hay que esperar mayor modestia de parte del pedanton ridículo y declamador, erizado de textos, hinchado de orgullo, cuyos labios no se abrieron jamas sino para desacreditar el mérito ajeno, recomendar el suyo, y prodigar aplausos á su extraordinario saber. Que llora la infelicidad de la patria, condenada á ineptitud y estupidez obtusa, hasta que el Gobierno quiera acordarse de que él existe, y elevándole á un grado conspicuo, le mande iluminar el horizonte literario, y difundir su portentosa ciencia en beneficio de la menesterosa y desvalida humanidad. Pero, ¿cómo ha de sostener por largo tiempo el concepto de varon profundo entre la turba pusilánime que le escucha, si, ¡mal pecado! sus doctas obras yacen manuscritas, y nadie las ha visto, ni las verá, ni la edicion póstuma que de ellas promete, llegará jamas á verificarse? ¿No es mejor echarse á morder y despedazar las ajenas? ¿No hallar nada sufrible de cuanto se publica, y despreciarlo todo con agrio desden, tono enfático, entremetida y procerosa nariz? En los banquetes y las tertulias debe ostentar su peregrina erudicion; aplaudir lo bien condimentado de las viandas, y notar los defectos absurdos en que tropezó el autor del drama, cuyo mérito quiere echar por tierra; y sin perjuicio de ir devorando cuanto se le pone delante, hablar del personaje protástico, del nexo, de la catástasis y de la unidad de interes, ó á presencia de la sota de oros y del as de bastos, miéntras se distribuyen las fichas, arreglar la distribucion de las scenas.

Las salas de café retumban entre tanto con disputas interminables; arden los cigarros y la discordia; y á cada cuenco de ponche bebido, se oye un discurso en que el orador del corro prueba, con la autoridad del padre Rapin y del abate de Aubignac, que el público no tiene razon en aplaudir lo que le gusta, y que no debe divertirse con las

comedias que le instruyen y le hacen reir. En las librerías, en las tiendas donde da el sol de invierno, desacreditan al mísero autor, que ni puede ni quiere responder á tales acusaciones; y acalorados por un espíritu de caridad (que parece envidia), le cuentan las letras de su obra, le liman los versos, le añaden situaciones y personajes, mejoran el plan, rectifican las ideas, y vierten á manos llenas principios recónditos de filosofía y sensibilidad, y filantropía y sindéresis, y delicado tacto y gusto, y criterio y arte; y por último, deciden que la pieza no vale nada, que el autor no sabe nada, que es muy mal hecho que nadie asista á la representacion de su obra, ni la lea, ni la celebre; que la nacion palpa tinieblas de ignorancia, y que ellos son los única y verdaderamente sabios y eruditos, porque se atreven á censurar lo que no saben leer.

Tal vez este desenfrenado pedantismo arredra y atemoriza á aquellos pocos que pudieran ocuparse en escribir, con inteligencia, obras dramáticas; porque se necesita demasiado valor para exponerse á ser el objeto de la mordacidad y las sátiras indecentes de una turba de literatos hueros, que de cada vez se va haciendo más numerosa, más vocinglera y atrevida.

Pero el entusiasmo que excitan las artes, la generosa ambicion de competir con los excelentes modelos que han merecido celebridad tan justa, el deseo plausible de contribuir á la ilustracion y á la gloria nacional, deben inspirar á cualquiera escritor toda la confianza que ha menester para seguir adelante y despreciar el clamor vano de quien llora como ofensa propia la ajena felicidad; de quien, no siendo capaz de cultivar tan difíciles estudios, quisiera que ningun otro tuviese constancia ni talento para cultivarlos. ¡Dichoso aquel que reuniendo á los indispensables dotes de la naturaleza una particular educacion y una exquisita doctri-

na, pudiera en el actual estado del teatro enriquecerle y perfeccionarle con obras dignas de inmortalidad! En vano la ignorancia y el orgullo estúpido, y las pasiones viles que le acompañan, opondrian breve resistencia. A vista del sólido mérito, presto desaparece el error y se confunden sus maquinaciones en oscuro olvido; en tanto que la gloria del esclarecido autor, amante de su patria y de los hombres, se afirma y crece, y llega de un siglo en otro á la más remota posteridad.

APUNTACIONES SUELTAS

DE INGLATERRA.

CUADERNO PRIMERO.

1. Encontrones en las calles.
2. Pedigüeños.
3. Carteles.
4. Quema del Papa.
5. Pinturas poligráficas.
6. Tiempo de Pascuas.
7. Embriaguez.
8. Comidas públicas.
9. Otras.
10. Clubs y asociaciones.
11. Trastos para tomar té.
12. Iglesia de San Pablo.
13. Aniversario de Cárlos I.
14. Casa de animales.
15. Artículos de la religion anglicana.
16. Piés de las inglesas.
17. Deuda nacional.
18. Cueros de Irlanda, etc., etc.
19. Orgullo inglés.
20. Caricaturas.
21. Taciturnidad inglesa.
22. Nobleza.
23. Adulterio.
24. Suicidio.
25. Matrimonio de eclesiásticos.
26. Museo Liberiano.
27. Carbon de piedra.
28. Batas y escofietas.
29. Maderas de Indias.

I.

Encontrones por las calles.— Los ingleses que van de prisa, sabiendo que la línea recta es la más corta, atropellan cuanto encuentran; los que van cargados con fardos ó maderos, siguen su camino, no avisan á nadie y dejan caer á cuantos hallan por delante.

II.

Los que barren las calles piden dinero á los que pasan; las mujeres que venden bollitos ó estampas, lo mismo; los

granaderos de centinela en el palacio de San James, lo mismo.

III.

He visto algunas veces los carteles de las comedias puestos sobre las piernas de vaca, en las tiendas de los carniceros.

IV.

En el dia 5 de Noviembre se celebra el aniversario de la famosa conjuracion, cuando quisieron volar con pólvora el Parlamento: maldad atribuida á los papistas. Algunos dias ántes andan los chicos pidiendo dinero por las calles para quemar al Papa. En el dia del aniversario, la gente rica se emborracha en banquetes suntuosos; las viejas van á rezar á la iglesia (donde se celebra con oficio particular el suceso); los muchachos y la gente del pueblo pasean por la ciudad várias figuras de paja, perfectamente parecidas al pelele que se mantea en Madrid el Mártes gordo. Estas figuras representan, en su opinion, al Papa; entretiénense todo el dia con él, le insultan, le silban, le escupen, le tiran lodo, le arrastran por las patas, le dan pinchazos, y al fin muere quemado á la noche, con grande satisfaccion y regocijo público.

V.

En la calle Pall Mall se ve la famosa coleccion de pinturas poligráficas. Pocos años há que se halló el secreto de sacar con admirable brevedad y semejanza muchas copias de cualquiera pintura. Se formó una compañía, que ha adquirido muy buenos originales, y de éstos y de cualesquiera otros sacan las copias que se les encargan, muy parecidas y muy baratas. Se ignora el método de que se valen para ello; pero el precio á que dan las obras anuncia desde luégo la facilidad con que se hace: por setecientos reales se hallan copias que nadie podria procurarse ni por dos mil.

La citada coleccion está abierta al público, pagando cinco reales por persona: se ven en ella cuadros de mucho mérito, y al lado de los originales están las copias, para que cualquiera pueda examinarlas.

VI.

Entre los ingleses no se conoce lo que llamamos *Nochebuena*, y se ahorran una indigestion más al cabo del año. Sólo el primer dia de Pascua es fiesta: en este dia y los inmediatos, los padres de familia regalan á sus hijos, y gratifican á los criados y dependientes de la casa; se hace un asado de vaca y ciertos pasteles, propios de este tiempo. No hay regalos mutuos, como en España; pero los que se hallan en sus casas de campo envian algunos presentes á sus amigos que están en la ciudad. Hay frecuentes convites en estos dias, y se venden y cantan por las calles coplas al nacimiento de Cristo.

VII.

El Príncipe de Gáles se emborracha todas las noches: la borrachera no es en Inglaterra un gran defecto, ni hay cosa más comun que hallar sujetos de distincion perdidos de vino en las casas particulares, en los cafés y en los espectáculos. Cuando un extranjero asiste á una mesa de ingleses, pocas veces puede escapar de la alternativa de embriagarse como los otros, ó de perder la amistad con el dueño de la casa y cuantos asisten al festin; ni ha de dejar de beber cuando beben los otros, ni ha de beber ménos de lo que beben los demas. No hay para con ellos consideracion que baste; toda repulsa en esta materia es una ofensa formal, que no se perdona. Levantados los manteles, vienen las botellas y empiezan los bríndis; á cada bríndis ha de beber cada asistente una copa de vino. Regularmente se brinda en primer lugar

por el Rey y nuestra gloriosa Constitucion; despues cada cual de los concurrentes brinda por algun sujeto de su estimacion, amigo ú amiga ausente, y todos beben, repitiendo el bríndis que dictó, y esto se hace con una gravedad ceremoniosa y ridícula, que es cuanto hay que ver; y así van brindando uno despues de otro, de manera que cada convidado se ve en la precision de beber, lo ménos, tantas copas cuantos sean los concurrentes á la comida. Luégo que se ha acabado el turno, suele repetirse una ó más veces, y allí se están cuatro, seis ú ocho horas sin moverse de la mesa, sino para mear, operacion que se hace en un gran canjilon dispuesto á este fin en uno de los rincones de la sala. Debe advertirse que apénas se empieza á beber, las señoras que han asistido á la comida se retiran; ni ¿cómo era posible que la modestia y delicadeza de su sexo pudiera sufrir la descompostura, la petulancia, la torpeza, que son efectos inseparables de la embriaguez! Esta costumbre, que verdaderamente hace honor á las mujeres de este país, caracteriza demasiado la intemperancia inglesa.

VIII.

En las comidas públicas varía el objeto de estos bríndis, segun es el motivo con que se celebran; y tal vez se cantan canciones, unas veces con acompañamiento de música instrumental, y otras sin él. Dará una idea de esto la siguiente lista de los bríndis y canciones con que se celebró en Portsmouth, el dia 18 de Enero de 93, el cumpleaños de la Reina, en una comida pública:

1.—Al Rey y á nuestra gloriosa Constitucion.
CANCION.—*Dios salve al Rey*, etc.

2.—A la Reina, y este dia se repita con mucha felicidad.
CANCION.—*Larga vida á Carlota*, etc.

3.—Al Príncipe de Gáles y familia Real.

Cancion.—*Dios salve al Rey*, etc.

4.—A la armada y ejército.

Cancion.—*Triunfa, ¡oh Bretaña!* etc.

5.—La Iglesia y el Estado.
6.—Al lord Grenville por su animosa respuesta al agente de Francia.
7.—Felicidad á nuestras armas.

Cancion.—*¡Britanos! pelead con esfuerzo*, etc.

8.—Confusion á nuestros enemigos.
9.—Órden y buen Gobierno.

Cancion.—*¡Escuchad! La nacion*, etc.

10.—Al autor de la última cancion.
11.—Libertad, prosperidad y lealtad universal.

Cancion.—*Dios salve al Rey.*

12.—Prosperidad á la Gran Bretaña é Irlanda.
13.—A que nunca abandonemos la realidad por la apariencia.
14.—A los constantes y firmes amigos de nuestra Constitucion.
15.—Hallen todas las naciones á la inglesa dispuesta siempre á defender su Constitucion.

Cancion.—*Levantado por la mano*, etc.

16.—Confusion á Tomás Payne y todas sus obras.
17.—Al Conde de Chatham.
18.—A Mr. Pitt.
19.—Al Duque de Richmond.
20.—Al lord Hood.
21.—Al señor Jorge Yonge.
22.—Al Conde de Pembroke.
23.—A los miembros de este condado.
Etc., etc., etc.

IX.

Son muchos los banquetes públicos que se celebran en las tabernas de Lóndres al cabo del año, dirigidos, segun es el partido que asiste, ó á sostener y canonizar las disposiciones del Ministerio, ó á desacreditarlas y reclamar la observancia de la Constitucion ó la reforma de ella.

Asistí á una de estas juntas en la taberna de *Crown and Anchor*; pero ántes de referir lo ocurrido en ella, convendrá apuntar ligeramente las circunstancias en que se celebró. Tomás Payne habia compuesto, algunos meses ántes, un libro intitulado *Derechos del hombre*, obra de la cual naturalmente se deducia (concediéndole los principios en que la fundó) la necesidad de alterar la Constitucion inglesa, organizar de otra manera los Parlamentos, despojar al Rey de su autoridad, á los nobles de sus privilegios, y alterar del todo el gobierno político de este país. Publicóse este libro, y se extendió con asombrosa rapidez por todas partes, en un tiempo en que la revolucion francesa ocupaba los ánimos. Temió el Gobierno la impresion que podrian hacer en el público las máximas de Tomás Payne; prohibió su libro, y fulminó una causa contra el autor (que se hallaba en Francia), como perturbador del órden y tranquilidad pública. Fué su abogado Mr. Erskine, miembro de la Cámara de los Comunes y uno de los del partido de la oposicion; habló con grande elocuencia á favor de su cliente; los que asistieron á oir su alegato le colmaron de elogios y vítores, quitaron los caballos de su coche, y la gente le llevó en él hasta su casa, con grande alborozo y alegría. A pesar de esto, la sentencia fué contraria á Tomás Payne, y se le impuso el castigo que debia sufrir, como libelista tumultuario, si alguna vez se restituyese á Inglaterra. El Rey, precisado de las circunstancias, habia convocado ántes de tiempo las Cámaras del Parlamento; habia mandado aproximar á la capital algunas tropas, aumentar la guarnicion y artillería de la Torre de Lóndres, levantar nuevos cuerpos de milicias, y publicar una órden, por la cual todos los extranjeros que hubiesen llegado á Inglaterra desde principios del año 92, debian presentarse á los magistrados, y declarar su nombre, su ocupacion, el motivo de su viaje, la época de su llegada, las armas que con-

sigo tuviesen, etc. Este decreto, que habia combatido abiertamente el partido de la oposicion, irritó sobremanera á los enemigos del Ministerio, luégo que, aprobado por la mayoridad del Parlamento, se publicó y puso en ejecucion. En tales circunstancias se anunció por los papeles diarios una comida pública para *los amigos de la libertad de la prensa*, en la citada taberna de *Crown and Anchor*.

Llevado de la curiosidad, asistí á esta funcion, tomando un billete por siete shelines (35 reales de nuestra moneda): al entrar se entrega al portero, y éste le rasga, dando un pedazo de él á cada uno de los que van pasando, para que por él pueda pedir una botella al fin de la comida. Empezóse á juntar la gente en una sala de recibimiento. Llegó Mr. Erskine que debia presidir la funcion, y fué recibido con grandes palmadas y aplauso. Á poco rato despues se subió en una mesa, y leyó un discurso que llevaba escrito, en que habló largamente contra el Ministerio.

Este discurso fué muchas veces interrumpido con aplausos, y por aclamacion se decretó la impresion de él. Míster Sheridan subió despues á la mesa, y en una pequeña arenga que hizo apoyó las opiniones de su amigo, aplaudió su celo y sus luces, y dijo que si algun defecto podia notarse en el discurso que acababa de leer, era sólo el de estar escrito con demasiada moderacion. Despues subió Mr. Courtenay, y dijo, poco más ó ménos, lo mismo. Todos tuvieron mucho aplauso de los concurrentes.

Llegó la hora de comer; y á costa de empujones crueles, y á peligro de morir sufocado entre la multitud de gente que se precipitaba á tomar asiento, logré entrar en la sala. Era muy espaciosa, y tanto, que pudieron acomodarse hasta unas cuatrocientas personas, de más de ochocientas que concurrieron aquel dia, colocándose las restantes en otras piezas inmediatas, donde habia mesas prevenidas para cuan-

tos fuesen. El gran salon donde yo comí estaba adornado con pilastras y estatuas, gran bóveda elíptica en medio, dos grandes chimeneas de mármol, é iluminado con cinco arañas, de las cuales la que ocupaba el centro era exquisita. Habia dispuestas á lo largo cinco mesas, y otra que atravesaba en el testero, donde se colocó el Presidente, é inmediatos á él algunos de sus amigos. Se cubrieron las mesas una sola vez; pero con tal abundancia, que todos comieron bien, y sobró mucho todavía. Acabada la comida, empezaron los bríndis: volvió á hablar el Presidente, y despues, en várias ocasiones, Sheridan, Grey, Byng, Rous y otros, amplificando é ilustrando los puntos de que se hizo mencion en el extracto del discurso de Erskine; y entre los bríndis cantaron sin acompañamiento de música dos de los miembros de la junta, unas canciones alusivas al asunto del dia, las cuales fueron aplaudidas con entusiasmo, repitiendo el concurso el estribillo con que finalizaba cada estrofa.

El modo con que se hacian los bríndis me pareció notable. El que proponia, ya fuese el Presidente, ó ya cualquiera otro de los que hablaron, motivaba el bríndis con un pequeño discurso; á cada período y á su conclusion habia un aplauso general. Llenábanse las copas, se ponian todos en pié, repetia el Presidente la fórmula del bríndis, y levantando las copas en alto y haciendo várias veces con el brazo un movimiento semicircular, decian hasta cuatro ó cinco veces *urrè*, *urrè*, *urrè* (que equivale á *viva*, *viva*, *viva*), alargando la última sílaba al concluir; seguia despues un gran palmoteo, y bebian. Los que se hallaban á gran distancia del Presidente, se ponian de pié sobre las mesas para perorar. Uno de ellos, Mr. Took, muy conocido en Lóndres por las persecuciones que en otro tiempo le suscitaron los ministros, á causa de haber escrito no sé qué obra contra el Gobierno, habló con grande aceptacion del concurso,

é hizo proposiciones que fueron generalmente bien recibidas; pero disponiéndose á hablar por tercera vez contra el Presidente y Mr. Sheridan, cuyas opiniones habia combatido ó rectificado en parte, comenzó á disgustarse el auditorio, y por todas partes le gritaban que se bajase de la mesa. Algunos, que tenian ya en el cuerpo más vino del que era necesario para hacer una buena digestion, quisieron subir adonde él estaba, ó para declamar contra él, ó para hacerle sentar por fuerza; amontonáronse unos sobre otros, empezaron una docena de ellos á darse de cachetes; y como las mesas no fuesen teatro dispuesto para tal pelea, se desvencijaron, cayendo al suelo con grande estrépito (entre los platos, vasos, jarros y botellas rotas) el orador y los combatientes. Esto causó gran desórden en la sala; precipitáronse unos y otros á salir de ella; el Presidente daba gritos, queriendo restablecer la tranquilidad; pero en medio de la confusion, atropellamiento y vocería que se excitó, era imposible ser escuchado ni obedecido. En fin, al cabo de un rato, habiéndose salido muchos de los asistentes, y recogidas con gran diligencia por los criados las tristes reliquias del combate, se prosiguió con bastante serenidad la junta, y en ella quedó acordado que se repitiese dentro de cuatro semanas.

X.

Hay además en Inglaterra, y especialmente en Lóndres, várias sociedades que llaman *clubs*, que celebran sus juntas y comidas en dias fijos y determinados, tal vez semanalmente, y tal vez con ménos frecuencia. Unas se componen de sujetos de una misma profesion, comerciantes, abogados, literatos, artífices, etc., y otras de gentes acomodadas, que se reunen para hacer prosperar uno ú otro ramo ó establecimiento. La comida se paga á escote, y despues de ella se leen ó pronuncian discursos, se disputan los puntos en

cuestion, se vota y resuelve lo conveniente al objeto de su instituto. Otras hay que celebran sus juntas sin comida, y sólo tienen una en algun dia señalado. Lo cierto es que á estas incorporaciones (que podrian en cierto modo compararse á nuestras sociedades económicas) debe la Inglaterra una gran parte de su prosperidad. Ellas son las que, reuniendo el propio interes, el celo patriótico, la ilustracion y la riqueza, proporcionan á la agricultura, á las artes, á la industria y al comercio nacional todas las ventajas posibles. Desde las fábricas á los hospitales, desde el cultivo de los árboles á los primores más delicados de las artes de lujo, todo recibe los efectos de su influencia. Cualquiera descubrimiento, cualquiera noticia útil á estos objetos, halla un premio seguro en tales incorporaciones. Pero no entra en ellas todo el que quiere entrar; no son admitidos sus individuos por un precio infame, sino por eleccion; no se incorporan en ellas para pedantear, hacer vana y ridícula ostentacion de un celo aparente, y adquirir por tales medios el favor de la Córte, para obtener empleos, á que no podrian aspirar si la ignorancia se acompañara siempre de la modestia. Estos cuerpos, en fin, no se entrometen en tejer cintas, ni en hacer máquinas, ni en plantar árboles, ni en arar la tierra, ni en dirigir manufacturas; pero estimulan, ilustran y favorecen con sus luces y sus auxilios á los que deben hacerlo. Sus proyectos no se aplauden y se archivan; se ejecutan por medio de suscriciones cuantiosas, que los facilitan: la mente que discurre, el dinero que proporciona los medios, y el celo y actividad que llevan al fin las empresas más difíciles, todo está unido, y así resultan efectos tan admirables. Si se hace extraño lo poco que han hecho nuestras sociedades, despues de tanto bueno como se ha dicho en ellas (á pesar de mil impertinencias inevitables), y despues de tantos años como llevan de fun-

dacion, mayor maravilla deberá causar á cualquiera que las coteje con estas incorporaciones tan comunes en Inglaterra; siendo de advertir que ellas lo hacen todo, que el Gobierno no las da un cuarto, y que el único favor que le deben, es el de permitirlas.

XI.

Lista de los trastos, máquinas é instrumentos que se necesitan en Inglaterra para servir el té á dos convidados en cualquiera casa decente.

1.°—Una chimenea con lumbre.
2.°—Una mesa pequeña para poner el jarron del agua caliente.
3.°—Una mesa grande, donde está la bandeja con las tazas y demás utensilios.
4.°—Un jarron con agua caliente.
5.°—Un cajoncillo para tener el té.
6.°—Una cuchara mediana para sacarlo.
7.°—Una tetera, donde se echa el té y el agua caliente.
8.°—Un jarrillo con leche.
9.°—Una taza grande con azúcar.
10.—Unas pinzas para cogerla.
11.—Unas parrillas.
12.—Un plato para la manteca.
13.—Otro plato para las rebanadas de pan con manteca, que se ponen á calentar sobre las parrillas.
14.—Un cuchillo para partir el pan y extender la manteca.
15.—Un tenedor muy largo para retostar las rebanadas ántes de poner la manteca.
16.—Un cuenco para verter el agua con que se enjuagan las tazas cada vez que se renueva en ellas el té.
17.—Dos platillos.
18.—Dos tazas.
19.—Dos cucharitas.
20.—Una gran bandeja en la mesa grande, para todos estos trastos.
21.—Otra bandeja más pequeña, donde se ponen las tazas con té, las rebanadas de pan y el azúcar para servirlo á los concurrentes.

proporcion y uniformidad de sus casas, las torres de sus iglesias, todas modernas y de piedra, que descuellan entre la confusa multitud de los demas edificios. Ni es ménos de notar el humo que sale de tantas chimeneas, el cual forma una nube espesa, que cubre la mitad del horizonte, y oculta una gran parte de la ciudad: accidente que contribuye á dar una idea mayor de su grandeza.

Una observacion que hice despues de esto, me hizo olvidar todas las otras. Las piedras de que se ha formado este grande edificio se componen de arena y despojos marinos: el choque de los elementos, que ha alterado ya en muchas partes la superficie que las dió el cincel, ha descubierto una multitud de conchas confusamente unidas, y entre ellas se ven algunas, cuasi enteras, de las ostras que comunmente se venden por las calles de Lóndres. Así es que con los animales y plantas marinas se ha podido edificar la iglesia de San Pablo. ¡Qué mudanza tan maravillosa! Pero esta gran mole volverá al mar, de donde salió, con el transcurso de los siglos; la soberbia ciudad que está á sus piés, centro de la opulencia, de la industria, de las artes, de la sabiduría y de los vicios, desaparecerá igualmente; y el nombre del caballero Wren, arquitecto de este templo magnífico, quedará altamente borrado en la memoria de los hombres. ¡Qué pequeños somos! Nada es grande, nada es durable sino Dios.

XIII.

El dia 30 de Enero, aniversario de la muerte del Rey Cárlos I, degollado en Lóndres, hay ayuno general en Inglaterra; la iglesia anglicana tiene rezo propio para este dia; se predica en las iglesias sobre la muerte de este príncipe, que llaman *bienaventurado* y *mártir*; la Cámara de los Lores asiste al oficio y sermon en la iglesia de West-

minster, y la de los Comunes en la de Santa Margarita: por lo ménos así fué en el año de 93. En las lecciones de este dia se dice: «Señor nuestro, Padre celestial, que no nos has »castigado como nuestros pecados merecian, pero en medio »de tu juicio te has acordado de tu misericordia: nosotros »reconocemos por especial favor tuyo que aunque, por nues»tras muchas y grandes provocaciones, permitiste á tu un»gido, bendito Rey Cárlos I, caer en este dia en las ma»nos de violentos y sedientos de sangre, y ser muerto »bárbaramente por ellos; con todo eso, tú no nos abando»naste para siempre, como ovejas sin pastor, sino que con »tu piadosa providencia preservaste milagrosamente al no »dudoso heredero de sus coronas, nuestro entónces Rey »Cárlos II, encubriéndole de sus sangrientos enemigos ba»jo la sombra de tus alas, hasta que la tiranía pasó, y le »volviste en tiempo oportuno, para que se sentase sobre el »trono de su padre; y juntamente con la Real familia, nos »restituiste nuestro antiguo gobierno en la Iglesia y en el »Estado. Por estas tus grandes é inefables misericordias, »nosotros te rendimos humildes gracias de lo más íntimo de »nuestros corazones, etc, etc.»

XIV.

En la calle llamada *Strand* habia una casa donde por dos shelines (diez reales) se enseñaba gran porcion de animales de várias especies: carneros, tigres, papagayos, hienas, panteras, guacamayos, lobos, monos, micos, una cebra, un canguro, un rinoceronte, etc.

Habia tambien un carnero con cuatro cuernos magníficos, y una vaca con dos cabezas, la una de ellas colgando al lado derecho del pescuezo (algo más pequeña que la otra), que apénas daba señas de sensibilidad y movimiento.

El canguro es un animal nuevamente descubierto. Líbreme Dios de querer hacer una descripcion facultativa de él : *non nostrum*. Diré solamente que es poco más ó ménos del tamaño, pelo y color tostado de una cabra; la cabeza bastante parecida á la de un conejo, particularmente en las orejas; las piernas de atras muy largas, y las de adelante sumamente cortas, de manera que camina en dos piés ó á saltos, ayudándose con las manos cuando lo necesita; tiene la cola larga y peluda. Es animal pacífico y de buenas costumbres.

El rinoceronte que yo vi tenia cuatro años, segun aseguró el charlatan. Sería poco mayor que un buey; de un color obscuro, parecido al del elefante; no tiene pelo ni conchas, como algunos creen, sino una especie de costra durísima, capaz de hacer rebotar un balazo, con unos pliegues encima de los encuentros y juego de brazos y piernas, que forman aquellas divisiones que se ven en las estampas de este animal. Debajo de estos pliegues tiene un pellejo muy delicado y flexible, por cuyo medio puede andar y moverse hácia donde quiere; que de otro modo no podria; tiene hendidas las pesuñas, y sus armas consisten en un solo cuerno, que le nace encima de las narices. Como el rinoceronte que yo vi era jovencillo todavía, apénas tenía tres dedos de cuerno sobre el pellejo; pero enseñaban allí mismo un cuerno que decian ser (y lo parecia) de otro rinoceronte más provecto, de unas dos cuartas y media de longitud: por donde, hecho un cálculo prudencial, se puede inferir que cuando el rinoceronte llegue á su natural estatura, no será menor que el elefante.

Era infernal la música que resultaba de el bufar de los tigres y panteras, el graznar de los guacamayos y el chillar de los micos, mezclado con el són de las cadenas y las disertaciones descriptivas anglo-sajonas del rector de aquel colegio. Pero todo se podia tolerar por ver la inquietud y

travesura de los monos y micos, que aunque presos y en tierra extraña, no dejaban por eso de entretenerse, dando saltos y vueltas, retozando unos con otros, espulgándose recíprocamente y haciendo gestos : no he visto en mi vida tinelo de pajecillos más vivarachos y enredadores.

XV.

En Inglaterra hay absoluta libertad de religion : en obedeciendo á las leyes civiles, cada cual puede seguir la creencia que guste, y sólo se llama infiel aquel que no cumple sus contratos. No há muchos años que un lord se hizo turco, se fué á Constantinopla, estableció un bonito serrallo, y vivió como un verdadero musulman hasta que el Profeta le llamó á gozar del prometido paraíso. El célebre Lord Jorge Gordon, sentenciado á cinco años de prision por revoltoso y tumultuario, se ha hecho judío en la cárcel, ha sufrido la circuncision, se ha dejado crecer la barba, y hoy dia se llama Abraham.

XVI.

Los piés de las inglesas son de enorme magnitud; y tan léjos está de éste ser un defecto en las damas, que las que no los tienen de forma tan gigantesca están expuestas á la censura pública. Cuando vino de Prusia á casarse á Lóndres la que hoy es Duquesa de Yorck, observó la Córte, con mucho sentimiento, que tenía los piés chicos; se habló en los papeles periódicos de esta notable falta, y se hizo mucha burla en coplas y caricaturas, que salieron entónces, de la pequeñez intolerable de su pié. Y ¡ nos admiramos que en el Senegal y en Congo se llamen feas las aguileñas, y que se queden para tias las que no son más negras que el hollin!

Lo que es hermoso á los ojos de un hotentote, podrá ser horrible á los de un lapon; un persa y un apache seguirán opinion distinta en puntos de belleza física; disputarán eternamente sin entenderse, y todos tendrán razon. Las ideas de proporcion y hermosura en las formas tienen su tipo original en la naturaleza; y como ésta es capaz de una variedad increible en los diferentes climas y países del mundo, necesariamente deberán ser opuestas las opiniones de los hombres acerca de ellas. Pero volvamos á los piés de las inglesas.

Las mujeres de este país no reciben una educacion tan atada como las nuestras; se crian con más libertad y holgura; saltan y corren, y así se forman y robustecen cuanto es necesario, segun las facultades y el temperamento físico de cada una. No teniendo en su niñez aprisionados los miembros, ni angustiado el ánimo, se hacen altas, fornidas y bien dispuestas, y el pié, en su crecimiento, participa, como las demas partes del cuerpo, de los privilegios de esta libertad. Así vemos entre nosotros que las marmóreas vizcaínas, que pasan su vida en el campo, subiendo y bajando, descalzas de pié y pierna, por la aspereza de sus peñascos, tienen los piés más grandes que las señoritas tísicas de Madrid, que bajan al Prado rezumándose los domingos delante de mamá, y se vuelven á toda prisa con sus piececitos invisibles, ántes que anochezca, para que no las acorche el sereno. Los piés de las españolas parecen más pequeños todavía de lo que son, por la estrechez de los zapatos, donde están los dedos unos sobre otros, en contínuo martirio; á que se añade la posicion violenta que dan los tacones, haciendo doblar el pié por el nacimiento de los dedos y levantándole de talon, todo lo cual le da un escorzo que en la apariencia le amenora. Las inglesas ni calzan ajustado ni gastan tacon.

XVII.

Estado progresivo de la deuda nacional desde su principio, en el reinado de Guillermo III, hasta hoy. Sacado del *Correo de Lóndres* de 21 de Setiembre de 1792.

En el reinado de Guillermo III la deuda era 000,000.

En el actual llega ya á 270.000,000 de libras esterlinas.

En el reinado de Guillermo III se contaban en Inglaterra y el principado de Gáles un millon y trescientas mil casas, de las cuales, quinientas y cincuenta mil tenian chimenea; lo cual consta por la tasa sobre las chimeneas del Reino.

En el actual reinado, el número de casas se ha reducido á novecientas ochenta y seis mil, de las cuales, las trescientas treinta mil son chozas, como se manifiesta por las listas de imposicion sobre las casas.

Resulta, pues, que desde el reinado de Guillermo III al presente hay de ménos doscientas veinte mil chozas, y noventa y cuatro mil casas, lo cual produce una diminucion de poblacion, que está regulada en un millon y quinientos mil habitantes en esta parte de la Gran Bretaña. Sin embargo, la deuda nacional es de doscientos setenta millones de libras esterlinas.

XVIII.

Los cueros son muy escasos en Inglaterra; pero no debe causar admiracion, si se considera la inmensa cantidad de reses que se han exportado de esta isla : en el año último de 1791 salieron de sus puertos más de cuarenta mil cabezas de ganado. Este Reino ha exportado igualmente en dicho año tres millones y cuatrocientas mil varas de lienzos de várias calidades. (*Correo de Lóndres* de 28 de Setiembrede 1792.)

Por un decreto de navegacion británica se manda que ninguna produccion extranjera será llevada á Inglaterra sino *directamente* y en bastimentos ingleses, ó pertenecientes á los individuos del país de donde sea la produccion: un bastimento no se llama inglés sino en cuanto sea de *construccion y propiedad inglesa*. Este decreto fué promulgado en 1651; el porte de los buques ingleses no excedia entónces de noventa y seis mil toneladas. En 1775 entraron en los puertos de Inglaterra nueve mil doscientos cuarenta y siete buques, que medían novecientas cuarenta y tres mil toneladas; y en el mismo año salieron nueve mil setecientos diez y nueve, midiendo ochocientas ochenta y ocho mil. En 1790 el número de buques que entraron fué de doce mil doscientos noventa y cuatro, midiendo un millon cuatrocientas cuarenta y dos mil toneladas, y salieron doce mil setecientos sesenta y dos, que medían un millon cuatrocientas veinticuatro mil novecientas doce.

En 1792 el número de buques que pasaron el Sund fué de doce mil ciento catorce, de los cuales, cuatro mil trescientos cuarenta y nueve eran ingleses.

El comercio inglés se funda sobre las leyes; adoptando la misma legislacion, las demas potencias adquiririan su fuerza natural. La corona de Jorge III se sostiene por las aduanas, y el *acto de la navegacion* le da el señorío del mar. (*Observaciones de Ducher sobre el acto de navegacion*, insertas en el *Monitor* del dia 12 de Febrero de 1793.)

XIX.

El pecado mortal de los ingleses, el que cubre toda la nacion y hace fastidiosos á sus individuos, es el orgullo; pero tan necio, tan incorregible, que no se les puede tolerar. ¿Se habla de religion? Todas las demas naciones son fá-

tuas, supersticiosas y fanáticas en sus principios y prácticas religiosas. No obstante, sin contar las várias sectas de presbiterianos, independientes, anabaptistas, metodistas, socinianos, hugonotes, calvinistas, quakers, judíos y otras que se componen de ingleses, como fácilmente puede inferirse, y constituyen una gran parte de la nacion, llenas de ilusiones y extravagancias, la dominante anglicana, ni carece de intolerables abusos con respecto al órden político; ni en cuanto á la creencia, de supersticiones y prácticas ridículas, ni es ménos apta á inspirar todos los furores del fanatismo que la más intolerante y rígida. Esto se ha visto muchas veces, y se repetirá de tiempo en tiempo, á causa de la disposicion que ofrece la bestial ignorancia del populacho al interes ó al celo fanático de los que le agitan y conducen. ¿Se trata de Gobierno? Ninguno hay mejor que el suyo: su gloriosa constitucion es la mejor de las constituciones posibles. Ni ¿cómo un inglés confesaria que la forma de su gobierno puede enmendarse, y que no es el más perfecto que existe sobre la tierra? Esto no lo sufre su vanidad. Los he visto mil veces confundidos á vista de las poderosas razones con que se les pueden probar los defectos de su decantada constitucion, ó los abusos introducidos en su práctica; pero jamas he visto que convengan de buena fe en ninguno de los puntos sobre que con tanta razon se les arguye.

Es de inferir que en todas materias serán consecuentes. Su ejército, su marina, son invencibles; Inglaterra es inatacable: si tienen alianza con otro reino, es para protegerle; si le declaran la guerra, es para destruirle: las demas naciones son miserables y pobres y tontas, si se comparan con la suya; sus literatos los primeros del mundo; su Shakespeare el ingenio más divino que ha existido jamas; y por consiguiente, el teatro inglés á (pesar de tantas extravagan-

cias y delirios como en él se sufren), comparable, si no superior, á todos los demas, antiguos y modernos.

¡Pobre del extranjero que ántes de llegar á Lóndres no haya aprendido el ejercicio de las ceremonias y modales ingleses! Si no se peina como ellos, si no toma el té como ellos, si no va vestido como ellos, si no come y bebe como ellos, es hombre perdido: ántes de oirle una palabra, se le graduará de extranjero, que es decir, un bestia sin educacion. Esta dulce satisfaccion de que nada hay bueno sino en Inglaterra les hace mirar todo lo que no es inglés con una caritativa compasion, que aturde; les hace decir tan clásicos disparates acerca de las otras naciones, y atreverse á preguntas tan necias y extravagantes, que no hay extranjero que pueda contener la risa al oirlas.

Este ignorante orgullo, acompañado de las costumbres feroces que áun conservan, les da un aire de rusticidad, que ofende á la vista. Cualquiera que haya asistido á los espectáculos donde se reune la juventud más decente de Lóndres, habrá observado en su fisonomía, acciones y movimientos, una grosería insultante, que dista mucho de la dulzura y urbanidad, que son hijas de la riqueza, el lujo y la buena educacion. Todos ellos me parecen otros tantos carniceros ó toreros puestos en limpio: tal era el aspecto rústico y amenazador con que se presentaban. ¿De dónde pueden nacer defectos tan notables, sino de la ignorancia, y la ridícula altanería y presuncion que nace y vive con ellos? Es inútil advertir que hay excepciones; y ¿en qué cosa no las habrá? En este artículo no he hablado de los sabios ingleses; he hablado sólo de los ingleses.

XX.

Las caricaturas inglesas son muy divertidas: hay tiendas en Lóndres que pueden llamarse almacenes de ellas, tal es

su abundancia. Todo es asunto acomodado para estas obras: la literatura, la moral, y sobre todo la política, prestan ámplia materia á los artífices de este género grotesco, para sacar todos los dias nuevas invenciones. ¿Se quiere ridiculizar á un escritor, por más sabio, por más respetable que sea? No hay sino valerse de uno de estos mamarrachistas, que con cuatro líneas y un poco de color le pondrá en ridículo, le presentará al público, y no habrá quien pase por la calle, que no suelte la risa al verle de tan lastimosa figura. Muchas veces una caricatura suple, y áun excede, á la crítica ó la sátira más amarga. He visto en estas estampas ridiculizadas las modas de todas las naciones, sus costumbres, y áun sus virtudes: la gravedad de los magistrados de Inglaterra, la afectacion de las señoritas, el verdor de las viejas, la vanidad de los nobles, la bajeza de los cortesanos; en una palabra, todos los vicios del hombre en sociedad, expuestos á la risa y al escarnio público. Los debates del Parlamento, los proyectos de los ministros, las resoluciones del Gobierno, los acaecimientos políticos, nacionales ó extranjeros, se ven igualmente representados en ellas, unas veces por medio de la alegoría, y otras en composicion historial. En unas está el Rey de Inglaterra cagando en un bacin, y celebrando al mismo tiempo consejo privado con sus ministros, representados en figuras de lobos, garduñas, zorras y aves de rapiña. En otras le están éstos metiendo proyectos por el culo con una jeringa; y al paso que los recibe, por detras los va vomitando encima del Parlamento, que está en cuclillas, recibiendo con grande humildad cuanto el Rey le envía. En otras está el Príncipe de Gáles saltando de un birlocho que va disparado, y se le pinta en actitud de caer sobre su querida lady Fitz-Herbert, que está ya en el suelo, panza arriba, con las piernas abiertas para recibirle. En otras el lord Macartney, embajador de Inglaterra, está besando el

culo, con mucha devocion, al Emperador de la China. En otras hay un besaculos general, empezando por el Rey, á quien siguen los ministros, el Parlamento, el Clero, el lord Corregidor y el pueblo de Lóndres, que es el último; y á éste, en vez de besársele, se le azotan cruelmente unos sayones, que le gritan al mismo tiempo: *¡libertad, prosperidad! ¡viva la Constitucion!* Si así tratan á su Rey y á sus ministros, no hay que esperar que sean más contenidos con las demas naciones: jamas he visto más abatida la majestad, que en las caricaturas inglesas; ni hay soberano de Europa, por más temido y poderoso que pueda ser, que haya escapado de hacer papel de botarga en ellas, y de haber servido de diversion por dos ó tres reales al populacho de Lóndres. El ridículo de las caricaturas consiste en tres cosas: 1.° en el modo satírico con que se presenta el asunto, que equivale á la fábula en la comedia; 2.° en las actitudes de los personajes, que equivalen á las situaciones del teatro; 3.° en lo recargado de los gestos, que es lo mismo que la expresion de los caracteres risibles que se introducen en un drama. Una caricatura es, respecto del diseño en el género agradable, lo que una farsa respecto de la buena comedia. Entre las muchas obras de esta especie que diariamente se publican, hay algunas de bastante mérito; y como en la pintura ha habido autores célebres, tambien en este género grotesco y recargado, que es un ramo de ella, los ha habido y los hay.

XXI.

Los franceses son más habladores que los españoles, y éstos más que los ingleses. En los paseos y concurrencias públicas se echa de ver la taciturnidad de esta gente. Algunas veces se ve en un café, cuyas mesas están todas ocupadas, donde comen y beben en compañía, que, ó no hablan,

ó hablan en voz baja, como si tuvieran miedo de ser oidos; muchas veces sólo se percibe el toser y escupir, ó el ruido de las botellas. Pero áun es más notable esto en aquellos parajes donde se junta un gran concurso de hombres y mujeres: siendo ellos todos jóvenes, y ellas todas p....., beben ponche ellos con ellas, se dicen flores, se agarran de los brazos, se pasean sin cesar por el salon, con una honesta frialdad que sorprende; pero en cuanto al ruido, es tan corto el que se percibe, que no puede ménos de causar admiracion al que por la primera vez lo observa. Si en España se permitieran tales reuniones, ¡qué trisca andaria, con sólo un par de docenas de señoritos madrileños y una docena no más de malagueñas ó gaditanas!

XXII.

Una de las extravagancias que, á mi entender, hacen poco honor á las luces de esta nacion (que algunos, acaso con demasiada facilidad, suelen llamar la nacion filósofa), es la de la nobleza. Hacemos burla de los vizcaínos, asturianos y montañeses, porque pecan en linajudos; pues no hay que admirarse: los célebres ingleses caen tambien en esta debilidad: nuestro *Dómine Lúcas* hallaria tambien originales en la patria de Newton. Aquí hay escuderos, caballeros, baronetes, barones, vizcondes, condes, marqueses, duques, señorías, excelencias, grandezas, y escudos partidos y enteros, campos de plata, grifos, sirenas, unicornios, coronas, yelmos, plumas, motes y toda la ensalada de jeroglíficos góticos que inventó en los siglos de tinieblas la ciencia del blason. Aquí hay tambien sangre azul y colorada y verde, como en otras partes; aquí tambien se sufren genealogistas, y hay quien escriba grandes volúmenes de estas futilidades, y hay quien los compre y los lea y los aprecie. Aquí tambien se disputa de sangre en el ojo, y se revuelven

los abolorios, y se citan los cimenterios para probar el mérito personal. Aquí tambien hay bosques enteros de árboles genealógicos, y se habla de entronques y de noblezas rancias y frescas, y se pintan en los coches, se tejen en las franjas y se graban en los orinales los blasones adquiridos á palos y coces y á quien más pudo, en aquellos tiempos de ignorancia y de tiranía. Pero no basta decir que aquí tambien se aprecian estas puerilidades; es menester advertir que se las da mucha estimacion, que se habla de ello con la mayor formalidad, y que este tufo aristocrático ha ocupado de tal manera las cabezas, que son muy pocas las que están libres de frenesí. Cuando se observan de cerca las naciones, áun aquellas que, no sin motivo, son admiradas, ¡cuánta consolacion ofrecen á los errores y defectos de las demas!

XXIII.

El adulterio no es de aquellos delitos que castiga de oficio la justicia pública. Si el marido se declara ofendido, y lo prueba en debida forma, el adúltero paga una multa proporcionada á su fortuna, que algunas veces suele ascender á sumas muy considerables. Esta cantidad se le entrega al c..... do en recompensa del honor perdido; pero á la mujer no se la castiga de ningun modo, ni es consiguiente la separacion á la infidelidad. Así se ve que despues de concluida una de estas causas, habiendo cobrado el marido lo que le toca por sus....., prosigue viviendo en paz con su mujer. Si no anduviera dinero de por medio, podria esto llamarse sublime filosofía, generosidad, virtud; pero ocurriendo esta circunstancia, me parece poco honor. De aquí debe inferirse, y los ejemplos lo confirman, que muchas veces un adulterio no es más que una especulacion, concertada muy de acuerdo entre marido y mujer, para despojar á un gran señor ó á un comerciante opulento de una porcion

considerable de guineas, y socorrer por este medio las necesidades de su familia. Las causas de adulterio se imprimen en los papeles públicos, y además salen libritos de ellas, donde se expresan todas las circunstancias y pruebas del caso, con los nombres de los interesados y el retrato de la señora, para mayor instruccion y deleite de los lectores.

XXIV.

Convienen todos en que el suicidio es muy comun en Inglaterra: las circunstancias exaltan el temperamento melancólico de esta gente, y á fuerza de raciocinar, concluyen que es necesario matarse. La época en que se verifican más suicidios es en el invierno: el mes de Noviembre particularmente está reputado por mes fatal; y no es muy extraño, puesto que el invierno (especialmente en Lóndres), húmedo, nebuloso y triste, es capaz de dar fastidio al hombre más bien hallado con su existencia. Sin embargo, desde el mes de Octubre de 92 hasta el de Marzo del año siguiente sólo se verificaron en esta ciudad cuatro suicidios. Fueron los muertos un herrero, un comerciante de vinos, un aprendiz de no sé qué oficio, y un judío que se hallaba preso en la cárcel. De éstos sólo se halló que tuviera motivos de disgustos el judío, á quien, habiéndole abierto, encontraron media libra de arsénico en el estómago.

XXV.

Es cosa particular ver en los espectáculos y los paseos á los canónigos, deanes, arcedianos ú obispos ingleses con sus grandes pelucas, muy graves, rollizos y colorados, llevando del brazo cada cual de ellos á su mujer, y delante tres ó cuatro chiquillos ó chiquillas, muy lavaditas, muy curiositas y muy alegres. Una mujer que llega á obispar puede considerarse por una mujer feliz. ¡Qué satisfaccion,

ver todo un pueblo postrado á los piés de su esposo, pendiente de su palabra, instruido por su doctrina, dirigido por sus consejos! ¡Qué vida muelle y regalona no ha de gozar en su compañía!

XXVI.

El Museo Liveriano, que se compone de un precioso gabinete de historia natural y algunas colecciones de curiosidades, pertenecientes á la historia de los viajes, trajes y costumbres de várias naciones antiguas y modernas, se rifó pocos años há, y el actual poseedor le adquirió por una guinea, que era el precio de cada billete. Está abierto diariamente para el público, pagando 12 rs. de entrada cada persona.

La coleccion de vegetales es muy escasa: contiene algunas muestras pequeñas de diferentes maderas, varios frutos raros de la India y tierras australes, trigo de Guinea en mazorcas, más largas y delgadas que las del maíz, y sus granos como los perdigones de mostacilla; algunas muestras de varios maíces; un tronco de árbol de la figura de una tabla, cubierto con su corteza, y otros dos troncos en cuyo centro hay grandes huesos de animales, al rededor de los cuales ha crecido el árbol, comprimiéndolos por todas partes, sin dejar concavidad alguna, y el hueso que ménos distante se halla de la superficie de la corteza, dista de ella tres pulgadas.

La coleccion de conchas y cuerpos marinos, aunque no es muy abundante, contiene algunas piezas muy raras. Lo mismo puede decirse en cuanto á minerales. La de insectos es muy numerosa y escogida. Entre los reptiles se ve el dragon, tan celebrado por los poetas soñadores y los pintores, sus secuaces; pero no me dió idea ni del dragon de Cólcos, ni del dragon que mató San Jorge, en aquellos felices

tiempos en que todo dragon de mediana edad tenía seis ó siete varas de longitud. Los que ahora se usan, gracias á Dios, son más pequeños; el que está en el Museo Liveriano tendrá unas cinco pulgadas de largo; su figura y tamaño, la misma que la de las lagartijas comunes que corren por las paredes, con la diferencia de tener dos pequeñas alitas membranosas, con las cuales puede volar de una á otra parte. ¡Cuándo llegará el dia en que poetas y artífices hagan confesion general de lo que han mentido acerca del fénix, del pelícano, los centauros, las sirenas, los sátiros, los hipogrifos, el basilisco, el delfin, el dragon y otras alimañas, desfiguradas por ellos ó inventadas *ad libitum*, con poco temor de Dios y notorio perjuicio de la historia natural!

La coleccion de fósiles contiene muchas y admirables preciosidades: gran cantidad de cuernos de Amon sueltos, petrificados, y algunos de una tercia de diámetro; otros muy pequeños, confusamente unidos en grandes pedazos de mármol; várias conchas, caracoles y otros productos marinos en tierra caliza; dos grandes trozos de columnas de basalto, traidos de Irlanda de la cueva llamada de los Gigantes, idénticas á las que se hallan en la isla de Staffa, cerca de Escocia; un tronco de árbol petrificado y mineralizado en algunas partes con piedras incas; un colmillo de elefante, de ciento y trece libras de peso, hallado en Inglaterra al hacer una excavacion; varios huesos sueltos petrificados, y otros unidos á piedras durísimas.

Una crisólita de inapreciable valor, de tres cuartas de longitud y proporcionalmente gruesa: la forma extraordinaria de su cristalizacion, su dureza, su transparencia, su color y su magnitud la hacen considerar hasta ahora como única en su especie. Es igualmente pieza muy curiosa una piedra flexible, llamada *cuero de montaña*, de media vara de largo, cortada en forma de tabla y que se blandea, cogiéndola

por los dos extremos, como si realmente lo fuese. Hay tambien dos pedazos de piedra, llamada del Labrador (en la América Septentrional), la cual, herida de la luz, vuelve á la vista hermosos colores y cambiantes.

La coleccion de peces es poco abundante, como tambien la de cuadrúpedos. Entre éstos hay un elefante y un hipopótamo, uno y otro lastimosamente estropeados, alteradas sus formas, pelados enteramente, y perdido su color natural con un barniz negro que les han dado. El elefante es algo mayor que el de Madrid; el hipopótamo, de la altura de un buey, pero mucho más largo, y grueso en proporcion, corto de piernas y armado con grandes colmillos. Cotejado éste con el esqueleto desconocido que hay en Madrid, no me parece que aquel pertenezca al hipopótamo. Se ve tambien en la misma sala un cráneo muy grande de este animal. Hay gran porcion de monos y micos, de varios tamaños y figuras; entre ellos uno (de cuyo nombre no me acuerdo) blanquecino, con los brazos muy largos, que se ve representado en las estampas de Buffon.

La coleccion de aves es abundantísima, y acaso habrá pocas en Europa que lo sean tanto: en ella se ven piezas muy singulares, traidas de China y de la India Oriental.

Entre las curiosidades de otra especie que allí se ven, hay una serje de medallas acuñadas en Rusia, en diferentes ocasiones, desde Pedro el Grande hasta nuestros dias. Una coleccion de herraduras y otra de espuelas, ambas con piezas muy extraordinarias; otra de zapatos, de formas y adornos particulares, de varios paises y tiempos. Trajes de naciones remotas, y algunos de los antiguos ingleses; jubones, gorgueras y otros atavíos de tiempo de la Reina Isabel; un coleto de Oliverio Cromwell; y entre algunos idolillos del Indostan y rosarios berberiscos, hallé una Santa Rosa de Lima; en un corazon de seda, talcos y abalorios, de los que en

España suelen colgarse sobre los estrados por devocion y adorno. Se ve tambien una figura de cuerpo entero, retrato del lord Montaigu, de quien se habló en el art. xv, vestido con el mismo traje y adornos turcos que usaba en Constantinopla.

Pero lo que se hace más digno de la atencion de los curiosos es la coleccion de armas, trajes, adornos é instrumentos bárbaros, que recogió el célebre y desgraciado capitan Cook en sus atrevidos viajes al rededor del mundo. Hay gran número de mazas ó macanas de madera durísima, labradas muchas de ellas prolijamente; pinchos, lanzas y dagas de la misma materia, hachas de armas, unas de madera y otras guarnecidas además con colmillos de animales, pedernales y piedras duras, aseguradas fuertemente en ellas; arcos, flechas y otros instrumentos bélicos. Dos canoas pequeñas, donde sólo cabe un hombre; tendrá cada una cuatro varas y media de largo, y una vara escasa en su mayor anchura, cerradas por todas partes, á excepcion de un solo agujero en medio del puente, donde puede meterse hasta la cintura el hombre que las conduce. Muchas redes, anzuelos de hueso y otros utensilios de pesca; cestos para agua y leche, perfectamente tejidos, de hojas de palma, fibras de árboles, grama muy menuda, paja, etc. Hay tambien varios adornos femeniles: brazaletes y collares de conchas, piedras pequeñas ó dientes de animales; collares de pluma, fajas, bolsas de cuero ó tejidas de sustancias vegetáles, con adornos de bordado y perspuntes de varios colores; botas de cuero y camisas de intestinos de ballena. Platos y cuencos de várias frutas ó maderas, y otros utensilios domésticos. Máscaras de madera para sus bailes y regocijos, representando varios animales, ó figuras humanas disformes; instrumentos músicos para el mismo efecto, que consisten en unas cajas de madera, donde echan piedras, que suenan

con el movimiento, y flautas semejantes á la del dios Pan, compuestas de siete, nueve ó diez cañas, iguales en grueso y desiguales en longitud, unidas unas con otras. Peines para arañarse los rostros en ocasiones de dolor privado ó público; máscaras de madera con figura humana y adornadas de cabellera natural, que ponen á las puertas de las casas por la muerte de algun amigo: una de ellas tiene mucha expresion, y se parece perfectamente á la máscara trágica de los antiguos. Hay, además, algunos ídolos hechos de plumas encarnadas, con unos ojos grandes muy espantosos, la boca disforme y guarnecida de colmillos de animales; estos ídolos constan sólo de cabeza y cuello, de tamaño mayor que el natural y de formas horribles; los sacerdotes los llevan en las manos en las grandes ceremonias públicas. Igualmente se ven varios trajes de reyes y magnates, de singular hermosura y artificio, hechos de plumas finísimas, de extraordinaria brillantez y exquisitos colores; cascos muy semejantes en su forma á los antiguos de las armaduras europeas; bandas, diademas, cetros y otros adornos de igual materia y artificio; y entre ellos está el precioso manto y penacho que llevaba puestos el Rey de Owhyhee cuando recibió á Cook, al cual se los puso y regaló, para manifestarle la satisfaccion que habia recibido al verle.

Tales son, en suma, los principales objetos que se conservan en el Museo Liveriano. Es muy sensible que el edificio no sea bastante capaz para darles otra colocacion mas cómoda; y sobre todo, hacen gran falta unos catálogos de todo lo que hay, con el órden y explicacion conveniente; pues los que hasta ahora se han hecho, sólo tratan de la coleccion de Cook. De todas maneras, es cosa verdaderamente digna de la atencion de cualquiera curioso y de los que se dedican al estudio de la naturaleza ó á la historia de los conocimientos humanos y costumbres de las naciones.

XXVII.

Al entrar por la primera vez en Lóndres, se percibe el olor desagradable del carbon de piedra, que con tanta abundancia se quema en esta ciudad; pero á pocos dias se hace costumbre, y no incomoda. No obstante, como quiera que este carbon despide un humo espeso, lleno de partículas sulfúreas y bituminosas, que por la humedad del aire (particularmente en invierno) no puede subir á una altura proporcionada, ni ser llevado por las corrientes del viento á lugares distantes, sino que vuelve á caer sobre la ciudad misma, resulta de aquí que el aire que en ella se respira es muy perjudicial, carga la cabeza y ataca el pecho, con notorio peligro de la salud.

No se gasta otro carbon que éste generalmente, ni en las fábricas ni en las casas particulares; con él se guisa en las cocinas, y con él se calientan las habitaciones en invierno, puesto en estufas y chimeneas. Si éstas fueran tan mal construidas como las de España, presto moririan ahogados cuantos habitasen los cuartos donde las hubiese; pues si alguna vez (que es muy raro) llega á rebatirse el humo dentro de ellos, es tan insufrible é infernal, que inmediatamente hay que abrir puertas y ventanas para darle salida. Pero el arte ha llegado en este punto á su mayor perfeccion, y no debe omitirse que el mismo Benjamin Franklin, aquel hombre admirable, honor de nuestro siglo, que quitó el rayo á Júpiter y el cetro á los tiranos, no se desdeñó de escribir un tratado sobre el modo de construir chimeneas.

Hay minas abundantísimas de carbon de piedra en Inglaterra, y todo es menester para el inmenso consumo que de él se hace. Es muy pesado; al irse encendiendo, despide gran porcion de aire inflamado y humo sulfúreo; una parte de él se derrite y arde como pez; el fuego que produce es

sumamente activo y durable; circunstancia que le hace preferible á cualquier otro, en particular para el uso de las fábricas, herrerías y fundiciones. En España hay tambien minas de ello; pero en España sólo se hace caso de las minas del Perú, orígen funesto de nuestra inaccion y nuestra pobreza.

XXVIII.

La bata larga, la escofieta y el sombrero es un traje muy comun en Lóndres; las criadas de las casas, con su escofieta y su bata puestas, estropajean las escaleras, atizan la lumbre y friegan las vasijas más necesarias al uso doméstico; las mujeres que barren el lodo de las calles no por eso dejan de estar muy puestas de sombrerillo y bata, ni por eso tampoco dejan de pedir limosna á cuantos encuentran. No hay que decir que las que venden frutas, leche, bollos, coplas y otras frioleras van del mismo modo, porque debe inferirse; las lavanderas igualmente se presentan con el mismo atavío. Es verdad que no siempre la calidad de las telas y adornos es de lo más delicado, ni siempre anuncian acabar de salir de la tienda; pero esta circunstancia accidental ¿les quitará el ser batas y escofietas y sombrerillos?

XXIX.

Las maderas de Indias son tan comunes en Lóndres, que yo puedo asegurar no haber visto en ninguna casa decente mesas, papeleras, estantes, bancos, veladores, cajoncillos, camas, rinconeras, etc. de maderas de Europa. Es necesario que sea muy infeliz el que no tenga en su habitacion muebles de esta calidad. Nosotros, dueños de toda la América y de Filipinas, no gozamos de este privilegio, y tal vez compramos á los ingleses estos muebles mismos, si queremos

(con mayor equidad en el gasto) que la perfeccion de la hechura corresponda á lo precioso de la materia. Antiguamente, á lo ménos se labraba en España el nogal; ahora pintamos el pino de color de porcelana: ¡qué ridiculez! como si pudieran hacerse camas y sillas de barro! ¡Cuánto es mejor el color hermoso y natural de las maderas preciosas de Indias, que todos estos barnices, destinados á fingir cosas imposibles, y que anuncian á un mismo tiempo nuestro depravado gusto en las artes, nuestra poca actividad é industria!

CUADERNO SEGUNDO.

1. Carta al Rey de Inglaterra.
2. Equitacion. Mujeres á caballo.
3. Defectos capitales en el trato inglés.
4. Socorros á los pobres.
5. Carros tirados por borricos.
6. Príncipe de Gáles.
7. ¿Quién es aquel?
8. Viaje á Winchester, Southampton, Porstmouth, Windsor, etc.
9. Greenwich.
10. Richmond y Kew.
11. Domingos.
12. Academia de Artes.
13. Entierros.

I.

Parte de una carta dirigida al Rey de Inglaterra por J. Gorani, frances. París, 1.º de Febrero de 1793. (Véase *Le Moniteur*, 22 Febrero.)

Dans le commencement de son règne votre majesté a prouvé qu'elle savait apprécier le mérite de chacun de ses ministres; elle avait le bon esprit alors de ne se confier qu'au plus habile : elle paraissait ne vouloir chercher son agrandissement que dans le bonheur de ses peuples. Pourquoi avez-vous changé de conduite? Pourquoi, sous le gouvernement d'un prince éclairé tel que vous, Sire, remarque-t-on une excessive dégradation dans toutes les parties de l'administration intérieure et extérieure de vos états? Pourquoi l'historien exact ne peut-il recueillir dans votre règne que des fautes impardonnables? Votre Nation fut-elle jamais si corrompue que depuis que vous êtes sur le trône? Vos ministres n'ont-ils pas surpassé leurs prédécesseurs les plus méprisables, en duplicité, en basses intrigues, en ignoran-

ce, en rapines, en perversité? Comment avez-vous pu consentir de devenir le jouet et l'esclave de ces avides et perfides adulateurs? Pourquoi, lorsque vous pouviez devenir un grand roi, avez-vous préféré d'être un tyran?... La Nation vous reproche, Sire, vos presses fréquentes et vos camps armés. Elle vous reproche d'avoir augmenté vos milices et vos troupes de terre, si inutiles à votre pays. Elle vous reproche les cruels et vains efforts que vous avez faits pour asservir les treize provinces d'Amérique : efforts qui ont augmenté votre dette publique de la somme énorme de 139.171,876 livres sterling, et dont elle paie un intérêt annuel de 3.575,126 livres sterling, somme égale à la totalité des revenues réunis des rois de Suède, de Dannemark, de Sardaigne et du Stathouder. Elle vous reproche d'avoir miné sourdement la liberté des Hollandais : elle vous reproche vos fréquentes tentatives pour porter les prérogatives du trône beaucoup au delà des bornes posées par la Constitution Britannique ; elle vous reproche des emprisonnements arbitraires, encore plus fréquents qu'ils ne le furent sous le règne désastreux d'Edouard IV ; elle vous reproche des violations manifestes du droit naturel ; de la liberté de la presse; elle vous reproche les violations les plus multipliées des droits de propriété, par une foule d'impôts arbitraires, de prohibitions et de monopoles odieux ; elle vous reproche de favoriser l'espionnage et les délations ; elle vous reproche d'avoir perfectionné l'art de la corruption et d'avoir corrompu les membres les plus acrédités des clubs de Londres et des provinces, et l'opinion publique en remplissant vos gazettes de mensonges, de calomnies et d'insinuations perfides... La Nation vous reproche votre opposition à la réforme des vices des élections et de la représentation nationale ; elle vous reproche d'avoir excessivement augmenté les impôts et la dette publique ; elle vous reproche d'avoir constamment

travaillé à l'asservir et à la ruiner; enfin, elle vous reproche de soutenir avec opiniâtreté votre ministre Pitt, principal conseiller et complice de la plupart de ces délits; et souillé de tant de crimes, n'êtes-vous pas plus coupable que Charles I? Pour régner avec gloire et prospérité, vous deviez, Sire, vous appliquer à faire établir le parfait equilibre des autorités constituées dans votre royaume : vous avez, au contraire, toujours travaillé à faire pencher et à fixer la balance en votre faveur; vos ministres ont envahi tous les pouvoirs; et par votre dernière proclamation, ils vous ont fait usurper encore le pouvoir judiciaire; et ces efforts si multipliés vers le despotisme sont de véritables crimes de lèse-Nation. Votre Nation, Sire, sait que c'est avec cette foule d'emplois et de dignités dont vous disposez, et avec l'argent que vous lui extorquez, que vous achetez ces fréquentes et serviles Adresses, dans lesquelles l'imposture et la bassesse déguissant l'état désastreux de vos finances et la misère de vos peuples, font l'éloge de votre administration; et ces dégoutantes flagorneries rappellent le langage du vil sénat de Rome à Tibère. Ce sont les succès de l'espionnage et de la corruption exercés par vos ministres dans toutes les Cours, qui ont donné à votre cabinet la juste réputation d'être le plus fourbe, le plus intrigant et le plus dangereux de l'Europe. Ce sont les soins continuels de vos ministres pour exciter la cupidité mercantile de votre Nation, pour la rendre envieuse et jalouse du commerce et de l'industrie des autres Nations, et pour la tenir dans une disposition perpétuelle aux hostilités; c'est, dis-je, cette politique abominable qui la rend ennemie de tous les peuples, et qui l'en fait détester. Jamais, Sire, cette astuce rapace ne s'est devoloppée avec plus d'audace que sous votre règne. Vos ministres, pour faire des fortunes brillantes et rapides, pour augmenter votre despotisme, ou plutôt le leur, corrompent tous ceux qui peuvent embarrasser

leur marche ou divulguer leur délits. Pour ces corruptions il faut des sommes immenses; or, sachant que la guerre est toujours un prétexte suffisant pour obtenir des subsides, et la circonstance la plus favorable pour étouffer les plaintes des mécontents, ces ministres provoquent la guerre toutes les fois qu'elle leur convient; et pendant que dure ce fléau, leurs succès sont d'autant plus certains, qu'ils dirigent eux même les dépenses de ces guerres, de la marine, des armées de terre et de mer, des affaires étrangères, des espions, etc. Que de moyens pour piller, pour masquer leurs rapines, pour payer et multiplier leurs partisans! D'ailleurs, les nouveaux impôts et les nouveaux emprunts que nécessitent les guerres, sont aussi des moyens certains pour multiplier, pour attacher à la fortune du despote une foule de rentiers et de capitalistes qui ont toujours un intérêt absolument contraire à celui de la Nation..... C'est par ces affreux moyens, Sire, que votre famille a créé la presque totalité de l'énorme dette de 280 millions de livres sterling, dont votre Nation est affligée, et dont elle paie neuf millions sterling d'intérêt annuel. Cette dette est d'autant plus criante, que l'intérêt en est trop faible pour être susceptible de réduction; qu'elle n'a point et ne peut avoir d'hypothèque; que les Nations étrangères ont plus de fonds dans cette dette que les Anglais, d'où il résulte que la plus grande partie des intérêts de cette dette est annuellement dépensée hors de vos États, et que la portion de la dette viagère extinguible n'est que d'un million deux cent mille livres sterling. Cette dette est plus criante encore, lors que l'on considère 1.° que de toutes les Nations, la vôtre, Sire, est la plus écrasée d'impôts, et que c'est encore vous qui avez créé la majeure partie de cette dette accablante; 2.° que l'énorme taxe de trois millions sterling pour les pauvres et le grand nombre de vos hôpitaux très-riches et très-peuplés, prouvent qu'une

grande partie de votre Nation est réduite à la mendicité; 3.° qu'avec une liste civile extrêmement riche, on vous en voit mendier fréquemment l'augmentation, sous le faux prétexte que vous avez des dettes : tandis que tous les Anglais voient que vous vivez sans faste, que vous ne dépensez rien des revenus de votre Électorat, et que vous avez en caisse au moins huit millions sterling, qui sont perdus pour la circulation, etc.

II.

Los ingleses gustan mucho de andar á caballo : los dias festivos salen al campo á pasearse, y el que no tiene caballo propio, le alquila. Ya se conocen en España las sillas inglesas : el traje propio de un inglés que sale á correr consiste en un chaleco ajustado, unos calzones de ante muy largos, unas botas y una gorra de correo. Así se presentan tambien á las corridas de caballos que frecuentemente se ejecutan en este país. Estas se hacen en una llanura, donde se forma un gran círculo de estacas clavadas á trechos : hecha la señal, parten á un tiempo los competidores, y en pocos minutos corren circularmente muchas millas, luciendo igualmente en esto la resistencia y ligereza de los caballos y el arte de los jinetes : el que llega ántes al puesto, segun las vueltas en que han convenido, es el vencedor. Estos juegos atraen mucho concurso, y corre mucho dinero de unas manos á otras, por las apuestas de los que compiten, y las traviesas de los apasionados. Los ingleses no hacen buena figura á caballo : en el paseo son desgarbados y sin gracia, y hacen movimientos, que más parece que ellos llevan el caballo, que no que el caballo los lleva á ellos : en la carrera, como sólo se trata de correr, es disculpable verlos echados sobre el cuello del caballo; le aplican la espuela de cuando en cuan-

do, y corren con increible velocidad. Los caballos son zanquilargos, enjutos y rabones.

Esta aficion á cabalgar no está sólo reducida á los hombres; tambien las damas toman sus lecciones de picadero, y van á pasearse á caballo á los parajes más concurridos. No montan á horcajadas, sino á mujeriegas; llevan sus vestidos de caza, sus botas, su sombrerillo con plumas, que tiemblan al movimiento del caballo, *audetque viris concurrere virgo*. Pero perdónenme las inglesas: una mujer sobre un caballo no parece bien: cuando su sexo se nos presenta robusto, rígido y feroz, como en este caso, desaparecen la delicadeza y la timidez, que son los signos que le caracterizan. La mujer que gusta de domar caballos, despídase de enamorar corazones: toda accion de fuerza es extraña en ellas, y en tanto son amables, en cuanto nos parecen débiles. Así, por el contrario, cuando á un hombre nacido para los ejercicios robustos de su sexo, se le ve en la flor de su juventud, endeble y afeminado, metido entre los cristales de un coche, se hace indigno del cariño de una mujer. Sean ellas hermosas, sensibles, tímidas y delicadas; éstas son las armas que la naturaleza les concedió; nosotros, endurecidos en las fatigas, vencedores de las fieras y los elementos, cedamos sólo á unos ojos y á una boca que sonríe suavemente, á cuya violencia deliciosa no hay corazon que no se rinda. Tal es su destino, tal es el nuestro.

No diré lo mismo de las inglesas que se ven continuamente en las calles y en los paseos dirigiendo un birlocho con dos caballos, porque no es aquella una accion de fuerza viril, sino de inteligencia y destreza, ayudada por el arte. Una dama hermosa que atrae los ojos del concurso desde aquella altura, donde se la ve dirigir con fácil impulso dos caballos, que ceden á la rienda, y en presta carrera burlan la atencion curiosa que la sigue, no es una mujer, es una

deidad que se presenta á los hombres en carro de triunfo. Nada se ve en ella que anuncie la fatiga ó el peligro: su hermosura la hace poderosa; y así como enamora los ánimos con su vista, así sujeta la ferocidad de los brutos al imperio de su voz.

III.

Las naciones opulentas por su industria y su comercio, establecidas en un terreno ingrato, que las niega la abundancia de exquisitas producciones naturales, siempre manifestarán en sus costumbres una mezcla de grosería, interes sórdido, genio suspicaz y desconfiado, que hará su comunicacion desagradable á las demas, en quienes no concurren iguales circunstancias; y estos vicios serán mayores, á proporcion que su riqueza y opulencia aumenten.

Un lapon, cubierto de pieles, ocupado en la pesca y la caza, sin otras ideas de comercio que las que puede adquirir en el trueque de los pocos frutos de su país por los artefactos ó utensilios que necesita, producto de las artes extranjeras que desconoce, ignorante acaso de lo que es dinero y riqueza, podrá en aquella simple rusticidad conservar costumbres inocentes y virtudes sociales, que tal vez faltan entre las naciones civilizadas que más las aplauden y preconizan. Pero un inglés, corrompido por los placeres y los vicios que le proporciona su riqueza, riqueza artificial, no debida á la fertilidad de su suelo, sino á su industria, ha de entregarse exclusivamente á mantener aquel precario esplendor, adquirido en fuerza de las exclusiones injustas que se procura, valiéndose de la ignorancia y descuido de las demas naciones, y ejerciendo un monopolio tiránico, miéntras se lo permiten los que deberian destruirle ó inutilizarle.

¿Por qué son poderosos los ingleses? ¿Por qué esta isla separada del orbe, que en el estado de naturaleza debia

sólo contener algunas poblaciones de pescadores y vaqueros, hace frente á las naciones más temidas de Europa, tiraniza el Ásia, infesta la América, y señorea con sus escuadras el mar? Pues no es otra la causa original que la misma insuficiencia natural de su terreno, la misma rigidez de su clima, que no pudiendo darles las delicias de otros países, les ha hecho buscar por medio de la industria la riqueza, único arbitrio de proporcionárselas ó de suplirlas. ¡Tanto puede el genio del hombre, excitado por la necesidad é irritado por los obstáculos! Pero ¿cómo podrian competir por mucho tiempo los que nada tienen con los que lo tienen todo, si no fuese por la indolencia de éstos y por el incesante afan con que los otros suplen á fuerza de arte lo que la naturaleza les negó! El sistema de aduanas de Inglaterra, murallas impenetrables á la industria extranjera, donde se pagan derechos tiránicos de introduccion, favorece, estimula y premia la industria nacional. El acto de navegacion, que no puede considerarse sin vergüenza de las demas naciones de Europa, favorece de tal manera su marina comerciante, excluyendo cuanto es posible las otras, que no sé por cuál razon existe sin que una guerra general le destruya; pero tal vez los hombres pierden de vista sus verdaderos intereses, y sólo derraman su sangre por lo que ménos les importa. El despotismo atroz con que tiranizan el Asia es harto conocido; el contrabando que ejercen en nuestras posesiones de América y el constante sistema de usurpacion tan repetido ya, que ignoro cómo se dilata el golpe mortal con que nos despojen de aquellos dominios, que han sido siempre el objeto de su ambicion. La falta de frutos la suplen con la actividad de su navegacion, que va á buscarlos donde la naturaleza los produce; los llevan á Inglaterra, los mejoran y convierten en objetos de necesidad y de lujo, y vuelven á venderlos con nueva forma á las mismas naciones

á quienes los compraron ó los hurtaron primero. La falta de brazos la suplen con máquinas, caminos y canales; la falta de minas, con el giro de su comercio y los productos de sus artes; la falta de propiedad individual, con socorros voluntarios y suscripciones; y á este plan de interes común preside el espíritu de patriotismo, que todo lo abraza y vivifica.

¿Qué mucho, pues, que un extranjero se vea sacrificado desde que entra hasta que sale de Inglaterra! ¿Qué mucho que, si es rico, le engañen, y si es pobre, le desprecien! ¿Qué mucho que le pidan dinero por entrar en una iglesia, por ver un palacio del Rey, por ver el Parlamento, por ver un jardin, por leer en una biblioteca, por ver un museo, un gabinete, una armería, ó cualquiera otra curiosidad pública! ¿Qué mucho que se le dificulte ver una fábrica, un almacen, una máquina, y que siempre le miren como á un espía sospechoso! ¿Qué mucho, en fin, que falte en el genio nacional franqueza, desinteres, magnificencia, si estas virtudes son opuestas directamente al interes privado y público, que ha producido por necesidad los vicios contrarios! Á estas causas debe atribuirse la reserva, el egoismo, la desconfianza, la dureza para con los extranjeros, la ambicion y el espíritu de rapiña, que hace á los ingleses tan poco amables en su trato á todos los que no lo son.

IV.

En ninguna parte he visto practicada la verdadera caridad política con tanto acierto como en Inglaterra: aquella caridad que socorre la verdadera pobreza, y la hace desaparecer por medio de auxilios oportunos; que proporciona el trabajo, que sostiene la inocencia y la virtud contra los peligros á que la necesidad las expone; que alivia á la natura-

leza doliente, débil ó decrépita; en una palabra, aquella que, dejando libre á los delitos el camino de la prision ó del cadalso, ampara á los que se hacen dignos de invocarla, y en cuanto es posible, enmienda los males que causa al género humano la desigualdad escandalosa de las fortunas. Ya debe suponerse que donde se ejerce esta ilustrada caridad, no se verán filas de pobres asquerosos, insolentes, holgazanes, llenos de vicios, espulgándose al sol, y esperando la hora de llenar las horteras en una olla de bodrio que se reparte entre ellos; ni se verá lleno de esta gente el portal de un poderoso, ni la entrada de una iglesia, donde con grande ostentacion farisaica se les reparten cuarenta ó cincuenta reales, de dos en dos cuartos; porque ni ésta es caridad cristiana, ni éstos son pobres.

Cada parroquia de Lóndres socorre á los suyos; en todas ellas hay establecimientos para huérfanos de ambos sexos; los alimentan, los visten, los educan y los enseñan; los muchachos aprenden un oficio; las muchachas, todas las labores que las son propias. Ellos mismos (sin perjuicio de la facultad á que particularmente se dedican) tejen los paños, lienzos ó telas de que se visten; cortan y cosen los vestidos; en suma, cuanto es de su uso, otro tanto hacen, pues sólo se les dan las primeras materias. Todos ellos alternan en estas ocupaciones, de donde resulta que aprenden cuatro ó cinco oficios á un tiempo: un muchacho que es tejedor una semana, otra es sastre, otra zapatero, y así va mudando de ejercicios: todos los sabe y todos los practica. Las muchachas, entre otras obligaciones, tienen la de hacer camisas para unos y otros, medias, calcetas, lavar y coser la ropa.

Estas parroquias asisten, en los varios hospitales de la ciudad, á sus enfermos; en otros, á las mujeres preñadas; dan medicinas y otros auxilios en necesidades particulares; so-

corren á las viudas, á los ancianos é impedidos, y proporcionan ocupacion á todo el que puede trabajar. Esto se sostiene en virtud de las limosnas, eventuales ó de obligacion, con que contribuyen los vecinos de cada parroquia; y no contando lo que se da voluntariamente, que es mucho, basta sólo advertir que uno de los impuestos de Lóndres, y acaso el más fuerte, como el más justo de todos ellos, es el que se da á la parroquia para estos fines, arreglado á una sexta parte del alquiler de la casa que cada uno ocupa. El que paga seis mil reales de alquiler al año, debe contribuir con mil para los pobres, guardándose en todos los casos la misma proporcion de uno á seis.

No es fácil ponderar las sumas inmensas que se recogen, destinadas á estos fines piadosos; ni hay cosa que dé una idea más grande de la riqueza de este país, que las suscriciones cuantiosas que se hacen diariamente con varios objetos. La que se abrió para socorro de los curas franceses, refugiados á Inglaterra en tiempo de la revolucion de Francia, ascendió, desde últimos de Agosto de 92 hasta fin de Marzo del año siguiente, á catorce mil libras esterlinas.

V.

En Lóndres son los borricos más útiles y ménos infelices que en Madrid. En vez de cargar sobre ellos pesos que no pueden sostener, y expuestos, por su mala colocacion, á que dén con ellos en tierra, como lo hacen nuestros yeseros, ladrilleros y empedradores, aquí los hacen tirar de unos pequeños carros, donde cada borrico lleva, con ménos molestia, una carga tres ó cuatro veces mayor que la que podria conducir á lomo. Cuando la distancia ó el peso aumentan, suelen poner dos burros á cada carro, colocándolos uno detras de otro, como las mulas de las galeras catalanas.

VI.

Una de las cosas que más admiran á un español que llega á Lóndres, es la poca sujecion que les da su grandeza á los más grandes personajes de la Córte, y la libertad de que gozan, habiendo sacudido la cadena intolerable de las ceremonias y la etiqueta. He visto al Príncipe de Gáles, esto es, al heredero de la corona, paseándose á caballo con un amigo, como pudiera cualquier particular. Alguna vez, en visita, en casa del Marqués del Campo, con el uniforme de su regimiento, y otras, sin distincion alguna, con su sombrero redondo, frac y botas, sin criado, ni amigo que le acompañe, divirtiéndose con las estampas ó muestras de modas que están á la vista en las tiendas. Con este traje se va á almorzar, cenar y beber á casa de sus conocidos y conocidas; con él se presenta frecuentemente en los teatros, y alguna vez se le ve sentado en el patio ó en las galerías que ocupa el pueblo. Cuando asiste á las máscaras del Renelagh, lleva descubierto el rostro, á fin de evitar cualquier disgusto que podria originársele de no ser conocido.

Habiendo citado estos ejemplos de quien, despues del Soberano, es el primer personaje de la nacion, ya debe inferirse que los demas príncipes y los señores del reino, se portarán del mismo modo.

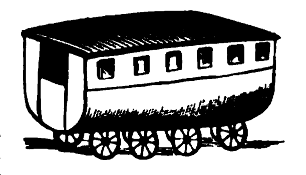
VII.

En comprobacion de lo que se ha dicho ya en varios artículos acerca del culto que se da al dios Dinero en esta nacion, no es de omitir una frase que está muy en uso entre los ingleses. Es natural cuando uno pregunta á otro *¿quién es aquel?* que le respondan : *Aquel se llama N. ; tiene tal*

facultad, ó empleo, ha hecho, ó escrito, tales obras; tiene tal habilidad, ó tales prendas; es de tal país, etc.; pero en Inglaterra no sucede así. Aquí se pregunta *¿quién es aquel?*, y responden inmediatamente : *Aquel vale dos mil guineas*, ó más ó ménos ; y segun es lo ménos ó lo más, así es el gesto de aprobacion ó desprecio del que lo pregunta. Esto de *valer* tanto, significa que aquel hombre junta tanta renta al año, ya sea por sus haciendas, por su industria ó por sus sueldos, y tal es el modo de informar del mérito y circunstancias de cualquiera. La estimacion que de él se hace, es en razon del dinero que tiene; y se tasa á un hombre como se pudiera tasar á un carnero ó á un cerdo, segun la calidad de su lana, ó las libras de manteca que puede producir. Si el Tasso, Cervántes, Milton, Camoens atravesaran por una calle de Lóndres, nadie diria : «Aquellos han escrito la *Jerusalen*, el *Don Quijote*, *El Paraíso perdido*, y *Los Lusiadas*»; dirian (segun la frase vulgar): *Aquellos cuatro que van por allí, valdrán, uno con otro, doscientos reales.*

VIII.

De Lóndres á Southampton, por Winchester, hay 75 millas (ó 25 de nuestras leguas); se andan en doce horas en el coche público, y el coste es poco más de cincuenta reales. El carruaje en que yo fuí tenía ocho ruedas del tamaño de las pequeñas que se usan en los coches; la caja era de esta figura. Se entraba en él por una puertecilla que tenía detras (segun aquí se representa); caben en él diez y seis personas, colocándose en dos filas laterales, una en frente de otra. Se acomodan tambien otros encima del techo, de suerte que, entre los de adentro y los de fuera, tal vez suelen ir veinte

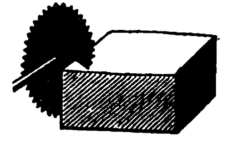


ó veinte y cuatro personas en este carruaje, tiradas por seis caballos. Estos se mudan, regularmente de cuatro en cuatro leguas, ó poco ménos.

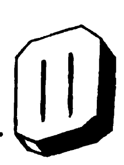
Hasta las veintiuna millas de Lóndres, por el camino mencionado, todo es llanuras muy bien cultivadas, pastos abundantes, árboles y mucho caserío. Despues se atraviesa una parte del pequeño parque de Windsor, donde el terreno es más desigual; y hasta las treinta y seis millas nada se ve sino algunos pinos, cardos y aliagas; todo está inculto y árido; ni agua, ni verdura, ni casas, ni hombres: me pareció, cuando pasé por allí, que ya estaba en mi tierra. Cerca de la casa del administrador ó mayordomo de esta posesion Real, se ve una cascada, hecha á mano con grandes piedras: cosa fea y ridícula por cierto. Esta soledad desagradable (donde suceden frecuentes robos) se acaba pasado el pequeño pueblo que llaman Hartford-Bridge; empiezan á verse despues campos cultivados, pastos y bastantes árboles; pocas casas y pobres, con techos de paja muchas de ellas. Hácia las cuarenta y tres millas se atraviesa un nuevo canal, hecho por suscripcion, que á principios de Mayo de 93 áun no tenía agua: excavacion poco profunda, puentes de ladrillo muy bien hechos; obra útil, no magnífica ni dispendiosa. Hasta Winchester se ven terrenos muy llanos en general, mucho trigo y cebada, pinos y otros árboles, y á lo que puede juzgarse desde el camino, escasa poblacion. Winchester está situada al pié de un cerro, en cuya parte superior se ven aún pedazos de sus murallas: es ciudad muy antigua, y fué en su tiempo muy fuerte; la rodean varios montecillos, descubriéndose por todas partes un terreno desigual, bien cultivado y agradable, con agua, árboles y ganados. Su antigua catedral es obra hecha en dos épocas muy distintas; su forma es la de una cruz, cuyos dos brazos son de arquitectura sajónica, que puede considerarse como una ruda

imitacion de los órdenes dórico y toscano, más robusta en sus proporciones, y sin ninguno de sus adornos; sus columnas son muy cortas y cilíndricas, las basas cuadradas y tambien los capiteles en la parte superior, formando un octógono en la inferior, por donde se unen á la columna; todos los arcos son semicirculares. La cabeza y pié de la cruz son mucho más modernos, de estilo gótico poco elegante. Es muy notable la pila del bautismo, cuadrada, de mármol negro, con bajos relieves por la parte exterior; se cree que es tambien del tiempo de los sajones: en dos de sus ángulos se ven varios pájaros, y en los otros dos parece que quisieron representar milagros de algun santo; todo monstruoso, y que anunciá haber sido hecho durante el general letargo de las artes. Hay en esta iglesia varios sepulcros de prelados y otros grandes personajes, y en algunos de ellos es de admirar la delicadeza del estilo gótico; se conservan tambien en várias urnas los huesos de los reyes sajones, que tuvieron su Córte en esta ciudad. Una de las curiosidades más apreciables que se conservan en Winchester, es la famosa *tabla redonda* donde el Rey Artus (ó Arturo) comia con sus veinticuatro caballeros: es de una sola pieza, tiene diez y ocho piés de diámetro, y es monumento de más de mil años de antigüedad. Desde Winchester á Southampton hay doce millas; se atraviesa una porcion de terreno perteneciente á la Corona, despoblado é inculto, pero muy agradable por los muchos robles y otros árboles que le adornan. Southampton está situada al extremo de un brazo de mar, que haciendo dos senos á un lado y otro, la rodea en semicírculo; el terreno es desigual, y todo cubierto de vegetacion; muchos árboles, prados, tierras de siembra, casas de campo, jardines y otros objetos agradables, que forman unas cercanías las más deliciosas que se pueden apetecer: la salubridad del aire, la abundancia y calidad de los comesti-

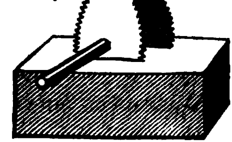
bles, la inmediacion del mar, los objetos de lujo y comodidad que en ella se encuentran, son circunstancias que hacen agradable á cualquiera su residencia en esta ciudad, y doloroso el dejarla. A corta distancia de ella está la fábrica de motones para los navíos (única en Inglaterra), de donde se provee la armada y naves mercantes: el director de ella se ajusta con el Gobierno, y una de las condiciones es que los motones han de durar en buen estado siete años. Todas las máquinas necesarias para su construccion se mueven por agua, y mucha parte de las maderas que en ellas se emplean son de nuestras posesiones en América. Hay una sierra circular para cortar las esquinas de los maderos, dispuesta en esta forma;



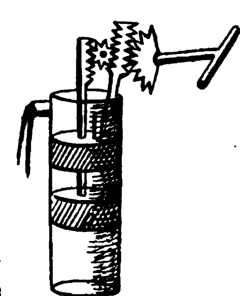
otra, tambien circular, compuesta de dos planchas, con la cual atraviesan un pedazo grueso de madera sin dividirle, haciendo dos rajas en él, como aquí se representa;



luégo que la sierra ha entrado hasta la mitad en el tronco, se vuelve éste por el otro lado, y repitiendo la operacion, quedan hechas las dos rajas; la forma de la sierra es ésta:



todo esto se hace con admirable presteza y exactitud. Vi tambien una bomba para sacar el agua de los navíos, con dos émbolos, de los cuales el uno baja cuando el otro sube, produciendo por este medio extraccion contínua y abundante: su forma era segun expresa el diseño adjunto.



Cerca del mar vi una especie de horno, donde calientan agua en grandes calderas, y poniendo sobre

ellas troncos de árboles muy gruesos, los reblandecen por medio del vapor del agua que reciben, y despues les dan la forma que necesitan para la construccion de los navíos. Desde Southampton á Gosport se va por terreno quebrado; y aunque se hallan algunos pedazos incultos, se gozan agradables vistas: hay muchas casas de labradores, y otras de particulares ricos, construidas con elegante sencillez; abundancia de árboles, pastos, tierras de siembra, ganados, etc. Gosport, situada al poniente de Portsmouth, con el mar en medio, puede considerarse como un arrabal de aquella: es ciudad pequeña; no hay en ella edificios notables, ni es cosa grande la fortificacion que tiene por parte de tierra. A corta distancia de la ciudad, hácia el Mediodía, hay un grande hospital de marina; excelente edificio, sencillo, cómodo y ventilado por todas partes; en cuanto á la limpieza, asistencia, buen órden, medicina, cirujía, botica y cocina, bastará decir que es uno de los mejores de Inglaterra. Para ir de Gosport á Portsmouth se atraviesa en cincô ó seis minutos el puerto, que es uno de los más seguros y espaciosos de Europa, capaz de contener las armadas más numerosas; se ve á la parte del Mediodía la isla de Wigth, que está enfrente de su entrada; entre Poniente y Sur, Spithead; al Poniente, Gosport; al Norte, la parte de tierra donde acaba el puerto; y al Oriente la ciudad de Portsmouth: ésto, y la multitud de navíos de todos tamaños de que está cubierto el mar, ofrece á la vista el espectáculo más delicioso. Fuí á la vez al *Real Jorge*, navío de cien cañones, que á la sazon estaba al ancla en aquel puerto: cosa admirable para quien ve por primera vez una máquina tan grande y artificiosa. El coste de un navío de este porte se regula en ciento y cincuenta mil libras esterlinas; su tripulacion setecientos hombres; y cuando le manda un almirante, suele aumentarse hasta ochocientos.

Portsmouth es ciudad de corta extension; pero tiene á la parte del Norte un arrabal mucho mayor que ella; en una y otra poblacion hay muy buenas calles, muy limpias, con muchas tiendas, posadas, etc.: no hay en una ni en otra edificios dignos de particular atencion; pero son verdaderamente magníficos los que están separados de la ciudad, inmediatos al puerto, destinados para almacenes. Esta plaza se ha fortificado con la mayor inteligencia y sin perdonar gasto alguno, atendida la importancia de ella: de cinco años á esta parte se ha dado mayor extension á sus muros y fosos, á fin de rodear con ellos el arrabal, que está á la parte del Norte, y que antiguamente se hallaba fuera de las fortificaciones de Portsmouth; pero es tal la extension que ha sido necesario darlas para este fin, que se cree que apénas bastarán veinte mil hombres para guarnecerlas, en caso de ataque. Han hecho prados artificiales sobre las mismas murallas para los caballos, y plantíos de árboles, con vallados de arbustos, que forman un jardin continuado por toda la extension de los muros; cosa no ménos útil que agradable. Desde allí se goza la vista de un campo ameno y deleitoso, y á lo léjos, hácia la parte del monte, se ve todavía un castillo, construido por Julio César, cuando hizo su invasion en Inglaterra. Hay tambien un teatro en Portsmouth: mal edificio, malas decoraciones, malos actores, mala música, malas piezas.

Volví por el mismo camino á Southampton y Winchester; pero no es de omitir que en la primera de estas ciudades hallé una preciosidad, digna de la admiracion de cualquier viajero. Habia en uno de los cuartos de la posada un biombo de chimenea; fuí á examinarle; y así como Enéas se extasió al ver en las pinturas de Cartago representada la guerra de Troya, y D. Quijote perdió los estribos á vista de las tobosescas tinajas, así yo me llené de entusiasmo patriótico al

ver que el tal biombo estaba aforrado con unas conclusiones vallisoletanas, en tafetan amarillo, con sus cenefas correspondientes de águilas y flores y garambainas tipográficas; su dedicatoria con citas de Ravisio Textor, San Jerónimo, Plinio el menor, Natal Comite, Maluenda y Picinello. ¡Qué tesoro, si el bárbaro posadero inglés que le posee supiera apreciarle!

Desde Winchester á Basingsthoke se halla poca poblacion y pocos árboles; pero excelentes campos de siembra, muy bien cultivados. Windsor, sitio Real, está situado en medio de unas llanuras deliciosas, que miradas desde las colinas inmediatas ó desde el castillo, ofrecen á la vista un espectáculo el más lisonjero: árboles, prados de eterno verdor, por donde el Támesis vaga con perezoso curso, bosques sombríos, calles larguísimas de castaños de Indias, cubierto el piso con una alfombra blanda de céspedes menudos: todo deleita, todo ocupa agradablemente los sentidos y enajena y suspende el ánimo. La naturaleza es más robusta en Aranjuez, pero ménos alegre; en vez del calor insufrible que allí se padece, aquí se respira un aura suave y fresca; en vez del polvo abrasador que allí se pisa, aquí se viste la tierra de yerbas y flores: no se ven aquí cerros pelados que estrechan el terreno y reverberan el fuego del sol; por una parte el terreno, más abierto y con más vegetacion, y por otra el clima, mucho más templado, hacen el sitio de Windsor incomparablemente más deleitoso que el de Aranjuez. El palacio del Rey, llamado Windsor-Castle, está sobre una altura, dominando á la poblacion; todo él es obra gótica, grande y de poco ornato, hecha en tiempo del Rey Guillermo el Conquistador, con más apariencias de fortaleza que de casa de recreo. Entrando en las habitaciones Reales, se ven las salas de Guardias, cuyas paredes están cubiertas de gran número de fusiles, pistolas, lanzas, espadas y otras

armas, colocadas con mucho artificio y formando varios dibujos, cifras y adornos. Casi todas las salas tienen pintados los techos con asuntos mitológicos ó alegorías dedicadas á la gloria de Cárlos II, Guillermo III, la Reina Catalina, y otros asuntos nacionales; la mayor parte de estas pinturas son obra del pintor Verrio, ménos ingenioso y más correcto que Jordan. Los más de los cuadros que adornan este palacio son retratos y países; lo que me pareció más notable fué: *Judith y Holoférnes*, de Güido, colocado en la sala de Conversacion; *Los dos usureros*, obra admirable del famoso cerrajero de Ambéres, y *Un muchacho con unos perros*, de Murillo, en la galería de pinturas. En la sala del Dosel, *Escoto*, obra del Españoleto, y muchos retratos, colocados en várias piezas, excelentemente pintados por Vandyck. En la pieza que llaman de las Hermosuras, se ven hasta unos catorce cuadros, que son otros tantos retratos de las mujeres más célebres por su buena cara, que florecieron en tiempo de Cárlos II, y que merecieron particulares favores á aquel soberano. Si las artes dedican con tal frecuencia sus esfuerzos á inmortalizar las debilidades y vicios de los príncipes, ¿qué mucho que la austera filosofía las abomine, al considerarlas tan envilecidas y corruptoras! Lo que es, sin duda, más precioso que cuanto se acaba de mencionar, es los cartones de Rafael, que representan asuntos sacados del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles: despues de haber nombrado el artífice, nada hay que añadir en su elogio. La sala que llaman de San Jorge, destinada para juntas de los caballeros de la Jarretiera, tiene ciento y ocho piés de largo, con arquitectura pintada sobre la pared lisa; y en el lienzo del lado del Norte, donde no hay ventanas, está representado el triunfo de Eduardo, llamado el Príncipe Negro, al modo romano, obra del citado pintor Verrio.

El castillo, que está inmediato al palacio, es redondo, di-

vidido en dos cuerpos y colocado sobre una eminencia que domina todas las cercanías, desde donde (como ya se ha dicho) se goza de una perspectiva muy agradable. En lo interior de él hay habitaciones muy cómodas y alegres; una sala de Guardias, adornada con armas, segun se dijo hablando de las del palacio. Aquí suelen poner los reos de Estado, donde (exceptuando la libertad) nada les falta.

La iglesia del palacio es de gusto gótico, muy clara, alegre, limpia y desembarazada; en el coro están los yelmos, espadas y pendones con los escudos de los caballeros de la Jarretiera, y bajo estas insignias de guerra y muerte, cantan himnos al Dios de paz. En el altar hay una gran vidriera, donde está representada la Resurreccion del Señor, obra de mucho mérito. Antiguamente las vidrieras de las iglesias eran otras tantas pinturas, y en las que han quedado se admira todavía la hermosura de los colores; pero este arte se puede considerar como absolutamente perdido en Europa; los ingleses parece que quieren restablecerle, y la citada obra es una prueba de la perfeccion á que podrán llegar muy pronto. Esta vidriera, hecha pocos años há por el diseño del pintor West, reune á la belleza del colorido (que es el único mérito de las antiguas) la exactitud del dibujo y la elegancia de la composicion, que no se halla en las otras. En esta iglesia hay algunos sepulcros, dignos de la atencion de los curiosos.

El camino de Windsor á Hamptoncourt es muy divertido, gozándose la vista del Támesis, que se atraviesa por un puente de madera, y la del parque, cubierto (como ya se ha dicho) de árboles y verdura, con varios canales, que le humedecen. Hamptoncourt, sitio Real á la orilla del Támesis, fué posesion del célebre cardenal Wolsey, que se la regaló á Enrique VIII. Al antiguo palacio, construido por aquel prelado, se ha añadido posteriormente otro muy grande, de

forma regular, parecido bastante al de Aranjuez. Contiene muchas pinturas, y esto es lo único que hay que ver en sus habitaciones, puesto que en cuanto á muebles y otros adornos, así en este palacio como en el de Windsor, todo es pobre y mezquino. Los techos están pintados por Verrio, representando fábulas ó alegorías. En la sala de Guardias, que tiene sesenta piés de largo y cuarenta de ancho, se ven cubiertas las paredes con armas, colocadas segun ya se ha dicho tratando de Windsor. En las demas hay algunos retratos de Vandyck y varios cuadros del Güercino, Pablo Veronés, Pusino y otros pintores célebres; las nueve Musas, del Tintoreto; el Duque de Alba, por Rubens; la Destruccion de la armada Invencible, etc. El jardin tiene un gran canal, á cuyas orillas hay hermosas arboledas y bosquecillos; al lado del rio hay un pequeño jardin de flores con un invernadero, y más allá otro, destinado para una parra, cubierto de cristales y con una estufa que le da calor por medio de un tubo que rodea toda la pieza: todo esto es necesario para tener un racimo de uvas en este país. En un antiguo bosque de árboles, que está inmediato á la puerta principal del jardin, hay algunos cedros muy robustos.

Desde Hamptoncourt á Lóndres hay quince millas; se pasa, al salir, por entre unas calles de hermosos castaños de Indias; nada se ve desde el camino que no sea agradable, si bien se oculta mucho á la vista, por ser el terreno demasiado llano. A cada paso se hallan poblaciones y casas de campo magníficas, que uniéndose con otras comunes (al paso que uno se acerca á Lóndres), forman á un lado y otro del camino dos filas de edificios, que duran seis ó siete millas, ántes de llegar á la ciudad.

Es necesario advertir, ántes de acabar la relacion de este viaje, que en todo él hallé un camino excelente, cuasi siempre adornado á un lado y otro con arbustos y árboles agru-

pados en bello desórden, que mantienen la frescura del piso, sirven de cerca á las haciendas, dan sombra y deleitan la vista. De las posadas sólo diré que en lugarcillos de treinta y cuarenta vecinos las encontré tales, que ¡ojalá pudieran compararse con ellas nuestras fondas de Madrid! advirtiendo que en Inglaterra son ingleses los posaderos, y no se sufre que venga un sórdido milanés á llevarse el dinero de la nacion, sirviendo mal al público, para volverse al cabo de ocho ó diez años á su tierra, comprar un título de príncipe, rasparse la pringue de las marmitas, y hacerse llamar *Excelencia.* ¿En qué país donde haya un poco de industria se tolera esto!

Greenwich es un pueblo de bastante extension, situado sobre la orilla meridional del Támesis, seis millas al oriente de Lóndres. La mayor parte de sus habitantes son empleados en el astillero y almacenes, ó marineros de Lóndres, cuyo rio debe considerarse como uno de los buenos puertos de Inglaterra: el hospital de marina es lo más digno de atencion en este pueblo. Fundóle Guillermo III en 1694, dando para ello el palacio que habia comenzado á construir Cárlos II, ampliándole despues, y añadiendo más edificios, segun hoy se ven : el Rey y los particulares contribuyeron con sumas cuantiosas para este establecimiento. En lo material se compone de cuatro palacios de piedra (que así pueden llamarse), con una gran plaza en medio, y una calle muy ancha, á cuyo extremo se ve el parque, y en su mayor altura un observatorio astronómico. Toda la arquitectura de estas cuatro fábricas es grandiosa, regular y uniforme; y en las dos inmediatas al parque hay dos galerías inferiores, con más de trescientas columnas pareadas, de veinte piés de alto, con entablamento y balaustrada encima, cosa, por cierto, elegante y cómoda, y en las dos esquinas que dan á la plaza se levantan dos grandes cúpulas,

que hacen muy buen efecto. A pesar de las críticas que podrán hacer los inteligentes sobre las proporciones y adornos de estos edificios, puede asegurarse (atendiendo al conjunto de ellos) que más parecen construidos para habitacion de un monarca, que para la de unos pobres marineros: el Rey de Inglaterra no tiene palacio alguno que pueda ni remotamente compararse con éstos. Merece verse la que llaman Sala Pintada, que es una pieza de ciento seis piés de largo, cincuenta y seis de ancho, y cincuenta de alto, con decoracion de órden compuesto. En el friso se lee esta inscripcion: *Pietas augusta, ut habitent securè et publicè alantur, qui publicæ securitati invigilarunt, regia Grenovici Mariæ auspiciis, sublevandis nautis destinata, regnantibus Guilelmo et Maria* MDCXCIV. Todo este salon, con otro más pequeño á continuacion de él y el vestíbulo, están pintados por el caballero Thornhill, con alusiones á la munificencia Real y á los objetos del establecimiento. La capilla es obra muy moderna, de exquisito gusto, y la mejor, sin duda, que he visto en Inglaterra. Es admirable la delicadeza con que están trabajados todos los adornos, así en las maderas de las puertas y púlpitos, como en los estucos de las paredes y el techo. En el altar hay un gran cuadro, muy bien pintado por el pintor del Rey, West, que representa á S. Pablo escapado del naufragio en la isla de Malta; la composicion me pareció confusa y embrollada hasta el extremo.

Hay cómodas habitaciones para el Gobernador y demas empleados, grandes cocinas, refectorio, etc.; una enfermería, donde no vi ni la limpieza ni el órden admirable que se observa en el hospital de Gosport, y todos los oficios necesarios á la buena asistencia de los pobres.

El número de ellos era de dos mil, y el de las personas que habitan este hospital (incluyéndolos á todos) pasaba de dos mil quinientos. Todo el que ha servido en la marina de In-

glaterra un cierto número de años, como el que hallándose estropeado ó enfermo no puede servir, halla aquí el asilo para su vejez y el remedio á sus males. A cada marino se le dan siete panes de á libra cada semana, tres libras de vaca, dos de carnero, guisantes, queso, cerveza, y cinco reales para tabaco; y esta última partida aumenta en razon de las graduaciones de sub-pilotos, pilotos, etc. Cada dos años se les da un vestido azul completo, un sombrero, tres pares de medias, dos de zapatos, cinco corbatas, tres camisas y dos gorros.

Sus habitaciones son unas grandes salas, donde hay unos encajonados semejantes á los de una sacristía, y en ellos están las divisiones de las alcobas; cada una con una cama, dos sillas, una mesa y una pequeña papelera; encima de la cama hay un sobradillo para colocar en él algunos trastos: cada alcoba tiene su puerta y una ventana con vidriera al lado; todos estos dormitorios están abiertos por la parte superior, á fin de que los ventile el aire comun de la sala. En todo el hospital hay más de sesenta salas, dispuestas en la forma dicha, y en ellas dos mil trescientas y ochenta camas.

El cuidado de este hospital, en cuanto al lavado y cosido de la ropa, barrido y limpieza de las salas, está á cargo de mujeres, y en esto se emplean las viudas de los marinos.

Hay una escuela donde se da educacion á sus hijos, que gozan igualmente de las asignaciones de habitacion, racion y vestido. Se les enseña la náutica, los principios de geometría y de astronomía, y todos los conocimientos relativos á este ramo, uniendo á la teórica la práctica, que ejercitan en los navíos del Támesis, para todo lo perteneciente á la maniobra. El que se admire al ver la formidable marina inglesa, é ignore á qué causas poder atribuir su dominio en los mares, la extension de su comercio, la celeridad de sus

maniobras, y su conocida superioridad en la guerra y en la paz, sobre la de las otras naciones, vea el hospital de Greenwich y hallará la solucion de cuasi todas sus dudas.

El Támesis, que baña el pié de estos edificios, tiene grande anchura en aquel paraje; todo está cubierto de embarcaciones, que llegan hasta el puente de Lóndres, y en el astillero inmediato al hospital de Greenwich se botan al agua navíos de hasta cien cañones, lo que prueba la profundidad del rio: los vi anclados en él de ochenta y noventa.

Detras del hospital está el parque, de corta extension, con buenas calles de árboles y pequeños bosques: terreno desigual, donde podria hacerse un jardin muy delicioso. Desde la altura donde está el Observatorio se ve debajo el pueblo de Greenwich, que cuasi es una continuacion del de Derptford; el hospital, el Támesis, que va haciendo varios giros por una gran llanura; la multitud de naves que cruzan por él; la campiña de Lóndres, llena de poblaciones, edificios y cultura; y más léjos aquella gran ciudad, coronada de torres de piedra, entre las cuales descuella la magnífica cúpula de San Pablo.

X.

De Lóndres á Richmond (yendo embarcado rio arriba) hay quince millas, y en este espacio se pasa por debajo de cinco puentes de piedra y dos de madera; se ve á la derecha, inmediato á Lóndres, el pueblo de Chelsea (donde hay un grande hospital, semejante al de Greenwich, para los soldados inválidos del ejército); igualmente se ven, hasta llegar á Richmond, los pueblos de Battersea, Fulan, Putney, Cheswick, Kew, Brentford é Isleworth; todos ellos ventajosamente situados á una y otra orilla del Támesis. El rio

va estrechándose al paso que se sube por él, y su corriente es tan lenta y suave, que parece un cristal, donde se repiten los objetos de sus deliciosas riberas, llenas de árboles y cultivo, y variadas graciosamente por la desigualdad del piso. Richmond está sobre la altura y vertientes de una montaña en forma de anfiteatro; y vista desde el rio, no parece una poblacion formal, sino muchas casas de campo, interrumpidas con jardines y bosques. Tiene dos ó tres calles principales, muy buenas y limpias, como es ordinario en Inglaterra; una plaza muy espaciosa, con el suelo cubierto de céspedes, y árboles al rededor. Desde lo más alto de la ciudad se goza la hermosa vista de sus contornos, con casas de campo, jardines, parques y otros objetos, y el rio, que la baña el pié, por donde cruzan embarcaciones continuamente. El parque del Rey tiene once millas de circunferencia; abunda en caza; desde él se ve la ciudad de Lóndres y otros muchos pueblos. Los jardines de Richmond (pertenecientes tambien al Rey) son deliciosos y de bastante extension.

Kew dista dos millas de Richmond, y trece por el rio, de Lóndres: es corta poblacion, compuesta de tres aceras de casas, jardines y árboles, que forman una gran plaza ó camino triangular en medio. Sus jardines Reales (que confinan con los de Richmond) tienen tres millas de circunferencia; el terreno es muy llano, y por consiguiente poco ventajoso, y carece de agua; á pesar de estos obstáculos, á fuerza de trabajo é inteligencia se ha logrado darles toda la perfeccion de que son susceptibles: cuarenta años há era todo un desierto árido, y hoy dia (en cuanto á la vegetacion) es uno de los mejores recreos cercanos á Lóndres. La forma de estos jardines es por el gusto inglés, irregular: calles torcidas, plantacion desigual, así en las especies de los árboles (que hay muchas) como en las distancias que guar-

dan entre sí; algunos de ellos son comparables, por su altura, á los de Aranjuez; al pié de ellos dejan crecer todo género de arbustos ó árboles menores, que alternan sin órden aparente con los otros, cubren la desnudez de los grandes troncos y mantienen la frescura y la sombra, con agradables formas á la vista, y *l'arte che tutto fa nulla si scopre.*

Hay esparcidos por estos jardines varios edificios de regular arquitectura, cuales son: el invernadero para criar naranjas, limones y otros frutos que necesitan calor; el templo de Belona, el de Marte, de Pan, de Éolo, de la Victoria, etc., entre los cuales hay uno que es una mala copia de un mal templo antiguo de Balbek; porque no todo lo que es antiguo es digno de imitacion. La descripcion de estos edificios daria una idea muy superior á su mérito, como sucede en muchas cosas. Estos templos (donde no se encuentran las deidades á que están dedicados) no son más que unos cenadores cerrados, ó gabinetes, muy reducidos, no mayores que el de la cascada de San Ildefonso, y ni en lo interior ni exterior de ellos hay cosa notable; sobre todo, su defecto capital es la pequeñez. Hay además otro edificio, llamado Alhambra (construido por el gusto morisco), un templo de Confucio, y la gran pagoda (ambos chinescos): este último, de forma octógona, de cuarenta y nueve piés de diámetro en su base y ciento sesenta y tres de altura, es el único que merece consideracion; los demas, al lado de la naturaleza magnífica y robusta que los rodea, parecen juguetes de niños. En una de las calles del jardin se ven unas ruinas artificiales, cosa mezquina y mal situada. Estos jardines tienen un carácter melancólico muy notable; terreno igual, y por consiguiente, sin vistas; no hay fuentes, ni arroyos, ni cascadas, ni estatuas, ni flores. El palacio del Rey no es más que una casa reducida y sencilla, como pudiera tenerla cualquiera particular.

El Jardin Botánico, que está contiguo, contiene una exquisita y numerosa coleccion de plantas, colocadas en invernaderos muy bien construidos, con estufas que los calientan por medio de varios tubos, de los cuales uno tiene ciento cuarenta y cuatro piés de largo. Las plantas exóticas son del Cabo de Buena Esperanza, de las tierras Antárticas, la China y la América. Uno de los invernaderos se ha destinado para las plantas de África, particulares por su forma y extraña magnitud. En el piso del Jardin, al aire libre, están las de los Alpes y otras montañas; y habiendo formado espacios artificiales con piedras y tierras de su país natal, ó análogas á ellas, se ha conseguido que vivan y prosperen. Unas y otras están colocadas segun las clasificaciones de Linneo. El profesor que dirige este Jardin es un jóven, que podrá tener veinte y cinco años.

Enfrente de Kew (atravesando el rio por un hermoso puente de piedra) está Brentford, poblacion que consiste en una sola calle, de una milla de largo. Es pueblo de tránsito, y se hace mucho comercio de granos en él. Buena posada, con un gran jardin, serenos por la noche (como en todos los pueblos de Inglaterra), y gran número de coches y carruajes, que continuamente van y vienen de Lóndres, de donde dista siete millas; y por seis reales se puede tomar un asiento de coche, á cualquiera hora que sea, puesto que (además de los muchos que vienen de más léjos) siempre hay dos ó tres á la puerta de la posada con destino á la Capital. Las personas que se acomodan sobre el techo del coche pagan sólo dos reales y medio.

XI.

Los ingleses observan rigurosamente el domingo, y tal dia es el más triste de la semana en Lóndres. Las tiendas es-

tán cerradas, no se vende nada por las calles, desaparece la mayor parte de los coches, no hay teatros ni otro espectáculo; los que pueden se van desde la víspera al campo; las viejas se meten en la iglesia á oir el sermon; no es lícito jugar á los naipes, ni bailar, ni cantar, ni tocar un instrumento. Y ¿qué hace la inmensa poblacion de esta gran ciudad en tan santos dias? Murmurar, putear y emborracharse, porque, al fin, en algo se han de ocupar; y es (á mi entender) un precepto muy duro decirle á un hombre: «No trabajes hoy, no te diviertas, no hagas nada.»

XII.

En 1793 se manifestó al público, por la vigésimaquinta vez, la Academia de las Artes: no hay que advertir que se da dinero á la puerta; en Inglaterra nada se ve si no se paga. Hay siete piezas llenas de pinturas; las unas propias de la Academia, y las otras enviadas allí para que las vean, y las compre el que quiera. Se imprime todos los años una lista de las obras que se manifiestan, con los nombres y habitaciones de sus autores: éstos, en el citado año de 93, llegaban á trescientos noventa, y el número de piezas puestas en las salas á ochocientas cincuenta y seis. La mayor parte de estas pinturas son retratos; yo conté hasta trescientos treinta y uno; las otras son vistas, ruinas, países, marinas, planes de edificios, miniaturas, etc. Hay mucha escasez de cuadros de gran composicion y estudio, y la de modelos y obras de escultura es tal, que no hay nada que decir de ella. En una palabra, exceptuando media docena de obras ejecutadas por buenos pintores, donde me pareció que habia conocido mérito, lo demas todo es mezquino, pueril, propio para adornos de gabinete ó cajas de tabaco. Las artes en Inglaterra dependen tanto del tráfico y comercio, que lo que

no se hace para vender por docenas no se hace bien; por eso sus estampas son tan excelentes, y sus estatuas tan ridículas.

XIII.

En Inglaterra se hace mucho caso de los muertos. No los entierran hasta cuatro, seis ó más dias de su fallecimiento; bien que, así en esto como en las fiestas de toros, es menester que el tiempo lo permita. Durante estos dias se paga ó arregla el pago de sus deudas; y áun creo que hay ley para no dar tierra á nadie hasta que sus acreedores queden satisfechos. En la abadía de Westminster enseñan el cuerpo de un embajador de España, á quien no han enterrado por esta causa; y segun las trazas, largo tiempo permanecerá insepulto, ejercitando la elocuencia del *cicerone*, que diariamente repite su panegírico.

Cuando muere algun sujeto de conveniencias, se ponen á su puerta dos personajes alquilones, vestidos de negro de arriba abajo, con sombrero redondo, y en él rodeada una toca que les cuelga por detras hasta la mitad de la espalda, un saco negro encima del vestido, y en la mano un baston largo con un atravesaño encima que forma una *T*, cubierto con un velo ó tafetan negro.

La pompa funeral para conducir el cadáver á la iglesia empieza por dos ó cuatro de los citados personajes, que van caminando á paso muy grave y con semblante dolorido; porque, al fin, para eso se les paga. Sigue despues el muerto en un coche, expresamente construido para tales casos, que consiste en un cajon largo, cerrado, dentro del cual va el ataud; sobre la cubierta de este cajon sirven de adorno seis ú ocho plumajes; los caballos llevan penachos y cubiertas, y el cochero, que va á pescante, su sombrero redondo, sus gasas y su capa; á los dos lados del coche funeral van cua-

tro ó seis personajes, semejantes á los ya mencionados, llevando en la mano una especie de cetro ó baston corto. Siguen detras dos ó tres ó más coches, donde van hombres y mujeres, parientes ó amigos del difunto, suponiéndose que todos van de negro; y de este color son los coches, los plumajes, las cubiertas, los caballos y cuanto sirve para la pompa fúnebre; á no ser que sea alguna doncella la que se entierra; que en tal caso (por un envidiable privilegio concedido á la virginidad) los plumeros, los penachos de los caballos y los tafetanes de los plañideros son blancos. Ya se ve que esta procesion será muy silenciosa y obscura: nadie reza, nadie canta, ni nadie lleva una mala cerilla para que el muerto vea por donde va. Me acuerdo (entre paréntesis) de haber oido decir á un cerero de la plazuela de Santo Domingo que á todos los ingleses se les llevaba el demonio, y ahora caigo en que el cerero tenia razon. Ello es que, sea como sea, el muerto llega á la iglesia; sacan el ataud, le colocan en medio de la nave principal, cubierto con un gran paño negro; los clérigos se apoderan de él inmediatamente, y despues de un breve oficio, le acompañan á la sepultura, seguidos de toda la gente que hace el duelo.

Los muertos que no tienen dinero, ó gustan de hacer ejercicio, no van en coche, sino á caballo en cuatro mozos, alquilados y enlutados á este fin, siguiendo detras el duelo pedestre; pero éstos son muertos de poca entidad, y nadie hace caso de ellos. Volvamos á tratar de los sujetos de forma.

Por si acaso la fama vocinglera no ha clamoreado bastante la infausta noticia de su fallecimiento, mandan hacer un grande escudo de armas, propias ó usurpadas ó inventadas *ad libitum* (y éstas son las más bonitas), con sus cartelas y festones de oro y su marco negro, y las colocan en la pared de la casa del difunto, donde permanecen muchos meses.

Si el que murió es el último de su familia, el fondo sobre que está pintado el escudo es todo negro; si es el primogénito ú heredero inmediato, la mitad del lado derecho es negra, y la otra blanca; si es la mujer, ó algun otro individuo de la parentela, al contrario. Todo lo cual (como se deja conocer) es sumamente útil á vivos y difuntos.

El lugar del entierro es, ó en las paredes de la iglesia (y esto supone desde luégo urna, escudo, cipreses mustios, reloj de arena y geniezuelos llorones), ó es en el cimenterio, donde en cada sepultura ponen una lápida de cuatro dedos de grueso, una vara de ancho y una y media de alto, colocada verticalmente, y en ella el nombre, edad y títulos del muerto. A los seis meses ya está la lápida derrengada; y es de ver en tales parajes ¡cuán presto empieza á burlarse de la vanidad humana el tiempo destructor! Bien que, si se considera, peor modo de poner las tales lápidas no pudiera elegirse. Los muertos prudentes, que saben lo que sucede con los demas, se hacen un sepulcro en toda forma, y le rodean con verjas para evitar los insultos de los muchachos, que son regularmente los que más profanan estos lugares de horror.

CUADERNO TERCERO.

1. Inscripcion curiosa.
2. Coches de alquiler.
3. Gacetas.
4. Coches de camino.
5. Judíos.

I.

En una de las principales calles hay una inscripcion gigantesca, que coge toda la fachada de una casa, y dice así:

PRO BONO PUBLICO
JAMES ASHLEY IN 1731
FIRST REDUCED THE PRICE OF PUNCH
RAISED ITS REPUTATION
AND BROUGTH IT INTO
UNIVERSAL ESTEEM.

Que quiere decir. *Pro, etc.*, Jaime Ashley, en 1731, bajó el primero el precio del ponche; levantó su reputacion, haciéndola digna del aprecio universal.

II.

El número de coches de alquiler en Lóndres será, lo ménos, igual al de los propios. Hay dos clases de coches alquilones (sin contar los de camino): los de la primera son los que se alquilan por dias, semanas, meses, ó mayores

épocas : nada hay que decir de ellos, sino que son de lo mejor que se puede pedir; los de la segunda son los que equivalen á nuestros simoniacos. Estos están todos numerados, y llegan á mil: en general, son muy decentes, y sobre todo, muy cómodos y seguros; los cocheros lo echan á perder, porque muchos de ellos suelen ir en malísimo traje; tal vez en justillo, y tal vez con un gran camison grasiento, que les sirve de sobretodo; pero el honor del que va en el coche no padece en la opinion pública, por muy indecente que esté el cochero. Estos coches están repartidos por las calles todo el dia, á cortas distancias; luégo que se pide uno, está á la puerta. Se paga segun el trecho que andan, y hay una tarifa arreglada á este fin. Si el cochero quiere exigir más de lo que es justo, no hay que disputar; se le presenta la mano llena de monedas para que tome lo que quiera; y si toma algo que exceda al precio establecido, viendo el número del coche y dando una queja, se le castiga al instante rigurosamente.

III.

Pasan de veinte las gacetas que salen cada dia en Lóndres; sólo me acuerdo de éstas : *The Star*, *The Sun*, *The Oracle*, *The Times*, *Morning Post*, *Morning Chronicle*, *Morning Herald*, *The Daylli*, *Public Advertiser*, *London Gazette*, *The Argus*, *The Courier*, *Saint James Chronicle*, *London Packet*, *Ayre's London Gazette*, *Evening Post*, *The Observer*. Cada una de ellas, así por lo enorme del pliego en que están impresas, como por lo menudo de la letra, equivaldrá, lo ménos, á tres de nuestras gacetas comunes.

Todas ellas son al principio partidarias de la oposicion: sus autores declaman contra el Ministerio, vierten máximas políticas, y proponen medios de hacer feliz á la patria, zahiriendo cuanto se hace, y afectando el más puro desinte-

res. Si alguno de ellos merece proteccion, la encuentra en alguno de los muchos hombres poderosos del partido antiministerial; y segun las guineas que recibe el gacetero al cabo del año, así se encarniza más ó ménos contra los abusos del actual sistema.

Si realmente hay algun mérito en sus declamaciones, y llega á hacerse temible, en tal caso le compra el partido opuesto; y no sólo le hacen callar dándole de comer como al Cerbero, sino que, mudando de plan, se convierte en panegirista de todo lo que ántes abominaba. Algunos hay tambien que prueban el primero y segundo medio de acreditarse, y en uno y en otro son igualmente desgraciados: la resulta es que se acaba la gaceta, y el autor, por falta de talento é industria, queda reducido á hambre y oscuridad eterna.

Como hay tantos, es increible lo que ellos trabajan y revuelven para adquirir la preferencia en la estimacion pública, lo que exageran la puntualidad de sus corresponsales en las demas córtes de Europa, y lo que cada uno de ellos se lisonjea cuando logra dar una noticia, sea la que fuere, un par de horas ántes que sus competidores. Es verdad que tal vez se atropellan un poco, y el deseo de adelantarse les hace dar por hecho lo que no ha sucedido todavía, ni acaso sucederá jamas.

Estos papeles contienen, por lo general: primero, las comedias que se representan aquel dia; segundo, los demas espectáculos; tercero, abertura de diversiones y curiosidades; cuarto, libros nuevos, suscripciones, etc.; quinto, píldoras, parches, bebidas y otros remedios nuevamente descubiertos; sexto, ventas; séptimo, noticias de la Córte; si vino el Rey de Windsor, si recibió visitas, y quiénes fueron los que le visitaron; si la Reina está mejor de los callos; si el Duque de Yorck almorzó en la casa de campo, y volvió á

Lóndres á las tres y media, etc.; octavo, gracias del Rey, títulos de baronetes, etc., etc.; noveno, noticias políticas y militares de los reinos extranjeros; décimo, sesion y debates de las dos Cámaras, con todos los discursos que en ellas se han dicho; undécimo, noticias de várias partes del Reino, anécdotas particulares, sentencias contra tales ó tales reos, etc.; duodécimo, elogios, críticas ó versos sobre los espectáculos, ó el mérito de alguna pieza nueva ó de algun actor; décimotercio, acomodo de criados, ayos, maestros de lenguas, etc., etc.

Luégo que cada papel de éstos sale de la prensa, se desata una multitud de muchachos, que van corriendo por las calles, tocando de rato en rato una bocina, y anunciando el nuevo papel con las noticias más interesantes que contiene.

A mediados del año de 1793, el intitulado *The Times* era el más abatido, lameron y empalagoso adulador del Ministerio, y el *Courier* el más acérrimo apóstol de la oposicion; ya debe inferirse que éste era el más moderno de todos ellos.

Ademas de los referidos (que son diarios), hay otros que sólo salen una ó dos veces á la semana, y otros cada mes, que son á modo de Mercurios.

Continuamente se están mordiendo los unos á los otros. Si alguno dió una noticia falsa, luégo se le echan encima todos los demas, le burlan y escarnecen, y procuran desacreditarle por todos los medios posibles. Esto les hace bastante contenidos; y aunque realmente no todo cuanto se anuncia en estos papeles es el Evangelio, sorprende, en verdad, el considerar cómo llegan á procurarse unos sujetos particulares tal multitud de noticias, las más de ellas exactas, y en tan breve tiempo, lo que supone una suma diligencia en la adquisicion de papeles, correspondencias extranjeras, prontitud en los correos, y una celeridad en la im-

presion, que ciertamente admira. Igualmente se leen en Lóndres, con un dia ó dos de atraso, cuantas gacetas se publican en las demas ciudades del reino.

IV.

Quise haber hecho un largo artículo acerca de la pronta comunicacion que hay de unas provincias á otras, y la multitud de gentes que continuamente viajan, atendida la bondad de los caminos, las comodidades de coches y posadas, y la necesidad urgente que tienen de pasar de unos pueblos á otros gentes á quienes la industria, el comercio, ó el deseo de variar sus placeres, mantiene en un contínuo movimiento; pero creo haber hallado un medio de reducir á ménos palabras esta materia. El dia 13 de Julio de 1793 vi pasar por mi calle, una de las principales de la ciudad, desde las siete á las ocho de la tarde, veinte y siete coches de camino, que unos salian de Lóndres y otros llegaban, llenos de gente. Multiplíquese este número, poco más ó ménos, por todas las horas del dia y por todas las calles principales de Lóndres, y no podrá ménos de causar la mayor admiracion. Adviértase que en aquel dia no hubo motivo alguno extraordinario, y que todos los dias del año sucede lo mismo.

V.

La primera voz humana que se oye por las calles de Lóndres, luégo que amanece, es la de los judíos, que en gran número empiezan á correr toda la ciudad, gritando si hay quien venda vestidos viejos. Sus caras, sus barbas, su ademan, su traje asqueroso, la voz lúgubre con que pregonan, todo anuncia en ellos la sordidez, la mala fe, la mohatra, la avaricia. No hay cosa que no compren y que no vendan,

ni cosa en que no quede engañado el que trata con ellos. Este es su oficio: engañar, mentir; esto hacen los que he visto en Bayona y en el Condado de Aviñon, y esto hacen generalmente cuantos hay repartidos por Europa. Ha sido un problema muy disputado saber si los judíos son tan canallas porque los gobiernos que los toleran los han reducido á este estado de abatimiento, ó si nace este mal de ellos mismos; si es su religion, su educacion, sus costumbres privadas, la causa verdadera. Se ha dicho tambien que donde los traten como á los demas ciudadanos, sin oprimirlos ni molestarlos, procederán como los demas, y serán honrados y fieles, sin dejar de ser industriosos. Pero ¿quién persigue á los judíos de Lóndres? ¿Quién les quita los medios lícitos de su fortuna? ¿Quién les prohibe la aplicacion á las artes, á la agricultura, al comercio? O ¿quién les cierra el paso, para que no puedan adquirir los conocimientos más sublimes de las ciencias? Pues en Inglaterra, donde no se les marca, como en otras partes, donde no se les encierra en barrios, donde nadie disputa con ellos de creencia; en fin, en una nacion en que las artes, el tráfico, la industria, la agricultura, las ciencias han llegado á un punto de perfeccion admirable, y donde todo hombre halla abierto el paso en cualquiera de estas carreras para su fortuna y su gloria, los judíos se ocupan en comprar camisas, calcetas y zapatos viejos, en coser y zurcir los harapos más asquerosos, venderlos por nuevos, y, en suma, ejercer un comercio de basurero con tanto dolo, que no hay cosa que ellos vendan que dure media hora sin deshacerse ó inutilizarse. Esto, y las usuras escandalosas, su avaricia, su asquerosidad, su abatimiento indigno, y los demas vicios que por necesidad acompañan á este género de vida, les hacen odiosos, aquí como en todas partes, y disculpa el horror con que el vulgo de otras naciones oye su nombre.

CUADERNO CUARTO.

TEATROS MATERIALES DE LÓNDRES.

Tres son los principales teatros de esta ciudad; todos tienen el título de *Reales*, y el Rey y su familia asisten muchas veces en el año á las representaciones que se dan en ellos; el primero es el que se llama vulgarmente *de la Ópera*, y está en la calle de Hay Market.

El segundo, el pequeño teatro de *Hay Market*, enfrente del anterior.

El tercero, el de *Covent Garden*, situado en la plaza de este nombre.

El de la Ópera es el más grande de todos, y tanto, que más parece haberse construido con la idea de recoger en él mucha gente, que con la de que pudiese gozar cómodamente de la representacion. Detras de la orquestra se extiende una gradería que llaman el *pitt* (patio); al rededor hay várias órdenes de palcos, interrumpida la más alta de ellas (como sucede en los teatros de Madrid con la tertulia) por una gradería muy espaciosa, que da enfrente de la scena, y en ella se acomoda el bajo pueblo, por ser lo más barato; los aposentos (exceptuando algunos pocos inmediatos al teatro) se alquilan por asientos; están abiertos para todo el que quiera entrar en ellos, y durante la representacion puede mudar de puesto el que quiere, como sucede en los

teatros de Francia. Los otros dos tienen, poco más ó ménos, la misma distribucion, con la diferencia de que en ellos se interrumpe tambien el primer piso de los aposentos con una gradería que cuasi es una continuacion del patio, semejante por su situacion á la cazuela de los teatros de Madrid, aunque no tan espaciosa.

El de Covent Garden, aunque más pequeño que el de la Ópera, está mucho mejor proporcionado que aquél, más cómodo y mejor dispuesto, y, á mi entender, es el ménos malo de Lóndres. Estos dos tienen cada uno dos salas con sus chimeneas, donde los espectadores van á pasearse y hacer tiempo en los entreactos é interrupciones del espectáculo; pero en ninguna de estas piezas hay gusto ni magnificencia; en ninguna he visto (como sucede en París) inmortalizados en mármoles aquellos célebres autores dramáticos que ilustraron á la nacion con sus escritos. Shakespeare, Congreve, Dryden, Otway, Wicherley, no han logrado una estatua ni un monumento en estos santuarios de las Musas, donde tantas veces se representan sus obras con aplauso y entusiasmo público. El espíritu de avaricia sórdida, que preside á la administracion de los teatros ingleses, no ha podido concebir esta idea de generosidad y de justo reconocimiento á la memoria de tan grandes hombres.

El pequeño teatro de Hay Market es de lo peor que he visto: la forma de la sala es un cuadrilongo; las escaleras y pasillos son tan estrechos, que apénas caben dos personas de frente por ellos, y al abrirse las puertas de los palcos, quedan atajados enteramente; no tiene piezas accesorias para el uso del público; todo él es de madera, escaleras, pisos, techos, paredes y divisiones; todo es pobre, mezquino, incómodo, indigno de una córte como la de Lóndres, y nada proporcionado á disculpar la vanidad inglesa, que juzga de buena fe que todo lo de este país es lo mejor del mundo. El

teatro de la Cruz de Madrid, tan justamente criticado, es cosa excelente si se compara con el pequeño de Hay Market. Ni éste ni los dos otros pueden competir en nada con los buenos de Francia.

Cuando asiste el Rey con su familia, se pone un dosel ó colgadura en el aposento que ocupa, y en lo restante del año se alquila al público, como todos los demas.

Nadie preside por parte del Gobierno á los espectáculos: esto se mira como contrario á la libertad. Las puertas se guardan con centinelas; pero dentro de la sala no hay ninguna.

El modo con que se iluminan las salas de espectáculo es muy malo: consiste en una multitud de arañas de cristal, colocadas de trecho en trecho, pendientes de unas palomillas, fijas en los postes de los aposentos ó en su antepecho. Resulta de aquí, en primer lugar, demasiada luz en la sala, que amenora y destruye la del teatro, y confunde el efecto que deberia producir el claro y obscuro de las decoraciones; en segundo, la incomodidad que produce á los asistentes la multitud de llamas y los reflejos de los cristales, que les hieren la vista por todas partes; y en tercero, el calor y el humo que reciben los que están en los aposentos, teniendo debajo, á una vara de distancia, las luces de las arañas. En Francia alumbran las salas del teatro con una grande araña, que forma un círculo de luces, pendiente en medio del techo y muy alta, evitándose de esta manera todos los inconvenientes que se acaban de expresar.

Los precios de entrada son: en la gradería alta, que se ha dicho estar colocada como nuestra tertulia, 10 rs.; en el patio, 15; en los aposentos, 30. A mitad del espectáculo, cuando regularmente se ha concluido ya la primera pieza, se admite segunda entrada, pagando la mitad de los citados precios.

En la Ópera Italiana son mayores los precios: el asiento del patio cuesta 52 rs.; y los demas en proporcion, segun se ha dicho ya.

No hay divisiones en los teatros de Lóndres para hombres y mujeres, como en España; todos están mezclados, á la manera que sucede en Francia: no resultan de aquí desazones ni escándalos; y, al contrario, se evitan los gravísimos inconvenientes que diariamente se verifican en Madrid por esta ridícula separacion.

La duracion del espectáculo suele ser de cuatro horas y media, y muchas veces más. La gente de los palcos puede mudar de asiento, como ya se ha dicho, salir y entrar y pasearse en los intermedios; pero la del patio y graderías carece de este beneficio; y como, por otra parte, acude con anticipacion para coger puesto, resulta que están con una paciencia septentrional, que admira, cinco ó seis horas sin moverse del asiento; que, á la verdad, es demasiada diversion.

No merece grande elogio la policía de los teatros de Lóndres: el populacho de esta capital (que puede apostárselas en ferocidad é ignorancia al primero en Europa) tiene facultad, por el dinero que da á la puerta, de gritar, cantar, alborotar, aporrearse, y no dejar en quietud á lo restante del auditorio. Esto es muy frecuente: si la gradería alta se empeña en que no se ha de oir la comedia, no hay quien lo estorbe. Asistí á una de Shakespeare, que el pueblo decente veia con gusto; pero se habia anunciado por fin de fiesta una pantomima, en que Arlequin, favorecido de una hechicera, grande amiga suya, debia hacer maravillas: por consiguiente, el vulgo más zafio y tumultuoso acudió al reclamo; empezó á vocear así que se alzó el telon; y haciéndosele siglos los instantes que tardaba en salir la bruja, no dejó entender una palabra de todo el drama. Es verdad que

luégo que la vara mágica de la Madre Shipton comenzó á destruir las leyes eternas de la naturaleza, calló de repente, y admiró con profundo silencio aquel ridículo espectáculo, hasta que se verificó el feliz consorcio de Colombina y Arlequin.

Tambien se cree con suficiente autoridad (y tiene motivo de creerlo, porque nunca se le resiste) para hacer repetir una ó más veces á los actores cualquier trozo de música que le cae en gracia. He visto muy á menudo la crueldad con que suelen obligar á una actriz á repetir inmediatamente una ária de muy difícil ejecucion que acaba de cantar; y como si el haberla desempeñado bien por la primera vez fuese un delito, castigarla con que vuelva de nuevo á hacerlo. ¡Triste de la que resista un poco á estas órdenes, ó lo haga de mala gana! La hundirán á silbidos, estará expuesta cada vez que salga al teatro, ó acaso la obligarán á abandonarle.

Tiene igualmente facultad para pedir que salgan los actores á cantar alguna cancion ú coro de los que más le gustan, y esto lo pide con tales voces, patadas y estrépito, que es necesario servirle al instante, aunque no haya disposicion de hacerlo. No es de omitir que muchas veces el Gobierno se vale de esta gente, á quien paga la entrada de la comedia, para que aplaudan ciertos pasajes, ó pida canciones que tengan alusion á las circunstancias del dia y sean favorables al partido ministerial. En 1792 y principios del siguiente año, el pueblo hacia repetir dos ó tres veces cada dia el coro de *God save the King*.

En los teatros ingleses no hay apuntador como en los nuestros; los actores que salen á las tablas bien pueden haber estudiado su papel, porque no tienen otro auxilio que el de los traspuntes de los bastidores, los cuales en la mayor parte de las situaciones quedan muy distantes, para que de-

ban contar con ellos. Esto les hace aplicarse á tomar de memoria lo que han de decir; y puedo asegurar que de cuantas veces asistí al teatro, jamas noté la menor equivocacion.

Los actores ingleses destinados á desempeñar los principales personajes de la tragedia, parece que los han escogido cuidadosamente, altos, bien dispuestos, de heroica presencia, para producir toda la ilusion que es tan necesaria al teatro. Aquiles, Oréstes, Fedra ó Clitemnestra no debieron ser ni más bien hechos, ni de más gigantescas y bella formas que los actores y actrices que los representan en Lóndres. Cuán útil sea esto á la verisimilitud y dignidad de tales espectáculos, podrá conocerlo el que reflexione la ridícula figura que hacen el Mayorito, Juan Ramos, Ruano ó la Juana, representando á Hernan Cortés, Agamenon ó la gran Semíramis.

Poco hay que decir acerca de los trajes, aparato, acompañamiento y decoraciones. En todos estos artículos se hallan muy inferiores á los teatros de Francia. Los trajes son decentes, pocas veces de buen gusto, y muchas impropios de las naciones ó siglos á que se refieren. Las tragedias de *Venecia salvada* y *La esposa de luto* las visten á la moderna: prueba de la poca atencion que se pone en un requisito tan necesario á la ilusion dramática. Los antiguos trajes nacionales los imitan bien, como es natural. El aparato nada tiene de particular; muchas veces es indecente y pobre, pero siempre superior al de los teatros españoles de Madrid. El acompañamiento es numeroso cuanto es necesario que lo sea; las decoraciones, de un mérito regular, con poca novedad, osadía ni belleza en la invencion. En este género nada he visto comparable á las de la Ópera de París.

En la representacion de las batallas añaden una circunstancia muy necesaria, que nunca se practica en Madrid, y

es la vocería confusa de los combatientes, que unida al ruido de las armas, produce un buen efecto. Pero lo echan á perder cuando durante la batalla tiene que hablar alguno de los personajes sobre el teatro: entónces cesa de repente todo el estrépito, y vuelve de nuevo cuando el actor acabó lo que tenia que decir; y esto, en verdad, es no ménos inverisímil que ridículo. Podrian lograrse ambos fines si el rumor de las armas y voces (sin dejar de continuarle) se figurase á mayor ó menor distancia; y siendo más sordo, cuando lo exigiera la ocasion, daria lugar á que fuesen oidas las personas que hablan en la scena, sin el inconveniente que resulta de interrumpirle.

DECLAMACION Y CANTO.

No hay escuela de declamacion teatral en Inglaterra, como la hay en Francia: así no es mucho que este arte se halle no muy adelantado entre los ingleses. Imítanse los actores unos á otros; pero faltando un plan constante, apoyado en sólidos principios que los dirijan: tal vez se admiten á la carrera del teatro los ménos aptos para ella, ó tal vez los modelos de imitacion que eligen son defectuosos. Esto no impide que alguna vez se hayan visto hombres dotados de un talento y disposicion particular para este ejercicio, que han aprendido sin otro maestro que la naturaleza misma (felicidad concedida á pocos), y que, sin dejar sucesores dignos, han sido, por algun tiempo, la admiracion de Lóndres: así como en España, donde se ignora qué cosa es buena declamacion, se ha visto, no obstante, una Ladvenant, una Carreras, un Chinitas y un Espejo.

Garrick fué por muchos años las delicias de esta nacion, y no se repite su nombre sin elogios por todos los que tienen algun conocimiento del teatro. Entre los que hoy viven no puede citarse sin alabanza justa á Mrs. Siddons, actriz de un mérito singular, particularmente en el género trágico. Una presencia heroica, un rostro expresivo, capaz de cualquier afecto, una voz llena, dócil á toda inflexion, grande inteligencia y oportunidad en las aspiraciones, perfecta imitacion del llanto y del gemido, sensibilidad, nobleza en la accion y movimientos, conocimiento exquisito de las situaciones que finge, no ménos cuando habla que cuando escucha; tales son las prendas teatrales que he admirado en ella.

Exceptuando á ésta (que es en efecto una excepcion de todos los demas), diré lo que pienso en general acerca de la declamacion y el canto.

Ántes de todo, es necesario advertir que no se representa tan mal como en España: los defectos de los cómicos ingleses me han parecido ménos absurdos que los de los nuestros; en cuanto á presuncion de hacerlo bien, allá se van todos.

No he notado que en la representacion de las tragedias se haga estudio particular de los grupos y actitudes. La accion con que acompañan la voz, aunque no disparatada, es por lo comun insignificante, acompasada y monótona; los ademanes y el paseo, muy distantes de aquel noble decoro que debe caracterizar á los semidioses trágicos. Todos los actores, por lo comun, gastan un cierto contoneo afectado y fantástico, que ántes excitan con él la idea de un soldado fanfarron, que la de ninguno de los héroes inmortalizados en la historia. Tampoco hallé, ni en las inflexiones de la voz, ni en el gesto, cosa que mereciese particular alabanza.

Lo que se ha dicho sobre la representacion trágica debe

entenderse tambien acerca de la comedia afectuosa y noble.

En la farsa tienen más mérito: figura, gesticulacion, trajes, movimientos, posiciones ridículas, todo contribuye á lograr el fin que se proponen, de excitar (por cualquiera medio que sea) la risa del público; y en un teatro donde es harto escasa la delicada gracia cómica de Tartuffe es necesario acudir con frecuencia al saco de Scapin. Lo que son las caricaturas respecto de la pintura en el género gracioso, eso mismo es la representacion de las farsas respecto de la buena comedia. Todo es en ella excesivamente recargado, todo pasa los límites de la naturaleza y verisimilitud dramática, todo hace reir por un instante, dejando sólo en los espectadores de gusto el arrepentimiento de haberse reido. Fácil es de inferir que estos mamarrachos serán las delicias del vulgo inglés; pero, como quiera que la buena comedia no está demasiado conocida en esta nacion, debe advertirse que no es sólo el vulgo el que se entretiene y deleita con ellos.

Lo que se canta en los teatros de Inglaterra se reduce á ciertas arietas ó canciones alegres, de gusto nacional; ni imagino proporcionada esta lengua, ni la medida de sus versos, para aquella sublimidad patética que se admira con razon en la música de los italianos. Tal vez suelen querer apartarse de este género gracioso, y en mi opinion lo yerran: el recitado inglés ha sido siempre insufrible á mis oidos; no sé si á otro que no sea inglés le será agradable. He observado que sus arias nobles y afectuosas tienen todas un carácter monástico y lúgubre, más apto para conciliar el sueño ó conducir un cadáver al sepulcro, que para inflamar al oyente con la imitacion de las agitaciones del ánimo. Los franceses en su música heroica aúllan como desesperados; los ingleses parece que entonan antífonas en un coro de benedictinos.

Dejando, pues, á una parte la música de los semidioses (que no parece concedida á las lenguas septentrionales), diré solamente que las arias y canciones que mezclan los ingleses en sus piezas cómicas, y tal vez en las pantomimas, son por lo comun de un estilo fácil, gracioso y alegre; y éstas, ejecutadas con chiste nacional, tienen mucho mérito á los ojos de cualquier extranjero desapasionado: yo las compararia con las tiranas y seguidillas del teatro español, si no reconociera más inteligencia música en la ejecucion de los actores ingleses. Entre várias actrices de habilidad en este género merece elogio Mrs. Bland por la gracia y viveza natural de su canto, y Mrs. Storace por la delicadeza y sensibilidad con que expresa los afectos más tiernos, dotada al mismo tiempo de una voz sumamente grata el oido. Los ingleses no han prostituido todavía su teatro, admitiendo capones en él, ni envidian esta gloria á Italia, satisfechos con las voces enteras, sonoras y masculinas de sus cantores. ¡Italia, que aunque degollase en un dia todos sus Narsétes, sería siempre la maestra de la buena música entre las naciones de Europa!

HISTORIA DEL TEATRO EN INGLATERRA, EXTRACTADA DE LA INTRODUCCION QUE PRECEDE Á LA OBRA INTITULADA *Biographia Dramatica, or a companion to the Play House.* Lóndres, 1782.

Se cree generalmente que el teatro inglés empezó más tarde que el de las naciones vecinas; pero los que sostienen esta opinion se admirarán acaso al oir hablar de espectáculosdramáticos tan antiguos como la conquista; sin embargo, no hay cosa más cierta, si quiere darse crédito á lo que dice

un honrado monje, llamado Guillermo Stephanides, ó Fitz Sthephen, en su *Descriptio nobilissimæ civitatis Londoniæ*, donde escribe: «Lóndres, en vez de las farsas ordinarias »propias del teatro, tiene dramas de un asunto más santo; »representaciones de los milagros que los santos confesores »obraron, ó de los sufrimientos en que la gloriosa constan»cia de los mártires se manifiesta.» Este autor era un monje de Canterbury, que escribió durante el reinado de Enrique II, y murió en el de Ricardo I, año de 1191; y como no hace mencion de aquellas representaciones como cosa nueva para el pueblo, sino que va describiendo las que comunmente se usaban en su edad, difícilmente podremos fijar su principio despues de la conquista. Y ésta es, á nuestro entender, la data más antigua que ninguna otra nacion de Europa podrá producir acerca de sus representaciones teatrales.

Cerca de ciento cuarenta años despues, en el reinado de Eduardo III, se mandó, por acto del Parlamento, que una compañía de hombres, llamados *vagrants* (vagabundos), que habia hecho máscaras en la ciudad de Lóndres, saliese prontamente de ella, á causa de haber representado cosas escandalosas en las tabernas y otros parajes, donde el populacho se juntaba. Ignoramos de qué naturaleza fuesen estos escándalos, si deshonestos y obscenos, ó impíos y profanos; pero es más natural creer lo primero, por cuanto la voz *máscara* tiene mal significado, y no es de creer que en su infancia fuesen mejores de lo que son hoy dia.

Poco despues de este período se hizo muy comun en toda Europa la representacion de los *misterios;* pero de un modo tan estúpido y ridículo, que, en particular las piezas sacadas del Nuevo Testamento, más parecian ser compuestas para aumentar el libertinaje y la incredulidad, que para otros fines. Es muy probable que los actores arriba mencionados

fuesen de las clases que llamaban *mummers* (enmascarados), que acostumbraban á vagar por las provincias, vestidos de un modo antiguo; bailaban y hacian posturas difíciles y actitudes mímicas. Esta costumbre dura todavía en algunas partes de Inglaterra; pero antiguamente fué tan general y distraia tanto de sus ocupaciones al pueblo, que se tuvo por muy perniciosa; y como estos *mummers* iban siempre enmascarados y disfrazados, cometian con demasiada frecuencia excesos, deshonestidades y delitos. No obstante, malos como eran, ellos parecen haber sido el verdadero original de los cómicos de Inglaterra: su excelencia consistia (y áun hoy dia es una parte del mérito de sus sucesores) en la mímica y gracia natural.

En un acto del Parlamento, expedido el cuarto año del reinado de Enrique IV, se hace mencion de ciertos *wasters* (ladrones), *master-rimours*, *minstrels* (músicos de violin), y otros vagabundos, que infestaban el país de Wáles; y se manda por él que ningun *master-rimour*, *minstrel*, ni otro vagabundo, sea favorecido en aquella provincia para pedir por los pueblos de ella. No podemos asegurar quiénes fuesen estos *master-rimours*, que tan incómodos fueron, especialmente en Wáles, si ya no es que fuesen algunos degenerados descendientes de los antiguos bardos.....

Cuando los *master-rimours* se fijaban en un paraje para representar en él, hacian publicar esta noticia por diez ó doce leguas en contorno, y esto sucedia frecuentemente, segun se infiere por la descripcion de Cornwall, escrita por Carew, en tiempo de la Reina Isabel, el cual, hablando de las diversiones del pueblo, dice: «El *Guary Miracle* (en inglés » pieza de milagro) es una especie de farsa sacada de algu» nos pasajes de la Escritura. Para la representacion hacen » un anfiteatro en un campo abierto, cuyo diámetro total » tendrá unos cuarenta ó cincuenta piés. La gente del pais,

»y áun de muchas millas de distancia, se junta de todas »partes á ver este espectáculo, donde se hace uso de diablos »y tramoyas para agradar no ménos á los ojos que á los »oidos.» Mr. Carew no fué tan exacto que nos informase del tiempo en que estas piezas de *Guary Miracle* se representaban en Cornwall; pero por el mismo género de ellas puede inferirse que el uso era muy antiguo.

El año de 1378 es la data más remota en que hayamos podido hallar hecha mencion de la representacion de misterios en Inglaterra. En este año, los estudiantes de la escuela de San Pablo presentaron una peticion á Ricardo II, suplicándole «que prohibiese al pueblo ignorante represen- »tar la *Historia del Antiguo Testamento*, con gran perjuicio »de la citada clerecía, que tenia hechos grandes gastos para »representarla en la Pascua de Navidad.» Cerca de doce años despues, esto es, el de 1390, los curas de las parroquias de Lóndres, se dice haber representado farsas en Skinner's Well, el 18, 19 y 20 de Julio: y en 1409, el décimo año de Enrique IV, representaron en Clerkenwell (Pozo de los Clérigos), que tomó su nombre de la costumbre de representar farsas allí los curas de las parroquias, una farsa que se repitió por ocho dias consecutivos, en la cual se trataba de la creacion del mundo, y asistió á verla la mayor parte de la nobleza y caballeros del Reino. Estos ejemplos son suficientes á probar cuán temprano empezó entre nosotros la representacion de los misterios, si bien no puede asegurarse con certeza cuánto tiempo duraron.....

En los *misterios* se representaban de una manera inanimada algunas historias milagrosas del Viejo y Nuevo Testamento; pero en las *moralidades*, que siguieron despues, donde se personificaban las virtudes, los vicios y los afectos del ánimo, ya se empezó á ver algun artificio en la fábula, un fin moral y algo de poesía. En estas *moralidades* se tra-

taban frecuentemente cuestiones religiosas; y no es de admirar que en aquel tiempo, en que todos trataban de estas materias, emplease cada uno de los partidos todas sus artes para hacer valer sus opiniones. Si ahora estuvieran en uso las *moralidades*, todo cuanto en ellas se dijese recaeria sobre la política. *La nueva costumbre* (The new custom) fué ciertamente introducida para promover la reforma. Cuando se renovó, en el reinado de la Reina Isabel, y en los primeros tiempos de la dicha reforma, era tan comun á los partidarios de las antiguas doctrinas (y acaso tambien á los de la nueva) el sostener é ilustrar sus opiniones por medio del teatro, que en el año vigésimocuarto del reinado de Enrique VIII se halla un acto del Parlamento, dirigido á promover la verdadera religion, por el cual se prohibe á todos los *rimors* ó cómicos el cantar en canciones ó representar en farsas cosa alguna contraria á las doctrinas nuevamente establecidas.

Era muy comun en aquel tiempo representar estos dramas morales y religiosos en casas particulares, para la edificacion, aprovechamiento y diversion de las familias acomodadas. A este fin estaban dispuestas las salidas del drama de tal modo, que cinco ó seis actores podian representar veinte personajes distintos.....

Puede decirse que la musa dramática dispertó cuando, encaminándose á la verisimilitud, no sin gracia é ingenio, comenzó á divertir con las antiguas farsas. Por ellas merece el primero, si no el más eminente lugar, Juan Heywood, el epigramatista bufon de Enrique VIII, que vivió hasta principios del reinado de la Reina Isabel.

Generalmente tenemos por nuestra primera comedia la pieza intitulada *Gammer Gurton's Needle*, compuesta por Juan Still, que despues fué obispo de Bath y Wells, impresa, la primera vez, en 1575. Apareció poco despues de las farsas:

toda ella está escrita con mucha fuerza cómica, y no carece de naturalidad, aunque afeada con obscenidades indecentes.

Entónces empezaron ya á aparecer los poetas dramáticos, y á enriquecer el teatro con sus escritos. Enrique Parker, hijo de Guillermo Parker, se dice haber compuesto algunas tragedias y comedias en el reinado de Enrique VIII, y Juan Hoker, en 1535, escribió una comedia intitulada *Piscator or the Fisher caught* (El Pescador pescado). Mr. Ricardo Edwards, que nació en 1523, y á principios del reinado de la Reina Isabel fué nombrado maestro de los niños de la Capilla Real, fué un excelente músico y buen poeta, y escribió dos comedias: la una intitulada *Palæmon and Arcite*, en cuya representacion se imitó tan perfectamente el ladrido de los perros de caza, que la Reina y todo el auditorio quedaron sumamente complacidos; la segunda, intitulada *Damond and Pithias, ó Los dos amigos más fieles del mundo*. Por el mismo tiempo florecieron Tomás Sackville y Tomás Norton, autores de *Gordobuc*, la primera pieza dramática inglesa de alguna consideracion (impresa en 1590).

Puttenham, en su *Arte de la Poesía*, escrito en el reinado de la Reina Isabel, dice: «Yo creo que en la tragedia, el lord »Buckhurst (esto es, Tomas Sackville) y Mr. Edward Fer»rys merecen el más alto elogio, segun lo que he visto de »ellos; el conde de Oxford y Mr. Edward, de la Capilla »de S. M., por lo que toca á la comedia y farsa.» El mismo escritor dice en otra parte: «Pero el mejor autor en esta »profesion (de poesía) es, en el dia de hoy (esto es, en »tiempo de Eduardo VI), Mr. Edward Ferrys, escritor de no »menor donaire y felicidad que Juan Heywood, pero de »mayor inteligencia y sublimidad en el metro: y así, lo »más que escribe para el teatro son tragedias, y algunas ve»ces comedias ó farsas, con lo que divierte tanto al Rey, »que por ello adquiere muy buenas recompensas.» Es sen-

sible que no se conserve obra ninguna, ni áun los títulos de las que compuso este Eduardo Ferrys, escritor tan célebre en aquella edad.

Siguió á éstos Juan Lillie, ingenioso y célebre autor, que perfeccionó mucho el lenguaje inglés con su novela intitulada *Euphues and his England*, ó *La anatomía del ingenio*, de la cual obra dice el editor de sus comedias: «Nuestra na» cion le es muy deudora, por el nuevo inglés que la enseñó » con su *Euphues and his England*. Todas nuestras damas se » hicieron entónces sus discípulas, y una señora de la Córte » que no supiese hablar *Euphuismo* era tan poco estimada » como la que ahora no sepa el frances.» Hemos visto esta novela, tan aplaudida por su invencion, que tan de moda se hizo en la córte de la Reina Isabel y que tan notable alteracion introdujo en el idioma; y no es otra cosa que una impropia y afectada algarabía, en la cual el perpetuo uso de las metáforas, alusiones, alegorías y analogías se ha llamado ingenio, y la estudiada hinchazon, lenguaje. Esta obra absurda infestó la córte de la Reina Isabel, en cuyo tiempo se habian escrito los mejores modelos de estilo y composicion que tenemos, y en el siguiente reinado se sufrió y llegó á admitirse generalmente este despreciable pedantismo de locucion: tanto puede el más ridículo instrumento cuando, desviándose de la naturaleza, se propone adelantar sobre su sencillez.

La tragedia y la comedia, que entónces empezaron á levantar cabeza, no hicieron otra cosa por algun tiempo que culteranizar y aturdir; y se prueba cuán imperfectas fuesen en todas sus partes por una excelente crítica que publicó Felipe Sidney contra los escritores de aquel tiempo.

No obstante, parece que habia en ellos disposicion suficiente para hacerlo mejor, segun los esfuerzos que hicieron para dar más bella forma á sus piezas, adornando algunas

con apariencias mudas, otras con coros, é introduciéndolas y explicándolas otras veces por medio de un interlocutor; pero ignoraban lo esencial del arte, y se quedaron muy distantes de la perfeccion. Como quiera que sea, áun con todos los defectos que en ellas habia, nuestros progresos en la dramática eran superiores, por aquel tiempo, á los que hasta entónces habian hecho nuestros vecinos los franceses. Los italianos, que habian empezado muy temprano á traducir las mejores obras de la antigüedad en este género, se hallaban ciertamente mucho más adelantados; pero, exceptuando éstos, nos hallábamos, á lo ménos, iguales con las demas naciones de Europa.

A esta época (como sucedió en Francia mucho despues) nació en Inglaterra y adquirió perfeccion el verdadero drama, por el genio creador de Shakespeare, Fletcher y Jonson, autores tan conocidos ya entre nosotros, que nada puede añadirse acerca de ellos, que no sea superfluo.....

La primera compañía de cómicos de que tenemos noticia es la que se formó en virtud de privilegio concedido en 1574 á Jaime Burbage y otros criados del Conde de Leicester. Consta que en 1578 representaron los coristas de San Pablo piezas dramáticas, y cerca de doce años despues de esto, se dice haber representado *misterios* los curas de las parroquias de Lóndres en Skinner's Well. Se ignora cuál de estas dos compañías existió primero; pero, como se hace mencion de la de los coristas de San Pablo ántes que de otra alguna, no podemos ménos de reputarla por la más antigua. Lo cierto es que los misterios y moralidades fueron representados por estas dos asociaciones eclesiásticas, muchos años ántes que apareciese ninguna otra compañía formal, y los coristas de San Pablo continuaron representando por mucho tiempo las tragedias y comedias, que despues empezaron á usarse.

Se cree generalmente que la primera compañía arreglada y formal que se estableció fué la de los jóvenes músicos de la Capilla Real, á principios del reinado de la Reina Isabel, de la cual fué director Mr. Ricardo Edwards, ya mencionado. Algunos años despues, en que ya el teatro habia adquirido más jocosidad, se estableció otra compañía, bajo la denominacion de *The Children of the revels* (Los Niños de la diversion). Éstos y los de la Capilla Real se hicieron muy famosos; todas las piezas de Lillie, muchas de Jonson y otros fueron primeramente representadas por ellos: el concurso y la estimacion que obtuvieron fué tal, que los comediantes ordinarios no pudieron verlo sin envidia, como se infiere claramente por una escena de Hamlet. Lo cierto es que sirvieron de excelente escuela para el teatro, y muchos de los actores que en lo sucesivo adquirieron gran celebridad, se educaron é instruyeron con ellos.

Desde el año de 1570 hasta el de 1629, cuando se acabó el teatro de White Friars, se levantaron diez y seis teatros en Lóndres, como se deduce por los frontispicios de muchos de los antiguos dramas. Las compañías de cómicos eran en proporcion al crecido número de teatros que tenia entónces esta capital.

Además de las dos de que ya se hizo mencion, la Reina Isabel, á instancia de Francisco Walsingham, estableció otra, formada de doce de los principales cómicos de aquel tiempo, con abundantes sueldos y bajo el título de *comediantes y criados de S. M.* Pero, sin tratar de éstos, muchos señores tenian compañías de cómicos, que representaban, no sólo privadamente en sus palacios, sino públicamente tambien, bajo su autoridad y proteccion. Concuerda con esto la relacion de Stow, en que se dice: «Los cómicos antiguamente estaban asalariados por los señores, y nadie sino ellos tenia privilegio de representar: así en tiempo de la

»Reina Isabel muchos nobles tenian criados y pensionados »en su casa, que ganaban su vida con este ejercicio. El Lord »Almirante los tenia, como tambien el Lord Strange, y re»presentaban en la ciudad de Lóndres. Era muy comun la »supresion de estas compañías, por las quejas que de ellas »daban todos los caballeros, á causa de las indecencias é »injurias que decian en las comedias. Así fué que un Lord »Tesorero notificó al Lord Mayor (Corregidor de Lóndres) »que prohibiese los cómicos del Lord Almirante y el Lord »Strange, á lo ménos por algun tiempo, á causa de que un »tal Mr. Tilney tenia fundados motivos de disgusto contra »ellos. En vista de esto, el Lord Mayor despidió entrambas »compañías, con estrecha órden de abstenerse de represen»tar hasta nueva resolucion. Los cómicos del Almirante »obedecieron; pero los del Lord Strange, como haciendo »desprecio, se fueron á Cross Keys, y allí representaron »aquella tarde: el Mayor envió dos de ellos á la cárcel, y »prohibió toda representacion de allí en adelante hasta que »el Lord Tesorero mandase otra cosa.» Esto sucedió en 1589. En otro pasaje de su descripcion de Lóndres, dice el citado autor, hablando del teatro: «Antiguamente los »artífices de talento y los criados de los caballeros forma»ban muchas veces compañía, aprendian piezas, y en ellas »manifestaban lo feo del vicio, ó representaban las nobles »acciones de nuestros abuelos. Estas funciones se hacian en »los dias de fiesta en las casas particulares, en las bodas y »otros regocijos; pero con el curso del tiempo se hizo de es»to un oficio, y representándose tales piezas por lo comun »en los domingos y dias feriados, resultó que los teatros se »llenaban de concurso, y las iglesias quedaban desiertas. »Se emplearon á este fin grandes habitaciones, donde ha»bia cuartos separados, asientos dispuestos, tablado y ga»lerías. Allí las doncellas y los hijos de honrados ciudada-

»nos eran frecuentemente engañados, y contraian clandes»tinos y desiguales matrimonios; allí se trataban pública»mente materias sediciosas, se oian discursos indecentes y »vergonzosos, con otros excesos. Esto dió motivo, en 1574, á »un acto del *Common Council* (Tribunal de la ciudad), por »el cual se prohibia en todo el distrito de Lóndres la repre»sentacion de piezas en que hubiese expresiones, acciones »ó ejemplos de liviandad, indecencia ó sedicion, bajo la »pena de cinco libras de multa y catorce dias de cárcel; que »no se presentase al público pieza ninguna sin ser primero »leida y aprobada por el Lord Mayor y la sala de los *Álder»men* (especie de regidores de Lóndres), con otras muchas »restricciones. Tambien se advirtió que este acto no se ex»tendiese á las piezas que se daban en las casas particulares »de los nobles y caballeros, en ocasion de bodas ú otros re»gocijos domésticos, y donde se exigia dinero del auditorio. »Estas órdenes no se observaron como era menester: la »deshonestidad de los dramas iba en aumento, y su repre»sentacion se juzgó perniciosa á la religion, al Estado, á la »modestia y á las costumbres, y tambien causa poderosa »de infeccion en tiempo de peste, recelo que despues los »hizo suprimir del todo.

»Al fin, habiéndose hecho recurso á la Reina y su Conse»jo, fueron de nuevo tolerados, con las restricciones de que »no se representaria pieza alguna en domingo ni dia de fies»ta, sino despues de acabadas vísperas; que el espectáculo »debia concluirse ántes de entrar la noche, á fin de que los »asistentes residentes en Lóndres pudiesen volver á sus ca»sas ántes del sol puesto ó poco despues; que sólo queda»ban autorizados para representar los cómicos de la Reina, »cuyo número y verdaderos nombres comunicaria oficial»mente el Lord Tesorero al Lord Mayor y á las justicias de »Middlesex y Surrey; que estos cómicos no podrian sub-

» dividirse para formar otras compañías, y que en caso de » infracion á cualquiera de estos artículos, cesaria su tole- » rancia. Pero áun no fueron suficientes estas providencias » para contenerlos en los debidos límites; siguieron, como » siempre, ofendiendo con sus representaciones á la virtud y » al honor de sujetos particulares; y de aquí resultaron ta- » les disturbios, que fué necesario prohibirlas otra vez. »

La autoridad que acabamos de citar, además de contener hechos notables, manifiesta las costumbres del teatro en aquel tiempo, y su temprana depravacion. Pruébase tambien que no sólo en la citada época, sino mucho ántes, se satirizaba á personas conocidas en el teatro, por una carta manuscrita de Juan Hallies al Lord Canciller, Burleigh, en que se queja á S. E. de haber dicho expresiones afrentosas contra él y su familia, y en particular que su bisabuelo, que habia muerto setenta años ántes, habia sido tan excesivamente avaro, que los cómicos ordinarios le representaban en el teatro con grande aplauso de la Córte. Así es que apénas empezó á hablar la musa dramática, cuando se hizo maldiciente; y los primeros signos que dió de razon, los empleó en desenvolturas é insolencias.

Este abuso excitó igualmente el celo del púlpito y la autoridad de los magistrados : se escribieron muchos papeles por una y otra parte, y Estéban Gosson publicó, en 1579, un libro intitulado *La escuela del abuso, ó graciosa invectiva contra los poetas gaiteros, cómicos bufones y semejantes orugas de la república*, dedicado al Sr. *Felipe Sidney*.

. . . .

No obstante, el teatro recuperó poco despues su crédito, y llegó á mayor elevacion que nunca. En 1603, el primer año del reinado del Rey Jacobo, se concedió licencia, bajo el sello secreto, á Shakespeare, Fletcher, Burbage, Hemmings, Condel y otros para representar piezas, no sólo en su casa

acostumbrada de *The Globe*, en Bank-side, sino en cualquiera otra parte del Reino. Estos formaron en aquel tiempo sobresalientes cómicos, acerca de lo cual podrá verse el suplemento á Shakespeare por Mr. Malone, donde este escritor ha recogido cuantas noticias se han podido hallar.

Parece, pues, que entónces llegó el teatro á la época de su gloria y reputacion. Todos los años se publicaba un considerable número de piezas nuevas; la pasion del público á esta diversion era tan general, que la nobleza celebraba sus casamientos y cumpleaños con máscaras y dramas, representados con gran magnificencia, y el grande arquitecto Iñigo Jones fué empleado frecuentemente en ejecutar las decoraciones teatrales con toda la riqueza de su invencion. El Rey, la Reina, las damas y caballeros de la Córte hacian papel en estas máscaras muy á menudo, y toda la demas nobleza y gente principal en sus particulares habitaciones; en una palabra, no habia regocijo completo, si faltaban en él estos espectáculos. Á esta aficion debemos (y acaso es lo único que nos ha quedado digno de aprecio en este género) la inimitable máscara de *Ludlow Castle*.

Continuó esta general inclinacion á los espectáculos teatrales durante todo el reinado del Rey Jacobo y gran parte del de Cárlos I, hasta que habiendo adquirido grandes fuerzas el puritanismo, se declaró abiertamente contra ellos, reputándolos por impíos y diabólicos. Esta y otras muchas causas que concurrieron, trastornaron del todo la Constitucion; y entre las muchas reformas que entónces hubo, una de ellas fué la absoluta supresion de los teatros. En una ordenanza de los Lords y Comunes, expedida el año de 1647, se declaró á los cómicos por pícaros y sujetos á las penas expresadas en los estatutos del año treinta y nueve de la Reina Isabel y del séptimo del Rey Jacobo I. Mandáronse demoler todos los teatros, prender y azotar públicamente á to-

das las personas convencidas de representar comedias, en contravencion á la citada ordenanza; á las cuales, despues de este castigo, se les debia exigir juramento de no volver á representar jamas, con pena de prision y otras mayores en caso de rehusarse á ello ó de reincidir. El dinero recogido en los teatros sería confiscado en beneficio de los pobres, y todo el que se hallase haber asistido á alguna representacion pagaria cinco chelines de multa.

Ántes de la publicacion de esta ordenanza se habian ya frecuentemente interrumpido las diversiones teatrales por las hostilidades ocurridas entre el Rey y su Parlamento. Muchos de los actores que se hallaban en edad proporcionada para ello, sentaron plaza en el ejército del Rey, reconocidos á la estimacion que siempre habia hecho de ellos aquel soberano ántes del rompimiento entre él y su pueblo. El suceso fué igualmente fatal á la monarquía y al teatro: el Rey perdió la vida á manos de un verdugo, las casas de comedias fueron demolidas, y los cómicos muertos en las guerras, ó perseguidos y desterrados á diferentes parajes, por el temor de que no volviesen á reunirse, en contravencion de lo que el Gobierno habia dispuesto.

En el año de 1648 se aventuraron á representar algunas piezas en el *Cock pit*; pero en una de sus representaciones los interrumpió una partida de soldados, que dió con ellos en la cárcel. Duró algun tiempo este rigor, aunque una ú otra vez se toleró que se juntasen á representar privadamente algunas piezas antiguas, á corta distancia de la ciudad, ó en las casas de campo de los nobles que los protegian. Durante el implacable rencor que el Gobierno mostró á todo cuanto tuviese relacion con las bellas letras, los cómicos vivieron en la mayor infelicidad; y para socorrer en parte su indigencia, hicieron imprimir muchas obras dramáticas de sus contemporáneos, que conservaban manuscritas en su po-

der, y que acaso nunca hubieran visto la luz pública en otras circunstancias.

No obstante, el fanatismo religioso no pudo vencer la inclinacion pública; y cuando más arriesgado parecia, Guillermo Davenant se atrevió, en 1656, á dar espectáculos de declamacion y música por el estilo de los antiguos de Rutland-House, y dos años despues se estableció en Cock-pit, en Drury Lane, donde siguió representando hasta la restauracion. Cuando ésta llegó á verificarse, los cómicos que habian quedado se reunieron, y volvieron á ejercitar libremente su profesion. Formáronse, con privilegio especial del Rey, dos compañías: la primera dirigida por el citado Davenant, y la segunda por Mr. Killegrew que se estableció en *Red-Bull,* en la calle de San Juan. La primera se intituló compañía del Duque de Yorck, y la segunda, compañía del Rey, dando á los cómicos de una y otra la denominacion de criados de S. M.

(De aquí en adelante, el autor que seguimos en esta relacion se dilata en demasía, hablando de las mudanzas locales de estos dos teatros de Lóndres, del modo con que fueron administrados por los directores, y menudencias que son poco interesantes para un extranjero. En consecuencia de esto, trasladaremos únicamente aquellas noticias relativas al adelantamiento ó alteraciones del teatro inglés.)

La emulacion excitada en una y otra compañía produjo buenos efectos. Los directores procuraron á porfía asalariar los mejores actores de Inglaterra; y segun el testimonio de los escritores de aquel tiempo, el arte de la declamacion llegó á un estado de perfeccion admirable. En 1665 se manifestó la peste en Lóndres, y el año siguiente ocurrió el incendio que redujo á cenizas una gran parte de la ciudad. Los espectáculos se interrumpieron por espacio de diez y ocho meses, y no volvieron á abrirse hasta la Pascua de Na-

vidad de 1666. La compañía del Duque de Yorck, ménos favorecida del público que su competidora, procuró nuevos medios de diversion para atraerle; y hallándose establecida en 1671 en su nuevo teatro de Dorset Gardens, añadió á sus espectáculos ruido y aparato, mejoró las decoraciones, é introdujo música, danza y canto en muchas de sus piezas; introdujo el uso de las óperas dramáticas, adornadas con costosa decoracion, y estos accidentes é innovaciones la dieron una superioridad sobre la compañía del Rey, que no hubiera podido esperar por el sólido mérito.

En el citado año de 1671 se abrasó el teatro de Drury Lane, que ocupaba la compañía del Rey. Tratóse de reedificarle, y para ello se valieron del caballero Cristóbal Wren. El plan que hizo, reuniendo la comodidad del auditorio y la de los actores, era digno en todas sus partes de aquel célebre profesor; pero las alteraciones que se hicieron en él al tiempo de ejecutarle, frustraron las ideas del arquitecto y echaron á perder el edificio, el cual se abrió en 1674.

En esta ocasion se representó un prólogo y epílogo que habia escrito Dryden, en que se hablaba de la preferencia que daba el público á la compañía del Duque, llevado sólo del aparato de las máquinas y adornos de sus piezas. Despues dieron en ridiculizarla por todos los medios posibles; y á este fin, Tomas Duffet puso en trova la *Tempestad*, el *Macbeth* y *Psyches*, y en general hacian lo mismo con todas las piezas que más concurridas eran del público en el otro teatro; pero todos estos esfuerzos fueron inútiles: la compañía del Duque, por medio de la declamacion, la armonía, la pompa y aparato scénico, triunfó de los sentidos, y fué constantemente preferida á su competidora.

Pero uno y otro teatro se acercaban á su ruina: el del Rey por falta de concurso; el del Duque por los excesivos gastos que hacia para sostenerse. Estas consideraciones de-

terminaron á los directores de uno y otro á unirse y formar una sola compañía que representase en Drury Lane, y así se hizo en 1682, y de allí en adelante se llamó *Compañía del Rey*, quedando la otra suprimida.

El mal gobierno de los directores que sucedieron, y sobre todo su avaricia, dió motivo á disgustos y discusiones entre los cómicos, tanto, que un cierto número de ellos hizo recurso al Rey Guillermo, solicitando privilegio para formarse en compañía separada; y así fué concedido. Edificaron, con el auxilio de suscriciones cuantiosas, un nuevo teatro en Lincoln's-Inn-Fields, que se abrió en 1695; pero los vecinos de la barriada suscitaron un pleito á la compañía sobre la incomodidad que resultaba á los que vivian inmediatos al teatro, por el concurso de los coches. No se sabe fijamente el éxito de este extraño litigio; pero lo cierto es que de allí á muy poco tiempo la nueva compañía se transfirió á Hay Market. Allí se mantuvo con buen suceso por espacio de uno ó dos años; pero despues el público empezó á resfriarse, y todos reconocieron la imposibilidad de sostenerse dos teatros en Lóndres.

El de Drury Lane padeció no pocas desgracias por la obstinacion y mal gobierno de su director, no ménos que por la ignorancia de los cómicos. Éstos, faltos de habilidad y de talento, estropeaban lastimosamente las mejores piezas, y para suplir este defecto, llamaron en su auxilio volatines, bufones y otras extravagancias, que redujeron al teatro al más ínfimo grado de desprecio. A este tiempo apareció el célebre Jeremías Collier, varon docto y de gran talento, el cual, lleno de las severas máximas del puritanismo, combatió con la mayor vehemencia el teatro, en razon de sus profanidades y relajada moral. Publicó su obra en 1697, á la cual respondieron Congreve, Vanbrugh, Dryden, Dennis y otros con ingenio y gracia; pero sin destruir

los argumentos con que su enemigo los habia combatido á ellos directamente, ó al teatro en general. No puede negarse que muchos de los más célebres autores de aquel tiempo habian escrito de un modo que justificaba la censura de cualquiera que profesase algun respeto á la honestidad y á la virtud.

Esta controversia produjo saludables efectos. Tratóse formalmente de reformar los abusos del teatro; se castigó á algunos cómicos, que se atrevieron á decir en él expresiones indecentes; los poetas empezaron á escribir con la debida modestia, y á esta época puede fijarse la introduccion de aquel gusto delicado que ha dado tanto crédito al teatro inglés.

Tratóse despues de edificar un nuevo teatro en Hay Market, construido en términos que hiciese honor al arquitecto y á la nacion, y produjese ganancias á los interesados en él. Hízose el edificio bajo la direccion de Juan Vanbrugh, empresario de aquella nueva compañía, que se asoció con Congreve; union que hizo concebir al público grandes esperanzas. Se abrió el teatro en 1705 con una ópera italiana, que tuvo mal éxito. Vanbrugh, en vista de esto, se aplicó á escribir nuevas piezas para sostener su reputacion; pero todo fué insuficiente, si bien todos reconocieron que tenia más habilidad para componer dramas que para construir edificios en que se representasen; y en efecto, en el nuevo teatro, adornado con grandes columnas, cornisas doradas y altas bóvedas, apénas de diez palabras se percibia una. Esto, y el estar situado en un extremo de la ciudad, contribuyó mucho á la falta de asistencia, y produjo, por consiguiente, cortas ganancias al propietario. Su direccion fué pasando de unas manos á otras con vária fortuna, hasta que en el año de 1708 se determinó que el teatro de Hay Market se cederia para ejecutar en él óperas italianas, y el de Drury

Lane le ocuparia la compañía inglesa. Esto duró muy poco, pues al inmediato, por desavenencias ocurridas entre los cómicos ingleses, se mandó cerrar el teatro de Drury Lane, y que la compañía inglesa alternase en el de Hay Market con la ópera italiana. Alteróse cuanto fué posible su forma interior, á fin de evitar los inconvenientes que al principio de su construccion se habian experimentado. Empezáronse á representar en él las piezas nacionales, y el concurso fué tal, que excedió á las esperanzas que se habian concebido. Pero como las óperas empezaron á declinar al mismo tiempo, este accidente amenoró mucho la utilidad de los directores, interesados igualmente en la prosperidad de uno y otro espectáculo.

Hácia el año de 1714 volvieron á dividirse estas compañías: la italiana quedó en Hay Market, y la inglesa pasó al antiguo teatro de Drury Lane, y poco despues volvieron á trocar de teatros. Por este tiempo se permitió abrir de nuevo el de Lincoln's-Inn-Fields, ya mencionado; y hallándose su director, Mr. Rich, incapaz de competir con los otros dos, acudió al arbitrio que en la anterior centuria habia producido grandes utilidades, á pesar de la razon y del buen gusto. Introdujo pantomimas en sus espectáculos; y aunque la compañía de Drury Lane, al ver esto, se valió de los mismos medios para hacerle frente, tuvo que ceder á la fecundidad de invencion con que Mr. Rich variaba estos estrafalarios entretenimientos, y á su conocida habilidad en la ejecucion de los papeles que él mismo desempeñaba. El mal gusto del público alentó sus esfuerzos, y no obstante la ridiculez de tales piezas, recogió más dinero que los otros, cuyo mérito era indisputable, ya en la ejecucion, ó ya en la composicion de los dramas.

En 1720, Mr. Petter, carpintero, edificó por mera especulacion un nuevo teatro en Hay Market, sin duda para alqui-

larle cuando hubiese ocasion, como en efecto empezó á verificarse en 1733.

En el de 1729 se levantó otro en Goodman's Fields, no sin grande oposicion de muchos comerciantes y otros ciudadanos respetables del barrio, que miraron como perjudicial en su vecindad aquel establecimiento. Muchos curas se hicieron de su parte, y predicaron con vehemencia contra él; pero el propietario, Mr. Odell, siguió adelante, acabó el edificio, formó una compañía de cómicos, y se empezó á representar en él. Dícese que por algun tiempo su ganancia líquida no bajó de cien libras cada semana; pero habiendo continuado las quejas contra él, se vió precisado á abandonar la empresa, no sin mucha pérdida. Mister Giffard, en 1732, edificó allí mismo otro teatro magnífico, y á pesar de las quejas y persecuciones que le suscitaron como á su antecesor, se mantuvo en él por espacio de tres años.

En el de 1733 se concluyó el teatro de Covent Garden, que ocupó la compañía de Mr. Rich, dejando el de Lincoln's-Inn-Fields, adonde se trasladó la de Giffard en 1735.

Por este tiempo se verificó una extraordinaria revolucion en el teatro. Enrique Fielding, escritor de mucho talento y gracia, pintor excelente de las costumbres, ya fuese para salir de la estrechez y mala fortuna en que se hallaba, ó ya para vengarse únicamente de los disgustos que le habian hecho sufrir muchos sujetos de distincion, determinó divertir á la ciudad á costa de las personas más conocidas de la república, y de mayor influencia y poder en los negocios políticos. Á este fin juntó una compañía que intituló, *Compañía de cómicos del gran Mogol*, y establecida en Hay Market, empezó con la comedia del citado autor, *Pasquin*: ésta y algunas de las muchas que compuso tuvieron grande aplauso. La amarga sátira que en ellas se contenia irritó sobremanera al Ministerio; y aunque por falta de buena ad-

ministracion en Fielding, su compañía iba decayendo, y el público llegó ya á cansarse de aquel nuevo género dramático, con todo eso, el Ministerio trató de vengarse de él y reducirle al estado de no poder en adelante ridiculizarle impunemente por medio del teatro. En efecto, por un acto del Parlamento, expedido en 1737, se prohibió representar pieza alguna sin que precediese expresa licencia del Lord Chamberlan, y se quitó al Rey la facultad de dar privilegios para el establecimiento de nuevos teatros, con graves penas á todo el que contraviniese á estas disposiciones. El Lord Chesterfield declamó altamente contra esta ley; el público se inquietó al ver amenazada por este medio la libertad de la prensa; salieron papeles por todas partes, ridiculizando, abominando, arguyendo los principios adoptados por el Parlamento; pero, á pesar de todo, la ley pasó, y los ministros quedaron libres en adelante de verse expuestos á la censura de los poetas dramáticos.

El año de 1741 fué venturoso para el teatro, habiéndose presentado en él al público por la primera vez el admirable cómico Mr. Garrick, el cual en 1747, despues de varios reveses de fortuna que sufrió, entró á medias con Mr. Lacey en la direccion del teatro de Drury Lane, donde permaneció representando con alguna interrupcion, necesaria al restablecimiento de su salud, hasta el de 1776, en que se retiró. Á él se debe el buen gusto, la propiedad y el decoro que introdujo en la representacion, prescindiendo de su sobresaliente mérito como actor y como poeta. Murió en 1779.

En 1767 se reedificó el pequeño teatro de Hay Market, y obtuvo el título de teatro Real. El de Covent Garden, despues de la muerte de Mr. Rich, ocurrida en 1761, padeció muchas mudanzas en su direccion hasta el presente; pero se ha sostenido no obstante, y en él se empezaron á dar al-

gunas piezas de música, que agradaron al público, y que hoy dia se repiten con general aceptacion.

Para la formacion de este extracto se han tenido presentes las siguientes obras.

El prólogo y suplemento de Mr. Dodsley á su *Collection of old Plays.*

Un catálogo de piezas dramáticas, impreso con la Tragicomedia de Goff intitulada *The Careless Shepherdess*, en 1656.

A new Catalogue of English Plays containing comedies, etc. Lóndres, 1688, y otro despues, añadido en 1691.

The lives and characters of the English Dramatick Poets, etc., por Mr. Gildon.

Poetical Register or the lives and characters of all the English Poets, with an account of their writings. 1723, por Giles Jacob.

A list of all the Dramatick Authors with some account of their Lives and of all the Dramatick pieces ever pubished in the English language to the year 1747. Esta obra se publicó unida con el *Scanderbeg*, pieza dramática de Whincop.

The British Theatre : containing the Lives of the English Dramatick Poets, with an account of all their Plays together with te Lives of most of the principal Actors as well as Poets. To wich is prefixed a short view of the rise and progress of the English Stage, 1752.

EXTRACTO de la noticia que se da en el libro intitulado

A NEW GUIDE TO THE CITY OF EDIMBURGH (AÑO DE 1792)

ACERCA DEL

TEATRO DE ESCOCIA (1).

Las diversiones del género dramático empezaron á estilarse muy presto en este país, siendo en sus principios representaciones de asuntos religiosos, destinadas peculiarmente á adelantar los intereses de la religion: el clero las componia, y se representaban los domingos. En el siglo diez y seis era tan crecido el número de los teatros, que hubo quejas de ello como de un mal, no sólo en Edimburgo, sino en todo el Reino. Estos degeneraron presto de su primera institucion; y en vez de inspirar devocion, sólo se veian en ellos bufonadas de todos géneros, y desvergüenzas. Despues de la reforma, se quejó el clero presbiteriano de estos espectáculos indecentes, y animado de un violento espíritu de celo, anatematizó las representaciones teatrales, cualesquiera que fuesen. El Rey Jacobo VI les obligó á desistir de sus censuras; pero en tiempo de Cárlos I, cuando el fanatismo llegó al más alto punto imaginable, ¿cómo es posible suponer que las piezas de teatro fuesen toleradas! Parece, no obstante, que estas diversiones se introdujeron otra vez en Edimburgo hácia el año de 1684, cuando el Duque de Yorck tuvo allí su córte, atrayendo su residencia una mitad de la compañía de cómicos de Lóndres, que representaron come-

(1) Este *Extracto* se halla interpolado en el Manuscrito de Moratin, con las noticias acerca del teatro inglés.

dias por un poco de tiempo. Pero las desgracias acaecidas al citado Duque, y el establecimiento de la religion presbiteriana, cuyo genio es poco favorable á las diversiones de esta especie, impidieron los progresos del teatro, y no hubo comedias hasta despues del año 1715, etc.

Fué muy bien recibida una compañía de cómicos de Lóndres, y siguieron viniendo anualmente á Edimburgo las de la legua; pero habiéndose hecho odiosas otra vez al clero, prohibieron los magistrados, en el año de 1727, toda representacion teatral en los límites de su distrito, si bien esta prohibicion fué suspendida por la sala de Justicia, y los cómicos continuaron representando como ántes. No obstante, eran muy escasas estas diversiones en la ciudad, pues sólo la visitaban, con dos ó tres años de intervalo, algunas compañías de la legua, que representaban en *Taylor's House* (la casa de los sastres).

Por este tiempo salió un acto del Parlamento, que prohibia toda representacion de dramas, excepto en los teatros privilegiados por el Rey. Con este motivo, los clérigos de Edimburgo levantaron inmediatamente la cabeza, y á sus propias expensas, apoyados en el acto mencionado, fulminaron una causa contra los comediantes. Ésta se decidió en primera instancia contra los comediantes, los cuales apelaron al Parlamento, solicitando un bill que autorizase á S. M. á permitir un teatro en Edimburgo. Contra esta solicitud se presentaron peticiones, en 1739, á la Cámara de los Comunes por los magistrados y ayuntamiento de la ciudad, por el Rector y profesores de la universidad y por la clerecía, en consecuencia de lo cual se detuvo el expediente.

Pero todas estas oposiciones, y el espíritu de partido que las animaba, llegaron á redundar en beneficio de los cómicos; y al fin se halló fácilmente el medio de eludir el acto del Parlamento de que se ha hecho mencion. Siguieron

pues las comedias, y la sala de *Taylor's House* fué tan frecuentada, que se halló ser insuficiente para el concurso que asistia.

Construyóse despues una casa de comedias en *Canongate*, año de 1746, la cual llegó á ser demolida, porque la mala conducta de los directores y las desavenencias entre los cómicos excitaron alborotos y tumultos.

Últimamente, cuando el Soberano concedió el terreno en que debia edificarse la parte nueva de la ciudad, se añadió una cláusula al bill, autorizándole á privilegiar un teatro en Edimburgo: concedió S. M. esta gracia, y los clérigos callaron para siempre.

No obstante, el alto precio que se exige á los directores por la patente, que es no ménos de quinientas guineas anuales (1), ha impedido hasta ahora el ver en este teatro buenas decoraciones y buenos actores, como se hubiera logrado á no haber esta causa, que ha hecho el éxito del teatro de Edimburgo ménos favorable de lo que se pudiera haber esperado. En esta última temporada se ha arrendado por la suma de doce mil libras (2) á los señores Jackson y Kemble.

ANFITEATRO.

Este edificio está cercano al teatro en el camino de Leith, y fué abierto en 1790 para juegos de equitacion, diversiones de pantomima, danza y saltos. El circo tiene sesenta piés

---

(1) Cincuenta mil reales.
(2) Un millon y doscientos mil reales.

de diámetro, y puede contener mil y quinientos espectadores. Las diversiones que en él se dan no son inferiores á las de Lóndres. Los directores, procurándose excelentes profesores en todos estos ramos, se han hecho dignos de toda la proteccion que reciben del público de Edimburgo. Dicho anfiteatro sirve tambien de escuela de montar, donde se enseñan á las señoras y caballeros los ejercicios de equitacion.

VIAJE DE ITALIA.

CUADERNO PRIMERO.

DÓVER, OSTENDE, BRUSÉLAS (1), COLONIA, FRANCFORT, FRIBOURG, SCHAFFHAUSEN, ZURICH.

5 (2). De Lóndres á Dóver, setenta millas. Se halla primero á Rochester, despues á Cantorbery, ciudades considerables, la última famosa por su universidad y su obispo, Santo Tomás Cantuariense. Buen camino; acercándose á Dóver, pocos árboles, muchos pastos, tierra quebrada, que continúa así hasta el mar. Dóver, ciudad de bastante poblacion y tráfago, con un puerto muy concurrido de navíos mercantes, pero de muy poco fondo, tanto que los paquebotes tienen que esperar la alta marea para fondear dentro de él. La ciudad es de forma muy fea é irregular, aunque no deja de tener casas muy buenas, entre muchas viejas y de mala construccion. No goza de otra vista que la del mar, por estar cercada de montes por parte de tierra. En la altura de

(1) Moratin escribe siempre *Bruxelas*.
(2) *De Agosto de* 1793, segun se infiere de ciertas notas en abreviaturas que hay al principio de este cuaderno y del siguiente.

uno de ellos se ve el antiguo castillo, muy grande y bien conservado, que domina el puerto, la ciudad y el mar. Es digna de atencion la construccion física de los montes que rodean á Dóver, y en ninguna parte he visto masas tan enormes de depósitos marinos. Todos ellos son calizos, pero sin la menor mezcla de otras tierras; el embate del mar ha arruinado gran parte de ellos, dejando un corte perpendicular, donde no se ve ni una capa siquiera que interrumpa la tierra y piedra caliza blanquísima de que se componen. Desde Dóver se ve sin auxilio de anteojo la costa de Francia y la ciudad y castillo de Calais.

6. Ántes de llegar á Dóver hallamos un carro con un grande ataud, en que llevaban á Mr....., coronel inglés, muerto de un balazo en el sitio de Valenciennes, que iba á buscar la fama póstuma, por medio de un epitafio, al rincon húmedo y oscuro de una capilla.

7. Viento contrario. Me divierto en ver embarcar para Ostende clérigos y ex-frailes franceses, desaliñados, puercos, tabacosos, habladores; tan en cueros como el dia en que llegaron, y tan á oscuras de lengua inglesa, al cabo de dos años de manosear el diccionario, como la madre que los parió.

Detiénese mi marcha. Al anochecer, tempestad.

8. Buen viento; pero el diablo lo enreda de manera, que me quedo todavía en Dóver. Reniego, me harto de tabaco, y me meto en la cama.

9. Salgo, en fin, á las diez y media de la mañana en un paquebote. Buen viento; mucho miedo: llego á las cinco de la tarde á Ostende. Calles anchas, limpias y bien empedradas; las casas nuevas (que hay bastantes, particularmente cerca del puerto), muy buenas; las antiguas, mezquinas y ridículas: nuestros venerables abuelos no fueron los más duchos en esto de proporciones y belleza simétrica. Buen

puerto, con muchos y grandes navíos; en una de sus orillas hay una especie de veleta dorada, con el escudo imperial, puesta sobre un palo muy alto, y abajo un pedestal con esta inscripcion: *Ob lætum Austriacum anno MDCCXC reditum, studio et amore prius erectam, dein ut impiis regicidisque salvetur manibus, furtim abditam, sacrilegis jam expulsis, aquilam hanc ex voto piscatores denuo ponunt die XIX Calendarum Maji MDCCXCIII.* He dicho que la citada inscripcion está en un pedestal; pero, como éste no es de pórfido, piedra granadina, ni otra materia durable, sino de lienzos pintados sobre un armazon de madera, me pareció de absoluta necesidad copiarla, temeroso de que al volver dentro de media hora, la hallase enteramente destruida por el tiempo devorador.

10. Salgo á las cuatro y media de la tarde para Brujas, y emprehendo mi viaje por un canal, como tres veces más ancho que el de Manzanares. Hermosa llanura á un lado y otro, regada por mil partes con sus aguas, cultivada perfectamente, abundante en mieses, prados y arboledas, con muchas poblaciones y caseríos. No hallé barcos de transporte en todo el camino; lo que me hace creer que si una obra tan costosa y magnífica como aquella ha producido ya ventajas considerables á la agricultura, áun falta que proporcione á la industria y al comercio las muchas que de ella deben esperarse. En dos horas, con viento favorable, llegamos á Brujas, distante cuatro leguas de Ostende. Es ciudad grande, y su caserío conserva el antiguo carácter de la construccion flamenca: las fachadas de las casas rematan todas en un triángulo muy agudo, con unos escaloncillos laterales, como para colocar en ellos tiestos ó santos; de modo que mirando una fila de casas, parecen por la parte superior empalizadas de trinchera, ó una guarnicion de zagalejo, con tantos picachos y recortaduras. Las calles son bastante an-

chas, llanas y limpias; hay una plaza con un grande edificio moderno de buen gusto, aunque parece mejor de lo que es por el cotejo de los demas. En una casa antigua vi sobre la puerta las armas de España. Un viajero observador halla en Flándes no pocos monumentos de nuestra antigua dominacion, y lo primero que me dió en los ojos fueron las capas y las mantillas. ¡Extraña diferencia de estilos! En Inglaterra no se ve ni un Cristo, ni una Vírgen, ni un santo en sus iglesias, que parecen habitaciones sin inquilinos; y en Flándes los Cristos, las Vírgenes y los santos se revierten de las iglesias, salen á los cimenterios y adornan las puertas de las casas y los esquinazos de las calles y plazas públicas.

11. A las cinco salí en posta. El camino hasta Bruselas, muy ancho, con arboledas contínuas á un lado y otro, y empedrado, lo que al principio parece lujo, y ha sido necesidad, en atencion á que todo el terreno es de arena menudísima, como el de las Landas de Burdeos, con la diferencia de que sobre esta arena hay una capa de tierra vegetal, y en ella un hermoso jardin; que no otra cosa parece todo cuanto alcanza la vista: árboles, mieses abundantes, prados y bosques deliciosos, todo regado por medio de canales y acequias, en términos que con respecto al cultivo nada debe este país á lo mejor de Inglaterra. Hay mucha poblacion, y bien repartida; los lugares por donde se atraviesa son espaciosos, limpios y alegres. Gante dista nueve leguas de Brujas; es ciudad grande, tiene muchos edificios modernos, muchos canales, que la dividen en várias islas, y sus contornos llenos de amenidad y hermosura. Buena posada, excelente comida, mucha hambre, y un dolor de muelas que no me permitió hincar el diente.

De Gante á Bruselas hay diez leguas: los campos igualmente hermosos que los anteriores, y el terreno más quebrado en las inmediaciones de esta última ciudad. Llegué

á ella al anochecer. Las sillas de posta muy malas; los caballos de malísima figura, pero muy corredores.

12. Paseo por la ciudad. Su piso es muy desigual, con calles torcidas, de mediana anchura; los edificios antiguos cuasi todos están jalbegados con yeso, y á otros lès han desmochado la parte superior, poniéndoles cornisamento horizontal, de manera que carecen de aquella lúgubre y respetable antigüedad que tienen los de Brujas. Hay muchos modernos, y estos son enteramente á la francesa. En la parte más elevada de la ciudad está el paseo que llaman el Parque, muy espacioso y alegre, bastante parecido al Retiro, aunque le lleva la ventaja de estar muy adornado con grupos, estatuas, términos, bustos, etc.; no tiene fuentes, y acaso es lo único que le falta. Hay dentro de él un café magnífico, que consiste en un gran salon, decorado con buena arquitectura, é inmediatos á él varios gabinetes muy graciosos, juegos de billar, y un pequeño teatro, donde representan piezas ligeras de música y declamacion. ¿Cuándo se verá en Madrid esta reunion de placeres, que son tan necesarios para entretener el ocio de una córte! Este paseo puede acaso competir con las Tullerías, y es infinitamente superior al triste, monótono y desaliñado parque de St. James. Cerca de él está la Plaza Real, obra moderna, que consta de ocho edificios separados, iguales, y entre ellos hace frente el gran pórtico de la abadía de Caudenberg, donde hay una bonita iglesia, de órden corintio, séria y de buen gusto. Hallé en medio de la plaza, tendida sobre una cureña, la estatua pedestre de bronce del príncipe Cárlos de Lorena, que habia estado colocada sobre un pedestal, y los sans-culottes la habian derribado, aunque felizmente pudo escapar de sus manos sin considerable mutilacion; y trataban de volverla á poner en su puesto. La que llaman Plaza Mayor es un conjunto de edificios, cargados de adornos ridículos y

sin gusto; pero la casa de Ayuntamiento, obra gótica, es cosa de mérito en su línea, particularmente una gran torre que tiene en medio, sumamente delicada y ligera; en una de las casas de esta plaza habia várias estatuas de los Duques de Brabante, inclusos nuestros Reyes austriacos; en otras, bustos ó estatuas de Generales ó Gobernadores de estas provincias; en otra un trofeo dedicado á Cárlos II, con su retrato en medio; pero todo pereció á manos de los franceses cuando ocuparon esta ciudad. Así en estas casas como en otras, que se hallan á cada paso, hay muchos pedazos dorados, capiteles, basas, festones, etc., y una que hay en dicha plaza, más parece un altar que un edificio público. Las iglesias, en general, están muy cargadas de adornos, y rebosan de santos y cuadros; los confesonarios son magníficos, con figuras en sus portadas, que representan virtudes, santos ó ángeles, colocados como cariátides á un lado y otro; en los púlpitos sucede lo mismo, y el de la iglesia mayor es cosa digna de verse: Pons habla de él en su *Viaje fuera de España*. Pero lo que me admiró más que los púlpitos, los confesonarios, el parque ni los edificios, fué el hallar por las calles unos carros pequeños, de á dos ruedas, tirados por perros; y en verdad que no era un juguete, puesto que cada carro llevaria una carga mayor que la que puede conducir á lomo un borrico. Los perros iban uno al lado de otro, á modo de las cuadrigas romanas; un carro llevaba tres perros, colocados en la forma dicha, y otro, me acuerdo que tenía cuatro, uno delante, como las mulas periconas de los coches de colleras. Ahora, expresar debidamente la cara que ponian los infelices animales, lo que ellos jadeaban, la espuma que vertian, y la inquietud de su cola y de su lengua, es empresa reservada á más docta pluma. En Francia é Inglaterra están persuadidos de que allá se van pelos y barbas; y tanto por su homogeneidad cuanto por su

situacion, está en uso que el mismo artífice que empolva los çabellos haga la rasura; pero en Bruselas, como en España se piensa de otro modo: ningun peluquero puede ejercer la navaja; ninguno que afeite puede hacer los rizos: hay prohibiciones gremiales sobre esto, con multas á los infractores, y entre estas dos facultades absoluta separacion. Los talentos humanos son muy limitados, y es muy difícil que un artífice sea excelente en dos profesiones distintas: por esta razon, sin duda, se mantiene tal costumbre en Flándes, á fin de que cada profesor pueda en su ramo apurar los esfuerzos del genio, y llegar en la carrera que sigue, con exclusion de todas las otras, á lo más sublime del arte. No obstante, el barbero que me afeitó, me afeitó muy mal. Además del pequeño teatro de que hice mencion, hay el de la ciudad: la sala es cuadrilonga, y por consiguiente poco favorable para ver y oir; bastante decente; mediana orquestra, cómicos harto ménos que medianos; las decoraciones y máquina de poco mérito; las piezas todas francesas, como las que se representan en el pequeño teatro del Parque. El Archiduque Gobernador asiste algunas veces al grande, y tiene en él su aposento, adornado con magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, con flecos, borlas y molduras de oro. El pueblo habla la lengua flamenca; pero la francesa es tan general, qué no se oye otra por las calles y paseos, y áun la gente más ruda la habla, aunque muy mal. Detras del Parque hay otro paseo con dilatadas arboledas, colinas incultas, arroyadas y hermosa vista de la campiña comarcana: desahogo oportuno para los melancólicos, y no poco favorable para los misterios de amor. Pero volvamos á las mantillas: las mujeres decentes sólo las llevan para cubrirse la cabeza cuando van á la iglesia ó á alguna otra expedicion matutina que exige ir de trapillo, pues para lo restante van en cuerpo como las francesas, y muchas van á la iglesia con

capotones, echada la capucha. Las mujeres de ménos copete son las que usan con más frecuencia la mantilla, y con ella van á comprar á la plaza las criadas. Todas las mantillas son negras, algunas de seda, sin otro corte que el que resulta de un pedazo de tres varas de tela. En la poca gracia con que la manejan, se conoce que es traje destinado á gente pobre y de poca delicadeza y coquetería; sin embargo, algunas criadillas parecian muy bien con ellas. De las capas puede decirse cuasi lo mismo. La gente del campo usa sombreros redondos, negros, muy anchos de ala. Como los Países-Bajos están situados en medio de tantos estados diferentes, y son paso para todos ellos, es increible la variedad de monedas que tienen curso allí: á los dos dias de estar en Bruselas pasé revista á las que habia adquirido en los cambios que habia hecho, y hallé tal variedad de naciones en mi bolsillo, que no eran tantas las que acaudillaba Alifanfaron: monedas inglesas, holandesas, prusianas, del Brabante, del Austria, de Baviera, de Colonia, de Francia; para cuya valuacion era necesario estudiar un libro en folio, y apurar todas las divisiones aritméticas, ó fiarse desde luégo á la conocida probidad de los criados de las posadas y de los cocheros, como lo hice yo.

15. Salgo á las seis para Mastrick. Buen camino, como el anterior, pero con más cuestas; malísimas sillas de posta; mucho calor. Pasé por Lovaina, llena de iglesias y colegios, por Tirlemont y St. Trond, poblaciones bastante grandes. Terreno desigual, ménos poblado de árboles que el antecedente, y algunos pedazos del camino sin ellos; buenos campos de siembra. Desde St.-Trond hasta Mastrick ocho leguas de mal camino, que en invierno será horroroso; se atraviesa un pedazo del obispado de Lieja; campos abundantes en granos, pocos árboles respecto de lo anterior, casas pobres, poca poblacion, á lo que se ve desde el camino:

llegué á las nueve á Mastrick, distante veinte y una leguas de Bruselas. Tuve que esperar á que abriesen la puerta. ¡Qué entrada! ¡Qué estruendo de cadenas! Callejones torcidos, bóvedas, puentes levadizos, rastrillos, piquetes, bayonetas, cañones : mala entrada por cierto. Y ¡dicen que los hombres son hermanos! ¡Mentira! Mastrick está situada en una gran llanura, á las orillas del Mosa; es ciudad imperial; las calles anchas, rectas, bien empedradas, y buenos edificios.

16. Salgo á las cinco y media. Malísimos trozos de camino, con grandes subidas y bajadas; tierras de siembra y pequeños bosques hasta llegar á Aix-la-Chapelle, ciudad imperial, con muy buenas calles y edificios, y gran número de posadas magníficas; sus contornos muy amenos, con multitud de árboles. Al salir de ella, hasta unas dos leguas de distancia, se va por un camino muy desagradable; y en general, los lugares que se hallan hasta mucho más adelante son infelices. Efigies de San Juan Nepomuceno en cada puentecillo; multitud de crucecitas de piedra en los cimenterios; Vírgenes y Cristos en las puertas, en las esquinas, en las plazas, en los caminos, en los troncos de los árboles. Los Cristos son de una raza particular: flacos hasta el extremo, desproporcionados, y de catadura espantosa. Casas de ramas entretejidas, cubiertas con barro; techos de paja, chiquillos medio en cueros, mendigos. Hay mucha devocion en este país: los brabanzones, comparados con éstos, son unos iconoclastas. A unas dos leguas ántes de Julich comienza un buen camino, que sigue hasta Colonia; aunque la mayor parte de él carece de árboles á los lados, y le hace gran falta. Julich es villa fortificada, perteneciente al Príncipe Palatino del Rhin. Llanuras de centeno y avena, y bosques y mucho ganado vacuno. Colonia está á la orilla occidental del Rhin, en un llano inmenso, muy parecido á los campos

de Alcalá. Dista de Mastrick unas veinte leguas, poco más ó ménos, puesto que en los pocos dias que llevo de viaje he observado tanta confusion en el cómputo de las distancias como en el valor de las monedas. Llegué á las diez de la noche, sin haber comido, rabiando con la insufrible pesadez é insensibilidad de los postillones y la incómoda construccion de las malditas sillas de posta.

17. Me levanto tempranito, me hago peinar y afeitar por dos oficiales diferentes, segun el estilo del país; advirtiendo que aquí, como en España, cirujano y barbero son voces sinónimas. Recibo un criado, que es el primero que he tenido en mi vida; y conducido por él, salgo á ver lo más curioso de la ciudad. Es muy grande; y en general las casas muy viejas, con sus frontispicios puntiagudos y repiqueteados, calles torcidas y bien empedradas: en las noches oscuras habrá muchos encontrones, por falta de faroles. Mantillas y muchas capas. Escudos de armas por todas partes; universidad, conventos, muchísima nobleza. Fuí á ver el célebre gabinete del Baron de Hupsch, hombre instruido, de buenos conocimientos en la física y antigüedades, obsequioso y afable: me enseñó su coleccion, que era por cierto numerosísima y preciosa para un particular. Es imposible dar una descripcion completa de ella; diré solamente, entre lo mucho que vi, lo que se me acuerda digno de atencion. Manuscritos antiguos ó raros en diferentes lenguas, escritos en papel, seda, vitela, hojas de palma, etc.; ediciones muy raras, planchas de madera con las letras grabadas en relieve, y que sirvieron para imprimir los primeros libros en el orígen de la imprenta. Monumentos de las artes de los egipcios, griegos, etruscos, romanos, etc.; otros de la Media Edad, en que se ve el estado de las artes en Europa por aquella época; curiosidades de los pueblos orientales, ídolos, vestidos, instrumentos, armas, monedas, etc.; como tam-

bien de América y África y de las naciones más septentrionales de Europa. Pinturas y esculturas modernas, entre las cuales hay muchas de mérito. Un gabinete de historia natural, en que ha procurado reunir lo más raro; puesto que no es posible ni necesario á un particular empeñarse en tenerlo todo. La coleccion de conchas me pareció muy buena; en la de petrificaciones hay pedazos de troncos hechos piedra, cosa preciosa, y otros que han pasado á ser hierro enteramente; son tambien dignos de aprecio dos cántaros ó vasijas de barro, sacados del mar, cubiertos del todo con una capa de corales y conchas. Entre los cuadrúpedos y reptiles los hay muy raros. Ni puedo acordarme de todo, ni es éste lugar de describirlo. El citado Baron ha escrito obras estimables de antigüedades y de física; su casa está abierta á todas horas para el público, y es lástima que la estrechez de ella no permita dar á su gabinete una colocacion ventajosa, y distribuida como corresponde. Pasé tambien á casa de Mr. Hardy, Vicario de la iglesia metropolitana de esta ciudad, hombre de extraordinario talento y aplicacion á las artes, que, sin hacer profesion de ellas, las posee en grado superior: vi sus pinturas, sus esmaltes, sus modelos en cera, y várias obras de mecánica; pero lo que me pareció excelente en su línea fueron las pequeñas figuras en cera que representan las cuatro edades de la mujer; el pobre contento, la vieja descontenta, el filósofo moribundo, el enfermo, la pastora dormida, etc. Estos modelos están colocados en unas cajas de una cuarta de largo y media de ancho; las figuras son de medio cuerpo, muy bien movidas; el color muy propio, y sobre todo, excelente expresion en todas, segun el afecto ó la situacion que representan. Me alegré de ver con un microscopio, hecho de su mano, los animalillos del agua corrompida, cosa estupenda por cierto, capaz de confundir nuestro orgullo, persuadirnos de nuestra peque-

ñez y nuestra ignorancia. La catedral es obra gótica sin concluir; que á estarlo, sería una de las más gigantescas de Europa: hay en ella cuadros muy antiguos, y un San Cristóbal de enorme tamaño. Me amenazaron con el tesoro y las reliquias; pero no lo quise ver: algo se ha de dejar al viajero que venga detras de mí. En la iglesia de San Pedro hay un hermoso cuadro del martirio de este santo, obra de Rubens; vi algunas otras iglesias, las más de ellas góticas, muy cargadas de adornos recientes y de mal gusto. Vi el arsenal, donde hay, segun me dijeron, espadas y fusiles para catorce mil hombres; hay tambien cañones, morteros, culebrinas, una entre ellas de diez y ocho piés de largo; provision de balas, bombas, etc.; armas antiguas comunes, que ya podian quitarlas de allí. El número de conventos, entre frailes y monjas, pasa de setenta. Hay un teatro anatómico y un pequeño jardin botánico, una casa de comedias, donde representa por el invierno una compañía alemana. Cuando me disperté por la mañana (perdone el lector la falta de órden que reina en mis apuntaciones), oí un rumor sordo hácia el rio, adonde daban las ventanas de mi cuarto, que me hizo levantar para ver de qué procedia, y vi pasar dos grandes barcos atestados de gente, hombres y mujeres, que iban rezando, y en medio de la turba llevaban un estandarte: comprendí que aquello era alguna romería, y así era la verdad, pues por la tarde hallé por las calles una procesion de hasta unas doscientas personas, gente pobre, con un Cristo y rezando el rosario; dijéronme que venian de un pueblo llamado Lumertsheim, distante siete leguas de Colonia, y que iban á otro, para el cual faltaban aún treinta leguas, llamado Kevelaz, á oir una misa cantada en el santuario de una Vírgen muy milagrosa; que los otros que vi por la mañana iban tambien al mismo paraje, y que al dia siguiente saldria de Colonia otra procesion, mucho ma-

yor, con igual destino. He dicho que hay por estos países muchísima nobleza; y aunque no se viese y palpase luégo que uno entra en ellos, bastaria ver solamente los sepulcros que hay en las iglesias, en los cuales he visto diez y seis y diez y ocho escudos de armas, todos pertenecientes á la familia del difunto, y en una gran lápida sepulcral que hay á la entrada de la iglesia de San Gereon, conté hasta treinta y cuatro. Los curas vań vestidos de abates, con sola la diferencia de ser la capeta una capa en toda forma, tan larga y cumplida como la de nuestros alguaciles. Cansado de andar calles y hacer apuntaciones, volví á la posada, que era magnífica y bien provista, despedí á mi criado, y me acosté.

18. Salí á las seis de la mañana; rómpese la lanza del carricoche; trabajos para hacerla servir: mucha falta me hizo el criado que despedí ayer. Deliciosas vistas por el camino, siguiendo la orilla del Rhin agua arriba; montes de un lado, que le sirven de barrera (cubiertos de árboles), preñados de hierro; muchos pueblos, en bellas situaciones, esparcidos á cortas distancias por sus orillas. Bonn, poblacion grande, residencia ordinaria del Elector de Colonia, donde tiene un gran palacio; jardines y montes de caza inmediatos. El Rhin, ancho y sereno como el Támesis, pero muy desierto de embarcaciones de trasporte; sólo vi unas pocas en Colonia y otras en Coblentz. Ántes de esta ciudad se ve á un lado un hermoso pueblo, llamado Nawyet: el señor de él ha establecido la más absoluta tolerancia religiosa, y han acudido de todas partes artífices, fabricantes y negociantes á establecerse en él; no hay casa que no sea ó fábrica ó almacen de géneros, ó taller ó despacho de comercio; hay capillas para todos los cultos, y un dia en el año se reunen todos los vecinos del pueblo á dirigir á Dios una oracion solemne, en que le piden perdon de los pecados, auxilios para la virtud, prosperidad para el pueblo y el señor de él, y paz y

fraternidad entre todos sus moradores. Esta ceremonia se celebra un año en la capilla católica, otro en la luterana, otro en la de los calvinistas, otro en la de los cuakers, otro en la sinagoga, etc. Por estos medios ha doblado sus rentas en pocos años el dueño de aquella poblacion; el término de todo el señorío tendrá apénas tres leguas de circunferencia. Una de las cosas que más contento me dieron fué el ver las viñas de que están cubiertos los collados que baña el Rhin, lo cual me anunció un pais muy favorecido de la naturaleza. Ántes de entrar en Coblentz se atraviesa por un buen puente el Mosela, que un poco más al Poniente se junta con el Rhin, y la ciudad está situada en medio de los dos. Pertenece al Elector de Tréveris, que tiene allí un palacio, obra moderna y de buen gusto. De Colonia á Coblentz habrá diez y ocho leguas. Llegué al anochecer con un flamenco que hallé á mitad de camino, y me propuso hacer el viaje hasta Francfort á gastos iguales. Atravesamos el Rhin en un puente volante: cuesta muy penosa de subir á la otra orilla. Viene la noche, llueve; monte espeso y oscurísimo por todas partes, donde pocas noches ántes habian hecho dos ó tres robos; frio insufrible, aguacero continuo; tapa el flamenco una ventanilla de la silla de posta con unos calzones; dormímonos los dos; dispierta él y echa ménos sus calzones; pié á tierra media hora él y yo y el postillon, tiritando, mojándonos y en tinieblas, buscando á gatas por el camino los calzones de mi compañero; parecen, y de bache en bache llegamos vivos á Nassau, distante cinco leguas de Coblentz.

19. Salimos á las cuatro: tierra muy quebrada; lugares pobres; monte y granos; buen camino. Schwalbach, lugar célebre por sus aguas marciales, con baños cómodos, muchas posadas y buenas casas; todo anuncia el dinerillo que recogen sus vecinos, desollando á los infelices enfermos que van

á él. Subida y bajada de un gran monte, poblado de robles y encinas; vuélvese á ver desde la eminencia el Rhin, y á su orilla occidental Maguncia, medio destruida por los prusianos, que la acababan de ganar, despues de una defensa la más gloriosa. Wisbaden, pueblo muy rico y floreciente, frecuentado de las damas, que van á bañarse en los baños de aguas calientes que hay en él, y dicen ser muy eficaces para dar lisura y delicadeza al cútis. Ésta, y las poblaciones anteriores, están en los dominios del Margrave de Hesse Casel; en la última de ellas comí á mesa redonda con unos lacayos. El citado Margrave comercia en hombres: todos sus vasallos se ejercitan desde la niñez en el uso de las armas; están obligados á asistir en ciertos dias al ejercicio y evoluciones militares: así los instruye y hace aguerridos; los alquila despues á cualquier soberano que se los pide por cierto tiempo y á tanto por cabeza; pasado el plazo se le devuelven, dándole una cierta suma por cada uno que falta del número que entregó; hay ocasiones en que logra despacharlos todos, sin que vuelva uno vivo, y entónces coge más dinero. Este tráfico manifiesta que la suerte de los hombres no es tan diferente de la de los carneros como se piensa. En el camino, hasta Francfort, vi á un lado y otro muchos bosquecillos de nogueras, ciruelos y manzanos; tierras abundantes en mieses, y muchas poblaciones, y atravesando una parte del territorio de Maguncia, se entra en el término de Francfort, que está separado por medio de un foso. Prosiguen los Cristos con grande abundancia por todas partes; pero así éstos como los que ví ayer, aunque muy feos, están más gordos que los de Lieja. Hallé muchas casas de campo, con graciosos jardines, y una entre ellas, que merece el nombre de palacio, mayor que la casa de la China en el Retiro, perteneciente á un italiano, que no teniendo seis cuartos en el bolsillo, discurrió años há un nuevo método de

preparar el tabaco, y ha hecho una fortuna inmensa. Llegué á Francfort, distante de Nassau unas diez y seis leguas, á las siete de la tarde.

20. Paseo por la ciudad con un nuevo criado que acabo de recibir, ¡gran picaron! La ciudad es muy grande, poblada, opulenta; mucho comercio y tiendas; un gran barrio de judíos, narigudos, aceitunados, hediondos: los domingos les cierran las puertas del barrio, y no salen hasta el lúnes; las judías tan bonitas como ellos, exceptuando la barba de chivo; tienen una gran sinagoga. No hay edificio público notable; las casas de los comerciantes son magníficas; una entre ellas, situada en una de las mejores calles de la ciudad, es cosa digna de verse, obra de exquisito gusto: la fachada principal parece la pared de un gabinete; tal es la limpieza y barnices de ella, y lo delicado de sus adornos; tiene una gran portada dórica con columnas, un ingreso del mismo órden, escalera espaciosa, con dos leones de mármol al pié de ella; pinturas en las bóvedas y habitaciones correspondientes, dignas de cualquier príncipe Dos iglesias de los que llaman reformados, construidas poco tiempo há, son hermosísimos edificios. Muchas de las casas están pintadas, pero con mal gusto las más de ellas. La parte antigua de la ciudad es, como sucede en todas, fea; calles estrechas y torcidas, mucha gente en ellas, mucho bullicio y movimiento. No vi las iglesias, porque las hallé todas cerradas á las once del dia; pregunté por el mejor café de la ciudad; fuí allá; muy espacioso, muy mal adornado; servidumbre desaliñada, muchos juegos de damas, y una atmósfera espesa de humo de tabaco, insufrible: he notado que en toda esta tierra se fuma mucho. Despido á mi criado; mucho calor. Excelente posada; yo estuve alojado en el núm. 60; de esto no se puede dar una idea justa á mis paisanos; es menester verlo.

21. Salgo á las cuatro, atravesando por un buen puente el Mayn, pequeño rio que baña los muros de Francfort. Casas de campo, jardines y viñas; todo muy semejante á las cercanías de Burdeos. Llanuras con mieses, y grandes trozos de monte y bosque. Darmstadt, buena poblacion, con grandes edificios, casas de recreo en sus inmediaciones, jardines y muchos árboles y amenidad. A la izquierda del camino hay una larga cordillera de montañas, cubiertas en muchas partes de viñas; en lo llano, cáñamo y granos, con grandes pinares; poblaciones compuestas de gente labradora. No vi en toda esta tierra, que es del Landgrave de Hesse Darmstadt, ni un Cristo, ni una Vírgen, ni un San Juan Nepomuceno; pero llegando al término de Maguncia, los vi otra vez inundar las calles y caminos. A unas dos leguas ó tres ántes de Happenheim hallé á la salida de un lugarcillo un cimenterio judaico, con su inscripcion hebrea á la puerta y lápidas sepulcrales, todas hácia el Oriente. Dios les dé descanso, y aunque no sea el seno de Abraham, concédales cualquiera otro seno, donde se estén quietos y no hagan mohatras ni picardías. Comí en Happenheim, lugar pequeño, situado al pié de unas montañas, delicioso en extremo por su amenidad y frescura; pero en este lugarejo de cuatro casas, distante de toda córte opulenta, ¡qué posada! ¡qué sopa con huevo desleido, á la alemana! ¡qué buen asado de carnero! Cuando en Las Rozas, en Canillejas ó en Alcorcon haya otro tanto, entónces, para mí tengo que no se gastará el tiempo en escribir apologías. Las mujeres van descalzas, como nuestras vizcaínas, con unos sombreros de paja de enorme tamaño. Llegué á las siete á Manheim, que distará de Francfort catorce leguas, poco más ó ménos.

Está situada cerca de la union del Neker y el Rhin; es plaza fuerte y córte del Palatino del Rhin; ciudad moderna, muy parecida á Aranjuez, aunque con mejores edificios;

calles anchas y llanas, tiradas á cordel; casas las más de ellas con solo el cuarto principal y guardillas; plazas cuadradas y espaciosas; en la que llaman Plaza de Armas, hileras de árboles que forman un paseo, y en el centro una gran fuente, que áun no tiene agua, con una especie de obelisco cubierto de bajos relieves, de trofeos y figuras, todo de plomo; cosa pesada y de mal gusto. En la plaza del Mercado, la casa de la ciudad, grande y mazacota; en medio un grupo alegórico, grande, no mal ejecutado, erigido á la gloria del actual palatino, Cárlos Teodoro; la ciudad de Manheim, coronada de torres; Mercurio apoyado sobre ella; los rios Neker y Rhin y varios genios; la obra es toda de piedra, y hecha con inteligencia. Un teatro con gran fachada: no pude ver lo interior de él; pero si corresponde á lo que se ve por fuera, deberá ser muy bueno. El palacio del Elector es vastísimo, y digno de verse por dentro. Hay una copiosa coleccion de pinturas, repartida en muchos salones; diré solamente lo que más me llevó en ella la atencion. Dos marinas de Vernet, excelente cosa; un San Sebastian, de medio cuerpo, tamaño natural, de Caravaggio; la muerte de Séneca, cuadro muy grande, por Jordan; la prision de Cristo, de Güido, y un San Francisco, pequeño, del mismo; otro gran cuadro del martirio de San Andres, por Rivera, y otro del de San Sebastian, obra de Vandyck. Un cuadro, chico, de Cristo bajado de la cruz, por Aníbal Caracci. Otros muchos, de autores italianos, flamencos y alemanes. Figuras en pequeño de Téniers y Pousin, varios retratos de Rembrand, y otros del célebre Vandyck. Miniaturas y retratos pequeños de esmalte, donde hay cosas buenas. Un pequeño retrato de un hombre con su gorguera y sus bigotes, y este letrero: *Me stesso donno e'l cor che dentro è ascosso*. Un retrato de una mujer vestida á la turca, obra de mosaico muy bien hecha, y otros mosaicos más pe-

queños, muy malos. Una coleccion de bajos relieves y estatuas de marfil, que aunque no todo sea de gran mérito, es, sin embargo, cosa preciosísima, por lo mucho y bueno que hay. En un pasillo inmediato al gabinete de historia natural hay una gran porcion de monumentos romanos, todos, ó la mayor parte, hallados por esta tierra : aras, columnas miliarias, inscripciones, bajos relieves, sepulcros y varios troncos de árboles petrificados. Me pareció que en el gabinete reinaba mucha confusion, que faltaba mucho y sobraba bastante. Hay muchas piezas de minerales, cristalizaciones, fósiles y conchas; cuernos de Amon de gran tamaño, uno entre ellos de tres cuartas de diámetro; un rinoceronte muy bien conservado, más pequeño que el que se enseñaba vivo en Lóndres; escasa coleccion de cuadrúpedos, aves é insectos; peces, poquísimos. Las habitaciones del Elector tienen bastante adorno; lo principal consiste en tapicerías, y estucos en los techos, donde hay muchos bajos-relieves historiados ó alegóricos, con mucho arabesco hecho con prolijidad, pero confuso todo y pesado. En una chimenea hay piezas de mosaico muy buenas; en otra, dos cariátides, del tamaño natural, con mucho estudio en las ropas. Una sala cuyos muebles son todos de plata, sillas, mesas, marcos de espejos, etc. La capilla es muy buena, con el coro sobre el altar, al modo de la del Palacio de Madrid. Prosigue en esta ciudad el pestilente humo del tabaco en los cafés; las capas con grande abundancia; muy pocas mantillas. El calor ha dado en apretar estos dias furiosamente; viajamos de noche : mi curioso lector padecerá mucho con esta mudanza de plan; pero, todo bien considerado, primero soy yo que mi curioso lector : viajemos de noche. Salgo á las cuatro : desde Manheim hasta Schwetzingen hermoso camino, alineado de árboles; llanuras bien cultivadas, cáñamo y maíz. Schwetzingen, bonito pueblo, espacioso,

limpio; buen caserío; jardines deliciosos, abiertos para el público. ¡Oh, Carabanchel de Arriba! ¡Oh, Vallecas! Siguen despues, hasta Waghausel, pinares y bosques; por toda esta comarca se hallan, á la orilla del camino y en los campos, grandes cruces de Caravaca, objeto digno de las investigaciones de mi lector. Llegué á las ocho y me dia á Waghausel, poblacion de nueve ó diez casas: buena posada.

23. Salgo á las cinco. Llanuras muy parecidas á las grandes Landas de Burdeos, pero muy superiores en cultivo y poblacion; cáñamo en abundancia, granos, pinares, monte de encina y roble, pedazos de camino magnífico, con grandes chopos de Lombardía á un lado y otro. Comí en Rastadt, en compañía de un úsaro y de un postillon, que se limpiaba los mocos con la servilleta; los bigotes del úsaro daban sombra á todo el cuarto. Hallé, al salir de este pueblo, una gran partida de soldados alemanes con armas y bagajes, doce ó catorce cañones de campaña, y hasta unos cincuenta barcos chatos, puestos en otros tantos carros; procesion que me hizo detener cerca de una hora. Calor insufrible; me acongojo en medio del camino; ideas tristes de desamparo y muerte. Buen camino, terreno llano á la derecha del Rhin, y á la izquierda la cordillera de montes de que ya he hecho mencion, que corre constantemente de Norte á Sur. Buenos pueblos, mucha agricultura, pocas artes, muchas gallinas, patos, gorrinos y vacas; los chicos gordillos todos y colorados; pocos Cristos, y en cada puente (ya se sabe) un San Juan Nepomuceno. Llegué á Offemburg á las diez y media. La vil canalla de los postillones, de cada vez peor. Ya no veo ni capas ni mantillas.

25. De cinco á siete, esperando que pongan los caballos á la silla. Deliciosas vistas de campo, grandes vegas; y los montes, que otra vez se acercan al camino, labrados por to

das partes en escalera, con hortaliza, mieses, viñas, frutales, y en su eminencia pinos y robles. Muchos lugares, pozos como en los que dejo atras, de donde sacan agua muy buena para beber; gran porcion de este territorio es del Margrave de Báden; á la derecha bosques, que ocultan el Rhin, y á lo léjos las altas montañas de Alsacia. Comí en Kenzingen. ¡Ay, qué comida! El barbero de Torrelodones guisa mejor. Todo el camino de hoy es sumamente delicioso. ¡Qué amenidad, qué cultivo! Por todas partes las mujeres aran, cavan, siegan, acriban: aquí es la mujer compañera del hombre; en muchos parajes que dejo atras sucede lo mismo. Refresca en tiempo, y mi ánimo se alegra. Llegué á Freyburg á las seis.

25. Es ciudad pequeña, situada al pié de unos montes, con hermosos campos de mucha amenidad, abundantes en frutas y mieses. Minas de hierro y plomo inmediatas; molinos y ferrerías; casas de campo muy pequeñas, sin la opulencia y lujo de las de Inglaterra y Francia, con mucho plantío de viñas en sus jardinillos, como en Burdeos. No hay en la ciudad edificio notable, si se exceptúa la iglesia mayor, obra gótica, con todos los ornatos y garambainas propias de este órden, y una infinidad de estatuas, todo por la parte de afuera, pues en lo interior es bastante sencilla: la torre es muy alta, con muchas labores caladas, que hacen muy buen efecto. Vi algunos conventos convertidos en cuarteles por las supresiones de Josef II; pero áun queda una cartuja, y en la ciudad, Franciscos y no sé qué otros. Los muertos no se entierran en las iglesias, sino en un cimenterio distante de la poblacion, y lo mismo se practica en varios lugares de este país. Las mujeres del campo gastan un traje particular: una gorreta redonda á modo de un gran solideo de seda, con un encaje de oro ó plata, en los dias recios, y sobre ella suelen ponerse su gran sombrero de paja, un jubon sin

faldillas, que les llega á mitad de la espalda, quedando entre él y los guardapieses un espacio de cuatro á seis dedos, por donde se deja ver un ajustador interior de distinto color. Los guardapieses (si así pueden llamarse) son sumamente cortos y con muchos pliegues; llevan dos regularmente, el de debajo no les pasa de la rodilla, el de encima es un poco más corto y de otro color, y sobre éste se ponen un devantal, más corto todavía. Hay várias hosterías ó fondas cerca de la ciudad, que se abren los domingos para el público; en ellas hay salas de baile, con su pequeña orquestra, juegos de bochas y billar, cerveza, vino, refrescos y comida. Aquí concurren hombres y mujeres de la mediana é ínfima clase, meriendan, beben, juegan y bailan. El baile es éste: se dividen en parejas; el hombre abraza flojamente á la mujer, poniéndola las manos debajo de los sobacos, y ella las suyas en los brazos del hombre; se colocan al rededor de la sala, empieza la música, y empiezan á formar un círculo por ella, dando vueltas al mismo tiempo sobre su centro cada pareja; el compas es vivo, el baile largo, y la agitacion que resulta de tantas vueltas es tal, que cuando lo dejan sudan á chorros. No advertí en esta danza otro primor sino el de que no se despachurran los piés unos á otros, ni se descalabran ni se estrellan contra la pared. La música, ya debe suponerse que es de lo más rechinante que puede oirse; pero se divierten y rien, y el lúnes vuelven á trabajar : esto es lo que importa. En estas concurrencias noté mucha franqueza, sencillez y alegría.

26. Salí á las cinco con direccion entre Oriente y Sur: buen camino entre grandes montañas; pedazos muy parecidos á Guipúzcoa; casas de madera repartidas á cortas distancias, tierras labradas donde lo permite la aspereza del piso, muchos árboles. Los pocos lugares que se hallan hasta mitad de jornada son pobres y puercos, aunque no infelices ni

destruidos; despues, habiendo subido cuestas muy altas, mejora la calidad del terreno, se ven campos muy extendidos y abundantes en granos, y los lugares son mucho mejores. No hay viñas ni frondosidad al rededor de ellos; se atraviesan varios pedazos de monte espeso, y por último *La Forêt-Noire, El Monte Negro*, sitio el más á propósito para robos y asesinatos: le pasé á boca de noche y con mucho miedo. Llegué á las ocho á Schaffhausen, primera ciudad de Suiza, distante unas diez y seis leguas de Freyburg, y cerca de cincuenta de Manheim.

El gasto de mi viaje desde entrar en Ostende hasta que llegue á Schaffhausen ascendió á mil y cuatrocientos reales: me parece muy poco, y mucho más, atendida mi falta de economía, y la mala conciencia de postillones y posaderos. En esta gran distancia hay algunos malos pasos; pero en general puede decirse que el camino es muy bueno, y en muchas partes hermoso y magnífico. La agricultura está en muy buen estado, y en particular desde Ostende á Bruselas, y de Offemburg á Freyburg, en Suabia: esta provincia, las orillas del Rhin desde Bonn á Coblentz, y la parte de Flándes desde Ostende á Bruselas me parecieron las más pobladas. Se hallan muy buenas posadas, pero muy inferiores á las de Inglaterra; las hay muy grandes en Mastrick, Aix-la-Chapelle, Francfort y Manheim; pero yo experimenté que en éstas el viajero que va solo se halla peor que en otras de ménos rumbo: los edificios son capaces de contener un regimiento, los criados no pueden acudir á tantos huéspedes, el posadero está en su gabinete, y se hace inaccesible; y sólo el que lleva tres ó cuatro criados que le sirvan puede estar cómodamente en ellas. Las sillas de posta de Ostende á Suiza son de lo más indecente é incómodo que puede imaginarse, muy semejantes á nuestras calesas: regularmente son de cuatro ruedas; viejas, sucias, desabrigadas, llenas de

remiendos, parches y apósitos; los caballos no del todo malos; los postillones del todo execrables: lerdos, sordos, embusteros, estafadores á no poder más. El vino del Rhin es un vinillo blanco, ligero y agradable. Las estufas alemanas, preferibles, en mi opinion, á las chimeneas: las colocan en los ángulos de las piezas; meten el fuego por la parte de afuera, calientan el cuarto, no dan humo ni esclavizan como las chimeneas y braseros. Son de hierro, muy bien labradas, con bajos relieves ó barnices que imitan porcelanas y mármoles. Pero es tiempo de hablar algo de Suiza.

27. Schaffhausen, ciudad pequeña, pobre y puerca, situada entre montes; la baña el Rhin por la parte del Sur. Las casas blanqueadas con yeso, ó pintadas, por el estilo de los tapices, con figuras colosales ó medallones, donde vi á Menelao y á Marco Antonio, y á Pirro y á Elena, y á Ciceron y otros personajes de la edad pretérita; otras hay con adornos de piedra pesados y ridículos. Muchas tiendecillas sucias y obscuras, comercio de bayetones, sargas, juguetes de madera, quincallería, sombreros ordinarios, peroles, tachuelas y otros artículos de poco valor. Muchos carros, trajes sencillos, sin asomo de lujo ni superfluidad. Fuí á una casa de baños: entré en una pieza donde habia hasta seis ú ocho; comencé á desnudarme; entraron dos mujeres, y empezaron á despojarse tambien; me metí en mi baño, y ellas en el suyo: ¡qué costumbres! Fuí por la tarde á ver la famosa cascada que llaman comunmente la caida del Rhin, distante de Schaffhausen poco más de media legua. El rio, que hasta allí camina claro y sosegado entre los montes que le coronan, se precipita de repente, con estruendo espantoso, casi perpendicularmente desde unos setenta piés de altura, formando una espuma blanquísima, y arrojando al aire parte de sus aguas, reducidas á un polvo sutil, que parece harina cuando el sol da de frente: forma toda la cascada, ya en la

parte del agua corriente, ya en la espuma que hierve entre las rocas, ya en la que salta más menuda, todos los cambiantes del íris. Á un lado está el pequeño pueblo de Neuhausen, y al otro, sobre un monte cubierto de árboles, el castillo de Ballival: desde aquí empieza el Rhin á ser navegable, sin interrupcion, hasta que desagua en los mares de Holanda. Schaffhausen es capital del canton del mismo nombre.

28. Las postas se acaban en la raya de Alemania; por consecuencia, hube de ajustarme con un carruajero para que me llevase á Zurich. Salí á las ocho; la jornada es corta, pero muy divertida: terreno desigual de pequeños montecillos y vegas, cubiertos de mieses, cañamos, viñas y árboles; los pueblos que se encuentran son pequeños y pobres. Eglisan está cuasi á mitad del camino, pueblo situado á la orilla del Rhin: fuí á bañarme á él. ¡Qué hermoso rio! ¡qué sosegado! ¡qué cristalino! ¡qué frescas aguas! ¡qué multitud de peces! y ¡con qué atrevimiento se acercaban á mí, y al irlos á coger me burlaban! Riberas deliciosas; soledad, silencio. Volví á la posada: buena comida. Atravesé un puente de madera, cubierto como un pasadizo, semejante á otro que hay en Schaffhausen. Prosigue con muchas mejoras la agradable vista del campo hasta Zurich; sus inmediaciones son un jardin delicioso; abundantes aguas, sombras, frescura, amenidad, olores gratos; á la parte del mediodía cierran el horizonte las montañas ásperas que dividen á Italia de la Suiza. Zurich dista de Schaffhausen nueve leguas: llegué á las seis.

29. Zurich está situada al fin de un hermoso lago, que toma el nombre de esta ciudad; y un pequeño rio que desemboca en él, la divide en dos. Muchas cuestas en ella; mal empedrada, casas muy altas, viejas y sin elegancia, calles torcidas, callejones estrechos, tenebrosos, largos. Quien haya

visto las tiendecillas y mercancías de algunas de nuestras ciudades, por ejemplo de Alcalá, ve una copia exacta de las de Zurich: aquellas puertas en arco, aquellos mostradores sucios, aquellos escaparatillos con cintas, botones de metal, navajas, dedales y paquetes cagados de moscas, y aquella casaca y aquel peluquin del amo de la tienda. No hay cafés, ni vi librería cuyo surtido pasara de treinta tomos, y ¿para qué es menester más! Sus campos están bien cultivados, comen bien, y viven contentos, ¿no saben bastante? Naciones ilustradas, ¿sabeis otro tanto? En los pocos edificios modernos de alguna consideracion hay mucha pesadez y mal gusto de adornos. Sobre las ventanas bajas de la casa de la ciudad hay varios bustos mal ejecutados: á un lado vi los de Temístocles, Epaminóndas, Scévola, Cócles, Arístides, etc., y al otro los de varios héroes nacionales, recomendables por los servicios que hicieron á su país: todos ellos, así los antiguos como los modernos, tienen un lema latino, alusivo á sus virtudes patrióticas. Vi sobre el rio fábricas donde se pintan lienzos, levantando el agua que necesitan por medio de grandes ruedas con arcaduces, movidas por la misma corriente. Muchos talleres de varios oficios; artes útiles, pero rudas. Abundancia de frutas excelentes, hortaliza, gran carnicería; mucha gente, ningun lujo. Las damas de este país no me parecen las más á propósito para enseñar actitudes elegantes al teatro ni á las bellas artes; se visten para no estar desnudas, y andan por no estar paradas. Buena posada sobre la orilla del lago, deleitosa vista desde mis ventanas, en frente montes con árboles, y al pié de ellos pequeñas laderas con mucho cultivo, y un sinnúmero de casas pequeñas de labranza ó de recreo, entre la frondosidad de jardines y frutales de que está cubierta toda aquella orilla; á otra parte la ciudad y el rio, que la atraviesa; y á la del Sur montes altos, que me entristecen el

ánimo al considerar que he de pasar por ellos. El lago, hermosísimo, sus aguas muy claras; barcos largos y chatos para el transporte de granos y otros frutos. Á la parte de Oriente una eminencia que domina la ciudad, con muchas casas de campo, algunas construidas con elegancia y comodidad, rodeadas de viñas, huertas y jardinillos. En éstos no reina el mejor gusto: galerías, pedestales, balaustres, pirámides, boliches de bojes y murtas, donde gime la naturaleza bajo la tijera y el compas para producir formas extravagantes y mezquinas, y esto en un país donde ella presenta por todas partes las más hermosas. Zurich es capital del canton de este nombre: está fortificada, aunque pienso que no completamente: vi pararayos en muchas casas y montaderos á la antigua en las puertas; muchas fuentes. La gente es sencilla y cortés. Como muy bien, y salgo á las cuatro para Lucerna, distante de aquí unas ocho leguas: el camino es un reventadero para los infelices caballos, por las penosas cuestas que hay que subir y bajar; por lo demas es viaje muy divertido. Montes de mucha frondosidad, y repartidas por ellos, y en las vegas y cañadas que forman, muchas casas de labranza, distantes unas de otras un tiro de piedra; las más son de madera; todo es rústico, pintoresco y pobre. El camino, aunque mucho más angosto que los de Inglaterra, se parece á aquellos por los contínuos vallados de arbustos y árboles que le adornan á un lado y otro. Hay muchos frutales, y desde la silla de posta iba cogiendo ciruelas y manzanas. Abundancia de fuentecillas, que se componen de un tronco perpendicular, por donde sube el agua, un caño de hierro y otro gran tronco de nogal socavado, que hace de pilon, á modo de una artesa. Hice noche en medio de estos montes, en un lugarcillo infeliz, en cuya posada hallé una buena sopa, una excelente tortilla, pichones, pollos, jamon, un guisado de vaca, manteca, queso, barquillos y vino tinto

y blanco. Apologistas, ¿se halla esto en Villaverde, á las once de la noche?

Las apuntaciones de mi viaje van saliendo más largas de lo que al principio creí, por lo cual será necesario formar segundo tomo, contando siempre con el beneplácito y fiat de mi lector.

CUADERNO SEGUNDO.

LUCERNA, LUGANO, MILAN, PARMA, BOLONIA, FLORENCIA.

SEPTIEMBRE, 93.

30. Salgo á las cuatro de la mañana, y llego á las once á Lucerna, capital de Canton. Su situacion es muy parecida á la de Zurich, á la orilla de un lago, dividida en dos porciones: puentes cubiertos, que sirven de comunicacion; un pequeño rio, y montes, que la rodean: es más pequeña y de más estrecho horizonte que aquella; llana, limpia; algunas calles espaciosas, edificios decentes, muchos nuevos ó renovados, ninguno magnífico que merezca nombrarse. Las iglesias muy curiosas y adornadas, aunque no con el mejor gusto; en la catedral hay un órgano, el mayor que he visto hasta ahora; la iglesia de los Jesuitas está enriquecida con mármoles en sus altares; áun existen aquí los Padres de esta órden extinguida, y continúan en la enseñanza de la juventud: no reciben novicios; en lo demas permanecen como estaban ántes. Hay un convento de Franciscos, otro de Capuchinos, uno de Monjas Ursulinas, y no sé si alguno más. Un arsenal, donde hay fusiles, segun dicen, para ocho mil hombres, debiendo advertirse que todo ciudadano tiene uno en su casa; unos cien cañones de varios calibres, espadas, cartucheras, etc., y porcion de armas antiguas, que ya son

inútiles. En la casa de la Ciudad, donde se junta el Senado, hay una sala muy bien adornada, con los retratos de los magistrados del Canton desde unos trescientos años á esta parte, ó poco ménos, y varios cuadros, que forman una serie completa de los sucesos más célebres de este país. Es muy comun este estilo en Suiza, y conveniente para renovar en la memoria del pueblo los hechos de sus mayores. En uno de los puentes que atraviesan el lago, hay tambien pinturas históricas de este género; en la iglesia de San Francisco están pintadas las banderas que han ganado en várias batallas á sus enemigos, y áun en las paredes exteriores de las casas he visto representados sucesos nacionales. Cada Canton es independiente de los otros; el de Lucerna se gobierna por un senado, un consejo y dos magistrados, que llaman *escultetos*, elegidos en el órden senatorio. Todo ciudadano puede ser senador; pero ya debe suponerse que estas elecciones recaen siempre en ciertas familias ó ciertos sujetos, á quienes su nacimiento ó sus facultades elevan sobre los demas. Todos los Cantones componen una república federativa, que en las ocasiones de peligro ó utilidad comun une toda su fuerza (1). En Lucerna residen el Ministro de Espa-

---

(1) Hay tambien otras pequeñas repúblicas por este país, que regularmente suelen constar de una sola poblacion, y éstas son aliadas de los Cantones; otras que están bajo la proteccion de ellos, y otros lugares que son súbditos, y á los cuales envía el Canton soberano un gobernador: á sus habitantes los llaman *nuestros vasallos*. Además hay varios príncipes soberanos, como el Abad de San Gall, que es un fraile benedictino muy gordo, gran comedor, que come con cubierto de oro, y despues de haber comido el potaje, limpia la cuchara en su servilleta para proseguir comiendo las judías fritas; y un dia decia á un huésped que le daba conversacion: *Abbas Murensis est Princeps titularis, sed ego, ego sum verus Princeps.* La multitud de estadillos de la Suiza y los Grisones, sus príncipes, su independencia, sus alianzas, y la vária forma de su gobierno, son digno objeto de la observacion de cualquiera que visite estos países.

ña y el Nuncio Apostólico, lo que á primera vista la da visos de córte; pero es invisible á los ojos de un viajero el soberano á quien estos personajes son enviados: ni palacio, ni guardias, ni ministros, ni cortesanos, nada se encuentra; sin embargo, yendo á una casa á visita, hallé un hombre muy gordo, vestido de negro, con su peluquin; y éste era precisamente el *esculteto*, el jefe supremo de todo el Canton. Aquí no hay fábricas, ni manufacturas; cultivan el campo; hay mucha pobreza; por consiguiente, nada de magnífico; ni espectáculos, ni cafés, ni coches, ni trajes, ni edificios. Las vistas de Lucerna son agradables: el lago, el campo y la ciudad, mirados desde cualquiera de las alturas vecinas, son cosa digna del pincel; y los montes que cierran el horizonte por la parte del Sur, escarpados, desiguales, desnudos, forman una masa oscura, que hace resaltar mejor todo lo restante, donde el agua, la verdura y los edificios presentan objetos varios y alegres. Olvidábaseme decir que encima de las salas del arsenal hay unas vidrieras pequeñas, donde están pintados los escudos de los Cantones suizos, acompañados de figuras y otros adornos. Es de lo mejor que he visto en su línea por la hermosura de los colores, y es sensible ciertamente que este arte se haya perdido: las dichas vidrieras están hechas á principios del siglo pasado. Una de las cosas que deben verse en esta ciudad es el modelo de parte de la Suiza, hecho por Mr. Pfifer, teniente general retirado del servicio de Francia. Este modelo, que es por el género del de Cádiz que hay en el Retiro, comprehende todo el Canton de Lucerna y parte de los que le rodean. Los que conocen el país alaban la exactitud con que está ejecutado; es obra de mucho trabajo y mérito: allí observé, sobre todo, la gran poblacion de Suiza entre Lucerna y Zurich, la aspereza de los montes á la parte meridional, la multitud de lagos y torrentes que de ellos se precipitan, habitacion de

osos y lobos, no de hombres. El cimenterio de la catedral es uno de los más charrangueros que he visto; tiene una pequeña galería con varios sepulcros, cuyos epitafios no son los mejores ejemplares en materia de gusto; las sepulturas, que están á cielo abierto, tienen cada una de ellas una cruz, la mayor parte de hierro, con muchos adornos de cartelas y festones dorados, óvalos y tarjetas con pequeñas pinturas de santos, y al pié su pililla de hierro ó piedra, con agua bendita. Las mujeres labradoras ó criadas de las casas, van vestidas con un guardapiés muy corto, su devantal, su jubon, en mangas de camisa, muy anchas, el pelo dividido en dos trenzas colgantes, y un sombrerillo de paja, con lazos de varios colores. Las de una clase algo más elevada, en vez de trenzas llevan rodete, con una lámina de plata, larga y angosta, donde enlazan el pelo; las señoras de rumbo, ya se supone, llevan escofietas, sombrerillos ó peinado de rizos. En esta ciudad hay muy buenas caras: las mujeres son vivarachas y alegres, los hombres parecen bonazos y sencillos. La libertad de la Suiza está prendida con alfileres: he oido á hombres muy sensatos razonar sobre ello, y temen que el tiempo de perderla está muy inmediato. Podrian, en caso urgente, poner cien mil hombres en campaña; pero tendrian que dejar el arado para tomar el fusil; por consiguiente, á los tres meses de guerra ya no habria víveres: para un armamento extraordinario necesitan cargar tributos sobre el pueblo, y éste no puede contribuir á tales gastos. Toda la Suiza, en general, es muy pobre; las artes y el comercio pudieran haberla enriquecido; pero, por descuido imperdonable en los que la han gobernado hasta aquí, no se ha hecho. Ha debido su existencia por mucho tiempo á los celos recíprocos de Francia y la casa de Austria; pero si la Francia decae, ¿quién la apoyará? En la ocasion en que yo pasé, las circunstancias eran tan críticas, que cualquier partido

que pudiesen tomar los suizos les debia ser necesariamente funesto. Además, me aseguran que no hay en Suiza todo aquel desinterés republicano, aquella energía de ánimo que es tan necesaria en estos peligros inminentes; que los que gobiernan no despreciarán los medios de aumentar su fortuna haciendo antesala en las secretarías de Viena, y que el pueblo, dormido en el ocio de una larga paz, necesitando todos sus brazos para la subsistencia diaria, ni resistiria largo tiempo, ni creeria perder mucho en la mudanza de su constitucion.

El vino de Suiza es un vinillo que, si fuese algo más fuerte, pareceria vinagre aguado. Cuantas viñas he visto desde Bonn á Lucerna, todas están como las de Burdeos, esto es, trepados los sarmientos en estacas, y las cepas á unas tres cuartas de distancia unas de otras: no sé si este método es preferible al que se sigue comunmente en España, ó si será relativo á la situacion, al clima ó á la calidad de la tierra.

3. Despues de haber comido con el Enviado de España, salgo á las seis, en compañía del secretario de legacion Don Pascual Vallejo, y emprendemos nuestro viaje por el lago, en un barco chato, endeble, desabrigado y ridículo. Mucho miedo: cierra la noche; lobreguez profunda, montes á una parte y otra, sueño, frio; llegamos á Flüela á las doce; cenamos tortilla, y á dormir.

4. No se trate ya de sillas de posta; nuestro camino sólo sufre sillas de caballos: monté en uno, mi amigo en otro, y precedidos de los cofres y bagaje, empezamos á caminar, despues de un buen pueblo llamado Altorf, por un país quebrado y áspero. Casas de madera, tierra pobrísima, gente infeliz; pero á mitad de jornada, ni casas ni gente; montes horribles; el rio, que se rompe entre los peñascos; arroyos que se precipitan con estruendo de las alturas; cuestas, camino malísimo; una garganta estrecha, donde está el que

llaman *Puente del Diablo*, lugar espantoso, donde el rio parece que baja á los abismos entre enormes peñascos, que le convierten en espuma y niebla: aire, frio, estrépito; ¡grande y tremendo espectáculo! Despues del puente se entra por una boca, abierta á pico en el monte, que tendrá unas cincuenta varas de longitud; y al salir de ella se ve un valle espacioso, cubierto de verdura, hermosos árboles, y el lugar de Ursera al pié de un cerro, bien situado, formando un grupo pintoresco entre la frondosidad que le adorna. Comimos en él, y ¡qué mal comimos! Vuelta á montar: subimos un monte altísimo, llamado de *San Gothardo*, y hubimos de bajarle á pié y de noche (1). En su altura nace el Reuss, que llevando su direccion hácia el Norte, atraviesa el lago y ciudad de Lucerna, y más adelante desemboca en el Rhin. Llegamos rendidos á Ayrolles: mala posada, malísima cara de posadero: ¡qué gorro! ¡qué ásperamente nos recibió, y con qué abatimiento nos halagó despues, cuando supo en la caballeriza que uno de nosotros era *il signor Segretario della Ambasciata!*

5. Desde que se pasa el monte de San Gothardo se entra en Italia. Salimos de Ayrolles á las seis, caminando por unas vegas coronadas de montes, que se van estrechando, dejando en medio al Tesin, ya caudaloso con las muchas aguas que recibe de aquellas alturas, rápido, espumoso, entre enormes peñascos. Cascadas, precipicios, árboles robustos, inculta y majestuosa naturaleza, lugares pobres, paredes de piedras, ermitas y pequeñas capillas, á modo de garitas, con pinturas de vírgenes y santos; muchos San Roque, y en las fachadas de las iglesias San Cristóbal, de gigantesca

(1) Aquí empieza Italia; pero el lenguaje italiano empieza á usarse desde Altorf. El lago de Lucerna parece que separa los dos idiomas, italiano y frances.

y disforme estatura. Empieza á llover á cántaros á las nueve de la mañana; dura todo el dia: noche espantosa, tempestad en medio de montañas altísimas; truenos horribles, rayos y centellas; por todas partes torrentes, que ocupan el camino, y el Tesin, bramando á nuestra derecha, creciendo por instantes. Llegamos á una poblacion de cuatro ó cinco miserables casas, donde el estruendo de la tempestad, que duró doce horas, no nos permitió cerrar los ojos en toda la noche. En la jornada de hoy volví á ver uvas en grandes emparrados; es demasiado áspero y frio todo el país que se atraviesa de Lucerna á Ayrolles para producir este fruto. En las tapias de piedras sueltas, que sirven de lindero á los caminos, hallará un naturalista exquisitas piezas de minerales, particularmente de hierro y plomo.

6. Salimos, lloviendo, á las seis, más por huir de la posada que por adelantar camino, y llegamos á las nueve á Bellinzona, buena villa, con muros y castillos, que en su tiempo serian muy fuertes: buena posada. Gástase todo el dia en secar la ropa á la chimenea. Sigue lloviendo; mi compañero se va por la tarde para Génova, y yo me quedo á esperar que serene un poco el tiempo.

7. Ya no llueve de provecho; salgo á las siete, caballero en mi rocin, dirigiéndome á Lugano. Viaje divertido: atravieso el monte Cenere, alejándome del Tesin, que queda á la derecha; desde las alturas de este monte se goza una vista muy divertida de la espaciosa vega de Bellinzona, más hermosa que fecunda, y que por muchas partes, en el invierno, es un estanque. El monte Cenere está todo cubierto de hermosos castaños y nogales; en las cercanías de Lugano muchas viñas en emparrados, maíz y otros frutos: llegué á esta ciudad al medio..... y despues de un viaje de tantas leguas, en que la soledad, la falta de sueño, el cansancio, las intemperies y otros disgustos, me habian fatigado hasta el

último punto, abracé á un amigo de mi padre, y todo se olvidó. Lugano está situada á la orilla de un lago, cercada por el Norte, Oriente y Poniente de colinas y montañas: su poblacion llegará apénas á mil vecinos; hay en ella mucho comercio; tiene dos mercados cada mes, y una feria al año, en que se compra y vende gran multitud de ganado de todas especies, caballos, etc. Sus campos abundan en frutos; hay muchas viñas, algunos olivos, maíz y otros granos; sus cercanías son deliciosísimas, con muchos pueblecillos, caserías, y gran cultivo. Esta villa está sujeta á los Cantones suizos, que de dos en dos años envian un gobernador, con título de capitan: éste es el supremo magistrado, que administra justicia civil y criminal segun las leyes del país, que se imprimen y publican bienalmente, á fin de que nadie pueda ignorarlas: así en las civiles como en las criminales las hay sumamente raras, y en estas últimas se ve que, exceptuando el homicidio, no hay delito alguno que no se castigue con pena pecuniaria. Esto, en otro país, produciria males incalculables; en éste no ha producido hasta ahora el trastorno y desórdenes que á primera vista parece que deberian reinar donde el dinero suple por las penas corporales: viven en paz, no se matan unos á otros, ni hay otro daño considerable que el que resulta de los muchos litigios en que están enredados continuamente; cosa natural en todo pueblo donde la propiedad está muy repartida, como sucede aquí. De dos en dos años vienen doce diputados de los Cantones á tomar residencia al Capitan, admiten las quejas á que haya dado lugar su administracion, y le castigan si ha delinquido: del juicio de estos doce hay apelacion á los Cantones en los casos extraordinarios. Este sistema de gobierno tiene inconvenientes y ventajas: el pueblo no conoce los tributos; las prisiones son rarísimas, y suponen un gran delito cuando llegan á verificarse; no hay tropa, ni alguaciles;

ni se necesitan: esto manifiesta demasiado las costumbres sencillas de estas gentes. Hay mucha industria, actividad, comercio y artes. Sorprende, por cierto, hallar entre estos peñascos pintores, arquitectos, estuquistas, escultores, marmolistas y otros artífices, de los cuales he visto várias obras en las iglesias y casas particulares: las de arquitectura, labrado de mármoles y pinturas de decoraciones son las de más mérito, y en este último género no se hace más en Madrid. Estos hombres no se mantienen con tal ejercicio, ni ¿cómo era posible?; viven de lo que les producen sus cortas haciendas, y se están arrinconados, ó en Lugano, ó en los pueblos vecinos, de veinte ó treinta familias: si alguna vez los llaman para trabajar, les pagan á un precio tan corto, que admira por cierto. Tan general es el estudio de las artes en Italia, que despues de llenar las ciudades populosas, centro del lujo y de la riqueza, se extienden hasta los pueblos más reducidos, y en ellos se encuentra una prueba del genio artístico y del buen gusto de la nacion. Hay cuatro cafés con mesas de billar, abundan las gacetas de todas partes, y la de Lugano es una de las más estimadas; en una casa particular hay un pequeño teatro, donde se representa en algunas temporadas: cuando yo estuve habia uno en la plaza, hecho de palitroques y tablas, ruda semejanza del carro de Téspis, y allí hacian Arlequin, Pantalone y Colombina sus acostumbradas habilidades para entretener al auditorio, que asistia de pié al espectáculo. De cuando en cuando se descolgaba alguna de las actrices por una escalera de mano, y con un platillo y una vela de sebo encendida iba implorando la generosidad de los concurrentes, que la daban algunos cuartos: cosa tan corta, que no sé cómo viven aquellos infelices.

13. Salgo á las diez, atravesando el lago de Lugano hasta Capo Lago, pequeño pueblo situado en su extremidad meri-

dional; desde allí fuí en un carricoche, por buen camino, aunque con muchas cuestas, hasta dos millas ántes de Como, donde se entra en el Ducado de Milan. Ropa fuera; registro escrupulosísimo, papeletas, sellos, socaliñas; y al cabo de una hora de detencion, prosigo mi viaje á Como, acompañado de un algüacil de vista, como un facineroso, á fin de que no violente los sellos imperiales, y llegue mi cofre en toda su integridad al segundo exámen de la aduana. Llego á Como á las cuatro, y me veo en la precision de buscar yo mismo al revisor de libros, para que vea su merced si entre los mios hay alguno contrario á la prosperidad del estado de Milan. El revisor era un abate, viejo, seco, y con sus grandes anteojos: trájele á remolco, abrióse el cofre, y veo derramados por el suelo mis libros, mis cuentas, mis cartas, mis apuntaciones y mis pobres versos, en tanto que el brazo seglar de los aduaneros me revolvia todos los trapos con escrupulosa diligencia; pero quiso Dios que mi inocente cofre no contuviese nada que pudiera dar recelos á S. M. imperial: vuelta á sellarle, y á escribir papeletas, y á soltar dinero. Como es ciudad pequeña, está á la orilla del lago de su nombre, rodeada de montañas, con reducido horizonte, sus contornos poco alegres: calles estrechas, y en algunas de ellas muchas tiendas; cafés con excelentes sorbetes; coches y lacayos, muebles desconocidos en el país que dejo atrás. Cuando el emperador Josef II dió tras de los conventos, se suprimieron en Como catorce de monjas, y han quedado ocho.

Así aquí como en los estados de Flándes, he oido muchas quejas acerca de la mala distribucion que se ha dado á los fondos y caudales procedentes de estas comunidades reformadas, y lo mal que se ha cumplido lo que entónces se prometió: el dinero va derechito á Viena, y allí se desaparece, segun dicen, sin saber cómo: si esto fuera cierto, sería cosa

indigna; pero ¿qué! no será verdad. Por toda esta tierra, y en muchas partes de Suiza, particularmente en los pueblos situados en valles húmedos, al pié de los montes, he visto muchas mujeres con paperas enormes, ya como panecillos, ya como grandes morcillas; pero entre las que padecian esta deformidad las he hallado muy viejas, prueba de que no es achaque mortal. Tempestad furiosa y huracan toda la noche, ni más ni ménos que el dia 5; pero ¡qué diferencia de oirlo desde la cama, á sufrirlo atasajado en un rocin!

14. Salgo á las cinco en el citado carricoche, acompañado de otros dos viajeros, buena gente. Luégo que se sale de Como, muda de aspecto el terreno, desaparecen los montes y se empieza á gozar la vista de una hermosa llanura muy bien cultivada, con muchos árboles y grande abundancia de moreras. Se hallan al paso algunos pueblos de buena traza, pero sin artes; todo es labranza, y la escasez de casas aisladas por el campo me hizo sospechar que la mayor parte de él está repartida en pocas manos de algunos grandes propietarios, distribucion poco ventajosa á la felicidad pública. Excelente camino hasta Milan, con troncos clavados en el suelo, que le sirven de guardaruedas, á un lado y otro. Llegué á las once y media: buena posada.

15. Parece ser que la ciudad de Milan contiene cerca de ciento veinte mil almas: es grande, llana, rica y llena de hermosos edificios: hablaré de lo que vi en ella, remitiéndome en lo que falte á las descripciones que otros han hecho, donde podrá mi lector contentar en parte su insaciable curiosidad. La catedral, llamada *il Duomo*, se empezó en 1386, y no se acabará jamás: me dijeron que se destinaban cada año treinta mil libras para proseguir la fábrica; escasa dotacion, que apénas bastaria para el gasto de los andamios. Los milaneses la llaman la octava maravilla, y pueden llamarla como quieran, puesto que no hay cosa con que com-

pararla : es obra gótica, de cinco naves, sostenidas por cincuenta y dos postes, de ochenta y cuatro piés de largo; la altura interior de la cúpula es de doscientos treinta y ocho, y la exterior de trescientos setenta. Se sube hasta la base de la última aguja por quinientos doce escalones; desde aquella altura se ve toda la ciudad, sus hermosos y dilatados campos, y á lo léjos los últimos montes de Suiza, los Alpes y el Apenino. No se puede ponderar bastante el inmenso trabajo que se ha empleado en la fábrica de esta iglesia : toda es de mármol, y toda tan llena de adornos, que al verlo se confunde uno entre las consideraciones de lo que se ha hecho, de lo que falta que hacer, de las sumas enormes que habrá costado, y de las que debe costar. Pasan de tres mil las estatuas que hay repartidas por el edificio; son de varios tamaños, y muchas de ellas absolutamente invisibles desde abajo, tanto más que las que están colocadas en lo alto son muy pequeñas: las barandillas, las escaleras, las agujas y estribos, todo está lleno de labores costosísimas. Josef II, que no despreciaba el oro, dijo, al ver esta obra, que era locura convertir el oro en mármol. Todos los altares de la iglesia son igualmente de variós mármoles, con algunos buenos cuadros; hay piezas de escultura excelentes, en bronce y piedra, y una multitud de bajos relieves, de mármol blanco, en la pared que rodea el altar mayor, con figuras que sostienen la cornisa; cosa, á mi entender, de mucho mérito : los relieves, que cada uno es de una pieza sola, representan la vida de Cristo, y están firmados por Andres Biffi. Algunas vidrieras vi pintadas segun el antiguo estilo; pero valen bien poco : concluiré diciendo que esta fábrica es única en su línea; que es capaz de sorprender á cualquiera por su grandeza; que hay en ella exquisitas piezas que admirar en materia de artes; y que en cuanto á si es locura ó no gastar el dinero en este edificio interminable, soy enteramente del

dictámen de mi lector. Cerca de esta iglesia está el palacio del Archiduque, con decoracion exterior sencilla y elegante. El hospital es un grande edificio, con fachada de ladrillo y portadas de piedra, más modernas que lo restante, y mal asociados los adornos griegos con los góticos; tiene un patio muy espacioso, con galería alta y baja, sostenida en columnas, que forman veinte y un arcos á lo largo y diez y nueve en lo ancho. En la capilla hay hermosas columnas de granito cárdeno y buenas pinturas; me dijeron que habia en camas mil trescientos sesenta y cuatro enfermos. En la portada de la cárcel pública vi las armas del Rey de España y las de la casa de Fuentes, y esta inscripcion: *Philippo III. Hispan. Rege potentissimo, Fidei Catholicæ defensore, imperante. D. Petrus Enrriquez Azevedius Fontium Comes, externi belli victor et domestici extinctor invictus: dextera amabilis, sinistra formidabilis: bene agentibus distributis præmiis, improbis vero suppliciis, carcerum fores regiæ curiæ objecit ut Principis advigilantis oculus fidissima sit justitiæ custodia*. 1605. Fuera de la que llaman Puerta Oriental hay un gran paseo, adonde concurre diariamente multitud de coches y gente de á pié; se parece bastante al pedazo del camino que hay desde la puerta de San Vicente á la fuente del Abanico: está en alto, como aquel; tiene dos calles de árboles á los lados, y será de aquella longitud, con poca diferencia; pero es mucho más ancho y sin cuesta; inmediato á él está el jardin público, bastante grande, con plantío de castaños, paredes de olmo, que forman várias calles y plazuelas, y grandes pedazos de céspedes; linda con el jardin del Conde Dugnani, que para que el público gozase de más hermosas vistas, hizo abatir las cercas, dividiéndole del jardin público por medio de un foso. Junto al mismo jardin está el nuevo palacio del general Belgiojoso, que fué ministro del Archiduque gobernador de Flándes. Es obra de

muy buen gusto : órden jónico, pilastras y columnas en la fachada principal, estatuas sobre la balaustrada que corona el edificio, y bajos relieves entre las ventanas del piso principal y segundo. Hay, además, en el mismo jardin una gran casa, donde se refresca, se come, se baila y se juega : antiguamente era un convento. Los coches que vi en el paseo eran exactamente como los que se ven en el Prado de Madrid, ni mejores ni peores; pero aquí hay más lujo en materia de criados : no hay señorcillo que no lleve su par de lacayos, y otro par de volantes delante del coche, y alguna vez vi tres, con sus gorretas de volatin, sus vestidos blancos, y sus hachones de pez por la noche ; y ve aquí cinco ó seis haraganes empleados en arrastrar á un podrido. Este es el uso que se hace de los hombres, como si el género humano abundase en demasía, como si no hubiera provincias desiertas, como si no faltasen manos al arado, al remo y al buril. El colegio de Brera, que hoy tiene título de universidad, perteneció antiguamente á los Padres de la Compañía : la iglesia es vieja y fea; pero el edificio adjunto, donde están las escuelas y habitaciones de los profesores, es cosa digna de la riqueza y la magnificencia jesuítica: gran patio, con galería alta y baja, sostenida por columnas pareadas; escalera espaciosa, bellos claustros, habitaciones cómodas : todo es grande y bello. Hay un jardin botánico, un buen observatorio, con excelentes instrumentos de París y Lóndres; una academia de artes, con escuela de diseño, y una librería pública, que me dijeron constaba de ochenta mil volúmenes : las colecciones de historia, antigüedades, Biblias, Santos Padres, expositores é historia natural, me parecieron las más completas. Esta biblioteca se ha formado modernamente, y áun no están bien arreglados los índices : me dijeron que carecen de medios para aumentarla, y áun por eso noté algunos ramos de literatura muy incompletos, y hasta

escasez de obras modernas. Tienen tambien una coleccion de medallas estimable. Fuí á visitar al abate Parini, profesor de bellas letras en este colegio, que ha adquirido reputacion por sus poesías, hombre de más de cincuenta años, alto, estropeado de piernas, gesto avinagrado: le sorprendió el motivo de mi visita. Los españoles viajan poco, y los que lo hacen, no suelen acostumbrar á dar molestia con su presencia á los hombres de mérito que hallan al paso: ¿para qué? ¿no basta visitar al banquero? La biblioteca Ambrosiana, que igualmente está abierta para el público, asciende á cuarenta y cinco mil volúmenes, la mayor parte de ellos colocados en una gran sala, segun sus tamaños, por lo que es imposible formar idea del mérito ó abundancia de las obras que contiene: en una pieza separada están los manuscritos, y entre ellos los hay muy preciosos. Merece verse la coleccion de esculturas, pinturas y dibujos de los mejores artífices italianos, distribuida en dos grandes salones inmediatos á la librería: bajos relieves de la columna Trajana, modelos de estatuas antiguas las más célebres, algunas obras de escultura de Miguel Angel, Algardi y otros; la forma de un dedo pulgar de la estatua colosal de bronce de San Cárlos Borromeo, que está en Arona, junto al Lago Mayor: desde el nacimiento de la uña hasta la extremidad del dedo tiene una cuarta de longitud. Entre las pinturas son estimables los cartones originales de Rafael, de la Escuela de Aténas; varios cuadros pequeños de Breughel, que representan los cuatro elementos; varios países, flores, etc., cosa menudísima, ejecutada con la mayor delicadeza é inteligencia; una Adoracion de los pastores, de Bassan, etc., etc. En la iglesia de San Márcos hay cuatro ó seis cuadros excelentes. En la de San Fedele merecen verse unas columnas gigantescas de granito cárdeno, cosa preciosa; en las de San Antonio y San Francisco de Paula vi gran multitud de presentallas de pla-

ta, colocadas en las paredes: piernas, brazos, ojos, manos, tetas, niños y caballeritos vestidos de militar, puestos de rodillas. En la de San Eustorgio hay un gran sepulcro, donde se dice que estuvieron enterrados los tres Reyes Magos, los cuales tres Reyes Magos fueron conducidos á Colonia por órden de Federico Barbaroja, cuando destruyó á Milan, en 1162. En la calle llamada Corsia de Porta Ticinese se ve el único monumento romano que existe en Milan, y es un pedazo de pórtico ó galería con diez y seis columnas corintias, y una inscripcion, colocada en uno de sus extremos, dedicada al emperador Lucio Vero. La iglesia de San Lorenzo, que está detras de este pórtico, tiene una gran cúpula octógona, cuatro tribunas, columnatas y escapadas por todas partes, que parece una jaula: algunos dicen que es obra de mérito; á mí, que no entiendo de arquitectura, me pareció ridícula, extravagante y llena de aquello que se llama licencias poéticas: el púlpito, hecho de exquisitos mármoles, es cosa pesada y mazacota. Saliendo de la ciudad por la puerta inmediata á esta iglesia, se ve un gran pedestal con varios adornos de escultura, entre ellos el escudo de España y el de la casa de Fuentes: se erigió con motivo de la construccion del canal que está inmediato, destinado á facilitar la comunicacion con el Po, que no se ha podido lograr por varios motivos. La inscripcion, que está repetida en los dos vanos del pedestal, dice así: *Philipo III. Hispaniar. et Indiar. maximo et potentiss. Rege Mediolani Duce regnante. D. Petrus Enrriquez Azevedius Provinciæ Mediol. Gubernator vel opere hoc præclaro Fontium Comes Verbani et Lardi huc ductas aquas irriguo navigabilique rivo Ticino et Pado inmiscuit, ubertatem et jucunditatem agrorum artificum studio publicas et privatas opes accessu et commercio facili amplificando.* Hay dos teatros en Milan: el uno estaba cerrado; vi sólo el que llaman *Teatro Nuevo,* que es el mayor, destinado á la Ópera;

tiene una buena fachada, y un pórtico con un terrado encima, adonde puede salir la gente, en tiempo caluroso, á gozar del fresco. La sala es muy espaciosa, de forma elíptica, con cinco órdenes de palcos, y una galería alta sobre ellos, donde se acomoda la gente de librea: enfrente del teatro está el aposento del Archiduque, con buenos adornos de espejos y colgaduras; y contando éste, y otros ocho que hay sobre la escena, llega á ciento y noventa y cinco el número total de los palcos. Enfrente de la puerta de cada uno de ellos hay una pieza destinada para los criados, ó para guardar capas, sombreros, manteletas, etc., donde preparan los refrescos ó calientan los platos cuando quieren cenar, puesto que durante el espectáculo suelen entretenerse en jugar á los naipes en el mismo palco, ó en comer y beber. En un gran salon, y otros dos adyacentes, inmediatos á los corredores de los aposentos, hay cuatro mesas de billar, y otras pequeñas para naipes y otros juegos. El proscenio está adornado con cuatro columnas corintias, y en la parte superior hay un reloj, mueble muy incómodo para los poetas libertinos que no quieran ceñirse á la unidad de tiempo. La sala, exceptuando algunos casos extraordinarios, no tiene más luz que la que recibe del mismo teatro; el número de instrumentos de la orquestra varía, segun las ocasiones: el dia en que yo asistí á una ópera bufa, conté sesenta: las decoraciones son lo mismo que las de Madrid, ejecutadas por los Tadeis: el coro, en el dia que yo estuve, se componia de veinte voces, y en algunas scenas del baile conté ochenta personas en el teatro; pero se me hace muy duro de creer que tal vez haya cuatrocientas, como dice Lalande, en su *Viaje de Italia*: he visto el teatro interiormente, y no me parece posible. Noté que el público tiene aquí libertad de hacer repetir los pasajes que más le gustan: no lo pide á gritos y bramidos, como los ingleses; pero lo insinúa no dejando el palmoteo hasta

que el actor vuelve á comenzar *da capo*. En la iglesia llamada *Le Grazie* hay un buen cuadro, de Godencio Ferrari, de un San Pablo, entrando por los piés de la iglesia, á la derecha, la primera capilla (Lalande equivocó éste con otro que hay más adelante); y en un altar del crucero está otro del Ticiano, que representa la coronacion de espinas: se han criticado las piernas del Cristo, y no sin razon, á mi entender; pero con este defecto y todo, siempre es obra inestimable y digna de aquel gran maestro. Se ve tambien en el refectorio la cena de Cristo, pintada al fresco por Leonardo Vinci, muy estimada de los inteligentes. En la iglesia de San Vittore hay un buen cuadro del célebre Battoni, y en la sacristía una cabeza de San Ambrosio, bordada por la Peregrina, cosa de mucho mérito. La iglesia de San Ambrosio es de las más antiguas de esta ciudad: el altar mayor no me pareció *très-beau*, como dice Lalande, sino muy digno de conservarse tal cual es por su ruda y venerable antigüedad: tiene cuatro columnas de pórfido, cosa preciosa; el púlpito es de piedra, y antiquísimo. Tambien vi, en una galería que rodea el patio de los piés de la iglesia, un sepulcro muy sencillo, con esta inscripcion, que copié exactamente, aunque rodeado de cinco ó seis pobres pegajosos, que no cesaban de aullar pidiéndome ochavos: *Jacet D. Baganus Petrasanta miles et capitaneus Florentinorum qui obiit anno Dmni.* 800, *ad cujus funus interfuerunt quatuor Cardinales.* Por último, Milan es muy buena ciudad; hay bastantes fábricas, talleres, industria, riqueza, abundancia de comestibles, buenos edificios, curiosidades y diversiones.

18. Salí de ella ántes de la una de la mañana, por un hermoso camino que dura hasta Parma; aunque desde Milan á Lodi le hacen muy mala vecindad las acequias y estanques que tiene á los lados: noté mal olor de agua detenida, y mucha niebla; por todo este país hay muchas fiebres, ori-

ginadas de tanta humedad : los campos están bien regados y cultivados, abundantes en mieses, frutos, moreras, etc. Lodi es famosa por sus quesos y las lenguas de vaca saladas, que son exquisitas. Luégo que se pasa un pueblo llamado Casale, se entra en el ducado de Parma : para llegar á Plasencia se atraviesa en un puente volante el Po, ancho y sereno : sus orillas por aquella parte, poco deleitosas. Plasencia, gran lugaron : registro á la puerta, y *mi raccomando à la sua generosità*. Pasé de Fiorenzuola, distante dos postas de aquella ciudad : iba leyendo en mi carricoche, bien ajeno de toda desgracia; me ocurre mirar por la ventanilla de la trasera, y me encuentro sin cofre : pié á tierra : desata el postillon uno de los caballos, corre más de media legua, y vuelve con la plausible noticia de que el cofre no parece, esto es, de que he perdido, además de mi ropa, mis apuntaciones diarias de trece años á esta parte, las cuentas de mis intereses en España, las recomendaciones para los embajadores, las observaciones hechas en mis viajes por Francia, Inglaterra, Flándes, Alemania, etc.; las traducciones del inglés, el trabajo de todo un año, obras manuscritas, y qué sé yo qué mas : si esto es bastante para hacer desesperar á cualquiera, nadie extrañará la desesperacion en que me vi. En fin, preguntamos por todas partes; nadie da razon : observamos las cuerdas que ataban el cofre, y estaban cortadas : vuelta á Fiorenzuola; declaracion al Podestà. Como veneno en la posada; salgo otra vez, acompañado de tres soldados con sus tres fusiles, pero sin pólvora ni baquetas; los dejo en el paraje sospechoso para que pregunten, registren, prendan, y si es menester, disparen. Llego á Borgo S. Domino, repito mi relacion al *colonello d'il terzo*, como si dijéramos, al Generalísimo de aquella comarca : yo no sé cómo se lo dije, que al oirlo monta en cólera, inmediatamente llama á su segundo, y dale órden para que luégo,

luégo, luégo, salga al frente de quince hombres, que para aquel país equivalen á un ejército de veinte mil infantes y cinco mil y doscientos caballos; y que con los dichos quince ocupe los pasos, examine los puestos, corra la campaña y no deje malva que no examine: *item* más, manda que á las nueve de la noche se toque á rebato en dos pueblecillos inmediatos al paraje en que sucedió el caso lastimoso, para que todos los vecinos salgan á buscar mi malogrado cofre. Yo al oir aquello (confesemos nuestros defectos con ingenuidad), lector amantísimo, sentí un vaporcillo de vanidad, que me ocupó la cabeza por un instante: la tropa en armas, las órdenes á raja-tabla por todas partes, rebato en los pueblos, alboroto, conmocion general; y todo esto ¿por qué? por mi cofre: ¡oh, precioso cofre! ¡inapreciables manuscritos! Vuelvo á montar en mi silla de posta; el coronel me consuela, me promete y jura por el baston que empuña, hacer parecer mis versos, si el centro de la tierra los ocultara, y enviar un extraordinario á Parma con las novedades que vayan ocurriendo: suena el látigo, me despido, y rompiendo por entre la apiñada multitud, que me rodeaba con reverente y silencioso estupor, prosigo mi viaje, y llego á Parma á las diez.

19. Es ciudad, segun me dijeron, de más de treinta mil almas: llana; calles y plazas espaciosas; las casas construidas con económica sencillez: la del Conde de San Vitale es grande, con buena decoracion de arquitectura, un buen atrio, y la escalera mal colocada en un rincon; la del Conde Grillo es tambien muy buena, con dos hermosas columnas de mármol en la portada; debiendo advertirse que el tal Conde tiene un grillo por armas, segun consta en su propio escudo, que está en la fachada de su palacio, y no me dejará mentir. Estas dos casas son las únicas que merecen nombrarse. La habitacion del Infante-Duque consiste en tres ó

cuatro casas unidas, sin adornos ni magnificencia, y una portadilla de piedra, cosa mezquina: el antiguo palacio de los Farneses está separado; es de ladrillo, y á estar concluido, sería una obra en que á lo ménos se veria grandeza y proporcion. El Infante pasa la vida en Colorno, y allí se dice que ha gastado unos sesenta millones de reales: su mujer vive, separada de él, en el palacio de Sala. La catedral es muy antigua: lo más precioso que hay en ella es la pintura de la cúpula, obra de Correggio, muy maltratada ya, y con poca luz: junto á la puerta del costado izquierdo hallé la siguiente inscripcion sepulcral: *Eheu! quam propere te mors intercepit, mea uxor innocentissima! non ergo flos juventæ, non oris decor, cum pudore, pietate, fideque conjunctus, non mariti infelicissimi vota, neque trium populorum lacrymæ, atram diem morari potuerunt! Mariæ Millesiæ, Mediolanensi, conjugi incomparabili, mihique ereptæ dum annum vigessimum secundum ageret, æternum moerens possui, Ruffinus Rossi, augusti Principis ab intimo cubiculo, Præfectus viarum et Aedilis urbanus.* 1778.

¿Y mi cofre? Mi cofre pareció inmediatamente, en virtud de la irrupcion de los quince hombres y del rebato que se tocó por aquellos contornos: hallóse en casa de un inocente labrador, que ya se disponia á abrirle para ver si contenia géneros prohibidos: la noticia del hallazgo me sorprehendió, y llenó mi ánima de contentamiento. Pero volvamos á hablar de Parma. El teatro antiguo es cosa magnífica; las dimensiones de este edificio, segun Lalande, son trescientos cincuenta piés de largo, inclusa la escalera y vestíbulo; su ancho noventa y seis, la profundidad del teatro más de veinte toesas, su boca treinta y seis piés, y la altura de la sala sesenta. Ésta tiene al rededor catorce gradas, al modo de los antiguos circos y teatros ó de nuestras plazas de toros, quedando entre ellas y la scena un grande espacio va-

cío, como el que ocupan en nuestros coliseos la luneta y el patio : dícese que le llenaban de agua por medio de varios conductos, que áun existen, y que allí se daba una especie de espectáculo naval : sobre las dichas gradas se levantan dos cuerpos de arquitectura, el primero dórico, el segundo jónico, que forman dos galerías, alta y baja, con arcos y columnas, siendo cada arco un aposento : el entablamento está coronado con una balaustrada. Todo ello está lleno de estatuas, y entre ellas hay dos ecuestres, inmediatas al proscenio : sorprehende, por cierto, la magnificencia y buen gusto de esta obra, y es lástima que esté ya en estado de ruina. Este teatro no ha sido usado desde el año de 1733; el repararle sería muy costoso, y la córte de Parma no es de las más opulentas de Europa. Inmediato á él hay otro muy pequeño, que sirve ahora para los conciertos : se dice que antiguamente representaron várias veces en él los príncipes y princesas de la casa Farnese : es obra de Viñola, sumamente ligera y bien distribuida. La biblioteca, que está en el mismo edificio, esto es, en el palacio Farnese, es cosa muy buena: grandes salones con estantes magníficos, mucho aseo y buen órden : parece que el número de volúmenes ascenderá ya á sesenta mil ó poco ménos; entre los manuscritos los hay muy raros. Vi unas obras de S. Ildefonso, del siglo XI ; un Alcoran, hallado en la tienda del Visir que cercó á Viena á fines del próximo anterior, y algunas otras curiosidades de este género muy apreciables, como tambien algunos de los monumentos hallados en las ruinas de Velleia : los índices no están concluidos todavía ; el método de ellos, que es el mismo que siguen en la Academia de las Ciencias de Burdeos, me pareció sumamente sencillo y cómodo. Se arreglan los apellidos de los autores con el mismo órden que se usa en un diccionario histórico, empezando desde *Aa* y concluyendo en *Za*, y en unos naipes se escribe el

apellido, y á continuacion el título de la obra, el número de tomos, el lugar de la impresion y el estante en que se hallará. Estos naipes, repartidos en cortas porciones, se colocan en cajitas separadas, donde está escrito por la parte exterior las letras que contienen; por ejemplo: *B Baz;* el siguiente *B Bon*, etc., y estos cajoncillos ocupan un estante, donde se ve desde luégo en qué parte está el autor que se busca: como los títulos están separados en los naipes, se va aumentando el índice sin necesidad de borrar, ni añadir, ni confundirle con llamadas, que al cabo de tiempo obligarian á renovarle para poderle entender, sin que esto obste á que en los estantes estén colocadas las obras por el órden de materias. En una de las salas de esta librería se ve un pedazo de la bóveda de la iglesia de San Juan Evangelista, donde Correggio pintó la Coronacion de Nuestra Señora: se hallaba ya muy deteriorada aquella pintura, y quebrantada la fábrica, y han salvado un pedazo en que está la Vírgen, y Jesucristo, que la corona, separándole y llevándole á dicha librería: esto de arrancar paredes donde hay pinturas al fresco, y pasar las pinturas de una pared á un lienzo, ó de un lienzo á otro, es comun en Italia. Hay en Parma una Academia de Bellas Artes, que ha producido ya excelentes discípulos; distribuye premios, y está considerada como una de las mejores de Italia: merecen verse los dibujos y cuadros premiados, que están expuestos á la curiosidad pública en las salas de la Academia, que me parecieron de mejor escuela y mayor mérito que los que se ven en Madrid en los concursos de la de San Fernando; por el contrario, en la escultura me parece haber visto en Madrid cosas mejores: la coleccion de yesos sacados del antiguo es muy inferior á la nuestra. Hay algunas estatuas encontradas en Velleia: dos de Mesalina, una de Agripina, y no sé qué más, cosa excelente en el estudio de los ropajes. El famoso cuadro de Correggio, donde representó á la

Vírgen con el Niño, S. Jerónimo, la Magdalena y un ángel, encanta: me parece justa la crítica que se ha hecho de que el niño no tiene dignidad; es cierto, aquel niño no es una divinidad; es un chiquillo como todos los demas; pero ¡qué viveza tiene! ¡qué inquietud! ¡cómo quiere enredar con las hojas del libro de S. Jerónimo, que le presenta el ángel, miéntras con la otra manecilla agarra los cabellos de la Magdalena! ¡Qué complacencia muestra la Vírgen! La Magdalena, ¡qué amor afectuoso y reverente! El ángel, ¡cómo se rie! Este cuadro está lleno de gracia y expresion, y tiene tal frescura de colorido, que á cierta distancia parece que acaba de salir de las manos de aquel grande artífice. La ciudad de Velleia (arruinada, á lo que parece, por el rompimiento y caida de unas montañas hácia el cuarto siglo) dista de Parma diez ú once leguas: se han hecho excavaciones en ella, y se han sacado várias estatuas, inscripciones, muebles, instrumentos y otras curiosidades; se ha levantado un plan de la parte descubierta hasta ahora; pero ya no se trabaja, muchos años hace, por falta de dinero; y es lástima, pues, dejando aparte cuán interesante sería proseguir las excavaciones por lo que toca á la historia, á la literatura y á las artes, mirándolo sólo como una mera especulacion de comercio, produciria considerables ganancias. Si el estado de Parma no es rico y opulento en lo que permite su extension, no es culpa ciertamente de la naturaleza: su terreno y su clima son los más aptos para la propagacion de frutos y animales, y el Parmesano está reconocido por el país más feraz de la Lombardía: la agricultura es buena; pero la agricultura, por sí sola, es incapaz de dar prosperidad á una nacion: faltan artes, fábricas, industria, comercio: exceptuando una calle de Parma, donde se ven tiendas y talleres, todas las demas están desiertas, ni se oye otro ruido que el canto de los gallos y el ladrido de los perros. Las pocas fá-

bricas que hay son rudas é imperfectas: el país abunda en sedas y lanas, y es necesario proveerse de los extranjeros para vestirse de un paño fino ó ponerse unas medias decentes; la seda la venden en rama, para que otros la trabajen y se la vuelvan á vender: se dice que los parmesanos son holgazanes; pero ¿ha hecho ya el Gobierno cuanto debe para excitar su aplicacion? ¿Les ha dado los auxilios que necesitan para ejercerla con utilidad? ¿Ha facilitado las comunicaciones? ¿Anticipa los fondos para las grandes empresas? ¿Ha esparcido ya las luces de las ciencias y las artes, para que unas y otras prosperen unidas? Si lo ha hecho, no hay duda en que los parmesanos son holgazanes. Fuí á ver al célebre Bodoni, hombre de excelente carácter, jóven, de bella presencia, gran viveza, instruido, amable: en cuanto á su mérito tipográfico, ¿qué puedo yo añadir á lo que manifiestan sus obras, esparcidas ya por toda la Europa, que las admira!

22. Salimos D. Antonio Robles y yo despues de comer: á la primera posta despues de Parma se halla el pueblo de San Hilario, perteneciente ya al ducado de Módena: la ciudad de Reggio, que está más adelante, es poblacion considerable, con muchos soportales en las casas: llegamos á Módena á las diez.

23. Es ciudad de veinte mil almas, ó algo más, no tan grande como Parma, pero mucho más bonita: buenas casas, muchos soportales; un palacio, que habita el Duque, con gran fachada y pórtico, y hermosa escalera, de estructura magnífica; espaciosa sala de baile, con adornos de escultura y pintura; decoracion grandiosa, aunque no del mejor gusto; gran pintura en la bóveda, ejecutada por Franceschini; las demas habitaciones muy bien adornadas; cubiertas las paredes de cuadros, entre los cuales hay un par de docenas de ellos, cosa estimable: lo mejor es del Güer-

chino, Güido Rheni, Anibal Carrachi, Leonelo Spada, y un buen cuadro del Ticiano, que representa la mujer adúltera. Hay una buena biblioteca, con museo de medallas, etc.; pero no tuve ocasion de verlo. Hay una universidad, un hospital, un hospicio, una academia de artes, y otros establecimientos útiles; muchos judíos, en cuyas manos está la mayor riqueza de la ciudad. La catedral es viejísima: en sus paredes exteriores hay muchas inscripciones y antiguallas, cosa curiosa: algunas de ellas son romanas. Vi en la iglesia de San Miguel el sepulcro del célebre Muratori: esta iglesia está muy adornada, pero de mal gusto, con muchos santos, santas y venerables de la familia Estense; grandes estatuas, de corto mérito. Junto á ella, en una plaza que forman el hospital y el hospicio, hay una estatua ecuestre de mármol, que representa á Francisco III, padre del actual Duque: inmediato á esta plaza hay un buen paseo, de ocho calles de árboles, formando los rayos de una rueda, en cuyo centro se levanta un templecillo octógono, de tres cuerpos de arquitectura: tambien está abierto para el público un jardin, cerca del palacio ducal, no muy grande, pero vário y agradable, con bosquecillos, flores, bancos, juego de bochas, hitos para tirar al blanco, etc. En las caballerizas del Duque vi el pellejo de un caballo, lleno de paja, famoso en su tiempo por su fortaleza y ligereza: debajo dél está, en buen castellano, esta inscripcion: *Alazan tostado, ántes muerto que cansado.*

24. Salimos á las dos de la tarde. A corta distancia de Módena se entra en el territorio del Papa, dejando á un lado del camino la fortaleza llamada Forte Urbano, cerca de Castelfranco, poblacion pequeña. El camino de aquí á Bolonia, como igualmente el que anduvimos ayer, es muy bueno; el terreno muy feraz; las posesiones, divididas con largas hileras ó calles de árboles, y al pié de cada uno de ellos par-

ras, que se enlazan de uno en otro, formando colgantes y festones, cosa pintoresca. Algunas casas de campo ántes de Bolonia, adonde llegamos á las siete.

25. Segun el censo hecho en 1784, hay en Bolonia sesenta y nueve mil setecientas almas, treinta y ocho conventos de hombres, y otros tantos de mujeres, con dos mil cincuenta y nueve individuos profesos de uno y otro sexo. Buena ciudad, donde se vive como se quiere, sin riesgo de que nadie se escandalice. No hay edificios que en lo exterior sean considerables por su magnificencia; pero en lo interior se vive cómoda y deliciosamente. Hay conventos enormes, hermosas iglesias, limpias, alegres, bien adornadas, y en donde se halla mucho que admirar en materia de bellas artes. Bolonia ha sido patria de excelentes pintores; y en várias casas principales se conserva una multitud de sus obras, como tambien de los mejores maestros de otras escuelas, capaces de alimentar la curiosidad de todo extranjero aficionado. Vi las colecciones del Conde Zambeccari, de Sampieri y Ranuzzi, donde se hallan excelentes cuadros de los tres Carraches, Güido Rheni, Dominiquino, Güerchino, Albano y otros: en la primera de estas galerías vi el famoso cuadro de Holoférnes, pintado por Miguel Ángel de Caravaggio: terrible cosa por cierto. Judit le atraviesa la espada por el cuello; la cabeza, desgreñada, sangrienta, amoratada con las ánsias de la muerte, da horror al verla. Judit muestra en su semblante el esfuerzo que la cuesta aquel hecho atroz; la criada, que le está sujetando, grosera é insensible, sólo se ocupa en oprimir con su fuerza varonil á aquel jayan temido. En este cuadro se manifiesta que el patético de la tragedia no se expresa ménos con los pinceles que con la pluma. En la casa de Ranuzzi, cuya fachada se atribuye al célebre Paladio, hay una escalera espaciosa y magnífica, aunque no del mejor gusto, y como postiza á lo restante de la fábrica.

En la de Sampieri se conservan pinturas de gran mérito: el pequeño cuadro de Albano, en que representó una danza de cupidillos al rededor de un árbol, está ejecutado con toda la gracia imaginable; y el de San Pedro, de Güido Rheni, que se dice ser el más perfecto de cuantos se conocen en Italia, sorprende y maravilla al ver que el arte pueda llegar á tanto. Son muchas las pinturas que hay repartidas por las iglesias, y entre ellas son las más estimadas la Santa Cecilia, de Rafael, en S. Giovanni de Monte, y la Santa Ines, de Dominiquino, en la iglesia de esta santa. Ni son solas las artes del diseño las que hacen célebre á Bolonia entre las demas ciudades de Italia: la música se cultiva con el mayor ardor; y así en los espectáculos profanos como en los sagrados, que se repiten frecuentemente con extraordinaria magnificencia y pompa, compiten los músicos, así en la composicion como en la ejecucion de voces é instrumentos. La Academia Filarmónica se compone de sujetos de conocida habilidad: asistí á una funcion anual, que celebra en honor de S. Antonio de Padua, su patrono, en la citada iglesia de *S. Giovanni in Monte;* y al paso que regalaban mi oido los sonidos más deliciosos, se ofrecian á mis ojos por una y otra parte las grandes obras de Dominiquino, del Güerchino y del inmortal Rafael. Algunas veces suele haber cuatro ó cinco teatros abiertos en Bolonia, pero miéntras mi residencia no hubo espectáculo, por estar prohibidos en todo el estado pontificio á causa de la revolucion francesa.

El teatro nuevo es algo más pequeño que el de Milan, sin las comodidades de aquel en cuanto á las salas de juego y conversacion: lo interior de la sala no es de madera, sino de fábrica de ladrillo, á lo cual, y á los muchos ángulos que forman los palcos interior y exteriormente, se atribuye el no percibirse en muchos parajes la voz de los actores. Durante el espectáculo no hay en la sala otra luz que la que viene de

la orquestra y el teatro. No se alzan los telones por medio de pesos que bajan encañonados por conductos de madera, sino al modo de Madrid, con hombres que se dejan caer, asidos de las cuerdas. Las bolonesas gastan basquiña y mantilla negra, y ésta muy estrecha, tanto, que apénas las llega á media espalda. Toda la ciudad está llena de soportales, igualmente cómodos en tiempo de calor que en los de lluvia, y los hay tan largos y espaciosos, que bastan para el paseo público cuando la estacion no permite salir al campo; y uno de ellos, que va á la iglesia de la Madonna de S. Luca, tiene dos millas de largo. Hay grande abundancia de escudos de armas pintados, con mucho adorno de cartelas y garambainas, y no se entra en el portal de ningun noble sin hallar tres ó cuatro, uno detras de otro, con los blasones de la casa: á éstos se añaden los que ponen en las paredes de las iglesias, que regularmente son de papel, con una inscripcion debajo, que dice: *Pregate à Dio per l'anima del fu D. Hettore Picinini, D. Zenobio Panzzuti, D. Scipione Culignani*, etc. Lo mismo sucede en Parma. Es muy notable que una ciudad tan grande no tenga alumbrado público: es muy peligroso andar de noche por Bolonia, pues ademas de los encontrones á que uno se expone, es fácil estrellarse, ó contra los postes de los soportales, ó en los escalones de las bocas calles que los dividen: esta mala policía es general en cuasi toda Italia. En un país en que, por decirlo así, las artes se revierten, no será mucho que haya tambien abundancia de poetas. No hay esquina que no esté en todo tiempo embadurnada de versos, hechos á varios asuntos, sagrados y profanos. *In ben dovuta lode de la signora Lucrezia Franceschini, cantatrice*, etc. *Sonetto al signore Cornelio Tamburini, virtuoso di musica. Canzone al signor D. Tullio Piffarelli, elletto parrocho della chiesa de.....*, etc. *Terzetti*..... En una palabra, cantarinas, bailarinas, capones, elecciones de pár-

rocos y magistrados, misas nuevas, profesiones de monjas, todo es asunto de las doctas plumas de poetas vergonzantes, sin hablar de los epitalamios, epicedios, genetlíacos, odas, cantatas y todo género de metralla rítmica, con que se llora ó se celebra cuanto bueno ú malo ó indiferente sucede ó sucederá, y que corren impresos de mano en mano, y nacen y mueren en un dia. Además de los citados versos de esquina, hay otros de no mayor mérito, pero ménos efímeros, colocados al pié de las innumerables imágenes, de Cristos y Virgencitas, que se hallan á cada paso por las paredes de las calles y soportales, acomodadas en nichos, con su farolillo delante. Habia en Bolonia seiscientos y tantos ex-jesuitas españoles: vi entre ellos á Lasala, aplicado, estudioso, de bello carácter, autor de várias tragedias frias: leí dos que acababa de publicar, *Don Giovanni Blancas* y *Don Sancio García*, y me parecieron entrambas de corto mérito. Colomés, autor de la *Ines de Castro* y otras obras estimables, está reducido á la mayor estrechez, teniendo que sufrir los caprichos de un *nobile bolognese*, á quien sirve de secretario: es lástima que nuestro gobierno carezca de noticias acerca de los sujetos beneméritos de esta extinguida religion, y que no saque de ellos la utilidad que podria, mejorando al mismo tiempo su mala fortuna. Don Manuel de Aponte ha traducido la *Ilíada* y la *Odisea* en verso con admirable fidelidad, ilustrando su obra con notas doctísimas: no se ha impreso, ni acaso se imprimirá. La cátedra de lengua griega, que regenta en la universidad, no le da para echar aceite al candil. Es hombre muy instruido, modesto, festivo, amable, y está atenido á la triste pension que se les da á todos.

El citado Aponte tenia una criada, si merece este nombre la que no percibe salario ni emolumentos, que le asistia, hija de una pobre vieja: oyó muchas veces las lecciones que

daba su amo á los discípulos; mostró aficion, y el amo, que enseñará el griego á los perros de la calle, empezó á enseñársele á ella: en una palabra, la muchacha le ha aprendido en términos, que hace temblar al más estirado grecizante. Ha hecho várias odas en esta lengua, aplaudidas de cuantos son capaces de juzgarlo; tiene excelente gusto en la poesía, y por las traducciones italianas que he visto de sus propias obras, creo que merece la grande estimacion que se hace de su talento: es catedrática de partículas griegas en la Universidad, y se llama Clotilde Tambroni. En ninguna parte he visto establecimiento de estudios tan completo como el Instituto de esta ciudad, que ha servido de norma á muchas célebres academias de Europa. En él está la escuela de dibujo, dirigida por la Academia Clementina, compuesta de profesores de pintura, escultura y arquitectura, y en las salas que ocupa se ven las obras premiadas de sus alumnos, las de sus individuos, y varios modelos sacados de los mejores originales antiguos. La biblioteca contiene más de cien mil volúmenes, con una coleccion numerosa de antigüedades; tiene un buen gabinete de historia natural, laboratorio de química, muchos y excelentes instrumentos de física para la enseñanza de esta ciencia, modelos de fortificaciones, otros de navíos, otros de piezas de artillería, morteros y cuanto pertenece á esta parte de la matemática aplicada al arte militar, que nadie estudia; modelos, en gran cantidad, del feto humano en todas las situaciones posibles, y otros de várias partes del cuerpo para el estudio de la anatomía; instrumentos y máquinas ingeniosas; un buen observatorio, etc., etc. Algunas de sus salas están pintadas por Peregrino Tibaldi, y en una de ellas hay un gran retrato, hecho de mosaico, del papa Benedicto XIV, cosa preciosa. La fundacion de este establecimiento, sus progresos, y el método de sus estudios está ya dicho en tantos libros,

que sería inoportuno el repetirlo, áun cuando no fuese superior á mis conocimientos. En cuanto á las curiosidades de la historia natural, son notables dos pieles humanas, curtidas de diferente modo, bastante gruesas y fuertes: hay una piedra de la vejiga, de enorme tamaño; un pedazo de piedra elástica, mucho más pequeño que el del Museo Liveriano de Lóndres; gran coleccion de semillas americanas, de mármoles y reptiles: la de cuadrúpedos y peces me pareció muy escasa.

OCTUBRE.

6. Salimos D. Antonio Robles y yo á las siete de la mañana, y á corta distancia de Bolonia, caminando entre Oriente y Sur, hallamos los montes donde acaba la gran llanura de que queda hecha mencion atras: estas alturas tienen comunicacion con el Apenino; en las cercanías de Bolonia y en las de Florencia están bastante pobladas de casas sueltas, con iglesias parroquiales á trechos; pero en medio de estos dos extremos es el país bastante despoblado, inculto y áspero: el camino de una á otra ciudad es excelente. A las cuatro postas de Bolonia se entra en la Toscana, y se empieza á notar el ceceo de los florentinos, fastidioso en los hombres, gracioso en las mujeres, particularmente si son bonitas, por el privilegio especial que goza este sexo de convertir en gracia los defectos mismos. Mi compañero se pone malo; gran calor; los postillones, canallas, pedigüeños, insolentes á no poder más: llegamos á media noche á Florencia.

7. Luégo que entré en esta ciudad, me sorprendió la magnificencia del empedrado de sus calles, hecho de grandes piedras, de una tercia de grueso, cortadas en ángulos desiguales, muy bien unidas unas con otras, é igualadas por la superficie exterior con el cincel, de suerte que el piso de las calles de Florencia es tan suave como el de la galería de un

palacio. Toda la ciudad es muy llana, y en la parte ménos antigua hay calles bastante rectas y espaciosas; muchas casas grandes de piedra; robusta, sencilla arquitectura en su decoracion, tal vez pesada, pero de un género grandioso. Todos estos edificios son antiguos, y he visto muy pocos modernos de consideracion, lo que prueba, en mi dictámen, que Florencia no está hoy en el punto de su prosperidad, y que esta época ya pasó, muchos años há. La catedral, ó el *Duomo*, como aquí se llama, es cosa grande: en lo interior, exceptuando algunas estatuas, está muy desnuda de ornatos; ni en todo el cuerpo de la iglesia, hasta que se llega al crucero, hay altar ninguno: la cúpula es un octógono muy espacioso, alto y atrevido: en una de las paredes de esta iglesia hay un antiguo cuadro, donde está retratado el Dante. La parte exterior es mucho más agradable, por estar revestida enteramente de mármoles de diferentes colores, formando dibujos, muy parecidos á los embutidos y entalles que se hacen en madera. Al lado del *Duomo*, y enteramente separada de él, hay una hermosa torre, muy alta, cubierta igualmente de mármoles, que hacen bellísimo efecto á la vista. La iglesia de San Juan, llamada *il Battistero*, porque en ella se bautizan todas las criaturas que nacen en Florencia, es muy antigua, de forma octógona, con tres puertas de bronce, llenas de bajos relieves: dos de ellas son cosa de mucho mérito. La cúpula, por la parte interior, está adornada con figuras de mosaico: obra muy antigua, más apreciable por esta circunstancia que por el acierto en la ejecucion. Fuera de la ciudad hay un gran cimenterio, donde se entierran todos los muertos, que los conducen de noche. Delante de la puerta de San Gallo hay un arco de triunfo, erigido en honor del Emperador Francisco I: me pareció pesado en partes, y muy cargado de ornatos: éstos son de mármol blanco; lo restante de la obra es de piedra de color

de tabaco, y esta mezcla de colores quita seriedad á la fábrica, y la hace pajarera. En frente del arco hay un jardin público gracioso, no muy grande, pero suficiente para la concurrencia diaria. Las iglesias, en general, están adornadas con mucho lujo de mármoles y estucos, tal vez con poca economía: algunas de ellas no tienen la techumbre en bóveda, sino plana, con molduras, festones y arabescos de oro, que hacen bellísimo efecto. Hay en ellas muy buenas pinturas; pero creo que en esto es más rica Bolonia que Florencia: los templos de aquella ciudad están llenos de las mejores obras de la escuela boloñesa; y aunque en Florencia ha habido buenos pintores, no han sido en tanto número, y parece haber debido la celebridad de que goza en la historia de las artes, á los muchos y excelentes escultores que han florecido en ella. La abundancia de obras de escultura en esta ciudad es tan grande, que se cuentan hasta ciento y sesenta estatuas repartidas por las calles y plazas públicas, y en la que llaman plaza del Gran Duque pasarán de veinte las que hay, así á las puertas del palacio viejo como en un pórtico abierto que está inmediato: lo que me pareció mejor que todo fué el grupo de la Sabina, compuesto de tres figuras mayores que el natural, obra de Juan de Bolonia; una estatua de Perseo, con la cabeza de Medusa en la mano; y la estatua ecuestre, de bronce, de Cosme I. Hay tambien una gran fuente, con una estatua colosal de Neptuno, y al rededor del pilon ninfas y sátiros: me pareció pesada la estatua principal, como igualmente el carro que la sirve de basa. Los bustos que se ven á cada paso en las fachadas y puertas de las casas, y las demas obras de escultura en lo interior de ellas, así antiguas como modernas, y las que adornan las iglesias en altares, sepulcros, pórticos, etc., no tienen número. En la plaza de la Anunziata hay tambien otra gran figura ecuestre, de bronce, que re-

presenta al Gran Duque Ferdinando I, obra tambien del citado Juan de Bolonia; en la cincha del caballo tiene grabada esta inscripcion: *De metalli rapiti al fero Trace*. Pero donde parece que se han reunido las maravillas más preciosas de las artes, unidas al estudio de las antigüedades y la historia, es en la célebre galería inmediata al palacio viejo. La primera vez que entré en ella me sorprehendió la abundancia de piezas exquisitas que contiene: coleccion digna de un gran soberano, digna del estudio de los amantes de la antigüedad, del filósofo, del artífice, del poeta, y agradable al mismo tiempo áun á aquellos que sólo quieren entretener con la variedad los ojos, sin que la fantasía ni el corazon se encienda ó se conmueva á la presencia de tales objetos. Es muy apreciable la coleccion de bustos de los emperadores, no interrumpida hasta Galieno, y algunos de ellos repetidos. No siempre la fisonomía anuncia las inclinaciones del ánimo; pero la de Calígula, la de Caracalla, la de Oton, Vitelio y Mesalina son tan conformes con las pinturas que de ellos nos hace la historia, que sorprehende la semejanza. En el rostro de Calígula vi su torpe afeminacion, su embrutecimiento, su ánimo cruel; el de Caracalla no se puede mirar de cerca sin terror; el de Mesalina, no cabe duda, es el rostro de aquella ilustre prostituta, cuyo desenfreno pintó con tal vehemencia el satírico Juvenal. ¿Por qué los ropajes de nuestras estatuas modernas no se parecen á los de las antiguas? ¡Qué bellos pliegues y qué sencillez en toda su composicion! ¡Qué actitudes en los cuerpos tan naturales, sin dejar de ser expresivas! Entre las muchas estatuas que vi, me agradaron mucho una Vestal, una Leda, un Esculapio y un Augusto: las ropas de esta última están hechas con tal inteligencia, que desaparece la ficcion del arte, y todo es verdad cuanto los ojos miran en ella. Hay muchos cuadros de mérito en esta galería, colocados con buena distribucion.

Entre los que representan varones célebres, antiguos y modernos, vi á nuestro Gonzalo Fernandez de Córdoba, Antonio de Leiva, Hernan Cortés y algunos de nuestros reyes, si bien no en todos hallé gran mérito por lo que tocaba á la semejanza. Pero en esta galería no está lo más precioso, y el que se complace con las buenas piezas que contiene, siente despues una especie de arrepentimiento al ver la Vénus, el Apolino y las demas estatuas que la acompañan: éstas, y una gran porcion de pinturas de los mejores artífices, con todo lo perteneciente á monumentos griegos, romanos y etruscos, está repartido en veinte salas, que se comunican con la galería por várias puertas. En la coleccion de retratos de pintores célebres, vi á mis paisanos Ribera y Velazquez: hay dos Vénus del Ticiano, cosa digna de su pincel, particularmente la que está en la sala que llaman *la Tribuna*. Dicen que es el retrato de su dama: ¡oh, quién tuviera una dama como ella, aunque no tuviera una habilidad como él! Pero es error: su dama podria tener aquella cara, aquellas manos ó aquellos muslos; pero aquella forma total no ha existido jamas sino en la fantasía del pintor: la naturaleza le ofreció separados los objetos, como hace siempre; él supo formar de muchas partes hermosas un todo perfecto, y éste es el gran secreto de los buenos artífices; esto es lo que se llama invencion: de aquí resulta aquella belleza que, sin dejar de ser natural, jamas se encuentra tal en los objetos que la naturaleza nos ofrece; éste es el don concedido á las artes: por eso la música, la poesía, la pintura, son divinas; por eso se llaman hijas de Júpiter. En la iglesia de San Lorenzo se ve la capilla de los Médicis, destinada para sepultura de los soberanos de aquella familia: es de forma octógona, con una gran cúpula, rica en mármoles, bronces y mosaicos: hasta ahora sólo están concluidas las paredes, de la cornisa abajo; lo restante (que es toda

la media naranja) es de ladrillo. Hay seis urnas sepulcrales, las cuatro de ellas de granito de Egipto, cosa preciosísima por el tamaño, la dureza, el color y la brillantez: las seis urnas están ya ocupadas con los cuerpos de Cosme I, Francisco I, Fernando I, Cosme II, Fernando II y Cosme III; pero de estos seis sepulcros sólo hay dos concluidos enteramente: falta el altar, la puerta y toda la cúpula, como ya se ha dicho. He oido decir que seguirán la obra, y parece que ya no hay lugar para más sepulcros; los que hay están llenos, y los soberanos de la casa de Austria se interesarán muy poco, y harán bien, en que los Médicis, que ya no existen, tengan un entierro magnífico. Esta obra es ciertamente riquísima y grandiosa; pero me pareció que hacian malísimo efecto ciertos recuadros de mármoles de varios colores, colocados entre las pilastras: yo quisiera aquella obra más sencilla, y por consiguiente más séria y correspondiente á su objeto. En la citada iglesia de San Lorenzo está la famosa biblioteca de manuscritos, llamada Médico-Laurenciana: el número de volúmenes que contiene pasa de cuatro mil; los hay entre ellos muy curiosos y antiguos; la mayor porcion es la de Santos Padres y Expositores. El salon de la librería no tiene estantes: á un lado y otro hay dos filas de bancos, cuyos respaldos por la parte exterior están en forma de atriles, y allí están los libros, asegurados con cadenas y cubiertos con un paño ó cortina; de suerte que el que está sentado, por ejemplo, en el banco núm. 2 tiene delante de sí los libros que están en el atril que forma el respaldo del banco núm. 3: á la esquina de cada banco está pendiente una tablilla con el índice de las obras que se hallan en él, lo cual es muy cómodo para el público. Uno de los teatros de esta ciudad es el que llaman *de la Pergola*, moderno, grande, bastante parecido al de los Caños, con ciento y diez y ocho palcos en cuatro pisos, uno en medio,

bien adornado, para el Gran Duque, y otro pequeño sobre el proscenio, adonde va de incógnito, esto es, cuando no quiere tener visitas. Vi la ópera de *Ines de Castro*, cosa indigna en cuanto al poeta: buen aparato y decoraciones, buenos bailes: la sala sin luces; en el patio hombres y mujeres en bancos; rumor contínuo; el público hace repetir los pasajes que más le gustan; á la entrada de la sala hay mesas de billar, café, etc. El teatro *del Cocomero* es más pequeño: malísimos cómicos, malísimos cantores. Allí vi representar *Il Diavolo maritato à Parigi*, farsa la más disparatada y necia que pueda verse: tuvo mucho aplauso y gran concurso, y el patio y los aposentos reian á un mismo tiempo. Vi echar por fin de fiesta el primer acto de una ópera bufa, y de allí á dos dias el segundo: vi la comedia de *Federico II*, fielmente traducida del original, con todas sus misiones morales, con todas sus extravagancias y desaciertos, con todas aquellas pinturas de hambre calagurritana: se llenó el teatro, y tuvo mucha aceptacion. ¡Oh, si Comella supiese que sus obras se declaman ya en las escenas de la docta Ausonia, qué dulce consolacion no sentiria! En la iglesia de Santa Cruz, donde se ven los sepulcros de Miguel Ángel Buonarrota y de Galilei, se ha hecho otro, pocos años há, al condenado Machiavello. Empeñóse el Gran Duque Pedro Leopoldo en que habia sido un grande hombre, y que no era justo que su cuerpo estuviera olvidado en un rincon; mandóle hacer un gran sepulcro de mármol, con su retrato y una honorífica inscripcion.

El Arno atraviesa la ciudad, dejando una gran parte de ella al Sur y otra mayor al Norte: es un riachuelo, que en el verano apénas lleva agua, y cuando se hincha sobrepuja los espolones de una y otra orilla, inunda las calles y causa estragos terribles en todo el contorno. El jardin del Gran Duque, llamado de Boboli, contiene una porcion de estatuas

muy considerable: está situado en un terreno muy desigual, tanto, que en muchas de sus calles es necesario ir con gran cuidado para no escurrirse y rodar: es frondoso, monótono y triste. No hay alumbrado de noche en las calles.

CUADERNO TERCERO.

ROMA, NÁPOLES.

---

13. Salimos en posta á media noche: país quebrado, buen camino. Al dia siguiente pasé por Siena, ciudad donde, segun se dice, se habla con más pureza el toscano: no me detuve en ella, ni pude ver el anillo que el Niño Dios dió á Santa Catalina cuando se desposó con ella, reliquia preciosísima que se venera en la iglesia de Santo Domingo. Grandes pedazos de terreno incultos, ó desnudos de árboles; en donde hay cultivo, se ven moreras, viñas y olivos: en general es tierra de granos. Llegamos á las ocho de la noche á Poderina: posada miserable y puerca, mala cena, mala cama. Salimos el 15 á las seis de la mañana, subiendo y bajando grandes montes, donde se ve mucha aridez y poca poblacion. Ponte Centino es el primer lugar del Estado Pontificio, y el que se halla despues Aquapendente: todo el país muda de aspecto; muchos árboles, mucha amenidad y frescura, cascadas, valles frondosos, agradables vistas. Se halla despues el lugar de San Lorenzo Nuovo, poblacion fundada pocos años hace sobre una altura, desde donde se goza la hermosa vista del lago de Bolsena; bajando esta eminencia, se pasa por el antiguo pueblo de San Lorenzo, destruido y abandonado, y siguiendo la orilla del lago, pasé por Bolsena, que algunos quieren sea la antigua capital de los Volscos. Caminamos toda la noche.

16. Al amanecer nos hallamos á vista de Roma, que se descubre á gran distancia. El campo que se ve desde aquellas alturas está muy desnudo: pocos árboles, pocos pueblos; áun representa la imágen de la desolacion; su aridez anuncia demasiado que aquel ha sido muchas veces el teatro de la guerra, y que la gran Roma, señora del mundo, cayó de su antigua grandeza en manos de enemigos feroces. Buen camino, donde se ven algunos pedazos de la Vía Flaminia, sobre la cual está construido en partes. Atravesamos el Tibre por el Ponte Molo, que está en el mismo paraje donde estuvo el Puente Emilio, famoso por la batalla de Constantino contra Maxencio: entramos en Roma á las diez.

Estuvimos en ella muy pocos dias; y no habiendo tenido tiempo de ver y observar, sería fuera de propósito hablar de esto: convido á mi lector para mejor ocasion con mis apuntaciones romanas. Bastará decir que en todos mis viajes no hallé posadero más ladron que el célebre Sarmiento, español, el cual nos desolló vivos en los pocos dias que estuvimos de hospedaje en su casa.

25. Salimos despues de comer, y en todo el camino de Roma hasta Albano, que es en muchas partes la Vía Apia, hallamos á un lado y otro, ademas de dos grandes acueductos, muchos sepulcros, templos y edificios romanos destruidos; y á la entrada de Albano, desde donde se ve la dilatada campaña de Roma, una gran mole, semejante á una torre, que se dice ser el sepulcro de Clodio: las cercanías de Albano son muy amenas y frondosas; en todo lo restante se hallan grandes pedazos enteramente incultos. Llegamos á las ocho de la noche á Velletri. ¡Oh! ¡quién pudiera pintar la cara del posadero y las de sus criados, su tono grosero, áspero y desagradable, y más que todo, la avaricia sórdida que reinaba en aquella gruta de ladrones, donde fué me-

nester ajustar ochavo á ochavo el cuarto, la cama y la cena de aquella noche! diligencia absolutamente necesaria en estos países, so pena de que á uno le pidan al salir cuanto se les antoje, sin conciencia, y lo que es peor, sin apelacion. La cena fué correspondiente á la cara del hosterero.

26. Salimos á las tres de la mañana; y á corta distancia, siguiendo un hermoso camino alineado de árboles, que va entre dos canales, nos hallamos en medio de las Lagunas Pontinas, donde, á pesar de lo mucho que se ha trabajado, logrando hacer capaces de cultivo muchos terrenos, queda tanto por disecar, que, en opinion de algunos, parece empresa imposible querer concluirlo. Las aguas cenagosas cubren grandes pedazos; en verano infestan todo aquel contorno los vapores que exhalan, y áun cuando yo pasé á fines de Octubre, olian mucho: la niebla cubria los campos, y en invierno será un páramo horrible. Las tierras que se han podido usurpar á aquellos pantanos son fertilísimas; pero si se hubiese de hacer un templo á la diosa Calentura ó á la Amarillez, allí deberian hacérsele; y como Apolo se complacia con su patria Délos, y Vénus con Chipre, la Fiebre y la Hedema preferirian á cualquiera otro país las Lagunas Pontinas, como la más digna habitacion suya. Esta peste acaba ántes de llegar á Terracina, poblacion situada á la orilla del mar, donde vi muchas casas nuevas, que anunciaban riqueza y prosperidad. De allí á dos leguas se pasa por Fondi, perteneciente ya al Rey de Nápoles, cuya principal calle es un resto de la Vía Apia; sigue un buen camino, con montes desnudos á una y otra parte. Cerca de la poblacion llamada *Mola di Gaeta* se ve un gran sepulcro, muy destruido, que se cree ser de Ciceron, construido en el mismo paraje en que le mataron. Siguiendo adelante, se goza desde el camino la vista del mar, y á lo léjos se ven los montes cercanos á Nápoles y la isla de Ischia: á las orillas

del Garillano, en una llanura, hay muchos restos romanos, un largo acueducto, un anfiteatro destruido, templos y sepulcros; se pasa en barca dicho rio, estrecho y profundo por aquella parte; se hallan muy buenos lugares, bien situados entre colinas y vegas abundantes en frutos, muchos árboles, parras y olivos. No obstante haber caminado sin cesar todo el dia, no pudimos llegar á Cápua ántes que cerrasen las puertas, y hubimos de quedarnos en una posada de la posta llamada Francolisi, posada de arrieros, desaliñada y pobre; pero al fin ni el huésped ni sus ministros eran tan feos ni tan desvergonzados como los de Velletri, de dolorosa recordacion.

27. Salimos á las cinco, y pasando por un puente el pequeño rio Vulturno, atravesamos á Cápua, plaza fuerte, situada á corta distancia de las ruinas de la que tanto distrajo al terrible Aníbal: en sus plazas y calles vi pedazos de estatuas é inscripciones antiguas. Desde esta ciudad á la de Nápoles se ven muy hermosos campos, sembrados de mieses y plantados de árboles, á los cuales enlazan parras: camino magnífico, con doble arboleda á un lado y otro: las muchas casas que se ven por todas partes anuncian desde luégo la inmediacion de una gran capital. Llegamos á las nueve.

Se cuentan en esta ciudad más de cuatrocientos mil habitantes. Las calles en general son estrechas, las casas muy altas, con cuatro ó cinco pisos, todas con terrado y balcones, las plazas de forma irregular, pocos edificios considerables por su decoracion; toda la parte de la ciudad del lado del Poniente, edificada á las faldas de una montaña, está en cuesta, y tan rápida, que es necesario gran cuidado para no escurrirse y rodar, particularmente cuando la lluvia moja la lava del Vesubio, dura y lisa, de que están empedradas las calles. En general están muy puercas, y os-

curas de noche por falta de alumbrado público, y las más principales embarazadas con puestos de vendedores de pan, frutas, carnes, chamarileros, verduleros, etc., y los que sacan fuera de las tiendas porcion de sus mercancías para exponerlas más á la vista pública. Los maestros de coches, carpinteros, sastres, zapateros, caldereros y otros oficios trabajan en las calles como en su casa propia, de donde resulta (ademas del ruido insufrible que producen, y la basura y despojos con que empuercan el piso) que impiden el paso áun en las más anchas y concurridas, como se ve particularmente en la de Toledo, que es la principal de la ciudad. Ni en Lóndres ni en París he visto más gente por las calles que en Nápoles, y en ninguna tanto ruido y estrépito: los gritos de los que venden comestibles, los de los cocheros, los que dan los muchachos en particular, y la gente del pueblo, que habla en voces desentonadas, y el rumor confuso de las tiendas y talleres de los menestrales, mezclado al son de las campanas y coches, es la más intolerable gregue-ría que puede oirse. El pueblo, que, como he dicho, es numerosísimo, es tambien puerco, desnudo, asqueroso á no poder más; la ínfima clase de Nápoles es la más independiente, la más atrevida, la más holgazana, la más sucia é indecente que he visto: descalzos de pié y pierna, con unos malos calzones desgarrados y una camisa mugrienta, llena de agujeros, corren la ciudad, se amontonan á coger el sol, aúllan por las calles, y sin ocuparse en nada, pasan el dia vagando sin destino, hasta que la noche los hace recoger en sus zahurdas infelices. Gentes que no conocen obligaciones ni lujo en nada, con poco se mantienen; y es de creer que en una ciudad tan grande no falta de los desperdicios de los poderosos, ó de la sopa de tantos conventos, una cazuela de bodrio con que pueda cada uno de ellos satisfacer las necesidades de su estómago, que son las únicas que conoce;

y además, malo será que no pueda adquirir dos ó tres cuartos, que es lo que basta para hartarse de castañas, peras, queso, polenta, macarrones, callos ó pescado frito en los innumerables puestos de comestibles que se hallan en cualquiera parte de la ciudad, destinados á mantener *lazzaroni*. Este es el nombre que dan á estas gentes: su número es tan crecido, que muchos le han fijado en cuarenta mil; y aunque esto no sea, basta para inferir que es crecidísimo y temible. La clase de los mendigos, aunque inferior á ésta, es en exceso numerosa. No hay idea de la hediondez, la deformidad y el asco de sus figuras: unos se presentan casi desnudos, tendidos boca abajo en el suelo, temblando y aullando en son doloroso, como si fuesen á espirar; otros andan por las calles presentando al público sus barrigas hinchadas y negras hasta el empeine mismo; otros, estropeados de miembros, de color lívido, disformes ó acancerados los rostros, embisten á cualquiera en todas partes; le esperan al salir de las tiendas ó botillerías, donde suponen que ha cambiado dinero; le siguen al trote, sin que le valga la ligereza de sus piés; y si se mete en la iglesia para sacudirse de tres ó cuatro alanos que suele llevar á la oreja, entran con él, se hallan con otros tantos de refresco, le embisten juntos al pié de los altares, y allí es más agudo el lloro y más importuna la súplica. Cuando se ve tanta mendiguez, y al mismo tiempo se considera que apénas habrá córte alguna en Europa que tenga más establecimientos de caridad, más hospitales y hospicios que Nápoles, no es posible ménos sino que se diga que el sistema de administracion es el más absurdo en esta parte, y que el orígen de tal abandono existe en la ignorancia ó el descuido de los que mandan, sin que la multitud de fundaciones de esta especie sea el medio oportuno de corregirle. El hospicio de Nápoles es el edificio más grande de la ciudad, y en una inscripcion que tiene á la puerta se dice

que está destinado para todos los pobres del Reino : y ¿qué son los que inundan las calles? Pobres ó pícaros : si son pobres, y no pueden trabajar por su edad ó sus dolencias, ¿de qué sirve el hospicio, que no los recoge? Si son ociosos vagabundos, ¿qué hace el Gobierno, que no los emplea y les hace trabajar? Si son pícaros, viciosos, incorregibles, ¿por qué no los envía á remar en sus galeras? Fácil es de inferir que en una córte llena de vagabundos, los robos, las violencias y asesinatos serán frecuentes. Nápoles ha sido siempre famosa por las raterías y navajazos; y aunque últimamente la policía ha ejercido no poco rigor contra los malhechores de esta especie, y ha contenido en parte estos excesos, la causa existe todavía, y por consiguiente sus efectos, aunque no con tanta frecuencia. En una ciudad como Nápoles no hay alumbrado público : los faroles de algunos particulares, colocados sin órden y donde ménos se necesitan, son insuficientes, y quedan calles y barrios enteros en la más horrible oscuridad. En el invierno, á las diez de la noche, acabados ya los espectáculos, reina en toda la ciudad un silencio profundo, todas las puertas están cerradas, no parece gente por la calle, y nadie puede salir sin llevar consigo un criado con una luz, y áun con todo eso va muy expuesto. El que se atreva á ir solo, rodeado de tinieblas á tales horas, por calles largas, estrechas, torcidas, solitarias, donde todo es peligro y horror, va muy expuesto á pagar con la vida su temeridad.

Las clases más ilustres y distinguidas no ofrecen ménos motivo de disgusto al que de cerca las observe. La nobleza, infatuada, como en todas partes, con sus escudos de armas y sus arrugados pergaminos, es tan soberbia, tan necia, tan mal educada, tan viciosa, que á los ojos de un filósofo, de un hombre de bien, es precisamente la porcion más despreciable del Estado. El lujo ha llegado al exceso en ella; la

ignorancia, la frivolidad, la insensatez parecen ser su especial patrimonio; el juego, la intemperancia, la disolucion son vicios comunes, que ya no se admiran ni escandalizan; ó por mejor decir, estos vicios parecen costumbres. ¡Qué poco honor se ve en los nobles! ¡con qué facilidad faltan á su palabra! ¡con qué desvergüenza se prestan á las acciones más indecorosas! ¡qué poco les importa atropellar el decoro y la justicia por el interes! Pero entre todos los vicios, el del juego es el dominante en esta córte; las casas de los más ilustres personajes de ella son grutas de ladrones, donde se despoja al infeliz que no los conoce, ó que imagina que en el juego sólo debe temer la mala suerte, y no la perfidia, el artificio ni las trampas infames de los tahures. Así es que el extranjero que cae en sus redes se halla desnudo sin saber cómo, maldice su mala fortuna, y al dia siguiente de haber perdido entre sus Señorías y sus Excelencias cuanto dinero trajo, ni sus Excelencias ni sus Señorías le conocen: luego que le desuellan, le desprecian y le olvidan. Pero no basta no querer jugar; es menester renunciar absolutamente á la asistencia de tales casas. Luégo que la gente se reune, se ponen las mesas, se sacan los naipes, todos acuden á la señal, todos juegan; y ¿qué hará el hombre más juicioso, sino jugar tambien? ¿Se quedará solo á mirar aquel espectáculo? ¿Se hará ridículo á los ojos de todos? ¿Dirá que no sabe jugar? La Banca y el Faraon no necesitan estudio. No tiene dinero: ¿qué importa? se le presta cuanto dinero quiere; juega y pierde; y si se obstina en no jugar, pierde su opinion, y al otro dia se le cierra la puerta.

Si en Nápoles no hay justicia, no es por falta de tribunales y jueces. Basta presentar la lista de los juzgados, tribunales y juntas existentes en Nápoles, prescindiendo de los demas del Reino, para conocer cuán grande debe ser el desórden y confusion que produzcan tantas jurisdicciones en-

contradas, cuán fácil será á los malvados confundir la verdad, atropellar la inocencia y eludir el azote de las leyes, y qué difícil á la virtud sencilla penetrar este cáos legal, sin que los artificios, las dilaciones, los obstáculos que deben producir la multitud y complicacion de autoridades, la desanimen y la opriman. Debe advertirse que en esta lista no se incluyen todos los tribunales de Nápoles que ejercen jurisdiccion: seria obra demasiado molesta hacer mencion de todos ellos.

Consejo de Estado. Se compone del Rey y de sus ministros.

Supremo Consejo de Hacienda.

Tribunal de la Real Cámara de la Sumaria.

Tribunal misto, que decide las competencias entre los tribunales eclesiásticos y seculares.

Tribunal de la Familia Real, con jurisdiccion civil y criminal sobre todos los dependientes de palacio.

Audiencia general de Guerra y Casa Real.

Superintendencia general de la Real Hacienda y Aduanas del Reino.

Superintendencia del fondo de la separacion de productos de los Reales castillos, presidios, etc.

Tribunal del Almirantazgo.

Audiencia general de los Ejércitos.

Junta de Guerra.

Junta de la Lotería.

Tribunal de Moneda, Pesos y Medidas.

Diputacion de Espectáculos, teatros, etc.

Tribunal de la Salud.

Consulado del Arte de la Lana.

Consulado del Arte de la Seda.

Real Protomedicato.

Tribunal de fortificaciones, agua, empedrado, etc.

Superintendencia de la Cruzada.

Tribunal contra el del Santo Oficio, establecido, en 1746, para *invigilare contro chi intraprenda cosa che senta d'Inquisizione.*

Tribunal de la vista y revista de Cuentas de la ciudad.

Real Cámara de Santa Clara.

Sacro Real Consejo de Santa Clara.

Gran Consejo de la Vicaría.

Juzgado del Capellan mayor.

Curia arzobispal, etc.

El número de abogados y procuradores establecidos en la ciudad pasa de seis mil, segun los cálculos más moderados de que he tenido noticia; y si á éstos se añaden los agentes, escribientes y otros dependientes del foro, no parecerá exagerado el número de once mil, á que algunos quieren que ascienda. Los abogados, llamados *pagliette,* porque antiguamente usaban un sombrero de paja aforrado en tafetan, son (si la voz pública es bastante documento para un extranjero) la canalla más ignorante, más enredadora, más hambrienta, pérfida y vil que puede hallarse: por todas partes los he visto denigrados; todos se quejan de su excesivo número, de sus artificios y sus embrollos. Y ¿qué han de hacer, cuando son tantos, sino embrollar, alargar los pleitos, confundir la verdad y vender la justicia para existir? Aunque en Nápoles no hubiese otra calamidad que este pestífero enjambre de golillas, bastaria él solo á producir daños sin número. Pero, por más que la opinion pública los abomina, por más que el Gobierno mismo esté persuadido de la insuficiencia y las picardías de tales gentes, ellos son los que ocupan los mejores empleos; ni el Ministerio ha pensado hasta ahora en sacar de otras clases los sujetos que necesita, para poner en ellos su confianza. Los palletas siguen obteteniendo las plazas más lucrativas; y esto añadido á las ga-

nancias que les proporciona la confusion de las leyes, la multitud y complicacion absurda de tribunales y jurisdicciones, por cuyo medio los pleitos se eternizan, y ellos en tanto despojan á sus clientes infelices, aumenta su número, en vez de amenorarle. Y por otra parte, ¿á qué han de aplicarse? El número de los eclesiásticos no es ménos monstruoso, pues sólo en la ciudad de Nápoles se contaban, entre curas y frailes, en el año de 92, seis mil seiscientos y treinta, y en todo el Reino, sin contar la Sicilia, pasaban de sesenta y cuatro mil. El comercio, meramente pasivo, se reduce á los frutos del país; y exceptuando la navegacion de las costas, toda la exportacion de sus frutos se hace con bastimentos extranjeros; y áun este comercio, tan reducido é insuficiente, está oprimido hasta el exceso con trabas, reglamentos, privilegios absurdos, y cuanto es capaz de destruirle enteramente, léjos de fomentarle. La carrera militar no ofrece tampoco un grande aliciente, por el estado de disolucion y ruina en que hoy se halla el ejército del Reino: sus costas están abiertas al primer invasor; sus castillos y fortalezas desmanteladas; y la nacion, dormida en indecorosa paz, ni ejercita el valor de sus hijos, ni les da ocasiones de aspirar á la gloria ó al interes, premio del mérito. La marina está, por consiguiente, en decadencia y abandono; la mercantil reducida á setecientos buques de transporte, que pocas veces se alejan de las costas, como ya se ha dicho; y la Real apénas llegará á dos docenas de buques de guerra, aunque se cuenten todos los navíos que hay en el puerto, viejos, desarmados y acaso inútiles para salir al mar. Pues ¿cómo ha de amenorarse el número de los leguleyos famélicos donde faltan otras proporciones? Si el clero y las religiones abundan en gente; si la agricultura carece de estímulos y libertades que la vivifiquen; si las artes mercantiles, imperfectas y rudas, bastan apénas para el consumo inte-

rior; si el comercio, la marina y el ejército no ofrecen recurso, ¿qué hay que hacer, sino aplicarse al foro, y si la multitud de los concurrentes obliga á ello, mentir, embolsar y estafar para comer? Los abogados van vestidos de abates, con su cuello y valona negra ribeteada de blanco, y su peluquilla redonda; los jueces usan el mismo traje que nuestros togados. Las mujeres, exceptuando la ínfima clase, van con basquiña y mantilla negra de seda, atándose la mantilla á la cintura; en el manejo de ella no observé tanta gracia y coquetería, que pudiese compararlas con mis paisanas españolas. En los lugares cercanos á Nápoles eché de ver un lujo excesivo, que se manifiesta particularmente por la Pascua de Navidad: las mujeres, muy feas en general, de tostada piel, regordetas y ordinarias, van cubiertas de galones de oro, con lo que adornan sus jubones de terciopelo y sus zagalejos y devantales de seda; llevan por lo comun una cofia muy pequeña, en que recogen el pelo, bordada de oro, con grandes arracadas y collares de coral, aljófar ó perlas; los hombres van igualmente galoneados, y en los sombreros, las chupas y chalecos con que se engalanan en tales ocasiones, no se ve ménos profusion que en las mujeres. Ellas y ellos dejan sus lugares y haciendas, y en los dias más solemnes del año se van á divertir á Nápoles, corriendo por los hermosos caminos que conducen á la córte, en disparados calesines, de los cuales hay una innumerable multitud. Los curas usan un traje casi igual al de los clérigos de España: sotana abotonada de alto abajo, manteo, sombrero de canal, y el pelo cortado, sin rizos ni polvos.

El número de frailes en la ciudad de Nápoles era, en el año de 92, de cuatro mil ciento cincuenta, y el de monjas de cuatro mil novecientos cuarenta y siete. Hay en ella treinta y cuatro parroquias, ciento veinticinco iglesias be-

neficiales y doscientos conventos, inclusos los de ambos sexos, sin que entren en este número los conservatorios ó colegios de mujeres, de los cuales muchos pueden considerarse como otros tantos conventos. Innumerables monumentos de piedad y de religion, funciones de iglesia, procesiones, jubileos, novenas, cofradías de penitencia; predicacion, ya en lo interior de los templos, ya en las plazas y esquinas; culto y reverencia á las imágenes desde las aras más suntuosas hasta las tiendas oscuras de los que venden queso: todo anuncia un pueblo cristiano y devoto. Sus iglesias están llenas de imágenes milagrosas: la multitud de ofrendas de plata, que penden al rededor de sus capillas, manifiestan cuántas veces la humanidad doliente y afligida ha sido aliviada á fuerza de portentos. No hay para qué hacer mencion de la multitud de cuerpos de santos que enriquecen sus templos, vírgenes, mártires, confesores, viudas, pontífices: molesta ocupacion sería referirlos todos.

Entre los conventos de monjas hay algunos en que sólo se reciben señoras de las más ilustres familias del Reino: tales son, por ejemplo, los de Donna Regina, Donna Romita y Santa Chiara.

El orgullo y ridícula fatuidad de los grandes ha establecido ya por uso inveterado y constante que las hijas de tal y tal familia deben llevar tal dote: basta preguntar cuál es el apellido de la novia para saber qué dote lleva. Si el padre no puede darla toda la cantidad que corresponde á su casa, no hay novio para su hija, aunque fuese un prodigio de hermosura y de virtud, por la poderosa razon de que suponiendo que el novio ha de ser igual á ella en lo rancio y colorado de la sangre, si la admitiese con rebaja en el dote padeceria su reputacion, pues creerian que siendo ménos ilustre su apellido que el de su esposa, habia prescindido de los intereses por adquirir con tal enlace la nobleza que le

faltaba. Y áun cuando las partes contrayentes se convinieran, ¿cómo lo sufriria la parentela de entrambos! ¡Dar mi sobrina á un hombre que la toma sin contar el dote! Alguna maula hay en su árbol genealógico; cuando tan á ciegas la recibe, algun abuelo suyo hizo zapatos. ¡Casarse mi primo con esa mujer, y no recibir entero el dote! Pues ¿qué! mi primo ¿vale ménos que ella! pues ¿qué! ¿no somos iguales? No, señor; el dote de estilo, y si no, no hay boda. ¡Bueno fuera que porque el padre de la muchacha es un perdido, quedase afrentada para siempre nuestra familia!

El noble que ó por mala administracion de sus intereses, ó por lo crecido de su familia, no está en estado de dar á cada una de sus hijas la dotacion correspondiente, las envia á servir á Dios: todo se consagra al ídolo del mayorazgo, al señorito zonzo encargado de multiplicar la generosa estirpe.

Hay ochenta religiosas en Donna Romita, trescientas cincuenta en Santa Clara.

Entre las cosas que me parecieron raras en Nápoles, una fué la multitud de monjas que se ven por las calles: éstas ya se supone que no son de aquellos ilustrísimos conventos de que acabo de hablar. Otra, el enjambre de santeros y ermitaños que andan por todas partes pidiendo limosna con su tablilla, sus barbas largas y erizadas, traje pintoresco, lleno de jirones y arambeles, sandalias, correa en la cintura, rosario y Cristo. Otra, las cofradías de penitencia, que llevan á enterrar de noche sus hermanos difuntos: todos van vestidos de blanco y cubierto el rostro, ni más ni ménos que nuestros antiguos disciplinantes, con luces en la mano, en dos hileras y precediendo al ataud, cubierto, adornado con molduras doradas, y paño rico, bordado de oro igualmente. No cantan ni rezan, y este silencio mismo añade horror al espectáculo. Cuando van á juntarse ó para

asistir á entierro ó á cualquiera otra funcion de comunidad, van en coches alquilones; y el ver en cada coche cuatro fantasmas de aquella catadura, es cosa por cierto rara y tremenda.

La mala fe que reina generalmente en los contratos es tal, que para comprar en Nápoles cualquiera cosa, necesita un forastero dar la comision á uno del país que lo entienda, so pena de perder la paciencia y ser engañado irremisiblemente. No basta ofrecer la mitad ni la tercera ni la cuarta parte de lo que pide el vendedor, porque frecuentemente sucede dar por cinco aquello por que pidieron cuarenta, y esto despues de apurar todos los artificios y maulas judaicas, despues de haber protestado mil veces, en las rebajas sucesivas que van haciendo, que aquel es el último precio, que nadie lo dará más barato, que las circunstancias le obligan á despacharlo por ménos de su valor; en suma, no hay perfidia ni mentira que no pongan en uso. Lo dan, en fin, por la quinta ó sexta parte de lo que al principio pidieron; y averiguado el caso, queda engañado el comprador en la calidad y en el precio. Cualquier ajuste que se hace es un orígen de molestia y desazon: no basta cumplir exactamente cuanto se prometió; es menester sufrir despues un aullido importuno del pegajoso napolitano, que llora pidiendo más; se le da más, y dice que es poco; se le da más, y dice que es poco todavía; nunca se va contento. En Nápoles llaman *industria* al adquirir dinero por medio de fraudes y mentiras, *buscare* al estafar, *assasinare* al robar: *son assasinato* quiere decir «me han quitado un carlin», y al dinero le llaman *il mio sangue*.

Así como el pueblo romano necesitaba *panem et circenses*, se dice que el de Nápoles necesita *farina*, *furca e festini*. Algunas veces se ha padecido escasez en Nápoles, y no ha dejado de atribuirse á falta de prevision del Gobierno;

pero fuera de estas pocas excepciones, es necesario confesar que la ciudad de Nápoles es acaso la más abundante en comestibles que haya en Europa, ya se atribuya á la prodigiosa fertilidad de sus contornos, ó al constante celo de sus magistrados en esta parte; lo cierto es que admira la abundancia de mantenimientos que se ve por sus plazas y calles. Pan, carnes, embutidos, pescados, legumbres, frutos, verduras, quesos, pastas, dulces, bebidas, vino, licores; desde lo más necesario á la conservacion de la vida hasta lo más exquisito que han inventado las artes para halagar la gula, todo se presenta á la vista pública; y el vulgo está contento cuando, aunque no coma, sabe que tiene que comer. Dicen que ademas de harina, necesita horca; yo diria que necesita buen gobierno, educacion y ocupacion. Si hay delitos en esta clase de gentes, atribúyase al abandono en que están, ó por mejor decir, agradézcaseles que no sean más delincuentes. Ciudadanos infelices, nacidos á la miseria y al abatimiento, hambrientos, desnudos, envilecidos, para quienes ni el honor, ni los placeres, ni las riquezas, ni la autoridad existen (pues se reputan como propiedad de otras clases más afortunadas); sin educacion en su niñez, sin ilustracion en sus errores, sin proporciones para el trabajo honesto, y por consiguiente sin medios para la virtud; sin esperanzas de mejor fortuna, y por consiguiente sin estímulos para las acciones útiles á la sociedad; condenados á vivir envilecidos; ignorantes y pobres, capaces de pasiones como todos los demas, ¡se admiran de que cometan delitos! Y para evitar este mal ¿no hay otro medio que la horca! No: si la ocupasen los que la merecen, no sería el vulgo el que contribuyese más víctimas al suplicio. Sin duda estas consideraciones han hecho indulgentes á los tribunales; y miéntras el orígen del mal no se remedia como debe, procuran moderar el rigor de las leyes, castigan la

culpa con las cadenas, y aplican pocas veces la pena capital. El pueblo de una gran córte necesita fiestas; y tanto más las necesita, cuanto más oprimido esté: así se le distrae de la consideracion de sus miserias, y tal vez interrumpe el llanto por admirar la pompa de los espectáculos, que le ocupan á un tiempo los ojos y los oidos. Los teatros de Nápoles no son para el ínfimo vulgo, no tanto porque el precio de ellos sea excesivo, cuanto porque esta clase infeliz apénas tiene para comer. La religion suple á este inconveniente: en pocas partes se celebran con tal frecuencia ni aparato las funciones eclesiásticas, como en Nápoles. Se adornan los templos y las calles con pabellones y colgaduras; resplandecen los altares con multitud de luces, que forman varios dibujos de estrellas, arcos y pirámides al rededor de las imágenes; y entre los adornos preciosos de plata y oro y mármoles exquisitos, el canto, la música, las vestiduras, las ceremonias, las flores, los inciensos, los fuegos artificiales, el aparato militar que acompaña al triunfo, todo añade magnificencia, decoro, novedad y hermosura al espectáculo. La religion, uniendo el placer al culto, suspende, distrae, alegra al numeroso pueblo espectador, cuyos sentidos deleita y arrebata con la multitud de objetos agradables que le presenta. No cabe dificultad: las funciones de iglesia y las procesiones, que tan á menudo se celebran en Nápoles con el más brillante aparato, consideradas políticamente, contribuyen mucho á la tranquilidad del pueblo.

He notado ya, lector amantísimo, que no me da el naipe para esto de transiciones; y en prueba de ello, hé aquí que despues de haber hablado de tan profundas materias, voy ahora á tratar de p.... y alcahuetes.

¿Quién podrá fijar el número de p.... que hay en Nápoles! Como este ejercicio carece de exámen, como no está

erigido en gremio, como no sufre ni veedores ni demarcaciones, ¿quién podrá averiguar de cuántos individuos se compone, aunque visite desde los dorados palacios de los príncipes á los ahumados rincones de la abatida plebe! En ambos extremos se hallan hermosuras fáciles: el precio es diferente, el contrato es el mismo, los medianeros no. Un abogadillo enredador, un guardia de corps tramposo y perdido, un marquesito hambriento, un abate modesto y sutil, conducen hasta el fin las empresas más difíciles en este género; y el que padezca ilustres manías en amor, y guste de blasones y escudos y cuarteles rojos y campos de gules, será feliz, contribuyendo por medios discretos con oro, con telas ó brillantes. El teatro es el aparador de Vénus: un buen anteojo, un amigo que informe de la habitacion, y un criado que sepa llevar un papel, es todo cuanto en este caso se necesita. Las ventaneras forman la clase más numerosa: las cercanías de Palacio, la calle de Toledo y sus alrededores, como tambien las del Serraglio, Ponteoscuro y arrabal de Cápua en la extremidad opuesta de la ciudad, abundan en este género mercantil. Hay mucha prostitucion; pero no llega á la de París ni Lóndres.

Estas mujeres no son tan callejeras como en Madrid las de su oficio, por la razon de que éstas viven más seguras en su casa; ni aquí escandaliza verlas todo el dia de muestra á la ventana, desde donde con una seña expresiva convidan á los aficionados que fijan la vista en ellas. Viven en lo más público de la ciudad, y esto las ahorra de salir á pasear por las calles su mercancía. El desaliño de sus cuartos, la discordancia de sus trajes y prendidos, su conducta loca, su destemplanza, su abatimiento, sus trampas y embustes; la socaliña, la vileza, las arrugas y la devocion de sus tias y madres, todo es como en España. El precio á que venden sus favores es muy moderado; y como el arte de hacerlos

valer necesita mucho talento y no poca instruccion, continuamente se quejan de la inconstancia de sus amantes. Entre todas ellas sólo vi miseria y abandono: presentan el vicio en toda su deformidad; é incapaces de inspirar pasiones vehementes, lo son tambien de adquirir aquellas riquezas escandalosas que acumulan en otras córtes algunas de su ejercicio. El poder de la hermosura, las gracias y la juventud es harto débil si el talento y la educacion no las acompañan.

En Nápoles es el mal venéreo más comun, y más funesto acaso, que en cualquiera otra parte de Europa. Paisanos mios, mancebitos barbiponientes, que por huir la estrechez de un colegio ó la sujecion doméstica, con pocos años, mucha locura y ninguna instruccion, venís presurosos á gozar las delicias de la seductora Parténope, ya que no tengais ni prudencia ni virtud, tened miedo á lo ménos; y si no sois continentes, sed cobardes.

¡Qué infames, qué puercos, qué despreciables, qué embusteros y malvados son los alcahuetes! ¡Cómo corren toda la ciudad de un lado al otro! ¡cómo se introducen en los cafés, en las tiendas, en las casas de juego! ¡cómo se insinúan con los forasteros! ¡cómo los espían y salen al encuentro al acabarse los espectáculos, ofreciéndoles sus servicios, proponiéndoles hermosuras venales de todos géneros, de todas edades, de todos precios! Ellos son los azuzadores del vicio, los que propagan la corrupcion de las costumbres, los que facilitan la infidelidad del tálamo, los depositarios de tanta debilidad humana, de tanto resbalon femenil; protegidos de las ilustres damas que procuran un desahogo á su temperamento, mal satisfechas de un esposo anciano, ó distraido en otra parte, ó debilitado por los desórdenes; de las modestas viudas, que necesitan en la austeridad de su retiro un suplemento de aquella felicidad que

interrumpió la muerte; de las doncellas tímidas, que se rezuman de apetito, y no pueden sufrir en paz las dilaciones de un padre descuidado. Alcahuetes hay para todas: no hay necesidad que ellos no socorran, ni estorbo que no faciliten. Las p.... se sirven de ellos como los comerciantes de los corredores: los miman, los regalan; y ellos por su parte, no sólo las procuran parroquianos, sino que las dispensan todo favor y proteccion. Si se ofrece buscar dinero para salir de un apuro, pagar al casero, acallar á los alguaciles, alhajar el cuarto, vestir á las recien venidas, regalar al cirujano, facilitar una fuga, ocultar un preñado, costear un casamiento, ellos lo hacen todo. No hay rincon en la ciudad que ellos no visiten, ni mujer que no conozcan, ni concurso público á que no asistan, ni feria en donde no se hallen. ¡Qué diligentes, qué callados, qué intrépidos, qué serviciales con todo el mundo! ¡Oh Nápoles! ¿cuál córte de Europa competirá contigo en punto de alcahuetes! ¿Cuál de ellas te excederá ni en el número ni en la excelencia de ellos! Bastaria sólo el *Signor Luigi* para asegurarte esta preeminencia. ¡Qué hombre! Alto, desvaido, encorvado con el peso de la edad y de los afanes graves de su ministerio, de venerable calva, de aspecto halagüeño y señoril, limpio, cortés, humilde, fiel, devotísimo de S. Genaro y honrado á no poder más: prendas que, unidas á la inteligencia de su arte, le hacian amable á cuantos tenian la fortuna de conocerle. Si mis elogios no fuesen atribuidos á la expresion del agradecimiento, más que á la de una admiracion desinteresada y justa, no acabaria aquí su panegírico, y emplearia mi débil talento en recomendar á la posteridad remota el mérito de tan esclarecido varon.

Los dos Sitios Reales cercanos á Nápoles y más concurridos del Rey son Caserta y Pórtici. Caserta es ciudad pequeña, situada á unas cuatro leguas al norte de Nápoles, en una

llanura fertilísima, en que otro tiempo estuvo la célebre Cápua: tiene á la parte del Norte los montes de Tifata, desnudos y áridos, que en verano, heridos del sol, necesariamente producirán sobre la ciudad, que está á sus faldas, un reverbero y calor infernal: al Mediodía se ve el mar, la isla de Caprea y el Vesubio. El palacio, comenzado en 1752 bajo la direccion del célebre arquitecto Vanvitelli, es regular, grandioso, y digno acaso de otro monarca más poderoso que el de Nápoles: las paredes son de ladrillo, la decoracion de piedra, de un órden compuesto: todo él forma un gran cuadrilongo, y en las dos fachadas principales tiene tres puertas, que abren la comunicacion de una á otra parte: tiene cuatro patios, por medio de los cuales atraviesa el pórtico de la entrada principal. La escalera es magnífica, adornada de mármoles y pinturas; lo interior de los cuartos (esto es, la parte que está habitada, pues áun falta mucho por concluir y adornar) está mueblado con buen gusto, pero no con particular grandeza. Hay muchos cuadros repartidos por las habitaciones de la familia Real, pero ninguno de gran composicion: la mayor parte de ellos son marinas y países. Hay uno muy grande, obra de Angélica Kauffman, en que representó del tamaño natural al Rey, á la Reina y á todos sus hijos. Puede verse en el *Viaje de Italia* de Lalande la variedad de exquisitos mármoles que se han empleado en este edificio. Los jardines tienen grande extension; pero me parecieron muy mal: paredes de olmo, árboles pequeños todavía, calles tiradas á cordel, sin variedad, sin alegría; todo monótono, todo hecho con la tijera y el compas: la falta de fuentes, de estatuas y otros adornos añaden soledad y silencio al sitio. La cascada, que está enfrente del palacio, es cosa magnífica: podrá tener una milla de longitud; ancha, abundante en aguas, en cuya superficie nadan hermosos cisnes, y en su centro peces de gran tamaño. Las

aguas bajan desde lo alto de la montaña, rompiéndose entre peñascos artificiales, muy mal ejecutados, cuya masa total hace un efecto confuso, pesado y ridículo. ¡Qué diferencia entre las cascadas de los montes de Suiza y ésta, dibujada primero en papel de Holanda, y ejecutada despues á fuerza de cincel! Cuando el arte quiere suplir por la naturaleza, sólo produce extravagancias. La parte de cascada que entra en el jardin es mejor: caen las aguas por unos escalones, formando hermosos estanques, por donde se puede navegar en pequeños barcos; está adornada con estatuas que la enriquecen, y allí el arte no es impostor. Cerca de estos jardines hay un edificio real, llamado Santo Leucio, donde el Rey ha establecido una fábrica de tejidos de seda: allí se hila, se tuerce y se teje. El Soberano, protector de esta fábrica, va muy á menudo á ella, y en dulce oscuridad pasa muchos dias del año, retirado en aquel asilo, donde ni el tumulto de la Córte, ni los cuidados del gobierno, ni las desazones domésticas turban su descanso.

La ciudad de Caserta no tiene edificios de consideracion, ni hay regularidad ni limpieza en sus plazas y calles; como el Palacio es tan grande, que en él puede caber toda la comitiva del Soberano cómodamente, no es mucho que los señores que le sirven no hayan pensado en edificar casas, propias para habitarlas el tiempo que S. M. reside allí. Esto, y la predileccion particular que el Rey manifiesta á su casa de Santo Leucio, adonde, como ya se ha dicho, se va solo y con muy pocos criados, ha hecho que Caserta no mejore de aspecto, y en vez de un sitio real, parezca sólo un lugar grande, habitado de labradores y gente humilde.

El acueducto para conducir las aguas á Caserta es obra del mencionado arquitecto, que construyó el Palacio. Esta obra tiene unas doce millas de longitud y se ve al descubierto al pié del monte Taburno, y despues en el valle de Durazza-

no. En este paraje es mayor el puente; su extension, desde Monte Longano á los de Tifata, es de mil seiscientos y diez y ocho piés franceses; su altura, desde lo más profundo del valle, ciento y setenta y ocho. Tiene tres órdenes de arcos, que entre todos llegan al número de ochenta y nueve; el agua va por un conducto cubierto, y encima de ella hay un camino que sirve de comunicacion á las dos montañas, y otro más bajo sobre los primeros arcos, atravesando por enmedio de sus pilares. Esta obra bastaria á inmortalizar la memoria del artífice, y la considero comparable á lo más digno que nos ha dejado la antigüedad. La fábrica se compone de fajas alternadas de piedra-ladrillo, muy semejante á la del anfiteatro de Galieno, que se ve en Burdeos.

Siguiendo la costa del golfo de Nápoles, entre Oriente y Sur, se halla, á cosa de legua y media de la ciudad, el Sitio Real de Pórtici, al cual se va por un buen camino, con edificios á un lado y otro, que forman una continuada poblacion. Al salir de la ciudad se dejan á la izquierda los cuarteles de caballería, se pasa el puente de la Magdalena, en medio del cual se ve á un lado un S. Juan Nepomuceno y á otro un S. Genaro, con el brazo derecho levantado, en ademan de contener las erupciones del Vesubio, para que no lleguen á la ciudad. Por debajo de este puente pasa el humilde Sebeto, despues de haber fertilizado con sus aguas la hermosa llanura que desde allí se descubre, llena de árboles y hortalizas. Más adelante, entre el camino y el mar, están los graneros públicos, uno de los mayores edificios de Nápoles, capaz de contener las cosechas de todo el Reino; y siguiendo el camino, que, á excepcion de muy cortos espacios, puede considerarse como una calle, se llega á Pórtici, situada en la falda del Vesubio y á corta distancia del mar. Es muy buena poblacion, llena de casas de placer, con multitud de jardines deliciosos: la situacion es muy agradable, por las

hermosas vistas del mar, la isla de Caprea, situada á la extremidad occidental de la costa, el golfo y puerto de Nápoles, la ciudad y la hermosa cordillera de Paussilipo, que cierra el horizonte por la parte del Norte. Nada hay que no sea agradable en esta situacion, sino la vecindad del volcan terrible, que á cada instante amenaza ruinas espantosas, como se ha verificado tantas veces. Ni las casas de los señores, ni el palacio del Rey, tienen magnificencia, aunque en lo interior son cómodas sus habitaciones : estos edificios distan mucho de la elegante simplicidad de las casas de campo inglesas, y del lujo y ornatos arquitectónicos con que hermoseaban las suyas los franceses *dum fata deusque sinebant*. La habitacion de los Reyes está adornada con mucho gusto; pero nada me pareció mejor que los mosaicos antiguos de que están revestidos los suelos, cosa inapreciable por su singularidad y su primor, algunas mesas de lava y mármol, y un gabinete de china de la fábrica de Nápoles, como tambien algunos bajos relieves antiguos, de mucho mérito. Debajo de dos pórticos, que están á los lados del patio ó plaza de Palacio, por donde atraviesa el camino, hay dos bellísimas estatuas ecuestres, de mármol, sacadas de Herculano, que representan á Marco Nonio Balbo y á su hio, del mismo nombre. La actitud de entrambos es la más sencilla : no producen sorpresa al que las ve, pero aumenan su placer al paso que las va examinando; fijan por instantes su atencion, y no puede separarse de ellas sin hacerse una cierta violencia. Este es el verdadero carácter de las obras más bellas, sencillez, hermosura y verdad : estos mismos efectos produce un idilio de Teócrito, comparado con una égloga de Virgilio; una comedia de Terencio con una del afluente, pomposo y extravagante Calderon; una figura de Rafael con la Magdalena de Le Brun; la Vénus de Médicis con cualquiera estatua del Bernini. El museo de

Pórtici es tan singular en su género, que no hay otro que se le parezca. Hay en él una gran cantidad de inscripciones, columnas, aras, bustos y estatuas de vário mérito: una de Ciria, mujer de Balbo, el padre, de excelente ejecucion en las ropas; un Augusto, de bronce, desnudo, con el rayo en la mano; un Tiberio, tambien desnudo; dos cónsules, dos vestales, un fauno dormido, un sátiro ébrio, reclinado sobre un pellejo; un Mercurio sentado, conocido ya en España entre los modelos de la Academia de San Fernando; algunos bustos desconocidos, y otros que representan personajes célebres de la antigüedad, entre ellos Pirro, Berenice, Platon y Séneca. Esto es lo que me pareció más digno entre los mármoles y bronces que allí se guardan. Los demas objetos de que se compone este museo son varios mosaicos antiguos, colocados en el suelo de las estancias y en los armarios de ellas: todo lo más particular, relativo á la historia, á la religion, á las artes, á los usos y costumbres de unas ciudades que dejaron de existir diez y siete siglos há. Las excavaciones de Herculano, Pompeya y Stabia han descubierto en nuestra edad los tesoros que por tanto tiempo ocultó la tierra; y no es posible mirar sin maravilla coleccion tan preciosa. Allí se ven los instrumentos y utensilios de los templos: trípodes de bronce, jarrones, tazas, pateras, cuchillos, y cuanto era necesario al culto y á los sacrificios; lacrimatorios de vidrio, dioses lares, armas y arreos militares; pesos, candelabros y todos los demas muebles domésticos, hasta las vasijas de la cocina; cántaros, pucheros, platos, marmitas, moldes para labrar las masas, almireces, etc.; monedas, joyas, adornos femeniles, pedazos de galon y telas, juegos de niños, tarjetas para entrar al espectáculo, instrumentos de cirugía, tablas de escribir, estilos, volúmenes en crecida cantidad, que parecen grandes rollos de tabaco habano, hechos de la planta papiro, secos

por el calor, y que al tocarlos se deshacen en cenizas, si bien ha llegado ya á descubrirse el medio de desarrollarlos y leerlos, aunque no sin mucha dificultad. Ni es ménos admirable la coleccion de comestibles hallados en las habitaciones de Pompeya. Panes, huevos, almendras, nueces, higos, dátiles, piñones, vino y aceite, del cual sólo ha quedado un extracto sólido y transparente. Varios instrumentos de música, un bajo relieve que representa una escena cómica, y entre los personajes uno que acompaña con dos flautas á la declamacion ; un grupo de un sátiro y una cabra, cosa excelentemente ejecutada, pero torpísima ; muchos príapos de varios tamaños, y algunos pequeñísimos, de marfil, que se ponian las mujeres al cuello y en la cintura para procurarse la fecundidad. La coleccion de pinturas halladas en las excavaciones de Herculano y Pompeya se compone de cerca de setecientas piezas de diferentes géneros, unas con adornos á la greca y arabescos, otras representan frutos y cazas, otras animales vivos, pájaros, etc.; otras países, marinas y várias perspectivas de arquitectura, y otras, por último, figuras humanas, unas solas, como amores, musas, saltatrices, bacantes, y otras agrupadas, que representan asuntos de fábula ó de historia. Estas pinturas, halladas en las paredes de los antiguos edificios que se han descubierto, hechas sobre una especie de estuco, las han serrado en forma cuadrangular y colocádolas en marcos, con cristales delante : algunas hay en piedra, pero son muy pocas, y más pueden llamarse dibujos que pinturas. Hablando en general, me pareció bien todo lo que es adorno : los frutos, correctos en el dibujo, pero tocados débilmente ; algunas pinturas de pájaros hechas con mucha inteligencia, copia exactísima del natural ; los países, de corto mérito, sin inteligencia en la graduacion de las luces ni en la perspectiva ; los asuntos de arquitectura, de un género caprichoso y extravagante, sin

conexion ni belleza; algunas figuras aisladas de saltatrices, cupidos, etc., diseñadas con gracia y expresion; y en los grupos, entre los cuales deben contarse la pintura de Teseo con el Minotauro á los piés, la de Hércules y Flora, la de Quiron y Aquíles, y alguna otra de las más grandes de la coleccion, á pesar de muchas incorrecciones que han notado los inteligentes, se ve un buen carácter de diseño, bellos desnudos, gracia en la expresion y buen estudio de ropajes. En general me pareció (si por estas obras se ha de juzgar el estado de la pintura en aquella edad) que en medio de estas perfecciones que todos admiran, pueden notarse á los antiguos los siguientes defectos: 1.° Errores clásicos de perspectiva. 2.° Poca inteligencia en graduar las luces para expresar la cercanía ó distancia recíproca de los objetos. 3.° Ningun arte en agrupar las figuras. 4.° Poco uso de los escorzos, defecto que, unido al anterior, da á la composicion una frialdad y languidez insufrible, que no bastan á suplir ni la correccion ni la expresion, las cuales deben ir acompañadas con la invencion poética de los grupos y actitudes, y el uso oportuno y correcto de los escorzos, último esfuerzo de la ilusion. Es inútil que yo pondere cuán preciosa es una coleccion de pinturas sacada de las entrañas de la tierra, libradas de los estragos espantosos de las erupciones y terremotos, donde se ve el lujo, las costumbres y el estado de las artes de aquellas naciones que desaparecieron del globo, dejando á la posteridad estos inapreciables monumentos. Tales consideraciones, unidas á la de ser el único que existe en Europa, dan estimacion á este museo de pinturas; pero si, prescindiendo de lo demas, nos ceñimos al mérito intrínseco de estas obras, yo las trocaria todas por un buen cuadro de Rafael. No diré lo mismo en cuanto á escultura, puesto que así las piezas de este género que componen la coleccion de Pórtici, como las de Roma, Florencia y otras ciudades de

Italia, son pruebas irrefragables de la superioridad de los antiguos.

Debajo de Pórtici y Resina está sepultada la ciudad de Herculano: los edificios más considerables de ella, que hasta ahora se han descubierto, son un foro y un teatro: en el foro se hallaron las dos estatuas ecuestres de los Balbos, una de Vespasiano y otras de várias familias ilustres. El proscenio del teatro tiene ciento y treinta piés de ancho, y en las veinte y una gradas destinadas á los espectadores y los espacios restantes, se ha calculado que cabian diez mil personas. La cantidad de ceniza y lavas que cayeron sobre esta ciudad fué tal, que sus edificios se hallan á sesenta, ochenta y cien piés de profundidad. Esto hace muy difícil la excavacion, pues además de la consistencia y grueso de las materias que hay que romper á pico, es necesario sostener con postes y estribos las excavaciones, para que todo no se hunda y arruine; y además, ¿cómo es posible taladrar un terreno sobre el cual existen en pié tantos edificios, sin que estos se resientan? Miéntras permanezcan Resina y Pórtici no se pueden adelantar los descubrimientos de Herculano.

Siguiendo el camino, que va siempre inmediato al mar, se hallan despues de Resina la torre del Greco y la de la Anunziata, poblaciones contiguas unas á otras con poca ó ninguna interrupcion, bien situadas y alegres, de mucha gente, llenas de casas de campo, con jardines, huertas y abundante cultura. Atraviesa el camino por encima de un gran torrente de lava que arrojó el Vesubio en 1760, mezclada con cenizas y enormes piedras; abrasó todo el terreno, destruyó los edificios que halló al paso, y bajó hasta el mar, con estrago espantoso. A poca distancia se hallan las ruinas de Pompeya, ciudad antigua, que hasta la mitad de este siglo permaneció tan oculta á la vista humana, que nadie se atrevia á fijar el paraje en que estuvo. La multitud de ce-

nizas que cayeron sobre ella, detenidas en los huecos de sus calles y edificios, formaron una elevacion de terreno, el cual, haciéndose con el tiempo vegetal y fértil, comenzó á labrarse, y hoy se ve encima de los templos, teatros y sepulcros de Pompeya enlazarse las parras á los chopos, y segar el labrador mieses abundantes. Las excavaciones que se hacen en este sitio cuestan poco trabajo, así porque todo es cenizas lo que hay que romper, como porque es mucho menor la profundidad á que se encuentran las ruinas que en Herculano. Hasta ahora se han descubierto dos calles, una de ellas con la puerta de la ciudad, y varios sepulcros, un cuartel, un templo de Ísis y dos teatros. No es posible caminar por aquel paraje sin una especie de entusiasmo que todos aquellos objetos inspiran. Este era el teatro; aquí se acomodaba el pueblo, allí la nobleza; por allí salian los actores; aquí se oyeron los versos de Terencio y Plauto; este recinto sonó con aplausos públicos: los hombres desaparecieron, y el lugar existe. Este era el templo: allí está la inscripcion, allí las aras; las paredes anuncian todavía, en pinturas y estucos, los atributos de la deidad. Aquí se degollaban las víctimas; aquí, escondidos los sacerdotes, prestaban su voz á un mudo simulacro, y el pueblo, lleno de terror, creia escuchar la divinidad misma, anunciando á la ignorancia humana los futuros destinos. Esta es una calle: empedrada está, como las de Nápoles, con lavas que ha vomitado ese volcan vecino: á un lado y otro hay ánditos para que pase el pueblo seguro de los carros; áun se ven las señales de las ruedas. Veis aquí las tiendas: allí se vendieron licores; la insignia que está á la puerta, la señal que ha dejado el pié de las copas sobre el mostrador, y las hornillas inmediatas para tener caliente la bebida, lo manifiestan. Allí hay otra donde se vendian príapos; la insignia está esculpida sobre la puerta: allí está el aparador,

repartido en gradas, donde se exponian estos dijes á la vista pública. Estas son casas de gente rica: éste es el pórtico, sostenido en columnas de ladrillo revestidas de estuco, con decoracion dórica; allí está el patio, con la galería que le rodea: estancias pequeñas, altas, con mosaicos en el suelo y pinturas en las paredes; el baño, la estufa, con pared hueca, por donde se comunicaba el calor; el jardin, la fuente, la bodega con grandes cántaros, la sala de conversacion, la de comer, la alcoba, el poyo donde estaba el lecho: pinturas voluptuosas por todas partes, triunfos de amor. Veis allí los sepulcros que erigió la patria agradecida á sus hijos ilustres: la inscripcion anuncia sus nombres y su calidad; allí reposan sus cenizas. ¡Qué silencio reina en todo el contorno! ¡Qué soledad horrible! Y ¡todavía el Vesubio arroja llamas y retumban sus cavernas con rumor espantoso!

Este monte, distante dos leguas y media de Nápoles, hácia la parte oriental, tiene de altura unas seiscientas toesas: su figura es cónica, con base muy ancha; la parte superior se compone de lavas, piedras, cenizas, arenas y escorias, sin yerbas, ni plantas, ni árboles, ni animales, ni hombres: aspereza horrible, cavernas profundas, soledad, silencio en la parte inferior, donde es el terreno fertilísimo; hay mucha cultura de árboles y viñas, que producen excelentes vinos; y en lo más llano, cerca ya del mar, se ven las alegres poblaciones de Pórtici, Resina, Torre del Greco, Torre de la Anunziata, y otras muchas que le rodean. Si se considera la inmediacion de este volcan, y el riesgo inminente de que un dia reviente incendios, trastorne toda su circunferencia y sepulte en fuego y cenizas aquellas moradas deliciosas, centro del lujo y de los placeres, se conocerá ¡cuán fácilmente se olvidan los hombres del peligro, por más que vean presente la amenaza! Pórtici está edificada encima de Herculano opulenta; Pompeya se descubre ahora, despues de ha-

ber permanecido largos años oculta bajo las cenizas que en ella cayeron : en los jardines del Rey, y en otras várias partes en que se han hecho excavaciones profundas, se hallan hasta treinta capas distintas de lava, y éstas seis ó siete veces interrumpidas con tierra vegetal y restos confusos de edificios; que es decir : treinta veces aquel terreno, que ahora habitan los hombres con tal seguridad, ha estado cubierto de torrentes de fuego con el trascurso de los siglos; seis ó siete veces se han olvidado los hombres del estrago anterior, han cultivado y han habitado aquel territorio; otras tantas se han repetido aquellos horrores; y no obstante, hoy viven sobre tantas ruinas, sin temer que la naturaleza, en solo un momento, renueve igual destrozo. La montaña de Soma, que por el lado de Oriente y Mediodía rodea al Vesubio, parece ser una parte de él : ambos están sobre una misma base, y parece haberlos desunido algun hundimiento, de que resultó una abertura lateral, aumentándose despues la cima del volcan con las materias mismas que arroja. La montaña de Soma, por la parte interior, que mira al Vesubio, toda está rota y quebrantada; y la opinion de haber sido en otro tiempo estos dos montes uno solo, se fortifica, no solamente por la forma de entrambos, sino tambien por la identidad de las materias de que se componen. Este volcan tiene, además de la boca principal, várias aberturas, que rompen ú obstruyen sucesivamente la dimension de la crátera; se ha encontrado diferente en várias ocasiones tambien la distancia que hay desde sus bordes hasta donde se halla el fuego; toda la parte interior de su gran boca, compuesta de ásperas masas de piedras, lavas, cenizas, pómez y escorias metálicas y bituminosas, presenta á la vista varios colores, siendo los principales el blanco, verde, amarillo, ceniciento y morado. Casi siempre arroja humo, con más ó ménos abundancia; de noche se ven salir por su boca lla-

maradas y materias líquidas, que se revierten en várias direcciones, y á corta distancia se congelan. Si se examinan las señales que ha dejado este volcan en sus erupciones, se pierde la imaginacion en el cálculo de su antigüedad: la memoria de los hombres, limitada y oscura, abraza apénas un corto espacio de su edad larga, anterior á todos los monumentos que conocemos y á las naciones de que tenemos alguna noticia. La primera erupcion de que hablan los escritores es la del año de 79 de Jesucristo, en que perecieron Herculano y Pompeya. Plinio el naturalista, que se hallaba en Miseno, atravesó el mar con deseos de observar sus efectos, y murió á las faldas de este monte, sufocado por el humo. Desde entónces hasta la edad presente se cuentan treinta y tres ó treinta y cuatro erupciones, más ó ménos terribles, que han hecho de aquel país un monton confuso de ruinas, convirtiéndole muchas veces en un desierto. No pueden leerse sin admiracion y horror los efectos de estas erupciones. Suena un rumor confuso en las cavernas de la gran montaña, sale humo espeso por su boca, le agita el aire, y esparce oscuridad y fetor por los campos vecinos; se aumenta el estruendo, revienta el monte, y entre una espesa lluvia de ceniza ardiente, que cubre la atmósfera y sepulta en tinieblas á la populosa Nápoles, con estampidos y relámpagos sale una columna altísima de fuego, arrojando al aire enormes piedras candentes, que se precipitan á los valles: brama impetuoso el viento, se altera el mar, tiembla la tierra, inflámase por todas partes el monte, y derrama torrentes de agua entre las lavas que desde su altura bajan ardiendo al mar, abrasando y reduciendo á cenizas los árboles, las mieses, los edificios, las ciudades, que al pasar aniquila ó sepulta: irritados los elementos, anuncian el trastorno final del mundo, y en solo un momento desaparecen naciones enteras.

El palacio del Rey es un vasto edificio, de buena arquitectura; pero, exceptuando su fachada principal, que da á una plaza irregular y espaciosa, que llaman *Largo di Palazzo*, todo lo restante está confundido por los edificios adyacentes ó por los pedazos que le han ido añadiendo para hacerle más grande: está inmediato al mar, y se comunica con el castillo que domina el muelle y puerto, llamado *Castel Nuovo*. La fachada que da á la plaza tiene cerca de cien toesas de largo: se compone de tres cuerpos, con pilastras dóricas, jónicas y corintias; tres puertas, con grandes columnas de granito, que sostienen los balcónes; el cornisamento está adornado con pirámides y urnas, y en medio un reloj, arreglado al uso comun de Europa. A un lado y otro de la puerta principal hay dos inscripciones: la una de ellas es esta: *Amplissimas œdes quas Philippus III. Rex. Max. pacis et justitiœ cultor e solo faciundas jussit Ferdinandus Castro Lemensium Comes, Catherina Zunica et Sandoval inter heroinas ingenio et animi magnitudine prœclara et Franciscus filius, in hoc regno Proreges optimi, œdificandas curarunt. Anno* 1602. El patio de este edificio es demasiado pequeño; la escalera espaciosa y magnífica, sin otro adorno que unas estatuas que representan rios, cosa muy mala: en la capilla no hay otra cosa notable que una imágen de la Virgen, de hermoso mármol blanco, obra de mérito. El patio, y la galería baja que le rodea, parecen depósitos de basura y estiércol; y cuando en el palacio del Rey se observa esta falta de limpieza, no hay para qué decir que es general en Nápoles: las calles y plazas y parajes más concurridos de la ciudad están puercas y hediondas hasta el exceso, y los portales y escaleras de las casas particulares parecen basureros y letrinas. Cercana al Palacio está la fábrica de la china, donde vi obras muy bien trabajadas; entre ellas me parecieron estimables las pequeñas figuras que allí

se hacen para adorno de los gabinetes ó de las mesas, la mayor parte de ellas ejecutadas por originales antiguos. En cuanto á los precios de estas obras, á la economía y utilidades de esta fábrica, baste decir que es cosa del Rey. Establecimientos de esta especie son siempre ruinosos: en vez de producir ganancias al Soberano, sirven sólo de enriquecer á los empleados, sin beneficio del público; favorecen la rapiña y el monopolio, ahogan la industria nacional, y estorban los progresos de las artes y del comercio. Un Rey no debe hacer platos, ni tejer terciopelos, ni vender salitre, ni pintar naipes, ni destilar aguardiente; debe reinar.

Siguiendo la orilla del mar por la parte del Norte, se halla la plaza y barrio de Santa Lucía, habitado de pescadores: en dicha plaza se vende pescado en grande abundancia; más adelante está el castillo del Huevo, *Castel del Uovo*, llamado así por su figura oval: está situado sobre un peñasco, donde se dice que antiguamente fué la casa de Luculo; se comunica con la orilla por un puente de más de doscientos pasos; á la entrada del castillo hay esta inscripcion: *Philippus II. Rex Hispaniarum pontem à continenti ad Lucullanas arces olim austri fluctibus conquassatam nunc saxeis obicibus restauravit firmumque reddidit. D. Joanne Zunica Prorege Anno MDLXXXXV.* A corta distancia de este castillo, sobre la misma costa, se ve el único paseo de Nápoles, llamado *Villa Reale*: consiste en un gran terraplen, que podrá tener la longitud del salon del Prado, aunque más angosto; por la parte de tierra le ciñen verjas, y por la del mar un pretil; está plantado de parras y chopos, que forman dos galerías, dejando en medio una calle espaciosa, en medio de la cual, dentro de un gran pilon redondo, han colocado, sobre un pedestal, el famoso grupo antiguo del Toro Farnese, más digno, en verdad, de conservarse con el mayor cuidado en un museo, que de ser expuesto en pa-

raje tan público, donde, aunque nada hubiese que temer por parte de los sacrílegos muchachos, las injurias del tiempo degradarán obra tan perfecta. Dice Lalande que éste es uno de los más bellos paseos del universo : si lo dice por su situacion y por las hermosas vistas de que goza, tiene razon; pero el paseo en sí no me pareció digno de tal elogio. Los emparrados en forma de bóveda que tiene á un lado y otro, donde los alegres pámpanos están ahorcados y aprisionados entre celosías de madera, para darles la forma arquitectónica que describió el compás; las fuentecillas pequeñas, ridículas, donde apénas se ve un chorrito como una sangría; los cuadros de césped y boj; los arbolillos frutales, enanos y retijereteados, que los adornan, todo es tan simétrico, tan violento, tan diminuto, que más que deleita, angustia al que guste de ver la naturaleza en el bello desórden de su libertad. Los coches no entran en este paseo, ni hay capacidad bastante para ellos; van por el lado de tierra, entre el terraplen y la acera de casas que llaman Chiaia, hasta Possilipo, larga cordillera que en gran parte rodea á Nápoles y cierra la vista del golfo con direccion de Norte á Sur. Este monte es muy delicioso: desde su altura se ve á la izquierda la ciudad de Nápoles y su hermosa ribera; enfrente la montaña de Soma, el Vesubio y las alegres poblaciones de su falda, el espacioso puerto y la isla de Capri á la parte del Mediodía: todo él está lleno de casas de campo, donde en el rigor del estío gozan los poderosos fresco ambiente, frondosidad sombría, quietud suave. La parte de la costa que está á sus piés, llamada Mergelina, célebre por los peces de que abunda, fué posesion del dulce Sannazaro, que enamorado de aquel sitio deleitoso, decia :

O lieta piaggia, o solitaria valle,
O accolto monticel, che mi difendi
D'ardente sol con le tue ombrosse spalle!

O fresco e chiaro rivo, che discendi
Nel verde prato tra fiorite sponde,
E dolce ad ascoltar mormorio rendi!

La casa de este poeta fue destruida por Filiberto, príncipe de Orange, general de Cárlos V: ofensa bárbara, que jamás le perdonarán las musas. Sannazaro edificó despues sobre sus ruinas un convento de padres servitas, con una iglesia, dedicada al parto de la Vírgen: en dicho templo se ve su sepulcro, todo de mármol blanco, muy bien ejecutado. En la parte superior está el busto del poeta, debajo de él la urna que guarda sus cenizas, un bajo relieve de sátiros y ninfas, en alusion á sus poesías bucólicas, y á los lados dos grandes estatuas de Apolo y Minerva, que han querido trasformar, poniendo debajo de Apolo un letrero que dice *David*, y en la parte opuesta *Judith*. El epitafio que se ve en dicho sepulcro es del cardenal Bembo, y dice así:

D. O. M.
Da sacro cineri flores; hic ille Maroni
Sincerus, musa proximus, ut tumulo
Vix. Ann. LXXII. A. D. MDXXX.

No obstante, á pesar del conocido mérito de este poeta, algunos han dicho que Sannazaro está demasiado cerca de Virgilio.

En la misma montaña de Possilipo, á distancia de dos tiros de bala de este paraje, volviendo hácia la ciudad, está sobre la boca de la gruta de Puzol el sepulcro de Virgilio, si basta una tradicion constante á creerle tal. Está dentro de una viña cercada, perteneciente al Duque de Pescolanciano; se va á él por sendas pendientes y torcidas, entre malezas incultas; y al verle, sólo se encuentran ruinas mal distintas, que afligen el ánimo y satisfacen poco la curiosidad. Parece que la fábrica se componia de dos cuerpos cua-

drángulos de arquitectura, con una cúpula encima, plana en la parte superior; dentro se ve una pieza cuadrada, pequeña, cerrada en bóveda, con nichos en las paredes; una puerta, con ventana encima, y dos troneras en el techo. Si es cierto que aquí se guardaron las cenizas del divino Maron, fuerza es lamentar los estragos del tiempo, y más que todo, la ignorancia de nuestros abuelos, que así dejó perecer este monumento respetable.

Se dice que en lo interior de este sepulcro estaba la urna funeral, sostenida de nueve columnas de mármol, y que en ella se leia el dístico de *Mantua me genuit, Calabri rapuere*, etc.: así dicen haberlo visto Pedro de Estéfano, que escribió sobre las iglesias de Nápoles en 1560, y Alfonso de Heredia, obispo de Ariano, citado por Capaccio. Silio Itálico iba frecuentemente á venerar el túmulo de Virgilio, con la reverencia debida á un templo: compró el terreno en que estaba, y tambien la casa de campo de Ciceron, por lo que dijo Marcial:

Silius hæc magni celebrat monumenta Maronis,
Jugera facundi qui Ciceronis habet.
Heredem, dominumque sui, tumulique larisque
Non alium mallet nec Maro, nec Cicero.

La gruta de Puzol es una excavacion hecha en el monte de Possilipo, que le atraviesa de una á otra parte, sirviendo de comunicacion entre Puzol y Nápoles. El piso es llano y empedrado; su direccion recta, su anchura suficiente á el tránsito de dos carros; tiene de alto, á las dos extremidades, unos cincuenta piés; por en medio es más baja, y de largo trescientas y sesenta y tres toesas. Además de la luz que recibe por ambas bocas, tiene dos ventanas por la parte superior, que aunque la añaden poca claridad, sirven para dar al aire más corriente: toda esta obra está hecha á pico, sin

otro artificio ni más pedazos de fábrica que los necesarios para igualar algunas hendiduras ó quiebras. Si el dia no es muy claro, hay en ella demasiada oscuridad, y los que van y vienen con carruajes gritan *¡á la marina!* ó *¡á la montaña!* para avisarse recíprocamente unos á otros del lado á que deben inclinarse: las voces de los pasajeros y el ruido de las caballerías y las ruedas retumban en aquella oscura bóveda, y parece que va á caer la gran montaña que tiene encima. En medio de esta gruta hay una pequeña capilla, socavada igualmente en la piedra, con una Virgencilla, una lámpara moribunda y un santero mugriento, pálido, de ásperas barbas, que parece un sacerdote de Hécate funesta. Se ignora el tiempo en que esta obra se hizo: unos la atribuyen á los habitantes de Cúmas, y otros á un Marco Cocceyo, que no se sabe quién fuese; baste decir que Séneca habla de ella, y se queja de su longitud, su oscuridad y el mucho polvo que habia cuando la pasó, viniendo de Bayas. Don Pedro de Toledo, Virey de Nápoles en tiempo de Cárlos V, la redujo á la forma que hoy tiene, dando más anchura á las dos ventanas, nivelando el piso y empedrándole como las calles de la ciudad. El vulgo, que no se cansa en revolver historias, atribuyó esta obra á Virgilio, diciendo que la habia hecho por encanto; y un dia, pasando por allí Roberto, Rey de Nápoles, acompañado del Petrarca, le preguntó lo que sentia de esta opinion vulgar, á lo que el Petrarca le respondió: *Non ho mai letto che Virgilio sia stato mago, e quelle que veggio intorno, sono vestigia di ferro, non orme di diavoli.* Ni es ésta la única hechicería atribuida al cantor de Enéas; tambien se creyó antiguamente que un caballo de bronce, del cual se conserva todavía la cabeza en casa del Príncipe de Columbrano, en la calle *del Seggio di Nido*, habia sido fundido con artes y conjuros mágicos por aquel poeta, y que tenía especial virtud para curar las enfermedades de las ca-

ballerías; y el pueblo tenía de costumbre (como hoy sucede con S. Anton) llevar á dar vueltas al rededor del caballo encantado todos los rocines y mulas y burros de la ciudad, esperando de la poderosa proteccion de Virgilio que los librase de muermo y torozon y postemas frias. Un arzobispo de Nápoles, no pudiendo sufrir esta bestialidad, mandó deshacer el caballo, y conservando la cabeza, empleó lo restante en una campana, que áun existe en la catedral. Si la gravedad de la historia no desdeñase la narracion de estos hechos menudos, algo más sabríamos de las costumbres de las naciones y los extravíos ridículos de la razon humana.

En una de las eminencias que dominan la ciudad de Nápoles, á la parte del Norte, está el Palacio Real, llamado *de Capo di Monte*, obra empezada en tiempo de Cárlos III, y áun no concluida. Lo que hay hecho ha costado sumas enormes, y es verisímil que esta fábrica no se acabe jamás: el arquitecto de ella fué un hombre intrépido y revoltoso, que sin haber saludado los principios del arte, pasó de un vuelo, de herrador que era, á constructor de palacios: supo introducirse y embrollar, y esto bastó para que, prefiriéndole á muchos buenos artífices, se le encargase la construccion de esta obra, por una de aquellas predilecciones absurdas que son tan frecuentes en las córtes, donde la charlatanería es un mérito, y no se conoce otra justicia que el favor. Así es que el tal palacio, en la parte que está concluida, anuncia demasiado la corta habilidad de su artífice: sin proporcion, sin ligereza, sin elegancia; todo es mazacote, extravagante y rudo; y la única expiacion de haberle empezado, será no proseguirle. En él se ha colocado el museo Farnese, que se compone de una buena coleccion de pinturas, y otra de antigüedades. Entre las pinturas, son muy estimadas la de Cristo muerto en el regazo de la Vírgen, con algunos ángeles, de Aníbal Caracci. Una gran Vé-

nus, del mismo autor, con varios amorcillos que la acompañan: — me pareció la composicion desanimada y fria, mal agrupadas las figuras, y un tono general de colorido falso y desagradable. Otro cuadro, del mismo autor, de Rinaldo y Armida. Una Santa Familia, de Schidone, y otro que llaman *La Carità*, grande obra del mismo artífice, muy estimable por los excelentes toques de luz. El naufragio de Ulises, gran cuadro de Güido Rheni; una Magdalena del Güerchino, una Sacra Familia, de Julio Romano, y sobre todo, la famosa Dánae del Ticiano, desnuda y en el acto de recibir á Júpiter transformado en lluvia de oro. Esta pintura es una de las mejores de aquel gran maestro: me pareció de gran correccion, y de tan bello colorido, que parece la verdad misma. Acaso hubiera debido dar al rostro de Dánae otra expresion: toda la figura anuncia aquella dulce languidez de una posesion tranquila, pero no el éxtasis de las primeras delicias de amor, ni mucho ménos la tímida sorpresa de una vírgen que recibe en sus brazos á Jove Tonante. Hay algunas otras pinturas de mérito, de Bassan, Correggio, Marco de Siena, Pablo Veronés, y Lúcas Jordan. En la coleccion de antigüedades hay bellísimos vasos etruscos, grandes y bien conservados, pinturas de corto mérito, halladas en la antigua Nola, un numeroso monetario de emperadores romanos, de los de Oriente y de várias ciudades antiguas: estas monedas están colocadas al aire, dentro de unos círculos unidos, que forman unas listas, las cuales están encajadas en una especie de cajon, y desde afuera se vuelven por medio de un boton que tiene cada una, y así se ven las medallas por una y otra parte, sin sacarlas de donde están. Hay tambien varios camafeos antiguos, y una taza redonda, de ágata oriental, de ocho pulgadas de diámetro y una pulgada y nueve líneas de profundidad: en lo interior hay un bajo relieve, sobre cuya explicacion varian las opinio-

nes. No es cosa de gran mérito; pero esta pieza, por su materia y su tamaño, es inapreciable. Entre varios objetos de historia natural, que no merecen nombre de coleccion, vi una enorme pieza de cristal de roca hermosísimo, que podrá tener tres cuartas de altura y otras tantas de diámetro.

Hay muchos y muy buenos templos en Nápoles, sin que por esto puedan compararse á los de Roma, enriquecidos con bellas pinturas de autores nacionales y extranjeros; artesones dorados en las techumbres, estucos y exquisitos mármoles que cubren su fábrica, altares, balaustres y pavimentos de piedras, multitud de labores de entalle en el suelo y en las paredes, profusion de adornos, más ricos tal vez que elegantes; la arquitectura, en general, recargada de ornatos, que destruyen la hermosa simplicidad de sus órdenes, y la dan un carácter profano y teatral, harto distante de la majestuosa sencillez que es propia del templo. La piedad de los fieles ha enriquecido estos santuarios con preciosas dádivas, ornamentos, vasos sagrados, alhajas de crecido valor, donde compite con el precio de los metales y finísimas piedras de que se componen, la elegante forma que las dió la mano del artífice. De pocos años á esta parte, el Rey se ha apoderado de gran porcion de estas riquezas, así en las iglesias de la Córte como en las de las provincias; y acaso hubiera sido plausible determinacion, si hubiese motivado este despojo; si la nacion, informada de los objetos útiles en que estas sumas debian emplearse, hubiera visto la buena administracion de ellas; si al mismo tiempo que las aras del Señor se desnudaban de inútiles adornos, se saqueaban los bancos y fondos públicos, no hubiera crecido el lujo, la pompa vana y la escandalosa disipacion en los palacios del Príncipe; si cuando este lujo sagrado se suprimia, se hubieran fortificado los castillos, aumentado la marina, organizado el ejército, se hubieran suprimido las

pensiones, se hubieran moderado los gastos de batidas, de las cuales una llega á setenta mil ducados, y las otras á treinta mil, repitiéndose anualmente con pródiga arbitrariedad estos excesos; y por último, si el viaje del Rey no hubiese empobrecido el erario y aumentado la deuda pública, habiendo derramado desde Nápoles á Viena los tesoros que depositó en sus manos la nacion, para que con ellos la gobernase, la ilustrase, la enriqueciese y la hiciera formidable á sus enemigos.

La catedral tiene una fachada gótica de mala figura; pero sus adornos, y los capiteles de las columnas, si así pueden llamarse, formados de grupos de flores, están hechos con mucha delicadeza y prolijidad. Lo interior de la iglesia me pareció muy mal, porque habiéndola querido poner á la moderna, ha resultado un embrollo monstruoso de proporciones y adornos entre gótico y griego, que no se puede tolerar. El techo está lleno de pinturas de Santa Fede, con molduras y compartimientos dorados, y en las paredes de la nave y crucero hay muchos cuadros de Jordan, representando varios santos patronos de Nápoles, fundadores, apóstoles, etc. Los hay entre ellos de mucho mérito, corregidos en el diseño, y coloridos con la franqueza de pincel propia de aquel artífice. La capilla de San Jenaro tiene una magnífica portada de piedra, con dos hermosas columnas de mármol negro: lo interior corresponde al ingreso. La decoracion es corintia, con cuarenta y dos columnas de mármol; el entablamento es de estuco, y sobre él se levanta una gran cúpula de bella proporcion, pintada por Lanfranco; las pechinas son obra de Dominiquino: buen dibujo, pero de un colorido flojo y monótono. Hay repartidas por la capilla diez y nueve estatuas de bronce, que representan varios santos: éstas, y las esculturas que adornan los siete altares, me parecieron de corto mérito; no obstante, esta obra, aun-

que recargada de adornos con demasiada profusion, es grandiosa y rica. Detrás del altar mayor se conservan las dos garrafillas de la sangre de S. Jenaro, que se liquida dos veces al año. El tesoro correspondiente á esta capilla, debido á la devocion que los napolitanos tienen al Santo, es inmenso. Entre varios sepulcros antiguos que hay en la iglesia, se ve el del Rey Andrés, obra muy sencilla: la inscripcion dice, hablando de este príncipe: *Joannæ uxoris dolo et laqueo necato.* Los críticos están divididos acerca de este suceso: unos dicen que la Reina no le mató, y otros que hizo muy bien en matarle, en atencion á que el tal Andrés era un badulaque tudesco, finchado, tonto, vinoso y aborrecido de todo el Reino. La pila bautismal de esta iglesia es un gran vaso antiguo, de piedra de toque, con las asas rotas, lleno de bajos relieves, que representan atributos de Baco, tirsos, máscaras y guirnaldas de piedra. Es muy comun ver en Italia, empleados en los usos más santos, estos monumentos profanos del paganismo.

El convento de *Santo Domenico Maggiore* és la principal de las veinte y ocho casas que tiene en Nápoles esta religion. La iglesia es gótica, adornada con estucos modernos, cosa pesada y de mal gusto. Hay muchos sepulcros antiguos, y capillas propias de familias ilustres: en la de Pineli hay un buen cuadro del Ticiano, que representa la Anunciacion. En otra se venera el Crucifijo que habló á Santo Tomás, diciéndole: *Bene scripsisti de me, Thoma: quam ergo mercedem accipies?* A lo que el Santo respondió: *Non aliam nisi te ipsum.* A los lados del altar mayor de esta capilla hay dos sepulcros de mucho mérito, así en las figuras como en los bajos relieves y arabescos que los adornan. La sacristía es muy bella, con mármoles y oro y cajonería de maderas finas; en el techo hay pintada una gloria, obra estimable de Solimena. En esta sacristía se conservan los

cuerpos de varios reyes de Nápoles y otros personajes ilustres, colocados en unos cofres de terciopelo, galoneados y adornados de escudos de armas, con varios atributos de coronas, cetros, espadas y bastones, y una serie de retratos que los representan; entre ellos está el famoso marqués de Pescara, D. Fernando Dávalos: su epitafio, atribuido al Ariosto, me pareció muy ridículo, salvo siempre el dictámen de mi lector. Dice así:

Quis jacet hoc gelido sub marmore? Maximus ille
Piscator, belli gloria, pacis honos.
Nunquid et hic pisces cepit? Non. Ergo quid? Urbes,
Magnanimos Reges, Oppida, Regna, Duces..
Dic quibus hæc cepit Piscator retibus? Alto
Consilio, intrepido corde, alacrique manu.
Qui tantum rapuere Ducem? Duo numina, Mars, Mors.
Ut raperent quisquam compulit? Invidia.
Ac nocuere nihil, vivit, nam fama superstes,
Quæ Martem et Mortem vincit et Invidiam.

La iglesia de San Felipe Neri tiene una buena fachada de mármoles, obra moderna, dividida en dos cuerpos, el inferior corintio, y el superior compuesto, con dos torres á los lados, dos estatuas de Moises y Aaron sobre la portada, y otras dos de S. Pedro y S. Pablo á los extremos del edificio. La nave principal de esta iglesia está sostenida con doce hermosas columnas corintias de granito, de veinte y cuatro palmos de altura, con capiteles de mármol de Carrara. Los altares, igualmente de mármol, son de muy buena arquitectura, y el mayor se compone de exquisitas piedras. Hay algunas pinturas al fresco, de Solimena; una á los piés de la iglesia, por Jordan; gran composicion, en que representó á Cristo echando á los mercaderes del templo; y en los altares hay un S. Francisco, bella pintura de Güido Rheni; un S. Alejo, de Pedro de Cortona; una Santa Teresa, del citado Jordan; un S. Jerónimo, de Gessi. El techo de la iglesia es

de estuco dorado, con bajos relieves y adornos de mérito. En la sacristía se ven tambien algunas buenas pinturas. La biblioteca de esta casa es una de las mejores de Nápoles.

El gran convento de monjas de Santa Clara tiene una buena iglesia, en que se ha hecho desaparecer la antigua construccion gótica á fuerza de adornos, de mármoles, oro, estucos y pinturas: el techo de este templo es justamente el más celebrado de Nápoles, pintado por Sebastian Conca. Esta iglesia, alegre, espaciosa y enriquecida con multitud de ornatos, que producen una bella confusion, más parece un salon de baile magnífico que un templo de religiosas franciscanas, cuyo instituto anuncia sólo austeridad, pobreza y penitencia. Hay varios sepulcros antiguos de reyes y príncipes, y en una capilla está enterrado el Infante Don Felipe, hijo mayor de Cárlos III.

La Trinità Maggiore es una iglesia espaciosa y de bella proporcion, de órden corintio, con multitud de mármoles que la adornan, y algunas buenas pinturas; entre ellas un gran fresco, de Solimena, sobre la entrada principal. En el altar de S. Ignacio hay dos buenas estatuas de Cosimo Fansaga, que representan á David y Jeremías; pero, como es ya costumbre que todo profeta debe tener larga y erizada barba, y éste, porque así lo quiso el artífice, está muy bien afeitado, parece una vieja, y no otra cosa, á lo cual contribuye no poco el tener cubierta la cabeza con parte del manto. Hay cierta rutina en las artes, de la cual no es fácil apartarse sin tropezar en graves inconvenientes.

La capilla de los príncipes de San Severo, inmediata al palacio de esta familia, puede considerarse como una galería de escultura: tantos son los sepulcros y estatuas que hay en ella, cuyo número no deja de producir confusion en un espacio tan reducido. La arquitectura de esta pequeña iglesia no es del mejor gusto: toda es de mármoles y de compo-

siciones que los imitan; la bóveda está pintada al fresco, no sin pesadez y confusion. Hay muchos sepulcros de los señores de la familia de Sangro, príncipes de San Severo, y de sus mujeres, con estatuas del tamaño natural, donde hay algunas de mucho mérito. Hay una figura de la Modestia, cubierta enteramente con un velo, obra de Antonio Corradini, de singular mérito, por haber sabido dar á las ropas que la cubren tan oportunos toques, que manifiestan el bello desnudo del cuerpo; pero me parece que el artífice se equivocó en dar á la figura una actitud atrevida y desembarazada, que destruye el fin que se propuso en cubrirla. La Vénus de Médicis, desnuda como está, es más honesta que la figura de que hablamos: cotejado su traje con su postura, más parece representar la hipocresía que la modestia. Hay otra estatua de un hombre metido en una red, haciendo esfuerzos para salir de ella: esta obra, de mármol, como todas las demás, y de una pieza, es de la más prolija y difícil ejecucion que puede verse, puesto que la mayor parte de la figura está trabajada por entre los claros de la red; no obstante el primor de ella, no corresponde á la imponderable paciencia del artífice. Lo que más se aprecia entre las esculturas de esta capilla, es un Cristo difunto, cubierto tambien con un velo, obra de Giuseppe San Martino, célebre artífice napolitano, muerto de poco tiempo á esta parte. Me pareció esta obra excelente en todas sus partes: el fingido velo de mármol parece transparente, y descubre á la vista el cadáver, que está debajo; se distinguen las facciones del rostro, los brazos, los piés yertos; en suma, todo el cuerpo desnudo, que, con el sudor de la muerte, ó suponiéndose una cierta humedad en el sitio en que se halla, ó lo que es más verisímil, que el velo esté empapado en algun licor aromático, se goza como si estuviera descubierto, engaña los sentidos, fingiendo en el mármol una docilidad y diafa-

nidad que no tiene, y sin la menor violencia ni afectacion reune á un tiempo lo difícil con lo bello.

En la iglesia de Monte Oliveto, gran convento de padres olivetanos, hay buenas obras de escultura de Antonio Rosselino, Benedetto Majano, escultores de Florencia, como tambien de Juan de Nola y Girolamo Santacroce, todos ellos antiguos. En una capilla hay várias figuras del tamaño natural, que representan las tres Marías, San Juan, Josef y Nicodémus, colocadas al rededor de un Cristo muerto: son de barro cocido; los rostros muy bien hechos: el de Nicodémus es retrato de Juan Pontano, y el de Josef, de Jacobo Sannazaro. Hay pinturas de un Francisco Ruviales, español, discípulo de Polidoro de Caravaggio; una buena Asuncion de Bernardino Penturchio de Perugia, y otra de la Vírgen con el Niño, de Fabricio Santa Fede.

Baste de iglesias: correrlas todas sería no acabar jamás. Cesaron ya las molestas lluvias del invierno; el tiempo serena; y si he de ir á la gran Roma, conviene que acabe primero las apuntaciones de Nápoles, las cuales no tendrian fin si hubiese de ir de altar en altar examinando santos y sufriendo llavazos de sacristanes. Hablemos de teatros..... y ve aquí una transicion no ménos violenta que las pasadas.

Hay en Nápoles seis teatros, el de San Cárlos, el del Fondo, el de Fiorentini, Teatro Nuovo, el de San Ferdinando y el de San Carlino, y en ellos ocho compañías de actores, cinco de operistas y tres de cómicos. En cuanto á bailarines, sólo habia, cuando yo estuve, una compañía en el teatro de San Cárlos.

Este teatro está contiguo al Palacio, y nada anuncia en lo exterior su magnificencia: tiene una portada pequeña de muy mal gusto, y una escalera espaciosa, por donde se sube al patio y á los primeros aposentos. Lo interior de la sala es grande y suntuoso; su forma la de una raqueta, y tal es la

de los demas teatros, exceptuando el de San Carlino : el patio tiene setenta piés de largo y otros tantos en su mayor anchura. Desde el piso del patio al techo, igual distancia; el teatro tiene cincuenta piés de ancho, otro tanto de altura y ciento y catorce de largo. Sobre la puerta que da enfrente del teatro está el aposento del Rey, no muy grande, pero bien adornado, con un gran dosel y tallas de oro; pero cuando asiste S. M. al espectáculo, se coloca en un palco inmediato á la scena. La sala está dividida en seis pisos, y en ellos ciento y ochenta y cinco palcos, capaces de contener cuatro personas de frente y cuatro ó seis detras, y bastante espaciosos para poner una mesa y jugar, lo que sucede frecuentemente. Los ornatos de esta sala consisten en pabellones de talla, molduras y arandelas de oro, y una multitud de espejos colocados en el antepecho de los palcos y en los postes que los dividen : cuando se ilumina el teatro, llegan á novecientas las gruesas bujías que arden en la sala, cuyas luces, repetidas por la multitud de espejos, oscureciendo la scena, hacen brillar el numeroso concurso que asiste; y producen bella confusion la variedad de los trajes y adornos y las piedras preciosas con que en tales ocasiones se adornan las damas. En los dias ordinarios no hay luz en la sala, siendo suficiente la que despide el teatro mismo. En el patio, donde hay asientos para cerca de seiscientas personas, no entran mujeres, y esto mismo sucede en todos los demas teatros de Nápoles. En éste sólo se representan óperas heroicas, con bailes en el entreacto y al fin. La orquestra es numerosa y escogida; los actores regularmente de conocida habilidad en el canto, y por lo comun de ninguna inteligencia en la declamacion : no hay que pedir en ellos ni accion, ni gesto, ni decoro, ni propiedad en nada de lo que hacen : salen al teatro para cantar tres ó cuatro piezas de música, no para otra cosa; todo lo

demas lo descuidan enteramente. Los trajes son ricos, impropios é inconexos, inventados, á lo que parece, por quien, ignorando absolutamente la historia y la fábula, ignora tambien las reglas de buen gusto y proporcion. Disformes penachos, tan grandes como el héroe que los lleva; Jason con calzones de terciopelo negro, medias de seda blancas, y sobre ellas el calzado griego; Medea peinada á la última moda, con vaquero y ahuecador, y zapaticos de tacon; los romanos vestidos como los persas, y los armenios como los rusos; en suma, nada hallé en esta parte digno de alabanza. Las nuevas decoraciones que vi, hechas por el pintor Don Domenico Chelli, me parecieron pesadas, confusas, borrachas de colores, sin novedad ni gusto; y hablando en general, encontré en ellas la misma impropiedad que en los trajes: baste decir que en la ópera de *Giasone e Medea*, vi una decoracion que representaba un gran pedazo de ciudad, cuyos edificios todos eran góticos, distinguiéndose entre ellos una grande iglesia, que no parecia sino un antiguo monasterio de benedictinos. Tambien vi en la misma pieza y en la de *Elvira* una escalera magnífica, pintada en el telon del foro, por la cual iban bajando varios personajes; éste, á mi entender, es un error imperdonable: las pinturas del teatro nunca deben representar cosa alguna que necesite movimiento y vida, porque no pudiendo dársela el pincel, destruye la ilusion teatral, léjos de aumentarla por tales medios. En cuanto á las máquinas y su manejo, nada hallé en este gran teatro digno de alabanza: las mutaciones de scena se hacen con lentitud y poca limpieza. ¿Se ofrece poner una estatua enmedio del teatro, un trono á un lado, unas escaleras, un peñasco? Todo esto se lleva á mano de una parte á otra, dejando ver al público las piernas, las manos y áun la cabeza y el gorro del que lo conduce, para que no sospeche que aquello se hace por arte mágica. Cuando se acerca una mu-

tacion de scena, el público lo advierte de antemano al ver que van despojando el teatro poco á poco de estas piezas sueltas: los tronos, los peñascos, las escaleras, todo desaparece ántes que la decoracion se mude. ¡Qué diferencia entre este teatro y el de la Ópera de París, donde la decoracion y la maquinaria habian llegado á lo más delicado y maravilloso del arte!

A estas impropiedades se añaden las que resultan de la distribucion de papeles: ya se sabe que los héroes y semidioses del teatro italiano carecen de test...... César, Pirro, Alejandro, Aníbal, Caton, Teseo, Hércules, domador de mónstruos, todos expresan los afectos de sus terribles ánimos en tiple sutilísimo y agudo: á esta ridiculez se añade otra, nacida del mismo principio. Como no todos los capones son aptos para desempeñar los primeros papeles, y es cosa establecida ya que no ha de tener asomos de virilidad ninguno de los héroes de la scena, acuden al expediente de vestir á las mujeres de hombres; y éstas representan aquellos grandes personajes cuyo nombre no repite la historia sin admiracion y terror. En la ópera de *Giasone e Medea* hacia el papel del atrevido Árgos un capon llamado Correggi, el del Sumo Sacerdote otro capon llamado Falcucci, y el del anciano Eta, Rey de la Cólquida, le hacia la señora Ana Davya de Bernucci. En la ópera intitulada *Elvira* sólo hay cinco papeles de hombre: los dos los hacian los caponcillos arriba citados, y los otros dos la señora Davya y la señora Luisa Negli, quedando sólo el tenor que no hablaba en falsete: los demas guerreros feroces del drama, unos carecian de escr... y testes, y otros anunciaban en su rostro los efectos de la preñez ó los de la menstruacion. Durante el espectáculo, he visto constantemente los entrebastidores ocupados de mujercillas, muchachos, peluqueros, soldados y gentualla, que darian en tierra con la ilusion

teatral, si alguna pudiesen producir dramas tan mal sostenidos en su ejecucion; y los muchachos, descalzos de pié y pierna, atraviesan de un lado al otro inmediatos al foro, y juegan al escondite entre los árboles del monte Ida ó al pié de las columnas que sostienen los pórticos soberbios del Capitolio. Como la scena es grande en demasía, todo parece en ella pequeño y diminuto: las estaturas colosales de los actores ingleses no serian bastante proporcionadas para aquel espacio; pues ¿qué figura harán Scipion ó Aquíles con una estatura delicada y femenil de vara y media, y una vocecilla ridícula de gato hambriento! El defecto principal de este teatro es su extension: exceptuando las tres ó cuatro primeras filas de asientos en el patio y los palcos más inmediatos á la scena, en los demas puestos nada se oye sino el estrépito de la orquestra. Así es tanta la distraccion de los oyentes: ni el drama les interesa, ni pueden oirle: tal vez al llegar un pedazo de música que ha gustado, procuran observar silencio, interrumpiendo el juego ó la conversacion; pero, vuelvo á repetirlo, nada se percibe en no estando muy inmediato al teatro; por más silencio que haya, apénas una quinta parte del concurso podrá oir las palabras de la declamacion ó el canto. La compañía de bailarines es numerosa, con doce papeles principales, veinte y cuatro figurantes y acompañamiento: me pareció que habia en ella sujetos de habilidad, considerando solamente la danza; pero en cuanto á la pantomima, léjos de poder competir ninguno de ellos con los que vi en París años pasados, no me atreveré á compararlos con la Pelosini, la Favier, la Medina, Viganó y algun otro de los que han bailado en Madrid.

En la temporada de invierno, que empezó el dia de San Cárlos y concluyó con el Carnaval, sólo se echaron dos óperas en este teatro, ambas de autores vergonzantes, que no atreviéndose á imprimir su nombre, merecen elogio, ya

que no por su habilidad, á lo ménos por su modestia.

Giasone e Medea, dramma per musica. Llega Jason á Citea, capital de Cólcos. Eta, su hija Medea y toda la Córte le reciben á la orilla del mar, y á los cuatro primeros versos de l pieza, exclama Medea:

> *Quale in sen mi sveglia, o cielo,*
> *Quest' eroe novello ardor!*

Dice Jason que va por el vellocino. Eta le recibe con muestras fingidas de amistad; Medea, que no sabe fingir, procura disuadirle de la empresa, y él no hace caso. Van luégo al templo de Hécate, donde Medea le declara las dificultades que ha de vencer para lograr la conquista del vellon. Jason promete vencer los toros, el dragon y los guerreros que le guardan; Medea, en otra scena, estando presentes los Argonautas, le dice que desde el punto que le vió quedó enamorada de él; vuelve á instarle á que no emprenda tan difícil hazaña, y le llama ingrato y *bene amato*; él se obstina; y toda esta scena pasa delante del Gran Sacerdote, que está *in disparte,* sin que Medea haya reparado en él, concluyendo el acto con un duo. En el segundo acto el Sacerdote, aunque no muy á tiempo, refiere al Rey que Jason robó el vellocino, habiendo superado todos los peligros en virtud de cierto mágico licor con que Medea le bañó las armas. El Rey le dice que ¿por qué no le dió aviso cuando era menester? y el clérigo se disculpa muy mal: en fin, resuelve el airado padre sacrificar á la hija y dar muerte á todos los griegos; pero el poeta, repitiendo el sutil artificio del primer acto, hace que Calciope, hermana de Medea (personaje inútil é insulso á no poder más), oiga *in disparte* toda la conversacion, bien que de este acecho nada resulta. Dispónese, pues, la celada para sorprender á Jason y sus compañeros en el templo de Marte; pero estando en lo mejor

de la funcion, suenan truenos, y se aparece entre relámpagos la sombra de Friso, y dice, cantando, á Jason que castigue al traidor, esto es, á Eta; y ambos responden á la Sombra en dueto, diciendo :

Ahi qual barbaro momento!
Qual tormento e qual terror!

Y esto dicho, la Sombra se vuelve á su escondite, y cada cual se va por su lado. Eta, lleno de miedo, entrega el vellocino á Jason por mano de Medea, sin que se sepa qué necesidad haya de que nadie se le dé, puesto que él le ha ganado por sus puños, y le ha robado del bosque en que estaba; en fin, se le dan; Jason y Medea se dicen mil ternuras delante del anciano padre con todos los lugares comunes de *frena quel pianto*, *ricordati di me*, *io sento mancare il mio valor*, y *partenza amara*, y *che fiero instante è questo!* etc. Vanse los Argonautas. Eta quiere sacrificar á su hija Medea, y en efecto llega el caso de que el Sacerdote se pone *in atto di ferire;* pero llega oportunamente el padre, detiene el golpe, pregunta si están ya dadas las órdenes convenientes para quemar aquella noche la nave de los Argonautas; le dicen que sí, y para echarlo á perder perdona á la hija, que finge arrepentimiento, y es tan majadero, que se fia de ella y la convida á que vaya con él á incendiar la dicha nave de Jason; pero, como no es regular irse sin cantar alguna cosita, la dice gorjeando que *incomincia à vacillar*, como si no hubiese ya vacilado más de lo que era menester; la encarga que *rasserene le pupille*, y se van todos. Eta y el Sumo Sacerdote, y un soldado que lleva una antorcha, salen de noche á ejecutar la difícil empresa, sin tropa que asegure el éxito, y sobre todo, sin haber dejado encerrada á Medea ó habérsela llevado consigo, como ántes habia resuelto; pero el tal Rey habia perdido la cabeza, y desde el principio del

drama á su conclusion sólo piensa y hace disparates. Viene Medea y habla á oscuras con su padre, creyendo ser Jason, y le avisa de lo que se dispone contra él; el padre se descubre y va á matarla; pero llega Jason con todos los suyos, encadenan al Rey, y se da una batalla entre los Argonautas y los de Cólcos, que, aunque vienen tarde, al fin vienen y quedan vencidos. Jason y los suyos se embarcan, habiendo quitado las cadenas á Eta, *che mostra darsi per vinto*, y concluye la pieza con un coro.

No hay para qué detenerse más en manifestar el desarreglo, las inconsecuencias, la ridiculez de una obra tan despreciable. La música era de Gaetano Andreozzi, maestro de capilla napolitano, y pareció bien.

La ópera intitulada *Elvira* es sin duda mucho mejor que ésta, sin que carezca por eso de muchas nulidades; pero tiene á lo ménos una accion bien conducida, con movimiento y agitacion trágica, y el estilo y sentencia no carecen de mérito: está dividida en tres actos; compuso la música el célebre Paisiello, y no agradó.

Nápoles es la escuela de la música, y toda Italia reconoce esta superioridad. Porpora, Vinci, Leo, Scarlatti, Durante, Pergolese, Piccini, Sachini, Jommelli y otros célebres maestros napolitanos que han florecido en este siglo, siendo admiracion y ejemplo á toda la Europa, bastarian para inmortalizar la gloria de su patria en la excelencia de tan difícil arte. Ni los que hoy viven degeneran de sus grandes maestros: continuamente se publican en Nápoles obras estimables que, ocupando los teatros de Italia y los de las naciones extranjeras, manifiestan que en la ciudad de la sirena se estudia todavía la encantadora combinacion del tiempo y los sonidos. Entre todos los maestros de capilla italianos que hoy existen y han compuesto obras para el teatro, la tercera parte de ellos son de Nápoles, y éstos son

precisamente los más estimados. Cimarosa, Paisiello, Tarchi, Tritto, Guiglielmi, Andreozzi, Fioravanti y otros son ya tan conocidos en Europa, que sería inútil querer añadir honores á su fama. Pero ni Nápoles ni lo restante de Italia puede gloriarse de producir poetas dramáticos, cuyo mérito sea ni remotamente comparable al de sus músicos. Los empresarios son los dueños del teatro, y ellos se procuran las obras nuevas, que pagan á precio vil á los escritores hambrientos, que se las presentan á porfía. El Gobierno mira con la mayor indiferencia este ramo de policía, de ilustracion y concepto nacional; el Soberano mismo, que muchas veces se complace en asistir á los principales teatros de la Córte, no ha manifestado hasta ahora particular proteccion á las Musas; ni sus aplausos ni su aprobacion á ciertos dramas indican demasiada inteligencia ni buen gusto en esta materia. Apóstolo Zeno y el inmortal Metastasio enmudecieron ya cuasi del todo, y apénas algunos dramas de este último aparecen de tarde en tarde en alguna ciudad de provincia, y cuasi nunca en las Córtes de Italia, donde se apetecen cosas nuevas; y por más que sean disparatadas y absurdas, se prefieren á las obras estimables de aquel gran poeta. Así es que la música tiraniza el teatro; la poesía, envilecida y esclava, se mira como una parte accesoria y de ménos valor; los hombres de mérito no escriben, porque falta honor, premio, emulacion que los anime; y en vez de *Atilio Regulo*, *Tito* y *Adriano*, sólo se ven obras como el *Giasone*: ni es posible, en tal abandono, esperarlas ménos ridículas. Siendo, pues, la poesía la que sirve á la música, esta arte, roto el límite en que debiera contenerla el poeta, no hallando en los dramas la imitacion de la naturaleza, ó despreciándola tal vez, se abandona al calor de la fantasía, que prefiere la novedad á la sencillez, lo maravilloso á lo verisímil, y á fuerza de talento y estudio produce monstruos.

Tienen razon los italianos cuando sostienen que la declamacion teatral puede y debe sujetarse á los tiempos y sonidos músicos; tienen razon en apoyar esta doctrina con el ejemplo de los antiguos; las tragedias y comedias de Aténas y Roma se sujetaron, no hay duda, á las notas músicas; la declamacion se acompañó con la voz de los instrumentos, y por este medio, sin poder llamarse canto, y siendo más que declamacion natural, debió producir los efectos de una imitacion bien hecha, esto es, de una imitacion que embellece el original y no le desfigura, que añade expresion á la copia, y no destruye la verdad, y que á fuerza de arte aparenta ingenuidad y sencillez. Todo esto es verdad; pero viniendo á la práctica, no hay una pieza, una sola, que puedan presentar para gloriarse de haber reducido á la práctica estos principios: la música italiana, llena de variedad, de pompa, de gracias, de ingeniosos atrevimientos, aplicada al teatro, es una brillante coleccion de inconsecuencias y desaciertos, insufrible á la razon, que examina las obras de las artes con la luz de la filosofía. Ya sea en el género cómico, ya en el heroico, todos los artificios de la música parecen dirigidos á destruir la ilusion teatral. ¿Cuándo se habrá podido creer que la verisimilitud no sea el alma de la imitacion escénica! ¿Quién dudará que éste es el gran precepto que debe observarse, y que todos cuantos enseña la poética y la razon se comprenden en este solo! Y ¿quién no conoce que la música moderna es diametralmente opuesta á los efectos que deberian esperarse de la observancia indispensable de tal principio! ¿Qué quiere decir aquel recitado monótono y fastidioso, aquellos preludios instrumentales, que enfrian y detienen el progreso de la accion en las situaciones más agitadas, aquella lentitud con que expresa el canto los afectos más vehementes, aquellas repeticiones fuera de sazon, donde apura la música todos sus esfuerzos, haciendo agudo

lo que ha de ser grave, haciendo largo lo que ha de ser breve, renovando mil veces una misma idea, dando expresiones distintas y contrarias entre sí á un mismo afecto, amontonando conceptillos, retruécanos y repiqueteado de voces, en vez de expresar con sobriedad, vigor y sencillez las agitaciones del ánimo! ¿Qué importa que haya en tales pasajes variedad, novedad, osadía, invencion, si no hay asomo de verisimilitud en nada; si el músico destruye las fatigas del poeta; si toda la ilusion teatral desaparece al sonar la orquestra, y ella sola inutiliza los encantos de la perspectiva y las luces, la propiedad de los trajes y aparato, el estudio de la gesticulacion, los grupos y actitudes, la composicion de la fábula, la imitacion de las pasiones humanas, la sentencia, el estilo y cuanto han podido producir las artes más seductoras para hacer verisímil la ficcion dramática! Quizás llegará el dia en que alguno de aquellos grandes hombres que el mundo produce de tarde en tarde, prescindiendo de la costumbre, de los ejemplos, de los principios establecidos, sepa levantarse sobre los demas, y dando á la música un nuevo carácter, la reconcilie con la naturaleza, de que hoy se aparta, y reduzca á práctica lo que hasta ahora no ha pasado de mera especulacion; pero ¿cuándo llegará este dia? La corrupcion general de las artes no da lugar á creer que se verifique muy presto.

En el teato *de' Fiorentini* se dan óperas bufas diariamente, y en los mártes y viérnes comedias: la sala es buena, con la misma distribucion que en los demas; aposentos al rededor, y bancos en el patio: buena orquestra, medianos cantores, malos cómicos, exceptuando uno ú otro de mérito; malas decoraciones y malísimas piezas.

El teatro *Nuovo*, casi de igual tamaño que el anterior, de mejor construccion, sirve tambien á otra compañía música, que da óperas bufas, y á la de cómicos establecida en el

pequeño teatro de San Carlino, que en los mártes y viérnes pasa á representar comedias en éste. Los cantores eran ménos que medianos, los cómicos insufribles, las piezas de cantado y representacion lo mismo que todas.

En el teatro del *Fondo* hay una sola compañía de ópera bufa. Buena sala, y buena música instrumental, como en los anteriores.

En el de San *Ferdinando* representan comedias ó cantan óperas bufas alternativamente; ambas compañías eran malas. Buena orquestra: la sala del teatro, aunque más pequeña que las otras, construida con mucha elegancia y gusto: sobre la boca de la scena hay un reloj, como en Milan.

El teatro de San *Carlino* parece un cofre en tamaño y figura: chico, pobre, desaliñado y puerco, y más puercas aún las piezas y la compañía que en él representa, la cual, como ya se ha dicho, pasa los mártes y viérnes al teatro *Nuovo*.

Las óperas bufas que se oyen en Nápoles tienen todo el mérito en la música; la composicion poética es de lo más necio y extravagante que puede verse. Si no fuesen ya tan conocidas en España estas piezas, sería ocasion de hablar largamente de ellas; pero ¿quién, que haya estado en Madrid, en Barcelona ó Cádiz, no sabe ya que toda ópera bufa italiana es un conjunto de tonterías y desaciertos? El músico y los actores hacen de ellas lo que les parece: unas veces quitan las arias ó piezas de música, otras las añaden, otras las alteran, colocando en el primer acto las scenas del último, y llegan á desfigurarlas en términos, que el triste autor que las compuso no las conoceria si las viese: lo peor es que los tales dramas no pierden nada por esta operacion, y tan malos se quedan como se estaban. Otras veces (y esto sucede tambien con las óperas heroicas) echan sólo el primer

acto, y dejan el segundo para ocho ó diez dias despues, como lo vi en Florencia, y otras echan el tercero ó segundo acto ántes del primero si hay algun gran personaje á quien obsequiar, haciéndolo oir los pasajes más interesantes de la pieza, para que pueda irse ántes á su casa; de suerte que tal vez se ve arder á Cartago y arrojarse Dido en las llamas, atravesado el pecho con la fatal espada de Enéas; y despues aparece la misma Dido buena y sana, oyendo la embajada de Yarba y requebrando al hijo de Anquíses. Esto, aunque no lo vi en Nápoles, sucede frecuentemente en Florencia.

Los que componen comedias no son ingenios ménos desastrados que los que se dan á las óperas: escriben para comer, y escriben á pesar de Apolo y las Musas. Años há que fué muy famoso en Nápoles un tal Cerlone, bordador, que, fastidiándose de la aguja, tomó la pluma, y aturdió por mucho tiempo á esta gran córte con desatinados comediones, que corren impresos en varios tomos. Cuando yo estuve, hacia comedias un cómico asmático, hijo de Pulcinella, tan desgraciado en componer como en representar. Goldoni, que, con todos sus defectos, es el mejor poeta dramático moderno de Italia, está ya cuasi desterrado de los teatros; los que tienen talento y disposicion para escribir, no escriben, y hacen bien.

Los bufos de las óperas hablan, por lo comun, en lengua napolitana. En las comedias se han desterrado ya los personajes enmascarados, que ántes eran tan comunes, y sólo queda un resto de ellos en la compañía de Gian Cola, del teatro de San Carlino, donde se ven frecuentemente el señor Tartaglia, Brighella, Colombina y Pulcinella, personaje nacional, que nunca desampara aquella scena. Tartaglia es un viejo, vestido de negro, chupa larga, calzones anchos, una valona redonda, capa corta, sombrero de canal y grandes anteojos: este personaje siempre es tartamudo, y de



Pulcinella Cedrullo.

ahí le viene el nombre de *Sr. Tartaglia*: siempre hace papel de padre, tio ó tutor; le haoen frecuentes burlas, y podria compararse al vejete de nuestros antiguos entremeses. *Brighella* es otra máscara, de la cual se hablará cuando se trate de los teatros de Venecia. *Colombina* no tiene traje particular: es una criada, que habla siempre napolitano. *Pulcinella* es un personaje rústico, que siempre hace papel de criado: habla en napolitano; su traje consiste en un gran camison ceñido por la cintura, unos calzoncillos que le llegan hasta los piés, una media máscara negra con disforme nariz y un gorro de figura cónica, blanco.

Este rústico malicioso es la única máscara nacional de Nápoles. El que hacia este papel en el año de 1794 no carecia de mérito: excelente gesticulacion en aquella parte del rostro que se le ve, movimientos ridículos, voz y expresion acomodada á su carácter, y bastante facilidad en añadir expresiones al diálogo segun las circunstancias. Hacia reir mucho cuando se enamoraba de alguna alta princesa, y se creia favorecido de ella; cuando expresaba el temor; cuando se encargaba de dar un recado y volvia á preguntar lo que le habian dicho, equivocándolo siempre; cuando, no entendiendo el toscano, se reia con desprecio del que le hablaba, persuadido de que el otro ignoraba el buen lenguaje; cuando se ponia á referir algun suceso de muchas circunstancias, y empezaba á confundirse, hasta que por último, quitándose el gorro y haciendo un movimiento ridículo, cortaba la conversacion, sin poder seguir adelante. Tales eran las verdaderas gracias de este actor; pero á éstas añadia mil chocarrerías indecentes, acciones puercas, expresiones y gestos, que en ningun otro teatro se sufririan: taparse el culo con el gorro cuando alguno se le aproxima demasiado por detrás; soplar el culo á los demas, haciendo fuelle del gorro; quitar los piojos de una camisa desgarrada y echárselos al apun-

tador, ó matarlos uno á uno sobre la mesa; alusiones contínuas, ya escritas en su papel ó ya añadidas por él mismo, al culo, á los pedos, á cagar, cuernos, sodomía y otras de este género, no ménos contrarias al decoro del público que á las buenas costumbres y á la modestia.

Véase la lista de las piezas que vi en Nápoles, desde primeros de Noviembre de 93 á mediados de Febrero del año siguiente, en los citados teatros.

ÓPERAS BUFAS.

FIORENTINI.

Le nozze inaspetatte.

Il matrimonio segreto. Aunque muy defectuosa, es la ménos mala de cuantas he visto en Nápoles.

TEATRO NUOVO.

Le nozze in garbuglio. Muy mala, con dos bufos napolitanos.

TEATRO D'IL FONDO.

Le donne dispettosse. Con bufo napolitano.

La audacia fortunata. Muy mala, con bufo napolitano, que dice en el acto primero para expresar el miedo que tiene :

.... ¡Ah Solimano!
Schiaffeame, si aggio torto; ma fra tanto,
Si non me fae mutà da capo à piede,
Giuro al mio tremmolliccio, e lo vedrai,
Che un orribile puzza soffrirai.

TEATRO DI SAN FERDINANDO.

La donna trappolliera. Embrollo ridículo, con disfraces extravagantes é inverisímiles. Bufo napolitano. Segundo bufo, viejo ridículo, tonto, como es costumbre : baja á una cueva, Caronte le lleva en la barca á los Campos Elíseos, y allí, entre otras almas bienaventuradas, ve la de su mujer, con otras necedades no ménos insufribles.

Todas estas óperas están impresas: el que guste de leerlas no dejará de divertirse.

COMEDIAS.

FIORENTINI.

Il Cavaliere di buon gusto. De Goldoni.

La botega dil Café. Idem.

Viene la sua per tutti. Nueva. Muy mala.

Mariti, aprite gli occhi. Nueva. Mala.

Presto ò tardi tutto si scopre, ovvero: Nanci e Tolmin. Traduccion literal de la *Jacoba*, de Comella.

Federico, Re di Prussia. Traduccion literal de la de Comella. Muy aplaudida. Al Rey de Nápoles le gustó mucho, y fué á verla várias veces.

Le gloriose gesta del paladin Rinaldo. Nueva, en verso suelto: una ú otra scena interesante; sin caracteres cómicos, ni vigor, ni turbulencia trágica, dista igualmente de uno y otro género, pero siempre muy superior á las demas.

Questa sera vi aspetto. Nueva. Retazos mal colocados de moral predicable; caracteres inoportunos y mal sostenidos, desenlace tardo é inverisímil, personajes inútiles, alusiones obscenas. No gustó.

L'Anglicismo d'Italia. Nueva. Malísima.

La Tedesca in Italia. Nueva, en verso alejandrino. Personajes inútiles, desunion en la fábula, ningun fin moral. *La Tedesca*, sin carácter decidido, hace reir cuando estropea el italiano. Aun con ser esta pieza bien mala, es de las mejores que vi.

Il Sonnambulo. Nueva. Imitacion de la pieza francesa *Le Sonnambule*. Pesadez en el diálogo, caracteres mal expresados, circunstancias inverisímiles en el desenlace.

TEATRO NUOVO.

Debe advertirse que las piezas que representa en este teatro y el de San Carlino la compañía de Pulcinella, son todas

á cual peor; y siendo inútil detenerse en apuntar los despropósitos de cada una, haré sólo mencion particular de algunas de ellas, conservando los títulos de todas.

Il medico notturno con Pulcinella cieco e muto per la fame. Nueva. Hambre canina, chiquillos que piden pan, reo que van á ahorcar, exclamaciones, insultos á los caseros que piden el alquiler del cuarto. Todo por el estilo de Zavala, Comella y compañía.

Ricardo Cuor di Lione. Traduccion de la pieza francesa del mismo título; sin música, y añadido el papel de Pulcinella.

Pulcinella protetto dalla fata Seraffineta. Nueva. Un gobernador de Taranto, celoso de Pulcinella, le manda arrojar al mar; hácenlo así, y aparece una ballena, que se le traga vivo: esta ballena se transforma en un trono, donde aparece Pulcinella, reclinado en la falda de la fata Seraffineta, que le promete su proteccion, de donde resulta que Pulcinella hace várias burlas á todos, se hace invisible cuando quiere, los harta de palos, etc., con otras mil diabluras. Ésta pieza sería comparable á *Marta* ó *Vayalarde*, si fuese ménos necia, ménos extravagante y puerca. Las máquinas eran tales, que el famoso Avecilla no las haría peores. Gran concurso.

La viva sepolta. Nueva. Impresa.

Il Convitato di pietra. Gran concurso. Es traduccion de la del Maestro Tirso de Molina, tan desatinada é indecente como su original, pero más necia todavía, á causa de las tonterías y despropósitos de Pulcinella en los pesados episodios que la han añadido para hacer lucir á este personaje. Luégo que la estatua y D. Juan desaparecen, se ve el infierno con llamas y garfios y diablos, pintados con cuernos y colas y orejas largas, y el alma de D. Juan Tenorio en cueros, encadenada entre un grupo de demonios que le atormentan: él se queja de las penas que padece, pregunta cuándo se acabará aquello, y el coro de diablos responde en voz lúgubre: *Mai, mai, mai;* y se acaba la comedia.

TEATRO DE SAN CARLINO.

La gara tra i servi con Pulcinella, senator romano.

L'Ebrea con Pulcinella, pittore e corriere straordinario.

L'huomo condannato prima di nascere, con Pulcinella, rivale di Saturno. Sacada en gran parte de *La vida es sueño* de Calderon.

Gian Cola, geloso. Sacada de *George Dandin* y *Le Cocu imaginaire.*

Pulcinella disposto à far bene ed obligato à far male.

L'Inglese frenetico.

Pulcinella servitore de due padroni. Es la de Goldoni, sustituido el papel de Pulcinella al de Truffaldino.

Le due cantatrici.

Il disbarco degli Inglesi nel Canada, con Pulcinella Re de Canadesi. Cosa intolerable.

L'azzardo con Pulcinella, disturbatore del serraglio di Algieri.

La nuova Aloisa à Bordó, con Pulcinella, marito senza moglie.

La finta pazza con la famiglia spropositata di Pulcinella.

La dama demonio e la serva diavolo. Lo que hay en esta pieza de gracioso y natural está copiado de *Dama duende* de Calderon ; lo demas es insufrible.

La caduta del principe Taes con Pulcinella, soldato di fortuna. Hadas, genios, dragones, vestiglos, encantos, transformaciones. Cosa horrenda.

Il Re à la caccia. Impresa.

L'Agà de Giannizzeri.

La strepitosa causa de Pulcinella condannato per aver tre mogli. Traduccion estropeada de *La folle journée*, de Beaumarchais.

Il diavolo maritato à Parigi, con Pulcinella, spedito ambasciatore à Pluto. La misma que vi en Florencia, pero con más desatinos. Hablan en ella Belfegor, Pluton, Pulcinella, Proserpina, Colombina, Radamanto, el mago Zoroástes, el alma de un usurero, la de un abogado, etc., etc.

Amurate Vicerè d'Eggitto con Pulcinella spaventato, etc.

Il gran Bernardo del Carpio. Excede en extravagancias á la de Lope de Vega, intitulada *Las mocedades de Bernardo del Carpio*, de la cual está copiada en la mayor parte. Pulcinella es criado de Bernardo; el Sr. Tartaglia es alcaide del castillo de Luna. Smeraldina sirve á la infanta Arlaja. Bernardo insulta delante del Rey al embajador moro, le da una puñada y le pone el pié en el pescuezo. Pulcinella, que se halla presente, hace lo mismo con otro moro principal, y ademas le rasca el culo con un rallo que lleva de prevencion. Ya se supone que Alfonso el Casto y toda su córte salen vestidos de militar. Los personajes hablan en verso ó en prosa, segun les viene á cuento, como sucede en otras muchas piezas que he visto.

Ogni paso un pericolo, con Pulcinella furbo mal pratico. Es la comedia de Le Sage, *Crispin rival de son maître*, muy desfigurada.

Zemira e Azor. Traduccion de la ópera francesa de este título; sin música; añadido el papel de Pulcinella.

Il disoluto punito, con Pulcinella, guerriero poltrone.

Il gran mago Aristone vinto dalla maggia di Pulcinella. Estando Pulcinella para ser arcabuceado, sale de un sepulcro la sombra del Rey de Tébas y le da una vara mágica, para que con este auxilio se oponga al Mago Ariston, que trata de usurpar el reino. En efecto, cuantos encantos dispone el citado nigromante, otros tantos deshace Pulcinella, que va invisible de una parte á otra, abrazando á las mujeres y apaleando á los hombres; atraviesa el mar, caballero en un delfin; convierte una casa en un coche de camino, un trono en una jaula, y un libro en un dragon: con estas habilidades no hay que admirar que restablezca en el trono de Tébas al sucesor legítimo, muy á satisfaccion de Colombina y del Sr. Tartaglia, que tambien entran en este absurdo fabulon.

Quanto è difficile guardare una donna. Es la misma fábula que la de *No puede ser guardar una mujer* de Moreto; con la añadidura de Pulcinella, que se finge caballero español y

habla en castellano chapurrado. La academia poética, la escena del sastre, la del retrato perdido, el accidente de Tarugo y el desenlace, todo está, poco más ó ménos, como en su original, exceptuando las gracias de aquél.

La nobiltà in servitù, con Pulcinella, cavaliere spropositato. Malísima, con algunos pasajes imitados de *El Amo criado* de Rojas.

Se parlo son pietra, con Pulcinella, asino imaginario. Un cierto Rey, yendo á caza, mató un cuervo que estaba sobre un sepulcro: este cuervo se transformó en una hermosa doncella, que, aunque muy agradecida al Rey por haberla desencantado, le anunció que aquella muerte del cuervo sería orígen de grandes males á él y á su familia. Desde aquel punto el pobre Rey vive sin descanso, agitado de ideas y visiones terribles. Su hermano Emilio, que habia ido á correr el mundo para traerle una esposa que le aliviase en sus tristezas, vuelve trayendo consigo á una bella princesa, hija del Rey de Damasco, que la ha robado con astucias. Parécele muy bien al Rey, y resuelve casarse con ella inmediatamente; pero hallándose solo Emilio, se le aparece el Rey de Damasco, que, además de tener un genio maldito, es nigromante, y le dice, entre mil injurias, que en venganza del desafuero que se le ha hecho robándole á su hija, aquella noche un tremendo dragon le hará mil pedazos; y añade que si él intenta revelar este secreto, así que hable quedará convertido en piedra: de aquí resulta el enredo de la fábula. Emilio estorba por cuantos medios le ocurren el casamiento de su hermano; pero éste, creyendo que lo hace por estar enamorado de la Princesa, se casa con ella á toda prisa, no obstante que al celebrarse en el templo la ceremonia se oscurece el cielo, suenan truenos, caen rayos y tiembla la tierra. Emilio, siempre constante en su buen propósito, se introduce la noche de la boda en un cuarto inmediato á la alcoba de los novios; y al bajar por el aire la gran serpiente, empieza á darla de cuchilladas, á cuyo estrépito sale el Rey y toda la Córte: el serpenton se escapa mal ferido; el Rey, ofendido en extremo contra su hermano,

le condena á morir, y á Pulcinella, por unas cuantas majaderías que le dice, le manda sacar los ojos. Estando en la cárcel los dos reos, se aparece el Rey nigromante; encarga á Emilio nuevamente que no descubra el secreto, y á Pulcinella le promete que si algo dice de lo que acaba de oir, le convertirá en borrico. Vase el Rey de Damasco, y viene el otro Rey con todos los cortesanos. Emilio quisiera que Pulcinella declarase lo que hay en el caso; pero éste, por el temor que tiene de quedar transformado en burro, guarda alto silencio. Emilio se determina á hablar: refiere los motivos que le han inducido á querer dilatar las bodas; declara la enemistad del Rey mago, la venida del dragon, y cuanto hay en el asunto; pero al acabar su relacion queda convertido en una estatua de mármol blanco. El Rey se desespera; quiere matar á Pulcinella porque no habló, quiere morir al pié de la estatua, quiere matarse; pero el Rey de Damasco se aparece otra vez, diciendo que, ya que no ha logrado, como queria, su venganza, le propone un medio de restituir la vida á su hermano: le da un puñal, dícele que con él mate á la Princesa, su esposa, y al punto Emilio resucitará. El Rey no se determina á esta accion cruel; la Princesa llora y gime y enternece al bárbaro padre, el cual, tocando con la varilla de virtudes la estatua de Emilio, le restituye su forma y vida; y hecho esto, dice que detesta la magia y que de allí en adelante quiere ser hombre de bien y no hacer más diabluras; abrázanse todos y se acaba la funcion.

El viaje de Pozzuoli y Bayas, á corta distancia de Nápoles, es uno de los más interesantes para quien tenga alguna idea de la fábula y de la historia. Atravesando la gruta de Posilipo se halla un hermoso camino, que conduce á la ciudad de Puzol, dejando á la derecha, entre unos montes que le coronan, el lago de Agnano, y á su orilla la *Grotta del Cane*, pequeña cueva abierta en la falda de un monte, donde muere cualquier animal que respira su aire mefítico; las

luces se apagan, y corre la llama con direccion paralela al suelo, hasta que sale por la puerta de la gruta. A un tiro de fusil de este paraje están las estufas de San-German, que consisten en una casa con várias habitaciones pequeñas, llenas de vapor caliente y húmedo, que sale de la tierra y excita sudor abundante: las paredes de estas estancias están cubiertas de una costra de alumbre y azufre y materias salinas que trae consigo aquel vapor. Para darle salida hay en cada una de estas estufas un cañon en el techo, semejante al de una chimenea; los montes que rodean este lago son abundantes en caza. Siguiendo el camino de Puzol sobre la orilla del mar, se ve á la izquierda la extremidad del monte de Posilipo, y á corta distancia la pequeña isla de Nísita; á la derecha, subiendo una gran cuesta, se ve la Solfatara, que no es otra cosa que la crátera de un volcan apagado, con una sola entrada. Una llanura de cerca de doscientas y cincuenta toesas de largo, con menor anchura, de figura oval, rodeada de peñascos volcánicos, con pequeñas aberturas en ellos, que áun despiden calor, y algunas vapor espeso, entre el cual se ven llamas muchas veces durante la noche; hay una, entre las demas, que arroja vapor sulfúreo en mucha abundancia, depositando en las rocas inmediatas gran cantidad de azufre, alumbre y sal amoniaco, que forman hermosos colores á la vista. Aproximándose á las hendiduras del monte, por donde sale este humo, no puede resistirse el calor, y se oye dentro de las cavernas un ruido contínuo, como el que formaria una gran porcion de aire rarefacto saliendo por un conducto estrecho. Todo este paraje está compuesto de lavas ligeras, pómez, escorias y demas productos volcánicos, espongiosos y aptos á repetir el eco por su materia y la forma casi circular de la crátera, de manera que al tirar al suelo una piedra de diez ó doce libras, produce un ruido semejante al de un cañonazo. Esta

es la antigua Flegra: aquí fulminó Júpiter á los gigantes, hijos de la Tierra; aquí fué la desigual porfía; aquí cayeron precipitados entre los montes soberbios que levantaban para escalar el Empíreo; aquí fue el destrozo horrible: tronó airado el hijo de Saturno, y perecieron los rebeldes Titanes. Áun se ven las ruinas espantosas: las montañas quebrantadas y abiertas, las cenizas, el humo, el fuego mal extinguido, y el estruendo que se oye resonar en su concavidad profunda, nos acuerdan todavía la gran victoria. En Puzol, distante una milla de este sitio, se ve un resto del templo dedicado á Augusto, sobre cuyas ruinas se edificó despues la catedral. En una plazuela hay un pedestal, que parece haber servido á una estatua de Tiberio, segun lo manifiesta la inscripcion; monumento costeado por catorce ciudades del Asia menor, cuyas figuras están esculpidas, en bajo relieve, al rededor de dicho pedestal, aunque ya muy estropeadas. Se ve en ellas grande estudio de ropajes y actitudes; debajo de cada una está grabado su nombre: los que pueden leerse son Thenia, Magnesia, Philadelphia, Tmolus, Epheso, Lemnos, Myrina, Apollonidea, Cesarea y Cybira. Las ruinas del templo de Júpiter Sérapis son uno de los bellos monumentos que allí existen, aunque muy destruido, y mal conservado por su poseedor. Todo él estaba revestido de mármoles, y se han hallado estatuas y urnas de excelente labor: su forma es cuadrángula; en medio se levanta un piso circular, donde se conoce que hubo una rotunda sostenida por columnas al rededor; por la parte de adentro se ven todavía cuarenta y dos estancias cuadradas, pequeñas, en cuyas paredes hay todavía pedazos del mármol de que estaban cubiertas: en el ingreso quedan en pié tres hermosas columnas de mármol cipolino, lisas, de cuatro piés y medio de diámetro. Todo anuncia la magnificencia y gusto de esta obra; y en cuanto á su objeto, me parece más pro-

bable la opinion de los que creen haber sido el templo que Diocleciano dedicó á las Ninfas: las piezas cuadradas que hay en él no parecen habitaciones de los ministros del santuario, sino pequeños oratorios, en cada uno de los cuales estaria quizas la estatua de una ninfa. En un gran pedazo de mármol se ven todavía várias labores formadas de pámpanos enlazados, y entre ellos cabezas de perros; por otra parte, no se halla cosa alguna que tenga relacion con Júpiter: dícese que en el templo de las Ninfas habia una fuente, y éste está todo encharcado con el agua que se derrama de cañerías rotas y destruidas que hay en él. Las columnas de que he hecho mencion están taladradas por animales marinos, lo cual supone que en otro tiempo el mar cubrió la mayor parte de aquel edificio, habiéndose retirado despues: esta diferencia de nivel es muy grande; sin embargo, los agujeros de las columnas no permiten dudar la certeza del hecho. Siguiendo la costa que está á la extremidad del golfo de Puzol, se dejan á la derecha unas ruinas pequeñas y confusas de la casa de Ciceron, que él llamó Academia, y no léjos de allí estuvieron los huertos de Cluvio, de Pilio y Léntulo; hoy nada existe. Más adelante se ve una montaña de más de trescientos piés de altura, llamada *Monte Nuovo*, que salió de la tierra en 19 de Setiembre de 1538, con grande estremecimiento y ruido, y erupciones de fuego, piedras y cenizas, sepultando enteramente el lugar de Tripérgola: en su cima se ve una gran profundidad, de cerca de una milla de circunferencia, y en muchas partes del monte se percibe todavía calor y olor sulfúreo. A poca distancia de él, caminando por una estrecha senda, se baja al lago Averno, rodeado de montañas por todas partes, que en verano, heridas del sol, despiden ardor insufrible. Esta circunstancia, y la de estar antiguamente estas alturas coronadas de espeso bosque, junto á las exhalaciones sulfúreas que todo

aquel terreno despide, pudo contribuir á hacerle inhabitable y horrible, donde, segun los historiadores y poetas, ni hombres ni animales podian existir. Las aguas del lago carecian de peces; las aves que atravesaban por el aire caian muertas; todo el recinto, solitario, contagioso, infernal, anunciaba los horrores de la muerte. Agripa, y despues Augusto, hicieron arrasar los bosques, á cuya densa espesura, que interrumpia el curso del aire, se atribuyó lo malsano del sitio: hoy se pescan en el Averno peces sabrosos; las aves anidan en sus riberas, y cantan alegres, y el labrador ve en sus colinas ondear las mieses y ceder con el peso del fruto los alegres pámpanos. A la parte oriental del Averno hay una estrecha boca, por donde se entra á la gruta de la Sibila, excavacion subterránea semejante á la de Posilipo, por donde se dice que la Sibila Cumana pasaba desde aquella ciudad á hacer sus conjuros en este lago; á pocos pasos de su entrada se halla la habitacion de la sibila: bajamos á ella llevando en las manos hachas de pez, conducidos por unos hombres que nos llevaron á cuestas. Un callejon torcido, estrecho, ahumado, tenebroso y húmedo, da entrada á unas estancias subterráneas pequeñas, con media vara de agua que cubre el suelo; se ven adornos de estuco en ellas, y algunos restos de mosaicos; dos baños de piedra; puertas y galerías cegadas ya con la tierra y piedras que han caido del monte que cubre aquella habitacion espantosa. Si la Sibila invocaba en ella los manes, ó daba desde aquellos senos profundos equívocas respuestas, no es de admirar que la fantasía, acalorada con las ideas de religion y conturbada con el terror que tal lugar inspira, creyese mirar presentes los senos del abismo, oyese crujir las ruedas y máquinas de sus tormentos, bramar los mónstruos, y viese vagar sin descanso las sombras pálidas y sacudir sus antorchas las implacables Furias, ceñida su frente de irritadas víboras.

Saliendo otra vez de aquel sitio y caminando por la gruta hácia el Sur, se sale cerca del lago Lucrino, tan celebrado por sus ostras, que hoy dia es muy pequeño, habiendo quedado cegada y seca la mayor parte de él con la erupcion del Monte Nuevo, de que se ha hecho mencion : tiene comunicacion con el mar, y está cerrado con tapias para la pesca del Rey: cerca de él estuvo el puerto Julio; pero ya nada existe. Dando la vuelta por aquella parte hácia el lado occidental del golfo de Puzol, se ven las ruinas de lo que llaman Baños de Neron, donde hay una gran sala, en bóveda, con varios compartimientos de estuco, y en ellos bajos relieves, entre los cuales se distingue aún el robo de Europa. Las estufas de Tritoli consisten en un edificio subterráneo lleno de vapor húmedo y caliente, semejante al que se ve en las de San German; fueron muy célebres en la antigüedad, y hoy dia acuden con frecuencia los enfermos á procurarse en ellas el sudor que, segun dicen, es muy á propósito para várias dolencias. En la parte de donde procede este vapor se halla una agua salada y caliente como si acabase de cocer, donde se endurecen huevos en pocos minutos. Toda la costa de Bayas fué en otros tiempos un país de delicias, de opulencia y lujo: la bondad del clima, la fertilidad del suelo, la abundancia de aguas minerales que por todo aquel terreno se encuentran, hizo que en los felices tiempos de Roma (si pueden llamarse felices aquellos en que, dejando de ser virtuosa y pobre, fué viciosa y opulenta) las ciudades de Cúmas, Bauli, Bayas y Puzol fuesen frecuentadas de los más poderosos, que las adornaron con edificios soberbios, derramando en ellas los tesoros del mundo oprimido. Ya no existen ni los palacios, ni los baños deliciosos, ni los templos, ni los jardines, ni los sepulcros; las ciudades populosas desaparecieron; todo es destrozo y ruinas : las higueras y tenaces hiedras y ásperos arbustos crecen entre los mármoles que-

brantados de tantos desplomados edificios; sobre los restos del sepulcro de Agripina se ven chozas humildes; el templo de Diana y el de Vénus *Genitrix* apénas conservan lo que basta para inferir su forma y su grandeza: en el primero se ve un pedazo de la gran cúpula que le cubria, y en unas estancias inmediatas al segundo quedan todavía bóvedas de estuco en compartimentos, con muchas figuras de bajo relieve, cuyas formas y actitudes anuncian haber sido aquel paraje dedicado á la madre de Amor. El templo de Mercurio, mejor conservado que los anteriores, consiste en una rotunda de bella proporcion, muy semejante á la de Roma, con gran tronera circular en medio de la cúpula, para dar luz al suelo, y las paredes están cubiertas de plantas silvestres, que ofrecen á la vista formas pintorescas. A la parte de Poniente, caminando hácia el sitio en que estuvo Cúmas, se halla el Aqueronte, y siguiendo la costa del golfo de Puzol, sobre una altura, se ve el castillo de Bayas y su pequeño y seguro puerto; más adelante las ruinas del templo de Hércules, ya rodeadas del mar por todas partes: allí se dice que murió Agripina, asesinada por órden de su hijo. Por toda esta costa estuvieron los palacios de Pompeyo, los de Julio César, Mario, el facundo Hortensio, Julia Mammea, Pison y los del voluptuoso Luculo, en los cuales murió Tiberio: el mar rompe sus ondas con estruendo en las ruinas dispersas que coronan su orilla, y los peces, mudos, desovan en las estancias de tantos trastornados alcázares. Donde estuvo la ciudad de Bauli hay un lugarcillo pequeño y pobre: lo que llaman *Mercato d'il Sabbato* parece haber sido sepulcros; los muchos vasos cinerarios que se han hallado en aquel paraje lo confirman: cerca de allí están los Campos Elíseos, terreno de corta extension, á orillas del mar, con viñas: país desierto, donde en el estío los vapores de agua encharcada esparcen conta-

gio y muerte. La gran cisterna, que llaman *Piscina mirabile*, es un edificio subterráneo, digno de la grandeza romana, destinado, segun parece, á conservar el agua para la armada naval del puerto de Miseno; está sostenida esta fábrica por cuarenta y ocho postes de grande altura: en el techo se ven las troneras por donde sacaban el agua: las gentes del país arrancan pedazos de sus paredes, que se labran en Nápoles, y tienen la dureza y brillantez del mármol. Más adelante hay otro edificio semejante á éste, pero con grandes callejones, que parece tuvieron comunicacion con el mar: llaman á esto *Le cento Camerette*; se ignora el destino que tuvo en su orígen; unos quieren que fuese cárcel, otros almacen. Subiendo á una pequeña altura que está inmediata, se ve á lo léjos el Vesubio y Soma, que levantan sus ásperas puntas; detrás de la fértil cordillera de Posilipo, Caprea y la pequeña Nísita, el golfo de Puzol, la ciudad y el antiguo muelle que equivocadamente llaman de Calígula, cuyos restos bate el mar; al Norte el Lago Lucrino, el Monte Nuevo, el Monte Bárbaro, celebrado por sus vinos, el alto castillo de Bayas; y al Mediodía el promontorio de Miseno, quedando á la derecha, en mayor distancia, la pequeña isla de Prócida y la de Ischia peñascosa, llena de volcanes destruidos, y abundante en minas.

Hay en Nápoles una célebre Cartuja, dedicada á S. Martin, sobre un monte que domina la ciudad, é inmediata al castillo de San Telmo: parece que las bellas artes han enriquecido á porfía la iglesia y el convento, donde se admiran más de cien cuadros del célebre español Josef de Rivera. La fábrica y forma exterior de este monasterio nada tiene de regular; la iglesia está adornada por el gusto moderno: toda de mármoles, y el pavimento de graciosas labores de la misma materia: los capiteles de las pilastras me parecieron pesados, de muy mal gusto. El techo está pintado por

Lanfranco, como tambien un Crucifijo en el coro: todo ello me pareció de un tono de color poco agradable. Los cuadros de mayor mérito que hay en esta iglesia son de Rivera: Moisés y Elías á los lados de la puerta principal, y doce profetas en los entrearcos de las capillas. En el coro hay cinco grandes pinturas, una de ellas del citado autor, otra que representa el Nacimiento, de Güido Rheni: gracia y exactitud de dibujo, buenas cabezas, colorido flojo y monótono, que hace creible la opinion de que el autor no dió á esta obra la última mano: los tres cuadros restantes me parecieron mal, por el tono oscuro de color que domina en ellos; lo mismo puede decirse de otros dos más pequeños de Solimena, que hay en una de las capillas. Yo creo que el estudio de las luces y el colorido en la pintura equivalen al estilo y diccion poética: de nada sirve un buen plan, lleno de invencion y correccion, si le acompaña un estilo duro y tenebroso como el de Villamediana y Silveira. La sacristía parece un exquisito gabinete: tal es la multitud, delicadeza y buen gusto de sus adornos; hay en ella muy buenas pinturas de Josef de Arpino, un fresco de Jordan que representa el triunfo de Judit, y otros asuntos del Viejo Testamento, y en un altar, el célebre cuadro de Rivera, en que pintó á Jesucristo muerto, la Vírgen, S. Juan, la Magdalena y algunos ángeles. Esta obra es una de las más estimadas de aquel artífice: diseño, colorido y expresion, todo es admirable en ella. La vista que se goza desde un pequeño Belvedere de este convento es inapreciable: toda la ciudad de Nápoles, que está á los piés del monte; Posilipo á la derecha; los montes de Tifata, Soma y Vesubio, á la izquierda; Caprea enfrente, y en medio el golfo.

CUADERNOS CUARTO Y QUINTO.

La Academia de Ciencias y Bellas Letras de Nápoles, fundada muchos años há por el Rey actual, no existe sino en la *Guia de forasteros* : sus estatutos me parecieron muy mal, sin claridad, sin órden, sin tocar aquellas máximas fundamentales en que estriba la solidez y utilidad de tales establecimientos. El Mayordomo Mayor del Rey es presidente nato de esta Academia; los mayordomos de semana, los consejeros y presidentes de los tribunales, son académicos de ella en virtud de sus empleos, para lo cual es menester haber supuesto una de dos cosas : ó que la sabiduría va siempre indispensablemente unida á las pelucas, á las togas, á las golillas, cruces y uniformes, ó que basta que los individuos de tales cuerpos sean ilustres por su nacimiento ó su fortuna, y no por su mérito literario. Así es que hasta ahora, y únicamente en fuerza de la actividad del secretario de ella, D. Pedro Napoli Signorelli, sólo se ha publicado un tomo de sus Memorias; pero de nada sirve el celo de un individuo para organizar un cuerpo que por instantes se arruina : no hay libros, no hay instrumentos, no se celebran juntas, no se observa órden ni método en nada. El Príncipe de Belmonte fachendeó durante su presidencia, y tuvo el arte de no hacer cosa buena, ni consentir que otros la hiciesen. Su sucesor, el Marqués del Vasto, prometió grandes cosas; pero hay motivos de creer, segun lo que despues se ha

visto, que el letargo en que yace la tal Academia durará por mucho tiempo todavía.

En Nápoles, como en todas partes, abundan los versificadores, y son muy escasos los buenos poetas. Don Luigi Serio, poeta de la Córte, el abate Pazziani, el canónigo Sylva y algun otro escribian, cuando yo estuve, por el género Iriartino. A Mathei, traductor de los *Salmos*, le hallé muy desacreditado entre las gentes de buen gusto.

Los macarrones de Nápoles son famosos en Italia y Europa; las guitarras que allí se hacen, muy buenas y baratas, y las cuerdas de instrumentos; de pocos años á esta parte se ha adelantado el arte de hacer coches, en términos que pueden los de Nápoles competir con los mejores de cualquiera otra parte, ya sea por su ligereza y gracia en el diseño, ya por el buen gusto en la pintura y adornos, ó por sus hermosos charoles. En esta ciudad se hacen unos coches de cuatro asientos, que llaman *canestra*, que, siendo perfectamente cerrados como los comunes, se abren con mucha prontitud cuando es necesario, y quedan sin lados ni techos, formando, poco más ó ménos, la figura de un barco; y esto hace que sean muy cómodos para viajar en cualquier tiempo. Los caballos de coche que se usan en Nápoles son casi todos muy pequeños, pero de gran resistencia; muchos de ellos son hermosísimos, y los que ponen en los calesines, muy corredores. En cuanto á golosinas, puede esta ciudad competir con la más regalona de Europa; sus diabolines, pistaches y demas drogas de este género son excelentes; sus sorbetes, de lo más delicioso; y sus pasteles y empanadas dulces, que pasan de las delicadas y virginales manos de las monjitas á las voluptuosas mesas de los poderosos, vivirán eternamente impresas en mi memoria.

Si es posible reconocer un tipo nacional de formas en una Córte situada á orillas del mar, y dominada sucesiva-

mente por naciones distintas, yo diria que los napolitanos son de más que mediana estatura, delgados, de color trigueño, rostro prolongado, frente espaciosa, cejas pobladas, ojos pardos, nariz larga y corva, boca grande, labios gruesos; son de ingenio sutil, muy habladores, de carácter alegre y burlon. Sus mentiras, su perfidia, su holgazanería, su credulidad religiosa, sus venganzas aleves, y en suma, los demás vicios que en ellos se notan, léjos de atribuirlos á causas físicas, pienso que dimanan únicamente del Gobierno y la educacion.

5 *de Marzo de* 94. Salgo de Nápoles á la una y media de la tarde en posta; y siguiendo el mismo camino que traje, sin detenernos en parte alguna, llegamos á Roma el dia siguiente á las cinco y media de la tarde: importó el viaje quince duros, mitad del coste total.

Al entrar en esta ciudad, viniendo de Nápoles, se observa desde luégo la enorme diferencia que existe entre el número de habitantes de las dos, puesto que en 93 los de Roma llegaban sólo á ciento sesenta y cinco mil trescientos diez y seis. La circunferencia de sus muros es la misma, poco más ó ménos, que tenía en tiempo de Aureliano, el cual la cercó y fortificó, por temor de los bárbaros, que amenazaban ya con irrupciones á aquella capital del imperio; y si parece imposible que en la citada circunferencia cupiesen tantos habitantes como tuvo esta ciudad en los tiempos de su grandeza, debe considerarse que la parte que rodeaban sus muros no era más que una pequeña porcion del todo, puesto que algunos creen que llegaba desde Otricoli al mar; lo cierto es que Tívoli, Palestrina, Albano y el puerto de Ostia formaban parte de ella, y todo era necesario para la inmensa poblacion que tuvo. Tácito dice que en tiempo de Claudio se contaban seis millones novecientos y cuarenta y cuatro mil ciudadanos. Hoy dia no sólo está contenida

dentro de los citados muros, sino que en este recinto hay muchos pedazos desiertos, y ya son llanuras cubiertas de yerbas, huertas y viñas, lo que en otro tiempo era la parte más habitada de la ciudad: esto se ve particularmente hácia el lado del Sur y el de Oriente, en las inmediaciones del Coliseo, San Juan de Letran, Santa María Mayor, la Cartuja y Villa Albani, donde hay espacios dilatados en que sólo se ven tapias, casas de campo y algunas iglesias. La parte más poblada de la ciudad es la que está entre la puerta del Pópolo, Plaza de España, el Campidoglio y el Tibre; y al otro lado del rio, las cercanías del Vaticano y parte del antiguo Janículo. Esta extension sería capaz, no obstante, de contener una triplicada poblacion; pero toda está llena de grandes templos, conventos, colegios y palacios, que, ocupando mucho terreno, sirven de morada á muy pocas personas. Estos grandes edificios dan á la ciudad un aire de magnificencia que no se halla en otras; y es menester confesar que si tal vez la moderna Roma no anuncia en ellos aquel gusto y delicadeza griega, aquella hermosa y rica sencillez que tanto se admira en los antiguos, no ha perdido del todo el carácter grandioso, que es tan necesario á unas obras dedicadas á los poderosos de la tierra ó á la misma Divinidad. Pero este carácter, consideradas con atencion las fábricas modernas, más existe en las dimensiones que en las formas, debiendo ser al contrario: los modernos, con mayores medios, producen efectos menores. Además de estas grandes fábricas, adornan mucho á Roma sus fuentes, sus columnas y obeliscos, todos ellos situados ventajosamente, ó en grande altura, ó en sitios desembarazados y espaciosos. Las calles son, en general, bastante rectas y anchas, bien empedradas, y llano el terreno, exceptuando una ú otra altura, como, por ejemplo, la subida del Monte Quirinal. Hay poca limpieza en calles y plazas, y en las noches que

no hay luna, toda la ciudad yace en oscura tiniebla. Es muy notable la falta que hay en ella de paseos públicos: Campo Vaccino y los altos de Santa María y San Juan de Letran no son más que descampados tristes, donde sólo se ven grandes iglesias ó grandes ruinas; el paseo de los coches, fuera de la puerta del Pópolo, es un callejon estrecho, con tapias á los lados, donde no hay un solo objeto agradable á la vista; y á no apartarse mucho de la ciudad, no se gozan las orillas del Tibre. El único recreo que tiene la gente de á pié son los dos jardines llamados Villa Médici y Villa Borghese, ambos situados á un extremo de Roma, y sólo frecuentados de los que viven en sus cercanías. El concurso que asiste á ellos nunca es correspondiente á la poblacion, puesto que la vanidad ha llegado á tal extremo en Roma, que se considera como mujer vulgar la que se pasea por la tarde á pié; y hay clases enteras á quienes condena esta ridícula opinion á estarse en casa en los dias más hermosos. La pasion del coche es una de las más vehementes en las mujeres romanas. Las Lucrecias más castas (si hay alguna) no resisten á un coche de cuatro asientos. Así es que, como no hay dinero para tanto, los paseos de Roma se componen de la primera ó la ínfima clase; la primera en coche, y la segunda á pié: los que no pertenecen á ninguna de las dos están condenados á clausura violenta. Por la mañana es permitido á hombres y mujeres, de cualquiera condicion que fueren, usar de sus piernas; por la tarde hay prohibicion absoluta, so pena de confundirse con la gente ordinaria. Hay en Roma mucha vanidad y mucha miseria, mucha hipocresía y muchos vicios.

Entre los varios estados que dividen la Europa, unos cultivan en paz su terreno fértil; otros deben su existencia á las artes mercantiles, que ejercitan; otros cubren el mar de naves, y traen de la más ignorada parte del mundo los fru-

tos, necesarios ya para satisfacer nuestro lujo y disipacion; otros, dueños de metales preciosos, adquieren por ellos cuanto les falta; y otros pelean y vencen. En Roma, como su gobierno es electivo, y nadie ocupa la silla pontificia, que pueda prometerse (en una edad decrépita por lo comun) largo reinado, todo sistema de prosperidad pública que necesite constancia y tiempo, ó no se adopta, ó si se emprende, se malogra ó se inutiliza.

Difícilmente se hallarán en otra parte maridos de mayor mansedumbre, esposas más suaves y fáciles, doncellas ménos urañas: cualquier extranjero que se introduzca un poco en Roma, sabe al instante una multitud de anécdotas curiosas y alegres sobre esta materia. En suma, la historia secreta, si así puede llamarse, de estas ilustres Mesalinas da materia abundante á la instruccion de cualquier extranjero, que la oye correr de boca en boca, ó tal vez la ve celebrada en canciones, fruto de la ociosidad y de la ingeniosa murmuracion.

Cualquiera que guste de ver un espectáculo propio de Roma, pasee sus calles en las mañanas frescas de Abril, Mayo y Junio, y verá una hermosa y alegre juventud atravesar por ellas con tal destino. Esta ciudad, bien diferente de París, Lóndres, Venecia y Nápoles, no ofrece á la vista aquellos objetos de prostitucion que tanto suelen ofender los ánimos castos; la razon es clara: ¿cómo ha de haber mujeres públicas donde las casadas y solteras sin peligro y sin escándalo ejercen este oficio? ¿para qué ha de haber alcahuetes donde hay maridos tan poco espantadizos, padres indulgentes y dormilones, madres y tias que con tal inteligencia saben instruir en los misterios de amor á sus tiernas alumnas? Este es el mayor exceso á que puede llegar la corrupcion de las costumbres, tanto más funesto cuanto más disimulado, y tanto más general cuanto

ménos se advierte á primera vista. En Roma son frecuentes los robos y asesinatos, y el Gobierno... poco diligente en reprimir tales excesos: cuando no hay parte que pida, la justicia no obra, y deja sin castigar el delito; las disputas de las tabernas se acaban á rejonazos. Cuando yo estuve en aquella córte, oí decir que desde el principio del pontificado de Pío VI se contaban en el estado papal diez y ocho mil muertes.

Sería inútil é imposible hacer aquí una completa descripcion de Roma; porque, ni todo lo he visto, ni entiendo de todo, ni hay cosa en ella que no esté explicada y juzgada ya en las muchas obras que se han escrito con este fin, y que son tan conocidas generalmente.

La iglesia de San Pedro es, sin duda, la mayor, la más bella y más rica de la cristiandad: ¡qué pequeñas son, comparadas con ella, la del Escorial y San Pablo de Lóndres! He oido decir que si este edificio fuese más chico, pareceria más grande, y así es la verdad: si no hubiesen dilatado la nave, haciendo cruz latina la que fué cruz griega en su principio, se gozaria más la gran cúpula, y las laterales que la acompañan no estarian cubiertas, como hoy lo están, con la fachada que en gran parte las oculta; añádase á esto que este edificio carece de puntos de vista: la inmensa plaza que tiene delante no es suficiente, y sería menester echar al suelo una gran porcion de casas, y áun dar una grande elevacion al terreno, para que, á mayor distancia y mayor altura pudiese gozarse aquella gran fábrica. La columnata circular que forma la plaza es de lo más bello y magnífico que puede verse: se compone de doscientas ochenta columnas, de mayor diámetro que las del pórtico de la Academia de Ciencias de Madrid (1); las noventa y ocho estatuas que están

(1) El Museo del Prado.

colocadas sobre la cornisa son gigantescas; las dos fuentes que por un conjunto de surtidores despiden aguas abundantes; el obelisco egipcio que ocupa el centro de la plaza, de granito oriental, sin jeroglíficos, de una sola pieza de setenta y cuatro piés de largo, que, colocado sobre el pedestal, llega á ciento veinticuatro piés de altura; la gran fachada que se ve al frente, con la magnífica escalera que conduce á ella, y la soberbia cúpula que corona el templo, todo es grande, todo sorprende y admira, todo anuncia que aquella es la primera basílica del orbe cristiano, dedicada al Príncipe de los Apóstoles por el Vicario de Jesucristo. Entrando en ella no se forma idea justa de sus dimensiones hasta que por partes se va examinando: entónces se ve que las basas de las pilastras, sin pedestal ni zócalo, tienen cerca de vara y media de altura; que unos niños de mármol que sostienen las pilas de agua bendita, y parecen á primera vista de tres cuartas, poco más ó ménos, son tan grandes como un hombre regular; que hay capillas que parecen iglesias muy espaciosas; que el baldaquino, sostenido de cuatro columnas, que cubre el altar, es más alto que el pórtico del Louvre: el largo interior de este templo es de quinientos setenta y cinco piés; su altura, desde el piso á la cruz de la linterna, cuatrocientos ocho. Esto basta para formarse una idea de aquel admirable edificio. Hay repartidos en él multitud de altares con grandes cuadros de mosaico; copias de Dominiquino, Güido, Guerchino, Rafael y otros célebres maestros; multitud de bajos relieves, estatuas de mármol, entre ellas muchas colosales, que representan fundadores de várias religiones; otras sobre los arcos de la nave principal; otras que adornan los sepulcros de los papas. Las cúpulas de las capillas son de mosaico; las de las naves, de artesonados de oro; las columnas gigantescas que sostienen y adornan la inmensa mole, de mármoles y piedras que sólo

en Roma pueden hallarse, en atencion á que sólo en ella se conservan los despojos con que enriqueció á Roma antigua el mundo tributario. Los sepulcros magníficos de los Pontífices Inocencio VIII, XI, XII y XIII, Leon XI, Alejandro VII y VIII, Paulo III, Urbano VIII, Benedicto XIV, Gregorio XIII, Clemente X y XIII; los de María Cristina Sobieski Reina de Inglaterra, la Reina Cristina de Suecia y la Princesa Matilde, todos de preciosos mármoles, ejecutados por los más célebres artífices, adornan, ennoblecen, añaden majestad al mayor templo de la tierra, é infunden respetuosa maravilla al que se acerca á examinarlos. Lo que me pareció más digno de admiracion entre las excelentes obras de aquella iglesia son los mosaicos en los altares y las cúpulas; el bajo relieve de Algardi, que representa á Atila, á quien S. Pedro y S. Pablo defienden la entrada en Roma, figuras gigantescas, excelente ejecucion, digna de aquel grande artífice; la cátedra de S. Pedro, sostenida por cuatro doctores de la Iglesia, enorme máquina de bronce, descorregida, pero de un grande efecto; pudiéndose decir otro tanto del enorme dosel ó baldaquin del altar mayor, todo del mismo metal, y una y otra obra del incorrecto y admirable Bernini. Pero la que, á mi entender, es superior á todas, aunque se cuente entre ellas el célebre grupo de mármol de la Vírgen con su Hijo difunto, hecho por Miguel Ángel, donde, entre cosas muy buenas, se hallan grandes defectos, es el sepulcro de Clemente XIII, ejecutado por Antonio Canova, escultor veneciano, el primero de Italia, y por consecuencia, de Europa. La idea no tiene mérito particular, pareciéndose á las de todos los demas sepulcros de aquella iglesia, que por lo regular consisten en una urna sobre un zócalo, la figura del Pontífice encima, y á los lados dos estatuas alegóricas que acompañan: en ésta el Papa está representado de rodillas haciendo

oracion, en actitud tan expresiva, con tal verdad y sencillez, ya en el rostro, ya en la postura de las manos, ya en la distribucion y pliegues de la vestidura, que si de repente se moviese, no se admiraria el movimiento. A un lado de la urna sepulcral está la Religion, al otro un genio alado en acto de dolor: una y otra figura son excelentes; pero como la última está casi desnuda, se admira más en ella la inteligencia del artífice: basta acostumbrar los ojos á las bellas formas del Apolo de Belvedere, del Antinoo y otras estatuas, las más célebres de la antigüedad en esta clase de naturaleza juvenil, para reconocer en el genio mencionado la más idéntica semejanza. Sobre el zócalo hay dos leones de gran tamaño en guarda del sepulcro: el uno parece que duerme; pero al acercarse se le ven los ojos entreabiertos; el otro parece que acaba de alzar la cabeza habiendo sentido ruido de gente, mira con ojos terribles, y es de temer que si uno da un paso más se levante. Hay tal maestría en la actitud, en la expresion de estos animales, tal verdad y ligereza de cincel, que no es posible mirarlos sin temor: no son mazacotes, ni tienen pelucas blondas ni están desollados como los que tiran del carro de Cibéles; son dos leones de los más espantosos del África; están vivos y están guardando el sepulcro de Clemente XIII, para que nadie se acerque á profanar tan sagradas cenizas. Esta obra está grabada por el famoso Morghen; y en cuanto es posible, la copia da una idea justa del excelente original. La iglesia de San Pedro, en lo exterior é interior, tiene defectos capaces de justificar las críticas que de ella se han hecho. Si se coteja, ya en las proporciones, ya en los ornatos, con las pocas que ha perdonado el tiempo, y que nos acuerdan la feliz época de las artes en la antigua Roma, se halla por cierto que es muy inferior á aquellos modelos admirables; pero, sin querer disculpar estos defectos, y concedién-

dolos todos, confesamos que las artes modernas no han producido obra más digna; que el Escorial, San Pablo de Lóndres, el Louvre, el hospital de Inválidos, la catedral de Milan; en suma, los templos y fábricas más celebradas en Europa, desde la resurreccion de las artes, todas se oscurecen al cotejarlas con ésta; que los sepulcros de Westminster y San Dionis, por más que entre ellos haya cosas muy apreciables, son muy inferiores á los depósitos de pontífices y personajes ilustres que enriquecen la basílica Vaticana; y que los exquisitos mosaicos de sus altares y cúpulas son únicos en el mundo, y superiores á todo cuanto en este género produjo la docta antigüedad: en suma, cuando Europa no ha construido obra alguna ni más grande, ni más rica, ni más bella, desde la restauracion del buen gusto y de las luces, ¿por qué no admiraremos esta fábrica insigne como el santuario de las artes, el primer templo de la cristiandad, y el más digno que hasta ahora ha erigido á un Dios omnipotente la pequeñez humana? El actual Pontífice ha hecho construir al lado de esta iglesia una sacristía, estimable únicamente por los exquisitos mármoles que la adornan, y las sumas inmensas que en ella se han gastado. A la parte opuesta de este edificio está el palacio Vaticano, residencia ordinaria de S. S.: obra de plan irregular, construida en épocas diferentes, no sin mérito en alguna de las partes de que se compone. Allí se ven las galerías de Rafael, llamadas así por haber dirigido este artífice las pinturas de arabescos que las adornan, feliz imitacion del antiguo, con pequeños cuadros, que representan pasajes del *Viejo* y *Nuevo Testamento*, donde se ve alguna cosa pintada por el mismo Rafael: todas estas pinturas, hechas al fresco, como igualmente muchos bajos relieves de estuco que hay entre ellas, se hallan ya muy deterioradas; ni es posible otra cosa en un paraje abierto continuamente, solitario y

expuesto á las intemperies. Las célebres estancias de Rafael se hallan inmediatas á estas galerías; en la sala de Constantino, dibujada por aquel artífice y colorida por sus discípulos, es admirable la batalla de Constantino y Majencio, ejecutada por Julio Romano: mucha invencion, mucho movimiento, excelentes grupos, expresion, valentía y franqueza de pincel: se considera como la mejor obra al fresco de cuantas existen. Tiene mérito tambien el cuadro que representa al mismo emperador hablando á sus tropas; los otros dos, en que se representa su bautismo y la donacion del patrimonio de la Iglesia, son muy débiles: en ellos vi personajes vestidos á la moderna, la guardia suiza del Papa como existia en tiempo de Rafael, y una mujer con un rosario en la mano. En las salas restantes se ven las obras al fresco diseñadas y concluidas por Rafael; esto es, el Castigo de Heliodoro, donde introdujo muy fuera de propósito á Julio II; el Milagro de la Misa, el Terror de Atila, en cuya composicion se nota el defecto de que, siendo aquel rey el personaje principal, ocupa un segundo término, se halla confundido entre las demás figuras, y oscurecido con sombras que apénas dejan ver su expresion, que deberia ser el objeto primario del artífice; al mismo tiempo que la vista tropieza en personajes del todo indiferentes, situados en primer término y bañados de la mayor luz. En el poema de la *Jerusalen*, de Lope, se ve igual defecto. El cuadro de San Pedro, libertado de la prision por un ángel, peca en la unidad de accion. La célebre Escuela de Aténas, la Disputa sobre el Sacramento, el Parnaso, el Incendio del Borgo Santo Spirito, la Coronacion de Carlomagno, el Juramento de Leon IV, y otros de inferior tamaño y de menor mérito... El que tienen estas obras es tan grande, que se consideran como lo más excelente en materia de pintura; tienen defectos, y á pesar de ellos, no hay artífice que no las reconoz-

ca como el último esfuerzo del talento humano: así son los descuidos de Homero y los de Cervántes; justifican la crítica; pero las obras en que se hallan no se oscurecen con tales sombras, ni hay quien se atreva á competirlas sin escarmiento. En la capilla Sixtina se ve el Juicio Final, de Miguel Ángel, de gran mérito en el diseño de sus partes separadas; poco estudio de grupos y de luces; admira y no deleita. ¿Quién sabe lo que hay en la biblioteca Vaticana! ¡Quién ha logrado verla con despacio y comodidad! Todo es dificultades, todo llaves y cerraduras y permisos, que hay que solicitar para verla con alguna individualidad; el público no goza más que la vista de los estantes y uno ú otro manuscrito que tienen de muestra para decir que se enseña algo; por lo demás, la cosa está arreglada en términos de quitar á cualquiera la gana de examinar y estudiar los inapreciables manuscritos que contiene. El museo, por el contrario, está abierto al público diariamente; y por seis reales, que se pagan al entrar, puede cualquiera entretenerse en él cuanto guste; esta coleccion de antigüedades, la más numerosa y la más bella de cuantas existen, se compone de obras de escultura, tazas de piedra de enorme tamaño, vasos, aras, trípodes, baños, urnas, candelabros, sepulcros, animales, bustos y estatuas y mosaicos: allí está reunido lo más excelente que se ha encontrado en várias épocas, restos de la grandeza de Roma antigua; allí se ve la innegable superioridad de aquellos modelos de perfeccion, al compararlos con lo mejor que se ha hecho en los pocos siglos de cultura que cuenta Europa. No hay descripciones que basten á dar una idea justa de la excelencia de aquellas obras; los mismos vaciados la dan muy imperfecta; es menester verlo; y el artífice que al entrar allí no sienta en el ánimo multitud de afectos que unos á otros deben sucederse, al examinar la estatua de Apolo, vencedor de Piton, de hermosa juventud,

donde entre las formas mortales se descubre la divinidad, ufano del triunfo, y áun algo airado de la resistencia; el jóven Antinoo, delicias del grande Adriano; Laocoonte, que lucha muriendo con las serpientes, que gime y quiere en vano defender á sus tiernos hijos. . si un artífice puede ver tales objetos sin admiracion, sin entusiasmo, sin inflamarse en generosa envidia, no pase adelante, arroje los cinceles: ni siente ni imagina, ni nació para cultivar artes tan bellas. Este museo ha sido considerablemente aumentado por el actual Pontífice: en todas las piezas nuevas, por más que fuesen ó muy pequeñas ó de corto mérito, hizo esculpir esta inscripcion : ***Munificentia Pii VI, P. Max.*** Los romanos atribuyeron esto á un exceso de vanidad; y un dia de gran concurso apareció una de las estatuas teniendo en el dedo meñique, pendiente de un hilo, una rosquilla muy pequeña, y en ella la inscripcion citada, ***Munificentia Pii VI, P. Max.*** Su Santidad apreció la leccion, é hizo borrar con yeso los letreros que habian dado motivo á aquella burla.

Entre tantas preciosidades de las artes que allí se conservan, las de más mérito me parecieron el Apolo, el grupo de Laocoonte, el Antinoo, el que llaman torso de Belvedere, figura sin cabeza, ni piernas ni brazos, de un Hércules, y estimada entre los inteligentes por una de las más bellas, el Meleagro, un Lucio Vero, armado, dos grandes estatuas del Nilo y el Tibre, un grupo de un centauro marino y de una ninfa, otra figura colosal, la misma que está en el cuarto bajo de San Ildefonso, llamada equivocadamente Cleopatra, no pudiendo ser otra cosa que una ninfa dormida; una Atalanta; un Páris, vestido al modo bárbaro; Vénus, que sale del baño encogida, actitud la más bella que puede imaginarse; un fauno de rojo antiguo; Júpiter sentado; las Musas; una gran Juno; una Melpómene, figura colosal; multitud de bustos de emperadores, filósofos y hombres célebres; va-

rios animales, algunos de ellos hechos de piedras durísimas, cosa apreciable por la delicadeza del trabajo y la expresion; ídolos egipcios; candelabros de labor exquisita; sepulcros con adornos y bajos relieves, entre los cuales el que representa la muerte de los hijos de Niobe es cosa admirable, como tambien una urna de mármol blanco con cabezas de leones y bacantes; el sepulcro de Cornelio Lucio Scipion, que fué cónsul el año 299 ántes de Jesucristo, más apreciable por su antigüedad que por sus ornatos de elegante sencillez; dos grandes sepulcros de pórfido, únicos en su línea, el primero con adornos de festones y genios, lagares y atributos de Baco, cosa muy ruda; el segundo, donde estuvo sepultada santa Elena, tiene bajos relieves, que representan guerreros á caballo y varios vencidos, con los bustos de aquella emperatriz y su hijo. Esta obra, aunque no de gran mérito, siempre es muy superior á los bajos relieves que se ven en el Arco de Constantino. Hay tambien várias urnas, preciosísimas por su gran tamaño y su materia, y halladas en las termas: las hay de basalto verde y negro, otras de granito egipcio y oriental; dos sillas de pórfido, con el asiento abierto, destinadas al mismo uso que los bidetes modernos, y un tazon, de sesenta palmos de circunferencia, de la misma piedra, cosa única en su línea. Un carro de circo con dos caballos; varios mosaicos antiguos, uno entre ellos que forma el pavimento de la sala redonda, el más grande que hasta ahora se ha visto. Los jardines de Belvedere y el Vaticano están contiguos al palacio; en el primero hay una gran piña de bronce, de once piés de altura y cinco de ancho; los anticuarios ignoran cuál fué el sitio de su colocacion, y todo es conjeturas y contradicciones: muchos creen que sirvió de remate en la mole Adriana. La coleccion de estatuas que se conservan en el Campidoglio es la segunda en número y excelencia. A la entrada se ve la estatua de Marforio, amigo y corresponsal

de Pasquin, y es una antigua figura colosal del Océano. Entre las muchas piezas estimables que allí se ven, citaré lo más particular. El sepulcro de Alejandro Severo y Mamea su madre, de gran tamaño y corto mérito en la ejecucion; estatuas egipcias de granito rojo, basalto y piedra de toque; entre ellas hay algunas de gran tamaño, debiendo advertirse que no todas las que se ven en Roma de esta clase son obra de los egipcios: en tiempo de Adriano se introdujo por moda el culto de aquellos dioses, ó por lo ménos se extendió más particularmente, y con este motivo se hicieron multitud de estatuas en que, imitando el gusto de la escultura egipcia, evitaron sus defectos; y así es que se encuentra una diferencia suma entre unas y otras, y no es necesario tener gran conocimiento del arte para distinguir entre ellas las que son verdaderamente egipcias ó las que fueron hechas en Roma á imitacion de las primeras. En las paredes de la escalera que conduce á las piezas altas del museo han colocado muchos fragmentos del gran plan de la antigua Roma, grabado en mármol, que se halló en Campo Vaccino y habia servido de pavimento, segun se cree, al templo de Rómulo. Este es uno de los más preciosos monumentos que vi; pero estando todo en pedazos pequeños y faltando muchas piezas esencialísimas para saber la union de unas partes con otras, resulta no pequeña confusion, capaz de apurar la paciencia de los más pacienzudos anticuarios. No obstante, se reconocen muchos pedazos, se ve la planta de muchos edificios que existen ó existian pocos años há, y por ellos se saca la situacion y grandeza de los otros que han desaparecido, la direccion de las calles, su estrechez, su longitud, y otras noticias muy apreciables. Entre la multitud de estatuas que componen la coleccion, son estimables la del gladiator caido, la del gladiator moribundo, el Antinoo, una Juno, la Flora, Vénus que sale del baño, muy

parecida á la de Médicis; un Apolo con la lira apoyada en un grifo, y el célebre grupo de Psíquis y Amor, conocido por los yesos que de él se han sacado. Una buena estatua de Inocencio X, obra del Algardi; sepulcros, aras y multitud de bustos de emperadores, filósofos, etc.

En el casino de Villa Borghese, cubierto por la parte exterior de bajos relieves, bustos y otros ornatos antiguos, y decorado interiormente con elegante magnificencia, digna de un soberano, se conservan preciosas obras de escultura, célebres ya en la historia de las artes: lo más precioso es el gladiator combatiente, de que hay modelo en nuestra Academia; Séneca en el baño; el hermafrodito; Vénus y Cupido, obra atribuida á Praxitéles; un pequeño Morfeo, excelente figura del Algardi; el grupo de Apolo y Dafne, del Bernini, más corregido que lo que es comun en sus obras, pero un poco desanimado y frio, defecto que se compensa con la delicadeza admirable de la ejecucion; un David que va á tirar la piedra con la honda, arrugando el sobrecejo, la vista atenta, mordiéndose el labio inferior, lleno de expresion y en actitud la más conveniente. Hay otras muchas piezas (antiguas por la mayor parte) de mucho mérito, por lo que este museo es uno de los más célebres de Roma.

El palacio de Villa Albani está adornado con elegante y exquisita decoracion, mármoles preciosos, camafeos y el célebre fresco de Mengs, en que representó á Apolo en medio de las Musas. Se admira en él una coleccion preciosa de antigüedades, columnas y tazas muy grandes de alabastro, estatuas egipcias, entre ellas algunas en que Adriano hizo representar á su querido Antinoo bajo la forma de Osíris; una Pálas griega de singular mérito; multitud de bustos de filósofos, poetas, capitanes y hombres célebres de la antigüedad; un Eurípides, detras del cual se lee un catálogo de gran parte de sus tragedias; un Esopo, figura pequeña y

monstruosa, estatuas de bronce, cabezas colosales, inscripciones y bajos relieves, todo apreciable, ó por su rareza, ó por su forma, ó por las materias preciosas en que tales obras están ejecutadas. Alabastro, pórfido rojo antiguo, basalto, granito oriental negro, rojo, cárdeno, verde antiguo, piedra de toque, mármol pário, de Egipto, del Oriente; y ¿qué mucho, si por cualquiera parte que se camine se hallan á cada paso pedazos de estas materias? He visto en las calles multitud de columnas rotas, de granito oriental ó egipcio, mármol cipolino ó exquisito pórfido, que sirven de postes ó cantones en las puertas y en las esquinas de los edificios. Cualquiera que se detenga á examinar las tapias de las huertas y corralizas de Roma, las hallará compuestas de estas piedras, monumento de la antigua opulencia de aquella capital del mundo, que á los ojos de un observador no es ya otra cosa que un monton confuso de ruinas y destrozos.

Los antiguos obeliscos egipcios, colocados en varios parajes de la ciudad, son uno de sus más principales adornos, tanto más apreciables, cuanto en ninguna otra capital del mundo existe nada semejante. Son diez en número, unos lisos, otros llenos por todas partes de jeroglíficos, que nadie ha entendido ni entenderá, por más que muchos se han roto la cabeza en procurarlo. Su antigüedad es tal, que se pierde en la oscuridad del tiempo: todos fueron traidos por los emperadores para adornar los circos, los foros ó los sepulcros. Todos son de granito rojo egipcio ú oriental, diferentes en tamaño é iguales en la forma. El de la plaza del Pópolo, de ciento y ocho palmos de altura, se dice que fué hecho en Heliópolis, quinientos veinte y dos años ántes de nuestra era vulgar. Augusto le hizo traer á Roma, y le colocó en el circo Máximo. Sixto V le hizo poner en el paraje en que hoy está. El mismo Pontífice hizo restablecer y coloca

los de la plaza de San Pedro, San Juan de Letran y Santa María Mayor. El primero de éstos, sin jeroglíficos, de ciento trece palmos de largo, es el único que se conserva entero: todos fueron, en su orígen, de una sola pieza; pero, á excepcion de éste, todos se han hallado rotos; y no sin mucha dificultad se han unido los pedazos, ó tal vez se han añadido los que faltaban, para dejarlos en la forma y tamaño que tuvieron. El de San Juan de Letran, que se dice haber sido hecho en Tébas, mil trescientos años ántes de Cristo, para adorno del templo del Sol, tiene jeroglíficos; su altura es de ciento sesenta y ocho palmos, y es el mayor de todos. Pío VI ha restablecido los que se ven en *Monte Citorio, Monte Cavallo* y *Trinità de Monti*. El de Monte Citorio, que se cree del tiempo de Sesóstris, sirvió de gnomon á la linea meridiana que mandó hacer Augusto en el Campo Marcio, como se ve por la inscripcion antigua que áun se conserva. El de Monte Cavallo tiene á los lados los dos célebres grupos de bronce atribuidos á Fidias y Praxitéles, traidos de Alejandría para adornar las termas de Constantino: las dos figuras de los jóvenes que están sujetando los caballos son de gran mérito, de estilo franco, expresivo y grandioso; tienen veinticinco palmos de altura; los caballos son inferiores en tamaño y en mérito. En el pedestal que sostiene el obelisco hay esta inscripcion: *Salve optime Princeps, salve parens populi Romani, votisque vive nostris, vive urbi tuæ, vive orbi Christiano, cui te Deus maximum rectorem dedit.* Estos obeliscos, por más que se crean exagerados los cálculos de su antigüedad, son, sin disputa alguna, anteriores á todos los monumentos que se conocen; nos dan una grande idea de la cultura y la opulencia de los egipcios en aquellos remotos siglos en que se ignora qué naciones habitaban la Europa; nos confirman en la alta idea que es necesario formar del poder de Roma, que se enriqueció con los despo-

jos de tanto imperio; y en cuanto á sus misteriosos jeroglíficos, me remito á un aleman que vive en la calle del Babuino, y jura y perjura que los entiende, y promete publicar un libro en fólio, en que explicará una por una las figurillas que los adornan. Dios le dé acierto, y á nosotros gracia para servirle, y buen apetito.

La columna Trajana, erigida á aquel emperador por el Senado y Pueblo, se conserva entera; y admira áun más que su gran mole, el primor de la ejecucion. Sixto V, en vez de la estatua de bronce de Trajano, que tenia en la mano un globo, donde se guardaron sus cenizas, puso una de S. Pedro. La altura total de este monumento, desde el piso á la extremidad de la estatua, es de ciento noventa y tres palmos y medio: tiene una escalera de caracol en lo interior, por donde se sube hasta el pié de la estatua. Toda esta máquina se compone de solos treinta y cuatro pedazos de mármol, unidos con tal perfeccion, que donde el tiempo no la ha destruido, cuesta mucha dificultad hallar las junturas. Así el pedestal como la columna están llenos de bajos relieves, obra primorosa: los del pedestal son trofeos militares, tan poco abultados, que no alteran en nada la forma total; los de la columna representan las acciones gloriosas de Trajano, sus batallas y triunfos. En esta obra hay cerca de dos mil y quinientas figuras humanas, sin contar caballos, máquinas de guerra y edificios. La columna es dórica, de elegante proporcion, si bien no se goza como deberia, por lo bajo que se halla el pedestal respecto del piso de la calle. La columna Antonina es más alta, de ménos bella proporcion, más deteriorada, igualmente cubierta de bajos relieves, que representan los hechos de Marco Aurelio, con escalera interior, que conduce hasta la estatua de bronce de S. Pablo, colocada por Sixto V. Al pié de esta gran columna vive un barbero, que tiene la llave de la es-

calera. La de la columna Trajana está en poder de un sastre.

Salí de Roma en 25 de Abril. Se caminan tres postas, yendo á Florencia, ántes de hallar lugar ninguno. Todo es aridez y desolacion : campos cubiertos de retamas y cardos; grandes trozos de la Vía Flaminia, sobre la cual va el camino en muchas partes. Desde Bolsena á Acquapendente es frondoso el país : la hermosa vista del lago, y los montecillos que le coronan, dilatan el ánimo con objetos más agradables; siguen grandes cuestas, y encima de una alta montaña, Redecofani, con su antiguo castillo, que es una de las situaciones más elevadas de Italia. Despojos volcánicos por todas partes; soledad y aridez; mal camino por las muchas cuestas. Pasada la Scala, se empieza á ver más poblacion; buen cultivo, lugares limpios y alegres, y ménos aspereza. Siena, buena ciudad: en sus contornos, y en lo restante hasta Florencia, vistas deliciosas, abundancia, fertilidad, buena agricultura; mujeres hermosas, ojos negros, viveza y aseo; sombreros de paja, negros ó blancos, adornados con flores y cintas, que las agracian sobremanera.

El 27 de Abril llegué á Florencia. El *Teatro Nuovo* forma un semicírculo, prolongado en dos rectas, que se estrechan hácia la escena. Tiene ciento seis palcos, incluso el del Gran Duque, enfrente del teatro, bien adornado. Algunas decoraciones antiguas buenas; las demás que vi, de corto mérito. Echaban la ópera intitulada *L'Idomeneo,* mala á más no poder. Era primera cantatriz la Andreozzi, y en el de la Pérgola, donde se echaban óperas bufas, la Benini, ambas conocidas ya en Madrid : impropiedades groseras en los trajes y aparato. Cerca de mi posada, en el Borgo de *Ogni Santi*, en unas casas contiguas á un convento de frailes de San Juan de Dios, leí esta inscripcion : *Americo Vespuccio, Patritio Florentino, ob repertam Americam, sui et patriæ nominis illustratori, amplificatori orbis terrarum, in hac olim Ves-*

puccia domo à tanto domino habitata Fratres Sancti Joannis à Deo cultores gratae memoriae causa P. C. Vespuccio es acreedor, sin duda, á la memoria de su patria; pero aquello de *repertam Americam* es demasiado mentir; y el espíritu de paisanaje no debiera atreverse á tanto. Vi en el teatro de la Pérgola *La vedova raggiratrice*, desatinada como todas.

Yo quisiera más disimulado el arte en los jardines de Boboli: calles de olmo, estrechas galerías, paredes retijereteadas, regularidad triste que oprime el ánimo, al ver tiranizada la naturaleza. Son muy incómodos, en la mayor parte, por la mucha desigualdad del terreno: gran porcion de estatuas, algunas de ellas no indignas de cualquier museo. Una bella fuente, con esculturas de Juan de Bologna; la de enmedio un gran Neptuno. Desde una altura de estos jardines se goza la vista de Florencia, los montes que la coronan, y el Arno, que camina vagaroso, humedeciendo los fértiles campos etruscos. Una de las cosas que más me agradaron al pasear este recinto delicioso, fué el ver por todas partes vagar libres de una parte á otra los patos, cisnes y faisanes que alternaban graznando con el canto dulcísimo de los ruiseñores que habitan aquellas espesuras. Hay buenos invernaderos y un jardin botánico dispuesto con método. Los jardines de Boboli están abiertos á todas horas y á toda clase de gentes, sin porteros ni centinelas; no hay pena de presidio para el que mate un faisan, y nadie mata los faisanes. El palacio Pitti, contiguo á este jardin, que es la residencia ordinaria del Gran Duque, es antiguo, grande, sencillo, robusto, consistiendo sólo en un almohadillado rústico, interrumpido por los arcos de las ventanas y las puertas.

El Museo de Florencia es cosa digna, por cierto, de una gran córte y de un gran príncipe. Hay diez y siete salas llenas de piezas de anatomía, hechas en cera, con mucha perfeccion, colocadas en urnas, y en las paredes los dibujos de

todas ellas, con la explicacion de sus partes. Esta coleccion, que comprende todo el cuerpo humano, representado en los varios sistemas de que se compone su estructura, con todos los estudios relativos á la preñez y el parto, es, á mi entender, la más completa que acaso existe. Sólo la nervologia ocupa cuatro ó cinco estancias. Sigue despues la historia natural, clasificada en todos sus ramos con inteligencia: cada pieza tiene una inscripcion, con el nombre técnico y el vulgar. La coleccion de pájaros es bastante crecida, y á cada clase de aves acompaña el nido, los huevos y las crias que le corresponden. La de peces, donde sólo los hay muy pequeños, es harto escasa. Entre los cálculos animales, vi uno que será de dos pulgadas de longitud y una de diámetro, formada al rededor de una horquilla del peinado que se introdujo por la vagina de una muchacha de doce años. Hay una sala de anfibios nadantes, reptiles y serpientes, y en los de esta última clase los hay muy particulares y en abundancia. En otra, una numerosa coleccion de insectos, y en la que sigue, que viene á ser un apéndice de la anterior, están los insectos acuáticos. Sigue la coleccion de conchas, corales y mariscos, la de maderas y semillas, en crecido número. En otras dos salas se ven várias plantas y frutos imitados en cera con gran primor. En las tres siguientes, destinadas á los metales y sustancias metálicas, hay piezas rarísimas. Sigue otra sala de mármoles, otra de tierras calcáreas, otra de cuarzos, cristales y piedras duras, otra de sustancias vitrificables y productos volcánicos, donde hay crecida porcion de diferentes lavas, la mayor parte del Vesubio. Otra de fósiles vegetales y animales, y en otra de aves y cuadrúpedos vi un elefante y un hipopótamo, el primero muy mal conservado y pequeño, con su esqueleto aparte. Las piezas de anatomía, la coleccion de insectos, las de conchas, minerales, semillas y maderas, me pareció ser lo más apre-

ciable, por su abundancia, eleccion y distribucion. Las de peces y cuadrúpedos, muy escasas é imperfectas, particularmente la última. Hay además várias salas destinadas á la hidráulica, marina, electricidad, pirometría, óptica, magnetismo, etc., con excelentes instrumentos, un buen observatorio y un laboratorio químico.

En la iglesia de Santa Cruz hay buenas pinturas; entre ellas me parecieron de gran mérito un descendimiento, de Salviati, y otros dos cuadros, uno de Cristo con la cruz, y otro de su aparicion á los apóstoles, ambos del célebre Vasari. En esta iglesia se ven los sepulcros del gran poeta Filicaja, el de Galilei, obra de mal gusto; el de Micheli, famoso botánico: el del padre Lami, con su estatua de mármol blanco, muy bien hecho; el de Miguel Ángel, y el de Machiavello, que consiste en una urna que guarda sus cenizas, la Política con un peso, y en sus balanzas una espada y un volúmen, sentada sobre unos libros, apoyando una mano sobre el medallon, en que está el retrato de Machiavello, en bajo relieve. Todo es de mármol blanco; buen gusto y buena ejecucion. La inscripcion sepulcral dice: *Tanto nomini nullum par elogium. Nicolaus Machiavelli ob. an. à P. V.* 1527.

Hay cuatro puentes de piedra sobre el Arno, muy bien construidos, particularmente el de la Trinidad, comparable, por su ligereza y elegancia, al de Neuilly, con arcos de tres centros, obra antigua, en la cual, como en los muchos palacios de esta ciudad, se ve el buen gusto de la arquitectura y la magnificencia de sus príncipes. La vista de Florencia desde la orilla del rio, con los puentes, los estribos laterales y los edificios que le ciñen por una y otra parte, es bastante parecida, aunque en pequeño, á la de París sobre el Sena. El paseo llamado *le Casine*, fuera de la ciudad, es muy divertido, con largas arboledas para los coches y gente de á pié, bosquecillos, huertas, bancos y adornos de piedra, y á

un lado el Arno. Algunas veces vi pasearse entre los demas coches al Gran Duque, en una berlina con dos lacayos, sin volantes ni correo, ni guardias ni aparato, tal vez solo, y otras veces con algun amigo; y no nos burlemos: el Duque de Toscana es un gran señor. Los florentinos son gente dispierta, agasajadora y culta; el pueblo está bien vestido y come bien. El gobierno es el más dulce que puede imaginarse, y á pesar de eso, murmuran de él. La pronunciacion de los toscanos es bastante parecida á la de los andaluces; las *ss* las convierten en *zz*, y las sílabas *ca*, *co*, *cu*, *qui* y *que* las desfiguran, en términos que apénas se conocen, con una aspiracion áspera, semejante á las *hh* de Andalucía, por ejemplo: *He attahinno i havalli, he voglio andar al Hohomero in harozza e poi à hazza.*

Salí de Florencia para Bolonia, atravesando el Apenino. Era víspera de la Cruz de Mayo; iba ya á anochecer cuando llegué á la primera posta: la tarde era fresca, el campo deleitoso, lleno de flores y verdura; vistas alegres por todas partes. Vi en una de las ventanas de la casa de postas dos muchachas de quince á veinte años, oyendo una música que las daban seis ú ocho jóvenes, bien dispuestos, bien vestidos, con sus sombreros llenos de flores y cintas; pero más que todo me admiró que el muchacho cantor estaba improvisando versos al són de los instrumentos, alabando á las hermosas que le oian, pintando su amor, prometiendo constancia, pidiendo correspondencia. Es verdad que los versos no eran petrarquescos; ¿pero qué importa? El entusiasmo de amor con que los decia, la dulce inquietud que se observaba en los ojos negros de las dos muchachas, la deliciosa suspension del auditorio, los aplausos ingenuos con que tal vez le interrumpian, y unido á esto, la estacion, la hora, el lugar, todo produjo en mí una sensacion suave, una especie de encanto, que ni sé explicarle, ni creo haberle experimentado otra vez.

Llegué á Bolonia, y pasé cuatro meses del verano en ver procesiones y oir letanías. La famosa Vírgen llamada *Madonna di San Lucca,* porque se dice que San Lúcas la pintó, baja todos los años á visitar á su devoto pueblo. Corren con ella casi toda la ciudad, y á cada paso la hacen dar la bendicion, que consiste en alzarla y bajarla, y torcerla á un lado y otro. En estas procesiones, á falta de gigantones y tarasca, van ciertos personajes vestidos de reyes, todos con su corona, su manto real, su valona, sus borceguíes, y alguno vi con cetro en las manos, y éstos son como diputados de los gremios de la ciudad. Muchos Cristos, mucho estandarte, muchos congregantes, con sus sobrepellices rizadas y almidonadas encima de sus casacas negras; frailes, clérigos y monaguillos *usque ad satietatem.*—Luégo que la gente se ha divertido bien y ha recibido *le benedizioni della Madonna,* la vuelven á subir á su iglesia, situada en lo más alto de la colina, y allí se está hasta el año siguiente, en que se repite lo mismo. Las procesiones del Córpus, que salen cada año de seis ó siete iglesias distintas, dan motivo á ver un concurso numeroso y brillante, adornadas las calles con toldos y los pórticos con velos y damascos que forman colgantes y pabellones, pinturas, espejos é iluminacion. Los adornos de iglesia son por el mismo gusto, y hacen muy buen efecto en tales ocasiones. No hay rincon ni pasadizo que no se revista de sonetos en elogio del párroco, de los mayordomos, de los altareros, en suma, de cuantos tienen parte chica ó grande en la funcion. Las damas se presentan muy jalbegadas, muy prendidas, con su gracioso cendal guarnecido de blondas, y la majestuosa basquiña, que suena y arrastra. Las gentes del campo se visten de colores rabiosos, se lavan la cara, y no cesan de andar y de sudar desde que amanece hasta que se acuestan. Esto, y los monumentos de Semana Santa, en que los mejores escultores del país representan un pasaje de la Escritura, era lo

único que habia en Bolonia en materia de espectáculos, miéntras en ella estuve. Hicieron tambien algunos oratorios en música, donde vi una Magdalena, que no me pareció Magdalena penitente, peinada *à la dernière*, pintada al olio, con bata y sortijas; un San Pedro, capon, muy estirado de corbatin, y un San Juan Evangelista, que no cesaba de tomar tabaco, miéntras Abarimathea lloraba la muerte del Redentor. Todo esto nacia de la revolucion de París, por cuyo motivo se habian cerrado los teatros de Bolonia.

CUADERNO SEXTO.

FERRARA, VERONA, VICENZA, PADUA Y VENECIA.

Septiembre 13.

Salgo de Bolonia en un carricoche, con un jesuita mejicano, buen hombre. Por espacio de ocho ó diez millas, hermosos campos, como todos los que rodean á Bolonia; buen camino. Despues el camino y el campo empeoran: ménos árboles y ménos cultura; se atraviesa el Reno en barca; sigue el camino por la antigua madre de este rio, y ántes de llegar á Ferrara, un pequeño brazo del Po. Esta ciudad, situada en país llano y abierto, está murada á la moderna; pero su grande extension hace imposible la defensa en caso de ataque: tiene, no obstante, una buena ciudadela, que es lo único que se podria guarnecer. La parte nueva de la ciudad, esto es, la construida en tiempo de sus últimos Duques, tiene calles llanas, rectas, espaciosas, larguísimas, con ánditos á los lados para la gente de á pié, que no se hallan tales en ninguna otra ciudad de Italia de las que he visto, bien que los edificios no corresponden á la hermosura del plan. Ni hay gente bastante que ocupe tanto espacio, y así es que la parte más bella de la ciudad es donde hay ménos tráfago, y está más desierta. Su vecindario llega á treinta mil almas: en el tiempo de su mayor grandeza no excedió de sesenta mil. Hay un barrio de judíos, ropavejeros y usureros, como en todas partes.

En la plaza del Duomo hay dos estatuas de bronce, que representan dos Duques de Ferrara: Borso, que murió en 1471, figura sentada, con traje corto y un bonete en la cabeza, cónico, parecido bastante al de Pulcinella. La otra es del Duque Nicolao, representado á caballo, con un bonete ó sombrero de extraña hechura: el caballo es bastante bueno; el jinete, como tambien la estatua de Borso, son de corto mérito. El castillo, ó antiguo palacio de los Duques, es una casa fuerte, con torres, puentes levadizos y foso de agua corriente, que la circunda. Aquí habita el legado pontificio, con guardia de suizos y caballos ligeros, como el de Bolonia. En las salas de este castillo se conservan algunos frescos de Dosso Dossi, muy estimables. En la que llaman *del Consiglio*, representó juegos gimnásticos, con grande inteligencia del desnudo, buenos grupos y actitudes; en otra juegos de geniecillos, cosa graciosa y bien entendida. En otra la Aurora, Diana y Endimion, y en una estancia pequeña, dos triunfos de Baco, entre los cuales hay otra pintura de igual tamaño, que representa la vendimia, atribuida al Ticiano. En un pequeño gabinete, perteneciente á las habitaciones que ocupa el ayuntamiento, contiguas al palacio, hay tambien pinturas sobre fondo de oro, de gusto arabesco, con figuras alegóricas y geniecillos, del mismo Dossi: cosa de gran mérito, en mi opinion, por la simplicidad y gracia del diseño y la suavidad agradable del colorido. El palacio se comunica por medio de un largo corredor, en que hay puentes levadizos de trecho en trecho, con otros edificios, que son una ampliacion del mismo palacio, hecha en tiempo de los Duques, donde están várias oficinas públicas, y entre ellas la que llaman *delle acque*. En ésta se despacha todo lo perteneciente á los trabajos del Po, cuyas crecidas ponen en consternacion todo el país, y le inundarian y arruinaran, si no se cuidase con incesante vigilancia de fortificar y levan-

tar las márgenes artificiales que le contienen. Si la geografía debió su orígen á las crecientes periódicas del Nilo, y esta ciencia tuvo su orígen en Egipto, puede asegurarse, considerándola parcialmente, que en Ferrara ha llegado á su perfeccion. En esta oficina hay una multitud de mapas y planos, impresos y manuscritos, no sólo del curso del Po, sino de todas aquellas provincias cuya destruccion amenaza continuamente el curso que han tomado sus aguas en várias épocas: su anchura, su profundidad, la elevacion de su fondo sobre los terrenos adyacentes, los canales que en gran parte debilitan el caudal de sus aguas, y sobre todo, la exacta dimension de la extension y alturas de todo el país, juntamente con la de todos los términos de los pueblos, subdividida en las haciendas de los particulares, para conocer cuáles son los puestos más expuestos, y arreglar las contribuciones de los propietarios y comunidades; todo está expresado con la mayor individualidad. Los gastos anuales de las márgenes del Po ascienden á cincuenta mil pesos duros. El fondo del rio se va levantando sucesivamente, y al fin, áun suponiendo de parte de los hombres toda la actividad posible, llegará el dia en que, rompiendo los límites que le contienen, inunde aquel país, que hasta hoy le ha disputado y le usurpa la industria humana.

No vi en Ferrara, en materia de edificios, cosa que merezca particular elogio; hay, no obstante, algunas casas grandes, con fachadas de ladrillo, adornadas con buen gusto de arquitectura, y el palacio del Marqués Villa, de piedra, por el estilo toscano, labrado de alto abajo, en puntas, como la casa de los picos de Segovia, fábrica noble y robusta, como las de este género que se ven en Florencia. El jardin del Marqués Camilo Bevilacqua, que aquel caballero ha franqueado generosamente á uso del público, está adornado en confusa multitud de grupos, estatuas, torsos, términos, bustos y

otras obras de escultura, la mayor parte ejecutadas en piedra arenisca, pintada de blanco, que con facilidad se destruye. No deja de haber entre tantas piezas algunas bastante bien hechas; pero la mayor parte de ellas son cosa detestable: la profusion con que están hacinadas en tan corto espacio, daña mucho á la belleza del jardin, en el cual no se ha omitido, por otra parte, cosa alguna para hacerle deleitoso; calles de ramaje, plantío de árboles, galerías, circo, cuadros, flores, fuentes, café, Belvedere, teatro rústico, juegos de sortija, mecedor, blanco, etc. Todo ello anuncia poca delicadeza de gusto en su poseedor, falta de plan, mala eleccion de artífices, y un celo generoso y laudable de hermosear este recinto en obsequio de sus conciudadanos. En España no hay un solo ejemplo de esto, y el que le diese sería acreedor al agradecimiento público. Hay una serie de bustos que adornan una parte de este jardin, y todos ellos representan los varones más célebres de Ferrara, y entre ellos, como es de creer, tiene lugar el divino Ariosto: á este aluden los tercetos del soneto siguiente, en que celebró mi amigo el Conde Conti el jardin de Bevilacqua, y dice así:

Ove son le poc'anzi informi zolle
Di questo loco, e gli aridi virgulti?
Verdi io trovo non pur bei rami adulti,
E dai fior l'aria profumata e molle,
Ma tempio, circo, labirinto e colle,
Loggia, theatro, e calli al sole occulti,
E fonti, e marmi in mille forme sculti;
Poi superba piramide s'estolle.
O vate, onor del Po, ch'opra d'industre
Man qui vegg'io? tai meraviglie in carte
Finger solevi, e questi or m'offre il vero.
Ond'e, ch'emula ognor Ferrara illustre
Del greco genio, del saper, de l'arte,
Vanta il Pericle in lui, se in te l'Omero.

La Cartuja de Ferrara es una de las más grandes de Italia, y se dice que la ciudad de la Mirandola cabe dentro de ella. La iglesia de este monasterio es como cualquiera otra; esto es, no tiene la forma ni divisiones que se ven en las demas de esta religion; hay en ella buenas pinturas, y en el refectorio un gran cuadro de las bodas de Caná, obra de Bononi, muy estimada. Borso, duque de Ferrara, fundador de este convento, está enterrado en el patio ó cimenterio, con un sepulcro sencillo, renovado pocos años há. En la iglesia de Santa María *in Vado* y en el *Giesù* hay tambien pinturas de mérito. Fuí á la de *San Benedetto*, á venerar las cenizas del grande Ariosto, que se conservan en digno sepulcro de mármoles, y en lo interior del convento vi su retrato, pintado, segun se dice, por Dossi, contemporáneo suyo; moreno, delgado, nariz aquilina, frente espaciosa, ojos vivaces, barba negra. No muy léjos de esta iglesia está la casa en que vivió, bien conservada todavía, medianamente grande, con inscripciones en su fachada, que hizo él mismo. Allí escribió las obras que admira justamente la posteridad, y no es posible acercarse á ella sin una cierta veneracion, debida á la memoria de tan grande ingenio.

En una plaza que está en la parte nueva de la ciudad hay una gran columna de piedra, de muy mala proporcion, con una estatua de bronce encima, que representa á Clemente VIII, primer pontífice soberano de Ferrara. Si estos monumentos anunciaran siempre el gobierno de un príncipe justo ó las épocas felices de las naciones, ¡qué apreciables serian á los ojos de la posteridad; pero las artes, envilecidas y venales tal vez, se ocupan en perpetuar la memoria de quien no debió existir. Pintores, escultores, poetas, eternizad la virtud, no aduleis la ignorancia ni el vicio, y entónces las artes se llamarán con razon divinas.

El territorio de Ferrara no es comparable al de Bolonia;

pero ni es un desierto, como algunos le pintan, ni existen ya las causas que en otro tiempo hicieron malsano este país: la cultura de los campos se ha aumentado considerablemente, se han disecado muchos pantanos, se han dirigido las aguas por canales, haciéndolas útiles, y no es ya el aire de aquella ciudad contagioso y tercianario, como algunos viajeros ponderan, copiándose unos á otros sin exámen ni reflexion; la gente come bien, bebe mejor y está colorada y robusta. Olvidábaseme decir que hay un nuevo teatro, áun no concluido del todo: la parte exterior no corresponde al objeto de este edificio, ni anuncia un templo de las Musas: lo interior está bien dispuesto; la sala es una elipse, cortada por el proscenio; todos los palcos tienen enfrente de la puerta un cuarto pequeño, como sucede en el nuevo teatro de Milan; hay un gran salon de baile, y otros para juego y conversacion. Debajo del piso del patio hay várias piezas para uso del público en el Carnaval; la scena es espaciosa; inmediata á ella hay cuartos cómodos y separados para los actores: en suma, por su forma, distribucion y comodidades, puede citarse como uno de los buenos teatros de Italia.

16. Salgo de Ferrara, lloviendo á cántaros, en un calesin sin techo, por un bello camino, con dos hileras de árboles á cada parte; se ven varios canales ó sangrías del Po, navegables; campo ameno, frondoso y de abundantes pastos: á cuatro millas de Ferrara, llegando al pueblo llamado Lago Oscuro, se pasa en barca el Po, ancho, majestuoso, de apacibles orillas. Seguí adelante por el camino de travesía que conduce á Lendinara, incómodo en extremo, como todos los de este país, donde no hay una piedra. A pocas millas se entra en el Polesino de Rovigo, provincia del estado Veneto: la tierra es un poco más quebrada, regada por mil partes con pequeños rios, algunos de ellos sacados del Adige, cu-

yas inundaciones son igualmente funestas á este país que las del Po, y no exige menor cuidado para contenerlas. Vi abundancia de moreras, sauces, lino, trigo y maíz, casas pobres, y el camino siempre incómodo. Llegué á Lendinara, lugarcillo de unas dos mil almas: café, casino público para juntarse á conversacion algunos dias de la semana; capas de grana; peluqueros; iglesia con altar de mármoles y bronces. El campo ameno y bien cultivado: se ve á lo léjos la villa de Este, solar de la ilustre familia Estense, que reinó en Ferrara. La prosperidad de los habitantes de este país no corresponde á la fecundidad del suelo, porque casi todo está repartido en grandes propietarios, que viven en Venecia ó en otras ciudades del Estado, no siendo otra cosa los que labran las tierras que unos meros arrendatarios, ó criados de los primeros. Si el dinero que produce la venta de frutos de este país se refundiera en él, le haria opulento; pero como los dueños viven fuera, sale fuera, y ésta es la razon de ver en medio de tantas campiñas bien cultivadas y fértiles, casas y habitantes infelices.

22. Salgo de Lendinara en compañía de Conti y un jóven poeta muy enamorado, muy intrépido, con algunos vislumbres de loco, honrado y amable. Vi en la Badia el Adige, hermoso rio, del cual, por medio de una compuerta, sale el humilde Adigeto; sigue el camino sobre las orillas artificiales del Adige, que estando muy alto de madre, amenaza estragos á todo aquel hermoso país, y es necesario contenerle con palizadas y malecones, y debilitarle sacando de él pequeños rios. Más adelante se halla el puente de Castagnaro, cuyos arcos sirven de compuertas para formar el que llaman *Canal Bianco*, que es otra sangría del Adige. Tiene diez arcos, y las compuertas se componen de vigas sueltas, alzando las que quieren hasta la altura que conviene, segun la ocasion: en uno de los arcos hay puente levadizo para que

puedan pasar las naves de vela. Se entra despues en el Veronés, donde está Legnago, villa fortificada, aunque dudo mucho de su fortaleza : la divide el Adige en dos porciones ; sobre él hay un buen puente de madera. Se está haciendo una iglesia nueva, de buen gusto, órden corintio, y en concluyéndose será el edificio más notable del pueblo. Vi en el suelo un pedestal medio enterrado, con inscripcion romana, pero habiéndoseme perdido el anteojo no la pude interpretar. Nos obsequió mucho el Conde Rambaldo, oficial de artillería, jóven vivaracho, afectadisimo, de buen ingenio y agasajador. Vimos su museo, colocado en tres piezas, de las cuales la primera tenía cinco piés en cuadro, la segunda tres de largo y uno de ancho; la tercera era menor. Ocho estampas, seis bajos relieves de yeso, un medio codo y dos narices de mármol, cuatro países de mal pincel y cinco miniaturas lavadas: éstas eran las artes y antigüedades. Dos docenas de conchitas de várias figuras, tres habas secas, un grano de cacao, dos pedacitos de hierro, uno de coral, otro de vidrio, un cangrejo seco, un escarabajo, seis moscones y una calavera: ésta era la historia natural; todo curiosamente colocado, segun sistema, con sus letreros y sus números respectivos con relacion al catálogo, manuscrito. La librería ocupaba la mitad de la tercera pieza, y en ella vi hasta docena y media de tomos en dozavo, porque no cabian más ni mayores. A pesar de esta pequeñez microscópica, nos entretuvo gran parte de la noche, reimos y nos fuimos á la cama.

23. Dejo mis compañeros, y salgo solo en un carricoche para Verona, siguiendo en gran parte la orilla del Adige (que en latin se llama *Athesis*, por si no lo sabe mi lector) con gran número de molinos flotantes. Tuerce despues el camino, que es tan malo como el que dejo atrás, por falta de piedras; campos abundantes en mieses, multitud de moreras, cana-

les de riego, gran llanura. Comí en Valese; me engaña el posadero en la cuenta (hizo bien). Sigo adelante, mirando al Norte y Oriente las montañas que por aquella parte terminan los fecundísimos llanos de Lombardía; empeora el camino, pero no por falta de piedras, sino por falta de cuidado. Llegué á Verona, entrando por Porta Nova, de robusta y elegante decoracion. Me hospedé en la *Locanda de Due Torri,* magnífica, llena de escudos é inscripciones alusivas á los soberanos, príncipes y sátrapas que se habian alojado en ella, por cuya poderosa razon me sirvieron caro y mal.

Se dice que Verona sea ciudad de sesenta mil almas, la mayor del estado Véneto, despues de la capital. Se extiende á la falda de una gran colina, sobre la cual hay un castillo antiguo, con adiciones de fortificacion moderna: corre el Adige por en medio de ella; hay sobre él cuatro puentes de piedra y ladrillo, y desde el que llaman Ponte Novo se goza una vista muy agradable. El jardin, que llaman de Giusti, es singular en su línea, compuesto, como todos, de paredes de ramas, cuadros de boj, estatuas y fuentes muy malas, pero adornado con unos doscientos cipreses, poco más ó ménos, cuyas ramas empiezan desde el suelo, formando un cono muy agudo y altísimo. El piso está en declive, y esto favorece mucho á la perspectiva: á la extremidad del jardin está la colina, que ha sido necesario romper con pólvora para darle más extension, formando un accidente pintoresco la aspereza de aquel peñasco, vestido de arbustos y hiedras, que contrasta perfectamente con la cultura simétrica que tiene á sus piés: desde la parte más alta del jardin se ve toda la ciudad y sus amenos campos. La iglesia de San Zeno es antiquísima: á uno y otro lado de la puerta bajos relieves de mármol, que representan pasajes del Viejo y Nuevo Testamento, cosa informe, aunque no tanto como los que adornan las puertas interiores, abultados en láminas de bronce,

monumento antiquísimo; figuras monstruosas y extravagantes. Hay tambien várias pinturas al fresco, de igual mérito, en lo interior de la iglesia, cuya construccion merece observarse por la mezcla de gótico y griego de que se compone. Entre las várias antigüedades que hay esparcidas por la ciudad, una es el que llaman arco de Gravii. Segun Lalande, fué sepulcro de una familia; á mí sólo me pareció un arco de triunfo, bastante parecido al de Tito: está muy destruido, y áun se ve la inscripcion repetida, en que se dice que el arquitecto fué un tal Vitruvio, harto inferior en mérito al amigo de Augusto. Áun me pareció peor la Porta de Borsari, construida en tiempo de Galieno: consta de dos arcos, y sobre ellos dos cuerpos, con doce ventanas; todo ello adornado por uno de sus lados con columnas corintias istriadas y frontispicios. Esta obra manifiesta demasiadamente la decadencia en que estaban las artes cuando se hizo. Lo principal se me olvidaba: en la iglesia de San Zeno hay una taza de pórfido, de una pieza, de tres varas y cuarta de diámetro: es opinion comun que el diablo la llevó allí, ¡pobre diablo!, y en prueba de ello enseñan dos agujeros que hizo en ella con las uñas. En la iglesia de San Bernardino está la capilla de la familia Pellegrini, obra del célebre arquitecto veronés San Micheli, que consiste en una rotonda de dos cuerpos, de órden corintio; una balaustrada sobre el primero (que se hubiera podido omitir); tres frontispicios, que forman los altares, con otro que sirve de puerta; nichos para estatuas entre ellos, y cúpula correspondiente al segundo cuerpo. Es obra majestuosa, de elegante proporcion, y los adornos de arabescos en las pequeñas pilastras que hay en el primer cuerpo es de lo más delicado que puede verse. Los palacios de Verona no son tan grandes como los de Florencia; pero su decoracion es más elegante. En esta ciudad se ha cultivado, y se cultiva con acierto, la arquitectura;

pero al cotejar las fábricas antiguas con las modernas hallé en éstas un no sé qué de afeminado y pueril que falta en las otras. Los palacios de Canosa, Bevilacqua, Verzi; el de la Gran Guardia (que está sin acabar), y otros de que se hace mencion en las descripciones de Verona, son obras de gran mérito. Ni les falta á los que se han hecho modernamente, aunque en ellos se eche ménos aquella robusta majestad que caracteriza á los otros. El teatro filarmónico es espacioso, formando la sala un semicírculo, prolongado por dos paralelas. Contiguo á él hay un salon de baile: la compañía de cómicos que representaba cuando yo estuve no se componia de actores de grande habilidad. Fuí á ver una comedia nueva, intitulada *Le Vertigini del Secolo*. En ella no habia más personajes de carne y hueso que un marido á la moderna, su mujer y una criada; los demás eran la Alegoría, la Miseria, el Delito, la Esperanza, el Amor platónico, el Amor glorioso, el Amor humilde, las Deudas, la Soberbia, el Capricho, la Moda, la Sátira, el Cumplimiento, etc., etc. No hay para qué cansarse en ponderar las extravagancias y absurdos del tal comedion; el pobre público las sufria, sin atreverse á reir ni á llorar: yo hube de salirme ántes de la suspirada catástrofe. ¡Y esto se representa en la patria del Maffei! Comella, en todo su frenesí, no escribiria jamas embrollo más necio.

El museo Lapidario está contiguo al teatro, colocado en una galería baja, de órden dórico, con un gran patio en medio. La entrada es un soberbio pórtico, con seis columnas jónicas. Este museo es una numerosa coleccion de inscripciones griegas, hebreas, árabes, etruscas, latinas, etc., etc.; bajos relieves, aras, sepuloros, columnas miliarias, y otros monumentos no ménos curiosos, pertenecientes á varios tiempos, colocados en las paredes con buen órden y numerados, para ver con facilidad, en el libro que corre impreso,

la explicacion de cada una de estas piezas. Sobre la puerta está el busto del Marqués Maffei, á quien se debe este importante establecimiento.

Verona está rodeada de muros, en parte antiguos y en parte modernos, incapaces de defenderla: tiene cinco puertas, las más de ellas construidas por el mencionado San Micheli; la mejor es la Porta Stuppa, de órden dórico, como la Nova, de que ya se ha hecho mencion; la parte exterior es más elegante; la que mira á la ciudad es toda almohadillada, de carácter robusto y sencillo, y en mi opinion deberia ser al contrario; la elegancia adentro y la robustez afuera: de todos modos es obra de mucho mérito. Al entrar por la Porta Nova se halla el Stradone, calle la más ancha que he visto en Italia, con ánditos á los lados para la gente de á pié, y más adelante la plaza de Armas, ancha é irregular. La parte de la ciudad que se extiende á la orilla derecha del rio es muy llana; la otra, edificada en las faldas de la montaña, tiene cuestas incómodas, calles torcidas, y malas casas: no hay alumbrado de noche, defecto que no puede perdonarse á los italianos; en general está mal empedrada. Además de los palacios de que se ha hecho mencion, deben verse los de Portalupi, Ottolini, Pellegrini, Pompei, el Seminario, la Aduana y el nuevo hospital que se está construyendo en la plaza de Armas, fábricas todas hechas con buen gusto é inteligencia del arte. La portada del Duomo es obra gótica, muy antigua, como todo el templo: consta de dos arcos, uno sobre otro; las columnas del cuerpo inferior estriban en dos grandes grifos, y esta idea la he visto muy repetida en las antiguas iglesias de Italia; la puerta tiene muchos adornos y várias figuras; entre ellas hay dos que representan á Roldan y Oliveros: Roldan está con yelmo en la cabeza, cabello largo, un gran pavés en la mano derecha, la espada Durindana, cuyo nombre está escrito en la hoja; está arma-

do de cota de malla, la pierna y pié izquierdo armado de malla igualmente; la cara es feroz, con grandes bigotes. Oliveros, pelo corto, pavés sobre el brazo izquierdo, sin yelmo ni armadura. La iglesia es muy espaciosa, con algunos buenos cuadros; al entrar, á mano izquierda, se halla uno del Ticiano, en que representó la Asuncion; en uno de los altares colaterales hay labores delicadísimas de arabescos, esculpidas en mármol, cosa de gran mérito por el diseño y la ejecucion. La iglesia de San Jorge, atribuida á San Micheli y Sansovino, tiene una portada de dos cuerpos, jónico y corintio, ambos compuestos, el primero con seis pilastras, el segundo con cuatro; me pareció cosa pesada y de corto mérito; lo interior es una nave sin crucero, cúpula espaciosa, sin linterna; en los postes que dividen las capillas, columnas mezquinas, resaltadas, sin otro uso que el de sostener cuatro figuras alegóricas colosales: en esta iglesia hay dos buenos cuadros de Pablo Veronés. La Arena es un anfiteatro romano, por el gusto del Coliseo, aunque no tan grande; falta mucho de la parte exterior; en el pedazo que existe se ven tres órdenes de arcos con pilastras, cubiertas de un almohadillado que reina en todo el edificio; este pedazo, que llaman *l'ala dell'Arena*, parece que amenaza caer sobre las casas contiguas, cuyos inquilinos pagan poquísimo dinero de alquiler por esta circunstancia, y viven contentos de este ahorro, á costa de morir aplastados. ¡Oh dinero! Lo restante de este gran monumento está bien conservado, y ha tenido várias reparaciones, necesarias para mantenerle en el estado en que se halla: exceptuando el ala mencionada, todo lo restante forma dos órdenes de arcos: el primer cuerpo es todo de piedra; en el segundo hay piedra y ladrillo. Estos arcos, altos y bajos, son otras tantas tiendas y habitaciones, cuyos alquileres compensan en parte los gastos que exige la conservacion del edificio. Lo interior

está entero, exceptuando la galería cubierta correspondiente al tercer cuerpo, que se ve por la parte de afuera: la Arena forma un óvalo, y al rededor hay una gradería de cuarenta y cinco escalones, donde caben más de veintidos mil personas; en la misma gradería hay sesenta aberturas (vomitoria) para la comunicacion de las gradas con las galerías; hay dos grandes puertas, en el mayor diámetro del óvalo, para entrar á la arena y subir á las galerías, con dos puertas pequeñas á los lados, que parece haber sido destinadas para salir por ellas las fieras ó los gladiatores. Este anfiteatro es el único en que se vea entera y desembarazada toda la parte interior, y en esto lleva mucha ventaja al Coliseo, en que sólo se ven ruinas y destrozos; por lo demás, el de Roma, además de su mayor grandeza, tiene sus galerías en disposicion de poderse pasear por ellas, conserva mayor porcion de la parte exterior, y á pesar de sus defectos, es de arquitectura más adornada: si dentro de él se viese la hermosa gradería del de Verona, quedaria perfecto. Pío VI, al pasar por esta ciudad, lo vió lleno de gente; se han hecho en él várias fiestas en muchas ocasiones, y cuando yo estuve, oyó el vulgo los despropósitos de Arlequin donde otro vulgo oyó bramar las fieras y el gemido de los gladiatores moribundos. La iglesia de San Firmino y Rustico es obra moderna: fachada de órden compuesto, y en el interior graciosa decoracion corintia; la bóveda es enteramente lisa, y no acompaña á la parte inferior, que está enriquecida con todo el lujo del arte. Los veroneses son gente alegre: entre los hombres hay bella juventud; me dijeron que no se observa lo mismo entre las mujeres: aman con extremo la música, y en las provincias confinantes tienen fama de locos. Baste de Verona, que hay mil cosas que hacer y es tarde.

26. Salgo en un carricoche, en compañía de un veneciano, reviejuelo y arrugadito, que habia servido veintisiete

años al Emperador, muy tufillas, con una voz de cencerro que daba lástima oirle, y que no obstante ser conde, segun decia, lloraba á lágrima viva por no saber bastante música para hacerse *virtuoso* de teatro: consolábale un hombron gordo, que llevaba en el bolsillo unas arietas que habia de cantar al dia siguiente en Vicenza, porque el tal gordo era operista, y por todo el camino nos fué gorjeando, *sotto voce*, aquello *del Destin non vi lagnate*, etc., que era una de las arias con que se habia de lucir. El otro era un personaje rústico, con un gorro lleno de flores azules y coloradas; su gran chupa verde, sus ligas fuera del calzon, y una gran capa, que llenaba el coche; hombre sencillo, que daba *eccellenza* al cantarin, y á nosotros *illustrisima* y los *signori*. El camino, malísimo en muchas partes: lodazales, atolladeros. Pié á tierra; socorro de bueyes; juramentos y latigazos. El campo con hermosos prados, tierra de siembra, plantío inmenso de moreras, parras y arboledas de chopos y sauces; á la izquierda los montes del Tirol: comimos en Montebello, caro y mal; á las ocho de la noche llegamos á Vicenza.

27. Es ciudad de treinta mil almas, ó poco ménos, de forma irregular: sus calles, en general, estrechas y torcidas; grandes arrabales, cosa pobre y fea. Patria de Paladio, enriquecida con obras de aquel grande artífice, de las cuales la más celebrada es el teatro Olímpico. Éste, edificado entre callejuelas infelices, unido á otras casas, y sin decoracion exterior, no se anuncia como deberia. La forma de la sala es una media elipse, cortada por su mayor diámetro, y es la más bella que hasta ahora he visto, aunque yo preferiria siempre el semicírculo exacto, porque con él se puede dar al teatro una abertura más proporcionada á la extension de la sala. Entre el tablado y la gradería queda un espacio, que podemos llamar patio, al cual se entra por dos puertas late-

rales; siguen despues las gradas, que son catorce; en todas, y en la parte superior, un cuerpo de arquitectura de órden corintio, que siendo cerrado al frente y á las dos extremidades, con nichos y estatuas en los intercolumnios, deja dos porciones de peristilo ó galería abierta, donde se pueden colocar los espectadores. Sería mejor que todo aquel cuerpo estuviera así; pero el artífice trabajó limitado á las paredes, que halló hechas, y este fué el mejor partido que pudo elegir. La fachada del teatro se compone de dos cuerpos corintios y un ático, con muchas estatuas y bajos relieves, un arco en medio, dos puertas á los lados y otras dos en los trozos laterales, con que se cierra el proscenio. Por la abertura del arco se ven tres calles, y otra por cada una de las cuatro puertas, con edificios suntuosos, hechos de madera, como toda la obra, y en perspectiva, para suplir la falta de espacio: las aberturas de ventanas y pórticos, y la separacion de unos con otros es muy cómoda para colocar la iluminacion. Esta obra da una idea más clara de los teatros antiguos que la lectura de muchas disertaciones: la idea es feliz y hay mucho que admirar en la ejecucion; pero si es lícito que cualquiera exponga su opinion, sin meterse á censor de un grande artífice, de cuyo mérito nadie duda, yo diré francamente que la fachada me parece que destruye toda la ilusion. Yo quisiera que aquel teatro tuviese una abertura sencilla, como todos los modernos; quitaria todo aquel edificio que cierra la scena, y que sólo parece un patio de un palacio, y no una plaza abierta, que es lo que, á mi parecer, deberia representar: entónces los edificios que forman las calles, que yo reduciria á tres, llegarian más adelante; podrian ser mucho más grandes; podrian los personajes salir y entrar en ellos; se alargaria la distancia del proscenio al foro; en suma, la ficcion sería tal, que podria equivocarse con la verdad misma, y éste es el último esfuerzo de las ar-

tes. Por no estar así; por tener que limitar las calles á la pequeñez del arco y las puertas, todo es estrecho, mezquino, confuso y diminuto: apénas caben dos actores de frente en unas calles donde todo es palacios, templos y edificios magníficos. ¿Qué verisimilitud hay en esto, ni cómo podrá ejecutarse sin mucha violencia una tragedia, que necesariamente pide aparato y pompa de comparsas! Parece que el artífice tuvo complacencia en reducir su obra á una miniatura microscópica, dando á la fachada dos cuerpos, y un ático encima, dejando sólo las pequeñas aberturas del primer cuerpo para ver, como por un vidrio de óptica, lo interior del teatro, renunciando voluntariamente á toda la grandiosidad y verisimilitud que pudiera haber dado á su obra. Las dimensiones de ella pueden verse en el *Viaje de Italia* de Mr. Lalande; y para comprender cuanto acabo de decir, ó es necesario haberlo visto, ó tener presente la planta y el diseño; si no, mi piadoso lector no entenderá una palabra.

Hay en Vicenza hasta unos veinte palacios (ó llámense casas, si quieren) de tan bello gusto, que ellos solos bastarian á excitar la curiosidad de cualquier viajero que ame las artes, y hacerle sufrir con paciencia los atolladeros de ayer: muchas de estas obras son de Paladio, otras de Scamozzi, y otras de autores de menor fama, discípulos de la buena escuela. El *Palazzo de la Ragione*, situado en la plaza *de' Signoriò*, es el más grande de todos, rodeado de dos galerías, una sobre otra, la primera dórica, la segunda jónica, con arcos que cargan sobre columnas, más pequeñas que las que sostienen los dos cuerpos referidos: todo es elegante, ligero y grandioso: en el centro hay un gran salon, que no me atrevo á ponderar, porque sé que en Padua ha de haber otro mayor: en este edificio están los tribunales, y es lástima que las casas que hay unidas á él, y la estrechez de al-

guna de las calles contiguas no permita que se goce en espacios más anchos aquella gran mole. Enfrente está el palacio del Capitan, de órden compuesto, demasiado enriquecido de adornos, á mi entender; las ventanas rompen la línea del arquitrabe, y áun el friso tambien: si esta licencia es perdonable, ó lo es sólo en Paladio, no lo sé. En el edificio de que hablé anteriormente vi las metopas partidas por la mitad en los ángulos; tampoco sé si esto es lícito, ni quiero meterme en embrollos: entre las demas fábricas me parecieron cosa excelente el palacio Trissino, en el Corso, con un pórtico jónico grandioso; el de Chiericati, de Paladio, en la *Piazza del'Isola*, con pórtico inferior de columnas dóricas, y el segundo cuerpo corintio, con estatuas sobre la cornisa; el del Conde Aníbal tiene dos cuerpos, corintio y compuesto, y en la fachada, que mira al jardin, dos peristilos, uno sobre otro: me pareció, no obstante, que en la fachada principal afeaba en el segundo cuerpo el resaltado del entablamento sobre las columnas. El palacio Luschi, inmediato á éste, es de los mejores que vi: ni hay que reñirme porque no haga una larga lista de los demas: baste decir que hay muchos; que en todos ellos reina el buen gusto, nacido del conocimiento del arte, que no consiste en copiar por líneas y escrúpulos los cinco órdenes del *Vignola*, sino en formar un todo con aquellas partes y darlas tal simetría y proporcion, que juzgue el que lo ve que no pudiera hacerse de otra manera. Proporcion: éste es el gran secreto de la arquitectura; de aquí nace aquella armonía de partes, aquella ligereza, aquel órden, aquella sobriedad unida á la elegancia, y aquella belleza unida á la utilidad, que hacen tan difícil el arte. Campo Marzio es una gran pradería, excelente para coger el sol, con una hermosa colina á la parte del Sur, llena de árboles y verdura: á la entrada hay una especie de arco de triunfo, que sólo está abultado por una parte: consiste

en un arco y dos puertas; sobre las puertas dos ventanas cuadradas, hechas, sin duda, para aligerarle; pero como nadie puede asomarse á ellas, me pareció cosa inútil, y lo inútil siempre es malo: sobre el cornisamento hay un ático con frontispicio triangular, y á los lados dos obeliscos; el ático me pareció ridículo, y no ménos inútil que las ventanas; la parte abultada es de órden dórico almohadillado. Hay otro arco, en la puerta *della Madonna di Monte*, que da entrada á una larga escalera, por donde se sube al camino que conduce á un santuario de Nuestra Señora: éste me pareció de bellísima proporcion, con un solo arco, órden corintio, y un ático con el leon de S. Márcos en medio y dos estatuas á los lados. Desde el santuario mencionado se goza la vista de la ciudad, con una campiña deliciosa; el techo del salon del Palacio de Justicia sobresale entre los demas edificios, como la espalda de una gran ballena entre los atunes y delfines. A un lado se ve un pórtico de una milla de largo, que conduce tambien á dicha iglesia de la Vírgen. En las iglesias no vi cosa particular: en la de Santo Domingo hay un buen cuadro de Pablo Veronés; en la de San Miguel otro del Tintoreto; en la de San Francisco vi una memoria sepulcral en honor del célebre arquitecto Vicente Scamozzi, y un altar, rico de mármoles, dedicado á S. Antonio de Padua, de lo más extravagante que pudo soñar Churriguera; y en frente de esta iglesia hay un cierto palacio, que se las apuesta con el altar. No todas las fábricas célebres de esta ciudad son de piedra; muchas de ellas no tienen más piedra que la necesaria para los cimientos, las bases, los capiteles y las molduras de arquitrabes, cornisas y ventanas; todo lo demas, inclusas las columnas, es de ladrillo, revestido despues con mezclas que le dan la apariencia de piedra. En Madrid, donde, á pesar de la vecindad de los montes, la piedra es tan cara (gracias á Lerena, que no quiso dejar ha-

cer el canal de Guadarrama, porque no se hiciera nada bueno miéntras él viviese), podria adoptarse este modo de édificar, y dar á nuestras obras, con poco gasto, la belleza y grandiosidad que las falta. Vi algunas iglesias modernas de buena decoracion, entre ellas la de San Cayetano, y una fachada antigua del Monte de Piedad, en la plaza *de' Signori*, porque otra que tiene en una calle inmediata no me pareció tan buena. El teatro es grande: elipse truncada por una de sus puntas; buena orquestra, decoraciones borrachas de color; cantó Marchesi. No es posible ponderar la habilidad de este hombre, que une al conocimiento de la música una voz divina y una expresion de afectos, que difícilmente se encuentra en los de su clase: la accion vale muy poco; pero si fuese excelente en la accion como en lo demas, sería un ángel capon, no un hombre. Echaron *La Olimpiade*, y mi compañero de viaje, á pesar de ser tan gordo y de protegerle yo, lo hizo bastante bien. La Bocucci, con su vocecita graciosa y sus ojos malagueños, me arrebató el corazon. Visité en su palco á la Sra. Elisabeta Caminer, literata insigne, que entre otras obras de mérito ha publicado las de Gesnero, traducidas en bellísimos versos italianos.

28. Salgo á las once, en un calesin: camino excelente, llanuras cubiertas de árboles y parras, tierras de siembra y abundantes pastos; montes á derecha y izquierda, pero á gran distancia: llegué á Padua, tiritando de frio, á las tres. Visita al Sr. Estéfano Gallini, profesor de física en la Universidad; me condujo á ver al abate Cesaroti, traductor de Homero, viejo vivaracho, buen literato, y al abate Fórtis, físico estimable, humanista, crítico terrible, que destroza con la pluma y con la lengua, gracioso en las conversaciones, alto, moreno, ojos negros, cejas pobladas, rostro expresivo, voz de hierro: reimos un par de horas á costa de los autores vivientes más acreditados.

Padua está situada en terreno llano, cerca de un pequeño rio, llamado la Brenta, que se cree ser el antiguo Timavo: es ciudad de cuarenta mil almas, muy grande: calles largas, angostas, rectas, mal empedradas; poca elegancia en los edificios; muchos pórticos, pero no comparables á los de Bolonia; sin alumbrado, como todas las que he visto, exceptuando Milan. La iglesia de San Antonio es antigua, sin particular belleza de arquitectura, exterior ni interiormente, con siete cúpulas, que hacen malísimo efecto: en la plaza que tiene delante hay una buena estatua ecuestre, de bronce, que representa á Erasmo Narni, general veneciano, obra del famoso florentino Donatello: está colocada sobre un pedestal demasiado alto. Lo interior de la iglesia y los claustros inmediatos están llenos de sepulcros; los de la iglesia, que son los más suntuosos, no me parecieron del mejor gusto; por ejemplo, el de Pedro y Domingo Marcheti, el de la familia Caimo, el de Pedro Sala, y uno de la casa Ferrari, son cosa malísima, salvo mejor dictámen; y el último particularmente, así en el diseño como en la ejecucion, digno de cualquier aprendiz de pastelero: da lástima ver empleados exquisitos mármoles en obras tan ridículas. Los altares no me parecieron mucho mejor, exceptuando uno ú otro. En uno de los pilares, á mano derecha, hay un monumento funeral del Cardenal Bembo, compuesto de un cuerpo corintio, con cuatro columnas y un frontispicio, con el busto del citado Cardenal, de buena idea y ejecucion, como tambien lo es el sepulcro de Jerónimo Micheli, de órden dórico, con una urna y obelisco encima, siendo estos dos los únicos que me parece se pueden citar con elogio. En una de las paredes del coro hay un retrato de S. Antonio, que pasa por auténtico, el cual santo es blanco, rubio, ojos garzos, de buena cara, ni feo ni virolento, como yo, segun quieren algunos, ni tan bonito y graciosito como creen

mis tias. La capilla de este santo, hecha en 1532, es de mármoles de Carrara, adornada con nueve bajos relieves de la misma materia, obra de varios artífices acreditados de aquel tiempo, en que representaron varios milagros del Santo. Los que me parecieron mejor son uno de Antonio Lombardi, donde un niño reciennacido defiende el honor de su madre; el otro, cuyo autor se ignora, de un hereje que tira un vaso desde una ventana, diciendo que si no se rompe creerá la santidad de S. Antonio; otro de Sansovino, en que S. Antonio resucita á una muchacha; otro de Danese Cataneo, en que el Santo resucita á un muchacho ahogado; cosa muy bien hecha, á mi parecer; y el que me pareció superior á todos por la correccion es el de Jerónimo Campagna, en que el Santo resucita á un hijo, que declara ser falsa la acusacion hecha á su padre. En esta capilla se venera el cuerpo del Santo, que se dice estar en una urna de mármol que sirve de ara. En una capilla, que hay detras del coro, vi cuatro estatuas de virtudes, y dos de santos de la órden, cosa bien hecha; el altar, bien malo, con una confusa multitud de angelitos sobre la cornisa, que hace malísimo efecto. *El Prato de la Valle* es una gran plaza irregular; en medio de ella hay un prado elíptico, rodeado de un canal, con cuatro puentes, de los cuales salen cuatro calles, que se dirigen al centro del óvalo, donde ha de hacerse una fuente: las calles están adornadas con jarrones y obeliscos, y las dos márgenes del canal con estatuas de piedra blanda, pintada de blanco. Hay ya unas setenta, poco más ó menos, y deberán ser ochenta y ocho: representan grandes varones de Italia, ó príncipes, guerreros y sabios que hayan tenido alguna relacion directa ó indirecta con Padua, ya en lo político, ya en lo militar ó literario. Vi entre ellos á Miguel Savonarola, célebre médico; Pietro Danieletti, escultor; Juan Sobiescki, rey de Polonia; Jacobo Menochio, Guicciar-

dino, Clemente XIII, Alejandro VIII, Gustavo Adolfo, Jacobo de Dondi, matemático; Sperone Speroni, Andres Navagero, Galileo, Petrarca, Ariosto, Tasso, Tito Livio, L. Aruncio Stella, Trasea, Pœto, Antenor, etc. Las estatuas son, en general, bastante buenas, á lo ménos para aquel paraje, en que no se pueden ni se deben colocar obras primorosas. Hace gran falta la fuente en medio, y será conveniente acompañar aquellas figuras con arbustos que, sin ocultarlas, las adornen, y arboledas circulares, que hagan sombrío, fresco y delicioso aquel recinto, uniendo al arte la naturaleza. En esta plaza está la iglesia de Santa Justina, muy parecida á la de San Antonio en las cúpulas que la dan luz, cosa que por afuera parece muy mal; no está hecha la fachada todavía; y esto de ver iglesias muy bellas por dentro y la fachada sin hacer es comun en Italia. Lo interior de ésta es de órden jónico, muy mazacote y rudo; es grande, clara y desembarazada, con un hermoso pavimento de mármoles; en el coro hay un cuadro de Pablo Veronés, que ha padecido mucho en el colorido. Antiguamente habia en las capillas muchos cuadros estimables, y los han ido quitando, sustituyendo en su lugar esculturas en mármol: no sé si ha sido acertada esta resolucion, porque además de parecerse mucho unos altares á otros, no creo que hay gran mérito en lo que se ha hecho hasta ahora, exceptuando un grupo de la Vírgen al pié de la cruz, y su Hijo difunto, con S. Juan y la Magdalena á los lados, que me pareció superior á todo lo restante. En una capilla del crucero se venera el cuerpo de S. Lúcas Evangelista, médico y pintor, segun consta por unos malos versos latinos que hay allí, donde se dice cómo y de qué manera aquellas preciosas reliquias vinieron á parar á Padua, y esto ha dado motivo á grandes disputas con los venecianos, que creian poseer el cuerpo de dicho santo en la iglesia de San Giobbe. En la otra capilla,

compañera á ésta, hay un pozo lleno de huesos de santos mártires, que se descubrió por revelaciones que de ello tuvo una cierta *Signora Giacoma*, mujer de santa vida, que vivia en Verona mucho tiempo há, segun y como se refiere en un cartelon que hay en dicha capilla, y segun está representado en un buen cuadro, donde se ve la Sra. Giácoma y la Vírgen Santísima, en el aire, con su Hijo bendito, y los querubines, y los frailes, y el pueblo atónito, y el pozo, etc. El *Domo*, cuya fachada tambien está sin hacer, es en lo interior de un órden compuesto muy rudo, donde me pareció reconocer la misma mano ó la misma escuela del que ideó el jónico de Santa Justina; la iglesia es espaciosa, muy bien enlosada; en la sacristía hay un precioso cuadro de Ticiano, en que representó á la Vírgen con el Niño: simplicidad, expresion, colorido, todo es bello; el Niño, en particular, parece dibujado por mano de las Gracias. Entre varios retratos de canónigos que hay en esta sacristía vi el del Petrarca. Junto á una de las puertas laterales hay dos sepulcros regulares, de órden jónico, con bustos, muy bien hechos, de Sperone Speroni y de su hija Julia. El *Salone*, ó sala de audiencia, es único en su línea: tiene trescientos piés franceses de largo y ciento de ancho, con otros ciento de alto; en lo interior la techumbre es de madera, muy bien hecha, asegurada con barras de hierro horizontales y verticales; las paredes están pintadas por Giotto y renovadas modernamente; representan los signos del Zodiaco, los planetas, las estaciones, los apóstoles y otros santos, con varios asuntos sagrados y profanos; hay en el pavimento una pequeña meridiana, que le atraviesa por lo ancho; en la misma sala, á un lado, se ve la piedra de oprobio donde iban á sentarse los que se declaraban fallidos, evitando por este medio la persecucion de sus acreedores: pregunté si duraba esta costumbre, y me dijeron que no; en el salon de Vicenza vi otra

piedra semejante á ésta y destinada al mismo fin. En esta sala hay un monumento en honor de Tito Livio, con el busto de aquel célebre historiador, como tambien una lápida que sirvió á la urna donde se cree que estuvieron sus huesos. Si es verdad que los tales huesos eran suyos, y si es verdad que un gran sepulcro viejo que se ve junto á la iglesia de San Lorenzo contiene los del famoso Antenor, como la inscripcion asegura, díganlo los que entienden estas materias; que yo me pierdo en tan oscura antigüedad, y en materia de calaveras no acertaré á distinguir la de Cárlos II de la de Marco Aurelio. Hay tambien otro monumento de Lucrecia Dondi, mujer del marqués Pio Enéas, que en 1654 murió á manos de un amante feroz, que no la pudo seducir. Hoy dia, gracias á nuestra cultura y á nuestra moral dulcísima, no se ven tales horrores, y el no haber Lucrecias nos ahorra de Tarquinos. En la parte exterior de este salon hay una galería con columnas medio góticas; sobre una de las puertas que dan entrada á la sala hay otro Tito Livio, que, á pesar de la inscripcion que tiene debajo, me pareció una Santa Teresa : esta galería es el cagatorio general de los pillos que se andan hartando de uvas por la plaza : en ninguna parte se sufriria tal indecencia. Fuí á ver el gabinete de máquinas de la Universidad, que aunque no de lo más abundante, contiene lo más esencial para el estudio elementar de física. El profesor de esta ciencia, el Conde Stratico, me mostró, entre otras cosas curiosas, dos máquinas, de invencion suya; una para alzar pesos, por medio de la dilatacion de los metales aplicados al fuego, y otra, cuyo efecto y utilidad me pareció más visible, por medio de la cual levantaba el agua hasta quince piés, valiéndose de un tubo espiral, colocado horizontalmente, que recibia el agua del depósito alternativamente con el aire, y estas porciones de aire, oprimidas por el agua siguiente, servian de hacer levantar la

primera, por un tubo recto, hasta la altura mencionada. Vi tambien un disco de máquina eléctrica, hecho de varios pedazos colocados al rededor de una rueda, invencion dirigida á evitar el coste de un disco de aquel tamaño: la frotacion del cristal con las almohadillas es la misma que si fuera de una sola pieza. En el edificio de la Universidad hay un buen patio, con doble galería dórica; la inferior y la superior, de un compuesto-jónico. No vi el gabinete de historia natural, que me aseguraron ser muy escaso. Vi el observatorio astronómico, construido sobre una torre del castillo viejo, cuyo coste ascendió, segun Lalande, á doce mil cequines. No está muy provisto de instrumentos, pero son buenos los que hay, particularmente un gran cuadrante mural, traido de Lóndres. Vi al profesor de astronomía, el abate Toaldo, célebre por sus conocimientos en esta ciencia, viejo alegre y amable, de quien recibí mil atenciones, como tambien del segundo profesor, el abate Chiminello. Desde el observatorio se ve toda la ciudad y sus hermosos campos, abundantísimos de árboles, frutos y mieses, bien regada por el rio Brenta, parte del cual, dividido en varios brazos, cruza la ciudad y fertiliza sus contornos: por medio de un buen anteojo vi, á lo léjos, Bassano, y más adelante la torre de San Márcos de Venecia. En la iglesia de Padres Servitas pueden ir á ver un grande altaron de mármoles los que gusten de galimatías y febus arquitectónico. En la iglesia de la Anunciata, situada en un gran patio redondo, donde áun se ven vestigios confusos de un antiguo circo, pueden observarse (en lo interior de la iglesia) las pinturas á fresco, de Giotto, hechas en 1306: son asuntos del Nuevo Testamento: frialdad, timidez, ningun artificio en grupos, actitudes ni luces; algunos ropajes no carecen de mérito: allí se ve la infancia del arte. ¡Qué distancia inmensa desde aquella ruda imitacion de la naturaleza á la aurora de Guido! Giotto

fué admirado en su tiempo como un prodigio, y no sin razon: ¿quién sabe cómo empiezan las artes, ni quién sabe tampoco hasta qué punto puede llevarlas el talento humano! En la iglesia de Padres Agustinos Eremitas, que está inmediata, hay un buen cuadro, en el altar mayor, de Ludovico Fiumicelli; otro en la sacristía, excelente, de un San Juan, pintura de Guido Reni; en una capilla del crucero varios frescos de Andres Mantegna, que vi grabados en Venecia despues: el estilo es seco, en general; pero hay algunas figuras bellísimas, y en el fondo perspectivas muy bien hechas. En la iglesia se ve el sepulcro del célebre jurista Mantova, de órden compuesto. Hay un jardin botánico, inmediato á Santa Justina, abundante en aguas, con muchas plantas exóticas, bien cuidado; los invernaderos son malos, ó por mejor decir, no los hay; á un lado del jardin hay un bosquecillo de árboles exóticos de África, Asia y América, y esto es lo más singular que allí vi. Cerca de este jardin hay un terreno de grande extension, destinado al profesor de agricultura, para que haga en él sus experimentos. Por las pocas noticias que acabo de dar podrá inferirse que en Padua se cultivan las ciencias, y que áun merece el nombre de docta; su universidad es la única del estado Veneto; las cátedras no se dan por oposicion; pero se han tomado bastantes precauciones para evitar la parcialidad ó la corrupcion en el nombramiento de maestros: no sé si bastará; sólo sé que entre los que tiene hoy dia se cuentan sujetos de mucho mérito. Hay tambien una academia de ciencias y bellas letras, que ha publicado ya algunos tomos de sus actas. Hallé en Padua mucha cortesía, afabilidad y cultura; la gente es muy dispierta y agasajadora. Todavía me está inquietando la dulce imágen que imprimieron en las masas de mi cerebro los ojillos de la Bocucci. ¡Oh amor! ¿por qué así maltratas á este cautivo caballero! Voyme á acostar.

Octubre, 1.°

Cargo con mi bagaje apostólico, y éntrome en la barca, que sale dos veces todos los dias para Venecia, por el canal de la Brenta; y ya deberá haber inferido el prudente lector que habrá más de una barca para esta operacion. En la que á mí me tocó habia su sala y su gabinete, ventanas con vidrios, y asientos bastante cómodos. Juntámonos hasta unas sesenta personas: viejas, chiquillos, gente del campo, soldados, frailes, p....; confusa mezcla, que anuncia desde luégo lo barato del flete. En efecto, desde Padua á Venecia, que hay veinte y cinco millas, se va en dicha barca por una peseta. Si no fuese por la incomodidad que resulta de aquel hacinamiento de gente, el viaje es muy divertido, pues ademas de los hermosos campos que se ven á una y otra parte, se atraviesan pueblecillos alegres, y á cada instante se hallan casas de placer, muchas de ellas magníficas, de los poderosos de Venecia, que van á pasar en ellas el verano y parte del otoño. En toda la longitud del canal se pasan tres compuertas; y al llegar á las últimas, distantes seis millas de Venecia, hubimos de tomar una góndola entre tres, para llegar más pronto. Al salir del canal y entrar en la laguna, dejando á Fusina, pequeña poblacion, á la izquierda, vi el nuevo espectáculo (para mí) de una ciudad situada en medio del mar, donde no se ve otra cosa que agua y edificios soberbios. Entré por el hermoso canal de la Giudeca, y me hospedé donde pudieran hospedarse muy bien Enoc y Elías, si el diablo les tentara de venir á esta profana ciudad.

Los edificios de Venecia, ó son magníficos, adornados con todo el lujo de la arquitectura, ó son viejos y feos; las casas, en general, parecen de un lugaron viejo y antiguo, y no añaden poca fealdad la multitud de ventanas abiertas hácia fuera, sin pintura ninguna, ennegrecidas por las

aguas. Las calles en el centro de la ciudad son estrechísimas, con mil ángulos y revueltas, y es menester arte particular para caminar por tales estrechuras, donde el concurso es continuo y numeroso. Unas calles sin salida, otras que terminan en los canales; puentes que conducen á casas particulares, sin que en su forma se distingan de los puentes públicos; plazas que parecen patios; atajos y pasadizos conocidos sólo de quien tenga gran práctica de la ciudad; casas y calles sin números ni nombres: de todo esto resulta una confusion, que es difícil á cualquier forastero no perderse en tan enmarañado laberinto. O es menester embarcarse á cada momento, ó fatigarse subiendo y bajando puentes y haciendo largos rodeos, para llegar á un paraje poco distante de donde se partió. Toda la ciudad es llana, empedrada con lava, como Nápoles, muy escurridiza y lisa cuando llueve, y no poco peligrosa, particularmente en los escalones de los puentes, que es menester subir y bajar con gran cuidado. De noche hay alumbrado público, que aunque en cualquiera poblacion es conveniente, aquí es indispensable más que en otra alguna. Hay mucha gente á todas horas por las calles, muchas tiendas, talleres, tráfago y movimiento. Sin embargo, no es ciudad ruidosa, en atencion á que en toda ella no hay un carro, ni un coche, ni una caballería; y no es ésta la circunstancia ménos favorable para las gentes acomodadas del país; pues siendo en Italia el artículo del coche el principal entre los objetos indispensables del lujo, en Venecia no existe, y debe producir un ahorro considerable. Las calles son oscuras, por su estrechez y la grande altura que tienen las casas; pero es divertido el pasear por ellas: de noche están muy iluminadas con las muchas luces de las tiendas, cuyas mercancías, expuestas á la vista pública, ofrecen á los ojos una agradable confusion. Vistas de noche estas calles, que son las más inme-

diatas á la plaza de San Márcos, se parecen mucho á las que hay en Lóndres, que sirven de pasadizos á la gente de á pié, y están, como éstas, llenas de luces, de objetos de comercio, y frecuentadas siempre de gran concurso, bien empedradas y sin coches. La ciudad está dividida en ciento cincuenta islas, (que exceptuando la parte que llaman la Zuecca ó Giudeca) todas se comunican por medio de puentes; el mayor de todos es el de Rialto, de un arco solo, que forma un cuarto de círculo poco más ó ménos: es obra de gran ligereza; pero las casas que tiene encima le desfiguran: los demas puentes son pequeños, en general, porque los canales que atraviesan son estrechos. Estos canales tienen por límite á un lado y otro las paredes de los edificios, bien que en algunas partes hay espolones anchos, por donde pasa la gente. El canal grande, donde está el puente de Rialto y el de la Giudeca, están llenos de embarcaciones de comercio y transporte; las góndolas, que son el equivalente de los coches, llegan á dos mil, segun me dijeron, pues ademas de las que hay para el servicio público, no hay particular acomodado que no tenga la suya, y algunos cuatro ó cinco. Todas, exceptuando las de los embajadores, son de un mismo tamaño, figura y color; largas, angostas, con un adorno de dientes de hierro á la proa, una caja en medio con techo circular, como el toldo de un carro, un asiento á la testera, capaz de dos personas, y dos banquillos laterales, donde se pueden acomodar otras dos, cubierta la caja por dentro y por fuera de bayeta negra, y las maderas pintadas de negro tambien. Los gondoleros las gobiernan con destreza increible, y á poco tiempo se disipa el miedo que al principio infunden unas embarcaciones tan ligeras y tan fáciles á volcar. Estos canales y estas góndolas hacen desaparecer la pompa de Venecia; y no se logra ver reunido un concurso brillante sino en los pocos dias solemnes, en que la plaza de San Márcos

es estrecha para contenerle. Sólo en tales dias puede formarse una idea justa de la grandeza de esta ciudad, de su lujo y sus hermosuras. El no haber un sitio público donde la gente acuda cómodamente á horas determinadas; la estrechez de las calles más concurridas; el poco uso que se hace de las ventanas que caen á los canales; la necesidad, ó la costumbre, de abandonar la ciudad en verano y en otoño las gentes de algunos posibles, y vivir sólo en ella cuando la intemperie y las lluvias no permiten más desahogos que el de los teatros, cuyos espectáculos no comienzan hasta dos horas despues de anochecer, todo esto contribuye á dar una idea de Venecia ménos favorable. La gente que acude los dias de fiesta por la mañana á la plaza de San Márcos no forma un conjunto correspondiente á la grandeza de tal ciudad, ni ménos la que se ve reunida en un teatro, cuando en los seis ó siete que restan hay otra tanta. En Venecia se levantan tarde, comen tarde, y se acuestan tarde. Por las mañanas las señoras salen en su góndola con basquiña y cendal; las viejas se van á misa y á visitar monjas, y las mozas con sus maridos ó sus amantes á dar un paseo por la plaza de San Márcos, y á pasar un par de horas en los casinos en buena compañía y tomar café; siendo de advertir que en Venecia suelen tomar café siete y ocho y más veces al dia, bien que el café es excelente y las tazas pequeñas. Despues del teatro se juntan, ó en los casinos ó en las casas particulares, y dura la conversacion ó el juego toda la noche. Sale el sol, y se van á la cama. Todo esto debe entenderse de la gente culta y de buen tono; porque la canalla tiene otras horas y otros estilos. Los venecianos son en general muy corteses y alegres, habladores, elegantes en el vestir, pero sin afectacion; hay bella juventud en uno y otro sexo: el lenguaje es un toscano corrompido por la pronunciacion, con algunas palabras provinciales, y un tonillo

gracioso, que es particular al país. Al dia despues de la primera dominica de Octubre empieza la máscara, que miéntras yo estuve en Venecia se redujo á que algunos se ponian la bahuta para ir al teatro, disfraz que se reduce á una capa de seda negra, una especie de roquete de blonda, y una capucha estrecha que ciñe el rostro; la máscara la llevaban regularmente en el sombrero; y ciertamente no pude averiguar á qué fin se desfiguraban de aquella manera. He oido decir que es propio de un país de libertad la máscara; yo diria lo contrario, que sólo puede ser conveniente en un país de esclavitud; porque donde es lícito hacer cuanto se quiere, ¿para qué es el disfraz? Los que yo quisiera que se enmascarasen son ciertos pobres que se ven por las calles de Venecia, sin ojos, sin narices, rasgada la boca, acancerado, sangriento, espantoso el rostro, que no se les puede ver sin asco y horror: estas visiones, que son en gran número, se atraviesan en las calles y puentes, presentando al público su deformidad. Me dijeron que el gálico hacia aquellos milagros. Sea enhorabuena; pero ¿por qué el Gobierno tolera este abuso? ¿Por qué no recoge aquellos infelices, que realmente no son capaces de procurarse el sustento por otros medios, y los mantiene léjos de la vista de los hombres, á costa del público, que en ninguna parte pudiera emplear mejor su beneficencia? Si en esto hay descuido, no le hay ciertamente con la enfermedad de las viruelas, peste no ménos temible que la anterior. Vi carteles fijados en las esquinas, donde se anunciaba que desde el dia 1.° de Noviembre hasta el 15 podria cualquier padre de familia llevar sus hijos (cuya edad señalaba) á una casa destinada á la inoculacion; que allí los profesores dedicados á este fin por el Gobierno, harian esta operacion de balde, y que todos los niños que adquiriesen viruelas serian visitados en sus casas por los mismos facultativos durante el mal, y los

que fuesen de familias pobres recibirian un socorro diario.

La república de Venecia no es ciertamente la mejor de las repúblicas posibles. Poco más de doscientas familias, que compondrán apénas mil y quinientos individuos, son las que tienen en su poder el gobierno político y civil de toda la nacion. Entre ellos se reparten todos los empleos de utilidad y honor, la soberanía, la magistratura, el mando de las provincias y el de las armadas. Un paduano, que ve desde su ciudad la torre de San Márcos, si no tiene alguno de aquellos apellidos gratos á Júpiter, por más notable que sea, por más virtudes que tenga, por más talento que cultive, no sólo no será Dux de Venecia, pero ni podrá ser miembro de sus Consejos, ni jefe de sus naves. Los patricios desdeñan el servicio militar de tierra, y los primeros jefes del ejército, ó son extranjeros, ó son nobles de tierra firme, que deben al favor de algunas casas poderosas, y no á su aplicacion y su mérito, los ascensos que obtienen. Los nobles venecianos aspiran á los primeros empleos de la república; ésta es su ambicion: los de tierra firme tienen muy poco á que poder aspirar, y los que no son nobles, nada. No obstante, se llama república. Y las que hicieron tanto ruido en la antigüedad, ¿eran, por ventura, mucho mejores? Desengañémonos, los hombres han estado siempre mal gobernados, y lo estarán hasta que dejen de existir. Los grandes políticos y estadistas han escrito excelentes sistemas, admirables planes, donde se hallan principios tan sólidos, verdades tan irrefragables, que es necesario carecer de entendimiento para desaprobarlas; pero llega el caso de la ejecucion, y todo se trastorna; porque no pudiendo las leyes obrar por sí solas, es necesario que los hombres las administren; y como los hombres tienen pasiones, obran segun sus pasiones, no segun el espíritu de las leyes; y como la multitud siempre es ignorante, fácilmente se engaña; y ella misma,

buscando la libertad y el bien, se forja las cadenas. ¿Qué resulta de aquí? Que somos muy imperfectos, muy malos, muy feroces cuando se nos presenta la ocasion de serlo, y que los mejores sistemas de gobierno deben considerarse como novelas muy bien escritas.

Sabido es ya que Venecia sea la ciudad de Italia en que más diversiones hay, y en mi opinion, la de los charlatanes no es la menor; á lo ménos yo la prefiero á muchas. La *Piazzeta*, donde está el palacio ducal, y la hermosa *Riva de' Schiavoni*, es el teatro de estos rudos espectáculos. Por todas partes se ven montones de gente, que oye absorta la verbosidad de aquellos oradores. Uno, subido en una mesa con un gran lienzo detras, donde está mal pintado con almagre y yeso su retrato, y á un lado un aparador portátil lleno de bragueros, frasquillos de esencias, papeles de polvos y ungüentos para la ceática, para los ojos, para los zapatos, para las lombrices, para las muelas, para las manchas, para los callos, para los sustos, para el mal de orina, en suma, para todo cuanto puede ocurrir en esta vida mortal, predica al público sus elogios, y le entretiene hablando tres horas seguidas, con una afluencia, una gesticulacion y un manoteo, que no hay más que pedir. Otro pone en el suelo una tendalera de papeles retijereteados, y en un santiamen hace una pájara, una fuente, un arco triunfal, un S. Pedro y una sota de bastos; y entre tanto no cesa de hablar, ponderando su habilidad y contando disparates para hacer reir á el auditorio. Otro, metido entre cuatro palos, cubiertos con una cortina, da al público un drama en miniatura de los desgraciados amores de Arlequin, sus disputas con Pantalone, sus combates con Pulcinela, sin omitir aquella situacion, verdaderamente trágica, en que Pulcinela le sorprende, y con una barbarie inaudita le da en la cabeza treinta ó cuarenta martillazos, que el menor de ellos bas-

taria á acabar, no digo yo con Arlequin, sino con el mismo Alcídes. Otro toca una trompeta, y á grandes voces llama á la gente, para que venga á ver por tres ó cuatro agujeros de un cajon las maravillas más portentosas que jamas se vieron; por un cuarto enseña las siete maravillas del mundo: la iglesia de San Pedro, el Alhambra de Granada, San Pablo de Lóndres, el Monte Vesubio, la ciudad de Pekin y el Serrallo de Constantinopla. Otro, con el gatillo en la mano, exhorta á cuantos pasan á que se saquen las muelas una detras de otra, y verán su destreza particular en sacarlas. Otro, con unos cubiletes y una baraja y un perro de aguas lleno de lodo, hace cosas que aturden al numeroso concurso de barcarolos y marineros; bien que protestan continuamente que allí no hay magia, y que todo es en fuerza de la física más sutil. Otro, sentado en un banquillo, con una capa de grana llena de chorreaduras de aceite, un peluquin rubio, con su casaca negra, sus calzones amarillos y en calcetas; sin licencia del Ordinario, y á pesar de todos los concilios habidos y por haber, se pone á predicar pláticas morales sobre la avaricia, sobre la gula, sobre la lujuria; y esto lo adorna y enriquece con multitud de cuentos, sacados de Belarmino, de crónicas de frailes, y áun de su propio peluquin, concluyendo siempre con una peroracion patética, á fin de conmover el ánimo de su auditorio, á cuya generosidad se recomienda, exponiéndole las necesidades que padece, los achaques habituales que le molestan, y la numerosa familia con que el cielo se dignó bendecir su matrimonio. Otro (y éste era el más picaron de todos, y el que ménos á menudo se afeitaba) divertia al público refiriéndole historias prodigiosas de caballeros y emperadores y magos, batallas, desafíos, torneos, amores, gigantes, enanos, vestiglos, serpientes, torres, cuevas, encantamentos, en suma, cuantos disparates se hallan ya sepultados en los

antiguos libros de caballerías. Tenía en la mano un papelillo sucio, con algunas pocas apuntaciones, y sobre ellas forjaba la historia admirable, amplificando y adornando los hechos, introduciendo á cada paso diálogos épicos de lo que dijo el Emperador al Arzobispo, lo que respondió el caballero, las quejas de la princesa encantada, la disputa del mago Brandabalino con el mago Quizsobántes, y los horrendos conjuros con que la sábia Paranomasia invocaba á los demonios. Dos muchachos, ciegos, cantaban alternativamente *La Jerusalen*, octava por octava, segun el pasaje que se les pedia; ya la embajada de Argante, ya el conciliábulo de Pluton, ya la muerte de Clorinda, el palacio de Armida ó el bosque encantado. ¡Oh, Tasso inmortal, que á pesar de la envidia literaria, que llenó tu vida de amarguras, tu nombre, al cabo de dos siglos, vive famoso, y superior á Ercilla, á Camoens, á Milton y Voltaire! Tus obras, aplaudidas de toda la Europa, son estudio digno de los sabios, y se cantan en las plazas públicas, donde el rudo vulgo las escucha con admiracion y deleite.

CUADERNO SÉPTIMO.

VENECIA.

Así como Nápoles se ha hecho famosa, ya por los excelentes profesores de música que ha producido y produce, ya porque las más célebres obras de esta clase aparecen regularmente en sus teatros ántes que en otro alguno, así Venecia se cita como la capital de Italia en que más se ha cultivado la poesía dramática representativa, ó á lo ménos donde los teatros de representacion son más en número, más concurridos, y donde se ven más piezas nuevas. Hablando, pues, de los teatros cómicos de esta ciudad, no hay para qué hacer excepcion de otra ninguna de Italia, puesto que las mismas composiciones que se ven en ella se repiten en las demas: el gusto es generalmente el mismo; el lenguaje en que tales obras están escritas, exceptuando muy pocas de ellas, es comun á toda la nacion, y los actores que las representan vagan indistintamente por toda la península, por más que muchas de la compañías puedan reputarse como propias de tal ó tal país. No hablaré ni de la historia del teatro italiano, ni de los que han cultivado con acierto la poesía dramática, porque además de no ser análogo á mi intento, es cosa harto conocida ya de quien tenga alguna instruccion en tales materias. Diré sólo cómo hallé el teatro en esta nacion, sin hablar de las obras antiguas ó modernas que no se representan. Las noticias que daré serán exactas, pero escasas y diminutas, aunque bastarán acaso á formar una idea de los espectáculos nacionales de Italia; y en el juicio que

forme llevaré por guía mis principios y mi razon, tal cual ella sea, y nunca la autoridad ajena, que aunque muchas veces sea segura, no es fácil seguirla siempre sin riesgo de parcialidad.

Pueden reducirse á tres clases las piezas que comunmente se representan: tragedias, comedias y farsas, incluyendo en el número de estas últimas, no sólo aquellas pequeñas composiciones á quienes se da este título, sino tambien las comedias escritas ó representadas *à soggeto*, que por la fábula, los personajes, las costumbres y el estilo no pertenecen á la buena comedia.-

Despues del teatro frances, superior á todos los de Europa, ninguna otra nacion ha cultivado la carrera trágica con más acierto que la italiana; y entre los autores vivientes que han escrito en este género, Monti, Betinelli, Pepoli, Alfieri y algun otro merecen particular estimacion por haber publicado obras regulares, que si no pueden llamarse excelentes, contienen, á lo ménos, aquel número de bellezas capaz de acreditar el nombre de sus autores y asegurarles un lugar distinguido entre los más célebres. Ya debe suponerse que no será grande el número de estas obras. Francia apénas puede contar un par de docenas de piezas excelentes, entre comedias y tragedias; pues ¿cuántas serán las que se cuenten en una nacion que en esta parte se halla tan inferior á aquella? Se ha escrito mucho en Italia en este género; y si debieran considerarse como tragedias las que tienen este título, fácil sería formar una lista interminable de ellas; pero son muy pocas las que le merecen, y poquísimas las que se representan con aplauso en los teatros. En éstas, hablando en general, hay mucha accion, situaciones interesantes, sentencia, diccion poética, pompa y aparato. Participan mucho de la libertad de la ópera; se observa muchas veces falta de economía en la fábula; pocas veces un

carácter principal es el móvil de toda la accion; no siempre el órden de las scenas es feliz; no siempre los personajes se presentan en la scena oportunamente; en suma, no vi aquella sobriedad, aquella progresion de interes, aquella unidad de impulso dirigida á un solo objeto, aquella maestría en descubrir los afectos del corazon humano, segun el carácter y las situaciones. Debo advertir que las tragedias de Alfieri no deben sujetarse á estas observaciones, hechas, en general, sobre las otras; este autor ha seguido un rumbo tan diferente de los demas, que no es posible confundirle con ellos. Sus obras merecen particular exámen; pero por no dejarlas en silencio, diré solamente que este escritor se ha propuesto despojar á la tragedia de todo lo que no es absolutamente necesario; ha querido simplificarla, imitando más el gusto griego que el moderno de Europa: poco enredo en la fábula, poco aparato, pocos adornos; ha desechado los personajes inútiles, y disgustado de los confidentes que en la mayor parte de las tragedias sirven sólo de oir lo que el héroe les dice, sin que, por otra parte, sean necesarios al progreso ó desenlace, los ha desterrado de la scena. Reducidas sus piezas á tan corto número de personas, carecen de variedad y movimiento; el diálogo, por consiguiente, es cansado y enojoso, y se oye hablar de conjuraciones, tiranías, trastornos de imperios en un palacio desierto, y estos grandes acaecimientos se verifican entre cinco ó seis personas. Su estilo ha sido muy censurado de duro y gótico; por lo demas, á pesar de todos estos defectos, merece este autor el primer lugar entre los modernos: pinta las pasiones con admirable inteligencia, los caracteres con toda la verdad y robustez imaginables, y en sus obras se ven esparcidas tan grandes ideas, máximas tan sublimes, ya de moral, ya de política, que en gran parte disculpan sus descuidos y le hacen acreedor al mayor elogio por la singularidad de su ta-

lento. Deben añadirse á las tragedias originales las que se han traducido de otros idiomas, ocupacion en que se han empleado literatos de gran celebridad: las mejores piezas del teatro frances se hallan traducidas en italiano y se representan, como tambien várias del aleman y algunas imitaciones del inglés. La famosa Camminer y el Marqués Albergati han publicado várias piezas francesas, traducidas con inteligencia; el abate Cesaroti, la *Semíramis* de Voltaire; Paradisi, el *Tancredo*; Frugoni, el *Radamisto*; Betinelli, el *Julio César*; en suma, lo mejor del teatro frances se halla bien traducido en italiano.

Despues de Goldoni ha hecho pocos progresos la poesía cómica: aquel célebre autor, despues de haber purgado el teatro de la mayor parte de las monstruosidades que halló en él, produjo, entre muchas obras de inferior mérito, algunas tan bien escritas, que hasta ahora nadie ha logrado superarlas. Ninguno de cuantos le han querido imitar ó competir ha sabido igualarle, pudiendo decirse de este autor lo que ya se dijo del famoso Molière:

L'aimable comédie avec lui terrassée
En vain d'un coup si rude espère revenir,
Et sur ses brodequins ne peut pas se tenir.

El Marqués Albergati, Willi, Tomassini y Rossi han cultivado en estos últimos tiempos la poesía cómica, dando á sus piezas regularidad y decoro, y Albergati merece alabanza por haber sido de los que más abiertamente se declararon contra los absurdos personajes de Arlequin, Pantalon y otros tales, que se creian absolutamente necesarios para dar gracia á la comedia, y que el mismo Goldoni no se atrevió á desterrar enteramente de las suyas; hoy dia nadie introduce ya en sus dramas tales figurones, y ciertamente no hacen falta. Las comedias de Albergati, escritas con buen lenguaje, buen estilo, regularidad y decencia, carecen sólo de

fuerza cómica, de viveza y gracia natural en las situaciones y en el diálogo, prendas sin las cuales se aspira en vano á la perfeccion. No obstante, las obras de este escritor pueden citarse con elogio, y merecen, sin duda, el primer lugar entre las que han dado al teatro los autores vivientes.

El Conde Tomás Tomassini Soardi, veronés, ha publicado cuatro tomos de piezas dramáticas, que contienen: *La Moda*, comedia, en prosa: la fábula no mal conducida, buena pintura de costumbres. *Harum Califo*, tragedia, en verso: poco interes, defectuoso el personaje principal, estilo débil. *I Comici in sconcerto*: no hay accion ni interes; ha gustado por la pintura que hace de la vida de los cómicos, sus miserias, y la discordia que reina entre ellos, los bailarines y cantores. *Un felice inganno*, comedia: es gracioso en esta comedia el enredo que prepara la solucion; carecen de accion los dos primeros actos. *Clementina*, tragedia: mala. *Il temporale*, comedia: muy floja y fria, como lo es tambien la intitulada *Il ritorno della Corte*. La de *I matrimonii formati dall'accidente*, ó sea *La forza della simpatia*, comedia en verso, es fria; los caracteres fantásticos, y el de un personaje que introduce en ella, parecido á D. Quijote, cosa muy mala. *La irresoluta vinta dall'eroismo*, comedia: fria, falta de accion, mal sostenida por un episodio inconexo; no hay fin moral. Habiendo anunciado ya que el defecto dominante en las obras de este autor es la frialdad y falta de interes, no hay para qué advertir que no hay en ellas disparates absurdos: ¿qué mayor defecto puede tener una obra dramática que el de hacer dormir? Algo más animadas me parecieron las de Juan Gerardo Rossi; algunas de ellas se han representado con aplauso, por la pintura de las costumbres del dia, que es, á mi entender, su principal mérito, tanto más digno de alabanza, cuanto es más raro entre los que escriben para el teatro.

Sin embargo de que los mencionados autores, y algunos otros de menor nombre, sean los que hayan manifestado más gusto é inteligencia del arte, no son sus obras las que con más frecuencia se representan. Italia tiene sus Zavalas, Comellas y Moncines, que abastecen los teatros de comediones hechos en cuatro dias *invita Minerva*, donde no hay asomo de ingenio, ni regularidad, ni cultura. Es inútil hacer aquí una enumeracion de sus principales defectos; basta repasar la lista de las piezas que he visto representar en Italia, y por lo poco que en ella he notado, hablando de cada obra en particular, podrá formarse juicio del mérito de sus autores (1).

Camilo Federici es, sin disputa, el más fecundo, el más célebre, y no sé si el más loco de todos ellos: ya se ha hecho mencion várias veces, en estas apuntaciones, de algunas de sus comedias; añádanse estas pocas, que casualmente me han venido á las manos, impresas en el primer tomo de su coleccion dramática: *La privazione genera i desideri*, comedia, en prosa. Dos hermanos casados: el uno tiene muy encerrada y sujeta á su mujer; el otro se acomoda á las costumbres corrientes, y deja que la suya haga lo que quiera. Ésta se descubre despues pundonorosa y honrada; la otra, amiga de cortejos, de diversiones y desahogos, que la ponen muy cerca de faltar á su honor. Accidentes romancescos é inverosímiles; la scena fija, violenta; personajes inútiles; ninguna fuerza en la expresion de los caracteres. *I viaggi dell'Imperator Sigismondo*, comedia, en prosa. Una de las mil y quinientas que se han hecho ya sobre el mismo asunto. Poca accion, y el acostumbrado desenlace: reconocimiento del Soberano, arrodillamiento general y exclamaciones; todo flojo y frio. *Il tempo fa giustizia à tutti*, comedia, en

(1) Véanse las Adiciones á este *Viaje*, al principio del segundo tomo.

prosa. En esta pieza hay siete ú ocho reconocimientos entre hijos y padres, y hermanos y hermanas, y tios y sobrinos: ya se ve que esta falta de economía anuncia poca inteligencia del arte. Así en ésta, como en las demas obras del mismo autor, no se halla una fábula bien urdida, ni un fin moral bien desempeñado, ni un carácter bien sostenido; siempre habla el poeta, y nunca los personajes; mal lenguaje, mal estilo; unas veces grosero, arrastrado y débil; otras campanudo y retumbante; ni pintura de costumbres, ni decoro, ni chiste. Y ¿qué dirémos de otra célebre comedia suya, representada con gran concurso en las principales ciudades de Italia, intitulada *Ilusione e verità*? Un cierto Rugero, de oficio mago, instado de tres hermanas, que solicitan su proteccion, las concede al fin cuanto le piden; esto es: á la una hermosura, á la otra riqueza, y á la otra virtud. Las dos primeras se casan con dos genios, Oronte, genio de la riqueza, y Lucidoro, genio de la hermosura, y estos genios tienen otros geniecillos á su mandar, que les sirven de pajes. La hermana virtuosa se casa con un pobreton lleno de arambeles; pero luégo sucede que el pobreton se descubre ser el Príncipe de Salerno, y las otras dos hermanas se quedan viudas, porque sus maridos genios las abandonan, y además de viudas, pobre la una, y la otra fea como un lechon. Hay truenos y relámpagos, y palacios encantados que se vuelven chozas, y chozas que se vuelven palacios. Baste de Federici. Cayetano Fiorio, poeta y comediante, ha surtido los teatros de Venecia con sus obras, que ha impreso despues, y se representan en lo restante de Italia por las compañías cómicas, con más ó ménos aplauso, segun es mayor ó menor la habilidad de los actores que las desempeñan. Este es un Moncin italiano, á quien nadie echará en cara los defectos de sus obras, si atiende á lo que él mismo dice en su prólogo: *La ristretezza di mie fortune,*

i bisogni di numerosa ed amata famiglia, un po di genio e di pratica teatrale m' hanno posta in mano la penna ed indotto ad ingombrare della carta..... ed ecco come mi sono aperta una onesta strada a qualche bènche piccolo profitto. Ya se ve que un hombre que habla así merece compasion. Las piezas que he visto de este pobre diablo son : *La nobil vendetta*, comedia ; *Imelda e Bonifacio, rappresentazione* trágica ; *Meleagro*, representacion heroica fabulosa ; *Il sogno avverato*, fábula pastoral ; *L'opresso d'animo felicitato*, comedia ; *Chiodo scaccia chiodo*, drama heroicómico ; *Un momento c'è per tutti*, comedia ; *Alberto e Martino II, signori di Verona*, representacion ; *Agnese di Bernaver, azione tragica spettacolosa; La vedova medico e filosofo*, comedia ; *I pazzi corretti*, comedia. No es éste solo á quien el diablo tentador haya *indotto ad ingombrare della carta*. Andolfati, otro cómico hambriento, lleno de hijos y necesidades, ha hecho comedias á porrillo, que se han representado é impreso, y á éste se deben las traducciones de los *Federicos*, los *Cárlos XII*, la *Jacoba*, *Los falsos hombres de bien*, y otras piezas de nuestros autores modernos, que son hoy dia las que con más aplauso se representan en Italia. Avelloni es otro poeta ramplon, tan malo como los antecedentes, y de éstos hay tantos y tan famélicos y de tan fecunda vena, y tan obstinados en escribir disparates, que es imposible, no sólo hacer mencion de sus obras, sino tambien formar la lista de sus nombres. Así es que para una comedia decente, arreglada y festiva de Albergati, Rossi ó algun otro escritor de mérito, que tal vez se ve representar, hay que sufrir un sinnúmero de piezas escritas sin arte ni gusto, partos informes de tanto poeta hambriento y mezquino, en cuyas manos están hoy los teatros de Italia. Comediones lúgubres, llenos de disertaciones fastidiosas, furores, venganzas, pasiones exageradas, caracteres fantásticos, enredo inverisímil, puñales, pistolas, venenos,

subterráneos... Otras en que, perdiendo de vista el fin moral que en tales obras debe desempeñarse, se pintan los vicios como virtudes, y se desnuda á Vénus con el pretexto de azotarla. Otras en que hay asaltos de ciudades, reseña de ejércitos, consejos de guerra, tempestades, ruido y tabahola, y en todas ellas mal lenguaje, perverso estilo, ninguna elegancia, ni fuerza trágica, ni chiste cómico. Tales son, en general, las comedias de estos infelices autorcillos; las restantes, que sólo merecen el nombre de farsas, son en extremo groseras é indecentes. En ellas hacen papel Arlequin, Pantalon, Tartalla, Briguela, el Doctor Boloñes, Pulchinela, Smeraldina, y á éstos les es lícito decir cuantas groserías y desvergüenzas se les vienen á la boca; y como ellos consigan hacer reir al populacho, ni aspiran á más, ni escrupulizan en los medios de que se valen para este fin. Estas farsas, ya sean de las que están escritas ó de las que se representan *à soggeto*, son, sin duda, de lo más necio y escandaloso que puede imaginarse, y en ningun otro teatro de Europa se ve cosa igual. Todos los domingos y dias de fiesta salen Pulchinela ó Arlequin á hacer locuras; los teatros se llenan desde el patio á los palcos; el vulgo, y el que no se llama vulgo, sufre y aplaude aquellos indecentes dramas, y el Gobierno descuida este punto y tolera tales desaciertos, tan perjudiciales á la ilustracion y á las costumbres, en la patria del Ariosto, del Tasso, de Frugoni y Mafei.

Si hubiera de hacerse un paralelo entre el teatro italiano y el español, para decidir cuál está mejor, yo diria que el italiano es mucho mejor y mucho peor que el nuestro. Mejor, porque además de las buenas traducciones de obras extranjeras en el género trágico, hay en él obras originales que exceden, con mucho, á las que en España se han escrito de treinta años á esta parte, y sería temeridad querer comparar las piezas de Mafei, Varanno, Pepoli, Alfieri y Monti á

las de Cadalso, Ayala y Moratin. En la comedia no podemos presentar tampoco una docena de piezas comparables á las que se pueden entresacar de sólo Goldoni, y en esta parte les somos tambien muy inferiores; y si nos ceñimos á juzgar sólo entre los autores vivientes, ¿qué poeta cómico opondrémos al Marqués Albergati y á Gerardo Rossi? Si este cotejo no nos es favorable, descendiendo un poco hallaremos quizás motivos de consuelo. Federici, Avelloni, Fiorio, Andolfati, y todos los que hoy surten los teatros de Italia, son, en mi opinion, tan semejantes, tan idénticos con nuestro Comella, Zavala, Moncin, Laviano, Fermin del Rey, Flores, Gallo, etc., etc., que sólo el idioma en que escriben los diferencia.

Hay muchas plazas en Venecia, y algunas de ellas bastante espaciosas; pero ninguna es comparable, ni por su grandeza, ni por su forma, ni por sus edificios, ni por el concurso, á la de San Márcos, único paseo de la ciudad, centro del comercio, de los placeres y la concurrencia. No he visto cosa más parecida al *Palais Royal* de París. Forma un gran cuadrilongo, aunque las dos fachadas laterales no son paralelas: á un extremo está la iglesia de San Márcos, á el otro la de San Geminiano, y á los lados *le Procuratie vecchie e nuove*, dos grandes edificios que ocupan todo el largo de la plaza, y el último de ellos da vuelta, formando otra fachada en la plaza inmediata, que comunica con la de San Márcos, llamada *Piazzeta*, quedando enfrente el Palacio Ducal, y la extremidad de esta pequeña plaza el hermoso canal de la *Giudeca*; cerca de la orilla hay dos columnas enormes, de granito oriental, que hacen muy buen efecto, aunque su forma no es de las más bellas. En la plaza de San Márcos, cerca de la esquina que forman las dos plazas mencionadas, está una torre altísima, separada enteramente de los demas edificios, donde está el campanario de dicha iglesia: desde

su altura se goza una vista hermosa de la gran ciudad que queda á sus piés: el mar, lleno de embarcaciones, las islas y la tierra firme, coronada de montes á la parte del Norte. En la plaza de San Márcos conté hasta treinta cafés, sin incluir en este número ni los casinos contiguos á ellos al piso de la plaza, ni las tiendas de licores y bebidas: hay además multitud de tiendas de comercio; bulle la gente, corre el dinero, los objetos varian á cada instante, se habla de noticias, de negocios, de teatros; y ménos de gobierno, de todo es lícito discurrir. Los casinos son unas habitaciones de entresuelos sobre los cafés, alquiladas por uno ó más particulares, adonde se van cuando quieren y con quien quieren á hacer lo que quieren. Allí escriben, allí se hartan de café, allí rien, juegan y enamoran: para buscar á un veneciano no hay que preguntar dónde vive, sino indagar dónde está su casino, y esto muchas veces suele ser un misterio inaveriguable. Las horas de mayor concurrencia en esta plaza son al mediodía y despues de anochecer, hasta que es tiempo de ir al teatro; entónces se llenan los cafés, los casinos, las tiendas y los pórticos; se oye música, por todas partes, de cantores ambulantes de ambos sexos, que se paran á cantar canciones á las puertas de los cafés: todo es alegría y movimiento, y el centro de la plaza, como paraje más desembarazado y más oscuro, sirve para verificar citas, pedir celos, prometer constancia. Por allí cruzan á media luz busconcillas vergonzantes, en zagalejo y mantilla blanca; alcahuetes que ofrecen sus servicios á cualquier caballero de buen gusto que quiera emplearlos; comerciantes, rebujados en sus capas, haciendo cálculos y pensando en su navío; abates melancólicos; jóvenes aturdidos, que van á correrla; emigrantes franceses cotejando gacetas, citando cartas y soñando imposibles; turcos, esclavones, raguseos, berberiscos, todos fumando. La iglesia de San Márcos es de un gótico an-

tiguo, poco elegante, muy oscura en lo interior, negra y lúgubre, las paredes altas, y las bóvedas llenas de mosaicos; entre ellos los hay antiquísimos, obra de los griegos, que en la decadencia del imperio de Oriente pasaron á Italia; cosa ruda é informe; otros hay modernos, hechos por buenos diseños; pero no son comparables á los de San Pedro de Roma. El pavimento es de piedras de colores, que forman labores menudas, obra de gran trabajo y coste; en la parte exterior, que da á la plaza, hay tambien mosaicos, uno de ellos antiguo; los demas modernos, pero todos ellos sobre fondo de oro, que hace mal efecto: encima de la puerta principal hay cuatro caballos de bronce, atribuidos á Lisipo. Lo cierto es que los venecianos los trajeron de Constantinopla, donde estaban colocados en el Hipódromo, y es creible que hubieran sido llevados allí por Constantino, como otras muchas obras preciosas con que adornó su nueva ciudad, despojando á Roma de lo mejor que en ella habia. Por toda la parte exterior del templo hay muchos ornatos góticos de escultura, estatuas y gran número de columnas, no pocas, entre ellas, de pórfido verde antiguo, mármol rojo y otras piedras de gran valor, traidas de Grecia en los tiempos en que la república extendió por aquella parte sus conquistas y su comercio. El palacio ducal, edificio gótico, de grande extension, está contiguo á dicha iglesia: en él habita el Dux, y en él se juntan los consejos supremos.

Si esta ciudad es digna de la atencion de cualquier viajero, por la forma de su gobierno, sus costumbres, sus espectáculos y su situacion, no lo es ménos por las obras de las artes con que se adornó en tiempos de mayor prosperidad. Los célebres arquitectos Palladio, Scamozzi, San Micheli, Sansovino, Tullio, Lombardi y otros la llenaron de hermosos templos y edificios; las iglesias de San Francisco de la Vigna, de San Giorgio Maggiore y la del Redentore

son de Palladio, y en ellas se admira bella proporcion, buen gusto, sobriedad de adornos y un carácter grandioso que las es peculiar; de estas tres, la del Redentore me pareció la mejor. Sansovino, escultor y arquitecto toscano, hizo las cárceles inmediatas al Palacio Ducal, la Casa de la Moneda, el palacio Cornaro, le Procuratie Nuove, várias iglesias, y otros edificios que sería largo referir: en todos ellos se reconoce un buen carácter de decoracion, rica y ligera, elegantes proporciones. Se le censura que las cárceles más parecen un palacio que una prision de delincuentes; y al contrario, la Casa de la Moneda, que admitia mayor elegancia, carece de ella: le Procuratie Nuove, edificio inmenso, que ocupa todo el largo de la plaza de San Márcos, el de la Piazzeta, y vuelve, á la orilla del mar, á unirse con la Casa de la Moneda, es obra de gran mérito, compuesta de dos cuerpos, dórico y jónico, formando el primero una hermosa galería al piso de la plaza; toda la obra está ricamente adornada, sin confusion; en el segundo cuerpo ensanchó el friso para colocar dentro de él ventanas, y esto, ademas de hacer muy pesado el entablamento, me parece que le quita el carácter. En la parte de este edificio que cae á la plaza de San Márcos añadió Scamozzi un tercer cuerpo corintio, que añade grandeza y hermosura á la masa total. Hay otros muchos edificios, repartidos por la ciudad, dignos de la observacion de los inteligentes. San Salvador, San Theodoro, San Fantino, Scuola de San Fantino, San Geminiano, San Vitale, San Barnaba y otras iglesias merecen citarse con elogio. Dentro de ellas hay algunos sepulcros, que forman grandes cuerpos de arquitectura, con adornos de estatuas: el que hay en la iglesia de *Gesuiti*, sobre la puerta de los piés, perteneciente á la familia Legio; dos en el santuario de la de San Francisco de la Vigna, y los de la iglesia de San Salvador de los dogues Venerio y Priulli, me parecieron ser los me-

jores de cuantos vi. Se reconoce, no obstante, que en Venecia, como en toda Europa, cundió tambien el mal gusto en las artes, y que al mismo tiempo que en otras naciones, disparataban los artífices venecianos, como los demas, á pesar de los grandes modelos de perfeccion que tenian presentes. La iglesia *degli Scalzi*, templo enriquecido con la mayor profusion, donde todo es precioso, mármoles, estatuas, pinturas y oro, prueba demasiado el estado decadente en que se hallaban las artes cuando se hizo; en las de Gesuiti, Santa María, Zobenigò, San Moisé y el Hospitaleto hay portadas tan extravagantes, tan recargadas de adornos inoportunos, pesados, ridículos, que manifiestan el olvido de los buenos principios y el desenfreno de la imaginacion, que, apartándose de los preceptos, concibe sólo despropósitos. Hay altares muy malos en las dos citadas, degli Scalzi y de Gesuiti, en la de San Estéban y otras; ni entre los buenos sepulcros que he citado deja de haber otros de pésimo gusto. Éste era el dominante á fines del siglo pasado y gran parte del presente; despues se ha corregido este desenfreno, se han estudiado otra vez los buenos modelos, y en los templos renovados modernamente, aunque no sean comparables con los antiguos, se ve otro método más regular y más cercano á la perfeccion. La iglesia de San Simion Piccolo, que forma una bella rotonda, á imitacion del Panteon de Roma, con un pórtico exterior de buena proporcion; el de la iglesia de Tolentini, el teatro de la Fenice, y algunas otras obras modernas, aunque muy pocas, prometen el próximo restablecimiento del arte. En materia de escultura, hay muy pocas obras modernas que merezcan citarse, y no es, ciertamente, porque no se haya ejercitado bastante, pues apénas habrá ciudad en que sus templos abunden más de estatuas y adornos. Vi en las obras de este siglo un gusto berninesco enteramente opuesto á la hermosa sencillez de

la naturaleza, con todos los defectos propios de aquel estilo, y ninguno de los primores que se admiran en el célebre Bernini. Este artífice, como todos los grandes corruptores de las artes, tenía un talento extraordinario, y en fuerza de él produjo obras llenas de bellezas y de extravíos: lo mismo hicieron Marini, Góngora y Calderon en la poesía; pero como los que se dieron á imitarlos carecian del raro talento de sus maestros, sólo pudieron copiar sus desaciertos, no sus perfecciones: en muchas de las estatuas que adornan los templos de Venecia se hallará confirmada esta verdad. Por lo que hace á las antiguas, pueden verse muchas obras de mérito del citado Sansovino, Alejandro Victoria, Tiziano, Aspetti, Jerónimo Campagna, y algun otro de ménos nombre. Las puertas de la sacristía de San Márcos, con bajos relieves de bronce, y la cubierta de la pila bautismal, con una estatua de San Juan en medio, son obra de Sansovino, como tambien cuatro estatuas de bronce que se ven en el pequeño edificio, contiguo á la torre de San Márcos, donde se hace la extraccion de la lotería; dos grandes estatuas de mármol, de Marte y Neptuno, colocadas en la escalera que llaman de Giganti, en el Palacio Ducal; las que hay en el sepulcro de Venerio, en San Salvador, son del mismo artífice. En la citada iglesia de San Salvador, en la Scuola de San Fantino y en la capilla del Rosario, de Santi Giovanni e Paolo, hay esculturas de Alejandro Vittoria, y en algunas de las mencionadas las hay tambien de Jerónimo Campagna, como puede verse más individualmente en las descripciones de Venecia. En todas estas obras se echa de ver el estudio del natural; buenas actitudes, verdad y sencillez en los ropajes, que es precisamente la parte en que más han disparatado los modernos. En materia de pinturas, puede Venecia competir con las más célebres ciudades de Italia, no porque en ella se encuentre aquella multitud de cuadros

de várias escuelas que se halla tal vez en las otras, sino porque la suya particular ha dejado en sus templos y palacios abundancia de obras excelentes, que inmortalizan el nombre de sus artífices. Tiziano, el Tintoreto, Pablo Veronés, Palma, Bassan y otros son ya tan conocidos por el juicio que ha formado de su mérito la justa crítica, que sería inútil repetir lo que ya está dicho, ó añadir opiniones arriesgadas en quien no es un profesor. Diré sólo que no he visto cosa más suntuosa y magnífica en su línea, que los salones del Broglio, donde se juntan los varios consejos de la república, cubiertas las paredes y los techos de las obras más primorosas de tan grandes hombres. Hablaré solamente de aquellos que me parecieron mejor. En la sala de las cuatro puertas, un gran cuadro de Tiziano, que representa la Fe, S. Márcos y el Dux Antonio Grimani: la composicion me pareció un poco fria. Se alaba con razon un grupo de soldados que hay detras del Dux; lo demas es digno del gran Tiziano, aunque no de sus mejores obras. La entrada de Enrique III en Venecia, obra del Vicentino. La toma de Verona, buen cuadro de Giovanni Contarini, y otro de Pablo Veronés, en que un dux da audiencia á los embajadores de Persia. En el techo de esta sala, lleno de labores de estuco, hay várias pinturas del Tintoreto; en la de enmedio, Júpiter y Venecia: la figura del Júpiter parece un apóstol.

Sala llamada *Anticollegio*. Una bella pintura al fresco en el techo, de Pablo Veronés, y un cuadro del mismo, en que representó el robo de Europa: la crítica que se hace de que este cuadro peca contra la unidad de accion, es justa. Si todos los esfuerzos de la pintura van dirigidos á hacer parecer verdad lo que es mera ficcion, ¿cómo puede ser verdad que un mismo personaje se vea repetido tres veces á un tiempo? Cuatro cuadros de Tintoreto, de asuntos sacados de

la fábula: hay buenas cabezas, tonos más suaves de color que los que él acostumbraba, y más exactitud en el diseño: entre ellos, el de Baco y Ariadna me pareció el mejor.

En la sala del Collegio hay excelentes pinturas de Pablo Veronés: un gran cuadro sobre la sillería, en que representó á Cristo, la Fe, la Justicia y el general de la república Sebastian Venerio, y en el techo varios asuntos alegóricos ó fabulosos; cosa admirable por la delicadeza de tonos, los ropajes, la frescura del colorido, la gracia del diseño. Entre los cuadros del Tintoreto que hay en esta sala, creo que tienen mucho mérito el que está sobre la puerta principal, y otro á la derecha, en que representó los desposorios de Santa Catalina: no vi en ellos aquel desórden de imaginacion que es tan comun en este artífice, aquellas manchas con que solia oscurecer sus cuadros, aquellas medias tintas verdinegras, aquella falta de correccion en el dibujo, producida acaso de la presteza increible con que pintaba.

En la sala de' Pregadi hay varios cuadros de Tiziano, que, sin carecer de ciertas bellezas parciales, no son de lo más estimable de este autor; los hay tambien de Giacomo Palma, pintor de mérito, y entre ellos me pareció el mejor el que está sobre la puerta principal, que representa á Jesucristo, la Vírgen y dos dogues en oracion, acompañados de San Lorenzo y San Jerónimo. Cuando los artífices sujetan la composicion de sus obras al gusto de quien las paga, el ingenio, oprimido, produce cosas triviales, y tal vez ridículas. Esta idea, de un Cristo, una Vírgen, ó un santo en la gloria, y un dux á los piés rezando letanías, está tan repetida en los cuadros que adornan las salas de este palacio, que fastidia al que lo ve, y no puede ménos de lamentar la suerte de los artífices, que se vieron precisados á copiarse unos á otros, sin poder dar á su fantasía la libertad que necesitaba.

En la sala del Consejo de los Diez hay dos buenos cua-

dros: el uno representa al Dux Sebastian Ziani, que vuelve triunfante de Federico Barbaroja, obra de mérito, de Leandro Bassan. El otro es del hijo de Tiziano, y representa la paz de Italia; pintó en él á Cárlos V y Clemente VII: hay buenas cabezas. En el techo hay bellísimos cuadros de Pablo Veronés; en el de enmedio se ve Júpiter, que fulmina á los gigantes; cosa llena de fuego é invencion; pero me parece que se le olvidó indicar la decoracion, digámoslo así, que correspondia á aquella scena terrible: no vi en aquella pintura oscuro el cielo, trastornados los montes, cruzar centellas por el aire, ni el humo sulfúreo, ni el horror, ni el trastorno de la naturaleza que debió acompañar á tan gran victoria.

El salon llamado del Gran Consiglio está adornado de cuadros en que se representan varios sucesos gloriosos á la república: sus victorias, sus alianzas, su influjo en la suerte de las otras naciones: asuntos dignos, ciertamente, de los grandes artífices que los desempeñaron, más que los exvotos de sus dogues, que aunque manifiesten su devocion cristiana, no son materia á propósito para los pinceles. El cuadro de Francisco Bassan en que pintó á un dux recibiendo la espada que el Papa le envía; otro de Palma, en que el Papa da licencia al jóven Othon para que vaya á verse con su padre y procure la paz; otro de Federico Zucheri (que pintó algo en el Escorial), donde se ve el Emperador Federico postrado á los piés del Pontífice, delante de la iglesia de San Márcos; la toma de Constantinopla por los venecianos, obra de mérito, de Dominico Tintoreto, hijo del famoso Tintoreto; otro de Pablo Veronés, que representa al Dux Andrea Contarini victorioso de los genoveses; otro cuadro enorme, que ocupa todo el testero del salon, en que Tintoreto representó la gloria con inmensa multitud de figuras; cosa llena de bellezas parciales, pero confuso, verdine-

gro, mal distribuidos los toques de luz, lo cual produce un efecto desagradable. El techo de este salon todo es oro y pinturas; los asuntos, históricos ó alegóricos, y los artífices que los desempeñaron, de los más célebres de la escuela veneciana: Francisco, hijo de Giacomo, Bassan, el Tintoreto, Palma y Pablo Veronés: hay cosas admirables por cierto en estas obras, pero las que más se admiran son la toma de Padua, pintura de Palma, de una frescura de colorido sin igual; la victoria de Estéban Contarini en el lago de Garda, por el Tintoreto; la de Francisco Carmagnola y Víctor Barbaro, sobre el Duque de Milan: buena composicion y excelentemente colorido, por Francisco Bassan; la entrada de Francisco Bembo en el Pó, obra de Palma; otro cuadro oval del mismo artífice, en que figuró á Venecia en un sólio magnífico, coronada por la Victoria, rodeada de símbolos, cautivos y despojos; otro del Tintoreto, tambien alegórico, alusivo al dominio de Venecia en la tierra y el mar: las nubes me parecieron mal hechas, en grupos menudos, pesadas, sin degradacion de tonos, sin diafanidad ni ligereza, á modo de máquina de teatro: la perspectiva de San Márcos, que ocupa el fondo, colorida con tintas muy fuertes, de que resulta que aparece muy inmediata, y confunde las figuras que están delante. Hay en este cuadro excelentes cabezas, y en general buena composicion. Otro grande, oval, de Pablo Veronés, que parece que acaba de pintarse. ¡Qué bella figura la de Venecia! ¡qué majestuosa, sentada sobre las nubes, coronada por la Gloria, acompañada de la Paz, la Abundancia, las Gracias y otras deidades; admirada con reverencia de todas las naciones! ¡qué fantasía anima toda la composicion! ¡qué armonía de luces! ¡qué ligereza de pincel!

En la sala dello Scrutinio, entre muchas pinturas que la adornan techo y paredes, es muy estimado un gran cuadro

de Palma, que representa el juicio final, con bellos desnudos, y bien colorido; otro del caballero Liberi, en que pintó un combate naval; hay en particular cosas buenas, pero mucha incorreccion y muy mal observadas las distancias; defecto que se advertirá desde luégo, si se cotejan las figuras gigantescas del primer término con las naves que están inmediatas. En el techo, la toma de Padua, pintada por Francisco Bassan, y la derrota de los pisanos en Ródas, cuadro de Andrea Vicentino. Hay tambien en esta y en otras salas una larga serie de retratos de los dogues de Venecia, la mayor parte de ellos pintados por el Tintoreto.

En la Scuola de San Roque, célebre cofradía de esta ciudad, hay una coleccion de cuadros de Tintoreto, en que se ve todo su ingenio, con los primores y defectos que caracterizan á este gran pintor : todos son asuntos de la vida de Cristo, representados en más de treinta cuadros, colocados en las paredes y el techo. En la huida de Egipto, la Vírgen es figura muy bella; no pude entender la composicion de la Degollacion de los Inocentes, tal es el embrollo y confusion que hay allí ; son buenos los cuadros de la Circuncision y Asuncion; la actitud de la Vírgen, que sube á los cielos, está llena de fuego y expresion; el Nacimiento de Cristo es la idea más extravagante que puede verse; la Vírgen y el Niño están en una especie de andamio, que divide el cuadro en dos scenas, cosa muy rara en verdad; en la Resurreccion hay gran movimiento : el cuerpo de Cristo es bueno, y algunos ángeles que acompañan, bellísimos; en la Oracion del Huerto hay un grupo de discípulos, iluminado con algunos toques de luz que producen grande efecto; el Cristo parece tambien que está subido en un andamio; la Cena parece merienda de taberna; la Multiplicacion de los panes es buen cuadro; en el de la Ascension, las nubes parecen globos espesos de humo de pez. En el de la Piscina hay una mujer

con las piernas abiertas, y otra que la alza las faldas para que Cristo vea una llaga que tiene en el muslo; cosa indecente por cierto. En el del Diablo tentador, Cristo está encaramado en un árbol. En la sala que llaman del Albergo, entre varios cuadros de mérito, del mismo autor, me pareció muy bella la figura de Cristo delante de Pilátos, y sobre todo, el de la Crucifixion, que ocupa el testero de la sala; buena composicion, bien distribuida; gracia y naturalidad en las actitudes, buenos ropajes, multitud de figuras, sin confusion ni pesadez.

Así en los palacios como en las iglesias de esta ciudad hay multitud de cuadros de los citados artífices, que por ser los mejores de la escuela veneciana, son los primeros que se recomiendan y se buscan. En la *Scuola* de San Márcos, ocho ó diez grandes pinturas del Tintoreto; la de la traslacion de S. Márcos es cosa estimable por los accidentes de luz; y otra en que representó al Santo que baja por los aires á librar á un esclavo martirizado por los turcos, es cosa llena de fuego é invencion, de expresion y buen colorido; en el altar mayor hay un buen cuadro de Palma, y en la sala del Albergo otro de Páris Bordone, otro de Gentil Bellino, del cual se conservan bastantes obras en Venecia: fué maestro del Ticiano, y esta circunstancia le hace muy recomendable, ademas de su mérito, que le tuvo ciertamente, si se considera el tiempo en que floreció. En la obra que acabo de citar se ve mucha exactitud y regularidad en la composicion; pero es fria, débil, tímida: ¡qué diferencia del maestro al discípulo! En la fachada exterior de esta iglesia merecen notarse cuatro perspectivas, hechas en piedra, con muy poco relieve, que á corta distancia producen admirable ilusion. En la iglesia inmediata de San Giovanni e Paolo está el famoso cuadro de S. Pedro Mártir, pintado por el Ticiano, y uno de los más aplaudidos de este autor: gran movimiento en la

composicion, expresion, colorido excelente, y un grupo de ángeles en lo alto, que es difícil figurarse cosa más bella. Este gran pintor tiene un monumento en esta iglesia, aunque no está enterrado en ella: cosa mezquina y pobre, indigna de tan famoso artífice. En la capilla del Rosario hay buenos cuadros del Tintoreto y de Giacomo Palma; en el convento hay claustros magníficos, limpios, con lujo de adornos, como es ordinario en los conventos ricos de Italia. En la *Scuola* grande de la *Carità* hay otro cuadro del Ticiano, cosa de gran mérito; representa la Purificacion: entre los personajes retrató á algunos de su tiempo, con el mismo traje que usaban; defecto que he visto muy repetido en los pintores más acreditados. Merecen citarse tambien un gran cuadro de la Degollacion de los Inocentes, de Sebastian Rizzi; una Presentacion y una Anunciacion, de Lazarini; el Descendimiento y la Adoracion de los pastores, por Ballestra, y en las salas de juntas, obras de autores modernos; entre ellas, muy buena, la muerte de Raquel, por Zingarelli. En esta iglesia ó capilla y las salas adjuntas se ven pavimentos de mármoles con bellas labores, sillerías de maderas finas, enriquecidas de estatuas de lo mismo y adornos de gusto, lo cual, unido á las pinturas, hace un efecto grandioso; y esto en una capilla de cofradía, que al fin no es otra cosa: en España no hay idea siquiera de esto. Además de las pinturas de Pablo Veronés, de que se ha hecho mencion hablando del palacio ducal, omitiendo otras muchas de este autor, citaré solamente algunas que merecen verse. En la iglesia de San Bastian, donde está enterrado aquel ilustre artífice, llena de obras suyas, es buen cuadro uno de los dos inmediatos al altar mayor, que representa á San Marco y Marcelino, bajando la escalera del Pretor; el de San Sebastian, colocado en el altar mayor, me pareció excelente por la composicion, la armonía de color, las medias tin-

tas, en las cuales fué admirable este gran maestro. El cuadro del refectorio, en que representó la comida de Cristo en casa de Simon, es una de sus mejores obras. Y el que hay en el refectorio del convento de San Giorgio, tambien del mismo, en que pintó las bodas de Caná, y el primero que hizo en Venecia, muchas figuras, entre las cuales se retrató él, con otros pintores de su tiempo: gran composicion y maestría de dibujo; armonía de color; buenas cabezas; ropajes con toda la riqueza, brillantez y verdad que él sabía hacerlos. Si es lícito, cuando se ignoran los principios de un arte, exponer su propia opinion y juzgar por las sensaciones que uno recibe, diré que en los pintores de la escuela veneciana hallé gran fuerza de invencion, gran movimiento en la composicion de sus cuadros, y mucho estudio de colorido y luces; que el Tintoreto me pareció el más atrevido é incorrecto de todos ellos, unas veces confuso, otras negligente, otras ridículo, otras gracioso, y otras sublime. Ticiano, de ménos imaginacion, pero de más gusto y delicadeza, y el Veronés, de fecunda fantasía, más correcto que el Tintoreto, inteligente en graduar las luces, noble en las cabezas y actitudes, único en las ropas, tal vez ménos delicado que el Ticiano en el colorido de las partes, pero más feliz en el efecto general de sus cuadros. Yo admiro los primores de tan grandes artífices; conozco la dificultad de saber decidir entre el mérito particular que los caracteriza; pero juzgando siempre por la impresion que hicieron en mí sus obras, en caso de dar á alguno la preferencia, se la daria á Pablo Veronés.

Habiendo hecho mencion del palacio ducal, no puede omitirse hablar de los agujeros que se ven en sus galerías, destinados á echar en ellos las delaciones secretas contra cualquiera de los empleados en los tribunales y oficinas, segun se anuncia en la inscripcion que acompaña á cada una

de estas bocas; ni es allí sólo donde esto se ve: no hay establecimiento alguno donde no haya lo mismo, y hasta en las iglesias hay boca de denuncia contra los blasfemos ó irreverentes al templo. Nadie está libre de verse acusado, y el acusador puede contar con una impunidad y un sigilo absolutos. Tres males me parece que se infieren de esta costumbre inicua: Primero, que los varios ramos de administracion pública no están arreglados en términos que alejen la sospecha de seduccion, venalidad, rapiña en los que están empleados en ellos, puesto que una buena organizacion bastaria á evitar cualquier desórden en esta parte. Segundo, que los jefes de tales establecimientos no suplen con su vigilancia el defecto de las leyes, que no todo pueden prevenirlo, y que en aquellos casos extraordinarios en que deberia obrar su actividad y su celo, esperan que el particular les avise para atender al cumplimiento de su obligacion y dar castigo á los excesos, que ellos deberian advertir ántes que otro ninguno. Tercero, que por este medio se abre la puerta á la envidia, al interes, al ódio, á la venganza, para sacrificar al más inocente; porque, en fin, ¿quién duda que el ánimo de un juez puede prevenirse siniestramente á fuerza de acusaciones, aunque las pruebas no sean de las más palpables? ¿Quién duda que repitiendo delaciones con variedad de letra y estilo, un hombre sólo puede hacer creer que son muchos los que escriben y se quejan, tanto más, que muchas veces la calumnia tiene toda la probabilidad de su parte, y no siempre la inocencia halla demostraciones que la defiendan? ¿Quién duda que es un error absurdo, contrario á toda justicia, conceder impunidad al delator; porque áun suponiendo que el acusado pueda confundir con pruebas la delacion injusta, resulta siempre que el ofendido no recibe una satisfaccion proporcionada á la ofensa, y el ofensor queda sin castigo? Todo acusador, en principios de sana justi-

cia, debe nombrarse y debe exponerse él mismo á el rigor de las leyes, porque si es falsa su delacion, es un malvado, y un malvado no debe quedar impune. No he visto, en fin, práctica más absurda, más inicua ni más apta á corromper las costumbres públicas.

Debo advertir, ántes de acabar mis observaciones de Venecia, que en ninguna parte he visto al pueblo más contento de su gobierno, y que á pesar de cuanto puede decirse contra la constitucion de aquella república, que lo es sólo de nombre, es fuerza confesar que los que la administran saben el gran secreto, no ménos difícil que importante, de captarse el amor de la multitud. El pueblo veneciano vive divertido, trabaja, y no murmura de su príncipe.

Salgo el 29 de Noviembre, á las once de la noche, metido en una barca negra, incómoda, atestada de gente y fardos, tirada á remolco por otra más pequeña, de remos, que durante la noche nos condujo por la laguna hasta llegar á Brondolo. Se entra despues en un canal, que va á parar á uno de los brazos del Po; de aquí se pasa á otro canal, llamado Cavanella del Adige; despues se entra en dicho rio, despues en el canal de Lorco, llamado así por un lugar de este nombre que hay en su orilla; luégo se entra por el que llaman Cavanelle del Po. Comimos en una posada muy grande, muy jalbegada, muy fria; y prosiguiendo nuestra navegacion, llegamos á desembocar en el ancho Erídano poco ántes de anochecer. Todo el terreno que se deja atras, dividido por tantos rios y canales, lleno de pantanos, húmedo y nebuloso, me pareció poco agradable. Luégo que se entra en el Po hay la incomodidad de tener que mudar de barca, pasando á una de igual tamaño y fealdad que la anterior, pero sin quilla, á fin de no tropezar en el fondo del rio: baules, fardos, pasajeros, todo se muda con bastante prontitud, y hecho esto, se prosigue navegando rio arriba; y así se pasó la

noche del 30. Al dia siguiente desembarcamos por la mañana en Lago Obscuro, y llegué á Ferrara.

1.° *de Diciembre*. Vuélvenme á rodear los Jesuitas: mucho chocolate, mucho hablar de Ganganelli, sin haber forma de llamarle Clemente XIV. Exceptuando esto, bellísima gente: me obsequiaron, me festejaron, me trajeron en palmitas.

La biblioteca pública, establecida de pocos años á esta parte, es pequeña, pero bastante selecta, y muy bien arreglada por el bibliotecario español, D. Luciano Galisá, hombre de extensa erudicion y conocimiento en estas materias, modesto y amable. En una de las salas hay una numerosa coleccion de las obras de autores ferrareses, cosa estimable; y allí mismo vi el tintero de Messer Ludovico, y la silla en que se sentaba: me exhortaron á que la ocupase, y un temor reverente me lo impidió; citáronme, para animarme, varios duques y condes y miladys y embajadores y ministros, que se habian sentado en ella; y esto me confirmó de nuevo en la resolucion de no sentarme. Me enseñaron algunos manuscritos antiguos; pero más que todo me agradó el ver los de las sátiras y algunos cantos del *Furioso*, escritos de mano de aquel gran poeta. Vi tambien el *Pastor Fido*, del Guarino, bastante diferente, en muchos pasajes, del que corre impreso; un madrigal, de mano del Tasso, y algunas correcciones á su poema, como tambien una carta que escribió estando en el hospital de Santa Ana, encerrado por loco. Tambien son estimables las primeras ediciones del *Orlando* y la *Gierusalemme*, que se conservan allí.

3. Salgo de Ferrara; y pasado un buen trozo de camino nuevo, se va por la antigua madre del Reno, entre baches y lodazales, cosa muy incómoda: llanuras dilatadas, país húmedo; se sale del ferrares poco ántes de atravesar el Reno, en barca: miéntras pasábamos el rio vendió nuestro calesero uno de sus caballos en seis reales, y el comprador se que-

jaba despues de que le habian engañado, y así era la verdad. Pasamos la noche en el Tedo, y al dia siguiente, por buen camino, llegamos á la docta Bolonia.

La lengua boloñesa es, como todas las demas de Italia, una corrupcion del toscano, mezclada con voces y frases provinciales, y alterada considerablemente en la pronunciacion. La multitud de abreviaturas que hay en ella, y el acento particular que es necesario darla, la hace muy difícil á los forasteros. Hay escritos en este dialecto algunos libros muy graciosos; pero no he visto nada de noble, de grande, de sublime, por más que los del país creen y juran que es capaz de todo. Los dos sonetos siguientes darán una idea de lo que ella es. En el primero, un poeta que va á leer un soneto de su composicion ante una asamblea respetable, mete la mano en el bolsillo, se asusta de no hallarle, se aflige, vuelve á buscarle, y por último, el soneto no parece. En el segundo se llora la muerte de un gato.

Ades, ch'ai hò za fatt la riverenza
Là a quel degn Senatour, mi cmenz à dir.....
Mo catt! dov è l Sunnet, ch'a fi fin iir?
Cert, s'an al trov, an sò gnianc cmod al s'cmenza.
C'è d'impussibil ch'a sj vgnù qui senza,
Perch'a sò d' cert, ch'al hò lett in t'al vgnir;
Almanc avissia al sugh in t'al pinsir,
Tant ch'an em fiss smattar qui a so Eccellenza.
Quand av al digh, ch' mi n' val una pattacca,
An capise gnint, es son qusi smemoriò,
Ch' s'an tocc la testa a pens d'aveir la dstacca.
Si pur maldett i matt, e chi i hà cuvà;
Gnianc qui an al trov, es è l'ultma bissacca,
Ch' vol dir schiavo Sunnet, bondi, l'è andà.

Pianzj pur, pianzj pur, e pianzj d' bon,
Ch' mi pianzrò sempr'n vostra cumpagnj,
E s' cred ch' tutta Bulogna ancora lj
Farà l'is'ess, pur ch' l'ava us d' rason.
Trissot (am ent murir dalla passion),
Trissot, terrour di pundgh, cmod a savj,
Quel Gatt si bell, cho ogn'un i era matt drj,
Quel Gatt, ch'an i era a st' mond al miour paston.
Sta nott, giust ulla botta del dis our,
Souvra a quel bus, ch ai fe la sintinella,
Dov al chiappò mill pudgh, cuntant sounour,
La mort cun qula maldetta falcinella
L'ha-arzunt qusi li. Pauvrin! ah! ch'al dulour
M'ha tolt el forz, la vista e la favella!

Lo que son en Nápoles los lazarones, son en Bolonia los birriquines, pillos descamisados, infelices, sin ocupacion ni oficio alguno, á quienes tolera el Gobierno, quizá porque ellos le toleran á él. No es fácil fijar su número; pero me aseguraron que llegaban á quince mil. Esta gente tiene varios festines al cabo del año : en las elecciones de párrocos, de Confalonier, la célebre fiesta *della Porchetta*, y otros. El Confalonier ó Jefe del Senado se elige, de dos en dos meses, entre los nobles llamados *Quaranta*, aunque aquel cuerpo pasa de este número. Al tomar posesion, adorna su casa y la abre al público; recibe la enhorabuena del Colegio de España, que va en carroza dorada, llena de pelucones, golillas, becas y guantes; sale procesionalmente una gran merienda, escoltada de los suizos del Legado, destinada á que se la devoren ó la vendan, y consiste en cuarenta ó cincuenta mozos cargados de pirámides, urnas, jaulas, y otros armatostes, cubiertos de botellas, salchichones, tocino, pan, aves, frutas, y algunas terneras y vacas, dorados los cuernos y adornadas de flores. Hay gran comilona para la nobleza; muchos *tortel-*

lini, especie de macarrones; *codegnini* de Módena, embuchado, que se lleva tras sí los dedos; mucho vino de Cypro, Málaga y sorbetes. El populacho de birriquines aúlla entre tanto por la parte de afuera, hasta que se abren las ventanas, y empieza á caer sobre él una gran lluvia de panecillos, á que sigue despues otra de dinero en monedas menudas, concluyendo la funcion con fuente de vino, del cual llenan á porfía cubetos y cacharros, con grandes voces, empujones, puñadas y garrotazos, que dan los alguaciles en los pucheros luégo que están llenos, sin duda para mantener el órden público. La fiesta de la *Porchetta*, que se celebra el dia de S. Bartolomé, es la más famosa de todas. Se hace una gran valla en la plaza, delante del palacio del Legado, con algunas graderías, donde se acomoda la gente que gusta ver más de cerca la funcion: fórmanse en escuadron, ó en ovillo, ó en laberinto, las milicias de á caballo, acaudilladas por el capitan Giraldi, hombre de aquellos á quienes, si se les mira á la cara, no se les puede prestar, ni áun sobre prenda, seis maravedís. Su tropa es de lo más gracioso que en mi vida he visto; pero sería mucho episodio pintar la figura de los soldados, sus desastrados uniformes, sus armas y arreos, y sobre todo, la flaqueza, la caducidad y derrengamiento de sus caballos: baste decir que, aunque no lo parecen, lo son en efecto, segun me aseguró el citado Giraldi, hombre que no dirá una cosa por otra si le frieran vivo. Esta tropa y los alguaciles contienen los ímpetus del agitado vulgo. Ciérranse las puertas de la ciudad, llénase de populacho birriquin la gran plaza de San Petronio, coróñanse los balcones de hermosuras boloñesas, blancas por naturaleza, coloradas por arte, habladorcillas, bufonas, ojinegras, muy abultadas de pañuelo; pero (¡qué lástima!) no *corrisponde*

a quel che fuori appar quel che s'asconde.

Sale al balcon el Eminentísimo Legado, é inmediatamente empiezan á tirar sobre los birriquines pollos, pichones, gallinas, capones, patos, ánades, pavos, carneros, etc., y por último, una puerca cocida y hecha trozos, que es el objeto principal de la funcion: acabado esto, el Eminentísimo arroja un bolsillo de terciopelo, en que hay diez ó doce escudos; le agarra el que puede; su Eminencia se retira, suenan las trompetas, y desfilan las tropas del capitan Giraldi. La diversion de este espectáculo consiste en ver una multitud de pillos que se amontonan de aquí y de allí, se acachetean, se desgarran, se desgreñan, se ensangrientan y desfiguran por coger lo que cae de arriba; en ver cubrirse de plumas el suelo y el aire, y destrozar á aquellos animales con ligereza increible, dejando en manos de la plebe feroz sus miembros, que ahuman palpitantes aún y sangrientos; en ver, cuando van á coger los pedazos de la *porchetta*, cómo les vuelcan encima una marmita del caldo en que se ha cocido; en ver la gracia con que su Eminencia, al tiempo de tirar la bolsa, hace ademan de inclinarse á una parte, y luégo á otra, y á otra despues, cuyo movimiento sigue la apiñada multitud que la está esperando; y en ver, cuando la ha tirado, la prontitud con que se apoderan los alguaciles de ella y del dichoso birriquin que logró agarrarla, y cómo le llevan en volandas á la cárcel, que es el único medio que se ha discurrido para que sus compañeros no le maten y despedacen por quitársela. Todas estas scenas son, sin duda, graciosísimas, y dan lugar á mil reflexiones; pero si he de hablar en puridad, lo único que me gustó de toda la fiesta fué la tropa del capitan Giraldi.

Estos birriquines son diestrísimos en raterías y dotados de una agilidad de piernas maravillosa: no hay pañuelo, ni abanico, ni caja que resista á su poderosa atraccion, y áun los sombreros no van seguros en la cabeza: agarran la pre-

sa y echan á correr, que no hay galgo que los alcance; y á esto se añade que la gente no se interesa demasiado á favor del particular á quien acaba de despojar el pillo. El egoismo, dios de Italia, no les permite accion ni movimiento que no se encamine directamente al interes personal; y áun he observado que en todo lance de robo ó asesinato, más se compadecen del agresor que del paciente; siempre es el pícaro el que merece el título de *pauvrin*. El año de 95 cayó en Bolonia hasta una vara y media de nieve; fué necesario abrir las calles para el paso de la gente y los coches. ¿Juzga mi lector que los birriquines se ocuparon en esta operacion? Nada ménos que eso: vinieron del campo una multitud de labradores con picos, palas y carros; trabajaron quince dias en desembarazar la ciudad, y entre tanto los birriquines, desde los pórticos, estuvieron presidiendo á la maniobra, cruzados de brazos, con sus gorros tiznados y su talego al hombro, rascándose el pescuezo y dando alharidos, porque esto de trabajar es contra la constitucion de todo buen birriquin.

CUADERNO OCTAVO.

GÉNOVA, TURIN, MILAN, MÁNTUA, FLORENCIA, ROMA.

---

26 *de Marzo de* 95. Salgo de Bolonia, á la una del dia, con el correo de Parma, y llego á esta ciudad á las dos de la noche. Ajustes de *vetturinos*: elijo el más hombre de bien de todos ellos, y el más recomendado. Salgo el 27 al mediodía; paso el Taro cercano á Parma; llego al paraje en que me robaron el cofre, entre San Donino y Firenzuola, y doy gracias á S. Antonio, que hizo parecer en toda su integridad mi desastrada guardaropa. Malísima posada en Firenzuola, algo mejor que la de Alcorcon; dolor de muelas; no ceno. Llego el 28 á Plasencia. Algunas calles largas y anchas, piso llano, caserones grandes, pero ningun edificio de consideracion. En la plaza hay dos estatuas ecuestres, de bronce, de Ranuzio Farnese y Alejandro Farnese, célebre general: ambas están llenas de fuego y expresion; pero á mí me pareció mejor la de Ranuzio; la otra es demasiado berniuesca: hay muchos ropajes, muchos flecos, muchas crines, mucho aire: ambas hacen muy bello efecto en el paraje en que están; los pedestales son de mármol, con bajos relieves y ornatos de bronce. Vi mucha clerecía por la ciudad, y muchos mendigos. Dígase de paso, en honor de la verdad, que los soldados que hallé, así en Plasencia como en Parma, tenian muy buena traza: altos, bien dispuestos, bien vestidos, en nada semejantes á la tropa del capitan Giraldi.

Mi vetturino se finge malo; me engaña á mí, y de camino engaña á otro vetturino más viejo que él, con el cual prosigo mi viaje, atravesando, no sin mucho riesgo, la Trebbia, rio que crece de un instante á otro, y suceden en él muchas desgracias: ni éste, ni el Taro, ni otros cinco ó seis que hallé en el camino, tienen puente, y es necesario vadearlos. Si el dinero que se ha gastado en Colorno se hubiese destinado á estos objetos, ¿quién sabe si no sería más amado de sus pueblos el discípulo de Condillac? A tres leguas de Plasencia empieza un terreno quebrado, y el camino es harto incómodo, con baches y lodazales á poco que se humedezca: el que dejo atras desde Bolonia todo es bueno; se pasa por Castel San Giovanni, y se entra en los estados del Rey de Cerdeña. Duermo en Broni. El 29 paso por Voghera, lugarote grande y viejo, y por Tortona, ciudad fortificada. Vi en la plaza una inscripcion española, que no tuve tiempo de leer: se atraviesa despues el rio Scrivia, vadeándole, cuando crece más, en barca, y cuando crece más, de ninguna manera. Llego á Novi, primera poblacion del Genovesado, ciudad bonita, aunque pequeña; buenas casas, buenas calles, limpieza, mucha gente: todo anuncia prosperidad. Está situada al pié de los montes, dominando á una hermosa llanura, que se dilata á gran distancia por Poniente y Norte, cerrando el horizonte por estos lados el Apenino y los Alpes: en todo lo que alcanza la vista se ve mucha poblacion.

Dia 30. Luégo que se sale de Novi, se empieza á caminar por montaña: al fin de una subida se descubre repentinamente el castillo de Gavi á la extremidad de una alta roca, el pueblo al pié de ella, y el pequeño rio Lemo, que va serpeando por un gran valle, coronado de montes ásperos. Sigue el camino, dando grandes vueltas, por cerros incultos, piedras, mármoles desprendidos de la altura, arroyos que bajan golpeando con estruendo, hasta juntarse en cañadas

profundas, rompiéndose entre las pizarras y peñascos : esterilidad, soledad triste. Llégase, por último, á la Bochetta, que es una garganta del Apenino, en su mayor altura por aquella parte, donde zumban los vientos y arrebatan tal vez con ímpetu espantoso pasajeros y carruajes. Este paso se considera como el más importante en circunstancias de guerra, y el que le ocupe tiene en su mano las llaves de Italia. De allí adelante se empieza á bajar, y se goza de una scena harto diferente de la que se dejó atras : se ve por todas partes mucha poblacion, derramada por aquellos montes : casas limpias, lugarcillos alegres, mieses y frutos, que hacen prosperar el calor del sol y el aire templado del mar. Desde Campo Marone, distante ocho millas de Génova, se va por un hermoso camino, costeado por la familia Cambiaso ; á la derecha corre el rio Polcevera, y á una y otra parte se ven cubiertas las colinas de hermosas casas de campo, con viñas y jardines, olivos y frutales : se llega, por último, al famoso arrabal de San Pier d'Arena, que todo se compone de palacios, pues tal nombre puede darse á las casas magníficas de los señores de Génova que componen esta poblacion : por todas partes se ve riqueza, abundancia ; todo anuncia la cercanía de una ciudad opulenta. ¡ Oh Canillejas infeliz ! ¡ Oh Máudes !

Génova, poblacion de cien mil almas á lo ménos, desde que por la revolucion de Francia se han establecido en ella muchas familias de aquella nacion, está situada al pié del Apenino, en extension muy corta, rodeada de montes altísimos, exceptuando sólo la parte del mar : tiene un buen puerto, con dos muelles que le cierran, aunque no tanto que basten á defenderle del *lebeche*. Tiene hermosa vista, mirada desde el mar, pero no tan bella como Nápoles, no obstante que el caserío suntuoso que presenta es, sin comparacion, superior al de aquella ciudad : todos los edificios pa-

recen nuevos: la variedad de sus colores, sus techos de pizarras, el no verse entre ellos tejados puercos, fachadas ennègrecidas ni fábricas pobres, sino todo grande, todo limpio, es cosa, por cierto, muy agradable. Como está situada al vertiente de los montes, es de piso muy desigual é incómodo; está muy bien empedrada con losas y fajas de ladrillos puestos de canto; las casas numeradas, y escritos en las paredes los nombres de las calles, de las plazas é iglesias; no hay alumbrado público; las calles, exceptuando algunas pocas, son muy estrechas; las casas altísimas, de seis ó de siete altos por lo comun; recodos y callejones oscuros, que sirven de comunicacion á unas calles con otras; muy parecida en esto á Venecia, como tambien en el gran gentío que bulle por todas partes y en la multitud de tiendas. No vi en esta ciudad la pobretería desnuda y asquerosa que se ve en Nápoles, ni grupos de pillos desarrapados cogiendo el sol sin hacer nada; todos tienen ocupacion, todos trabajan, todos estudian los medios de adquirir dinero, y el interes les da industria y actividad. No vi gran lujo: los señores van vestidos de negro; los senadores llevan una capa de seda larga, como la de nuestros consejeros; la gente del foro una capeta corta, como la de los abates. Las señoras visten con elegancia; pero aunque tienen joyas con que adornarse, no las usan sino en ocasiones de grande etiqueta. El traje de libertad es muy parecido al de las nuestras: una mantilla de muselina blanca con flores, ó de china con ramos y matices, y un guardapiés con cola y guarnicion de seda de color ó de tela blanca. Así van por la mañana á la iglesia ó á pasear las calles ó á hacer visitas de confianza, y sólo se visten á la francesa para ir al teatro ó á la conversacion de ceremonia. A esta mantilla la llaman *mezzaro*, y la manejan con gracia y coquetería. Las mujeres de clase inferior usan el mismo traje, diferenciándose sólo en ser más ó ménos pre-

cioso, no en la forma. Entre unas y otras hay muchas bonitas, blancas, ojos negros y expresivos, cariredondas, formas menudas, buen cuerpo, abren mucho las puntas de los piés, y el andar es algo hombruno y marcial. No hay más que una calle por donde puedan andar coches, y esto hace que el número de ellos es muy reducido: por consiguiente, hay mucha abundancia de sillas de manos; pero ni los señores ni las señoras las ocupan sino cuando llueve ó hace gran frio: cuando vuelven del teatro van dentro de ellas; pero al ir, se van paseando, precedidas de sus lacayos con faroles, y la silla sigue detras. En esta ciudad no hay paseos, pues no deben llamarse tales ni el del Acquaverde, que es una plaza con veinte ó treinta árboles, desparramados y éticos, ni el del Acquasola, con otros tantos, situado en una altura incómoda y fuera de los muros. Así es que las gentes pasean mucho lo interior de la ciudad, á lo ménos aquella parte más llana y cómoda, y por las tardes, la strada Balbi es la que más se frecuenta. La muralla que da al mar es paseo molesto por las muchas cuestas que hay; y cuando entra el buen tiempo es insufrible el sol por aquel paraje, que bate en las casas y produce un calor excesivo: por la muralla del puerto apénas pueden caminar dos personas de frente.

Por más que se diga, el vicio del juego es muy moderado en Génova, y esto hace muy desagradable la permanencia en esta ciudad á los que gustan del garito: en el verano, cuando toda la gente acomodada se va al campo, tienen casino de juego ó se juntan en las casas particulares; pero en lo restante del año, pocas ó ningunas veces se verifica que en alguna casa haya concurrencia numerosa y que se juegue en ella. Los nobles genoveses tienen tanto engreimiento y presuncion como los más engreidos y presumidos nobles venecianos, y no hay que admirarse: un Cambiaso, un Doria, un Durazzò, que cuentan entre sus abuelos muchos sobera-

nos del país, y que ellos lo serán mañana, parece que tienen alguna disculpa en imaginarse de superior naturaleza que los demas, incapaces de aspirar á tan altos honores. Entre ellos se reparten todos los empleos de la república, que es absolutamente aristocrática: la dignidad de Dux dura dos años, al fin de los cuales se presenta un secretario de la república y le dice: «Vuestra Serenidad ha cumplido su tiempo. V. E. puede retirarse.»

Génova existe por el comercio: si los nobles no comerciasen, todo el sistema de gobierno se trastornaria necesariamente, porque dejando de ser ricos, dejarian de ser poderosos; y en un país que nada produce, si-no hay comercio no hay riqueza. El único lujo de estas gentes consiste en un gran palacio, bien adornado, y en una vajilla inmensa de plata: el dinero que se gasta en estos objetos queda en pié siempre, y no se desvanece como las demas frivolidades de moda, que destruyen lentamente las mayores fortunas, y empobrecen cualquier estado para alimentar la industria extranjera. Si uno de estos hombres acaudalados gastase al cabo del año toda su renta, se miraria como un prodigio de disipacion; el que gasta la mitad de ella se le cuenta por un maniroto. Así es que aumentándose continuamente el capital por los ahorros anuales, le destinan, ó á promover las fábricas é industria nacional, ó á las especulaciones de comercio, ciencia en la cual, desde el Soberano hasta el mozo de esquina, todos son maestros. Esto se llama poner el dinero *á multiplico*, y en efecto le multiplican en términos que no hay más que pedir. A esto debe su opulencia este pequeño estado, situado entre montes ásperos é inhabitables, sin más proteccion que los celos recíprocos de las demas naciones, sin más enlaces que la franquicia de su pabellon, sin más defensa que el Apenino y el mar, sin más ejército que unos dos ó tres mil hombres, á quienes les estorban las ar-

mas para correr, y sin más escuadra que cuatro galeras viejas y cuasi inútiles.

Los genoveses me parecieron, en general, un poco ásperos y montaraces; la juventud no es aturdida y alegre, como la de Venecia; el populacho es grosero y rudo; no canta ni rie, como el de Nápoles, calcula.

Esta ciudad, en que hay tal inteligencia en el comercio, no hace gran papel en materia de literatura, y se dice comunmente que en Génova no se conocen más letras que las de cambio. Hay una universidad y tres bibliotecas públicas. La de San Ambrosio, abierta todos los dias, sin distincion, y gran parte de la noche, se compone cuasi toda de obras teológicas; hallé en ella muy mala colocacion: *Jansenio* y *Catulo, San Pablo* y el *Arte de cocina*, todo revuelto. La que llaman de los Misionarios, cerca de San Mateo, es bastante grande y hay muy buenas obras clásicas, particularmente de física, historia y antigüedades. Es buena tambien la que fué del abate Berio, y hoy está junto á la iglesia de San Pablo: además de las obras eclesiásticas, que siempre son las más abundantes, hay otras muy buenas de historia, física, historia natural, medicina, humanidades, crítica, viajes, etc., algunas ediciones particulares, y una coleccion muy apreciable de autores genoveses, y muchos manuscritos, muy interesantes, relativos á la historia nacional. Hay tambien una academia de artes, entre cuyos alumnos no parece que haya salido, hasta ahora, ningun talento superior. Las fábricas de seda, las pastas, el papel y el mármol de Carrara son objetos de grande utilidad en este país; las flores artificiales que se hacen en el Conservatorio, ó colegio de niñas, construido por la familia Fieschi fuera de la ciudad, son perfectísimas y se venden con grande estimacion; los ebanistas y tallistas hacen obras de mucho gusto, y en particular los últimos trabajan la madera con tal delicadeza y ele-

gancia de diseño, que no he visto en ninguna otra parte cosa semejante.

El pueblo genoves es uno de los más devotos de Italia: la Vírgen Santísima, S. Juan Bautista, S. Lorenzo, S. Jorge y Santa Catalina de Génova son patronos de esta ciudad; y en las puertas de la muralla, debajo del escudo de sus armas, se ve en mármol esta inscripcion: *Genova, città di Maria Santissima*. La catedral es un gran templo, gótico, de mármol blanco y negro en fajas horizontales; y exceptuando algunas estatuas, que no carecen de mérito, no hay cosa particular en punto de artes; pero en cuanto á reliquias, posee dos, dignas, por cierto, de religiosa veneracion: allí se conservan las cenizas de S. Juan Bautista en una capilla llena de lámparas, y en la sacristía una gran copa de esmeralda, de catorce pulgadas y media de diámetro, en la cual nuestro Salvador comió el Cordero Pascual con sus discípulos: se dice, además, que esta fué una de las muchas alhajas que la reina Sabá presentó á Salomon. Se enseña esta preciosa alhaja con tanta dificultad, que es menester un decreto especial del Senado para poder verla. Hay algunas iglesias enriquecidas con profusion de mármoles y pinturas, bien que ni en éstas ni en los ornatos hay demasiado mérito. La Anunziata, Le Vigne, San Siro, la Magdalena, Santa María en Carignano, y alguna otra, son las más suntuosas por la materia y el arte; pero sólo hallé simplicidad, elegancia y buen gusto en la última, de Cariñan, donde parece que el arquitecto quiso imitar, aunque muy en pequeño, la de San Pedro de Roma: hay en ella dos grandes estatuas, de Puget, cosa de mucho mérito; la una de un S. Sebastian, la otra de un santo de la familia Sauli. En la iglesia de Le Vigne, en el altar mayor, hay un grupo de bronce, del mismo autor, y en el Albergo, ú hospicio de pobres, tambien en el altar mayor, hay una bella Asuncion, de mármol, obra

del mencionado artífice, y éstas son las que se citan con más aprecio entre lo poco bueno que hay en este género en Génova. No deben omitirse tampoco las estatuas y bajos relieves, en bronce, que adornan la capilla Grimaldi en la iglesia de San Francisco, obra del célebre Juan de Bologna : en esta iglesia, en un cuadro de Andrea del Sarto, en que representó la Adoracion de los pastores, pintó al Niño Dios metiéndose el dedo en la boca y tentándose la ..... No puede darse cosa más natural ni más graciosa en un chiquillo, ni más impropia de la alta majestad del divino Verbo. Todos los años sacan procesionalmente las cenizas del Bautista el dia de Cuasimodo, y es una de las festividades de la ciudad. La procesion consistia en un sinnúmero de cofradías de penitencia, yendo todos los hermanos cubiertos con sus sacos y capirotes, blancos, negros, azules, con esclavinas, sin ellas, de mil modos distintos : observé que los que debian ser mayordomos ó priostes de aquellas congregaciones llevaban, á diferencia de los demas, la capucha, la esclavina y el saco de seda, terciopelo ó glasé de plata, con galones y exquisitas bordaduras de oro, con todo el lujo imaginable, nada conveniente por cierto á la austeridad de su institucion. Cada hermandad llevaba un gran Cristo, de enorme peso, ya por su tamaño, y ya por la mucha plata de que van cubiertas y adornadas las cruces; y esto de llevar el Cristo es una de las más difíciles operaciones, y por consiguiente, la que más divierte y admira al concurso : le llevan á mano, como entre nosotros los pendones, y es increible lo que sudan y jadean y se abren de piernas, y bufan y se tartalean y fatigan para conservar el equilibrio : hay hombres de conocida práctica, que se han hecho célebres entre el vulgo por esta habilidad; y áun me aseguran que corria impresa una obra, publicada pocos años há, intitulada *Arte de llevar los Cristos.* Entre estas hermandades iban varios coros de mucha-

Real custodia. — Visse XI anni e X mesi, morse in Settembre de 1605; giorno 8, hora 8 della notte.

En el Albergo, que es un grande edificio, destinado á hospicio de pobres y casa de correccion para las mujeres, hay estatuas de los que han contribuido con sus limosnas á sostener este establecimiento; lo mismo se ve en el Hospital General y en el de los Incurables, cuyas salas están llenas de estos monumentos, tan dignamente merecidos. Admira, por cierto, las sumas enormes con que los poderosos han sostenido estas casas de caridad; pero ¿por qué manía ridícula las inscripciones han de estar en latin? Un infeliz que encuentra allí socorro á sus miserias, que encuentra allí la salud perdida, que ve delante de sí las imágenes de sus bienhechores, ¿no ha de poder adivinar sus nombres, para venerarlos? ¿No ha de poder saber hasta qué punto la humanidad y la religion conmovieron su ánimo generoso? Y cuando ve huir de su lado la enfermedad y la muerte, ¿no ha de poder descifrar las líneas de aquellos mármoles, repasarlas mil veces, y agradecer con lágrimas tantos beneficios!

Estos hospitales están muy bien asistidos por los padres capuchinos y unas monjas de no sé qué órden. ¡Qué bien parece un religioso cuyo traje, cuyo aspecto anuncian austeridad, penitencia, desprecio del mundo, ocupado en aliviar y consolar la humanidad doliente y desvalida! No hay duda, la caridad es la mayor de las virtudes, y entre cuantas aquellos varones piadosos ejercitan, ninguna será más grata á la Divinidad que la que sea más útil á los hombres.

Se ha hablado ya del hermoso arrabal de San Pier d'Arena y las orillas de Polcevera, al poniente de la ciudad: lo mismo debe decirse de la parte opuesta, por donde corre el pequeño rio Bisagno. Todo cuanto alcanza la vista, exceptuando lo más áspero de los montes, está cubierto de caseríos,

con edificios magníficos, y una multitud de jardines sostenidos con murallas, á fuerza de trabajo y gasto: cuanto pueden hacer los hombres en un terreno ingrato y desigual, otro tanto se ha hecho allí para allanar el piso, edificar sobre él habitaciones deliciosas, rodearlas de frutos y flores, y defenderlas de los estragos de las inundaciones y torrentes que las amenazan. ¡ Tanto puede la industria humana, á cuyos esfuerzos parece que la naturaleza misma opone inútil resistencia! Los que fueron barrancos y precipicios ya son pensiles, y el hombre convierte en morada de los placeres la que ántes fué habitacion de fieras.

20 *de Abril.* — Salgo para Turin, en compañía de D. Diego La Cuadra, secretario del Ministro de España en Génova, en un coche derrengado, lleno de agujeros, goteras, parches y apósitos: llegamos á paso de buey á Alejandría, situada entre el Bormida y el Tanaro, pasando el primero de estos rios por un puente de barcas. No hubo tiempo de ver la ciudad, plaza de guerra, con una buena ciudadela; llana, calles rectas, casas viejas, muchas tiendas, muchos cafés, y escofietas de tamaño enorme. Salimos el 22 (dia infausto), atravesamos el Tanaro por un bello puente cubierto, al modo de algunos que he visto en Suiza, y dejamos á la derecha la ciudadela, que el rio separa de la ciudad. Mal camino, sin una piedra; despues peor, despues impracticable; por último se atasca el coche, se sepultan los caballos en el lodo, el veturino reniega, y al cabo de media hora de un contínuo latigueo, logra desengastar las dos alimañas; pero no consigue que el coche desvencijado se enderece ni se mueva de donde está. Pues aquí de la prudencia del veturino: desata sus caballos, márchase con ellos por el camino adelante sin decir palabra, y nos deja dentro del coche en manos de la Providencia. Cuando advertimos su fuga, ya estaba donde no podia oir nuestros alaridos: consulta, con-

fusion de pareceres; pié á tierra. Llegamos á una casuca, con el lodo hasta las rodillas, y lloviendo sin cesar; júntanse algunos payos hablando en piamontés, y pidiendo dinero á cada palabra; tráense cuatro robustos bueyes, y á fuerza de cuerdas, de voces y urgonazos sacan el coche. Llegamos á un lugarcillo poco distante, llamado, segun pudimos entender, Quatordici ó cosa semejante, que si catorce veces me desollaran, no volveria á pasar por él ni una vez sola. El veturino nos recibe con un semblante tan halagüeño, que desarmó nuestra cólera; y como sea ya cosa averiguada y cierta que ningun veturino es criatura racional, nos pareció más conveniente almorzar que reñir. Seguimos nuestro viaje; y al pasar un torrente que venía furioso, para mí tuve que aquel era el cabo y remate de mis peregrinaciones. ¿Para qué es mentir? Mi virtud dominante es el miedo; y al verme allí tuve tantas razones de tenerle, que en mi vida me he visto más cerca de perecer. Salimos, en fin; mejora el camino y llegamos á Arti, donde se pasó lo restante del dia y la siguiente noche en mudarnos, secarnos, y estregar el lodo de que llegamos cubiertos. Prosíguese al otro dia el viaje por un hermoso país, cortado en vegas y montecillos, abundante en mieses, árboles y agua, con varios pueblos muy bien situados á las faldas de las colinas, cosa pintoresca y agradable. A cuatro millas de Turin, pasamos por el Moncaglieri, Sitio Real, con un palacio muy grande de ladrillo, sin decoracion ni elegancia, situado en una altura, desde la cual se goza la vista de una ancha llanura poblada de árboles, por donde corre jóven y sosegado el Po; los Alpes, erizados, cubiertos de nieve; la punta altísima de Monviso, padre del Erídano, que descuella sobre los demas montes; una colina que corre de Norte á Sur, llena de casas de campo, bien cultivada y fértil, y en medio de aquellos espacios llanos, la ciudad de Turin.

23. Está situada en el confluente de la Dora y el Po; y exceptuando los dos arrabales que llaman Borgo del Po y Borgo del Pallone, todo lo restante está guarnecido de muros, bastiones, fosos y cuanto es necesario para una buena defensa; á la parte de Poniente está la ciudadela, á la de Oriente el montecillo de los Capuchinos, que es el punto que domina la ciudad, desde el cual pudieran ofenderla: está fortificado y minado, para sostener aquel puesto, ó volarle en caso de necesidad. La planta de la ciudad es de las más bellas de Europa, ó acaso la primera de todas, por la rectitud, longitud y anchura de sus calles, la regularidad y elegancia de sus edificios. La calle más larga es la que llaman de Dora Grosa, con casas muy altas á un lado y otro, cuasi iguales en los adornos, con ánditos para las gentes de á pié, infinitas tiendas de mercaderes, gran concurso y movimiento. La que llaman Contrada del Po es mucho más ancha, aunque más corta, compuesta de grandes edificios, con espaciosos pórticos. La calle Nueva, y las que la atraviesan desde el rio á la ciudadela, son espaciosas y de buen caserío. La mejor de sus plazas es la de San Cárlos, con edificios iguales y pórticos de arcos sostenidos en columnas pareadas. La Piazza Castello sería grandísima, si no la dividiese en dos el palacio que llaman de Madama Real: en toda su circunferencia hay grandes pórticos, centro del comercio y del concurso; son muy buenas tambien la plaza de Carignan, la delle Erbe, hecha toda de planta, y la Paesana. Es lástima que muchas de las grandes fábricas que se ven en estas plazas y calles sean de ladrillo sin blanquear ni pintar, agujereadas por todas partes con los mechinales de los andamios, lo cual las da un aspecto de vejez y rusticidad, que sería fácil y poco dispendioso de corregir. La ciudad se alumbra de noche con grandes faroles de reverbero, de á dos luces cada uno; está bien empedrada de guijarros menudos: en la puer-

ta de Susa hay un depósito de agua, que corre por todas las calles, cosa no ménos útil para refrescarlas en verano que para limpiarlas de la mucha nieve que las llena en invierno. En cuanto al mérito particular de los edificios, diré solamente que los ménos adornados me parecieron los mejores; porque en aquellos en que los artífices han querido lucirlo, he hallado muchas extravagancias y malísimo gusto. No hay fábricas de gran decoracion, y en las más grandes se reduce á los ornatos de puertas y ventanas, y exceptuando la fachada del castillo, que consta de un órden compuesto, con columnas y pilastras, y una balaustrada que corona el edificio, ningun otro hallé que pueda compararse con los de Verona, Vicenza y Venecia. Pueden citarse tambien los cuarteles, que están al fin de la calle de Dora Grossa, con decoracion de pilastras y cornisamento dórico; la fachada del teatro de Carignan, y algun otro palacio de que no me acuerdo. El del Rey, aunque muy grande, es tan sencillo, que no merece este nombre; el que hoy sirve para el colegio de Nobles, edificio inmenso, áun no concluido, de ladrillo sin revestir, ennegrecido y rústico, está cargado de molduras, recuadros y adornos pesados é inoportunos, que sería bien destruirlos si se tratase de concluirle; el palacio de Carignan, tambien de ladrillo sin blanquear, obra del célebre padre Guarini, como el anterior, es digno de Churriguera, por las muchas garambainas y triquitraques de que está lleno.

Las iglesias de Turin son pequeñas por lo comun; su mérito consiste en la multitud de mármoles y los ornatos de que están llenas. En la catedral hay, detras del altar mayor, una capilla redonda, de mármol negro, con grandes columnas de lo mismo, basas y capiteles de bronce; la cúpula es de una construccion singular y atrevida, compuesta de semicírculos, que forman otras tantas ventanas, cargando el

arranque de los más altos sobre la clave de los inferiores, al modo de una alcachofa ó las escamas de un pez: toda esta obra peca mucho contra el buen gusto; pero no puede negarse que produce un grande efecto, y sorprende á primera vista lo extraordinario de sus formas y la riqueza de sus ornatos. En medio de ella hay un grande altar, con una urna, en que se conserva el Santo Sudario, reliquia preciosísima, que habrá dado, sin duda, motivo á aquella devota oracion que empieza: «Señor Dios, que nos dejaste la señal de tu pasion en la sábana santa, en la cual fué envuelto», etc. La iglesia de San Lorenzo, inmediata á la catedral, obra del padre Guarini, como lo es tambien la capilla de que se ha hecho mencion, es por el mismo estilo, aunque todavía más extravagante que la primera: alaben, si quieren, el ingenio del artífice, como tal vez se alaba el de Villamediana y Góngora; pero el juicio no hay para qué nombrarle: la planta es un estrellon, compuesto de semicírculos hácia el centro; las capillas, semicírculos hácia la circunferencia; la cúpula, semicírculos que se cruzan, formando una celosía: todo es caprichoso y nuevo, todo compuesto de preciosos mármoles y recargado de adornos, que no caben más; hay alguna pintura de mérito; las estatuas no valen nada. En las demas iglesias hay ménos disparates; pero ninguna de ellas, inclusas las del famoso Juvara, que hizo muchas obras en esta ciudad, me pareció poderse citar como un modelo de buen gusto. La Lande, hablando del mencionado Juvara y Guarini, cita una opinion de Mr. Cochin, y á renglon seguido la impugna; y en su respuesta se ve demasiado que es muy posible llegar á ser un grande astrónomo sin entender palabra de arquitectura. Santa Cristina, San Felipe Neri, Santa Teresa, San Solutore, Corpus Domini, y alguna otra, son las más ricas en mármoles y más elegantes por su forma y adornos; en la de Santa Cristina hay dos bellas estatuas de

Le Gros, escultor frances, y en la de San Felipe un buen cuadro, de Solimena. Merece verse la capilla del Hospital, que forma una rotonda, sostenida por doce columnas jónicas aisladas, tribunas sobre la cornisa, y una hermosa cúpula. Si mi opinion valiese, yo citaria esta iglesia como la mejor de Turin: buen plan, buenos ornatos, sencilla y elegante, sin pesadez, sin confusion, sin travesuras ridículas. El Hospital no me pareció tan bien asistido como el de Génova: en las salas hay muchos bustos, muy mal hechos, de los que han contribuido con sus limosnas á sostener y ampliar aquel establecimiento: en el Hospicio, edificio muy grande, donde se recoge multitud de pobres de ambos sexos, se ve lo mismo. Hay otras muchas casas de caridad, de educacion y retiro para niños expósitos, para viudas de militares, para huérfanos; colegios de niñas, casa de correccion para mujeres perdidas, y en fin, todos aquellos establecimientos propios de una gran córte; paliativos insuficientes con que el Gobierno procura dilatar cuanto sea posible la total depravacion de costumbres, que crece por instantes, y salvar algunas reliquias de tan deshecha tempestad.

Hay várias bibliotecas abiertas al público: la más considerable es la de la Universidad, que con las adquisiciones que ha hecho en estos últimos años pasa ya de sesenta mil volúmenes. No está cargada, como otras muchas, de obras góticas, que ya nadie lee, y abunda en aquellas más clásicas, auxilios necesarios para el estudio fundamental de las ciencias útiles. Entre los manuscritos, de que hay impreso un gran catálogo, hay algunos muy apreciables: tales son un poema sacro, en exámetros, del sexto siglo; la *Historia natural*, de Plinio, llena de ornatos delicadísimos y miniaturas ejecutadas con admirable prolijidad, colores bellísimos, bastante mérito en las cabezas y en los ropajes. Otro códigо del mismo autor, pero de corto mérito en las pintu-

ras que le adornan. La *Comedia* de Dante, con miniaturas muy bellas, como lo son tambien las que hay en un libro de oraciones que, á lo que parece, fué escrito en Francia para uso de algun gran príncipe. Un pequeño libro, en vitelas como los anteriores, que se cree haber sido un prontuario de Julio Romano, en que dibujó de tinta de China algunos pensamientos sacados de la historia sagrada y profana : estos diseños están en unos óvalos de doce á catorce líneas en su mayor diámetro; las figuras son pequeñísimas, pero muy bien tocadas, y no deja de parecerse bastante el estilo á la copia de los bajos relieves de la columna Trajana, que existe en Módena, hecha por el citado pintor. Una grande obra de historia natural, en muchos volúmenes, coloridas las plantas con los mismos jugos que se han sacado de ellas mismas, lo cual será verdad en algunas, pero en otras sufre grandes dificultades. Entre los impresos hay muchas ediciones apreciables por su antigüedad. Una políglota de Arias Montano, impresa en vitela. Un libro chino de las obras de Confucio, impreso en papel amarillo, muy sutil, parecido al de seda : contiene varios tratados de historia, de moral y política, himnos y canciones, edicion de este siglo. En la habitacion que está debajo de la biblioteca se ve el Museo, que ademas de una buena coleccion de medallas, contiene varios objetos curiosos de antigüedad, muchos de ellos egipcios. Lo que hay de más raro en este museo es una águila legionaria de bronce, un mosaico con una gran figura de Orfeo, y otros dos pequeños, el uno de un perro y el otro de un asno : estos tres, con otros varios pedazos, que no se han podido conservar, formaban una sola pieza : la figura de Orfeo es la más grande que he visto en mosaicos antiguos, más apreciable por esto que por el mérito de su ejecucion; los dos animales, particularmente el asno, me parecieron mejor hechos. Vi allí tambien la famosa tabla de Isis, sobre la cual

han trabajado á porfía los anticuarios; monumento preciosísimo sin duda, tanto porque há muchos años que se hizo, cuanto porque no hay demonios que le descifren. En la galería del patio contiguo al museo hay várias lápidas, inscripciones y bajos relieves, colocados en la pared con buen órden, como en Verona, aunque esta coleccion es ménos numerosa que la de Mafei; hay, ademas, algunas aras y columnas, tambien con inscripciones, que se hallan ya explicadas é impresas. En el mismo edificio que ocupa la Biblioteca está la Universidad: asistí á unos grados; me daba compasion oir á los graduados y al graduando, pero me aseguraron despues que cuasi todos ellos, y los que tienen parte en el mando, se rien de toda aquella farándula; y si esto es cierto, ¿quién podrá llevar en paz la indiferencia con que mira el Gobierno un objeto de tal entidad, y que así consienta que la juventud estudiosa y llena de talento pierda su tiempo y su razon en aprehender desatinos, y que en vez de promover las ciencias útiles, se enseñe y se aprehenda una algarabía ridícula, de la cual ni el maestro ni el discípulo, ni el que arguye ni el que sustenta, entienden palabra, y al cabo de media hora de disparatar sin freno hágote doctor? ¿Por qué? porque has dicho mil necedades, para que se las enseñes despues á otros infelices; y así se perpetúa el goticismo, la presuncion y la ignorancia con nombre de sabiduría. Así hay tantos doctores, y tan pocos que sepan algo.

El arsenal es uno de los mejores que he visto: ocupa una grande extension; habia en él hasta unos cien mil fusiles, al principio de la guerra, colocados en tres salones, de los cuales, el que llaman de San Cárlos y el de San Vitorio son magníficos, de á tres naves cada uno, puestas las armas al rededor de los postes, y cubiertas con unos pabellones, á modo de tiendas de campaña: vi, entre otras cosas, unas grandes espingardas, sostenidas en caballetes, que vienen á

ser fusiles largos de mucho alcance, y otras que se cargan por detras, y al dar una media vuelta á un manubrio cae una chapa, que corta parte del cartucho, vierte una porcion de pólvora en el fogon, y la mecha, colocada en un cañuto unido á esta chapa, la inflama; todo esto se hace en solo dos tiempos. Hay muchos talleres de arcabucería, fundicion de cañones de bronce, con una grúa que levanta el cañon y le coloca donde se ha de barrenar, movida por un hombre; otra para barrenarle, movida por agua: de estas dos máquinas existen modelos en el Retiro. Vi cañones de dos tiros: el tercio más grueso es un obus, y los otros dos forman el cañon. Hay, ademas, todos los talleres necesarios para las cureñas, carros, pertrechos, relativos á la artillería. Se trabajaba con grande actividad: en el año de 94 se construyeron de doscientas treinta á doscientas cuarenta piezas de bronce, entre grandes y chicas. La fábrica de fusiles no es suficiente para abastecer al ejército, y mucho ménos en una guerra tan desastrada como la actual: vi grandes remesas de ellos, traidas de Brescia, de Sajonia y de várias fábricas de Alemania. Todo esto, y algo más, se necesita para que los hombres sean felices y se quieran mucho.

El teatro Real de Turin ha servido de modelo á otros muchos que se han construido despues en várias partes. En éste nada se ha omitido para hacerle digno de una gran córte y de la presencia del Soberano, que asiste muchas veces á los espectáculos magníficos que se dan en él. La Lande hace la descripcion, y en ella pueden verse sus dimensiones. La sala es un óvalo truncado, más pequeña que la de San Cárlos de Nápoles, ménos rica y ménos cargada de adornos; la scena es grandísima, y se alarga, cuando es menester, abriendo en el fondo una gran puerta, ó ventana, por mejor decir, que cae á un patio, cerrada con un puente levadizo. Muchas veces se ven salir al teatro doscientos se-

senta soldados de á pié, y treinta caballos. Hay un gran depósito de agua, que baja al foso por un conducto, para formar con ella fuentes naturales de surtidor. Las máquinas, las decoraciones, los trajes, la orquestra, todo es correspondiente. Ademas de los cuartos en que se visten los actores, con chimenea, espejo, papelera y sillas; del café y piezas de juego para desahogo del público, hay una sala donde van á tomar leccion de baile várias discípulas, costeándolo todo la direccion del teatro. Ésta se compone de algunos señores, que adelantan las sumas necesarias y se interesan en la prosperidad del establecimiento; el Rey contribuye tambien con una cierta cantidad, y todo es necesario para sostenerle. Para manifestar que se atiende á todo, sin omitir las menores cosas, basta decir que en el cuarto de la Direccion hay un gran botiquin, que durante las óperas está provisto de todo lo necesario para caidas, desmayos, jaquecas, convulsiones, sofocos y otras desgracias inopinadas á que están sujetas las Berenices, Armidas, Pórcias y Pantasileas que gorgoritean y brincan. Este teatro se comunica con el palacio del Rey por medio de una larga galería. Cuando yo estuve no habia óperas: el són de Marte habia hecho enmudecer á las tímidas musas. ¡Oh, vuelva, que ya es tiempo, la dulce paz, y ponga término á este furor! ¡Vuelvan con ella las artes, las gracias y los placeres, y enjuguen las lágrimas de tantas naciones infelices!

En la escalera principal de palacio hay una estatua ecuestre de Víctor Amadeo I. El jinete es de bronce, y el caballo de mármol, y esto hace muy mal efecto. Toda la obra es ménos que mediana; el caballo pesadísimo, y como está colocada en un nicho, sobre pedestal bajo y en lugar estrecho, todo contribuye á hacerla parecer más mazacota de lo que es en sí. Las habitaciones del palacio no contienen cosa particular en cuanto á los muebles y ornatos; pero hay en

ellas, así en las bóvedas como en los muchos cuadros que cubren sus paredes, pinturas de mucho mérito. Las hay muy buenas de Ricci, que representan asuntos de la historia sagrada; cuatro cuadros de los elementos, excelente obra de Albano, un poco dispersa la composicion, pero de una ejecucion, de un colorido, de unas formas las más bellas que pueden verse; dos grandes retratos, de Vandyck, de lo mejor de aquel artífice; una Santa Francisca Romana, del Güercino; una Anunciacion, de Gentileschi, figuras del tamaño natural; otro gran cuadro, de Pablo Veronés, que representa á la Infanta de Egipto haciendo sacar del rio al niño Moisés: entre las damas egipcias se ve un personaje vestido con su ropilla y su capa negra, su gorguera y pelon; pero ¿qué importa, si el cuadro es excelente? Las ropas de la Infanta me parecieron hechas con admirable maestría. Hay un pequeño gabinete, adornado con pinturas de Vanloo, en que representó varios pasajes de la *Jerusalen* del Tasso. Otro cuyas paredes están cubiertas de espejos, adornos dorados y una gran cantidad de miniaturas, muy bien hechas, que son retratos de varios príncipes y personajes ilustres: entre algunos retratos de pintores célebres vi el de Juan de Pareja, español. El famoso cuadro de la hidrópica, de Gerardo Dow, de una vara de largo y una tercia de ancho, poco más ó ménos, es excelente en su línea, bien diseñado, bien dirigida la luz, y concluido con una delicadeza extraordinaria, como es propio de los buenos autores flamencos que trabajaron en este género de composicion pequeña. Hay tambien algunos cuadros de fruteros, flores y países, de mucho mérito. Los techos de las salas están pintados por Juan Miel, Daniel de Seneterre y Beaumont; los de este último, como dice La Lande, parecen pinturas de abanicos. Vi tambien dos piezas con los techos pintados por un turines, de cuyo nombre no me acuerdo; cosa horrenda en verdad. La coleccion de cua-

dros de este palacio tiene la particularidad estimable de reunir obras de várias escuelas extranjeras y nacionales, lo cual no es comun en las galerías de Italia. Los cuadros que he citado me parecieron los mejores; pero ya debe suponerse que hay otros muchos más. El palacio del Rey tiene muy buenos jardines; pero cuando yo estuve no se abrian al público, porque como ocupan gran parte de las fortificaciones, y éstas se guardaban entónces con todo escrúpulo, era necesario desembarazarlas de gente; por la misma razon no se permitia tampoco pasear la muralla que va desde Puerta del Po á Puerta Nova. Es muy bueno el paseo que hay dentro de la ciudad, entre ésta y la ciudadela, con várias arboledas, que llegan desde puerta Susina hasta el Arsenal. Fuera de los muros hay hermosos caminos, con árboles muy altos, que sirven de paseo á los coches y á la gente de á pié; praderías, tierras cultivadas, y alegres vistas por todas partes. Tales son el camino de Rívoli, el de Orbassano, el de Stupiniggi, el de Piamonte, y las arboledas que conducen al palacio Valentino y á la otra parte del rio, las que van á la Vigna della Regina y al sitio real de Moncaglieri.

Vi algunos de los sitios ó palacios reales cercanos á Turin: el palacio Valentino, distante apénas un cuarto de legua de la ciudad, está situado á la misma orilla del Po: la fachada principal mira al rio; tiene en los ángulos cuatro torres; en medio un gran patio para los coches, y á los lados dos jardines, el uno de paseo, y el otro, más pequeño, es el botánico, perteneciente á la Universidad, bien cuidado, segun me dijeron, por el profesor que le tiene á su cargo. En la fachada de este palacio que mira á la parte de la ciudad hay esta inscripcion: *Hic ubi fluviorum rex, ferocitate deposita, placidè quiescit, Christiana a Francia, Sabaudiæ Ducissa, Cypri Regina, tranquillum hoc suum delicium regalibus filiorum otiis dedicavit. Anno pacato* 1660.

Stupiniggi dista tres millas y media de la ciudad : conduce á él un hermoso camino, ancho y recto, con varios árboles que le adornan. Ántes de llegar al palacio hay dos alas de edificios iguales, que forman una calle muy ancha : la planta del palacio es muy extraordinaria ; un gran salon en medio, y cuatro brazos, á modo de una cruz de S. Andres ; dos de ellos, prolongados y torcidos hácia la ciudad, forman una gran plaza para los coches. Las pinturas y adornos de este palacio anuncian su destino : todo es trofeos de caza, pinturas y alusiones á este placer. El salon es extravagante, magnífico, alegre y teatral, cargado de pinturas de mediano mérito, con bellos puntos de vista por todas partes. Las habitaciones están muy bien adornadas, los techos pintados á fresco, y entre ellos me pareció lo mejor uno de Vanloo, en que representó á Diana que sale del baño ; otro del sacrificio de Ifigenia, pintado por Croisati, y en una especie de antecámara varios adornos, compuestos de despojos de caza, cosa hecha con la mayor delicadeza y gusto : me dijeron que era obra de un pintor turines, llamado Vacca. En la habitacion de la Princesa Felicita hay dos techos pintados al fresco, que es lástima no darles una buena mano de cal para que no se echen á perder. Los jardines contiguos al palacio son tristes, sin agua ni adornos. Hay un buen bosque, donde se hace la famosa caza de los venados : asiste toda la córte, y es una de las diversiones del pais.

La Veneria Reale es otro sitio, poco más léjos de Turin que el anterior, donde el Rey y la familia Real van á pasar parte del verano : la poblacion se compone en parte de edificios regulares y bien construidos, donde se aloja cómodamente la servidumbre y dependientes de la córte, y allí está el cuartel de Guardias de á caballo. El palacio es grande, formando una figura irregular por los varios pedazos que le han ido añadiendo. Las habitaciones están adornadas en lo

interior con estucos de corto mérito y várias pinturas. En los cuartos del Duque y Duquesa de Saboya hay algunos gabinetes de charol, cosa estimable en su género: la mesa de lapiz-lázuli que cita La Lande no es de una sola pieza, sino de muchas, y basta observar con algun cuidado sus vetas y colores para conocerlo. El cuarto del Duque de Aosta, en el piso principal, está adornado á la moderna, con elegancia y gusto: lo mejor que vi allí, en punto de pinturas, fué unos pequeños países, de Cignarolli y otros, hechos á aguada ó con pluma, de un tal Palmesi, cosa muy buena, que se equivoca con el grabado. Hay una hermosa galería, con mucho ornato de arquitectura, donde se proponen colocar várias estatuas que representarán las provincias del reino; hasta ahora no hay más que la de Alejandría. La capilla es muy buena, hecha por Juvara: en ella hay un bello cuadro de Ricci, en que parece quiso imitar á Pablo Veronés, y cuatro estatuas, de Doctores de la Iglesia, muy bien ejecutadas. Los jardines son muy grandes, simétricos, con hermosas arboledas de castaños, olmos y altísimos chopos de Lombardía; algunas calles con el piso cubierto de yerba, que hace un efecto muy agradable; galerías de olmo, cipreses y murtas en formas artificiales; un laberinto, donde nos perdimos todos, como era de creer. Estos jardines me parecieron melancólicos en extremo, sin fuentes, sin estanques, sin objetos que varíen é interrumpan la fatigosa simetría con que están dispuestos, sin más ornatos de escultura que unas doce ó catorce estatuas monstruosas y ridículas; todo es monótono y triste. Hay un pequeño jardin de flores y un invernadero para las plantas delicadas, que forma una suntuosa galería. A cosa de un cuarto de legua del palacio hay un grande edificio para las caballerizas y cría de caballos; los bosques abundan en caza, y desde las pequeñas alturas que hay en ellos se gozan deliciosas vistas.

El célebre templo de la Superga, situado en la cima de la montaña que está al oriente de la ciudad, pasado el Po, es obra de Juvara. En lo exterior bellas proporciones; un buen pórtico, sostenido en columnas; dos torres á los lados, y una hermosa cúpula, que descuella con gentileza sobre la fábrica. Los contornos de las torres me parecieron muy mortificados con resaltos, é inútiles las columnas de los ángulos, que sólo sirven de sostener unos candelabros: puede decirse que estas columnas aligeran la masa total, pero tambien la debilitan; y sobre todo, columnas que no sostienen un edificio, ¿de qué sirven? Lo interior de la iglesia es muy bello y grandioso; la cúpula, sobre todo, hace un grande efecto; peca sólo en los ornatos, donde no deja de haber algunas extravagancias. Hay tres altares con grandes bajos relieves de mármol: el que representa la batalla dada á los franceses cuando Turin fué socorrida, y otro, lateral, de la Anunciacion de Nuestra Señora, me parecieron obra de bastante mérito; el otro vale muy poco. Debajo de la iglesia está el entierro de los Reyes, formando una capilla subterránea en cruz latina: la arquitectura nada tiene de particular; toda está revestida de bellos mármoles, y llena de ornatos de escultura en mármol y bronce; en medio del crucero está el depósito del último Rey, que consiste en un gran zócalo, encima una urna, medio cubierta con un tapete, sobre él la corona y el cetro, cuatro pebeteros en los ángulos, genios y trofeos; en las paredes del crucero, cuatro estatuas, en nichos; en las dos piezas laterales, dos sepulcros; en el uno está enterrado Víctor Amadeo, y el otro está destinado á Cárlos Emanuel, cuyos huesos se sacarán del depósito cuando muera el actual soberano: etiquetas ridículas, que autoriza y consagra el poder. Estos dos sepulcros, el depósito, y un bajo relieve que hay en el altar mayor, son obras hechas con gusto é inteligencia del arte: trabajaron

en ellas los dos hermanos Collini, escultores de mérito, el uno muerto ya, el otro que existe, á quien fuí á visitar: une á el conocimiento de su arte la afabilidad del trato y la moderacion propia de un hombre de talento. La última Reina, Infanta de España, tiene tambien un sepulcro particular, bien hecho, aunque no tan suntuoso como los otros de que se ha hecho mencion. Esta capilla me pareció demasiado baja de techo y demasiado alegre: los mármoles que la adornan deberian anunciar en lo oscuro de sus colores un lugar de horror, no un gabinete: la morada de la muerte, iluminada con escasa luz, debe presentar por todas partes matices funestos.

Hay mucho lujo en Turin: las modas y las costumbres son muy francesas; hay muchos vestidos bordados, mucho espadin, mucho peinado cargado de polvos, y sombrero debajo del brazo desde que amanece hasta que se cena. El traje de las mujeres tambien es frances: van siempre en cuerpo; y sólo por la mañana, para ir á misa ó á alguna visita de confianza, se ponen un velo en la cabeza; hay muchos y buenos coches, y la concurrencia en el paseo es numerosa y brillante. En Turin se ponen mayos á la puerta del palacio del Rey, de los príncipes de la sangre, del gobernador de la ciudad, de los cardenales y embajadores, palitroques altísimos, con un ramo á la punta, una guirnalda un poco más baja, y en el tronco, á distancia de dos varas del suelo, el escudo de armas del príncipe ó señor á cuyas puertas se ponen. Estos se renuevan todos los años: el primer dia de Mayo los soldados de la guarnicion van á ponerlos con mucho repique de tambores y refresco y *Evviva sua Eccellenza!*

Ahora deberá sufrir mi lector una transicion no ménos violenta que la antecedente, bien que no será la última. Los judíos de Turin ocupan dos grandes manzanas en un buen

paraje de la ciudad; ni están encerrados con muros y puertas, como en otras partes; viven con más holgura que los de Génova, porque en Turin hallan á quién engañar; compran y venden, y revenden y prestan, y embrollan, y les va muy bien. Los de Génova, por el contrario, se mueren de necesidad, y para mí tengo que en Babilonia comian mejor: hasta ahora no ha habido ejemplar ni de que un genoves haya podido engañar á un judío, ni de que un judío haya engañado á un genoves

Una de las cosas que notará cualquier forastero que llegue á Turin, será la multitud de jorobados y patituertos que se halla por todas partes: yo pregunté la causa de esto, y me alegaron tantas, que me quedé sin saber la verdad.

Todos los que mueren en la ciudad, exceptuando uno ú otro que tenga sepultura propia en la iglesia, se entierran en dos cimenterios públicos, fuera de las murallas.

La lengua piamontesa es un compuesto de toscano y frances: los dos sonetos siguientes, sacados de una coleccion de poesías nacionales, impresa pocos años há, darán una idea del idioma de este país:

TESTAMENTO D'UN CANE.

Dagià ch' j' eû da muri, per nen lassè
Döp me decès anbreûj ai me parent,
Fin ch' j'eû la testa clajra, e i peûs parlè,
J'eû pensà d' fè doj righe d'testament.
E prima d'ögni cösa i lasso i dent
A chi ha di cativ ös dur da russiè;
I lasso i me doi eûi a d' serta gent
Ch'a sclaira niente e pensa de sclairè.
I las l'ongîe ai sartor; i las le orie
Ai marcant; ai curios i lasso 'l nas;
E i las me pöch servèl tut ale fie.
Ma finalment, pr'alegeri 'l maleûr
D' mia situassion e per muri con pas,
A mia cara Padrona i lasso 'l cheûr.

CONTRO AMORE.

Sent, Amòr scontradòn, l'è tenp d' finila;
Rendme 'l me cheür; tornme la mia rason;
Ronp sta cadena; scurtme d' an person;
A l'è trop streita; i peüs pi nen sufrila.
A tant' aitri, e t'ij peüs conteje a mila,
I' t'as mescià l'amër con i bonbon;
E per mi solament, pest al minción,
El pi neir d' tö velen veüs ch'a s' destila!
I t' protege un gascòn, ch' l'ha, che d' babia.
Un cheür faus, e linger l'è bin tratà;
Con l'inconstant i t'use d' cortesia.
E un pover diau, ch'a t' sërv con fedeltà,
A n' preüva ch' tö rigor, toa tirania?
Ah s' ved bin ch'i t' ses bòrgno e t' ses masnà.

Las rayas y puntos que hay sobre las vocales indican los diptongos, y la pronunciacion cerrada ó abierta.

8 *de Mayo*. Salí de Turin en *vettura*, seguido de otros dos ó tres carruajes, especie de caravana, muy necesaria en aquella ocasion, por cuanto los caminos estaban poco limpios de ladrones; algunos dias ántes habia visto fijarse un bando en que se daban providencias para prenderlos, y entre otras, se permitia á cualquiera hacerles fuego, en caso necesario. Esta buena gente formaba una compañía de más de cien hombres, desertores piamonteses, franceses y alemanes, diestros en las armas y desesperados; no habia mucho que habian sostenido un combate formal con los dragones, hiriendo algunos y matando tres de ellos, con pérdida del capitan, y seis ó siete hombres de su parte y unos trece ó catorce que estaban ya en las cárceles de Turin. Esta gente robaba á los ricos y daba limosna á los pobres: máxima sutil, con la cual hacian de su partido al pueblo, que en vez de perseguirlos, los ocultaba y favorecia. El camino de Turin á Milan es bellísimo, el país agradable y bien cultivado:

muchos plantíos de moreras, tierras de siembra, árboles, que divierten y varían aquella gran llanura; en Vercelli y Novara muchos campos de arroz, ó por mejor decir, estanques; se atraviesan muchos rios, que bajan de los Alpes á engrosar el Po; en todos ellos hay puente de barcas ó barca; el que llaman la Sessia es terrible por sus crecidas; al llegar al Tesin, que sirve de términos al estado de Piamonte y al Milanes, se pasa un bosque, famoso por los robos y asesinatos que en él se cometen frecuentemente: ya se deja entender el miedo con que yo pasé. Se atraviesa en barca el Tesin, de aguas clarísimas, ancho, profundo, precipitado: no me acuerdo de haber visto otro de igual rapidez. Nos juntábamos á comer en las posadas (en las cuales posadas comimos muy mal) todos los que íbamos en los tres ó cuatro coches mencionados. ¡Qué galería de personajes! Un genoves sórdido, con su mujer y su hija (horrendas las dos), que en vez de hablar, ladraba, quejándose siempre de la carestía de los comestibles, y de que en las posadas las puertas de los cuartos no tienen cerrojo por de dentro, y por consiguiente, todo genoves que duerma en ellos está expuesto á ser ascsinado. Un fraile, vestido de abate, muy gordo, sudando siempre, hablando de malos partos y destetes y preñados con las mujeres, de quien no se despegó jamas: era padre jubilado en Parma, y se hacia venir el café de Venecia, el vino de Florencia y los salchichones de Bolonia. Una mujerzuela que habia hecho la campaña del Piamonte el año anterior con una chiquilla colgando de una teta, la cual chiquilla fué engendrada en Castel Defino y parida en Asti. Una vieja ridícula, tan poco enseñada á coche, que en todo el camino dejó de vomitar; y el fraile la apretaba la cabeza y la aflojaba la cotilla, y se esforzaba en persuadirla que todo aquello era mal de madre; y así que llegaba á las posadas empezaba á despanzurrar colchones y á quemar

lana para dar humazos á la vieja, de donde resultaba un pebete infernal. Un boticario de aldea, vivarachuelo, feo, hablador eterno, que miéntras yo me comí diez espárragos nos contó de dónde era, cómo se llamaba, en dónde vivia, lo que le habia sucedido en Turin con otro boticario que le quiso casar con una sobrina jorobada que tenía, y en suma, su vida y milagros, las de sus parientes y amigos y vecinos, y cuanto habia hecho y cuanto pensaba hacer, otro tanto nos dijo; bien que nadie se lo preguntó. Llegué á Milan el dia 10.

Ya he hablado de esta ciudad otra vez: ahorá diré algo de nuevo, ó quizá repetiré las mismas cosas. La Academia Patriótica, establecida en Brera, tiene por objeto promover las artes útiles, comprar máquinas y modelos relativos á la agricultura y los oficios; da premios á los que resuelven problemas interesantes sobre estas materias; informa al gobierno acerca de los puntos que remite á su exámen; celebra una junta al mes, y en ella dan parte de sus trabajos las várias comisiones que se forman para desempeñar estos objetos. Tiene ya publicados algunos tomos de sus actas. Vi la coleccion de instrumentos y máquinas que posee; entre ellas está el modelo de molino de aceite, segun el que se halló en Pompeya, que me aseguraron ser más ventajoso que los que comunmente se usan. El segundo secretario de esta Academia da lecciones de agricultura á los discípulos de física.

Se está concluyendo un plan geográfico del estado de Milan, sujeto á las observaciones astronómicas, obra hecha con la mayor exactitud y perfeccion, que hará honor á los profesores de matemáticas y astronomía de este colegio, que la han dirigido. Se compondrá de nueve hojas grandes unidas; además de la puntualidad de las distancias de los pueblos, de la direccion de los caminos, rios y canales, se indica

tambien la calidad de los terrenos, el cultivo que hoy tienen, los que hay baldíos, y cuanto es necesario para el conocimiento físico y geográfico del país.

El Sr. Bianconi, secretario de la Academia de Bellas Artes, establecida tambien en la misma casa, posee una numerosa coleccion de libros relativos á ellas: vi, entre otras obras, la traduccion de *Vitrubio*, por Ortiz, y le oí hacer una crítica muy dura de algunos pasajes mal entendidos por nuestro traductor. Vi tambien algunas obras de mérito en el estudio del escultor Franchi, uno de los directores de la Academia; artífice estimable, que, entre otras cosas, ha hecho las dos graciosas ninfas de mármol que adornan la fuente de Piazza Fontana.

En la biblioteca me enseñaron algunas ediciones particulares, anteriores al 1500; entre ellas son muy buenas, una de Tito Livio, otra del Dante, y una Biblia, todas hechas en Milan.

En la biblioteca Ambrosiana, famosa por la multitud de sus preciosos manuscritos, vi algunos muy interesantes, uno de ellos la traduccion de las *Antigüedades de Josefo*, por Rufino, aunque muy incompleta, escrita en papiro, que se parece bastante á las hojas de palma, aunque más delgado y suave: cada hoja de este códice se compone de muchas de aquel vegetal, entretejidas y pegadas con alguna goma sutil, ó segun otros quieren, con el agua del Nilo. Es, por cierto, obra muy apreciable por su materia y ancianidad: se cree comunmente que sea del sexto ó sétimo siglo. Un *Virgilio*, en pergamino, con várias notas marginales del Petrarca, escritas de muy buen carácter, y al principio del libro aquella que ningun hombre sensible puede leer sin lágrimas, que empieza: *Laura propriis virtutibus illustris, et meis longum celebrata carminibus*, etc.

Vi tambien un curioso manuscrito de la *Vida de los Papas*,

por Martin Polono, que ha servido á muchos de autoridad para dar por cierta la existencia de la papisa Juana: yo he visto, efectivamente, en el citado códice, el artículo que habla de ella; pero es de advertir que todo este artículo es marginal, y en mi opinion es cosa añadida al texto original. Esta adicion está precisamente al fin de una página, y en ella concluye: en la tinta hay alguna diferencia; el tamaño de la porcion escrita en aquella llana es mucho más grande que en todas las demas del libro, y si se omite la adicion, queda exactamente igual con las otras. Creo que bastan estas reflexiones para inferir que el citado artículo no debe hacer fe, como cosa apócrifa y contrahecha. En la misma biblioteca hay tambien dos ó tres códices de las Vidas de los Pontífices que escribió Anastasio, y en ellos no se hace mencion de tal Papisa. Volví á ver el museo que está contiguo á esta biblioteca, y volví á medir el enorme dedo pulgar de la mano, y no del pié, como dice La Lande, del S. Cárlos que está en Arona; desde la extremidad de la yema hasta el primer artejo tiene unas once pulgadas de largo. El abate Amoretti, secretario de la Academia Patriótica, me aseguró que habia subido por dentro de la estatua, y habia estado sentado cómodamente en el escalon que forman sus narices; yo, al oir esto, volví á medir el dedo y lo creí. Entre las pinturas de esta coleccion no hay ningun retrato de doctor hecho por el Correggio, como dice La Lande: la perspectiva de la catedral de Ambéres no es de Pierre Nef, como dice el mismo, sino de Stceniwyck; ni hay allí busto alguno de Galeazo Arconatti, sino un retrato suyo, de perfil, en bajo relieve. Los manuscritos y dibujos de Leonardo Vinci son una de las cosas más preciosas que allí se ven: no tuve tiempo más que para hojear un gran tomo de ellos, que, además de muchos diseños del natural, se compone de pensamientos de máquinas hidráulicas, económicas, militares de mil géne-

ros, muchas de ellas adoptadas ya en Europa, como, por ejemplo, el uso de los morteros para bombas, y las compuertas de los canales; otras que no se han examinado como debieran; otras que no se alcanza el objeto á que pensó aplicarlas. Allí se ve lo que trabajó para hacer que un hombre pudiese volar, para hacerle atravesar un rio ó sumergirse sin peligro en el agua; en suma, este libro solo manifiesta el talento de aquel grande hombre, sus extensos conocimientos, y la justa razon con que Francisco I lloró su pérdida. En las notas y explicaciones de estos dibujos se ve que escribia con ambas manos, de izquierda á derecha y de derecha á izquierda. Se han grabado ya algunas de las cosas contenidas en este libro; pero áun falta la mayor parte, y seria conveniente examinarle por quien sea capaz de entenderle; que no es posible sino que en él se contengan ideas utilísimas, que, con los progresos que han hecho las matemáticas en Europa, pudieran perfeccionarse en beneficio público.

Merece verse el Gabinete de Historia Natural que está en San Alessandro, colegio de padres Teatinos; hay en él piezas muy curiosas, particularmente en minerales; está al cuidado del padre Prior, profesor de física, que ha viajado por Alemania, de órden del Gobierno, para lo relativo á metalurgia, y es sujeto bien conocido por su talento é inteligencia. Una de las cosas que más me agradaron, fué una piedra opal, con una porcion de agua dentro. Este gabinete se ha formado en gran parte con las rentas de una cofradía extinguida.

Ya he hablado en otra parte del teatro de la Scala, y nada tengo que añadir á lo que dije entónces; sólo sí observé por propia experiencia que las cortinillas de los palcos, que se corren ó descorren *ad libitum* durante el espectáculo, son excelente socorro para estar divertido, aunque el drama sea

detestable. La compañía que representaba en Mayo de 91 era bien mala. La Goldoni, primera actriz, no carecia de sensibilidad; pero la faltaban gracias para la comedia, y una voz más robusta, capaz de inflexiones más delicadas, para sostener la accion trágica. Miéntras yo estuve representaron :

Didone abandonata. Es la ópera de Metastasio, sin música.

Aristide, comedia nueva. Muy mala.

Il servo de due padroni, comedia de Goldoni.

Tancredo. Tragedia de Voltaire, traducida por Paradisi. Mal ejecutada.

Il medico per forza, comedia. Traduccion del *Médecin malgré lui.*

Gli amori di Zelinda e Lindoro, comedia. Muy mala.

Gli amori di Adelaide e Cominge, comedia. — Un amor furioso de veinte y cuatro horas, personajes y episodios inútiles, sin atadero ni verisimilitud.

Adelaide maritata, comedia. — Segunda parte de la anterior, con los mismos defectos; pero tiene scenas interesantes.

Teresa vedova, comedia. Embrollo inconexo, sin piés ni cabeza.

Le gloriose gesta di..... Copiaré á la letra el cartel. — « *Le gloriose gesta di Ercole, figlio di Giove e di Alcmene, vincitore del Nemeo Leone, delle Furie, del Cerbero, debellatore dell Inferno e collocato fra le celestti Deità*, *con Truffaldino, suo scudiere.*

» *Nell'Inferno poetico si vedranno le Harpie, Gorgone, le Furie à scorrere ovunque, Pluto e Proserpina sul loro seggio di fuoco, Tizio da un canto col cuore straziato dal avvoltojo, Issione da un altro incatenato sovra la ruota che gira alternamente; dall'altra parte, Sisifo che strascina sulla rupe il*

gran sasso; Tantalo sotto il ruscello e la pianta pomifera, che muore di fame e di sete. Ercole quindi comparirà per liberare l'amico Teseo, il che negato essendogli da Pluto, combatterà con i mostri infernali disperdendogli. Gli spaventi di Corvacchione signore di Thebe, formeranno una delle parti più ridicole alla azzione, ed Ercole infine si vedrà posto fra le celesti Deità. »

20. Salgo á las dos de la noche, con el correo de Roma. Lodi, á lo que parece, es bonita ciudad: vi muchas calles anchas, rectas, bien empedradas, con buenos edificios. Al llegar á Pizzighetone se atraviesa por un buen puente de madera el hermoso y ancho rio Adda, contenido en aquella parte con grandes espolones. Cremona me pareció buena ciudad; Bozolo, que está más adelante, y en general todos los lugarcillos que hallé de Milan á Mantua, limpios, alegres, de buen caserío. El camino excelente; los campos con muchos árboles, tierras de siembra, arroz, moreras y emparrados. Llegué á Mantua el dia siguiente, á las diez de la noche.

En la casa de Estudios, que fué colegio de jesuitas, hay una biblioteca pública, no grande, pero bastante rica de obras clásicas: vi en ella algunos manuscritos curiosos, anteriores á la invencion de la imprenta. Hay una sala destinada sólo para libros legales, de que hay gran número. El Museo está contiguo á la biblioteca, no tan abundante de inscripciones como el de Verona; pero muy estimable por la coleccion de estatuas, bustos y bajos relieves de que se compone. Entre las estatuas es muy buena la de un pequeño Cupido durmiendo, la de un fauno que toca la flauta, un Apolo, un gladiator, de que sólo se conserva la cabeza y medio cuerpo, y un bellísimo torso de mujer, cosa excelente. Hay muchos bustos de Emperadores y Augustas, aunque no forman serie completa; un Eurípides y una cabeza de

Virgilio muy buena. Entre los muchos bajos relieves de este Museo el que representa los trabajos de Hércules me pareció de bella ejecucion; siendo de observar que en el último de los grupos Gerion tiene armadas las dos cabezas, que se conservan con dos celadas de visera, en todo semejantes á las que se usaban pocos siglos há. Puede verse una descripcion de este Museo publicada por el Sr. Matheo Borsa, literato mantuano. Hay tambien en esta casa de Estudios escuela y gabinete de física; el observatorio astronómico, de que habla La Lande, no le vi, porque no ha existido jamas.

La Academia de Ciencias y Bellas Letras ocupa un edificio poco distante de los Estudios, con una fachada bastante buena, decorada de un órden jónico compuesto. Lo que vi de más particular fué un pequeño teatro, obra del Bibiena, destinado á las funciones públicas de juntas generales, diversiones de música, ó academias poéticas y literarias: no me agradó la forma de la sala, ni lo cargado de la arquitectura, ni la multitud de ángulos que la interrumpen, y por consiguiente rompen la voz; pero todo puede suplirse en atencion á lo pequeño que es. Hay una sala destinada á la enseñanza de la anatomía, otra para la Comision de Artes y Oficios, otra para pruebas de música y otras para Bellas Artes. Entre las pinturas antiguas que adornan estas últimas, hay un gran cuadro de Santa Úrsula y las once mil vírgenes, de Luis Caracci, y otro más pequeño, de Francisco Francia, pintor antiguo, cuyas obras se aprecian con razon; representó en él á la Vírgen en pié, mirando al Niño, que está en el suelo: la figura del Niño es graciosísima y de gran frescura de colorido. La firma del autor dice: *Frantia aurifex*. Hay, además, algunos retratos y otros cuadros de mérito. En la coleccion de modelos de yeso hay muchos bustos sacados de buenos originales, y algunas pocas estatuas. Hay

tambien otras salas destinadas á la arquitectura y ornato. Esta Academia ha publicado ya varios tomos de sus trabajos literarios, y hay en ella individuos de mucha celebridad.

El antiguo palacio ducal, que llaman la Córte, es un vasto edificio, sin belleza ni simetría en lo exterior. En la sala de Guardias hay unos grandes cuadros, en que están representadas la fábula de Faeton, la de Deucalion y la Ruina de los Gigantes; estos dos últimos, obra de Antonio Peranda, me parecieron los mejores: buenos desnudos, y gran composicion. En una especie de galería inmediata está otro gran cuadro del mismo, representando la edad de oro, donde hay porcion de mujeres desnudas, muy apetitosas. ¡Oh edad feliz, en que no se conocieron las cotillas, ni se sabía lo que eran pesos duros! Otro hay de Palma, que representa la edad de hierro, de más invencion que el anterior, y otro del orígen de las artes, pintado por Santo Peranda. Hay un hermoso salon muy largo, que llaman de la Conversacion, con bellos adornos, y en los techos y paredes pinturas ejecutadas por los diseños de Julio Romano; el techo, que se divide en tres partes, representa en medio la asamblea de los dioses, y á los lados el Sol en su carro, y la Noche en el suyo: estos dos pedazos me parecieron bellísimos, llenos de fuego, y coloridos con gran maestría; el otro no me agradó. Hay tambien un Parnaso y várias figuras alegóricas, obra de mérito. Un gran friso de claro y oscuro, que representa genios y amores: aunque le he visto muy alabado en las descripciones que hablan de esto, me pareció harto mal. La gran sala de comer es tambien muy buena, y tienen mérito las figuras de los rios que están pintadas en la pared. Es cosa muy buena el techo de una sala, en que pintó Julio Romano los signos del Zodiaco, y otra de mayor composicion, en que representó varios pasajes de la guerra de Troya: mucha

imitacion del antiguo, buenos grupos y actitudes, gran fantasía y poco estudio en las masas generales de luces y sombras: esto me pareció de las pinturas de aquella sala. En las habitaciones de este palacio hay algunas tapicerías muy bien hechas, obra de la antigua fábrica de tapices que hubo en Mantua, y es tambien apreciable la coleccion de retratos de la casa Gonzaga. Merecen verse los dos magníficos picaderos de este palacio; el uno es un gran salon cubierto, y el otro un patio cuadrado; éste y aquel adornados con decoracion dórica, columnas salomónicas y balconaje: no es cosa de gusto arreglado; pero hace un efecto grandioso. Cerca del palacio está el Teatro Nuevo, que es uno de los buenos de Italia. El Teatro Viejo, destinado á las comedias, sería sin duda el peor que he visto, si no existiese el de San Carlino en Nápoles; las piezas que vi fueron :

Il Corvo Re, comedia de Gozzi. Es la misma que *Se parlo son pietra*. (Véase *Nápoles*.) — No es del todo exacta la relacion que de ella hice; pero sin error esencial, creo tambien que se me olvidó advertir que en esta pieza hay dos palomas que hablan.

Il Compleanos, ó sia La virtù alla prova, comedia. Malísima.

Nicoletto mezza camisa, comedia de Goldoni, en veneciano; graciosa en extremo. Bien representada.

Il Diavolo à quatro, comedia. — Una marquesa, llamada Superbia, mujer altanera é insufrible, una zapaterilla graciosa y amable... Un mago trueca sus formas, haciendo que la marquesa vaya á ser zapatera, y ésta á ser marquesa. De aquí resulta un embrollo extravagante, sin atadero ni gracia, que dura hasta que el nigromante se cansa y deshace el trueque.

El Duomo es una buena iglesia, hecha por los diseños de Julio Romano; la fachada es moderna y de poco gusto. En

lo interior hay cinco naves, sostenidas por columnas corintias, istriadas, sin pedestales, treinta y dos en todas, que hacen bellísimo efecto; el cornisamento de la nave principal me pareció pesado, como todo el segundo órden que está sobre él. En la primera capilla, á la derecha de la puerta principal, hay un cuadro del Güercino, y en la capilla del Sacramento uno que se atribuye á Julio Romano, aunque me aseguraron no ser suyo, sino de su escuela. La iglesia de San Andres, construida en 1470 por el famoso Leon Bautista Alberti, es uno de los más famosos templos que he visto: sencillo, espacioso, de la más bella proporcion que puede imaginarse, forma una cruz latina, con una gran cúpula, obra moderna, que hace buen efecto; todo, en suma, es grandioso y magnífico: ni es posible verlo sin admirarse del gran talento del artífice, que en una época en que la arquitectura apénas comenzaba á deponer la rudeza y extravagancias góticas, supiese hallar formas tan perfectas. En un subterráneo de esta iglesia se venera la sangre de Jesucristo, que trajo Longínos en una esponja cuando vino á establecerse á Mantua. En una capilla inmediata al crucero se venera tambien el sepulcro del citado Longínos. En el presbiterio hay una estatua de mármol, de un duque de Mantua que, segun se dice, mató á un canónigo, y fué condenado por el cabildo á poner allí su estatua de rodillas, en acto de pedir perdon de su delito. En una capilla, á la izquierda de la puerta principal, se ve el sepulcro de Andres Mantegna. En la iglesia de la Trinidad hay en el presbiterio tres grandes cuadros de Rubens, cosa de mérito, como debe suponerse; el que representa la familia de un duque de Mantua que invoca á la Trinidad, y el de la Transfiguracion, son los mejores. En la iglesia de San Mauricio vi en una capilla un cuadro antiguo del martirio de no sé qué santa, donde está representada la guillotina con poquísima

variacion. Otro hay, muy bueno, del martirio de Santa Margarita, por Aníbal Caracci, y una Anunciacion, no tan buena, de su hermano Luis. Merece verse, en un oratorio contiguo á la iglesia de San Felipe Neri, un cuadro de Mantegna, que es sin duda una de las pinturas mejores anteriores á Rafael: representó en él á la Vírgen con el Niño, sentada en un trono bajo un cenador, un duque de Mantua de rodillas, y várias figuras que acompañan; la cabeza de la Vírgen es buena; hay gracia y verdad en la figura del Niño, una ú otra cabeza de mérito, y gran prolijidad en la ejecucion; sin embargo, en general es frio y seco.

El famoso palacio del Té, distante de la ciudad unos doscientos pasos, poco más ó ménos, y no media legua como dice La Lande, no se llama así porque su planta tenga la forma de una T, como él mismo dice, pues basta verle para desengañarse. La fábrica forma un cuadrado, con un gran patio en medio, prolongándose despues por los muros del jardin, que se cierra con un cuerpo circular de arquitectura. La decoracion de este edificio es grandiosa y robusta, consistiendo en un almohadillado interrumpido con pilastras dóricas, y un bello entablamento que le corona: en el patio, en vez de pilastras, hay medias cañas del mismo órden. Al rededor hay hermosas calles de chopos de Lombardía, y éste es el único paseo agradable de la ciudad, puesto que los demas no merecen tal nombre. Toda esta obra fué dirigida por Julio Romano, que, habiéndose acreditado en ella de buen arquitecto, la adornó con bellas pinturas de su mano, hechas al fresco, dignas por cierto de mucha alabanza. En ellas se ve mucho estudio del antiguo, mucha invencion, buen diseño en general; pero yo quisiera que el discípulo de Rafael hubiese imitado más la bella simplicidad de su maestro en actitudes y ropajes; que hubiese distribuido las luces con más inteligencia; que hubiese evitado el co-

lor de ladrillo que domina en la mayor parte de sus figuras. En las bodas de Cupido y Psíques, que ocupan toda una sala, hay gran calor de fantasía, bellos grupos, buenas cabezas; la figura de Polifemo, sobre una chimenea, me pareció excelente cosa. La caida de los gigantes es, en mi opinion, lo que dice La Lande : *Composition impétueuse et terrible, les groupes bien formés, mais il est de couleur rouge, il y a peu d'intelligence de clair-obscur, le dessin est un peu incorrect, maniéré, et de caractère trop chargé. Le Jupiter n'a point l'air noble. Ce morceau est, pourtant, le triomphe de Jules Romain, et s'il n'a pas les agrémens qui touchent, il a la force qui enlève.* No sé por qué dió á los gigantes caras y expresiones ridículas, ni me agrada tampoco la distribucion general; todo es pequeño, ménos los gigantes : ni hay proporcion entre éstos y el Osa y Pelion, que se quebrantan y trastornan, heridos del rayo de Júpiter : no niego las muchas bellezas que allí se admiran; pero no es ésta una de aquellas composiciones que satisfacen sin dejar otra cosa que desear á quien las ve, y es muy fácil que ocurra á muchos la idea de que áun podria hacerse cosa mejor, y que aquel asunto deberia tratarse otra vez. Son muy bellas las pequeñas pinturas de batallas con que el mismo artífice adornó una de las salas de este palacio, y en particular la de las Amazonas me pareció la mejor. Merece tambien particular estimacion un friso de estuco, obra de Primatricio y de Juan Bautista Mantuano, en que, imitando el gusto de las columnas Trajana y Antonina, representaron marchas de ejércitos y triunfos. El jardin de este palacio está enteramente destruido; el cuerpo de arquitectura que le sirve de entrada, obra moderna, es cosa de muy mal gusto, indigna de estar en aquel paraje.

Mantua es ciudad de veinte á veinte y cinco mil almas, llana, con algunas calles anchas; el caserío es malo en general, y

no hay palacios de consideracion; el que llaman de Gonzaga, construido por los diseños de Julio Romano, es cosa gigantesca, pero de mal gusto en sus ornatos, consistiendo los de la fachada en un cuerpo rústico, y sobre él, en vez de pilastras ó columnas, unas figurotas á manera de cariátides, que sostienen el cornisamento, lleno de resaltos inútiles. Cerca de él está la casa que habitó el mencionado artífice, con una estatua de Mercurio sobre la puerta, que el vulgo se ha empeñado en santificar, creyéndole un S. Juan Bautista, así como el Hércules que está en el acueducto de Segovia es un bendito S. Sebastian, en la opinion de las mozas del Azovejo.

Nadie sale de Mantua sin haber visto al abate Andres y al famoso Betinelli; el primero, célebre ya por su obra de la *Literatura universal*, añade á su mucha erudicion y buen gusto, un carácter amabilísimo; el segundo, viejo, fuerte y vigoroso aún, de gran viveza, de gran facilidad y elocuencia en el decir, es harto conocido por sus obras poéticas y de crítica, entre las cuales el pequeño poema de *Le Raccolte* es muy estimado, por más que en gran parte se parezca al *Lutrin* y á la *Dunciada*. Sus tragedias, hechas para representarse por jóvenes de colegio, deben juzgarse bajo esta consideracion, y no de otro modo.

Yo creí que el lago de Mantua se pareciese á los hermosos lagos de Suiza; pero no es así: exceptuando un pedazo á la parte del Norte, cerca de la Porta Molina, lo restante, más es pantano sucio y fétido, que lago navegable y hermoso. Cañelgas, juncos, matorrales y verdin, ranas y sapos, no hay otra cosa á la parte del Mediodía, donde el tal lago se huele; pero no se ve. Se forma de las aguas revertidas del Mincio, que atraviesa por él, y va á desembocar en el Po, algo más abajo.

Salí de Mantua el 27 de Mayo, despues de comer. Buen

camino, que va dando graciosas vueltas, y variando los objetos, á pesar de la igualdad del terreno, con muchos árboles, prados y tierras de siembra. Se llega al Po, ancho, profundo, contenido por la parte del Norte con márgen artificial: se pasa en barca. Poco más adelante vi salir por un camino estrecho, cubierto de árboles, un cura á caballo, con su casaca morada, roquete, y gran sombrero de canal; un espolista que le precedia, un monaguillo detras, que llevaba una pequeña cruz, y detras unas doce ó catorce mujeres y muchachas bien vestidas, que conducian en un ataud un niño muerto, coronado de flores, y adornado el féretro con pañuelos de seda, lazos y festones: ¡gracioso y triste espectáculo! Pasé despues por San Benedeto, buen lugar, en que hay un famoso monasterio de benedictinos. Hermosos campos, chopos, parras enlazadas entre los olmos con formas tan bellas, que no pudiera el arte fingirlas mejores; maíz, trigo, frutales, praderías, vacas: delicioso país, que anuncia por todas partes paz y abundancia. Se halla despues un canal de navegacion, que va desde Guastala á unirse con el Po: este canal sirve de límites por aquella parte á los estados de Mantua y Módena. Llego á Novi, pueblecillo del Modenés: mala posada, malísima cama. Salgo el dia siguiente. Buen camino, buen cultivo, muy semejante ya al de Bolonia; se pasa por Carpi, ciudad pequeña y bonita: calles anchas, rectas, bien empedradas, buenas casas, con espaciosos pórticos. Llegué á Módena y estuve de hospedaje en la posada de San Giorgio, harto mala por cierto; comí mano á mano con mi vetturino, miéntras el criado zafio que nos servia, tendido á la larga en un canapé, nos daba conversacion. Llegué á Bolonia el mismo dia.

Salgo de Bolonia en la noche del 10 de Octubre, y llegué á Florencia el dia siguiente.

El palacio Piti está adornado interiormente con magnifi-

cencia: grandes frescos en las bóvedas, la mayor parte de Pedro de Cortona; pinturas de grande invencion; buen colorido y algunas incorrecciones en el diseño, como nota La Lande: hay tambien techos de Ciro Ferri, discípulo del anterior, y algo de Jordan. A estos frescos acompaña un ornato grandioso, de estucos dorados, con figuras de buena composicion. Hay muchos y buenos cuadros, que cubren las paredes, y entre ellos los de Andrea del Sarto merecen particular atencion. Entre los retratos vi el de Felipe II, jóven, pintado por el Ticiano; y á pesar de la diferencia de la edad y del traje, se recônoce en él aquel malvado viejo que asusta en la librería del Escorial. El célebre cuadro de la Madonna de la Sedia, de Rafael de Urbino, es tal, que no hallo expresiones para ponderar su mérito; bastaba él solo para inmortalizar la gloria de aquel excelente artífice. Diseño, colorido, expresion, gracia, todo se reune en aquella obra admirable: está reducido á un círculo de unas tres cuartas de diámetro. Las mejores láminas que de él se han hecho dan una idea muy imperfecta: es menester verle para admirar en él una de las maravillas del arte. En este palacio pueden verse várias mesas compuestas de piezas de mármoles, que representan flores, conchas, pájaros, adornos, animales, figuras, todo hecho con el mayor primor, unidas perfectamente las piezas unas con otras, y combinados los colores naturales del mármol en términos, que produce á una corta distancia los efectos de la pintura. Este género de trabajo, que tambien se hace en la Fábrica de la China del Retiro, ha llegado en Florencia á la posible perfeccion.

En el Palazzo Vecchio hay un gran salon, lleno de hermosas pinturas de Vasari, las del techo al ólio, y las de las paredes al fresco, que forman seis grandes cuadros: esto, y los grupos y estatuas que hay repartidas por aquel gran salon, le dan un aspecto magnífico y grandioso. Lo mejor que

hay en cuanto á escultura es el grupo de la Victoria, obrà de Miguel Ángel. Una estatua de Leon X, que ocupa el testero, hecha por el célebre Baccio Bandineli, me pareció pesadísima y mazacota; otras dos de Adan y Eva, por el mismo artífice, correctas y frias; en los grupos que hay repartidos por la sala, de los cuales algunos hay sin concluir, en que Vicente Rossi representó los trabajos de Hércules, hallé actitudes forzadas y violentas, queriendo imitar con ellas la manera de Miguel Ángel, y en general mucha pesadez de formas: en el de Hércules que mata al Centauro, Hércules, tiene cara de sátiro; en otro en que Hércules tiene asido á Diomédes en actitud de despedazarle, éste le tiene agarrados con una mano los testículos, y si aprieta un poco, se los arranca: dirán que es natural; no hay duda; pero tambien es indecente, bajo y ridículo. Esto no es decir que tales obras sean absolutamente malas: hay mérito en ellas; pero muchos defectos tambien, y falta de gusto.

En el teatro de la Pergola se cantó, miéntras yo estuve, *Elena e Paride*, ópera muy mala, compuesta de piezas de música de varios autores, y ejecutada muy mal.

En el del Cocomero vi algunas comedias de Goldoni que se han hecho ya bastante raras en los teatros de Italia, para dar lugar á los dramas funerales y á las disertaciones político-morales, de que tanto abunda la scena moderna. Los cómicos eran muy malos, y peores que ellos los que cantaban, al concluir la representacion, un acto de ópera, por fin de fiesta. En cuanto á decoraciones, nada vi en ninguno de los dos teatros que me pareciese tolerable.

Fuí á ver á la famosa Corila Olímpica, coronada, muchos años há, en el Capitolio por su mérito poético, y hallé una viejecilla ridícula, arrugada, pálida, canosa, tabacosa, sin dientes, guiñando el ojo derecho, con tos y dolores en las

piernas, muy habladorcilla y de mucho espíritu, que es lo único que la queda; lo demas lo arrebató inexorable el tiempo. Nada respeta este tirano: la hermosura, la juventud, las gracias, el talento, todo lo atropella; nada hay que le detenga, y camina feroz, rodeado de ruinas espantosas.

El pueblo de Florencia, y en general todo el de Toscana, es manso y apacible: no se oye hablar de asesinatos y horrores, como en el Estado Romano y en Nápoles; y una ciudad, centro un tiempo de la discordia, de las violencias y conmociones civiles, lo es hoy del buen órden, de la paz y de la cultura. Esto y la hermosura del país atrae á los extranjeros, y les hace amar un gobierno suave, pero vigilante y justo, á quien se deben efectos tan plausibles.

27 *de Octubre*. Salí de Florencia á las dos de la tarde, con el correo, y llegué á Roma el 29 al mediodía. Costó el viaje diez y seis duros.

Vuelvo á ver las romanazas, con sus jubones de estameña, verdes y colorados, y sus grandes cofias, muy gordas y muy habladoras; los hombres con su redecilla y sombrero gacho, chaleco, chupa suelta, calzones anchos, su gran puñal y su capa larga. Las mujeres de los cocineros, de los volantes, de los curiales, las que comen algo y las que no comen jamas, vestidas muy á la francesa, bien tocada la cabeza, en ademan grave y señoril, asomadas á las ventanas ó ruando en coche: pasear por las tardes á pié es una humillacion, que sólo lo tolera en paz el ínfimo pueblo. Los príncipes romanos, ocupados en cortar las colas á sus caballos para hacerlos ingleses; corriendo en birlochos, alborotando la ciudad á chasquidos, y atropellando viejas, emigrantes y jesuitas, con un cierto aire de aturdimiento é insulto, que no hay más que pedir, y una cara de tramposos y petardistas, que á legua se distingue. Las damas y matronas ilustres, prendidas con mucha elegancia, buscando apoyos que suplan la

escasa dotacion de sus alfileres; calculando el amor como un senador genoves calcula las especulaciones de su comercio de granos. Los abates, innumerable turba, que ennegrece las calles de la ciudad, divididos en clases, que hacen ver cuán desigual es la fortuna en sus dones. Abates llenos de laceria, barbinegros, agujereados, piltrafosos por todas partes, haciendo provision de berzas en Plaza Navona ó en la fontana de Trebi, para cocerlas y dar de comer á su desastrada é infeliz familia. Abates procuradores, abates notarios, diestrísimos en presentar testamentos que no se otorgaron jamas, en escribir y autorizar lo que nunca sucedió, en hacer que todos tengan razon, para que todos pierdan la causa. Abates abogados, embrollones, picarones, á quienes sólo se pueden comparar los paglietas napolitanos. Abates jovencitos, peinaditos, relamidos, duendes de los estrados, solicitando con sus cuatro años de colegio y su arbol genealógico canongías, prioratos y gobiernos.

El palacio Farnese, que es uno de los más considerables de Roma por su grandeza y su arquitectura, lo es tambien por las bellas pinturas que se conservan en algunas de sus paredes y bóvedas; no habiendo quedado ya otra cosa de sus antiguos adornos, por haberle despojado de las ricas estatuas que en él habia el Rey de Nápoles, haciéndolas conducir á aquella ciudad, en lo cual ha hecho muy bien. Lo mismo ha hecho el Gran Duque de Toscana en su palacio de Villa Medici. Hay, pues, en el Farnese una gran sala, pintada de asuntos históricos, por Tadeo y Federico Zucheri y Jorge Vasari; un gabinete, pintado por Aníbal Caracci, y la famosa sala, que llaman la Galería, obra del mismo artífice. En medio del techo se ve el triunfo de Baco, y á sus lados varios asuntos de la fábula; cosa excelente: inteligencia admirable de luces, riqueza de invencion, correccion de diseño. Estas pinturas están

adornadas con grupos y figuras de claro y oscuro, que parecen estatuas de estuco, tal es la maestría con que están tocadas las sombras: no he visto cosa, en este género, que me haya agradado más.

La galería del palacio Giustiniani contiene una numerosa coleccion de pinturas, en que hay grandes cuadros de buenos autores, siendo la mayor parte del famoso Miguel Ángel de Caravaggio; los hay tambien de los hermanos Caraccis, y algunos de Gherardo delle Notti; entre los de este autor me pareció excelente el que representa á S. Pedro en la cárcel, á quien viene á librar un ángel, por la inteligencia con que dispuso la luz, haciéndola venir de la puerta, por donde entra el ángel: los toques luminosos que prodúce este accidente, las medias tintas, y la oscuridad con que baña, segun conviene, las diferentes partes de la scena, producen un efecto admirable. Compite en mérito con este cuadro, otro del citado artífice, en que representó á Cristo presentado delante del juez, sin otra luz que la de una vela, que arde sobre un bufete, bañando con ella más ó ménos, segun la situacion en que se hallan, los personajes del cuadro, que produce en todas sus partes perfecta ilusion. Hay un S. Juan Evangelista sentado sobre el águila, bellísima pintura del Dominiquino; otra del mismo asunto, de Rafael; algunas de Guido Reni, de un estilo brioso y fuerte; várias del Perugino y de otros pintores de mérito, que sería largo referir. Tambien es apreciable una coleccion de bustos, estatuas y otros monumentos antiguos, del mismo palacio.

En el de Borghese se conserva una de las mejores galerías de Roma, compuesta de un gran número de cuadros de los más célebres pintores de Italia. Bello es, sin duda, el que representa la caza de Diana, voluptuoso, lleno de gracias, obra del Dominiquino, como tambien una figura que representa la Música, y comunmente llaman la Sibila, pintura

del mismo autor. Vi algunas del Güercino, cosa de gran mérito. Un retrato del Ticiano acariciando á su dama, hecho por él mismo, representado en edad avanzada, con su barba blanca y venerable: á un lado se ve una calavera, con lo que parece que el pintor quiso burlarse á sí mismo y manifestar cuán cerca estaban sus placeres del sepulcro. Un cuadro grande, de Rafael, del Entierro de Cristo; otro, del mismo, de una Vírgen con el Niño, cosa excelente, del mismo tamaño y forma circular que la Madonna della Sedia; pero ésta no es graciosa y viva, como la de Florencia; es majestuosa, sublime, llena de dignidad y de grandeza. Várias Vénus, y entre ellas una repeticion del Ticiano. Los ornatos de las salas son cosa suntuosa, digna de un gran príncipe; las pinturas de los techos, obra moderna, de corto mérito, á mi entender. Hay la comodidad de hallar sobre las mesas de cada estancia unos abanicos en que está impresa la lista de los cuadros que hay en cada una de ellas, con explicacion de lo que representan, y el nombre del autor.

En la galería Colonna se ven muchos y buenos cuadros del Güercino, uno entre ellos de gran mérito, que representa la vuelta á casa del Hijo pródigo, y el acogimiento amoroso de su padre. Vénus, que detiene á Adónis, buena pintura, del Ticiano; otra Vénus con el Amor, de Pablo Veronés; una bellísima Vírgen, con S. Josef y el Niño dormido, de Pompeyo Battoni; y el cuadro que en esta coleccion tiene más celebridad, la Magdalena, mirando al cielo, las manos sobre el pecho, obra excelente de Guido Rheni, conocida por las infinitas copias que de ella se han hecho. Hay algunas pinturas, muy estimadas, de Rivera; las hay tambien de Lanfranco, il Cavalier d'Arpino, Salvator Rosa, Marata, etc., y una gran porcion de vistas y paises, cosa de gran mérito, particularmente los de Lucatelli. Hay un salon suntuoso y magnífico, donde se han hecho grandes funciones y acade-

mias, con ornatos de trofeos dorados, pilastras y columnas de mármoles, pinturas en la bóveda, cuadros y estatuas. En la extremidad de un pequeño corredor se ve el famoso bajo relieve antiguo, que representa la apoteósis de Homero con las Musas, y otras várias figuras que le acompañan: monumento estimable, que ha dado mucho que discurrir á los anticuarios y eruditos. En otra pieza se ve una pequeña columna de rojo antiguo, que se dice haber estado en el templo de Belona, y así lo indican los bajos relieves que tiene todo al rededor en línea espiral, y representan soldados, capitanes y sacrificios.

He querido hablar algo de las principales galerías de Roma, por no dejar en silencio cosa tan esencial; hablar de todas sería imposible; ni ¿qué puede decir un aficionado, si de las descripciones que de ellas se han hecho por sujetos más inteligentes, sólo resulta una noticia confusa, diminuta y superficial? El que no vea y examine por sí estas maravillas del arte, sólo podrá adquirir la idea de que en Roma hay un tesoro inmenso de ellas, y esto se dice pronto; los ojos deben informar de lo demas. Lo cierto es que, á mi entender, daña mucho el hacinamiento de ellas; yo quisiera ménos número, y una colocacion clasificada por épocas, por escuelas y por estilos: he oido decir á personas inteligentes que cuando van á estudiar, necesitan hacer todos los esfuerzos imaginables para fijar su atencion en el objeto que se proponen, y cerrar los ojos á todos los demas, pues la menor distraccion basta á confundirlos é inutilizar su propósito; pero los dueños de tales colecciones parece que, olvidados de proporcionar un estudio científico á los aficionados y profesores, han pensado solamente en sorprender los ojos y la imaginacion del público, presentándole una confusa multitud de hermosuras, cuyo mérito respectivo se opone á la contemplacion particular de ellas, prefiriendo los efectos de

la admiracion á los adelantamientos del arte. Este defecto, y la escasez que se nota de cuadros extranjeros en que se pudieran estudiar las escuelas de otras naciones, conocimiento muy esencial á cualquier profesor, es lo único que puede censurarse en las bellísimas colecciones de pinturas con que Roma tan justamente se ensoberbece.

Creo haber hablado ya en otra ocasion de la librería Vaticana : diré ahora solamente que en ella se conservan infinitas riquezas literarias, que nadie goza ni ve. Biblias hebraicas, siriacas, árabes, armenias; una griega segun los Setenta, escrita en caracteres cuadrados, en el sexto siglo; un códice griego, que contiene las Actas de los Apóstoles, escrito sobre fondo de oro; un misal, que se cree de tiempo de S. Gelasio; varios libros devotos y de historia, preciosos por sus miniaturas, entre las cuales hallé algunas superiores á cuanto se conserva de este género, por ver unida la hermosura y viveza de los colores, que es el único mérito de las antiguas, á el buen gusto y correccion del diseño, que es privativo de las artes modernas. Un *Virgilio* y un *Terencio*, anteriores al siglo quinto; la obra *De los siete sacramentos*, compuesta por Enrique VIII de Inglaterra. Manuscritos del cardenal Baronio, de Sto. Tomás, de S. Cárlos Borromeo, de Martin Lutero, donde se halla una oracion compuesta por él, en que pide á Dios le conceda riquezas, ganado, vestidos, muchas mujeres y pocos hijos. Pero ¿quién podrá dar razon de la infinidad de manuscritos que allí se guardan, que aunque no son Biblias, ni Actas de Apóstoles, ni garrapatos de hombres célebres en la historia, son, no obstante, el depósito intacto de los hechos privados ó públicos, de la cultura, de las opiniones de tantos siglos! Esto no se ve, y esto es, en mi dictámen, lo que deberia verse y estudiarse; pero todo lo que allí se manifiesta se reduce á cuatro, seis ú ocho códices, que nada interesan; lo demas todo

está sepultado en unos cajones, que no se abren jamas. Todo lo que dice el abate Andres acerca de las circunstancias que contribuyen á hacer inútil esta preciosísima biblioteca, todo es cierto; y no hay persona estudiosa que vaya á ella, que no se desespere al ver cuán grande uso pudiera hacer de ella el público literario, y cuán léjos están de pensar en esto sus dueños avaros. Cuasi lo mismo puede decirse por lo tocante á los monumentos antiguos y las preciosidades artísticas que hay allí tambien: se abren uno ú dos cajones; se ven alhajas de exquisito valor; piedras duras, labradas con singular artificio; camafeos de gran tamaño y hermosura, monedas antiguas, y otros objetos de curiosidad y estudio: todo lo demas queda oculto, como si no existiera. Se ve una coleccion inmensa de estampas, cosa apreciable para la historia y los conocimientos del arte del grabado, y al extremo de un largo pasadizo está la sala que llaman de los Papiros, llena de preciosos mármoles, bronces, y pinturas excelentes de Mengs, que forman un recinto el más bello en todas sus partes que hasta ahora he visto. Estos papiros están entre cristales, y allí puede leerse lo que contienen, que todo es concerniente á donaciones hechas á la iglesia de Ravena; siendo muy justa, á mi entender, la reflexion que hace en sus cartas el abate Andres, hablando de que los papiros que se conocen, todos, ó cuasi todos, son relativos á la citada iglesia, y que esto le hace creer que sean de fábrica italiana. Por lo que hace al mal método con que se gobierna este establecimiento, nada hay que añadir á lo que dice el mencionado autor en el primer tomo de sus *Cartas*.

Llegó á mis manos esta obra hallándome en Roma, y tuve motivo de rectificar ocularmente algunas de las especies equivocadas que encontré en ella, y áun tambien algunas relativas á Nápoles, por el cotejo que de ellas hice con mis propias observaciones y los libros que mejor han tratado las

materias en cuestion. No será fuera de propósito, ni acaso inútil, advertir aquí los errores que hallé y la correccion que necesitan.

Tomo I de las Cartas familiares del abate Andres á su hermano D. Cárlos Andres.—*Impreso en Madrid, año de* 176... (1)

Página 224. Dice que es de mármol la escalera por donde se sube desde la plaza de España á Villa Medici. No es cierto: toda esta escalera se compone de la piedra ordinaria que llaman en Roma trabertino, muy parecida á la piedra blanca de Colmenar que se usa en las obras de Madrid, aunque algo más parda.

Pág. 270. Dice que en el pórtico de la iglesia de Santa María Maggiore se ve una estatua, de bronce, de Felipe III. Debe leerse Felipe IV.

Pág. 280. Dice que al entrar en la iglesia de la Cartuja, se halla un templo antiguo de Rómulo. No es cierto: allí no hay restos de templo ninguno, ni jamas le hubo. La iglesia y el convento se edificaron aprovechando los muros y bóvedas de las Termas de Diocleciano; y la pieza circular que está á la entrada de dicha iglesia no es otra cosa que una sala de ingreso de las antiguas termas.

TOMO II.

Pág. 5. Parece que se inclina á creer que el cornisamento antiguo de la Aduana sea de una pieza: opinion del vulgo, que se desmiente al observar con algun cuidado aquel edificio.

---

(1) No es exacta esta indicacion. Se imprimieron las *Cartas* del abate Andres por Sancha en Madrid, año 1786, y fueron reimpresas en 1791 y siguientes.

Pág. 15. La descripcion que hace del Coliseo es muy equivocada y confusa. Dice que *se conserva la parte exterior, no poco deteriorada en algunos lugares*. Tan deteriorada está, que sólo existe la mitad. Dice que el ornato exterior se compone de columnas de medio relieve, de órden dórico, en la parte inferior, y que en los demas cuerpos siguen pilastras. No es cierto. Los tres primeros cuerpos tienen columnas de medio relieve, y sólo hay pilastras en el cuarto. Dice que la plaza interior es de figura oval. Todo lo externo lo es tambien, puesto que sigue con igual distancia en toda su circunferencia la forma de la arena.

Pág. 22. El arco de Jano, cuadrifronte, no tiene nada de *perfectisima arquitectura*: al contrário, es cosa de muy mal gusto, respetable sólo por su antigüedad, no por su primor.

Pág. 34. Dice, hablando de la Mole Adriana: «El primer órden de este edificio es cuadrado, y el segundo redondo todo, ancho y alto, y *todo de hermoso mármol.*» Debe entenderse que en su principio estuvo todo revestido de hermoso mármol, pero ahora no queda ya ni el menor vestigio.

Pág. 103. Hablando de Nápoles dice que la Villa Reale es *semejante á las Tuillerías*: yo, que he visto uno y otro, aseguro, y en caso necesario juraré, que no se parecen en nada.

Pág. 111. En la descripcion del palacio de Capo di Monte dice que es un *bellísimo palacio, de excelente arquitectura, ó tal vez la mejor fábrica de Nápoles.* De ésta diré lo mismo que del arco de Jano, con la diferencia de que no tiene el mérito de la antigüedad, porque se hizo ayer.

Pág. 133. Las estufas inmediatas al Lago di Agnano no se llaman *estufas ó sudatorios de S. Jenaro*, sino de S. German. Como esta equivocacion la repite otra vez, es de creer que no habrá yerro de imprenta.

En otra parte dice que el arco de Trajano, de Ancona, es de una sola pieza, lo cual, ademas de ser falso, á cualquiera deberia parecer imposible. Éstas, y otras muchas equivocaciones en que cae, particularmente en todo lo relativo á las artes, hace desear que el autor corrija con algun cuidado su obra, la cual, por otra parte, no carece de mérito.

Los palacios en Roma son muchos en número, y los mayores de Italia; pero en materia de buen gusto arquitectónico, la soberbia Roma debe ceder la primacía á la pequeña Vicenza. No es decir que no haya algunos, construidos con elegante proporcion en la distribucion y ornatos; pero son muy pocos. Los más de ellos presentan una inmensa tirantez, que sólo interrumpen los adornos de las ventanas, comunmente pesados y extravagantes, y en lo interior enormes salones, uno despues de otro, donde se pueden correr caballos: habitaciones del todo inútiles, sin la menor comodidad. Otros hay cuyas fachadas, ridículas, llenas de garabatos y monstruosidades absurdas, hacen poco honor á las artes modernas, en una ciudad en que se conservan los modelos más excelentes de perfeccion. El palacio Doria, que ocupa uno de los mejores sitios del Corso, no es indigno de nuestro abominado Churriguera; lo mismo diré de la extravagante fachada del palacio Colonna, en la plaza de Sancti Apostoli; y si hubiese de hacer una lista de todos los edificios de pésimo gusto que se ven en Roma, no sería corta por cierto. Entre la multitud de iglesias que sirven de adorno á esta gran ciudad, las hay de tal extension, tan enriquecidas de mármoles, bronces, pinturas y estatuas, que no es fácil formarse una idea justa del conjunto magnífico y admirable que presentan. En Italia se ven comunmente soberbios templos, que exceden á cuantos se hallan en el resto de Europa; pero los de Roma son por excelencia los más suntuosos de Italia: en cuanto á su arquitectura, si despues de la

primera sorpresa que causan, se pasa á examinarlos menudamente, ¡cuánto hallará que censurar el crítico ménos escrupuloso en aquellas fábricas inmensas, llenas tal vez de ideas ingeniosas y ricas de ornatos, pero faltas de aquella sobriedad, de aquella encantadora sencillez, de aquella proporcion de partes, de aquella armonía en el todo que es el mérito verdadero de los grandes artífices! Hablo solamente de los templos más célebres de Roma, de los que ménos pecan contra el arte; no hablo de la fachada de Santa María Mayor, ni de la de San Marcelo, en el Corso, ni de la de San Antonio de los Portugueses, Santa María Magdalena, de los Agonizantes, ni de la cúpula de la Sapienzia, ni de la portada de Santa Croce in Gierusalemme, ni de la gigantesca de San Cárlos del Corso, ni la del mismo título en Le Quatre Fontane, ni de otras obras semejantes, donde todo es capricho, todo superfluidad, inconexion, ingenio mal empleado, sin razon ni gusto. En la misma época en que se corrompió la arquitectura en Roma, padeció la escultura notable decadencia: despues que se apartaron los artífices de la imitacion de lo antiguo, no hicieron otra cosa que extrañezas caprichosas, harto distantes de la belleza y la verdad. Los buenos escultores del siglo XVI no manifestaron ciertamente en sus obras un gran fuego de invencion: pecan las mejores de ellas en desmayadas y frias; pero en recompensa no hicieron disparates atrevidos: su timidez los hizo arreglados y exactos en la imitacion; y si se exceptúa á Miguel Ángel, que, dotado de un gran talento, dió á sus figuras movimiento y expresion, que muchas veces peca en caricatura y violencia, los demas cuasi todos incurrieron en el defecto de una regularidad lánguida é insignificante. Pero despues que el Bernini, lleno de fantasía y falto de gusto, para animar sus estatuas, las hizo bailar; despues que dió á los cabellos forma de llamas, á los ropajes, pliegues y contornos de conchas,

todo fué contorsiones, llamas, conchas, nubes y aire en las obras de escultura de cuantos le quisieron imitar. Así es que en medio de tantas admirables reliquias de las artes griegas y romanas, y de los buenos ejemplos que dejaron los más célebres profesores, discípulos del gusto antiguo, se halla en Roma una multitud de esculturas de tan pésimo gusto, que prueban no haber sido la corrupcion particular á una ú otra nacion de Europa, sino tan general y tan irresistible, que áun donde parece que no debiera haber llegado, allí estableció más particularmente su residencia. Basta cotejar el excelente bajo relieve del Algardi y el sepulcro de Paulo III, que están en San Pedro, con los de Urbano VIII y Alejandro VII, obras de Bernini; con las estatuas del puente de Sant Ángelo, y otras muchas, que sin los primores de aquellas tienen mayores defectos, para conocer prácticamente que tambien Roma ha tenido su época de humillacion; que en ella existen, y en gran número, obras ridículas y extravagantes; y que si las demas naciones han llorado la decadencia del buen gusto en las artes, no es ella, por cierto, la que ha sabido sostenerle. ¿Quién ignora que la pintura ha sufrido las mismas vicisitudes, no sólo en Roma, sino en toda Italia! Y sin negar que en esta ciudad se encuentran buenos profesores, ¿cuál de ellos hay comparable á ninguno de los antiguos? Si en Francia no hay un Le Brun, ni un Le Sueur; si en España carecemos de un Velazquez y de un Coello, de un Murillo, tampoco Roma tiene hoy dia nada que oponer al lado de un Güercino, de un Dominiquino, de un Aníbal Caracci, de un Pablo Veronés, y no cito á su célebre Rafael, porque sería exigir portentos de la naturaleza, y éstos no se repiten sino de tarde en tarde. Si es lícito á quien no profesa tan difíciles artes dar su opinion sobre el estado actual de ellas, diré que en Roma no se ve todavía en arquitectura una obra moderna que anun-

cie inteligencia y gusto, y que, por el contrario, cualquiera que observe la fábrica de más consideracion que se ha construido en estos últimos años, cual es la sacristía de San Pedro, imaginará muy remoto el restablecimiento de esta profesion; pero no es así. Ya se estudia en Roma con otros principios; ya se examinan, se copian, se ilustran los antiguos monumentos, y la juventud que se aplica á este ramo, luégo que tenga proporcion, introducirá un nuevo gusto, que todavía no se ve puesto en práctica, porque los que hoy están en posesion de hacer obras, las hacen segun el estilo que reinaba cuarenta años há: muchos de ellos conocen que sus hijos y discípulos siguen camino mejor; pero esto de abrazar nuevo sistema, nuevos principios, y olvidar lo que se aprendió en la niñez, pide una fuerza de ánimo que á muy pocos es concedida. Así que, cuando lleguen á faltar éstos, y les suceda la juventud actual, entónces habrá buena arquitectura en Roma; pero miéntras del todo no desaparezcan, no hay que esperarla.

No sé si por falta de ingenio ó por reflexion se han apartado ya los escultores modernos de la extravagante escuela que por tantos años ha reinado en Roma. El veneciano Antonio Canova, cuyas obras, superiores á las del celebrado Miguel Ángel, y comparables, tal vez, á las que hoy se admiran de la antigua Grecia, bastan á inmortalizar su nombre y su siglo, es el único, á mi entender, que haya sabido reunir la expresion, la gracia, la fuerza, la belleza, la simplicidad. Su mérito es tan singular, tan indubitable, que todos le reconocen y le admiran: él solo es capaz de producir una provechosa revolucion en la escultura; del número de los discípulos que forme y del talento que encuentre en ellos, dependerán los adelantamientos y perfeccion del arte. En la observacion de la naturaleza, en los Museos Vaticano y Capitolino, y en los ejemplos de Canova, podrán adquirir

los escultores romanos lo mucho que les falta para poderse llamar buenos artífices.

Pero los pintores ¿qué autor viviente buscarán para que los instruya, y cuyas obras puedan proponerse por modelo? Buenos diseños, buenas perspectivas, excelentes pinturas de países, adornos graciosísimos de gabinete, miniaturas, retratos, esto se hace en Roma; los dibujos de Cades pasan, cuando él quiere, por estudios del Güercino, de Julio Romano, de Andrea del Sarto y de los más famosos profesores antiguos; los paises de Fidanza le han adquirido una justa celebridad entre los inteligentes; pero los dibujos, los retratos, ni las perspectivas, no son el sublime de la Pintura, y en los profesores de más mérito de esta ciudad se echa ménos aquella reunion de talentos que se necesita para hacer un cuadro comparable á la Santa Inés del Dominiquino, á la Aurora de Guido, ó al terrible Holofémes del Caravaggio. Así es que no se ven hoy dia nuevas obras que llenen el gusto de los que entienden la materia, ni puede citarse un cuadro moderno de gran composicion, capaz de sostener el antiguo honor á que llegó la pintura en Italia, ni consolar, por lo ménos, á los que advierten su general decadencia en Europa.

El grabado es una de las artes que más florecen en esta ciudad: ¿quién ignora el mérito de Morghen? Lo que no se haga en Roma con el buril, no hay que buscarlo en otra parte. Pero lo que más admira en este género, es la abundancia de profesores. ¿Qué importa que nosotros citemos á Carmona, Moles y Selma, si en Roma se hallarán veinte grabadores de igual mérito, y muchos superiores á éstos, y otros sin número, que pasarian por buenos en cualquiera otra parte, y que en esta ciudad se cuentan como los últimos? Lo mismo puede decirse de los grabadores en hueco, de los que labran piedras, de los que hacen pequeñas

figuras para adornos de salas y ramilletes. El estudio del mosaico, puede decirse que ha llegado á su perfeccion, y este arte es tan peculiar de Roma, que en ninguna otra córte de Europa se conoce ni se practica. Este conjunto de producciones artísticas ha esparcido un gusto general en Roma, que no se encuentra fuera de ella: en ninguna parte se juzga con más acierto del mérito de un cuadro, de una estatua ó de una estampa, no sólo por los que son profesores, sino por los que tienen alguna cultura ó conocimiento teórico, que son muchos; y es necesario que los haya, donde por todas partes ven lo más escogido, lo más precioso que nos dejó la antigüedad, y lo que añadieron á ella los modernos; donde la multitud de profesores difunde el amor á las artes, estimula á conocerlas, y obliga á discernir en ellas el verdadero mérito, analizando las ideas de la imitacion, de la invencion y de la belleza.

Esta reunion feliz de circunstancias hace á Roma la maestra de Europa en materia de bellas artes: á ella debe acudir el que aspire á estudiarlas con fundamento. No hay córte extranjera que no envíe discípulos á esta escuela insigne, y en ella se han formado los más excelentes artífices de todas las naciones. La nuestra tiene hasta unos doce ó catorce pensionados, entre los cuales hay algunos que vinieron con Mengs, y por consiguiente, han tenido todo el tiempo necesario para instruirse y adelantar. Tienen su Academia en el palacio de España, y el Ministro Azara la dirige por sí. En ella se dibujan figuras por el yeso y el natural; pero acaso este ejercicio no debe de ser suficiente para formar un gran pintor. Nace mi duda de ver que entre los españoles que acuden allí, de catorce años á esta parte, no hay uno siquiera que muestre una mediana habilidad, ni haga concebir lisonjeras esperanzas para en adelante: cotejadas sus obras de invencion con muchas de las que presentan

en Madrid los discípulos de la Academia de San Fernando, las que he visto hechas en Roma se quedan muy atras. No diré lo mismo de los escultores y arquitectos, entre los cuales hay sujetos de mérito; y en particular los últimos serán capaces de llevar á España el buen gusto de la arquitectura, apoyado en el estudio constante que han hecho de la antigüedad, único medio de introducir en las fábricas la elegancia de las formas, la grandiosidad, la distribucion conveniente, la ligereza y robustez, la oportunidad y belleza de los ornatos, y sobre todo, el mecanismo económico de la construccion: circunstancias esencialísimas para la formacion de cualquier edificio, y que entre nosotros apénas se conocen todavía.

Además del estudio de las bellas artes, que en Roma se cultiva con tanto ardor, el de las antigüedades florece allí más que en otra parte: y ¿en dónde, sino en Italia, y particularmente en esta ciudad, se hallarán tantos preciosos monetarios, tantas inscripciones, tantas obras de pintura, escultura y arquitectura, restos admirables de la antigua opulencia de las naciones más célebres, donde el que se dedique á esta carrera adquirirá conocimientos de la cultura, las opiniones políticas y religiosas, los hechos históricos, el gobierno, las leyes, las costumbres, las épocas de esplendor y decadencia de tantos pueblos? Aquí han venido á estudiar estas materias los literatos extranjeros, conocidos por las obras de anticuaria, con que han enriquecido la Europa; pero ninguna otra nacion ha cultivado con tanto ardor y tanta inteligencia este áspero estudio como la Italia; ninguna es capaz, como ella, de llevarle á tanto grado de perfeccion; y entre todas sus córtes, Roma, que reune en sí más proporciones para los adelantamientos en esta carrera, cuenta un número asombroso de literatos, autores de obras estimables sobre la indagacion y explicacion de antiguos

monumentos; y hoy dia florece esta erudicion en alto grado por medio de nuevos descubrimientos, que mantienen vivo el ardor de los sabios vivientes, que á cada paso aumentan, con obras instructivas, los progresos de una ciencia, á cuya luz se disipa la oscura noche de los siglos.

A la anticuaria acompañan necesariamente el conocimiento de la historia general, las lenguas sábias y las bellas letras: donde aquella se cultiva, florecen éstas. El estudio de la latinidad, de la lengua griega, de la hebrea y otras orientales, las repetidas traducciones de los autores clásicos, griegos y latinos, hacen mucho honor á la cultura romana; y aquella ciudad abunda en sujetos muy doctos en tales materias, que han publicado obras estimables, y se han adquirido en el concepto público una justa celebridad. No obstante, á pesar de estos principios y de esta general erudicion, no sobresalen ni oradores ni poetas de gran celebridad. Entre la multitud de sermones, disertaciones y oraciones académicas, que cada dia se publican, y de las juntas poéticas de la Arcadia, nada se encuentra que pase de una regular y juiciosa medianía, que, en obras de tal especie, es poco mérito por cierto; el único poeta que se distingue de la innumerable turba de versificadores es el abate Monti, ferrares, conocido por uno de los mejores que hoy existen.

La teología, los cánones, la historia eclesiástica tienen más alumnos en Roma que en ninguna otra córte de Europa, y esto es bien natural; pero en cualquiera otra parte podrán adelantarse estos estudios, y adquirir la perfeccion de que son capaces, mejor que en Roma, donde la constitucion del país se opone á que la crítica disipe las tinieblas en que están envueltos.

Tales son las observaciones que he podido hacer sobre la cultura de Roma. Las bellas artes y la erudicion florecen

allí en alto grado: de las demas ciencias y facultades no he visto cosa que merezca elogio particular; y no hay que admirarse de que no haya dicho nada de su celebrada política, porque, segun mi opinion, no existe tal ciencia en Roma.

En el año de 1795 habia, en las ochenta y dos parroquias en que Roma está dividida, ciento sesenta y cuatro mil quinientas ochenta y seis almas, entre éstas, dos mil setecientos setenta y cuatro clérigos, dos mil novecientos veinte y seis frailes, y mil cuatrocientas trece monjas. Los conventos de uno y otro sexo pasan de ciento ochenta y seis, sin que entren en este número ni los conservatorios, ni los colegios, ni las casas de clérigos seculares, que viven en comunidad.

La circunferencia de sus actuales muros es la misma que en tiempo de Aureliano, que hizo fabricar los que hoy se ven, reparados en gran parte por los Pontífices; y es muy recibida la opinion de que, áun en tiempo de su mayor grandeza, Roma no tuvo dentro de sus murallas mayor poblacion que la que actualmente tienen París ó Lóndres; ni obsta que Vopisco la dé cincuenta millas de circuito, ni que en tiempo de Augusto se contasen cuatro millones ciento y setenta y tres mil habitantes, y en tiempo de Claudio seis millones novecientos y sesenta y ocho mil; pues en este número entraban los arrabales, situados fuera de sus murallas, y los que habitaban en ellos. Toda esta poblacion suburbana desapareció; ni al salir de las puertas de Roma se ve más que campos, y casas humildes de labradores, esparcidas por ellos. Lo que hay habitado, dentro de los muros, apénas llega á una cuarta parte de su extension: el monte Aventino, el Celio, el Esquilino, el Viminal y el Janículo están desiertos, cubiertos de viñas y huertas, cuyas tapias forman unos caminos melancólicos interminables, que salen á las puertas de la ciudad. En el Circo Máximo y las de-

liciosas termas de Caracalla se cultivan berzas; en las de Tito mugen bueyes; las soberbias galerías del anfiteatro Flavio sirven de guardar estiércol, y los restos magníficos de la casa áurea de Neron, ó sea el templo de la Paz, que se adornó con los despojos de Jerusalen destruida, son hoy matadero de gorrinos.

Las damas romanas no dan, ciertamente, grandes ejemplos de fidelidad conyugal; y no es la fuerza del temperamento la que induce esta relajacion. Si un señor, por muy rico que sea, da una comida al dia á su mujer, coche, habitacion y veinte duros al mes para alfileres, ya ha desempeñado generosamente todas sus obligaciones con ella: no la da más. Las cenas nocturnas, de diez, quince y veinte cubiertos en el cuarto de la señora; los dias y temporadas de campo, el juego cotidiano, los espectáculos, los trajes, las modas, ¿saldrá todo de los veinte duros? El marido no da más. Cada una de ellas tiene cuatro ó seis amigos, que contribuyen, cada uno por su parte, á aumentar la escasa dotacion que debe suplir á tantos gastos; segun la cuota con que la sirven, así adquieren más ó ménos intimidad; y basta observar una noche el órden que guardan al retirarse, para conocer cuáles son los más allegados, y, por consiguiente, los que acuden con mayor cantidad. Se acaba el juego ó la cena, se va la mayor parte de los concurrentes, y se quedan con la señora cuatro ó cinco, y éstos van retirándose, hasta que se queda con un par de ellos de la mayor confianza. Unos sólo tienen acceso á la conversacion y al juego, y se les permite que pierdan cuanto dinero lleven consigo; otros pueden quedarse un ratito más; otros son admitidos al tocador, donde la señora se despoja de plumas y brillantes: van recogiendo los alfileres, y clavándolos por clases en la almohadilla; la ayudan á quitarse la bata, la atan las cintas del desabillé, y se van.

La mala policía de Roma se ve desde luégo en la suciedad de sus plazas y calles, que sirven de basurero á la vecindad: exceptuando algunas, que parece que tienen privilegio exclusivo para estar limpias, á cada paso se hallan, en los parajes más públicos de la ciudad, montones de basura hediondos, que impiden el paso y apestan el aire: cualquiera que haya paseado las cercanías de la Plaza de España, que es una de las barriadas más frecuentadas de Roma, habrá visto hasta qué punto llega la desidia del Gobierno en esta parte. En Roma no hay más alumbrado público que el de la luna; cuando ésta falta, todo es tinieblas. La salida de los teatros, á media noche, por callejuelas puercas, oscurísimas, entre la confusion de los coches, que corren disparados por todas partes, sin haber quien los contenga ni los ordene, es una de las más difíciles y peligrosas operaciones que tiene que hacer la gente de á pié: todo cochero tiene derecho de atropellar y aplastar impunemente á cuantos animales, llamados hombres, encuentre al paso. Los mendigos son otros tantos basureros ambulantes, que se atraviesan por las calles, entran en las tiendas y los cafés cuasi desnudos, llenos de jirones y arambeles, hinchados, llenos de costras y úlceras, monstruosos, hediondos, acompañando sus gestos y convulsiones con plegarias lamentables. Otros, que tienen puesto fijo en los parajes más concurridos de la ciudad, se tienden por el suelo, se agrupan con dos ó tres chiquillos sarnosos y acancerados, ó se ponen de rodillas, cubiertos de una sotana negra, con una cruz en la mano, los brazos abiertos, cerrados los ojos, la barba larga, macilento el color, la voz profunda, con un farol de papel puesto en el suelo, que ilumina de noche la figura y el rostro, produciendo un efecto de luces y sombras, digno de los pinceles del Caravaggio: éstos, y las mujeres que se cubren con un trapajo negro la cabeza y el pecho, y prenden un cartel, donde

se dice que es una señora, viuda de un capitan, mujer de obligaciones, con cuatro criaturas, etc., son ciertamente los que ménos remueven el estómago; pero tambien son los más impostores: ninguno de ellos vi que no gozase de salud perfecta; los demas ganan el pan á costa de sus miembros, y por muchos cuartos que recojan, no se les pagan las crueles operaciones que sufren para excitar la caridad pública. No hay extravagancia inglesa que ya no se imite en Italia: ya es moda emborracharse con ponch, hartarse de cerveza, estragarse el estómago con té, dejarse crecer las patillas, cortar las colas á los caballos, correr en ellos, y caer y matarse, gracias á la ridícula construccion de sus sillas; componer comedias que hacen llorar, tragedias que hacen reir; admirar á Mílton y criticar al Tasso: y entre tantas cosas como se imitan de aquella nacion, no se ha imitado hasta ahora la caridad bien entendida, el arreglo admirable de que cada ciudad y cada parroquia mantenga sus pobres, que no se confundan los infelices con los pícaros, que no se vean espectáculos tan repugnantes é indecentes, que la vejez, la enfermedad, las desgracias humanas hallen un alivio seguro en la proteccion celosa del Gobierno y en la caridad cristiana, que favorece sus ideas; y la impostura, la holgazanería, y los vicios que la acompañan, un castigo inevitable en los calabozos y las galeras.

Habiendo hablado ya de la poca limpieza en las calles de Roma, debe inferirse, por consecuencia, que el barrio de los judíos será un muladar asqueroso y pestífero, porque al descuido general del Gobierno se añade la suciedad y sordidez que particularmente caracteriza al pueblo de Dios. Estos infelices, que pasan de cuatro mil entre chicos y grandes (número que no se incluye en la poblacion total de Roma), viven en un barrio que se cierra de noche, en malas habitaciones, amontonados unos sobre otros, por la estrechez del

sitio. Aquel es el recogedero de los trapajos más sucios, y aquella la fábrica donde las reliquias fétidas de los basureros se convierten en lienzos, paños, sedas y vestidos, que al quererlos usar se deshacen en átomos invisibles. Ésta es su principal industria, y éste su comercio: su aplicacion, su actividad, son admirables; pagan crecidos tributos, viven oprimidos y despreciados; se sustentan en fuerza de lo que mienten y lo que engañan; pero el Gobierno no les permite otros medios de prosperar. Han solicitado que se les venda un terreno dentro de Roma, para edificar en él un barrio más sano y de una extension proporcionada á su número, y no lo han podido conseguir: el populacho los detesta, los escarnece, y les compra sus pérfidas mercancías: no hay conmocion popular que no amenace su destruccion. Cuando se alborotó la plebe de Roma, cuatro años há, y cometió el asesinato de Basville, la turba feroz de los trasteverinos iba ya de mano armada á quemar y saquear el barrio de los judíos, como si hubiese alguna conexion entre la supersticion judaica y la constitucion francesa; pero esto prueba á qué estado de opresion y envilecimiento están reducidos. En frente de una de sus puertas hay una iglesia, en cuya fachada está pintado un Cristo, con dos inscripciones al pié, una en latin y otra en hebreo, para que lo entiendan mejor, sacadas del capítulo LXV de Isaías; la latina dice así: *Expandi manus meas tota die ad populum incredulum, qui graditur in via non bona post cogitationes suas. Populus qui ad iracundiam provocat me ante faciem meam semper.*

Lo mismo hace el gobierno de Roma con los teatros que con los judíos; los tolera, no los protege; y no obstante la decidida inclinacion del público á divertirse con tales espectáculos, no han merecido la menor atencion á la Superioridad para hacerlos útiles y dignos de una Corte, donde en otras materias hay tanta cultura y buen gusto. Se determinó

que en el Carnaval de 1796 hubiese espectáculos y máscaras, bien que á esta licencia acompañó la prohibicion absoluta de representar tragedias. Abriéronse, pues, hasta doce teatros. El mejor de ellos es el de Tor-di-Nona, construido recientemente, con muchas de las comodidades que se exigen en tales edificios: la sala, de buena forma, muy grande y poco sonora, con buenos ornatos de pintura. Ni éste, ni otro alguno de los demas teatros, tienen fachada exterior; la maquinaria es un ramo descuidado en todos ellos; los trajes y las decoraciones, de poco mérito, exceptuando algunas, muy buenas, que se hicieron en el de Argentina; y en todos se admite á las mujeres al patio, donde asisten mezcladas con los hombres. En el de Tor-di-Nona se cantaban óperas bufas, con intermedios de baile. La ópera era *La Sposa polacca,* con todos los defectos y nulidades de estilo: si no era composicion del célebre poeta melodramático Palomba, merecia serlo: en la música habia muy buenos pedazos, ejecutados muy mal; la orquestra numerosa y bien arreglada. Los bailes, malos en la invencion y ejecucion. Las mujeres de la ópera eran dos caponcillos, desgarbados y sin voz; los demas actores valian poco. Los que hacian de mujeres entre los bailarines formaban una coleccion de tarascas la más ridícula: ¡qué caras! ¡qué talles! ¡qué piés! Una de las singularidades de los teatros de Roma es la de ver salir á la scena estos espantajos á bailar, á cantar ó representar, haciendo de damas delicadas, de pastorcitas, de ninfas y diosas: la modestia eclesiástica no permite que el bello sexo triunfe en la scena con sus gracias seductoras; y como en lo restante de Italia se ven Césares y Pirros y Alcídes eunucos, en Roma se ven actrices cuya voz haria estremecer un coro de benedictinos, y cuya barba y movimientos sólo anuncian virilidad. Con motivo de estrenarse este teatro, hubo iluminacion várias noches, y en

ellas vi un concurso numeroso y brillante, en que lucia la elegancia de las damas romanas, y más que todo, su hermosura. En una de estas noches, en que asistia la Nipote Santissima en un palco adornado con una especie de sólio, vi una scena, digna de otro teatro y otro concurso. En el primer palco de la primera fila, inmediato á la orquestra, vi un romanote, con su chupa negra y su cofia verde, que para comer con mayor comodidad un plato de macarrones que le tocó de una gran fuente de ellos que servia de merienda á los demas que estaban con él, con la servilleta al hombro y el plato sobre la barandilla empezó á comer y á empinar de cuando en cuando una gran botella, á vista y paciencia de la *nobiltà* y *citadinanza*, atrayendo á sí la curiosidad y los anteojos de tan respetable asamblea.

El teatro de Argentina tiene una sala espaciosa, en forma de herradura: éste, y todos los demas teatros, son de madera, con malas entradas, escalerillas estrechas, incómodas, sucias, callejones de tablas, todo feo, asqueroso y amenazando ruina; y en éste, como en los otros, hay un tufo de sebo que no se puede tolerar. Se cantaban en él operas sérias, con bailes. La ópera se intitulaba *Il trionfo d'Arbace*: quién sea este Arbace, ni de quién triunfó, ni por qué le encadenan, ni por qué sale al teatro, no lo pude averiguar. El primer capon era Andrea Martini, llamado comunmente el Senesino, inferior, en mi opinion, no sólo á Marchesi, sino tambien á Crescentini: tiene buena presencia, poca voz, aunque grata al oido; canta con arreglo y gusto; pero le falta accion, gesto y sensibilidad: en una sala particular hará su canto mejor efecto. Los demas caponcillos que hacian de mujeres, eran cosa muy mala. En los bailes, como ya se ha dicho, habia una ú otra decoracion bien hecha. Bailaba Fabier, con sus narices de garabato de candil y sus piernas de sarmientos; el baile era *La muerte de Pizarro*,

embrollo absurdo, sin piés ni cabeza: dos jóvenes que hacian de primeras bailarinas no carecian de mérito en la imitacion de los ademanes y expresion femenil.

La sala del teatro Valle forma una elipse, truncada por uno de sus extremos, con la boca de la scena demasiado estrecha. Se representaban comedias, con intermedios de óperas bufas. Los actores, sacados la mayor parte del teatro de Nápoles que llaman de Fiorentini, formaban una decente compañía: los mejores eran Pinnotti y Andolfati; otros dos, que hacian de mujeres, no carecian de mérito, si se atiende á la dificultad de la ejecucion. En cuanto á las comedias, no salieron de la acostumbrada lista de Federici, Avelloni, Zavala y Comella, porque no hay mejores obras de que se provean las scenas de Italia, puesto que las piezas antiguas se han desterrado ya; por consiguiente, vi los *Federicos*, los *Cárlos XII*, *La Jacoba*, *El Calderero*, etc., y en la concurrencia y los aplausos con que el público las favoreció, conocí demasiado que no reina el gusto ático en la moderna Roma. Entre otras comedias, vi una, intitulada *I due Mercanti di Lisbona*, llena de defectos, y de accion, movimiento, y bellísimas situaciones cómicas. Se cantaba en los entreactos una ópera bufa, intitulada *I nemici generosi*, con bella música, alegre, expresiva, fecunda, rápida, llena de gracias, como Cimarosa lo sabe hacer. Entre los actores, el bufo Benucci tenia el mérito de una bella voz, buen estilo, gracia y moderacion en los ademanes. Los demas no valian cosa, si se exceptúa un caponcillo, con una voz clara y agradable, vestido de mujer, muy bonito, capaz de producir el picarillo una dulce ilusion á los ojos.

El teatro de Capránica, viejo, incómodo, oscuro, puerco, lleno de agujeros y astillas, tiene una sala grande, que forma un cuadrilongo: se representaban en él comedias, con óperas bufas en los entreactos. Los cómicos, muy malos; los

que hacian papel de mujeres, tarascones insufribles; los gestos, las voces, los movimientos, descompasados y feroces: entre los cantores habia algunos bastante buenos. La ópera se intitulaba *La Cantatrice bizzarra*, cosa malísima, con algunos buenos pedazos de música: los dos bufos se vestian de estatuas, y subian en dos caballos de piedra: el uno hacia la estatua de Aecio, y el otro la de Valentiniano, con otros donaires de este jaez. Decoraciones infelices, tan malas y tan viejas como el teatro.

El teatro Pace, mucho más pequeño que el anterior, con la sala de igual figura, é igualmente incómodo por consecuencia. Las decoraciones, empezando por el telon, eran una coleccion de trapajos; los actores pésimos; el drama, *Amurate ó l'Eroe dell'Egitto*, tan bueno como los actores. En los intermedios bailaban en la maroma, hacian pantomimas y volteretas: los palcos, atestados de gentualla de cofia y rejon.

El teatro de Palacorda es uno de los más pequeños de Roma; la sala, cuadrilonga, del tamaño de un cofre, tendrá unas seis varas de ancho y veinte de largo. Se representaban comedias, y óperas bufas por intermedio. No habia capones, por ser manjar muy delicado para tan ruin teatro; pero habia gatos y becerros, y chirrido de carretas, que desollaban los oidos, estropeando la excelente música que tal vez caia en sus manos. Las comedias y los cómicos, ya se infiere lo que serian.

Hay tres ó cuatro teatros pequeños, en que se representan unas farsas que en ninguna otra parte de Italia se ven, intituladas *Il carro* ó *Contrasto de Giudiata*, añadiéndose despues el título particular que á cada una de ellas pertenece. El nombre de *Carro* las viene, segun me dijeron, de que antiguamente iban estas compañías de farsantes en un carro, y sin bajarse de él representaban en los parajes más publi-

cos de la ciudad sus pequeños dramas, recogian algun dinero, y concluida la funcion seguian adelante, á repetirla en otra parte. Llámanse tambien *Contrasto de Giudiata*, porque es de estilo que han de hacer papel en ellas un par de judíos, con caracteres odiosos ó ridículos. Asistí á uno de estos teatros, situado en unas callejuelas, junto al puente de Sant Ángelo: la sala tenía exactamente la forma de un clave, suponiendo la boca de la scena en la línea de las teclas. Nada vi que no fuese correspondiente al edificio: actores, farsa, bailes, trajes, decoracion, música, iluminacion, auditorio. Luégo que acabó su discordante sinfonía la que yo quiero llamar orquestra, salió un personaje ridículo, con su chupilla negra, su cofia y sus barbas, más negras que la chupa, cargado de un gran bandolin; sentóse en una silleta, á un extremo del teatro, santiguóse devotamente, empezó á tocar su instrumento, se alzó el desastrado telon, y se dió principio al drama, cantado todo al són del bandolin, exceptuando la parte del gracioso, que representaba en prosa y servia para dar descanso al músico ó corifèo. Los versos eran de diez, once, doce ó más sílabas, segun le habian podido salir al autor; el canto, de lo más desapacible é infernal que puede oirse, muy semejante, por el tono, al que usan las amas de cría cuando cantan á los chiquillos: «Duérmete, niño de cuna, que á los piés tienes la luna, y á la cabecera el sol»; y toda la gracia de este maldito cántico estribaba en soltar la voz con toda la fuerza de pulmon posible y alargar las sílabas finales de los versos; y era de ver cómo aquellos bárbaros sudaban y se molian para lograr, á fuerza de bramidos y relinchos, los aplausos del rudo auditorio. La accion y el gesto competian con la música en delicadeza y perfeccion. Ya se supone que los actores eran hombres todos; y exceptuando el gracioso y los que hacian de mujeres, los demas todos salian con máscara, y las de los

judíos se distinguian de las otras por una interminable nariz: el uno de ellos, que hacia de viejo, sacaba un sombrerillo redondo, capa corta, chupa, calzon ancho y abierto por abajo, como los murcianos, y todo el traje negro. La fábula, ya puede suponerse que era un despropósito; y en ésta, como en las demas de que se abastecen aquellos teatros, el principal personaje es el del *Siccario*, esto es, el asesino: todo es cóleras, blasfemias, venganzas, traiciones, raptos, puñaladas, sangre y horror, que bastaria á inspirar ferocidad al pueblo más dulce de la tierra: ¿qué efectos no hará en el de Roma, harto inclinado á tales fechorías por la posesion en que está de cometerlas impunemente! La comedia se intitulaba *Il Tiranno punito dal Cielo*. El estruendo y gritería de la asamblea; el tufo del sebo, del sudor, del vino, de los hálitos pestilentes; el tirar al teatro manzanas, tronchos, huesos á medio roer, que el bufon recogia y acababa de mondar miéntras iba representando, son circunstancias que no es fácil describir: es necesario verlo para formarse una justa idea de las diversiones del vulgo de Roma, y de lo que es el tal vulgo. Yo, no obstante, me alegré de haber gastado allí tres horas, puesto que habiendo visto representar la *Ifigenia* en París, y en Roma el *Contrasto della Giudiata*, creo haber visto el mejor y el peor espectáculo dramático de Europa.

El pueblo romano parece que se vuelve loco en el Carnaval: si antiguamente se contentaba con pan y juegos del Circo, ahora es más moderado en sus pretensiones; y como le dejen correr las calles vestido de máscara, se olvida de que es infeliz y no tiene qué comer. En los dias señalados por el Gobierno para la máscara pública, suena despues del mediodia la campana del Capitolio; y ésta es la señal para que puedan salir todos los que quieran con sus disfraces é invenciones: al toque del *Ave-María* deben quitarse la careta

del rostro, y recogerse. Todo el gentío acude al Corso, calle muy larga, que atraviesa cuasi toda la ciudad, pero demasiado estrecha para tanto concurso. Suponiendo que en ella se reune toda la multitud de gente de á pié y todos los coches, y que entre los coches y la gente se hace la corrida de caballos bárbaros, ya puede inferirse cuál será la tropelía y confusion, y cuántas las desgracias que ocurrirán frecuentemente. Es cosa admirable la gritería y tabahola que por allí anda, las invenciones ridículas de los trajes: Arlequines, Pulcinelas, Bahutas, Doctores, que se ponen á disputar unos con otros, diciendo mil disparates y desverguenzas; marineros, cuákeros, mochuelos..... en los *Sueños del Bosco* no hay tantas ni tan extravagantes visiones. Corren, cantan, bailan, aúllan, silban, arguyen, y suena un horrible y discorde estruendo de almireces, campanillas, chiflatos, trompetas, cuernos, carracas, pitos, cencerros y caracolas. Los coches pasean en dos filas por entre el concurso: los que van dentro, y en muchos de ellos los cocheros y los lacayos, van tambien de máscara; los caballos, con pretales de cascabeles; los cocheros, vestidos de mujeres, ó con libreas extraordinarias y ridículas; las damas y caballeros, con trajes ingeniosos y elegantes, tal vez tomados de asuntos de la historia ó de la fábula, penachos y adornos; que todo presenta á los ojos hermosa confusion. Una de las mayores diversiones de este espectáculo consiste en tirarse recíprocamente los de los coches y la gente de á pié *puzzolana* menuda, con un contínuo granizar de una y otra parte; y en cada coche se lleva un gran saco ó cajon de esta grajea, y muchos van prevenidos con escudos de hoja de lata ó carton, para reparar los tiros y defenderse. Esta batería, que disparan sin cesar los unos á los otros, no se suspende sino cuando, por desgracia, descubren entre la multitud á algun abate ó algun fraile; entónces, unidos ambos partidos, des-

cargan sobre el miserable todo su furor. Ni la capeta, ni el sombrero, ni la capucha, ni el manto bastan á defenderle de la espesa pedrea: quiere huir, y no puede; quiere cubrirse por una parte, y se descubre por otra; piensa hallar asilo en un rincon, y allí cargan de repente sobre él, y le atacan de nuevo, hasta que molido y sudando, y blanco todo como un molinero, logra refugiarse en algun portal ó escapar por alguna callejuela. Cuando la corrida de caballos va á hacerse, dan la señal, con unos morteros que disparan, para que los coches se detengan; y éstos y la gente forman en toda la largura de la calle un estrecho callejon, que tendrá apénas cuatro varas y media de ancho. En la plaza del Pópolo, que es uno de los extremos del Corso, están los caballos, hasta el número de diez y seis ó veinte; cada uno de ellos tiene tres ó cuatro hombres que le sujeten; los adornan con plumas y cintas y trizas de oropel, y por las ancas é ijares les cuelgan unas bolas llenas de pinchos, que con el movimiento de la carrera les molestan y sirven de espuelas: delante de la fila que forman, ponen una maroma tirante; en un tablado inmediato hay un juez, el cual hace la señal: cae la maroma, y parten todos aquellos animales con un ímpetu terrible, que es lo más digno de verse en esta funcion; corren precipitados por aquel angosto espacio que se les presenta, y se ve en muchos de ellos el empeño de adelantarse, y las astucias que ponen en práctica para lograrlo, y evitar que los que vienen detras los ganen: algunos caen, y los demas pasan por encima. Otros se han hecho pedazos alguna vez, tropezando con los ejes de los coches: al fin de la carrera hay un gran lienzo extendido, que cubre toda la bocacalle: el primer caballo que llega allí es el vencedor, y el juez que asiste en aquel paraje le adjudica el premio. Concluida la carrera, disparan tiros para que los coches puedan volver á andar ya; entónces no hay órden; todo es tropelía;

los coches van por donde quieren; la gritería y el rumor de la música arriba mencionada se aumenta; renuévase la metralla, el alboroto y la confusion; suena el toque del *Ave-María*, y todo desaparece.

Por la noche hay baile público, en máscara, en el teatro de Alibert, cuya sala forma un cuadrilongo como el de Capránica, pero mucho mayor: el concurso se distribuye por esta sala, la scena y piezas contiguas, corredores y palcos, que todos están abiertos; pero áun con ser grande este espacio, no es suficiente para la mucha gente que acude en las últimas noches: en la del lúnes de Carnaval se despacharon cinco mil billetes, que, á tres pablos cada uno, hacen una entrada de treinta mil reales: la iluminacion consiste en multitud de cirios, distribuidos con abundancia y sin gusto: entre las máscaras se ven algunas de carácter, muy bien ideadas: vi á Neptuno y Tétis, una vestal, un Hércules, un poeta griego, las cuatro estaciones, emperadores y augustas, uniéndose á la propiedad de los trajes la perfeccion de las caretas, hechas de cera sobre excelentes formas, sacadas de las estatuas antiguas: el color, la barba, el pelo, todo ejecutado con inteligencia, faltándolas sólo el movimiento, que no las puede dar el arte: esto, y los trajes, joyas y adornos de algunas señoras que se presentan de gala y sin máscara, es lo más notable que allí se ve. Lo que no se ve es más digno de consideracion. Por lo demas, no es comparable al Renelagh ni al Panteon de Lóndres, donde el buen gusto de la iluminacion, los fuegos artificiales, las cenas, y sobre todo el desahogo y proporciones cómodas del sitio, llevan gran ventaja á los festines de Roma, en que todo es apretura y estrechez, sin que se pueda bailar holgadamente, ni pasearse, ni variar de objetos, ni gozar los que precisamente ofrece un concurso tan numeroso.

Habiendo hablado de los espectáculos de Roma, no es po-

sible pasar en silencio el de la bendicion del Papa, que se repite tres ó cuatro veces al año. La inmensa plaza de San Pedro, única en el mundo, se llena de pueblo; la tropa de infantería y caballería forma un cuadro á la entrada del gran templo Vaticano; se aparece en una ventana, sobre la puerta principal de la iglesia, el Papa, cubierto de preciosas vestiduras, con mitra episcopal en la cabeza, levantado en unas andas, rodeado de Prelados de las Religiones, Obispos, Arzobispos, Cardenales, cortesanos, criados y guardias: su presencia suspende el rumor popular. Todo es silencio reverente; se levanta en pié, y alzando el rostro y los brazos al cielo, bendice desde aquel trono de majestad á todo el orbe católico, redimido con la sangre de Jesucristo, de quien es Vicario y Pontífice en la tierra: al echar la bendicion se postra humilde aquella inmensa multitud, y al acabarla suenan instrumentos militares, campanas, voces de alegría, y retumban á lo léjos los cañones de la Mole Adriana. En Asia podrá haber algo que se parezca á esto; pero en lo restante del mundo no hay soberano que se presente á su pueblo con tal grandeza, ni que reuniendo el imperio y el sacerdocio, aparezca á sus ojos como padre, como príncipe, como intérprete de las voluntades de Dios, y dispensador en la tierra de su perdon y sus beneficios. Así es que, por más que reflexione la filosofía, no es posible asistir á esta funcion sin sentir una conmocion irresistible de maravilla y entusiasmo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA. . . . . *Págs.* v á VIII
Vida de Moratin, escrita por D. Manuel Silvela. 1 á 58
Advertencia y notas á *El Viejo y la Niña*. . . . 59 á 87
Advertencia y notas á *La comedia nueva*. . . . 89 á 153
Prólogo, que se cree fué para *La Mojigata*. . . 154 á 160

APUNTACIONES SUELTAS DE INGLATERRA.

Cuaderno 1.°. 161
Cuaderno 2.°. 196
Cuaderno 3.°. 229
Cuaderno 4.°—Teatros materiales de Lóndres. . . . 235
— Declamacion y canto. 241
— Historia del teatro en Inglatera.. . . . 244
— Extracto acerca del teatro de Escocia. . 266

VIAJE DE ITALIA.

Cuaderno 1.° . . . . ~~270~~ 271
Cuaderno 2.° 299
Cuaderno 3.° 338
Cuadernos 4.° y 5.° 413
Cuaderno 6.° 440
Cuaderno 7.° 476
Cuaderno 8.° 507

FIN DEL ÍNDICE.

